

JULES VERNE

VEINTE MIL LEGUAS DE VIAJE SUBMARINO

Ilustraciones de AGUSTÍN COMOTTO

de



Lectulandia

Veinte mil leguas de viaje submarino es una obra narrada en primera persona por el profesor francés Pierre Aronnax, notable biólogo, que es hecho prisionero por el Capitán Nemo y es conducido por los océanos a bordo del submarino Nautilus, en compañía de su criado Conseil y del arponero canadiense Ned Land. Esta edición, que cuenta con una nueva traducción, será una de las obras gráficas más importantes del año. Agustín Comotto ha realizado más de 50 ilustraciones para este libro en un proceso que le ha ocupado dos años de trabajo. Un edición imprescindible de un clásico imprescindible para lectores de todas las edades.

Lectulandia

Jules Verne

**Veinte mil leguas de viaje
submarino (Ilustrado)**

Viajes extraordinarios - 6

ePub r1.1

Titivillus 09.07.16

Título original: *Vingt mille lieues sous les mers*

Jules Verne, 1869

Traducción: Íñigo Jáuregui

Ilustraciones: Agustín Comotto

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE



I

UN ESCOLLO HUIDIZO

El año de 1866 quedó marcado por un acontecimiento extraño, un fenómeno inexplicado e inexplicable que seguramente nadie haya olvidado. Sin hablar de los rumores que agitaban a las poblaciones de los puertos y excitaban la mente del público continental, la gente de mar lo vivió con especial emoción. Los negociantes, armadores, capitanes de navío, patronos y maestros de Europa y América, los oficiales de marina de todos los países y, después de ellos, los gobiernos de los diversos estados de ambos continentes se preocuparon vivamente por este suceso.

En efecto, desde hacía algún tiempo varios navíos se habían encontrado en alta mar con «algo enorme», un objeto largo, fusiforme, a veces fosforescente, infinitamente mayor y más rápido que una ballena.

Los hechos relativos a esta aparición, consignados en diversos diarios de a bordo, coincidían con bastante exactitud sobre la estructura del objeto o el ser en cuestión, su insólita velocidad de movimientos, la potencia sorprendente de sus desplazamientos y la singular vida que parecía animarlo. Si era un cetáceo, superaba en tamaño a todos los que la ciencia había clasificado hasta entonces. Ni Cuvier ni Lacépède ni Duméril ni Quatrefages hubiesen admitido la existencia de un monstruo semejante, a menos que lo hubieran visto con sus propios ojos de sabios.

De aceptar el promedio de las observaciones realizadas en diversas ocasiones —descartando las tímidas estimaciones que asignaban a dicho objeto una longitud de doscientos pies y rechazando las opiniones exageradas que hablaban de mil pies de ancho y tres mil de largo—, se podía afirmar que aquel ser extraordinario, si en verdad existía, superaba ampliamente las medidas admitidas hasta la fecha por los ictiólogos.

Pero aquello existía, era innegable, y, dada la atracción que siente el cerebro humano por lo maravilloso, se comprenderá la emoción suscitada en el mundo entero por esta aparición sobrenatural. No se la podía relegar a la categoría de mera fábula.

En efecto, el 20 de julio de 1866 el vapor *Governor Higginson*, de la Calcutta and Burnach Steam Navigation Company, se había encontrado con aquella masa moviente a cinco millas al este de las costas de Australia. Al principio el capitán Baker se creyó ante un escollo desconocido. Se disponía incluso a fijar su posición

exacta, cuando dos columnas de agua, proyectadas por el inexplicable objeto, se elevaron silbando en el aire a ciento cincuenta pies de altura. De modo que, a menos que aquel escollo estuviese sometido a las expansiones intermitentes de un géiser, el *Governor Higginson* se hallaba indudablemente frente a un mamífero acuático desconocido hasta entonces, que expulsaba chorros de agua por sus espiráculos, mezclados con aire y vapor.

Un hecho similar fue observado el 2 de julio del mismo año en las aguas del Pacífico por el *Cristóbal Colón*, de la West India and Pacific Steam Navigation Company. Así pues, el singular cetáceo se desplazaba de un lugar a otro a una velocidad sorprendente, pues en un intervalo de tres días el *Governor Higginson* y el *Cristóbal Colón* lo habían avistado en dos puntos del mapa separados por más de setecientas leguas marinas.

Quince días después, a dos mil millas de distancia, el *Helvetia*, de la Compañía Nacional, y el *Shannon*, de la Royal Mail, que marchaban en dirección opuesta por la zona del Atlántico comprendida entre Estados Unidos y Europa, señalaron, respectivamente, la ubicación del monstruo a 42° 15' de latitud norte y 60° 35' al oeste del meridiano de Greenwich. En esta observación simultánea se creyó poder calcular la longitud mínima del mamífero en más de trescientos cincuenta pies ingleses, puesto que el *Shannon* y el *Helvetia* eran más pequeños que él, pese a medir cien metros de proa a popa. Y sin embargo, las ballenas más grandes, las que frecuentan los parajes de las islas Aleutianas, la *kulammak* y la *umgullick*, jamás han superado los cincuenta y seis metros de largo, si es que los han alcanzado.

Los informes que llegaban cada vez con más frecuencia, nuevos avistamientos realizados a bordo del trasatlántico *Le Pereire*, un choque entre el *Etna*, de la compañía Iseman, y el monstruo, un atestado redactado por los oficiales de la fragata francesa *La Normandie*, una información muy fiable obtenida por el Estado Mayor del comodoro Fitz-James, a bordo del *Lord Clyde*, conmocionaron profundamente a la opinión pública. En los países de humor ligero se tomó el fenómeno a broma, pero en los países graves y prácticos, como Inglaterra, Estados Unidos y Alemania, suscitó una gran preocupación.

El monstruo se puso de moda en los grandes centros de reunión: se le cantó en los cafés, fue ridiculizado en los periódicos y representado en los teatros. Los diarios sensacionalistas vieron en él una buena ocasión para dar rienda suelta a elucubraciones de todo tipo. A falta de una imagen, volvieron a aparecer en los diarios todos los seres imaginarios y gigantescos, desde la ballena blanca, la terrible «Moby Dick» de las regiones hiperbóreas, hasta el descomunal kraken, cuyos tentáculos pueden enlazar un buque de quinientas toneladas y arrastrarlo a los abismos del océano. Incluso se reprodujeron las crónicas de la Antigüedad, las

opiniones de Aristóteles y Plinio, que admitían la existencia de estos monstruos, las historias noruegas del obispo Pontoppidan, las relaciones de Paul Heggede y, por último, los informes de Harrington, de cuya buena fe no puede dudarse cuando afirma haber visto, yendo a bordo del *Castillan*, en 1857, la enorme serpiente que hasta entonces sólo había frecuentado los mares del antiguo *Constitucional*.

Estalló entonces una polémica interminable entre los crédulos y los incrédulos en las sociedades y en las revistas científicas. La cuestión del «monstruo» encendió los ánimos. Los periodistas que se declaraban partidarios de la ciencia, frente a los que propugnaban el ingenio, hicieron correr ríos de tinta durante esta memorable campaña, y hasta algunas gotas de sangre, pues de la serpiente de mar pasaron a los insultos y a los ataques personales.

Durante seis meses la guerra continuó con suerte diversa. La prensa popular replicaba con elocuencia inagotable a los sesudos artículos del Instituto Geográfico de Brasil, de la Academia Real de las Ciencias de Berlín, de la Asociación Británica, del Instituto Smithsoniano de Washington, a los debates de *The Indian Archipelago*, de *Cosmos* del abad Moigno, de los *Mittheilungen* de Petermann y a las crónicas científicas de los grandes periódicos de Francia y del extranjero. Sus ingeniosos redactores, parodiando una frase de Linneo citada por los detractores del monstruo, afirmaron que «la naturaleza no engendra tontos» y exhortaron a sus lectores a no desmentir a la naturaleza admitiendo la existencia de los krakens, las serpientes de mar, las Moby Dicks y otras elucubraciones de marinos delirantes. Finalmente, como remate, en un artículo de cierto diario satírico muy temido, su redactor más popular arremetió contra el monstruo y, como Hipólito, le asestó el golpe de gracia y acabó con él entre la carcajada general. El ingenio había vencido a la ciencia.

Durante los primeros meses de 1867 la cuestión pareció quedar enterrada, y no tenía visos de resucitar cuando se hicieron públicos nuevos acontecimientos. Ya no se trataba de un problema científico que resolver, sino de un peligro serio, real, que era preciso evitar. La cuestión tomó otro cariz. El monstruo se convirtió de nuevo en islote, roca, escollo, pero un escollo huidizo, indeterminable, incomprensible.

El 5 de marzo de 1867 el *Moravian*, de la Montreal Ocean Company, que esa noche se hallaba a 27° 30' de latitud y a 72° 15' de longitud, chocó por estribor contra una roca que no constaba en ninguna carta marina. Bajo el efecto combinado del viento y de sus cuatrocientos caballos de vapor, el barco avanzaba a una velocidad de trece nudos. No hay duda de que, de no ser por la extraordinaria calidad de su armazón, el *Moravian* se hubiese partido por el choque y se habría hundido con los doscientos treinta y siete pasajeros que transportaba desde Canadá.

El accidente ocurrió hacia las cinco de la mañana, cuando empezaba a despuntar el alba. Los oficiales de guardia corrieron a popa y examinaron el océano con la más escrupulosa atención. No vieron nada, a excepción de un fuerte remolino que burbujeaba a tres cables^[1] de distancia, como si las aguas hubiesen sido batidas con violencia. Se tomó nota exacta del lugar y el *Moravian* continuó su ruta sin averías aparentes. ¿Había chocado con un arrecife o con algún enorme barco naufragado? No se pudo averiguar, pero, una vez examinado su casco en el muelle, hubo que admitir que tenía rota una parte de la quilla.

Este hecho, extremadamente grave de por sí, quizá se habría olvidado como tantos otros si tres semanas después no se hubiera reproducido en idénticas circunstancias. La nacionalidad del barco que sufrió este nuevo choque y el renombre de la compañía a la que pertenecía hicieron que el suceso cobrase una repercusión extraordinaria.

Todo el mundo conoce al célebre armador inglés Cunard, el inteligente industrial que en 1840 fundó un servicio postal entre Liverpool y Halifax, con tres barcos de madera y ruedas que tenían una fuerza de cuatrocientos caballos y capacidad para mil ciento sesenta y dos toneladas. Ocho años después la flota de la compañía se vio incrementada con cuatro barcos de seiscientos cincuenta caballos y mil ochocientas toneladas, y, dos años más tarde, con otros dos buques superiores en potencia y tonelaje. En 1853 la compañía Cunard, cuya exclusiva para el transporte de correo acababa de ser renovada, añadió sucesivamente a su flota el *Arabia*, el *Persia*, el *China*, el *Scotia*, el *Java* y el *Rusia*, todos ellos barcos de primer nivel y (después del *Great Eastern*) los más grandes que jamás hayan surcado los mares. Así, en 1867 la compañía poseía doce barcos, ocho de ruedas y cuatro de hélices.

Si doy estos detalles es para que se comprenda la importancia de esta compañía de transportes marítimos, conocida en el mundo entero por su inteligente gestión. Ninguna empresa de navegación transoceánica ha sido nunca dirigida con tanta habilidad ni coronada con tanto éxito. Desde hace veintiséis años, los barcos Cunard han atravesado dos mil veces el Atlántico sin que se haya malogrado un solo viaje, sin que haya habido un retraso ni se haya perdido una carta, un pasajero o un barco. Por ello los pasajeros siguen prefiriendo la línea Cunard, pese a la poderosa competencia de las compañías francesas, como revela el examen de los documentos oficiales de estos últimos años. Dicho esto, nadie se sorprenderá de la conmoción que provocó el accidente sufrido por uno de sus mejores barcos.

El 13 de abril de 1867 el *Scotia* navegaba con mar tranquilo y brisa favorable a 15° 12' de longitud y a 45° 37' de latitud. Marchaba a una velocidad de tres nudos y cuarenta y tres centésimas, impulsado por sus mil caballos de vapor. Sus ruedas batían el mar con una regularidad perfecta. Su calado en esos momentos era

de seis metros con sesenta y seis centímetros y su desplazamiento de seis mil seiscientos veinticuatro metros cúbicos de agua.

A las cuatro horas y diecisiete minutos de la tarde, mientras los pasajeros merendaban en el gran salón, se produjo un choque casi imperceptible en la quilla del *Scotia*, en su costado, detrás de la rueda de babor.

El *Scotia* no había chocado, algo había chocado contra él con un instrumento tan cortante y afilado como contundente. El impacto había parecido tan leve que nadie se habría inquietado a bordo de no ser por los gritos de los marineros que subieron al puente, exclamando:

—¡Nos hundimos! ¡Nos hundimos!

Al principio los pasajeros quedaron espantados, pero el capitán Anderson se apresuró a tranquilizarlos. En efecto, el peligro no era inminente. El *Scotia*, dividido en siete compartimentos estancos, podía enfrentarse sin riesgo alguno a una vía de agua.

El capitán Anderson se dirigió inmediatamente a la cala. Descubrió que el quinto compartimento había sido invadido por el mar, y la rapidez de la invasión demostraba que la vía de agua era considerable. Afortunadamente las calderas no estaban en ese compartimento, pues los motores se habrían apagado de golpe.

El capitán Anderson dio el alto inmediatamente y uno de los marineros se sumergió para examinar la avería. Instantes después se confirmó la existencia de un gran agujero de dos metros en el casco del buque. No era posible cegar una vía de agua tan grande, y el *Scotia*, con sus ruedas medio sumergidas, tuvo que proseguir así su viaje. Se hallaba entonces a trescientos metros del cabo Clear y, tras un retraso de tres días que causó una gran inquietud en Liverpool, entró en las dársenas de la compañía.

Los ingenieros procedieron entonces a examinar el *Scotia*, que se atracó en dique seco. No daban crédito a sus ojos. Dos metros y medio por debajo de la línea de flotación se abría una brecha regular en forma de triángulo isósceles. La fractura de la plancha era de una limpieza perfecta, y ni una taladradora la hubiera practicado con más precisión. Por lo tanto, el instrumento que la había producido debía de tener un temple poco común y, tras ser lanzado con una fuerza prodigiosa y haber perforado una plancha de cuatro centímetros, debía de haberse retirado con un movimiento de retroceso verdaderamente inexplicable.

Este era el último suceso que volvió a apasionar a la opinión pública. Desde ese momento todos los accidentes marítimos sin causa determinada se achacaron al monstruo. Se atribuyó al animal fantástico la responsabilidad de todos esos naufragios, cuyo número era por desgracia considerable, pues, de los tres mil barcos cuya pérdida se registra cada año en el Bureau Veritas, la cifra de vapores o veleros supuestamente naufragados, al no haber noticia de ellos se eleva por lo

menos a doscientos.

Pues bien, el «monstruo» fue justa o injustamente acusado de tales desapariciones y, al volverse las comunicaciones entre los distintos continentes cada vez más peligrosas por su culpa, el público se pronunció y exigió categóricamente que el mar quedase libre a toda costa del formidable cetáceo.



II

LOS PROS Y LOS CONTRAS

En la época en que se produjeron estos acontecimientos, yo acababa de volver de una exploración científica emprendida en las salvajes tierras de Nebraska, en Estados Unidos. El gobierno francés me había incluido en dicha expedición en mi calidad de profesor suplente del Museo de Historia Natural de París. Tras pasar seis meses en Nebraska, cargado de valiosas colecciones, llegué a Nueva York a finales de marzo. Debía partir hacia Francia a primeros de mayo, así que, durante la espera, andaba ocupado clasificando mis tesoros minerales, botánicos y zoológicos cuando ocurrió el incidente del *Scotia*.

Yo estaba al tanto de la cuestión candente en aquellos días. ¿Cómo no iba a estarlo? Había leído y releído todos los periódicos norteamericanos y europeos sin sacar nada en claro. El misterio me intrigaba. Ante la imposibilidad de formarme una opinión, pasaba de un extremo al otro. No cabía duda de que allí había algo, y se invitó a los incrédulos a meter el dedo en la llaga del *Scotia*.

Cuando llegué a Nueva York la cuestión estaba al rojo vivo. La hipótesis del islote flotante, del escollo huidizo, defendida por algunas mentes poco competentes, estaba completamente descartada. Y es que, a menos que el escollo tuviese una máquina en su interior, ¿cómo podía desplazarse con una rapidez tan prodigiosa?

También se descartó la existencia de un casco flotante, de un enorme barco naufragado, siempre en razón de su rapidez de desplazamiento.

Quedaban, pues, dos soluciones posibles para el enigma, que dividieron a la opinión pública en dos bandos claramente diferenciados: por un lado, quienes se decantaban por un monstruo de fuerza colosal; por otro, los que creían en un barco «submarino» con una extraordinaria potencia motriz.

Pero esta última hipótesis, aceptable después de todo, no pudo resistir las investigaciones realizadas en ambos mundos. Era poco probable que un individuo tuviese a su disposición un ingenio mecánico semejante. ¿Dónde y cuándo podía haberlo construido, y cómo lo habría mantenido en secreto?

Sólo un gobierno podía poseer una máquina destructora semejante y, en estos tiempos desastrosos en que el hombre trata de multiplicar la potencia de las armas de guerra, era imposible que un Estado ensayara esa formidable máquina sin informar al resto. Después de los rifles chassepot, los torpedos; después de los torpedos, los arietes submarinos; y después... la reacción. Al menos, así lo espero.

La hipótesis de una máquina militar también fue descartada ante las declaraciones de todos los gobiernos. Al tratarse de una cuestión de interés público, puesto que las comunicaciones transoceánicas se estaban viendo perjudicadas, la sinceridad de los gobiernos no podía ponerse en duda. Además, ¿cómo admitir que la construcción de este buque hubiese escapado a los ojos del público? Mantener el secreto en las circunstancias actuales es muy difícil para un individuo, y ciertamente imposible para un Estado cuyos actos son continuamente vigilados por las potencias navales.

Así, tras las pesquisas realizadas en Inglaterra, Francia, Rusia, Prusia, España, Italia, Estados Unidos y hasta en Turquía, la hipótesis de un monitor submarino fue definitivamente desechada.

El monstruo salió nuevamente a flote, pese a las continuas burlas que le dedicaba la prensa sensacionalista y, en este sentido, la imaginación pronto se abandonó a las más absurdas elucubraciones de una ictiología fantástica.

Cuando llegué a Nueva York, varias personas me hicieron el honor de consultarme sobre el fenómeno en cuestión. Yo había publicado en Francia una obra en dos volúmenes titulada *Los misterios de los fondos submarinos*. El libro, que tuvo una buena acogida en el mundo científico, me convertía en un especialista en esa parte bastante oscura de la historia natural. Me preguntaron mi opinión. Mientras pude negar la realidad del hecho, me encerré en una negación absoluta, pero pronto, situado entre la espada y la pared, tuve que explicarme categóricamente, y hasta el *New York Times* instó al honorable «Pierre Aronmax, profesor del Museo de París» a formular una opinión cualquiera.

Y eso hice. Hablé, pues no podía callar. Analicé la cuestión en todas sus facetas, política y científicamente, y doy aquí el extracto de un artículo muy fundamentado que publiqué en el número del 30 de abril:

«Así pues —decía—, tras haber examinado una por una las diversas hipótesis y rechazado cualquier otra suposición, es forzoso admitir la existencia de un animal submarino de una potencia desmesurada.

»Las profundidades del océano nos son totalmente desconocidas. La sonda no ha podido alcanzarlas. ¿Qué ocurre en esos remotos abismos? ¿Qué seres viven y pueden vivir a doce o quince millas bajo la superficie del mar? ¿Cómo es el organismo de esos animales? Apenas podemos conjeturarlo.

»No obstante, la solución del problema que se me ha planteado puede revestir la forma de un dilema: o conocemos todas las variedades de seres que pueblan nuestro planeta, o no las conocemos.

»Si no las conocemos todas, si la naturaleza aún esconde para nosotros secretos ictiológicos, nada más lícito que admitir la existencia de peces o cetáceos, de especies e incluso de géneros nuevos, de una organización esencialmente “abisal”, que habitan los estratos inaccesibles a la sonda y a los que un hecho cualquiera, una fantasía, un capricho si se quiere, empuja de tarde en tarde al nivel superior del océano.

»Si, por el contrario, conocemos todas las especies vivas, entonces hay que buscar al animal en cuestión entre los seres marinos ya catalogados, y en este caso estaría dispuesto a admitir la existencia de un narval gigantesco.

El narval común o unicornio de mar a menudo alcanza una longitud de sesenta pies. Multiplíquese por cinco o por diez esta dimensión, dese al cetáceo una fuerza proporcional a su tamaño, aumentense sus armas ofensivas y se obtendrá el animal deseado. Éste tendrá las proporciones descritas por los oficiales del *Shannon*, el instrumento requerido para perforar el *Scotia* y la potencia necesaria para hendir el casco de un

buque.

»En efecto, el narval está armado con una especie de espada de marfil, una alabarda, como la describen algunos naturalistas. Se trata de un diente tan duro como el acero. Se han encontrado algunos de estos dientes clavados en el cuerpo de ballenas a las que el narval ataca siempre con éxito. Otros han sido arrancados, no sin esfuerzo, de los cascos de buques que estos animales habían perforado de lado a lado, como una broca perfora un tonel. El museo de la Facultad de Medicina de París posee uno de estos dientes, que mide dos metros y veinticinco centímetros de largo y cuarenta y ocho centímetros de ancho en su base.

»Pues bien, supongan el arma más fuerte y el animal diez veces más poderoso, lánzelo a una velocidad de veinticinco millas por hora, multipliquen su masa por su velocidad y obtendrán un impacto capaz de producir la catástrofe de la que hablamos.

»Por lo tanto, hasta obtener más información, yo me decantaría por un unicornio de mar de dimensiones colosales, armado no con una alabarda, sino con un verdadero espolón, como las fragatas acorazadas o los “rams” de guerra, de los que parece tener a la vez la masa y la potencia motriz.

»Así se explicaría este fenómeno inexplicable, a menos que no haya nada, pese a lo que se ha atisbado, visto, sentido y sufrido, lo que también es posible».

Estas últimas palabras eran una cobardía por mi parte, pero quería proteger hasta cierto punto mi dignidad de profesor y no exponerme demasiado a las risas de los norteamericanos, que cuando ríen, ríen de verdad. Me reservaba una escapatoria, aunque, en el fondo, admitía la existencia del «monstruo».

Mi artículo fue discutido acaloradamente, lo que le valió una gran repercusión, y reunió a un buen número de partidarios. La solución que proponía, por otra parte, dejaba espacio a la imaginación. La mente humana se complace en las concepciones grandiosas de seres sobrenaturales y el mar es precisamente su mejor vehículo, el único medio donde estos gigantes —al lado de los cuales los animales terrestres, elefantes o rinocerontes, parecen enanos— pueden surgir y desarrollarse. Las masas líquidas transportan las mayores especies conocidas de mamíferos, y tal vez contengan moluscos de un tamaño incomparable y crustáceos que espantan a la vista, como langostas de cien metros o cangrejos de doscientas toneladas. ¿Por qué no? En otro tiempo, los animales terrestres de las épocas geológicas, los cuadrúpedos, los cuadrumanos, los reptiles, las aves, eran de dimensiones gigantescas. El Creador los había arrojado en un molde colosal que el tiempo ha ido poco a poco reduciendo. ¿Por qué el mar, en sus misteriosas profundidades, no habría preservado estas muestras de la vida de otra era, él, que nunca cambia, mientras que el núcleo terrestre cambia casi sin cesar? ¿Por qué no podía albergar en su seno las últimas variedades de estas especies titánicas, cuyos años son siglos y sus siglos milenios?

Pero me dejó arrastrar hacia fantasías que no me corresponde alimentar. ¡Basta ya de esas quimeras que el tiempo ha convertido para mí en realidades terribles! Lo repito, se dictó una opinión sobre la naturaleza del fenómeno y el público aceptó sin discusión la existencia de un ser prodigioso que nada tenía en común con las fabulosas serpientes de mar.

Pero si unos no vieron en eso más que un enigma puramente científico, otros, más prácticos, sobre todo en América e Inglaterra, opinaron que había que eliminar del océano al temible monstruo para garantizar las comunicaciones transoceánicas. Los periódicos industriales y comerciales abordaron la cuestión principalmente desde este punto de vista. La *Shipping and Mercantile Gazette*, el *Lloyd*, el *Paquebot*, La *Revue Maritime et Coloniale* y todas las publicaciones dependientes de aseguradoras que amenazaban con subir las tarifas de sus pólizas fueron unánimes al respecto.

Después de que la opinión pública se hubiera pronunciado, los Estados de la Unión fueron los primeros en decidirse. En Nueva York se preparó una expedición para perseguir al narval. Se aprestó una fragata muy veloz, la *Abraham Lincoln*, para hacerse a la mar lo antes posible. Se abrieron los arsenales al comandante Farragut, que aceleró activamente el armamento de su fragata.

Como ocurre siempre, desde el momento en que se decidió perseguir al monstruo, éste no volvió a aparecer. Durante dos meses no se oyó hablar de él. Ningún barco se lo cruzó. Parecía que el unicornio estuviera al tanto de las conjuras que se tramaban en su contra. ¡Se había hablado tanto de él, e incluso por el cable trasatlántico! Por eso los bromistas pretendían que el muy astuto había interceptado algún telegrama del que ahora sacaba provecho.

Así pues, no se sabía adónde dirigir la fragata armada para una campaña por mares remotos y equipada con formidables aparejos de pesca. La impaciencia iba en aumento cuando, el 3 de julio, se supo que un barco de la línea de San Francisco a Shangái había avistado de nuevo al animal tres semanas atrás, en los mares septentrionales del Pacífico.

La conmoción que causó la noticia fue extraordinaria. El comandante Farragut no dispuso ni de veinticuatro

horas de plazo. Sus víveres ya estaban embarcados, sus bodegas rebosaban carbón y la tripulación se hallaba al completo. ¡Sólo había que encender las calderas, calentar motores y zarpar! No se le habría perdonado ni medio día de retraso. Además, el comandante Farragut estaba deseando partir.

Tres horas antes de que el *Abraham Lincoln* abandonara el muelle de Brooklyn, recibí una carta que decía así:

*Monsieur Aronnax, profesor del Museo de París, Fifth Avenue Hotel.
Nueva York.*

Señor:

Si quiere unirse a la expedición del *Abraham Lincoln*, el gobierno de la Unión verá con agrado que usted represente a Francia en esta empresa. El comandante Farragut tiene un camarote a su disposición.

Atentamente,

J. B. Hobson,
Secretario de Marina.

III

COMO GUSTE EL SEÑOR

Tres segundos antes de llegar la carta de J. B. Hobson, la idea de perseguir al unicornio estaba tan lejos de mi imaginación como la de acometer el paso del noroeste. Tres segundos después de haber leído la carta del honorable secretario de Marina, comprendí al fin que mi verdadera vocación, el único objetivo de mi vida, era cazar a ese monstruo inquietante y eliminarlo de la faz de la tierra.

No obstante, acababa de volver de un arduo viaje, estaba cansado y necesitaba reposo. Sólo aspiraba a ver de nuevo mi país, a mis amigos, mi pequeño alojamiento en el Jardín de las Plantas, mis queridas y preciadas colecciones. Pero nada pudo retenerme. Lo olvidé todo, fatigas, amigos, colecciones, y acepté sin darle más vueltas la oferta del gobierno estadounidense.

«Además —pensaba—, todos los caminos llevan a Europa, y el unicornio tendrá la amabilidad de llevarme a las costas de Francia. El buen animal se dejará cazar en los mares de Europa —para satisfacción mía—, y no quiero llevar menos de medio metro de su alabarda de marfil al Museo de Historia Natural».

Pero, entretanto, tenía que ir en busca del narval al norte del océano Pacífico, lo que, para regresar a Francia, era como ir por las antípodas.

—¡Conseil! —grité, impaciente.

Conseil era mi criado. Un joven abnegado que me acompañaba en todos mis viajes. Un buen flamenco al que yo apreciaba y que me lo devolvía con creces. Un ser flemático por naturaleza, metódico por principio, cumplidor por costumbre, poco impresionable ante las sorpresas de la vida, muy hábil con las manos, apto para cualquier tarea y que, a pesar de su nombre, nunca daba consejos, incluso cuando no se le pedían.



En contacto con los sabios de nuestro pequeño mundo del Jardín de las Plantas, Conseil había llegado a adquirir ciertos conocimientos. Yo tenía en él a un especialista, muy ducho en la clasificación de historia natural, que recorría con agilidad de acróbata toda la escala de las ramificaciones, grupos, clases, subclases, órdenes, familias, géneros, subgéneros, especies y variedades. Pero ahí acababa su ciencia. Clasificar era su pasión, y no sabía más. Muy versado en la teoría de la clasificación, pero poco en la práctica, no habría distinguido, creo yo, un cachalote de una ballena. Y sin embargo, ¡qué bravo y buen muchacho!

Conseil, hasta allí y durante diez años, me había seguido adonde quiera que me llevara la ciencia. Nunca hizo ni un solo comentario sobre la duración o la fatiga de un viaje, ni una objeción a hacer las maletas para un país cualquiera, China o el Congo, por lejano que fuera. Iba a un sitio como al otro, sin más preguntas. Además de una salud de hierro que desafiaba todas las enfermedades, tenía sólidos músculos, pero nada de nervios, o apariencia de nervios (en lo moral, se entiende).

El joven tenía treinta años, y su edad era a la de su amo lo que quince es a veinte. Se me excusará por decir así que yo tenía cuarenta años.

Conseil tenía un único defecto. Formalista empedernido, sólo se dirigía a mí en tercera persona, hasta el punto de resultar cargante.

—¡Conseil! —repetí, mientras comenzaba a hacer febrilmente los preparativos.

Ciertamente, yo estaba seguro de aquel joven tan abnegado. Normalmente nunca le preguntaba si le venía bien o no seguirme en mis viajes, pero esta vez se trataba de una expedición que podía prolongarse indefinidamente, una empresa

azarosa en busca de un animal capaz de hundir una fragata como una cáscara de nuez. Era como para pensárselo, incluso para el hombre más impasible del mundo. ¿Qué diría Conseil?

—¡Conseil! —grité por tercera vez.

Conseil apareció.

—¿Me ha llamado el señor? —dijo al entrar.

—Sí, muchacho. Prepárame y prepárate. Partimos en dos horas.

—Como guste el señor —respondió tranquilamente Conseil.

—No hay un instante que perder. Mete en mi baúl todas las cosas de viaje, ropa, camisas, calcetines, sin contarlos, pero todos los que puedas. ¡Deprisa!

—¿Y las colecciones del señor? —me recordó Conseil.

—Nos ocuparemos de ellas más tarde.

—¿Cómo! ¿Los *archiotherium*, los *hyracootherium*, los oreodones, los queropótamos y demás esqueletos del señor?

—Los guardaremos en el hotel.

—¿Y el babirusa vivo del señor?

—Lo alimentarán en nuestra ausencia. Además, daré orden de que envíen a Francia nuestro zoo.

—¿Entonces no volvemos a París? —preguntó Conseil.

—Sí... naturalmente... —respondí evasivamente—, pero dando un rodeo.

—El rodeo que plazca al señor.

—¡Oh, será poca cosa! Un camino algo menos directo, eso es todo. Iremos a bordo del *Abraham Lincoln*.

—Como convenga al señor —respondió tranquilamente Conseil.

—Ya sabes, amigo mío, se trata del monstruo... del famoso narval... ¡Vamos a eliminarlo de los mares!... El autor de una obra en dos volúmenes sobre *Los misterios de los fondos submarinos* no puede negarse a embarcar con el comandante Farragut. ¡Misión gloriosa, pero... también arriesgada! No sabemos adónde iremos. Estas bestias pueden ser muy caprichosas. ¡Pero iremos de todos modos! ¡Tenemos un comandante que no conoce el miedo!

—Haré lo que haga el señor —respondió Conseil.

—Piénsatelo bien, pues no quiero ocultarte nada. Es uno de esos viajes de los que no siempre se regresa.

—Como guste el señor.

Al cuarto de hora nuestros baúles estaban listos. Conseil los había hecho en un santiamén, y yo estaba seguro de que no faltaba nada, porque el muchacho clasificaba las camisas y los trajes tan bien como las aves y los mamíferos.

El ascensor del hotel nos dejó en el gran vestíbulo del entresuelo. Bajé los pocos escalones que conducían a la planta baja y pagué la cuenta en el largo

mostrador siempre asediado por un enorme gentío. Mandé enviar a París (Francia) mis fardos de animales disecados y plantas secas, abrí una cuenta para que cuidaran del babirusa y, seguido de Conseil, tomé un coche.

El vehículo (a veinte francos la carrera) bajó por Broadway hasta Union Square, siguió por Fourth Avenue hasta el cruce con Bowery Street, tomó Katrin Street y se detuvo en el muelle 34. Allí el *ferry Katrin* nos transportó a hombres, caballos y coches hasta Brooklyn, el gran anexo de Nueva York, situado en la orilla izquierda del East River, y en unos minutos llegamos al muelle cerca del cual el *Abraham Lincoln* vomitaba torrentes de humo negro por sus dos chimeneas.

Subieron inmediatamente nuestros equipajes al puente de la fragata. Me precipité a bordo y pregunté por el comandante Farragut. Uno de los marineros me condujo a la toldilla, donde me encontré ante un apuesto oficial que me tendió la mano:

—¿El señor Pierre Aronnax? —preguntó.

—El mismo —respondí—. ¿El comandante Farragut?

—En persona. Bienvenido, profesor. Su camarote está listo.

Me despedí de él y, tras dejarlo dirigiendo el desatraque, me condujeron al camarote que me había sido destinado.

El *Abraham Lincoln* había sido cuidadosamente elegido y acondicionado para su nuevo destino. Era una fragata muy veloz, provista de calderas que permitían elevar a siete atmósferas la tensión de su vapor. Bajo esta presión, el *Abraham Lincoln* alcanzaba una velocidad media de dieciocho millas y tres décimas por hora, velocidad considerable aunque insuficiente para luchar con el gigantesco cetáceo.

Las disposiciones interiores de la fragata respondían a sus cualidades náuticas. Quedé muy satisfecho con mi camarote, situado a popa y contiguo a la cabina de oficiales.

—Aquí estaremos bien —dije a Conseil.

—Tan bien, si me lo permite el señor, como un cangrejo ermitaño en la concha de un buccino —me respondió.

Dejé a Conseil ordenando debidamente nuestros bultos y regresé al puente para seguir los preparativos de desatraque.

En ese momento el comandante Farragut mandaba soltar las últimas amarras que retenían al *Abraham Lincoln* en el muelle de Brooklyn. Por lo tanto, un cuarto de hora de retraso, o menos incluso, y la fragata habría zarpado sin mí, con lo que me hubiera perdido esta expedición extraordinaria, sobrenatural, inverosímil, cuyo relato verídico podrá no obstante encontrar algunos incrédulos.

El comandante Farragut no quería perder ni un día ni una hora en llegar a los mares en los que el animal acababa de ser avistado, y llamó a su ingeniero.

—¿Tenemos presión suficiente? —le preguntó.

—Sí, señor.

—*Go ahead!* —gritó el comandante.

A esta orden, que fue transmitida a la máquina por medio de aparatos de aire comprimido, los mecánicos activaron la rueda de arranque. El vapor silbó al precipitarse por las válvulas entreabiertas. Los largos pistones horizontales gimieron y empujaron las bielas del árbol. Las palas de la hélice batieron las olas cada vez más rápidamente y el *Abraham Lincoln* avanzó majestuoso entre un centenar de ferris y *tenders* cargados de espectadores que lo escoltaban.

Los muelles de Brooklyn y toda la parte de Nueva York que bordea el East River estaban llenos de curiosos. Tres hurras salidos de quinientas mil gargantas estallaron sucesivamente. Miles de pañuelos se agitaron sobre la masa compacta y saludaron al *Abraham Lincoln* hasta que llegó a las aguas del Hudson, en la punta de la península alargada que forma la ciudad de Nueva York.

La fragata, siguiendo por el lado de Nueva Jersey la admirable orilla derecha del río repleta de casitas, pasó entre los fortines que la saludaron con sus gruesos cañones. El *Abraham Lincoln* respondió arriando e izando tres veces la bandera estadounidense, cuyas treinta y nueve estrellas resplandecían en su pico de mesana. Luego, cambiando de rumbo para tomar el canal balizado que bordea la bahía interior formada por la punta de Sandy Hook, se deslizó por la lengua arenosa donde algunos millares de espectadores lo aclamaron una vez más.

El cortejo de *boats* y *tenders* seguía escoltando a la fragata, y sólo la abandonó a la altura del *light-boat* cuyos dos faros marcan la entrada a Nueva York.

Dieron las tres. El piloto bajó a su bote y regresó a la pequeña goleta que le esperaba a sotavento. Se forzaron los motores, la hélice batió más rápidamente las olas, la fragata bordeó la costa baja y amarilla de Long Island y, a las ocho de la tarde, tras haber perdido de vista al noroeste las luces de Fire Island, se adentró a toda máquina en las sombrías aguas del Atlántico.

IV

NED LAND

El comandante Farragut era un buen marino, digno de la fragata que comandaba. Su barco y él eran uno, y él era el alma. No tenía ninguna duda sobre la cuestión del cetáceo y no permitía que en su barco se discutiera la existencia del animal en su barco. Creía en él como algunas buenas mujeres creen en el Leviatán, por fe y no por la razón. El monstruo existía y él había jurado eliminarlo de los mares. Era una especie de caballero de Rodas, un Dieudonné de Gozon, marchando al encuentro de la serpiente que asolaba su isla. O el comandante Farragut mataría al narval o el narval mataría al comandante. No había término medio.

Los oficiales de a bordo compartían la opinión de su jefe. Había que oírles charlar, argumentar, discutir, calcular las diversas posibilidades de un encuentro y observar la vasta extensión del océano. Más de uno, que habría maldecido una tarea semejante en cualquier otra circunstancia, se imponía voluntariamente un cuarto de hora en la cofa de vigía. Mientras el sol describía su arco diurno, la arboladura se hallaba poblada de marineros con los pies quemados por las planchas del puente e incapaces de estarse quietos. Y sin embargo, el *Abraham Lincoln* aún no hendía con su roda las inquietantes aguas del Pacífico.

En cuanto a la tripulación, estaba deseando encontrar al unicornio, arponerlo, izarlo a bordo y despedazarlo. Escrutaba el mar con escrupulosa atención. Además, el comandante Farragut hablaba de cierta suma de dos mil dólares reservada a cualquiera que, grumete o marinero, contramaestre u oficial, avistara al animal. Dejo que el lector imagine si se ejercitaba la vista a bordo del *Abraham Lincoln*.

Yo no era menos que los demás y no dejaba a nadie mi cuota de observaciones diarias. La fragata tenía cien buenas razones para llamarse Argos. Sólo entre todos nosotros, Conseil protestaba con su indiferencia ante la cuestión que nos apasionaba y desentonaba con el entusiasmo general a bordo.



Dije que el comandante Farragut había provisto cuidadosamente su barco de aparejos especiales para pescar al gigantesco cetáceo. Un ballenero no hubiera estado mejor armado. Poseíamos todos los ingenios conocidos, desde el arpón de mano hasta las flechas dentadas de los trabucos y las balas explosivas de las escopetas. En el castillo de proa reposaba un cañón perfeccionado que se cargaba por la culata, de paredes anchas y ánima estrecha, y cuyo modelo debe de figurar

en la Exposición Universal de 1867. Este valioso instrumento de origen americano lanzaba sin dificultad un proyectil cónico de cuatro kilos a una distancia media de dieciséis kilómetros.

Así, al *Abraham Lincoln* no le faltaba ningún medio de destrucción. Pero tenía algo mejor aún. Tenía a Ned Land, el rey de los arponeros.

Ned Land era un canadiense con una habilidad manual fuera de lo común y sin rival en su peligroso oficio. Poseía en grado sumo destreza y sangre fría, maña y astucia, y había que ser una ballena muy avispada o un cachalote particularmente astuto para escapar a su arpón.

Ned Land tenía unos cuarenta años. Era un hombre de gran estatura —más de seis pies ingleses—, complexión robusta y aire grave, poco comunicativo, a veces violento, y muy colérico cuando se le contrariaba. Su figura llamaba la atención, sobre todo la fuerza de su mirada, que acentuaba singularmente su fisonomía.

Creo que el comandante Farragut había acertado al contratar a aquel hombre. Sus ojos y sus brazos valían por toda la tripulación. Sólo se me ocurre compararle con un potente telescopio que fuera al mismo tiempo un cañón siempre listo para disparar.

Quien dice canadiense, dice francés, y, por poco comunicativo que fuera Ned Land, debo reconocer que me cogió afecto. Probablemente le atrajera mi nacionalidad, que le daba ocasión de hablar (y a mí de escuchar) la vieja lengua de Rabelais, que todavía se usa en algunas provincias canadienses. La familia del arponero era originaria de Québec, y formaba ya una tribu de audaces pescadores en la época en que esta ciudad pertenecía a Francia.

Poco a poco Ned Land le cogió el gusto a hablar, y a mí me agradaba escuchar el relato de sus aventuras en los mares polares. Él contaba sus capturas y combates con espontáneo lirismo. Su relato adoptaba una forma épica, y me parecía escuchar a un Homero canadiense recitando la *Iliada* de las regiones hiperbóreas.

Describo a este valiente compañero tal como lo conozco en la actualidad. Y es que nos convertimos en viejos amigos, unidos por esa amistad inalterable que nace y se cimenta en las situaciones más aterradoras. ¡Ah, mi buen Ned! ¡Sólo pido vivir cien años más para acordarme de ti por más tiempo!

¿Qué opinaba Ned Land de la cuestión del monstruo marino? He de reconocer que apenas creía en el unicornio y que era el único a bordo que no compartía la convicción general. Incluso evitaba tratar el tema, sobre el que creí mi deber preguntarle un día.

Una espléndida tarde del 30 de julio, es decir, tres semanas después de zarpar, la fragata se hallaba a la altura del cabo Blanc, a treinta millas de las costas de Patagonia. Habíamos rebasado el trópico de Capricornio, y el estrecho de Magallanes se abría a menos de setecientas millas al sur. En menos de ocho días,

el *Abraham Lincoln* surcaría las aguas del Pacífico.

Sentados en la toldilla, Ned y yo charlábamos de esto y de aquello, contemplando el misterioso mar cuyas profundidades han permanecido inaccesibles hasta ahora a los ojos de los hombres. Llevé la conversación espontáneamente al tema del unicornio gigante y analicé las distintas posibilidades de éxito o fracaso de nuestra expedición. Entonces, al ver que Ned me dejaba hablar sin apenas intervenir, le abordé más directamente:

—Ned, ¿cómo puede no estar convencido de la existencia del cetáceo que perseguimos? ¿Tiene alguna razón particular para mostrarse tan incrédulo?

El arponero me miró unos segundos antes de responder, se dio un manotazo en la frente en un gesto habitual en él, cerró los ojos como para concentrarse y finalmente dijo:

—Tal vez, señor Aronmax.

—Pero, Ned, usted, ballenero de profesión, familiarizado con los grandes mamíferos marinos, usted, cuya imaginación puede aceptar fácilmente la hipótesis de cetáceos enormes, debería ser el último en dudar en circunstancias semejantes.

—Se equivoca, profesor. Que el vulgo crea en cometas extraordinarios que atraviesan el espacio, o en la existencia de monstruos antediluvianos que pueblan el interior de la tierra, pase, pero ni el astrónomo ni el geólogo admiten tales quimeras. Lo mismo ocurre al ballenero. He perseguido muchos cetáceos, he arponeado un buen número de ellos y he matado varios, pero por muy poderosos y bien armados que estuvieran, ni sus colas ni sus defensas hubieran podido perforar las placas metálicas de un vapor.

—Sin embargo, se habla de barcos atravesados de lado a lado por los dientes de un narval.

—Barcos de madera, puede —respondió el canadiense—, y tampoco los he visto nunca. Así que, hasta que se demuestre lo contrario, niego que las ballenas, cachalotes o unicornios puedan producir un efecto semejante.

—Escúcheme, Ned...

—No, profesor, no. Lo que quiera menos eso. ¿Tal vez un pulpo gigante?

—Menos aún, Ned. El pulpo es un molusco, y el nombre mismo indica la poca consistencia de su carne. Aunque tuviese una longitud de cinco pies, el pulpo no pertenece a la rama de los vertebrados y es completamente inofensivo para barcos como el *Scotia* o el *Abraham Lincoln*. Por lo tanto hay que relegar a la categoría de fábulas a los krakens y otros monstruos de esa especie.

—Entonces, señor naturalista, ¿persiste en admitir la existencia de un cetáceo enorme? —dijo Ned Land en tono burlón.

—Sí, Ned, se lo repito con una convicción sustentada en la lógica de los hechos. Creo en la existencia de un mamífero poderosamente conformado,

perteneciente a la rama de los vertebrados, como las ballenas, los cachalotes o los delfines, y provisto de una defensa córnea cuya fuerza de penetración es extrema.

—¡Hum! —exclamó el arponero, sacudiendo la cabeza, como quien no quiere dejarse convencer.

—Piense, mi buen canadiense, que si existe un animal semejante, si habita las profundidades del océano, si frecuenta las capas líquidas situadas a varias millas bajo la superficie, necesariamente ha de poseer un organismo de una solidez sin igual.

—¿Y por qué un organismo tan poderoso? —preguntó Ned.

—Porque hace falta una fuerza incalculable para mantenerse en las capas profundas y resistir su presión.

—¿De veras? —dijo Ned, que me miraba guiñándome el ojo.

—De veras, y unas cifras se lo demostrarán fácilmente.

—¡Ah, las cifras! —respondió Ned—. ¡Se hace lo que se quiere con ellas!

—En los negocios, Ned, pero no en las matemáticas. Escuche. Admitamos que la presión de una atmósfera se represente por la presión de una columna de agua de treinta y dos pies. En realidad, la columna de agua tendría una altura menor, porque se trata de agua marina, cuya densidad es mayor que la del agua dulce. Pues bien, cuando se sumerge, Ned, por cada treinta y dos pies de agua que descienda, su cuerpo soportará una presión igual a la de la atmósfera, es decir, de kilos por cada centímetro cuadrado de su superficie. De ello se deduce que a trescientos veinte pies esta presión es de diez atmósferas, de cien atmósferas a tres mil doscientos pies y de mil atmósferas a treinta y dos mil pies, es decir, a unas dos leguas y media. Lo que equivale a decir que si usted pudiera alcanzar esa profundidad en el océano, cada centímetro cuadrado de la superficie de su cuerpo sufriría una presión de mil kilos. Pues bien, amigo Ned, ¿sabe cuántos centímetros cuadrados tiene en la superficie de su cuerpo?

—Lo ignoro.

—Unos diecisiete mil.

—¿Tantos?

—Y como en realidad la presión atmosférica es algo mayor que un kilo por centímetro cuadrado, sus diecisiete mil centímetros cuadrados soportarían en ese momento una presión de diecisiete mil quinientos sesenta y ocho kilos.

—¿Sin que yo lo note?

—Así es. Si no le aplasta una presión semejante, es porque el aire penetra en su cuerpo con la misma presión. Eso produce un equilibrio perfecto entre la presión interior y la exterior, que se neutralizan, lo que le permite soportarlas sin esfuerzo. Pero en el agua es otra cosa.

—Sí, comprendo, porque el agua me rodea y no me penetra —respondió Ned,

cada vez más atento.

—Eso es. Así que, a treinta y dos pies bajo la superficie, sufriría una presión de diecisiete mil quinientos sesenta y ocho kilos; a trescientos veinte pies, diez veces esa presión, es decir, ciento setenta y cinco mil seiscientos ochenta kilos; a tres mil doscientos pies, cien veces esa presión, es decir un millón setecientos cincuenta y seis mil ochocientos kilos; y a treinta y dos mil pies, mil veces esa presión, es decir, diecisiete millones quinientos sesenta y ocho mil kilos; en resumen, quedaría tan aplastado como si lo sacasen de los platos de una máquina hidráulica.

—¡Diantres! —dijo Ned.

—Pues bien, mi buen arponero, si vertebrados con una longitud de varios centenares de metros y una anchura en proporción se mantienen a semejantes profundidades, ellos, con una superficie de millones de centímetros cuadrados, sufrirán una presión que habrá que estimar en millares de kilos. Calcule ahora cuál debe ser la resistencia de su esqueleto y la potencia de su organismo para resistir tales presiones.

—Deben de estar hechos de placas metálicas de ocho pulgadas, como las fragatas acorazadas —respondió Ned Land.

—Usted lo ha dicho, Ned, y piense ahora en los daños que puede causar una masa semejante lanzada a la velocidad de un expreso contra el casco de un buque.

—Sí... en efecto... puede ser —respondió el canadiense, abrumado por tanta cifra, pero sin querer rendirse.

—Y bien, ¿le he convencido?

—Me ha convencido de una cosa, señor naturalista: que si existen tales animales en el fondo del mar, por fuerza han de ser tan fuertes como dice.

—Y si no existen, mi obstinado arponero, ¿cómo explica el accidente que sufrió el *Scotia*?

—Tal vez... —dijo Ned, titubeando.

—Adelante.

—¡Porque... no es verdad! —respondió el canadiense, repitiendo sin saberlo una célebre respuesta de Arago.

Esa respuesta demostraba la obstinación del arponero y no otra cosa. Ese día no le presioné más. El accidente del *Scotia* era innegable. El agujero existía, pues habían tenido que tapanlo, y no creo que la existencia de un agujero pueda demostrarse más categóricamente. Ahora bien, el agujero no se había hecho solo y, puesto que no lo habían causado rocas ni ingenios submarinos, había sido debido necesariamente al arma perforadora de un animal.

Pues bien, en mi opinión, y por las razones deducidas anteriormente, ese animal pertenecía a la rama de los vertebrados, clase de los mamíferos, grupo de los

pisciformes y, por último, orden de los cetáceos. En cuanto a la familia en la que se incluía, ballena, cachalote o delfín, al género al que pertenecía, a la especie en la que convenía clasificarlo, esa era una cuestión que habría que dilucidar más tarde. Para resolverla, había que disecar al monstruo desconocido; para disecarlo, cazarlo; para cazarlo, arponearlo —eso le correspondía a Ned—; para arponearlo, verlo —eso le correspondía a la tripulación—, y para verlo, encontrarlo —eso le correspondía al azar.

V

¡A LA AVENTURA!

Durante algún tiempo la travesía del *Abraham Lincoln* no se vio perturbada por ningún incidente. Sin embargo, ocurrió una circunstancia que puso de relieve la extraordinaria habilidad de Ned Land y demostró la confianza que tenía en sí mismo.

El 30 de junio, a la altura de las Malvinas, la fragata comunicó con unos balleneros norteamericanos que nos informaron de que no habían visto al narval. Uno de ellos, el capitán del *Monroe*, al enterarse de que Ned Land estaba a bordo del *Abraham Lincoln*, le pidió que los ayudara a cazar una ballena que habían avistado. El comandante Farragut, deseoso de ver a Ned Land en acción, le autorizó a subir a bordo del *Monroe*. La suerte favoreció de tal modo a nuestro buen canadiense que, en vez de una ballena, cazó a dos de un doble arponazo; a una le atravesó el corazón y a la otra la capturó tras una persecución de varios minutos.

Decididamente, si el monstruo se enfrenta alguna vez al arpón de Ned Land, yo no apostaría por él.

La fragata bordeó la costa sudoeste de América con una rapidez asombrosa. El 3 de julio nos hallábamos en el estrecho de Magallanes, a la altura del cabo de las Vírgenes. El comandante Farragut no quiso adentrarse en ese pasaje sinuoso y maniobró para doblar el cabo de Hornos.

La tripulación le dio la razón unánimemente. Y, en efecto, ¿era probable que pudiéramos encontrar al narval en ese estrecho pasaje? Muchos de los marineros afirmaron que el monstruo no podía atravesarlo «porque era demasiado grande».

El 6 de julio, hacia las tres de la madrugada, el *Abraham Lincoln* se hallaba a quince millas al sur y dobló ese islote solitario, esa roca perdida en el extremo del continente americano al que los marinos holandeses bautizaron con el nombre de su ciudad natal, el cabo de Hornos. Se puso rumbo al noroeste y al día siguiente la hélice de la fragata batió por fin las aguas del Pacífico.

—¡Ojo avizor! ¡Ojo avizor! —repetían los marineros del *Abraham Lincoln*.



Y los abrían desmesuradamente. Con los ojos y los catalejos algo deslumbrados, es cierto, ante la perspectiva de los dos mil dólares, no se daban ni un instante de reposo. Día y noche escrutaban la superficie del océano, y los nictálopes, cuya facultad de ver en la oscuridad aumentaba sus posibilidades en un cincuenta por ciento, jugaban con ventaja a la hora de obtener la recompensa.

Yo, poco atraído por el cebo del dinero, no era sin embargo el menos atento a

bordo. Reservando tan sólo unos minutos para comer y unas horas al sueño, indiferente al sol o a la lluvia, no abandonaba el puente del barco. Inclinado sobre la borda del castillo o apoyado en la batayola de popa, escrutaba ávidamente la espumosa estela que emblanquecía el mar hasta el horizonte. ¡Cuántas veces compartí la emoción del estado mayor y de la tripulación cuando alguna ballena caprichosa elevaba su negro lomo sobre las olas! El puente de la fragata se poblaba en un instante. Las escotillas vomitaban un torrente de marineros y oficiales. Todos y cada uno de ellos, con el pecho encogido y la mirada febril, contemplaban los movimientos del cetáceo. Yo miraba, miraba hasta agotar mi retina y quedarme ciego, mientras Conseil, siempre flemático, me repetía tranquilamente:

—Si el señor tuviera la bondad de no abrir tanto los ojos, vería mucho mejor.

¡Y tanta emoción en vano! El *Abraham Lincoln* modificaba su rumbo y corría hacia el animal avistado, simple ballena o cachalote común, que desaparecía rápidamente entre una salva de improperios.

No obstante, el tiempo seguía siendo favorable y el viaje se desarrollaba en las mejores condiciones. Nos hallábamos entonces en la estación austral más despacible, pues el julio de esa zona corresponde a nuestro enero de Europa. Pero el mar permanecía en calma y se dejaba observar fácilmente en un vasto perímetro.

Ned Land seguía mostrando la más tenaz incredulidad, e incluso fingía no escrutar la superficie del mar cuando no estaba de guardia, al menos cuando no había ninguna ballena a la vista. No obstante, su extraordinario poder de visión hubiera sido de gran utilidad. Pero el tozudo canadiense se pasaba ocho de cada doce horas leyendo o durmiendo en su camarote. Cien veces le reproché su indiferencia.

—¡Bah! —respondió—. Ahí no hay nada, señor Aronnax, y, si hubiera algún animal, ¿qué posibilidades tendríamos de verlo? ¿Acaso no vamos a la aventura? Dicen que han vuelto a ver a esa bestia misteriosa en las mares del norte del Pacífico, y estoy dispuesto a admitirlo, pero han pasado dos meses desde aquello y, a juzgar por el temperamento de su narval, parece que no le gusta permanecer mucho tiempo en los mismos parajes. Está dotado de una prodigiosa facilidad de desplazamiento. Sin embargo, profesor, usted sabe mejor que yo que la naturaleza no hace nada al revés, y no le daría a un animal lento por naturaleza la facultad de moverse rápidamente si no la necesitara. Conque, si la bestia existe, ya estará lejos.

No sabía qué responder a eso. Evidentemente, marchábamos a ciegas. Pero ¿qué otra cosa podíamos hacer? Además, nuestras posibilidades eran muy limitadas. No obstante, nadie dudaba aún del éxito de la expedición, y ni uno solo de los marineros hubiera apostado en contra del narval y de su aparición inminente.

El 20 de julio atravesamos el trópico de Capricornio a 105° de longitud y, el 27 del mismo mes, cruzamos el ecuador en el meridiano ciento diez. Fijada la posición, la fragata puso rumbo directamente al oeste y se adentró en los mares centrales del Pacífico. El comandante Farragut pensaba, con razón, que era preferible navegar en aguas profundas y alejarse de los continentes o islas a los que el animal siempre había parecido no querer acercarse, «probablemente porque allí no tenía agua suficiente», según el contramaestre. Así, la fragata pasó frente a las islas Potomú, Marquesas y Sandwich, atravesó el trópico de Cáncer a 132° de longitud y se dirigió a los mares de China.

¡Por fin nos hallábamos en el escenario de las últimas piruetas del monstruo! A decir verdad, estábamos en un sinvivir. Los corazones palpitaban terriblemente y se gestaban incurables aneurismas futuros. La tripulación al completo sufría una sobreexcitación nerviosa que yo no sabría describir. No comíamos ni bebíamos. Veinte veces al día, un error de apreciación o la ilusión óptica de algún marinero encaramado a lo alto de un mástil causaban enormes sobresaltos, y estas emociones, veinte veces repetidas, nos mantenían en un estado de excitación demasiado violento para no provocar una reacción inminente.

Y en efecto, la reacción no tardó en producirse. Durante tres meses, tres meses en los que cada día era un siglo, el *Abraham Lincoln* surcó los mares septentrionales del Pacífico, persiguiendo las ballenas que avistaba, apartándose bruscamente de la ruta, virando súbitamente a un lado u otro, parando de golpe, acelerando o cambiando de dirección una y otra vez, a riesgo de desnivelar sus máquinas, y no dejó puerto sin explorar desde las costas del Japón a las de América. ¡Nada! ¡Sólo la inmensidad de las olas desiertas! ¡Nada que se pareciera a un narval gigantesco ni a un islote submarino ni a los restos de un naufragio ni a un escollo huidizo, ni a cualquier cosa sobrenatural!

Entonces se produjo la reacción. El desánimo se apoderó en primer lugar de los espíritus y abrió una vía a la incredulidad. Una nueva sensación cundió a bordo, compuesta por tres décimas partes de vergüenza y siete décimas partes de furia. Éramos «estúpidos» por habernos dejado arrastrar por una quimera, pero sobre todo estábamos furiosos. Las montañas de argumentos acumulados durante un año se desplomaron de golpe, y cada uno de nosotros no pensaba más que en recuperarse, durante las horas de sueño o de comida, del tiempo que tan estúpidamente había sacrificado.



Con la ligereza natural del espíritu humano, se pasó de un extremo al otro. Los más fervientes partidarios de la expedición se convirtieron indefectiblemente en sus más ardientes detractores. La reacción subió desde el fondo del barco y la sala de calderas hasta el puesto de oficiales y, ciertamente, de no ser por una obstinación muy particular del comandante Farragut, la fragata habría puesto definitivamente rumbo al sur.

Pero esa búsqueda infructuosa no podía prolongarse durante mucho tiempo. El *Abraham Lincoln* no tenía nada que reprocharse, pues había hecho todo lo posible por lograr su objetivo. Jamás la tripulación de un buque de la marina americana se mostró tan paciente y afanosa, y nadie podía achacarle el fracaso. No quedaba otra que volver.

Así se le hizo saber al comandante, que se mantuvo firme. Los marineros no disimularon su descontento y el servicio se resintió. No quiero decir que hubiera un motín a bordo, pero tras un periodo razonable de obstinación, el comandante Farragut, como hiciera Colón, pidió tres días de margen. Si en el plazo de tres días el monstruo no había aparecido, el timonel daría tres vueltas de timón y el *Abraham Lincoln* pondría rumbo a los mares europeos.

Esa promesa se hizo el 2 de noviembre y tuvo como primer resultado el de reanimar a la desfallecida tripulación. Se escrutó el océano con atención renovada. Todos querían echarle ese último vistazo en el que se resumen todos los recuerdos. Los catalejos funcionaban con una actividad febril. Era un desafío supremo lanzado al gigantesco narval, que razonablemente no podía negarse a «comparecer».

Transcurrieron dos días. El *Abraham Lincoln* se mantenía a baja velocidad. Se emplearon mil medios para despertar la atención o estimular la apatía del animal, en caso de que estuviese en aquellos parajes. Se pusieron enormes trozos de tocino a la rastra, para gran satisfacción de los tiburones, tengo que decirlo. Las barcas rodearon al *Abraham Lincoln* en todas direcciones mientras éste permanecía en reposo, y no dejaron ni un punto del mar sin explorar. Pero llegó la noche del 4 de noviembre sin que se hubiera desvelado el misterio submarino.

A mediodía del día siguiente, 5 de noviembre, expiraba el plazo de rigor. Tras fijar la posición, el comandante Farragut, fiel a su promesa, debía poner rumbo al sudeste y abandonar definitivamente las regiones septentrionales del Pacífico.

La fragata se hallaba entonces a 31° 15' de latitud norte y 136° 42' de longitud este. Las costas de Japón quedaban a menos de doscientos millas a sotavento. Acababan de dar las ocho y estaba anocheciendo. Grandes nubes ocultaban el disco lunar, entonces en cuarto creciente. El mar ondulaba apaciblemente bajo el estrave de la fragata.

Yo estaba en la proa, apoyado en la batayola de estribor. A mi lado, Conseil miraba al frente. La tripulación, subida a los obenques, oteaba el horizonte que se encogía y se iba oscureciendo poco a poco. Los oficiales, armados con sus catalejos nocturnos, escudriñaban la oscuridad creciente. A veces el sombrío océano brillaba por efecto de un rayo lanzado por la luna entre dos nubes. Luego, todo rastro de luz se desvanecía en las tinieblas.

Observando a Conseil, vi al buen muchacho un tanto influido por el ambiente general, o al menos eso me pareció. Quizá, por primera vez, sus nervios vibraban

movidos por la curiosidad.

—Ánimo, Conseil —le dije—. Esta es la última oportunidad de embolsarnos dos mil dólares.

—Permítame el señor que le diga —respondió Conseil— que yo nunca he pensado en la prima. El gobierno de la Unión podía prometer cien mil dólares, que no los perdería.

—Tienes razón, Conseil. Después de todo, es una empresa absurda en la que nos hemos embarcado demasiado a la ligera. ¡Cuánto tiempo perdido, cuántas emociones inútiles! ¡Hace seis meses que estaríamos de vuelta en Francia...!

—¡En el pequeño apartamento del señor! —respondió Conseil—. ¡En el museo del señor! ¡Y yo ya habría clasificado los fósiles del señor y el babirusa estaría en su jaula del Jardín de las Plantas y atraería a todos los curiosos de la capital!

—Tú lo has dicho, y eso sin contar con que se burlarán de nosotros.

—Efectivamente —respondió tranquilamente Conseil—, creo que se burlarán del señor. ¿Hace falta decir...?

—Sí, Conseil.

—Pues eso, que el señor tendrá lo que se merece.

—¿De veras?

—Cuando se tiene el honor de ser un sabio como el señor, uno no se expone...

Conseil no pudo terminar su cumplido. En el silencio general, se acababa de oír una voz. Era la de Ned Land, que gritaba:

—¡Ohé! ¡La cosa en cuestión, a sotavento, al través!



VI

A TODA MÁQUINA

Ante aquel grito, toda la tripulación se precipitó hacia el arponero. Comandante, oficiales, contramaestres, marineros, grumetes y hasta los ingenieros, que dejaron sus máquinas, y los fogoneros, que abandonaron sus calderas. Se dio el alto inmediatamente y la fragata erró a la deriva.

La oscuridad era profunda y, por buena que fuera la vista del canadiense, yo me preguntaba cómo y qué había podido ver. Sentía mi corazón a punto de estallar.

Ned no se había equivocado y todos vimos el objeto que señalaba con la mano. A dos cables a estribor del *Abraham Lincoln*, el mar parecía iluminado por debajo. No se trataba de un simple fenómeno de fosforescencia, y no podíamos equivocarnos. El monstruo, sumergido a algunas toesas de la superficie, proyectaba ese resplandor intenso pero inexplicable que mencionan los informes de varios capitanes. La extraordinaria irradiación debía de estar producida por un agente de gran poder lumínico. La parte fosforescente describía un inmenso óvalo alargado en el mar, en cuyo centro se condensaba un foco ardiente cuyo insoportable fulgor se apagaba en gradaciones sucesivas.

—¡Sólo es una aglomeración de moléculas fosforescentes! —exclamó uno de los oficiales.

—No —respondí, convencido—. Los gimnotos o las salpas no producen una luz tan potente. Este resplandor es de naturaleza esencialmente eléctrica... Además, ¡miren! ¡Se desplaza! ¡Se mueve hacia adelante y hacia atrás! ¡Se lanza sobre nosotros!

Se elevó un grito general en la fragata.

—¡Silencio! —dijo el comandante Farragut—. ¡Caña a barlovento! ¡Marcha atrás!

Los marineros corrieron a la caña del timón y los ingenieros a sus máquinas. Se cambió inmediatamente de rumbo y el *Abraham Lincoln*, batiendo a babor, describió un semicírculo.

—¡A la vía el timón! ¡Máquina avante! —gritó el comandante Farragut.

Se cumplieron sus órdenes y la fragata se alejó rápidamente del foco luminoso. Digo mal. Quiso alejarse, pero el misterioso animal se acercó a una velocidad dos veces mayor que la nuestra.

Estábamos sin aliento. El estupor, más que el miedo, nos mantenía mudos e inmóviles. El animal nos alcanzó jugueteando, dio la vuelta a la fragata, que en ese

momento avanzaba a catorce nudos, y la envolvió en su manto eléctrico como en una polvareda luminosa. Luego se alejó dos o tres millas, dejando una estela fosforescente comparable a los torbellinos de vapor que lanza la locomotora de un expreso. De repente, desde los oscuros confines del horizonte adonde había ido a coger impulso, el monstruo se lanzó súbitamente hacia el *Abraham Lincoln* con una rapidez asombrosa, se detuvo bruscamente a veinte pies de sus cintas y se apagó — sin sumergirse en las profundidades, pues su resplandor no menguó, sino de golpe, como si la fuente de su brillante efluvio se hubiera agotado de repente—. Luego volvió a aparecer al otro lado del barco, bien porque lo hubiera rodeado, bien porque se hubiera deslizado bajo su casco. En cualquier momento podía producirse un choque que habría sido fatal para nosotros.

Sin embargo, me sorprendían las maniobras de nuestra fragata. Huía y no atacaba. Era perseguida cuando era ella la que debía perseguir, y así se lo dije al capitán Farragut. Su rostro, normalmente tan imperturbable, reflejaba un asombro indefinible.

—Señor Aronmax —me respondió—, no sé a qué portentoso ser nos enfrentamos, y no quiero arriesgar imprudentemente mi fragata en medio de esta oscuridad. Además, ¿cómo atacar a lo desconocido? ¿Cómo defenderse? Esperemos a que amanezca y cambiarán las tornas.

—Comandante, ¿ya no tiene dudas sobre la naturaleza del animal?

—No. Evidentemente es un narval gigantesco, pero también un narval eléctrico.

—Quizá sea tan inabordable como un gimnoto o a un torpedo —añadí.

—Sí, y si tiene un poder fulminante debe de tratarse del animal más terrible que nunca haya salido de la mano del Creador —respondió el comandante—. Por eso hay que ser precavidos.

La tripulación se mantuvo en pie toda la noche. Nadie pensó en dormir. El *Abraham Lincoln*, al no poder igualar la velocidad del monstruo, había moderado su marcha y se mantenía a baja velocidad. Por su parte, el narval, imitando a la fragata, se dejaba mecer por las olas y parecía decidido a no abandonar el escenario de la lucha.

A medianoche, no obstante, desapareció, o, para emplear una expresión más acertada, «se apagó» como una gran luciérnaga. ¿Había huido? Había que temerlo, no esperarlo. A la una menos siete minutos de la mañana se oyó un silbido ensordecedor, parecido al que produce una columna de agua expulsada con extrema violencia.

El comandante Farragut, Ned Land y yo estábamos en la toldilla, escrutando ávidamente las profundas tinieblas.

—Ned —preguntó el comandante—, ¿ha oído rugir a las ballenas?

—Muchas veces, señor, pero nunca a ballenas que me hayan hecho ganar dos

mil dólares.

—En efecto, tiene derecho a la recompensa. Pero, dígame, ¿este ruido no es el que hacen los cetáceos cuando expulsan agua por sus espiráculos?

—El mismo, señor, pero este es infinitamente más fuerte. No hay lugar a error, es un cetáceo lo que nada en nuestras aguas. Con su permiso, mañana en cuanto amanezca le diremos dos palabras.

—Si es que está de humor para escucharle, señor Land —respondí, no muy convencido.

—Si me acerco a cuatro largos de arpón —replicó el canadiense—, no tendrá más remedio que hacerlo.

—Pero para que pueda acercarse a él, tendré que poner una ballenera a su disposición, ¿no? —dijo el comandante.

—Sí, señor.

—¿Y eso no pondrá en peligro la vida de mis hombres?

—Y la mía —respondió escuetamente el arponero.

Hacia las dos de la mañana el foco luminoso reapareció con la misma intensidad a cinco millas a barlovento del *Abraham Lincoln*. A pesar de la distancia, el ruido del viento y el mar, se oían claramente los formidables coletazos del animal y hasta su respiración entrecortada. Parecía que cuando el enorme narval subía a respirar a la superficie, el aire llenaba sus pulmones, como hace el vapor en los grandes cilindros de una máquina de dos mil caballos.

«¡Hum!», pensé, «una ballena con la fuerza de un regimiento de caballería sería una señora ballena».

Permanecimos alerta hasta el amanecer y nos preparamos para el combate. Se colocaron los aparejos de pesca a lo largo de las bordas. El segundo mandó cargar esos mosquetones que lanzan un arpón a una milla de distancia y las escopetas de balas explosivas cuya herida es mortal, incluso para los animales más poderosos. Ned Land se había limitado a afilar su arpón, arma terrible en sus manos.

A las seis comenzó a despuntar el alba y con los primeros destellos de la aurora desapareció el resplandor eléctrico del narval. A las siete ya era de día, pero una bruma matutina muy espesa estrechaba el horizonte y los mejores catalejos no podían penetrarla, lo que suscitó la decepción y el enfado general.

Subí a la cofa de mesana. Algunos oficiales ya habían trepado a lo alto de los mástiles.

A las ocho, la bruma avanzó lentamente sobre las olas y sus gruesas volutas se elevaron poco a poco. El horizonte se ensanchaba y se purificaba a la vez.

De pronto, como la víspera, se oyó la voz de Ned Land:

—¡La cosa en cuestión, atrás, a babor! —gritó el arponero.

Todas las miradas apuntaron al lugar señalado.

Allí, a milla y media de la fragata, un cuerpo negro y alargado emergía un metro por encima del agua. Su cola, agitada con violencia, producía un remolino considerable. Nunca un aparato caudal batió el mar con tal potencia. Una inmensa estela de una blancura asombrosa marcaba el paso del animal, describiendo una curva alargada.

La fragata se acercó al cetáceo y pude examinarlo tranquilamente. Los informes del *Shannon* y del *Helvetia* habían exagerado un poco sus dimensiones, y estimé su longitud en doscientos cincuenta pies únicamente. En cuanto a su anchura, apenas podía apreciarla, pero, en suma, el animal me pareció admirablemente proporcionado en sus tres dimensiones.

Mientras observaba ese ser prodigioso, dos chorros de agua y de vapor salieron de sus espiráculos y alcanzaron una altura de cuarenta metros, lo que me hizo fijarme en su modo de respiración. Concluí que pertenecía a la rama de los vertebrados, clase de los mamíferos, subclase de los monodelfos, grupo de los pisciformes, orden de los cetáceos, familia... Y aquí no podía pronunciarme aún. El orden de los cetáceos comprende tres familias: las ballenas, los cachalotes y los delfines, y es en esta última donde se incluyen los narvales. Cada una de estas familias se divide en varios géneros, cada género en especies y cada especie en variedades. Aún me faltaba por determinar la variedad, especie, género y familia del animal, pero estaba seguro de poder completar mi clasificación con ayuda del cielo y del comandante Farragut.

La tripulación aguardaba impaciente las órdenes de su jefe. Éste, tras observar atentamente al animal, llamó al ingeniero, que acudió al instante.

—¿Tiene suficiente presión? —le preguntó el comandante.

—Sí, señor —respondió el ingeniero.

—Bien. ¡Fuerce las calderas, y a toda máquina!

Tres hurras acogieron esa orden. Había llegado la hora del combate. Instantes después, las dos chimeneas de la fragata vomitaban torrentes de humo negro y el puente temblaba por la trepidación de las calderas.

El *Abraham Lincoln*, impulsado por su poderosa hélice, fue directo hacia el animal, que, indiferente, le dejó acercarse a una distancia de medio cable. Luego, renunciando a sumergirse, se alejó tranquilamente y se limitó a mantenerse a distancia.



Esta persecución se prolongó durante unos tres cuartos de hora, sin que la fragata ganara dos toesas al cetáceo. Era evidente que así no lo alcanzaría nunca.

El comandante Farragut se mesó con rabia la espesa mata de pelos que poblaba su mentón.

—¡Ned Land! —gritó.

El canadiense acudió enseguida.

—Y bien, señor Land —le preguntó el comandante—, ¿todavía me aconseja que eche los botes al mar?

—No, señor —respondió Ned Land—. Esa bestia no se dejará atrapar si no quiere.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Forzar las máquinas, si es posible. Yo, con su permiso, se entiende, me situaré bajo el barboquejo y, si nos ponemos a tiro de arpón, la arponearé.

—Adelante, Ned —respondió el comandante Farragut—. ¡Ingeniero —gritó—, aumente la presión!

Ned Land se colocó en su puesto. Se forzaron las máquinas, la hélice giró a cuarenta y tres revoluciones por minuto y el vapor salió disparado de las válvulas. Lanzada la corredera, se comprobó que el *Abraham Lincoln* marchaba a una velocidad de dieciocho millas y cinco décimas por hora.

Pero el maldito animal avanzaba a la misma velocidad.

Durante una hora más, la fragata se mantuvo a esa velocidad sin ganar ni una toesa, algo humillante para uno de los barcos más rápidos de la marina estadounidense. Una cólera sorda cundió entre la tripulación. Los marineros insultaban al monstruo, que no se dignaba responderles. El comandante Farragut ya no se conformaba con mesarse la barbilla, se la mordía.

Se llamó otra vez al ingeniero.

—¿Ha alcanzado el máximo de presión? —le preguntó el comandante.

—Sí, señor.

—¿Y están cargadas las válvulas?

—A seis atmósferas y media.

—Cárguelas a diez atmósferas.

He ahí una orden americana donde las haya. No se hubiera hecho otra cosa en el Misisipi para distanciar a un rival.

—Conseil —le dije a mi buen criado, que estaba a mi lado—, ¿te das cuenta de que probablemente vamos a saltar por los aires?

—Como guste el señor —respondió Conseil.

Pues bien, confieso que no me disgustaba correr ese riesgo.

Se cargaron las válvulas, se echó más carbón a los fogones y los ventiladores lanzaron torrentes de aire sobre el fuego. La velocidad del *Abraham Lincoln* aumentó. Sus mástiles temblaban sobre las carlingas y los torbellinos de humo apenas podían abrirse paso por las chimeneas demasiado estrechas.

Se lanzó la corredera por segunda vez.

—¿Y bien, timonel? —preguntó el comandante Farragut.

—Diecinueve millas y tres décimas, señor.

—¡A toda máquina!

El ingeniero obedeció. El manómetro marcó diez atmósferas, pero el cetáceo también «se caldeó», pues hizo sin esfuerzo diecinueve millas y tres décimas.

¡Qué persecución! No puedo describir la emoción que me embargaba. Ned Land, arpón en mano, se mantenía en su puesto. En varias ocasiones, el animal dejó que nos acercáramos.

—¡Lo alcanzamos! ¡Lo alcanzamos! —gritó el canadiense.

Pero, cuando se disponía a lanzar su arpón, el cetáceo huía a una velocidad que no puedo estimar en menos de treinta millas por hora. E incluso, durante nuestra velocidad máxima, se permitió burlarse de la fragata, rodeándola. ¡Un grito de rabia se escapó de todas las gargantas!

A mediodía no habíamos avanzado nada respecto a las ocho de la mañana y el comandante Farragut decidió emplear medios más directos.

—¡Ah! —bramó—. ¡Este animal va más rápido que el *Abraham Lincoln*! Pues bien, ¡veremos si escapa a sus balas de cañón! ¡Contra maestre, artilleros a la batería de proa!

Se cargó y apuntó inmediatamente el cañón de proa. Salió el disparo, pero la bala pasó a algunos pies por encima del cetáceo, que se mantenía a media milla.

—¡Apunten mejor! —exclamó el comandante—. ¡Quinientos dólares a quien acierte a esa bestia infernal!

Un viejo artillero de barba gris —parece que lo estoy viendo—, mirada tranquila y rostro impasible, se acercó a su cañón, lo puso en posición y apuntó durante un buen rato. Estalló una fuerte detonación, a la que se sumaron los hurras de la tripulación.

La bala dio en el blanco y alcanzó al animal, pero no con el efecto esperado, pues resbaló sobre su superficie redondeada para perderse a dos millas en el mar.

—¡Ah, diablos! —dijo, furioso, el viejo artillero—. ¡El muy bribón está blindado con placas de seis pulgadas!

—¡Maldición! —exclamó el comandante Farragut.

La caza comenzó de nuevo y el comandante Farragut, inclinándose hacia mí, dijo:

—¡Perseguiré al animal hasta que explote mi fragata!

—Sí —le respondí—, y hará usted bien.

Era de esperar que el animal se agotase y no fuese insensible al cansancio, como una máquina de vapor. Pero no ocurrió así, y transcurrieron las horas sin que mostrase ningún signo de agotamiento.



No obstante, hay que decir en honor del *Abraham Lincoln* que luchó con una tenacidad inquebrantable. No estimo en menos de quinientos kilómetros la distancia que recorrió durante ese infortunado 6 de noviembre. Llegó la noche, y envolvió con sus sombras las agitadas aguas del océano.

En ese momento creí que nuestra expedición había terminado y que nunca más veríamos al fantástico animal. Me equivocaba.

A las diez horas y cincuenta minutos de la noche, el fulgor eléctrico volvió a aparecer a tres millas a barlovento de la fragata, tan puro e intenso como la noche anterior.

El narval parecía inmóvil. Tal vez, agotado por aquella jornada, dormía mecido por las olas. Era una oportunidad que el comandante Farragut decidió aprovechar. Ordenó que el *Abraham Lincoln* se mantuviera a baja velocidad y avanzara con precaución para no despertar a su rival. No es raro encontrar en pleno océano ballenas profundamente dormidas, lo que permite atacarlas con éxito, y Ned Land había arponeado más de una en tal circunstancia. El canadiense volvió a su puesto en el barboquejo del bauprés.

La fragata se acercó sigilosamente, se detuvo a dos cables del animal y erró a la deriva. Todo el mundo a bordo contenía la respiración y un silencio profundo reinaba en el puente. No estábamos ni a cien pies del foco ardiente, cuyo fulgor aumentaba hasta deslumbrarnos.

En ese momento, inclinado sobre la batayola de proa, vi cómo Ned Land se agarraba con una mano al moco del bauprés y con la otra blandía su temible arpón. Apenas veinte metros lo separaban del inmóvil animal. De pronto, soltó violentamente el brazo y lanzó el arpón. Oí el impacto del arma, que parecía haber alcanzado un cuerpo duro.

El resplandor eléctrico se apagó bruscamente y sobre el puente de la fragata cayeron dos enormes trombas de agua que corrieron como un torrente de proa a popa, derribando a los hombres y rompiendo las trapas de las lanchas.

Se produjo un choque espantoso y, lanzado por encima de la bayatola, sin tiempo de agarrarme, me precipité al mar.

VII

UNA BALLENA DE ESPECIE DESCONOCIDA

Aunque me vi sorprendido por aquella inesperada caída, no por ello conservo un recuerdo menos vívido de mis sensaciones.

Primero fui arrastrado a una profundidad de unos veinte pies. Soy un buen nadador, sin pretender igualar a Byron ni a Edgar Poe, que son unos maestros, y la zambullida no me hizo perder la cabeza. Dos vigorosos golpes de talón me devolvieron a la superficie.

Mi primera preocupación fue avistar la fragata. ¿La tripulación se había percatado de mi desaparición? ¿El *Abraham Lincoln* había virado a babor? ¿El comandante Farragut había botado una embarcación en mi busca? ¿Debía esperar que me salvaran?

Las tinieblas eran profundas. Entreví una masa negra que desaparecía al este y cuyas luces de posición se apagaron a lo lejos. Era la fragata. Me sentí perdido.

—¡Socorro! ¡Socorro! —grité, nadando desesperadamente hacia el *Abraham Lincoln*.

La ropa me estorbaba. El agua hacía que se me pegase al cuerpo, paralizando mis movimientos. ¡Me hundía! ¡Me ahogaba!

—¡Socorro!

Fue el último grito que lancé. Mi boca se llenó de agua. Me debatía, arrastrado al abismo...

De repente, sentí que una mano vigorosa me agarraba de la ropa y me devolvía violentamente a la superficie, y oí, sí, oí que alguien me decía al oído:

—Si el señor tiene a bien apoyarse en mi hombro, nadará con más facilidad.

Me agarré con una mano al brazo de mi fiel Conseil.

—¡Tú! ¡Eres tú!

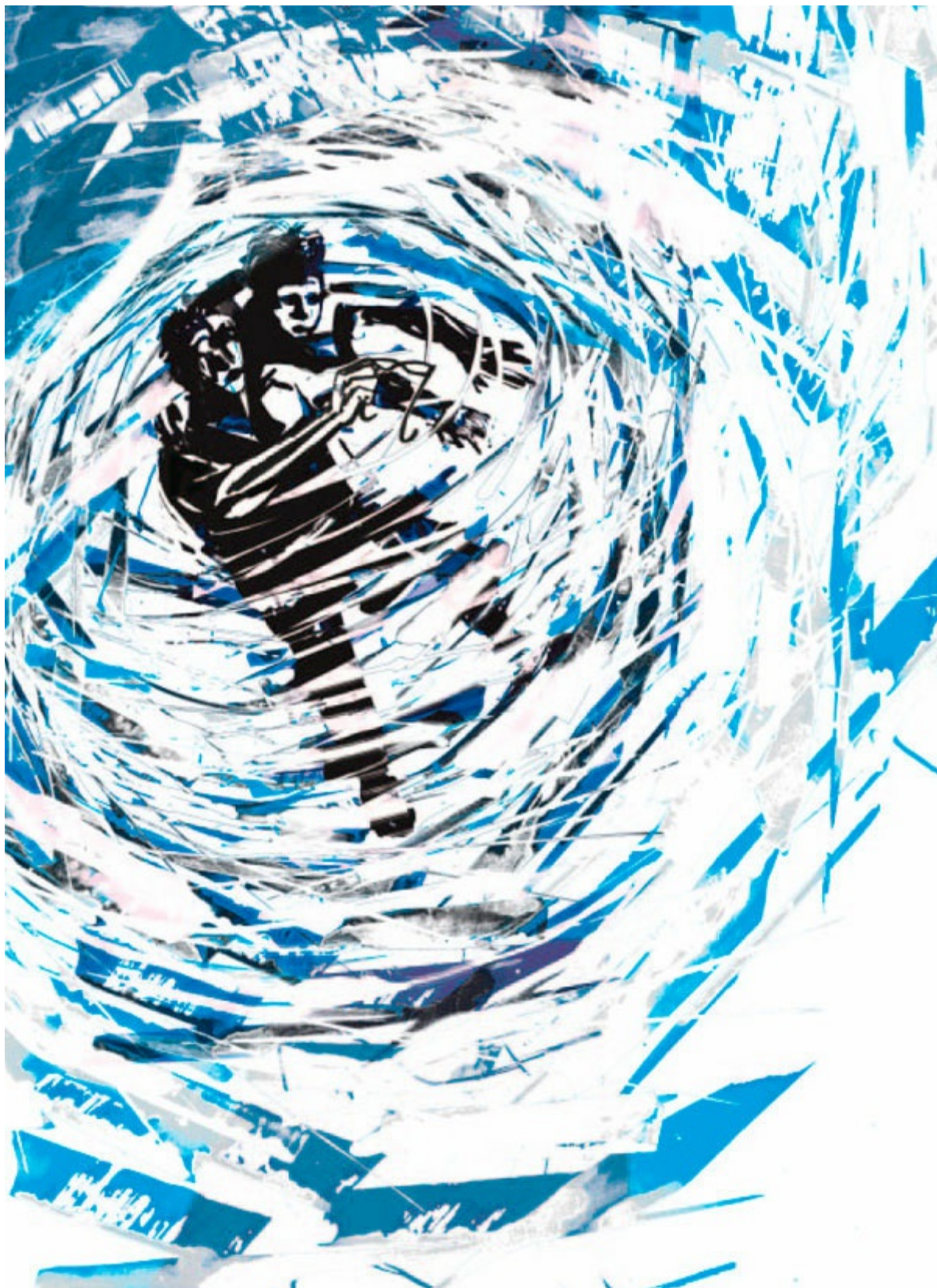
—El mismo, a las órdenes del señor.

—¿El choque te lanzó al mar a la vez tiempo que a mí?

—No, pero como estoy al servicio del señor, le seguí.

El buen muchacho lo encontraba de lo más natural.

—¿Y la fragata?



—¡La fragata! —respondió Conseil, volviéndose de espaldas—. Creo que el señor haría bien en no contar demasiado con ella.

—¿Cómo?

—Digo que, cuando me precipité al mar, oí a los timoneles gritar: «¡La hélice y el timón se han roto!».

—¿Roto?

—Sí, desgarrados por los dientes del monstruo. Creo que es la única avería que ha sufrido el *Abraham Lincoln*, pero, por desgracia para nosotros, le impide gobernarse.

—¡Entonces estamos perdidos!

—Puede —respondió tranquilamente Conseil—. No obstante, aún tenemos algunas horas por delante, y en unas horas se pueden hacer muchas cosas.

La imperturbable sangre fría de Conseil me reanimó. Nadé con más fuerza pero, lastrado por mis ropas, que me oprimían como una capa de plomo, me costaba mantenerme a flote. Conseil se percató y dijo:

—Permítame el señor que le haga un corte.

Y con una navaja rajó mis ropas de arriba abajo con un movimiento rápido. Luego me las quitó hábilmente, mientras yo nadaba por los dos. Hice lo mismo con él y continuamos «navegando» uno junto al otro.

Nuestra situación no por ello era menos terrible. Quizá nadie se había percatado de nuestra desaparición y, aunque así fuera, la fragata, desprovista de timón, no podía volver a sotavento a por nosotros. Así pues, sólo podíamos contar con sus lanchas.

Conseil sopesó fríamente esta hipótesis y elaboró un plan en consecuencia. ¡Qué extraordinaria naturaleza la de este flemático muchacho, que estaba allí como en su casa!

Decidimos, pues, que, puesto que nuestra única posibilidad de salvación era ser rescatados por los botes del *Abraham Lincoln*, debíamos organizarnos para poder esperarlos el mayor tiempo posible. Resolví entonces que dividiéramos nuestras fuerzas para no agotarlas a la vez, y acordamos lo siguiente: uno de nosotros se mantendría inmóvil, tendido boca arriba, con los brazos cruzados y las piernas extendidas, mientras el otro nadaba y lo empujaba hacia adelante. Esa labor de remolque no debía durar más de diez minutos y, relevándonos así, podíamos nadar unas cuantas horas, quizá hasta el amanecer.

Frágil posibilidad, pero ¡la esperanza está tan fuertemente arraigada en el corazón humano...! Además, éramos dos. Y afirmo, además —por improbable que parezca—, que aunque tratara de borrar de mí toda ilusión, aunque intentara desesperar, no podría.

El choque entre la fragata y el cetáceo se había producido hacia las once de la noche. Calculé, pues, que nos quedaban ocho horas de nado hasta el amanecer, operación perfectamente factible si nos turnábamos. El mar, bastante bonancible, nos cansaba poco. A veces yo trataba de penetrar con la mirada las espesas tinieblas, sólo rotas por la fosforescencia producida por nuestros movimientos. Miraba las ondas luminosas que se deshacían en mis manos y cuya capa espejeante se manchaba de placas lívidas. Parecía que estuviéramos sumergidos en un baño

de mercurio.

Hacia la una de la mañana sentí que no podía más, con los miembros agarrotados por fuertes calambres. Conseil tuvo que sostenerme, y el trabajo de mantenernos con vida recayó exclusivamente sobre él. Pronto oí jadear al pobre muchacho. Su respiración se volvió rápida y entrecortada, y comprendí que no podría resistir mucho tiempo.

—¡Déjame! —le dije.

—¿Abandonar al señor? ¡Jamás! —me respondió—. Cuento con ahogarme antes que él.

Apareció la luna entre los flecos de una nube que el viento empujaba al este. La superficie del mar resplandecía bajo sus rayos y esa benéfica luz nos dio fuerzas. Levanté la cabeza y oteé el horizonte. Vi la fragata, a cinco millas de nosotros, como una masa oscura, apenas perceptible. Pero ni rastro de lanchas.

Intenté gritar. ¿Para qué, a tanta distancia? Mis labios hinchados no dejaron escapar ningún sonido. Conseil pudo articular algunas palabras, y le oí repetir varias veces:

—¡Socorro! ¡Socorro!

Dejamos de movernos por un instante para poder escuchar. Y quizá fuera uno de esos zumbidos que la sangre comprimida produce en el oído, pero me pareció que un grito respondía al de Conseil.

—¿Lo has oído? —murmuré.

—¡Sí, sí!

Conseil lanzó al aire otra llamada desesperada.

Esta vez no había error posible. ¡Una voz humana respondía a la nuestra! ¿Era la de algún desventurado, abandonado en mitad del océano, la de otra víctima del choque sufrido por el barco? ¿O quizá un bote de la fragata nos llamaba desde la oscuridad?

Conseil hizo un esfuerzo supremo y, apoyándose en mi hombro mientras yo resistía en una última convulsión, sacó medio cuerpo fuera del agua y volvió a caer, agotado.

—¿Qué has visto?

—He visto... he visto... —murmuró—. Pero no hablemos, guardemos todas nuestras fuerzas.

¿Qué había visto? Entonces, no sé por qué, la imagen del monstruo me vino por primera vez a la mente. Pero, ¿y esa voz? En estos tiempos los Jonases del mundo ya no se refugian en el vientre de una ballena.

Conseil volvió a remolcarme. A veces elevaba la cabeza, miraba hacia adelante y lanzaba un grito de reconocimiento, al que respondía una voz cada vez más cercana. Yo apenas la oía. Estaba exhausto. Los dedos no me obedecían; la

mano ya no me ofrecía un punto de apoyo; mi boca, abierta convulsivamente, se llenaba de agua salada y el frío me invadía. Levanté la cabeza por última vez y me hundí... Entonces choqué con un cuerpo duro y me agarré a él. Sentí que me recogían y me llevaban a la superficie. Mi pecho se deshinchó y me desmayé.

Pronto recobré el conocimiento, gracias a las vigorosas fricciones que recorrieron mi cuerpo. Entreabrí los ojos.

—¡Conseil! —murmuré.

—¿Me llamaba el señor?

En ese momento, con los últimos rayos de luna que bajaban por el horizonte, percibí una figura que no era la de Conseil y que reconocí de inmediato.

—¡Ned! —exclamé.

—El mismo, señor, que corre tras su recompensa —respondió el canadiense.

—¿También lo tiró al mar el choque de la fragata?

—Sí, profesor, pero con más suerte que usted, porque pude hacer pie casi inmediatamente en un islote flotante.

—¿Un islote?

—O, por mejor decirlo, en nuestro gigantesco narval.

—Explíquese, Ned.

—Sólo diré que enseguida comprendí por qué mi arpón no había podido herirlo y se había mellado en su piel.

—¿Por qué, Ned, por qué?

—Porque la bestia, profesor, está hecha de chapa de acero.

Aquí es preciso que haga una pausa, refresque mis recuerdos y controle mis afirmaciones.

Las últimas palabras del canadiense me produjeron una súbita conmoción. Subí rápidamente al punto más alto del ser o de la cosa medio sumergida que nos servía de refugio y lo tanteé con el pie. Evidentemente se trataba de un cuerpo duro, impenetrable, y no esa sustancia blanda que forma la masa de los grandes mamíferos marinos.

Pero ese cuerpo duro podía ser un caparazón óseo, similar al de los animales antediluvianos, que me permitiría clasificar al monstruo entre los reptiles anfibios, como las tortugas o los caimanes.

¡No, un momento! El negro lomo que me sostenía era liso, pulido, no imbricado. Respondía a los golpes con sonoridad metálica y, por increíble que fuera, parecía, qué digo, estaba hecho de placas remachadas con pernos.

¡No había duda posible! El animal, el monstruo, el fenómeno natural que había intrigado a toda la comunidad científica, conmocionado y confundido la imaginación de marinos de ambos hemisferios era, había que reconocerlo, un fenómeno aún más sorprendente, un fenómeno creado por la mano del hombre.

El descubrimiento de la existencia del ser más fabuloso o mitológico no me hubiera sorprendido tanto. Que lo prodigioso venga del Creador parece fácil de entender, pero encontrar de golpe ante nuestros ojos lo imposible misteriosa y humanamente realizado es como para confundir la razón.

Sin embargo, no había duda posible. Nos hallábamos en la superficie de una especie de barco submarino, que, por lo que pude apreciar, presentaba la forma de un inmenso pez de acero. Ned ya se había formado una opinión al respecto, y Conseil y yo no pudimos sino compartirla.

—Pero, entonces, ¿este aparato contiene un mecanismo de locomoción y una tripulación para maniobrarlo? —dije.

—Evidentemente —respondió el arponero—. No obstante, llevo tres horas en esta isla flotante y nadie ha dado señales de vida.

—¿El barco no se ha movido?

—No, señor Aronnax. Se deja mecer por las olas, pero no se ha movido.

—Y sin embargo, sabemos con toda certeza que está dotado de gran velocidad. Pues bien, ya que hace falta una máquina para producir tal velocidad y un mecánico para conducirla, concluyo... que estamos salvados.

—¡Hum! —dijo Ned Land, con reservas.

En ese momento, como para confirmar mi argumentación, se oyó un burbujeo en la popa del extraño artefacto, evidentemente propulsado por una hélice, y éste se puso en movimiento. Tuvimos el tiempo justo de agarrarnos a su parte superior, que sobresalía unos ochenta centímetros sobre el agua. Por suerte su velocidad no era excesiva.

—Mientras navegue horizontalmente no tengo nada que decir —murmuró Ned Land—. Pero como le dé por sumergirse, ¡no daría ni dos dólares por mi pellejo!

Y aún hubiera podido dar menos. Necesitábamos, pues, comunicarnos urgentemente con los seres encerrados en los costados de la máquina. Busqué en su superficie una rendija, una escotilla, una «boca hombres», para emplear la expresión técnica, pero las líneas de pernos, sólidamente remachados en la juntura de las placas, eran claras y uniformes.

Además, la luna desapareció en ese momento y nos dejó en una oscuridad profunda. Había que esperar al amanecer para pensar cómo penetrar en el barco submarino.

Así pues, nuestra salvación dependía únicamente del capricho de misteriosos timoneles que gobernaban el aparato y, si decidían sumergirse, estaríamos perdidos. Exceptuando este caso, yo estaba seguro de poder entrar en contacto con ellos, puesto que, si no fabricaban ellos mismos el aire, por fuerza tenían que volver de vez en cuando a la superficie para renovar su provisión de moléculas respirables. Por lo tanto, debía de existir una abertura que pusiera el interior del

barco en comunicación con la atmósfera.



En cuanto a la esperanza de ser salvados por el comandante Farragut, había que desecharla. Avanzábamos hacia el oeste, y yo calculaba que nuestra velocidad, relativamente moderada, era de unas doce millas por hora. La hélice batía las olas con regularidad matemática y a veces emergía, lanzando el agua fosforescente a

gran altura.

Hacia las cuatro de la mañana aumentó la velocidad del aparato. Resistíamos con dificultad ese empuje vertiginoso, mientras las olas nos azotaban de plano. Por suerte, Ned encontró bajo su mano una argolla sujeta a la parte superior de la superficie metálica y conseguimos agarrarnos firmemente a ella.

Al fin pasó la larga noche. Mi incompleta memoria no me permite reconstruir todas sus impresiones. Un solo detalle me viene a la mente. En algunos momentos en que el mar y el viento estuvieron en calma, me pareció oír varias veces unos sonidos vagos, una especie de armonía fugaz producida por acordes lejanos. ¿Cuál era entonces el misterio de aquella navegación submarina, cuya explicación buscaba en vano el mundo entero? ¿Qué seres vivían en el extraño barco? ¿Qué mecanismo le permitía desplazarse a una velocidad tan prodigiosa?

Se hizo de día. Las brumas de la mañana nos envolvían, pero no tardaron en disiparse. Me disponía a examinar atentamente el casco, que en su parte superior formaba una especie de plataforma horizontal, cuando sentí que empezaba a sumergirse.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Ned Land, pateando la plancha sonora—. ¡Abrid, navegantes inhóspitos!

Pero resultaba difícil hacerse oír entre los ensordecedores golpes de la hélice. Afortunadamente, el movimiento de inmersión se detuvo.

De pronto se produjo un ruido de herrajes en el interior del barco. A continuación se abrió una de las placas y apareció un hombre que lanzó un extraño grito y desapareció al instante.

Unos segundos después, ocho tipos fornidos con la cara tapada aparecieron sin decir palabra y nos arrastraron al interior de su formidable máquina.

VIII

MOBILIS IN MOBILI

Este rapto, ejecutado tan brutalmente, se había realizado con la rapidez de un relámpago. Ni mis compañeros ni yo tuvimos tiempo de identificar nada. Desconozco lo que sintieron ellos al verse introducidos en aquella prisión flotante, pero yo experimenté un súbito escalofrío que me heló la piel. ¿Con quién nos enfrentábamos? Probablemente con unos piratas de nuevo cuño que explotaban el mar a su manera.

Nada más cerrarse el estrecho panel me envolvió una profunda oscuridad. Mis ojos, impregnados de la luz exterior, no podían distinguir nada. Sentía cómo mis pies descalzos se agarraban a los peldaños de una escalera de hierro. Ned Land y Conseil, fuertemente maniatados, me seguían. Al pie de la escalera se abrió una puerta que se cerró inmediatamente sobre nosotros con gran estruendo.

Estábamos solos. ¿Dónde? No podía decirlo, ni apenas imaginarlo. Todo estaba oscuro, tan profundamente oscuro que, pasados unos minutos, mis ojos aún no habían podido distinguir ni uno solo de esos vagos destellos que flotan en las noches más cerradas.

Ned Land, furioso por esa forma de actuar, daba rienda suelta a su indignación.

—¡Por todos los diablos! —exclamó—. ¡Esta gente podría dar lecciones de hospitalidad a los caledonianos! ¡Sólo les falta ser antropófagos, y no me sorprendería que así fuera! Pero prometo que no me dejaré comer sin protestar.

—Calma, amigo Ned, calma —respondió tranquilamente Conseil—. No se sofoque antes de tiempo. Todavía no estamos en la parrilla.

—En la parrilla, puede que no —replicó el canadiense—, pero en el horno, seguro. Esto está muy oscuro. Afortunadamente, llevo mi *bowie-knife* conmigo y siempre veo lo bastante para utilizarlo. El primero de esos bandidos que me ponga la mano encima...

—No se enfurezca, Ned —le dije al arponero—, y no nos comprometa con violencias inútiles. ¿Quién sabe si no estarán escuchándonos? Es mejor que tratemos de averiguar dónde estamos.

Avancé a tientas. Anduve cinco pasos y me topé con una muralla de hierro, hecha de placas remachadas. Al volverme choqué con una tabla de madera, junto a la que había varios taburetes. El suelo de aquella celda estaba cubierto por una espesa capa de cáñamo que amortiguaba el ruido de las pisadas. Los muros desnudos no mostraban indicios de puerta ni ventanas. Conseil, que había dado la

vuelta en sentido inverso, se encontró conmigo y juntos volvimos al centro del camarote, que tendría unos veinte pies de largo por diez de ancho. En cuanto a su altura, Ned Land, pese a su gran envergadura, no pudo medirla.

Había transcurrido media hora sin que la situación se modificara cuando nuestros ojos pasaron súbitamente de una oscuridad extrema a la luz más cegadora.

La celda se iluminó de repente, es decir, se llenó de una materia luminosa tan intensa que al principio no pude aguantar su resplandor. En su blancura e intensidad reconocí el fulgor eléctrico que producía en torno al barco submarino un extraordinario fenómeno de fosforescencia. Cerré los ojos sin querer y, al volver a abrirlos, vi que el agente luminoso provenía de un globo esmerilado encajado en el techo del camarote.

—¡Por fin se ve claro! —exclamó Ned Land, quien, cuchillo en mano, se mantenía a la defensiva.

—Sí, pero la situación es igual de oscura —respondí, jugando con la antítesis.

—No se impacienta el señor —dijo el imperturbable Conseil.

La súbita iluminación del camarote me había permitido examinarlo con todo detalle. Sólo contenía la mesa y cinco banquetas. La puerta invisible debía estar herméticamente cerrada. Ningún ruido llegaba a nuestros oídos. Todo parecía estar muerto en el interior del barco. ¿Avanzaba, se mantenía en la superficie o sumergido en las profundidades? Imposible adivinarlo.

Pero el globo luminoso se había encendido por alguna razón y eso me hacía esperar que los miembros de la tripulación no tardarían en aparecer. Cuando se olvida a los prisioneros no se iluminan las mazmorras.

No me equivocaba. Se oyó un ruido de cerrojos, la puerta se abrió y aparecieron dos hombres.

Uno era de pequeña estatura y complexión vigorosa, ancho de hombros, de miembros robustos, cabeza imponente, cabello negro y abundante, bigote poblado, la mirada viva y penetrante. Todo él reflejaba la vivacidad meridional que caracteriza en Francia a los pueblos provenzales. Diderot opinaba, con razón, que el gesto del hombre es metafórico, y aquel hombre era ciertamente la prueba viviente de tal afirmación. Se adivinaba que en su lenguaje habitual debía de prodigar las prosopopeyas, metonimias e hipálages, cosa que, por otra parte, no pude comprobar, pues delante de mí empleó en todo momento un idioma singular y del todo incomprensible.

El segundo desconocido merece una descripción más detallada. Un discípulo de Gratiolet o de Engel hubiera leído en su fisonomía como en un libro abierto. Reconocí sin vacilar sus cualidades dominantes: confianza en sí mismo, pues su cabeza se elevaba noblemente sobre el arco formado por la línea de los hombros y sus ojos negros miraban con fría seguridad; calma, pues su piel, más pálida que

cetrina, revelaba un carácter imperturbable; energía, como demostraba la rápida contracción de sus músculos superciliares; y, por último, coraje, pues su poderosa respiración denotaba una gran expansión vital.

Añadiré que aquel hombre era orgulloso, que su mirada firme y serena parecía reflejar pensamientos elevados y que, de todo el conjunto, de la homogeneidad expresiva en los gestos del cuerpo y del rostro, se deducía, según las observaciones de los fisonomistas, una indiscutible franqueza.

Me sentí espontáneamente tranquilizado en su presencia y pensé que la entrevista iría bien.

No habría podido precisar si aquel personaje tenía treinta y cinco o cuarenta años. Era alto, de frente ancha, nariz recta, la boca claramente dibujada, dientes magníficos, manos finas y alargadas, eminentemente «psíquicas», para emplear un término propio de la quiromancia, es decir, dignas de servir a un alma elevada y pasional. Aquel hombre componía ciertamente el tipo más admirable que yo nunca había conocido. Detalle particular: sus ojos, un poco alejados entre sí, podían abarcar simultáneamente casi un cuarto del horizonte. Esa facultad —como comprobé más tarde— iba acompañada de un poder de visión superior incluso al de Ned Land. Cuando aquel desconocido se fijaba en un objeto, la línea de sus cejas se fruncía, sus grandes párpados se contraían para circunscribir las pupilas y restringir así la extensión del campo visual, y entonces miraba. ¡Y qué mirada! ¡Cómo aumentaba los objetos empequeñecidos por la lejanía! ¡Cómo te penetraba hasta el alma! ¡Cómo perforaba las capas líquidas, tan opacas a nuestros ojos! ¡Cómo leía en lo más profundo del mar...!

Los dos desconocidos, tocados con gorros de piel de nutria marina y calzados con botas de mar hechas con piel de foca, llevaban ropas de un tejido especial que dejaban al cuerpo una gran libertad de movimientos.

El más alto de los dos —evidentemente, el jefe a bordo— nos examinó con extremada atención y sin decir palabra. Luego, volviéndose hacia su compañero, le dijo algo en una lengua que no pude reconocer. Era un idioma sonoro, armonioso, flexible, cuyas vocales parecían someterse a una acentuación muy variada.

El otro respondió con un movimiento de cabeza, añadió dos o tres palabras totalmente incomprensibles y pareció interrogarme directamente con la mirada.

Respondí en francés que no entendía su lengua, pero él pareció no comprenderme y la situación se tornó bastante embarazosa.



—Continúe el señor contándoles nuestra historia —me dijo Conseil—. Quizá estos caballeros capten algunas palabras.

Comencé nuevamente el relato de nuestras aventuras, articulando claramente las sílabas y sin omitir un solo detalle. Enuncié nuestros nombres y profesiones para luego presentarnos formalmente como el profesor Aronnax, su criado Conseil y Ned Land, el arponero.

El hombre de ojos dulces y serenos me escuchó tranquila, cortésmente incluso, y con notable atención. Pero nada en su fisonomía indicaba que hubiera comprendido mi historia. Cuando hube terminado, no dijo una sola palabra.

Quedaba el recurso del inglés. Quizá pudiéramos entendernos en esta lengua casi universal. Yo la conocía, igual que el alemán, lo bastante para leerla sin dificultad, pero no para hablarla correctamente. Pero en ese momento lo importante era hacerse entender.

—Adelante, Ned, es su turno —dije al arponero—. Eche mano del mejor inglés que haya hablado nunca un anglosajón, a ver si tiene más fortuna que yo.

Ned no se hizo de rogar y repitió mi historia, que entendí a grandes rasgos. El fondo era el mismo, aunque variaba en la forma. El canadiense, llevado por su carácter, le dio una gran viveza. Se quejaba enérgicamente de haber sido confinado contra lo que dicta el derecho de gentes, preguntó en virtud de qué ley se le retenía así, amenazó con perseguir a los que le secuestraban indebidamente, invocó el *habeas corpus*, forcejeó, gesticuló, gritó y, finalmente, dio a entender con un gesto expresivo que nos moríamos de hambre.

Lo que era absolutamente cierto, aunque casi lo habíamos olvidado.

Para su sorpresa, el arponero no pareció haber sido más inteligible que yo. Nuestros visitantes ni parpadeaban y era evidente que no entendían la lengua de Arago ni la de Faraday.

Desconcertado, tras haber agotado inútilmente nuestros recursos filológicos, ya no sabía qué más hacer cuando Conseil me dijo:

—Si el señor me autoriza, lo diré en alemán.

—¡Cómo! ¿Sabes alemán?

—Como un flamenco, con permiso del señor.

—Por supuesto. Adelante, muchacho.

Y Conseil, con su voz tranquila, contó por tercera vez las diversas peripecias de nuestra historia. Pero, pese a los elegantes giros y a la bella acentuación del narrador, la lengua alemana no tuvo ningún éxito.

Finalmente, desesperado, reuní lo poco que recordaba de mis primeros estudios y me lancé a narrar nuestras aventuras en latín. Cicerón se habría tapado los oídos y me habría mandado a la cocina, pero salí adelante como pude, con el mismo resultado negativo.

Abortada definitivamente esta última tentativa, los dos desconocidos cambiaron algunas palabras en su lengua incomprensible y se retiraron, sin tan siquiera dirigirnos uno de esos gestos tranquilizadores que funcionan en todos los países del mundo. La puerta se cerró tras ellos.

—¡Es una infamia! —exclamó Ned Land, estallando por enésima vez—. ¡Les hablamos en francés, inglés, alemán y latín a esos bandidos y ninguno de ellos tiene

la cortesía de responder!

—Calma, Ned —dije al fogoso arponero—, la cólera no conduce a nada.

—¿Sabe, profesor —respondió nuestro irascible compañero—, que podemos morir de hambre en esta jaula de hierro?

—¡Bah! —dijo Conseil, filosóficamente—, aún podemos aguantar bastante tiempo.

—Amigos —dije—, no hay que desesperar. Nos hemos visto en peores lances. Os pido que esperéis un poco antes de formaros una opinión sobre el comandante y la tripulación de este barco.

—Mi opinión es muy clara —replicó Ned Land—. Son unos bandidos...

—Bien, ¿y de qué país?

—¡Del país de los bandidos!

—Ned, ese país todavía no viene señalado en el mapamundi, y confieso que la nacionalidad de los dos desconocidos es difícil de determinar. Ni ingleses ni franceses ni alemanes, eso es todo lo que puede afirmarse. Sin embargo, yo diría que el comandante y su segundo han nacido en latitudes bajas. Hay algo de meridional en ellos, aunque su tipo físico no me permite precisar si son españoles, turcos, árabes o indios. Su lengua, por otra parte, es absolutamente incomprensible.

—Ese es el inconveniente de no saber todas las lenguas, o la desventaja de no tener una sola —respondió Conseil.

—No serviría de nada —respondió Ned Land—. ¿No ven que esta gente tiene una lengua propia, inventada para desanimar a las buenas gentes que piden de comer? Abrir la boca, mover las mandíbulas, los dientes y los labios, ¿no es algo que se comprende fácilmente en todos los países del mundo? ¿Acaso no significa «¡Tengo hambre! ¡Dadme de comer!», en Québec como en Pomotú, en París como en las antípodas?

—¡Oh! —exclamó Conseil—. Hay naturalezas tan obtusas...

Mientras decía esto, se abrió la puerta y entró un criado. Nos traía ropa, chaquetas y pantalones de mar, hechos de un tejido cuya naturaleza no pude reconocer. Me los puse rápidamente, y lo mismo hicieron mis compañeros.

Entretanto, el criado —mudo, tal vez sordo— había puesto la mesa para tres.

—Esto es algo serio, y pinta bien —dijo Conseil.

—¡Bah! —respondió el rencoroso arponero—. ¿Qué diablos espera que comamos aquí? ¿*Foie* de tortuga, filete de tiburón o bistec de perro marino?

—Pronto lo veremos —dijo Conseil.



Los platos, cubiertos con su tapadera de plata, fueron colocados simétricamente en el mantel. Nos sentamos a la mesa. Decididamente nos las veíamos con gente civilizada y, de no ser por la luz eléctrica que nos inundaba, me hubiera creído en el comedor del hotel Adelphi de Liverpool, o del Gran Hotel de París. Sin embargo he de decir que no había ni pan ni vino. El agua era fresca y clara, pero agua al fin y al cabo, lo que no fue del agrado de Ned Land. Entre los

platos que nos sirvieron, reconocí diversos pescados finamente aderezados, pero hubo otros, excelentes por otra parte, sobre los que no pude pronunciarlos, y ni siquiera habría sabido decir a qué reino (vegetal o animal) pertenecían. En cuanto al servicio de mesa, era elegante y de un gusto exquisito. Cada utensilio, cuchara, tenedor, cuchillo y plato llevaba una letra rodeada por una divisa en exergo. He aquí su reproducción exacta:



¡Móvil en el elemento móvil! Esa divisa se aplicaba con toda justicia al aparato submarino, siempre que se tradujera la preposición «in» por «en» y no por «sobre». La letra N probablemente era la inicial del nombre del enigmático personaje que reinaba en el fondo de los mares.

Ned y Conseil no se hacían tantas reflexiones. Simplemente devoraban, y no tardé en imitarles. Me sentía más tranquilo respecto a nuestra suerte, y me parecía evidente que nuestros anfitriones no querían dejarnos morir de inanición.

Pero todo pasa en este mundo, incluso el hambre de los que no han comido en quince horas. Saciado nuestro apetito, sentimos la imperiosa necesidad de dormir. Reacción muy natural tras la interminable noche que habíamos pasado luchando contra la muerte.

—De buena gana me echaría un sueñecito —dijo Conseil.

—Yo ya estoy durmiendo —respondió Ned Land.

Mis dos compañeros se echaron en la estera del camarote y pronto se sumieron en un profundo sueño.

Yo cedí menos fácilmente a la urgente necesidad de dormir. Demasiados pensamientos se agolpaban en mi mente, demasiadas preguntas sin resolver acudían en tropel, demasiadas imágenes me impedían cerrar los ojos. ¿Dónde estábamos? ¿Qué extraño poder nos transportaba? Sentí —o más bien creía sentir— que el aparato se sumergía hacia las capas más recónditas del mar. Violentas pesadillas me atormentaban. Vislumbraba en aquellos misteriosos parajes todo un mundo de animales desconocidos, de los que el barco submarino parecía ser un congénere,

pues vivía, se movía y era tan fantástico como ellos... Luego, mi cerebro se calmó, mi imaginación se fundió en una vaga somnolencia y pronto caí en un sueño mortecino.

IX

LA CÓLERA DE NED LAND

Ignoro cuánto duró aquel sueño, pero debió de ser largo, pues nos repuso completamente de nuestras fatigas. Yo fui el primero en despertar. Mis compañeros no se habían movido aún y permanecían tumbados en su rincón como masas inertes.

Nada más levantarme de aquel duro lecho, sentí la cabeza despejada y la mente clara, y volví a examinar atentamente nuestra celda.

Nada había cambiado en su interior. La prisión seguía siendo prisión y los prisioneros prisioneros. Pero el criado, aprovechando que dormíamos, había recogido la mesa. Por lo tanto, nada indicaba un cambio inmediato en nuestra situación, y me pregunté seriamente si no estaríamos destinados a vivir indefinidamente en aquella jaula.

Esa perspectiva me parecía más penosa por cuanto, aunque mi cerebro se hallaba libre de las obsesiones de la víspera, sentía una extraña opresión en el pecho. Me costaba respirar y el aire, muy denso, no bastaba para alimentar mis pulmones. Aunque la celda fuera amplia, era evidente que habíamos consumido gran parte del oxígeno que contenía. En efecto, cada hombre consume en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, y ese aire, cargado entonces de una cantidad casi igual de ácido carbónico, se torna irrespirable.

Urgía, pues, renovar la atmósfera de nuestro calabozo y probablemente también la del barco submarino.

Eso me hacía plantearme lo siguiente: ¿cómo haría el comandante de aquella mansión flotante? ¿Obtenía el aire por medios químicos, liberando por el calor el oxígeno contenido en el clorato de potasa y absorbiendo el ácido carbónico por la potasa cáustica? En ese caso, debía de mantener alguna relación con los continentes a fin de procurarse las materias necesarias para tal operación. ¿O se limitaba únicamente a almacenar el aire a altas presiones en depósitos, para luego repartirlo según las necesidades de su tripulación? Tal vez. O, procedimiento más cómodo, económico y por lo tanto más probable, ¿se limitaba a subir a respirar a la superficie, como un cetáceo, y renovar por veinticuatro horas su provisión de atmósfera? Fuera cual fuese el método elegido, me parecía prudente emplearlo cuanto antes.

En efecto, me veía forzado a multiplicar mis inspiraciones para extraer de la celda el poco oxígeno que contenía, cuando, de repente, me refrescó una corriente de aire puro, perfumado de emanaciones salinas. ¡Era la brisa del mar, vivificante

y cargada de yodo! Abrí bien la boca y mis pulmones se llenaron de frescas moléculas. Al mismo tiempo, sentí un balanceo, un movimiento de poca intensidad, pero perfectamente determinable. Evidentemente, el barco, el monstruo metálico, acababa de subir a la superficie para respirar como las ballenas. El modo de ventilación de la nave quedaba, pues, perfectamente identificado.

Tras aspirar el aire puro a pleno pulmón, busqué el conducto, el «aerífero», si se quiere, que hacía llegar hasta nosotros ese efluvio benéfico, y no tardé en encontrarlo. Encima de la puerta se abría un agujero de ventilación que dejaba pasar una columna de aire fresco, renovando así la atmósfera enrarecida de la celda.

Andaba ocupado en mis observaciones cuando Ned y Conseil se despertaron casi a la vez, bajo el efecto de la corriente vivificante. Se frotaron los ojos, estiraron los brazos y en un instante estuvieron en pie.

—¿Ha dormido bien el señor? —me preguntó Conseil con su habitual cortesía.

—Muy bien, muchacho —respondí—. ¿Y usted, Ned?

—Profundamente, profesor. Pero, si no me equivoco, me parece estar respirando la brisa del mar.

Un marino no puede equivocarse en este punto, y conté al canadiense lo ocurrido mientras dormía.

—Vaya —dijo—, eso explica perfectamente los ruidos que oímos cuando el supuesto narval se encontró con el *Abraham Lincoln*.

—Sí, Ned, era su respiración.

—Señor Aronnax, no tengo ni idea de qué hora es. ¿No será la de la cena?

—¿La de la cena, mi buen arponero? Diga mejor la del almuerzo, porque estamos sin duda en el día siguiente a ayer.

—Lo que demuestra que hemos dormido veinticuatro horas.

—Eso creo yo —respondí.

—No voy a contradecirle —replicó Ned Land—. Pero cena o comida, el criado será bienvenido, traiga una cosa u otra.

—¡La una y la otra! —dijo Conseil.

—Eso es —respondió el canadiense—. Tenemos derecho a dos comidas y, por lo que a mí respecta, daré buena cuenta de ambas.

—Pues bien, Ned, esperemos —respondí—. Es evidente que estos desconocidos no tienen intención de dejarnos morir de hambre, pues en ese caso la cena de anoche no tendría ningún sentido.

—A menos que quieran cebarnos —replicó Ned.

—¡Protesto! —respondí—. No hemos caído en manos de caníbales.

—Una vez al año no hace daño —respondió muy serio el canadiense—. ¿Quién sabe si esa gente lleva mucho tiempo sin probar carne fresca, en cuyo caso tres

individuos sanos y bien constituidos como el profesor, su criado y yo...?

—Aleje de sí esas ideas, Ned —respondí al arponero— y, sobre todo, no las utilice para enfurecerse con nuestros anfitriones, lo que no haría más que agravar la situación.

—En cualquier caso, tengo un hambre de mil demonios y, cena o almuerzo, aquí apenas llega comida.

—Ned, hay que acatar el reglamento de a bordo, y supongo que nuestro estómago adelanta respecto a la campana del cocinero.

—Entonces lo pondremos en hora —respondió tranquilamente Conseil.

—Muy típico de usted, amigo Conseil —replicó, impaciente, el canadiense—. Poco uso hace usted de la bilis y los nervios. ¡Siempre tranquilo! ¡Sería capaz de dar gracias a Dios por la comida antes de bendecir la mesa, y de morir de hambre antes que quejarse!

—¿Y de qué serviría? —preguntó Conseil.

—¡Serviría para quejarse, que ya es algo! ¡Y si estos piratas —digo piratas por respeto y por no contrariar al profesor, que no quiere que se les llame caníbales—, si estos piratas, digo, creen que van a tenerme encerrado en esta jaula en la que me ahogo, sin escuchar los juramentos con que salpimento mis arrebatos, se equivocan de pleno! Veamos, señor Aronnax, hable con franqueza. ¿Cree usted que nos retendrán mucho tiempo en esta caja de hierro?

—A decir verdad, sé tanto como usted, amigo Land.

—Pero ¿qué supone usted?

—Supongo que el azar nos ha hecho conocedores de un importante secreto. Pues bien, si la tripulación de este barco submarino tiene interés en mantenerlo, y si ese interés es más importante que la vida de tres hombres, entonces corremos un serio peligro. En caso contrario, a la primera oportunidad, el monstruo que nos ha tragado nos devolverá al mundo habitado por nuestros semejantes.

—A menos que nos enrolen en su tripulación, y así mantenernos con ellos...

—Hasta que alguna fragata más rápida o hábil que el *Abraham Lincoln* —replicó Ned Land—, capture este nido de ladrones y envíe a su tripulación (y a nosotros) a dar el último suspiro en lo alto de su palo mayor.

—Bien razonado, Ned. Pero, que yo sepa, todavía no nos han hecho ninguna propuesta al respecto. Así pues, es inútil discutir qué haremos, llegado el caso. Se lo repito, esperemos, veamos cómo evolucionan las cosas y no hagamos nada, pues no hay nada que hacer.

—Al contrario, profesor —respondió el arponero, sin dar su brazo a torcer—. Hay que hacer algo.

—¿Qué, Ned?

—Escapar.

—Escapar de una prisión «terrestre» suele ser difícil, pero hacerlo de una cárcel submarina me parece de todo punto imposible.

—Vamos, Ned, ¿qué responde a la objeción del señor? —preguntó Conseil—. No me creo que un americano se quede sin argumentos.

El arponero, visiblemente turbado, callaba. Una fuga, en las condiciones en que el azar nos había arrojado allí, era completamente imposible. Pero un canadiense es un francés a medias, y Ned Land, tras reflexionar unos segundos, lo demostró respondiendo:

—Conque, señor Aronnax, ¿no adivina lo que deben hacer los que no pueden escapar de su prisión?

—No, amigo mío.

—Muy sencillo, ingeniárselas para seguir en ella.

—¡Diantre! —exclamó Conseil—. Mejor estar dentro que encima o debajo.

—Pero después de haber echado a los carceleros y guardianes —añadió Ned Land.

—¿Cómo, Ned? ¿En serio piensa hacerse con este barco?

—Muy en serio —respondió el canadiense.

—Eso es imposible.

—¿Por qué? Quizá se presente alguna ocasión favorable y no veo por qué no podríamos aprovecharla. Si no hay más que veinte hombres a bordo de esta máquina, no creo que disuadan a dos franceses y un canadiense.

Más valía aceptar la propuesta del arponero que discutirla, así que me limité a responder:

—Dejemos que la situación evolucione y luego ya veremos. Hasta entonces le ruego que se contenga. No queda otra que actuar con astucia, y enfureciéndose no hará que surjan ocasiones favorables. Prométame, pues, que aceptará la situación sin perder los estribos.

—Se lo prometo, profesor —respondió Ned Land, en un tono poco tranquilizador—. Ni una palabra violenta saldrá de mi boca, ni un gesto brutal me traicionará, aunque el servicio de mesa no se cumpla con la regularidad deseable.

—Tengo su palabra, Ned.

Se suspendió la conversación y cada uno se puso a reflexionar por su cuenta. He de confesar que, pese a la promesa del arponero, yo no me hacía ilusiones. No creía en las circunstancias favorables de las que hablaba Ned Land. Para maniobrarse tan hábilmente, el barco submarino requería una tripulación muy numerosa y, por lo tanto, en caso de lucha nos las veríamos con un enemigo poderoso. Además, ante todo, hacía falta ser libres, y nosotros no lo éramos. No veía ningún modo de escapar de una celda metálica herméticamente cerrada y, si el extraño comandante de aquel barco tenía un secreto que guardar —lo que parecía

bastante probable—, no nos dejaría actuar libremente en su barco. Ahora la cuestión era saber si se libraría de nosotros violentamente o nos arrojaría un día a algún rincón de la tierra. Todas estas hipótesis me parecían extraordinariamente plausibles, y había que ser un arponero para pensar en recobrar la libertad.



Comprendí, por otra parte, que las ideas de Ned Land se iban agriando con las

reflexiones que inundaban su cerebro. Yo oía los juramentos rebullir poco a poco en el fondo de su garganta y veía cómo sus gestos se iban tornando amenazadores. Se levantaba, daba vueltas como una fiera enjaulada, golpeaba los muros con el puño y el pie. Además, el tiempo iba pasando y el hambre se dejaba sentir cruelmente, sin que esta vez apareciera el criado. Si realmente tenían buenas intenciones hacia nosotros, eso era olvidar demasiado tiempo nuestra condición de náufragos.

Ned Land, atormentado por los retortijones de su robusto estómago, se iba encolerizando cada vez más y, pese a haberme dado su palabra, temí que explotara delante de uno de los tripulantes.

La cólera de Ned Land fue en aumento durante las dos horas siguientes. El canadiense llamaba y gritaba, pero en vano. Las murallas metálicas eran sordas. No se oía un solo ruido en el interior del barco, que parecía muerto. Tampoco se movía, pues está claro que yo hubiera sentido los temblores del casco bajo el impulso de la hélice. Sumergido sin duda en las profundidades del mar, ya no pertenecía a la tierra. El lúgubre silencio era aterrador.

No me atrevía a calcular cuánto podría durar nuestro abandono, nuestro aislamiento en el fondo de aquella celda. Las esperanzas que había concebido tras nuestra entrevista con el comandante de la nave se desvanecían poco a poco. La dulzura en la mirada de aquel hombre, la expresión generosa de su fisonomía, la nobleza de su porte, todo iba desapareciendo de mi memoria. Volvía a ver a aquel enigmático personaje tal como debía de ser, forzosamente despiadado y cruel. Lo sentía al margen de la humanidad, inaccesible a cualquier sentimiento de piedad, enemigo implacable de sus semejantes, a quienes debía de profesar un odio imperecedero.

¿Acaso ese hombre nos iba a dejar morir de inanición, encerrados en aquella estrecha prisión y abandonados a las horribles tentaciones a las que empuja el hambre feroz? Este espantoso pensamiento cobró en mi mente una intensidad terrible y, víctima también de la imaginación, me sentí invadido por un terror irracional. Conseil seguía tranquilo, mientras Ned Land rugía.

Entonces se oyó un ruido en el exterior. Sonaron pasos en las losas metálicas. Se abrieron los cerrojos, la puerta se abrió y apareció el criado.

Antes de que pudiese hacer nada por impedirselo, el canadiense se arrojó sobre aquel infeliz, lo derribó y lo agarró de la garganta. El criado se ahogaba bajo su mano poderosa.

Conseil intentaba salvar de las manos del arponero a su víctima medio asfixiada y yo me disponía a ayudarlo cuando, de repente, me quedé clavado al oír las siguientes palabras pronunciadas en francés:

—Cálmese, señor Land, y usted, profesor, tenga la bondad de escucharme.

X

EL HOMBRE DE LOS MARES

Quien había hablado así era el comandante de a bordo.

Al oír estas palabras, Ned Land se levantó rápidamente. El criado, casi estrangulado, salió tambaleándose a una señal de su jefe, pero tal era el dominio del comandante sobre su tripulación que ni un solo gesto reveló el resentimiento que aquel hombre debía de sentir hacia el canadiense. Conseil, interesado a su pesar, y yo, estupefacto, aguardamos en silencio el desenlace de la escena.

El comandante, apoyado en el ángulo de la mesa y con los brazos cruzados, nos observaba con profunda atención. ¿Dudaba si hablar? ¿Lamentaba las palabras que acababa de decir en francés? Eso parecía.

Tras un breve silencio que ninguno de nosotros se atrevió a romper, dijo con voz tranquila y penetrante:

—Señores, hablo igual francés que inglés, alemán y latín. Podría haberles contestado en nuestra primera entrevista, pero primero quería conocerlos para luego poder reflexionar. Su cuádruple relato, muy similar en el fondo, me confirmó sus identidades. Ahora sé que el azar me ha puesto ante Pierre Aronnax, profesor de historia natural en el Museo de París, encargado de una misión científica en el extranjero, Conseil, su criado, y Ned Land, de origen canadiense, arponero de la fragata *Abraham Lincoln*, de la marina de los Estados Unidos de América.

Asentí con la cabeza. No era una pregunta lo que me planteaba el comandante. Nada había, pues, que responder. Aquel hombre se expresaba con total fluidez y sin acento alguno. Su verbo era claro, sus palabras precisas y su facilidad de elocución notable. Y sin embargo, yo no «sentía» en él a un compatriota.

Prosiguió diciendo:

—Profesor, probablemente piense que he tardado demasiado en hacerles esta segunda visita. Ello se debe a que, una vez conocida su identidad, quería sopesar cuidadosamente qué hacer con ustedes. He dudado mucho. Las más desafortunadas circunstancias les han puesto ante un hombre que ha roto con la humanidad. Han venido a perturbar mi existencia...

—Involuntariamente —dije.

—¿Involuntariamente? —respondió el desconocido, forzando un poco la voz—. ¿Acaso el *Abraham Lincoln* me persigue involuntariamente por todos los mares? ¿Ustedes se embarcaron involuntariamente en esa fragata? ¿Sus balas rebotaron involuntariamente en el casco de mi nave? ¿El señor Land me lanzó

involuntariamente su arpón?

Percibí en sus palabras una irritación contenida. Pero yo tenía una respuesta lógica a sus recriminaciones, y se la di:

—Señor, sin duda desconoce usted las discusiones que ha suscitado en Estados Unidos y Europa. Quizá no sepa que los diversos accidentes provocados por el choque de su artefacto submarino han conmocionado a la opinión pública de ambos continentes. No le aburriré con las incontables hipótesis con las que se intentaba explicar el inexplicable fenómeno del que sólo usted conocía el secreto. Pero sepa que al perseguirle hasta los mares del norte del Pacífico, el *Abraham Lincoln* creía ir en pos de un poderoso monstruo marino que había que eliminar del océano a toda costa.

Una media sonrisa se dibujó en los labios del comandante, que, en tono algo más calmado, respondió:

—Señor Aronnax, ¿se atrevería a afirmar que su fragata no habría perseguido y cañoneado a un barco submarino igual que a un monstruo?

Su pregunta me dejó confundido, pues ciertamente el comandante Farragut no habría dudado, creyendo su deber destruir un artefacto de ese tipo, igual que a un narval gigantesco.

—Comprenderá, pues, que tengo derecho a tratarlos como enemigos —dijo el desconocido.

No respondí, y con razón. ¿Para qué discutir una observación semejante cuando la fuerza puede destruir los mejores argumentos?

—Lo he pensado mucho —prosiguió el comandante—. Nada me obligaba a ser hospitalario. Si debía separarme de ustedes, no tenía ningún interés en volver a verlos. Les devolvería a la plataforma de esta nave que les había servido de refugio, me sumergiría en las profundidades del mar y me olvidaría de su existencia. ¿Acaso no estoy en mi derecho?

—Quizá lo estaría un salvaje, pero no un hombre civilizado —respondí.

—Profesor —replicó vivamente el comandante—, yo no soy lo que usted llama un hombre civilizado. He roto con la sociedad por razones que sólo yo tengo derecho a valorar. Así que no obedezco sus reglas, y le aconsejo que no las invoque en mi presencia.

Dijo esto con tono cortante. Un fulgor de cólera y desdén se había encendido en los ojos del desconocido, y entreví un pasado formidable. No sólo se había situado al margen de las leyes humanas, sino que se había hecho independiente, libre en el sentido más literal de la palabra, fuera de todo alcance. Así, ¿quién se atrevería a perseguirle hasta el fondo del mar, si en la superficie desbarataba los intentos emprendidos contra él? ¿Qué barco resistiría el impacto de su monitor submarino? ¿Qué coraza, por gruesa que fuera, resistiría los golpes de su espolón? Nadie entre

los hombres podía pedirle cuentas de sus actos. Dios, si creía en Él, y su conciencia, si es que tenía una, eran los únicos jueces de los que podía depender.

Tales reflexiones atravesaron mi mente, mientras el extraño personaje callaba, absorto y como recluso en sí mismo. Yo lo observaba con una mezcla de espanto e interés, probablemente como Edipo debió de observar a la Esfinge.

Tras un largo silencio, el comandante retomó su discurso:

—He dudado, pero he pensado que mi interés podía conciliarse con la piedad natural a la que todo ser humano tiene derecho. Permanecerán en mi nave, puesto que la fatalidad les ha arrojado aquí. Serán ustedes libres y a cambio de esta libertad, muy relativa por otra parte, les impondré una única condición. Su palabra de acatarla me bastará.

—Adelante —respondí—. Imagino que esa condición es de las que puede aceptar un hombre honrado.

—Sí, señor, y es la siguiente: puede que algunos acontecimientos imprevistos me obliguen a recluirlas en sus camarotes durante algunas horas o días, según el caso. Siendo mi deseo no emplear nunca la violencia, espero de ustedes en tal caso, más aún que en todos los demás, una obediencia pasiva. Al actuar así, asumo su responsabilidad y les eximo completamente, pues debo impedirles ver lo que no ha de verse. ¿Aceptan esta condición?

¡Así que en aquella nave ocurrían cosas cuando menos singulares y que no debían ver quienes no se hubiesen apartado de las leyes sociales! Ésta no sería la menor entre las sorpresas que me reservaba el porvenir.

—Aceptamos —respondí—. Sólo le pido permiso para hacerle una pregunta, una sola.

—Adelante.

—Ha dicho que seríamos libres en su nave.

—Completamente.

—Le preguntaré, pues, qué entiende usted por libertad.

—La libertad de ir, venir, ver e incluso observar todo lo que pasa aquí, salvo en circunstancias excepcionales. La libertad, en definitiva, de la que gozamos mis compañeros y yo.

Era evidente que no nos entendíamos.

—Perdone, pero esa libertad, ¿no es la que tiene todo prisionero de recorrer su celda? No puede bastarnos.

—Sin embargo, deberá bastarles.

—¡Cómo! ¿Debemos renunciar para siempre a volver a ver a nuestra patria, a nuestros amigos y a nuestras familias?

—Sí, señor. Pero renunciar a sufrir de nuevo el insoportable yugo de la tierra, que los hombres identifican con la libertad, quizá no es tan penoso como cree.

—¡Nunca daré mi palabra de no intentar escapar! —exclamó Ned Land.

—No le pido su palabra, señor Land —respondió fríamente el comandante.

—Señor —respondí, indignado a mi pesar—, usted abusa de su posición ante nosotros. ¡Es una crueldad!

—No, señor, es clemencia. Ustedes son mis prisioneros de guerra. Los mantengo aquí cuando con una palabra podría arrojarles de nuevo a las profundidades del océano. Ustedes me han atacado, han venido a descubrir un secreto que nadie en el mundo debe averiguar, el secreto de toda mi existencia. ¿Y creen que voy a devolverles a esa tierra que no ha de saber nunca más de mí? ¡Jamás! Reteniéndolos, no les guardo a ustedes, sino a mí.

Estas palabras indicaban en el comandante una decisión contra la que no valdría ningún argumento.

—De modo que simplemente nos da a elegir entre la vida y la muerte.

—Así es.

—Amigos —dije—, ante una cuestión así planteada no hay nada que responder. No obstante, ninguna promesa nos ata al comandante de este barco.

—Ninguna —respondió el desconocido.

Luego, en tono más suave, añadió:

—Ahora permítame acabar lo que debo decirle. Yo le conozco, señor Aronnax. Si no sus compañeros, usted, al menos, no tendrá tantos motivos para quejarse del azar que les une a mi suerte. Entre los libros que utilizo en mis estudios favoritos encontrará el que ha publicado usted sobre los fondos marinos. Lo he consultado a menudo. Usted ha llegado tan lejos como le permite la ciencia terrestre. Pero ni sabe ni lo ha visto todo. Así que déjeme decirle, profesor, que no lamentará el tiempo que pase aquí. Viajará al país de las maravillas. El asombro y la estupefacción serán probablemente el estado habitual de su espíritu. No se cansará fácilmente del espectáculo que se desplegará continuamente ante sus ojos. Voy a volver a ver en una nueva vuelta al mundo submarino —quién sabe, quizá la última— todo lo que he podido estudiar en los fondos marinos tantas veces recorridos, y usted será mi compañero de estudios. A partir de hoy, entra usted en un nuevo elemento, verá lo que ningún hombre ha visto todavía —pues ni yo ni los míos contamos—, y nuestro planeta, gracias a mí, le revelará sus últimos secretos.

No puedo negarlo. Las palabras del comandante tuvieron un gran efecto sobre mí. Habían tocado mi punto débil y olvidé por un momento que la contemplación de esas cosas sublimes no podía compensar la libertad perdida. Pero yo contaba con el futuro para resolver esta importante cuestión, y me limité a responderle:

—Señor, aunque haya roto con la humanidad, quiero creer que no ha renegado de todo sentimiento humano. Somos náufragos recogidos caritativamente en su barco y no lo olvidaremos. Por mi parte, no ignoro que, si el interés por la ciencia

podiera absorber hasta la necesidad de libertad, lo que promete nuestro encuentro me ofrecería grandes compensaciones.

Creí que el comandante iba a tenderme la mano para sellar nuestro acuerdo, pero no lo hizo, y lo sentí por él.

—Una última pregunta —dije cuando aquel ser enigmático pareció querer retirarse.

—Adelante, profesor.

—¿Cómo debo llamarle?

—Para ustedes sólo soy el capitán Nemo, y usted y sus compañeros no son para mí más que los pasajeros del *Nautilus*.

El capitán llamó y apareció un criado. El capitán le dio órdenes en la lengua extranjera que yo no podía reconocer. Luego, volviéndose hacia el canadiense y Conseil, les dijo:

—Les espera el almuerzo en su camarote. Les ruego que sigan a este hombre.

—¡No diré que no! —respondió el arponero.

Conseil y él salieron finalmente de la celda en la que llevaban treinta horas encerrados.

—Y ahora, señor Aronnax, nuestro almuerzo está listo. Permítame guiarle.

—A sus órdenes, capitán.

Seguí al capitán Nemo y, nada más atravesar la puerta, avancé por una especie de pasillo iluminado eléctricamente, parecido a las crujías de un barco. Tras recorrer unos diez metros, se abrió una segunda puerta ante mí.

Entré en un comedor, decorado y amueblado austeramente. En ambos extremos de la sala se elevaban altos aparadores de roble con adornos incrustados de ébano, y sobre sus anaqueles de líneas onduladas brillaban cerámicas, porcelanas y cristalería de un valor incalculable. La vajilla de plata resplandecía bajo los rayos que emitía un techo luminoso cuyo fulgor tamizaban y suavizaban finas pinturas.

En el centro de la sala había una mesa ricamente aderezada. El capitán Nemo me indicó el sitio que debía ocupar.

—Siéntese y coma como un hombre que se muere de hambre —me dijo.

El almuerzo se componía de varios platos cuyos ingredientes eran exclusivamente marinos y de otros cuya naturaleza y origen ignoraba. Confieso que estaban buenos, aunque tenían un sabor particular al que me acostumbré fácilmente. Todos los alimentos me parecieron ricos en fósforo, y pensé que debían de ser de origen marino.

El capitán Nemo me miraba. No le pregunté nada, pero él adivinó mis pensamientos y respondió espontáneamente a las preguntas que estaba deseando formularle.



—La mayoría de estos platos le son desconocidos —me dijo—. Sin embargo, puede probarlos sin ningún miedo. Son sanos y nutritivos. Hace mucho que renuncié a los alimentos terrestres, y me encuentro perfectamente. Mi vigorosa tripulación se alimenta como yo.

—¿Así que todos estos alimentos son productos del mar?

—Sí, profesor, el mar me provee de todo lo necesario. Unas veces echo las

redes a la rastra y siempre las retiro a punto de romperse. Otras salgo a cazar en este elemento que parece inaccesible al hombre y persigo las presas que nadan en mis bosques submarinos. Mis rebaños, como los del viejo pastor de Neptuno, pacen sin miedo en las inmensas praderas del océano. Ahí tengo una vasta propiedad que exploto yo mismo y que está continuamente sembrada de todas las cosas por la mano del Creador.

Miré con asombro al capitán Nemo, y le respondí:

—Comprendo perfectamente que sus redes suministren excelentes pescados a su mesa. Me cuesta más comprender que persiga a las presas acuáticas en sus bosques submarinos, pero lo que de ningún modo puedo comprender es que un trozo de carne, por pequeño que sea, pueda figurar en su menú.

—Le repito que nunca utilizo la carne de animales terrestres.

—¿Y eso? —pregunté, señalando un plato en el que todavía quedaban algunos trozos de filete.

—Eso que a usted le parece carne, profesor, no es otra cosa que filete de tortuga de mar. Y ahí tiene unos hígados de delfín que podría confundir con un guiso de cerdo. Mi cocinero es muy hábil preparando y conservando los diversos productos del mar. Pruebe todos los platos. Esa es una conserva de holoturias que un malayo encontraría sin igual en el mundo. Aquella es una crema hecha con leche de cetáceo y azúcar de los grandes fucos de los mares del norte, y, por último, permítame ofrecerle unas confituras de anémona que no tienen nada que envidiar a las de las más sabrosas frutas.

Probé de todo, más por curiosidad que por gula, mientras el capitán Nemo me maravillaba con sus increíbles historias.

—El mar, señor Aronax, esa nodriza prodigiosa e inagotable, no sólo me alimenta, también me viste. Las telas que le cubren están tejidas con el biso de ciertos bivalvos, teñidas con la púrpura de los antiguos y matizadas con colores violetas que extraigo de las aplisias del Mediterráneo. Los perfumes que hallará en el baño de su camarote son el resultado de la destilación de plantas marinas. Su cama está hecha de la más suave zostera del océano. Su pluma será una barba de ballena y la tinta, el licor segregado por la sepia o el calamar. Todo proviene del mar, como todo volverá a él algún día.

—Usted ama el mar, capitán.

—Sí, lo amo. El mar lo es todo. Cubre siete décimas partes del globo terrestre. Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en el que el hombre nunca está solo, pues siente latir la vida a su alrededor. El mar es el vehículo de una existencia prodigiosa y sobrenatural. Es movimiento y amor, es el infinito hecho vida, como dijo uno de sus poetas. En efecto, profesor, la naturaleza se manifiesta en él por sus tres reinos: mineral, vegetal y animal. Este último está ampliamente

representado por los cuatro grupos de zoófitos, por tres clases de articulados, por cinco clases de moluscos, por tres clases de vertebrados, los mamíferos, los reptiles y las incontables legiones de peces, orden infinito de animales que cuenta con más de trece mil especies, de las que sólo una décima parte son de agua dulce. El mar es la gran reserva de la naturaleza. El mundo, por así decirlo, comenzó en el mar, y quién sabe si no terminará en él. En él está la tranquilidad suprema. El mar no pertenece a los déspotas. En su superficie, aún pueden ejercer sus inicuos derechos, pelearse, devorarse y transportar todos los horrores terrestres, pero a treinta pies de profundidad, su poder cesa, su influencia se extingue y su imperio desaparece. ¡Ah, señor, viva usted en el seno de los mares! ¡Solo ahí existe la independencia! ¡Ahí no reconozco señor alguno! ¡Allí soy libre!

El capitán Nemo calló de repente, en medio del entusiasmo que le desbordaba. ¿Se había dejado llevar más allá de su habitual reserva? ¿Había hablado demasiado? Muy agitado, se paseó durante unos instantes. Luego se calmó, su fisonomía recobró su acostumbrada frialdad y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Ahora, profesor, si quiere visitar el *Nautilus*, estoy a su disposición.

XI

EL NAUTILUS

El capitán Nemo se levantó y yo lo seguí. Se abrió una doble puerta situada al fondo de la sala y entré en una habitación de dimensiones iguales a la que acababa de dejar.

Era una biblioteca. Altos muebles de palisandro negro con incrustaciones de cobre soportaban en sus grandes estantes un gran número de libros uniformemente encuadernados. Seguían el contorno de la sala y terminaban en su parte inferior en grandes divanes tapizados de cuero marrón y extraordinariamente cómodos. Unos pupitres móviles y ligeros, que se alejaban o acercaban a voluntad, permitían posar en ellos el libro de lectura. En el centro había una gran mesa cubierta de publicaciones, entre las que se veían algunos periódicos viejos. La luz eléctrica inundaba este armonioso conjunto, proyectada desde cuatro globos opalinos semiencajados en las volutas del techo. Contemplé admirado aquella sala tan ingeniosamente amueblada, y no podía creer lo que veían mis ojos.

—Capitán Nemo —le dije a mi anfitrión, que acababa de recostarse en un diván—, esta biblioteca honraría más de un palacio de los continentes y me maravilla pensar que pueda seguirle al fondo de los mares.

—¿Dónde encontraría más soledad y silencio, profesor? —respondió el capitán Nemo—. ¿Su despacho en el Museo le ofrece un recogimiento tan absoluto?

—No, señor, y debo añadir que es muy pobre en comparación con el suyo. Usted tiene aquí seis o siete mil volúmenes...

—Doce mil, señor Aronmax. Son los únicos lazos que me ligan a la tierra. El mundo terminó para mí el día en que el *Nautilus* se sumergió por primera vez bajo las aguas. Ese día compré mis últimos libros y desde entonces quiero creer que la humanidad no ha pensado ni escrito nada más. Estos libros, profesor, están a su disposición y puede usarlos con toda libertad.

Di las gracias al capitán Nemo y me acerqué a los estantes de la biblioteca. En ella abundaban los libros de ciencia, moral y literatura escritos en todas las lenguas, pero no vi ni una sola obra de economía política, que parecían estar proscritas a bordo. Detalle curioso, todos los libros estaban clasificados sin un criterio fijo, en cualquier lengua en que estuvieran escritos, y esa mezcla demostraba que el capitán del *Nautilus* debía de leer frecuentemente los libros que cogía al azar.





Entre esas obras reconocí las obras maestras de los genios antiguos y modernos, es decir, las creaciones más bellas de la humanidad en historia, poesía, novela y ciencia, de Homero a Victor Hugo, de Jenofonte a Michelet, de Rabelais a *Madame Sand*. Pero la ciencia era la mejor representada en la biblioteca. Los libros de mecánica, balística, hidrografía, meteorología, geografía, geología, etc., ocupaban en ella un lugar no menos importante que las obras de historia natural, y

comprendí que representaban la especialidad del capitán. Allí vi todo Humboldt, todo Arago, las obras de Foucault, de Henri Sainte-Claire Deville, de Chasles, de Milne-Edwards, de Quatrefages, de Tyndall, de Faraday, de Berthelot, del abad Secchi, de Petermann, del comandante Maury, de Agassiz, etc., las memorias de la Academia de las Ciencias, los boletines de diversas sociedades geográficas, etc., y, bien a la vista, los dos volúmenes que tal vez me habían valido el recibimiento relativamente caritativo del capitán Nemo. Entre las obras de Joseph Bertrand, su libro *Los fundadores de la astronomía* me dio incluso una fecha concreta. Como sabía que se había publicado en 1865, pude concluir que la instalación del *Nautilus* no databa de una época posterior. Así, hacía tres años como mucho que el capitán Nemo había comenzado su existencia submarina. Esperaba también que obras más recientes me permitiesen fijar esa fecha con exactitud, pero tenía tiempo para investigarlo y no quise retrasar más nuestro paseo por las maravillas del *Nautilus*.

—Señor —le dije al capitán—, le agradezco que haya puesto esta biblioteca a mi disposición. Hay aquí tesoros de la ciencia, y los aprovecharé.

—Esta sala no es sólo una biblioteca —dijo el capitán Nemo—, también es un fumadero.

—¿Un fumadero? ¿Así que se fuma a bordo?

—Sí.

—Entonces debo creer que mantiene contactos con La Habana.

—Ninguno —respondió el capitán—. Acepte este cigarro, señor Aronnax, y aunque no sea habano, le satisfará si es usted entendido.

Cogí el cigarro que me había ofrecido. Su forma recordaba a la del Londres, pero parecía fabricado con hojas de oro. Lo encendí en un pequeño brasero apoyado en un elegante pie de bronce, y aspiré las primeras caladas con la voluptuosidad de quien lleva dos días sin fumar.

—Es excelente —dije—, pero no es tabaco.

—En efecto. Este tabaco no viene de La Habana ni de Oriente. Es un tipo de alga rica en nicotina que me proporciona el mar, aunque en pequeñas cantidades. ¿Echa de menos los Londres?

—Capitán, los desprecio a partir de hoy.

—Fume, pues, a su antojo y sin discutir el origen de estos cigarros. No los ha controlado ninguna compañía tabacalera, pero no por ello son peores, creo yo.

—Al contrario.

El capitán Nemo abrió una puerta situada frente a la que me había dado acceso en la biblioteca, y pasé a un salón inmenso y espléndidamente iluminado.

Era un amplio cuadrilátero con esquinas achaflanadas, de diez metros de largo, seis de ancho y cinco de alto. Un techo luminoso, decorado con gráciles arabescos,

irradiaba una luz clara y suave sobre las maravillas acumuladas en aquel museo. Porque se trataba de un verdadero museo en el que una mano inteligente y pródiga había reunido todos los tesoros de la naturaleza y el arte, con ese revoltijo artístico que distingue un taller de pintura.

Una treintena de cuadros de grandes maestros, enmarcados uniformemente y separados por resplandecientes panoplias, decoraban los muros cubiertos por tapices de un diseño austero. Vi allí telas de extraordinario valor y que en su mayor parte ya había admirado en las colecciones particulares europeas y en exposiciones de pintura. Las diversas escuelas de los maestros antiguos estaban representadas por una *madonna* de Rafael, una virgen de Leonardo da Vinci, una ninfa de Correggio, una mujer de Tiziano, una adoración de Veronese, una ascensión de Murillo, un retrato de Holbein, un monje de Velázquez, un mártir de Ribera, una *kermesse* de Rubens, dos paisajes flamencos de Teniers, tres pequeños cuadros de género de Gérard Dow, Metsu y Paul Potter, dos telas de Géricault y Prud'hon y unas marinas de Backhuysen y Vernet. Entre las obras de pintura moderna había cuadros pintados por Delacroix, Ingres, Decamps, Troyon, Meissonier, Daubigny, etc., y varias réplicas admirables de estatuas de mármol o bronce, según los más bellos modelos de la Antigüedad, se alzaban sobre sus pedestales en los ángulos de aquel magnífico museo. El estado de estupefacción que me había anunciado el comandante del *Nautilus* comenzaba a apoderarse de mí.

—Profesor —dijo aquel hombre singular—, disculpe el descuido con que lo recibo y el desorden que reina en este salón.

—Señor —respondí—, sin tratar de averiguar quién es usted, ¿puedo considerarle un artista?

—Un aficionado, nada más. En otro tiempo me gustaba coleccionar las bellas obras creadas por la mano del hombre. Era un ávido coleccionista, un buscador infatigable, y pude reunir algunos objetos de gran valor. Estos son mis últimos recuerdos de un mundo que ha muerto para mí. Sus artistas modernos son antiguos a mis ojos. Tienen dos o tres mil años de existencia y los confundo en mi mente. Los grandes maestros no tienen edad.

—¿Y estos músicos? —dije, señalando unas partituras de Weber, Rossini, Mozart, Beethoven, Haydn, Meyerbeer, Herold, Wagner, Auber, Gounod y otros muchos, esparcidas sobre un órgano de gran tamaño que ocupaba uno de los paneles del salón.

—Estos músicos son contemporáneos de Orfeo, porque las diferencias cronológicas se borran en la memoria de los muertos, y yo estoy muerto, profesor, tan muerto como aquellos de sus amigos que descansan a seis pies bajo tierra.

El capitán Nemo se calló y pareció perderse en una profunda ensoñación. Lo

miré con viva emoción, analizando en silencio las peculiaridades de su fisonomía. Acodado en una preciosa mesa de mosaico, ya no me veía ni se acordaba de mi presencia.

Respeté su ensimismamiento y seguí examinando las curiosidades que adornaban el salón.

Junto a obras de arte, las rarezas naturales ocupaban un lugar muy importante. Consistían principalmente en plantas, conchas y otros productos del océano que debían de ser los hallazgos personales del propio capitán Nemo. En el centro del salón, un surtidor de agua iluminado eléctricamente caía sobre una pila formada por una sola tridacna. Esta concha, suministrada por el mayor de los moluscos acéfalos, formaba en sus bordes delicadamente festoneados una circunferencia de unos seis metros. Su tamaño superaba, pues, el de las hermosas tridacnas que la república de Venecia regaló a Francisco I y con las que la iglesia de Saint-Sulpice de París ha hecho dos gigantescas pilas de agua bendita.

En torno a la pila, en elegantes vitrinas sujetas por armazones de cobre, se hallaban clasificados y etiquetados los más preciosos productos marinos que jamás se hayan exhibido a la mirada de un naturalista. Se comprenderá, pues, mi alegría de profesor.

La rama de los zoófitos ofrecía curiosos ejemplares de sus dos grupos de pólipos y equinodermos. En el primer grupo había tubíporas; gorgonias dispuestas en abanico; esponjas de Siria; isis de las Molucas; penatulas; una admirable virgularia de los mares de Noruega; diversas ombelularias; alcionarios; toda una serie de las madreporas que mi maestro Milne-Edwards ha clasificado tan sabiamente en secciones, y entre las que distinguí adorables flabelinas, oculinas de la isla Borbón, el «carro de Neptuno» de las Antillas, espléndidas variedades de coral y, por último, todas las especies de los curiosos pólipos cuya unión forma islas enteras que algún día serán continentes. Dentro de los equinodermos, característicos por su envoltura espinosa, las asterias, estrellas de mar, pantacrinas, comátulas, asterófonos, erizos de mar, holoturias, etc., representaban la colección completa de los individuos de este grupo.

Un conquiliólogo un poco nervioso sin duda se habría extasiado ante otras vitrinas, más numerosas, en las que estaban clasificados los ejemplares de la rama de los moluscos. Vi allí una colección de valor incalculable y que no tendría tiempo de describir entera. Entre estos ejemplares, citaré de memoria: el elegante martillo real del océano Índico, cuyas manchas blancas uniformes resaltaban vívidamente sobre un fondo rojo y marrón; un espóndilo imperial de vivos colores y plagado de espinas, espécimen que escasea en los museos europeos y cuyo valor estimé en veinte mil francos; un martillo común de los mares de Australia, muy difícil de conseguir; berberechos exóticos de Senegal, frágiles bivalvos que un

soplo de aire destruiría como una pompa de jabón; diversas variedades de regaderas de Java, especie de tubos calcáreos ribeteados de pliegues foliáceos, muy codiciados por los expertos; toda una serie de trocos, unos de color verdoso, pescados en los mares de América, y otros de un marrón rojizo, habitantes de los mares de Australia; estos, venidos del golfo de México y característicos por su concha imbricada, aquellos, esteléridos encontrados en los mares australes y, por último, el más singular de todos, el magnífico espolón de Nueva Zelanda; además, admirables tellinas sulfuradas, preciosas especies de citereas y venus, el cadrán tresillado de las costas de Tranquebar, la trocha jaspeada de nácar reluciente, los papagayos verdes de los mares de la China, el cono casi desconocido del género *coenodulli*, todas las variedades de porcelana que sirven de moneda en la India y en África, la «gloria del mar», la concha más preciada de las Indias orientales y, por último, las litorinas, delfínolas, turrítelas, jantinas, óvulas, volutas, olivas, mitras, cascos, púrpuras, buccinos, arpas, rocas, tritones, ceritios, husos, estrombos, pteróceas, patelas, hiálidos y cleodoras, conchas delicadas y frágiles que la ciencia ha bautizado con los nombres más encantadores.

Aparte, en compartimentos especiales, se veían sartas de perlas de gran belleza que la luz eléctrica irisaba con destellos de fuego; perlas de color rosa arrancadas a los pinos marinos del mar Rojo; perlas verdes del hialótide iris; perlas amarillas, azules, negras; curiosos productos de diversos moluscos de todos los océanos y de ciertos mejillones de las corrientes del norte, y, por último, varios ejemplares de un valor incalculable destilados por las más raras pintadinas. Algunas de esas perlas superaban en grosor al huevo de una paloma y valían tanto o más que la que el viajero Tavernier vendió por tres millones al sah de Persia y eran superiores a la del imán de Mascate, que yo creía sin rival en el mundo.

Así pues, calcular el valor de aquella colección era, por así decirlo, imposible. El capitán Nemo debía de haber gastado millones para adquirir todos esos especímenes, y yo me estaba preguntando de dónde obtendría los medios para satisfacer sus caprichos de coleccionista cuando él me interrumpió, diciendo:

—Examine mis conchas, profesor. Pueden interesar a un naturalista, pero para mí tienen un encanto especial, puesto que las he cogido con mi propia mano y no hay mar en la tierra que haya escapado a mis exploraciones.

—Capitán, comprendo la alegría que da pasearse entre tales riquezas. Usted es de los que han hecho sus tesoros por sí mismos. Ningún museo de Europa posee una colección semejante de productos del océano. Pero si agoto mi admiración en ella, ¿qué me quedará para el barco que la transporta? No quiero descubrir secretos que sólo a usted pertenecen, pero le confieso que el *Nautilus*, la fuerza motriz que encierra, los aparatos que permiten maniobrarlo, el poderoso agente que lo anima, todo ello excita mi curiosidad. Veo colgados en las paredes de este salón

instrumentos cuya utilidad desconozco. ¿Puedo saber...?

—Señor Aronnax, le dije que sería libre en mi barco y, por lo tanto, ninguna parte del *Nautilus* le está vedada. Así pues, puede examinarlo con detalle, y será un placer para mí hacer de cicerón.

—No sé cómo agradecersele, pero no abusaré de su amabilidad. Sólo le preguntaré para qué sirven estos instrumentos de física.

—Profesor, estos instrumentos están también en mi camarote y allí tendré el placer de explicarle su finalidad. Pero antes venga a ver el camarote que tiene reservado. Debe saber cómo se alojará en el *Nautilus*.

Seguí al capitán Nemo, que, por una de las puertas abiertas en cada uno de los paneles del salón, me hizo volver a las crujías del barco. Me llevó hacia adelante y allí encontré no un camarote, sino una elegante habitación con cama, tocador y otros muebles.

Sólo pude dar las gracias a mi anfitrión.

—Su camarote es contiguo al mío —me dijo, abriendo una puerta—, y el mío da al salón que acabamos de dejar.

Entré en el camarote del capitán, de aspecto austero, casi monacal, y compuesto únicamente de una cama de hierro, una mesa de trabajo y algunos muebles de tocador, todo suavemente iluminado. Nada de lujos, sólo lo estrictamente necesario.

El capitán Nemo me señaló una silla.

—Siéntese, por favor.

Así lo hice, y él prosiguió diciendo:

XII

TODO POR LA ELECTRICIDAD

—Señor —dijo el capitán, mostrándome los instrumentos que colgaban de las paredes de su camarote—, estos son los aparatos requeridos para la navegación del *Nautilus*. Aquí, como en el salón, los tengo siempre a la vista y me indican la situación y dirección exactas en mitad del océano. Algunos ya los conoce, como el termómetro que da la temperatura interior del *Nautilus*; el barómetro, que pesa el aire y predice los cambios de tiempo; el higrómetro, que marca el grado de sequedad de la atmósfera; el *storm-glass*, cuya mezcla, al descomponerse, anuncia la llegada de tempestades; la brújula, que marca el rumbo; el sextante, que me indica la latitud por la altura del sol; los cronómetros, que me permiten calcular la longitud; y, por último, los catalejos de día y de noche, que me sirven para escrutar todos los puntos del horizonte cuando el *Nautilus* emerge a la superficie.

—Son los instrumentos habituales del navegante —respondí—, y conozco su utilidad. Pero aquí hay otros que sin duda responden a las exigencias particulares del *Nautilus*. Ese cuadrante, recorrido por una aguja móvil, ¿no es un manómetro?

—Lo es, en efecto. Al ponerlo en contacto con el agua, de la que indica la presión exterior, me da la profundidad a la que se mantiene mi aparato.

—¿Y esas sondas tan originales?

—Se trata de sondas termométricas que indican la temperatura de las diferentes capas de agua.

—¿Y esos instrumentos cuya función no adivino?

—Aquí, profesor, debo explicarle algo —dijo el capitán Nemo—. Tenga la amabilidad de escucharme.

Guardó silencio durante unos instantes, y dijo:

—Hay un agente poderoso, obediente, rápido y fácil que se pliega a todos los usos y que reina como dueño y señor de mi nave. Todo se hace a través de él. Me ilumina, me calienta y es el alma de mis aparatos mecánicos. Ese agente es la electricidad.

—¡La electricidad! —exclamé, sorprendido.

—Sí, señor.

—Pero, capitán, usted posee una extrema rapidez de movimientos que casa mal con el poder de la electricidad. Hasta ahora su potencia dinámica siempre ha sido muy restringida y no ha podido producir más que fuerzas pequeñas.

—Profesor —respondió el capitán Nemo—, mi electricidad no es la de todo el

mundo, y eso es todo cuanto puedo decirle.

—No insistiré, y me limitaré a mostrar mi sorpresa ante un resultado semejante. Pero permítame una pregunta, y no responda si le parece indiscreta. Los elementos que utiliza para producir este prodigioso agente deben de gastarse rápido. El cinc, por ejemplo, ¿cómo lo repone si no tiene ninguna comunicación con la tierra?

—Responderé a su pregunta —dijo el capitán Nemo—. Para empezar, le diré que en el fondo del mar existen minas de cinc, hierro, plata y oro, cuya explotación sería ciertamente factible. Pero yo no he recurrido a los metales terrestres y sólo he querido obtener del mar los medios para producir mi electricidad.

—¿Del mar?

—Sí, profesor, y medios no me faltan. En efecto, habría podido obtener la electricidad estableciendo un circuito entre dos cables sumergidos a distintas profundidades, por la diferencia de temperaturas que experimentan, pero he preferido emplear un sistema más práctico.

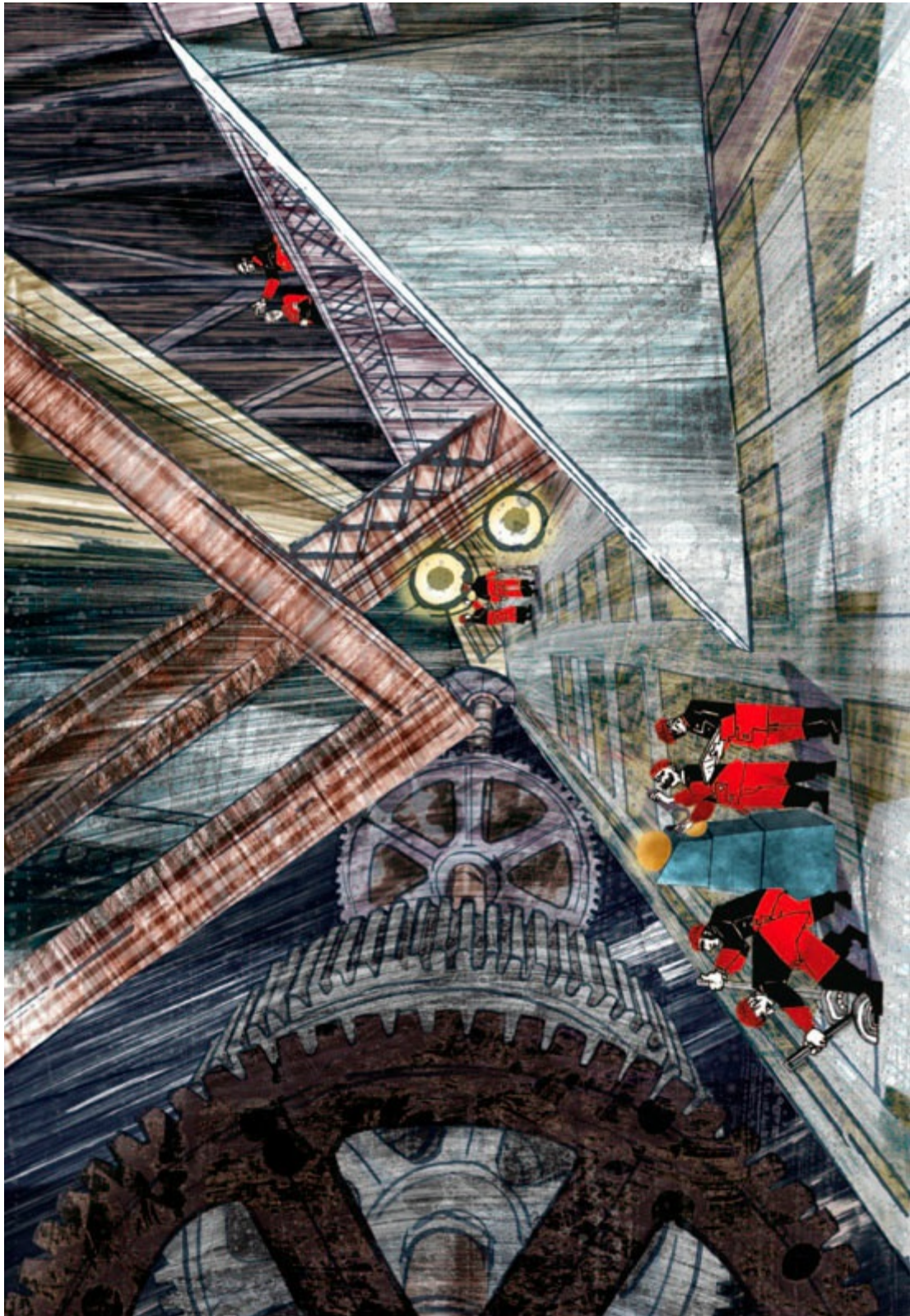
—¿Cuál?

—Usted conoce la composición del agua marina. En cada mil gramos hay ochenta y seis centésimas y media de agua, y aproximadamente dos centésimas y dos tercios de cloruro de sodio; también, en pequeñas cantidades, cloruros de magnesio y potasio, bromuro de magnesio, sulfato de magnesio y sulfato y carbonato cálcico. Verá, pues, que hay ahí cloruro de sodio en una proporción notable. Pues bien, ese es el sodio que extraigo del agua del mar y con el que compongo mis elementos.

—¿El sodio?

—Sí. Mezclado con mercurio, forman una amalgama que sustituye al cinc en los elementos Bunzen. El mercurio no se gasta nunca. Sólo el sodio se consume, y el mar me lo proporciona. Le diré también que las pilas de sodio deben considerarse las más energéticas, pues su fuerza electromotriz duplica a la de las pilas de cinc.

—Capitán, comprendo las virtudes del sodio en sus circunstancias. El mar lo contiene. Bien. Pero también hay que fabricarlo, extraerlo, en una palabra. ¿Cómo lo hace? Evidentemente, sus pilas podrían servirle para la extracción, pero, si no me equivoco, el consumo de sodio requerido por los aparatos eléctricos excedería a la cantidad extraída. Por lo tanto, sucedería que para producirlo consumiría más del que obtendría.



—Por eso no lo extraigo con las pilas y empleo simplemente el calor del carbón terrestre.

—¿Terrestre?

—Digamos carbón de mar, si lo prefiere —respondió el capitán Nemo.

—¿Puede explotar las minas submarinas de hulla?

—Señor Aronmax, lo verá usted mismo. Sólo le pido un poco de paciencia, pues tiempo no le falta. Recuerde esto: todo se lo debo al océano. Él produce la

electricidad y la electricidad da al *Nautilus* el calor, la luz y el movimiento. La vida, en una palabra.

—¿Pero no el aire que respira?

—¡Oh! Podría fabricar el aire necesario para mi consumo, pero sería inútil, porque subo a la superficie cuando quiero. Aunque la electricidad no me provee de aire respirable, al menos activa las poderosas bombas que lo almacenan en depósitos especiales, lo que me permite prolongar en caso necesario y durante el tiempo que quiera mi estancia en las capas más profundas.

—Capitán, reconozco mi admiración. Evidentemente ha descubierto lo que los hombres seguramente descubran algún día, la potencia dinámica de la electricidad.

—No sé si lo descubrirán —respondió fríamente el capitán Nemo—. Sea como sea, ya conoce la primera aplicación que he hecho de este precioso agente. Él nos ilumina con una uniformidad y una continuidad que no tiene la luz del sol. Ahora mire ese reloj. Es eléctrico y funciona con una regularidad que desafía la de los mejores cronómetros. Lo he dividido en veinticuatro horas, como los relojes italianos, porque para mí no existen ni el día ni la noche, ni el sol ni la luna, sólo esta luz artificial que llevo hasta el fondo de los mares. Mire, en este momento son las diez de la mañana.

—En efecto.

—Otra aplicación de la electricidad. El cuadrante que tenemos delante sirve para indicar la velocidad del *Nautilus*. Un cable eléctrico lo conecta con la hélice de la corredera y su aguja me indica la marcha real de la nave. Ahí lo ve, en este momento avanzamos a un velocidad moderada de quince millas por hora.

—Es prodigioso, y veo que ha acertado al emplear este agente destinado a sustituir al viento, al agua y al vapor.

—No hemos terminado, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo levantándose—. Si quiere seguirme, visitaremos la popa del *Nautilus*.

En efecto, ya habíamos visto toda la parte delantera del barco submarino, cuya división exacta desde el centro al espolón es la siguiente: el comedor, de cinco metros, separado de la biblioteca por un mamparo, es decir, impenetrable al agua; la biblioteca, de cinco metros; el gran salón de diez metros, separado de la habitación del capitán por un segundo mamparo; el camarote del capitán, de cinco metros; el mío, de dos metros y medio y, por último, un depósito de aire de siete metros y medio que llegaba hasta la proa. En total, treinta y cinco metros de largo. En los mamparos había unas puertas que se cerraban herméticamente mediante obturadores de caucho y que garantizaban la seguridad del *Nautilus* en caso de que se declarase una vía de agua.

Seguí al capitán Nemo por las crujías situadas a babor y llegué al centro del navío. Allí había una especie de sentina que se abría entre dos mamparos. Una

escalera de hierro, fijada con ganchos a la pared, conducía a su extremo superior. Le pregunté al capitán para qué servía aquella escalera.

—Lleva hasta el bote —respondió.

—¡Cómo! ¿Hay un bote? —repliqué, sorprendido.

—Por supuesto. Una embarcación excelente, ligera e insumergible, que sirve para pasear y pescar.

—Pero, entonces, cuando quiera embarcarse, se verá obligado a volver a la superficie.

—En absoluto. El bote está adherido a la parte superior del casco del *Nautilus* y ocupa un hueco pensado para albergarlo. Dispone de puente, está absolutamente impermeabilizado y reforzado con sólidos pernos. Esta escalera conduce a una escotilla abierta en el costado del bote. Por esta doble abertura me introduzco en la embarcación. Cierro una, la del *Nautilus*, luego cierro la del bote mediante tornillos a presión, suelto los pernos y la embarcación sube con increíble rapidez a la superficie. Entonces abro el panel del puente, herméticamente cerrado hasta ese momento, coloco los mástiles, izo la vela o cojo los remos y doy un paseo.

—¿Y cómo vuelve a bordo?

—No soy yo quien vuelve, señor Aronnax, sino el *Nautilus*.

—¿A una orden suya?

—Sí. Un cable eléctrico nos mantiene unidos. Envío un telegrama, y listo.

—Nada más sencillo, en efecto —dije, maravillado.

Tras dejar atrás el hueco de la escalera que conducía a la plataforma, vi un camarote de dos metros de largo en el que Conseil y Ned Land, encantados con su almuerzo, estaban ocupados comiendo a dos carrillos. Entonces se abrió una puerta y entramos en la cocina, de unos tres metros de largo, situada entre las espaciosas bodegas del barco.

Allí la electricidad, más poderosa y obediente que el propio gas, proveía de toda la energía necesaria para cocinar. Los cables que llegaban a los fogones comunicaban a las hornillas de platino un calor que se distribuía y se mantenía regularmente. La electricidad calentaba también unos aparatos destiladores que, por la vaporización, proporcionaban una excelente agua potable. Junto a la cocina había un baño muy bien equipado, cuyos grifos daban agua fría o caliente a voluntad.

Tras la cocina venía la cabina de la tripulación, de unos cinco metros de largo. Pero la puerta estaba cerrada y no pude ver su interior, lo que quizá me habría dado una idea del número de hombres necesarios para maniobrar el *Nautilus*.

Al fondo se elevaba un cuarto mamparo que separaba esa cabina de la sala de máquinas. Franqueamos una puerta y me vi en el compartimento en el que el capitán Nemo —con toda seguridad, ingeniero de primer orden—, había dispuesto

sus aparatos de locomoción.

La sala de máquinas, muy iluminada, medía por lo menos veinte metros de largo. Constaba de dos partes; la primera contenía los elementos que producían la electricidad y la segunda el mecanismo que transmitía el movimiento a la hélice.

Al entrar me sorprendió el extraño olor que inundaba el compartimento. El capitán Nemo se percató de mi reacción.

—Son emanaciones de gas producidas por el empleo del sodio —dijo—, pero sólo es un pequeño inconveniente. Además, todas las mañanas purificamos el barco ventilándolo al aire libre.

Yo examinaba con un interés fácil de imaginar la maquinaria del *Nautilus*.

—Ya lo ve —dijo el capitán Nemo—, utilizo los elementos Bunzen y no los Ruhmkorff. Éstos serían inútiles. Los elementos Bunzen son poco numerosos, pero fuertes y potentes, lo que, según nuestra experiencia, es más importante. La electricidad generada se aplica a la popa, donde, por medio de electroimanes de gran tamaño, actúa sobre un sistema especial de palancas y engranajes que transmiten el movimiento al árbol de la hélice. Ésta, que tiene un diámetro de seis metros y un radio de siete metros y medio, puede dar hasta ciento veinte revoluciones por segundo.

—Con lo que usted obtiene...

—Una velocidad de cincuenta millas por hora.

Ahí había un misterio, pero no insistí. ¿Cómo podía actuar la electricidad con tanta potencia? ¿Dónde se originaba esa fuerza casi ilimitada? ¿En su tensión extrema, obtenida por bobinas especiales? ¿En su transmisión, que un sistema de palancas desconocido podía aumentar hasta el infinito? Eso era lo que no podía comprender.

—Capitán, veo los resultados y no trato de explicarlos. He visto al *Nautilus* maniobrar delante del *Abraham Lincoln* y sé qué velocidad puede alcanzar. Pero no basta con ir rápido. Hay que saber adónde se va, poder dirigirse a izquierda o derecha, arriba o abajo. ¿Cómo hace para alcanzar las grandes profundidades, donde encuentra una resistencia creciente que se calcula en cientos de atmósferas? ¿Cómo sube a la superficie? Y, por último, ¿cómo se mantiene en la zona que más le conviene? ¿Soy indiscreto al preguntárselo?

—De ningún modo, profesor —respondió el capitán, tras un ligero titubeo—, puesto que nunca abandonará este barco submarino. Acompañeme al salón. Es nuestro verdadero gabinete de trabajo, y allí descubrirá todo lo que debe saber sobre el *Nautilus*.

XIII

ALGUNAS CIFRAS

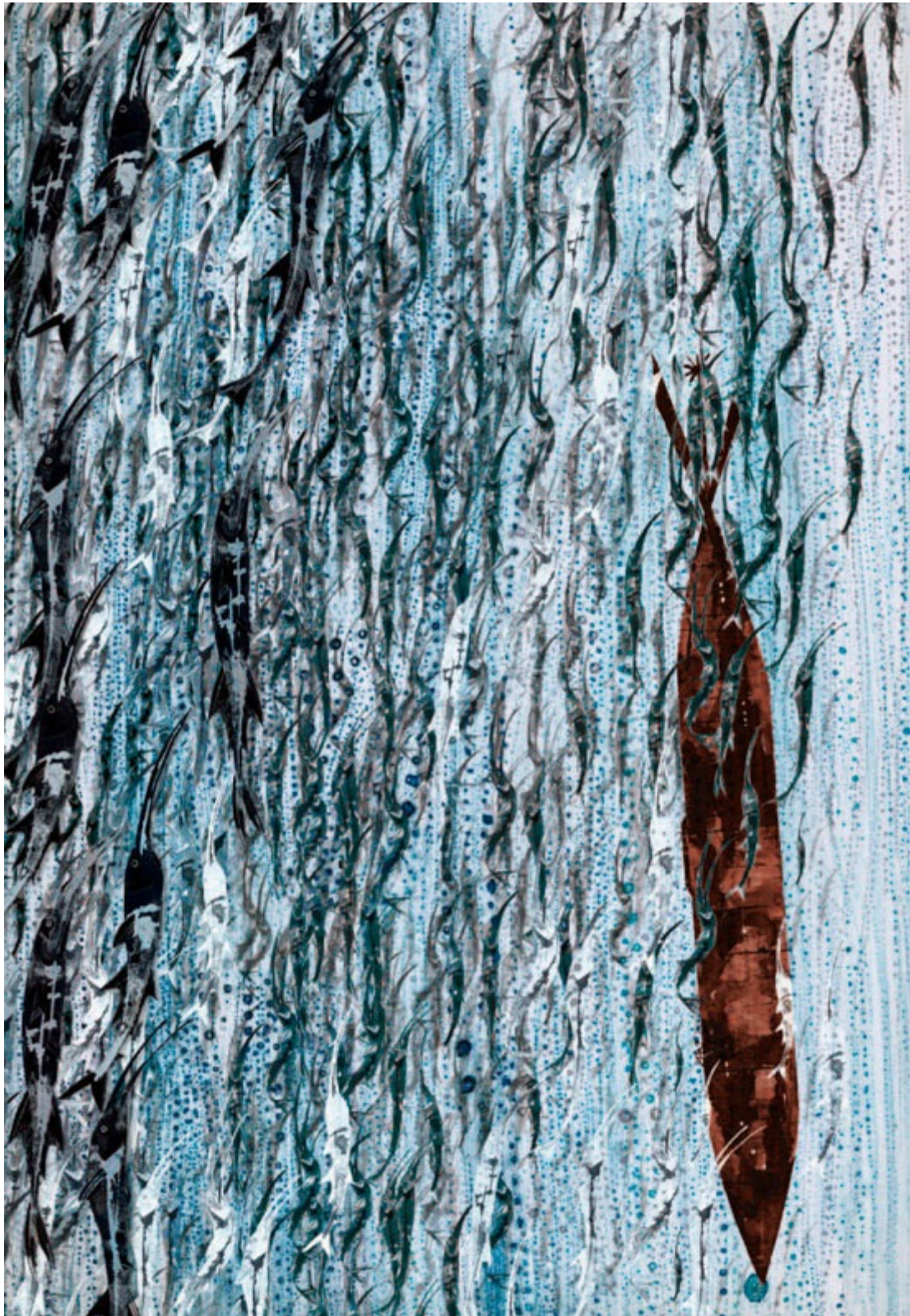
Un instante después, estábamos sentados en un diván del salón, con un cigarro en la boca. El capitán me mostró un dibujo con el plano, la sección y el alzado del *Nautilus*. Luego comenzó su descripción en los siguientes términos:

—Señor Aronmax, estas son las dimensiones del barco que le transporta. Es un cilindro alargado con extremos cónicos. Tiene la forma de un cigarro, forma que ya ha sido adoptada en Londres en varias construcciones del mismo tipo. La longitud de este cilindro, de un extremo al otro, es exactamente de setenta metros, y su bao, en su máxima anchura, es de ocho metros. Por lo tanto, no está construido como los barcos más veloces, sino que sus líneas son suficientemente alargadas y su desplazamiento lo bastante prolongado para que el agua desplazada se expulse fácilmente y no oponga ningún obstáculo a su marcha.

»Estas dos medidas le permitían obtener con un simple cálculo la superficie y el volumen del *Nautilus*. Su superficie comprende mil once metros cuadrados y cuarenta y cinco centímetros; su volumen, quinientos metros cúbicos y dos décimas, lo que equivale a decir que, sumergido, desplaza o pesa mil quinientos metros cúbicos o toneladas.

»Cuando diseñé los planos de este barco, pensado para navegar bajo el agua, quise que, en equilibrio en el agua, estuviera sumergido en nueve décimas partes y sólo emergiera una décima parte. Por consiguiente, en tales condiciones no debía desplazar más que nueve décimos de su volumen, lo que equivale a mil trescientos cincuenta y seis metros cúbicos con cuarenta y ocho centímetros, es decir, debía pesar el mismo número de toneladas. Así que me vi obligado a no superar ese peso al construirlo según las dimensiones citadas anteriormente.

»El *Nautilus* se compone de dos cascos, uno interior y otro exterior, unidos por dos hierros en forma de T que le dan una rigidez extrema. Gracias a esta disposición celular resiste como un bloque macizo. Su forro no puede ceder. Se adhiere por sí mismo y no por la presión de los remaches, y la homogeneidad de su construcción, debida al perfecto ensamblaje de los materiales, le permite desafiar los mares más tempestuosos.



»Ambos cascos están fabricados en plancha de acero con una densidad respecto al agua de siete a ocho décimas. El primero no tiene menos de cinco centímetros de espesor y pesa trescientas noventa y cuatro toneladas y noventa y seis centésimas. El segundo revestimiento, la quilla, de cincuenta y seis centímetros de largo y veinticinco de ancho, pesa por sí solo sesenta y dos toneladas. La máquina, el lastre, los diversos aparatos y accesorios, los mamparos y las abrazaderas interiores tienen un peso de novecientos sesenta y una toneladas

con sesenta y dos centésimas y forman el total exigido de mil trescientas cincuenta y seis toneladas con cuarenta y ocho centésimas. ¿Ha comprendido?

—Sí —respondí.

—Así pues —prosiguió el capitán—, cuando el *Nautilus* se encuentra a flote en tales condiciones, emerge en una décima parte. Pues bien, si he instalado depósitos de una capacidad equivalente, es decir, capaces de contener ciento cincuenta toneladas y setenta y dos centésimas, y los lleno de agua, el barco, al desplazar o pesar entonces mil quinientas siete toneladas, se sumergirá por completo. Eso es lo que ocurre, profesor. Esos depósitos están en un costado, en la parte inferior del *Nautilus*. Abro las llaves, se llenan y el barco emerge a la superficie.

—Bien, capitán, pero aquí llegamos a la verdadera dificultad. Que usted pueda subir a la superficie, eso lo comprendo. Pero por debajo, al sumergirse a más profundidad, su barco submarino se encontrará con una presión que lo empujará hacia arriba con una fuerza de una atmósfera por cada treinta pies de agua, es decir, de aproximadamente un kilo por centímetro cuadrado.

—En efecto.

—Por lo tanto, a menos que llene completamente el *Nautilus*, no veo cómo puede sumergirlo hasta las profundidades.

—Profesor —respondió el capitán—, no hay que confundir la estática con la dinámica, si uno no quiere exponerse a graves errores. No se requiere un gran esfuerzo para alcanzar las profundidades, porque los cuerpos tienden a hundirse. Siga mi razonamiento.

—Le escucho, capitán.

—Cuando me propuse determinar el aumento de peso que había que dar al *Nautilus* para sumergirlo, sólo tuve que preocuparme de la reducción de volumen que experimenta el agua del mar a medida que sus capas se vuelven más profundas.

—Es evidente —respondí.

—Pues bien, aunque el agua no es absolutamente incompresible, es, al menos, muy poco compresible. En efecto, según los cálculos más recientes, esta reducción sólo es de cuatrocientas treinta y seis diezmilésimas por atmósfera, o por cada treinta y seis pies de profundidad. Si se trata de bajar a mil metros, entonces tomaré en cuenta la reducción de volumen bajo una presión equivalente a la de una columna de agua de mil metros, es decir, bajo una presión de cien atmósferas. Esta reducción será entonces de cuatrocientas treinta y seis cienmilésimas. Por lo tanto, tendré que incrementar el peso para que sea de mil quinientas trece toneladas con setenta y siete centésimas, en vez de mil quinientas siete toneladas y diez décimas. El aumento, pues, será sólo de seis toneladas y cincuenta y siete centésimas.

—¿Solamente?

—Solamente, señor Aronnax, y el cálculo es fácil de comprobar. Pues bien, tengo depósitos suplementarios capaces de almacenar cien toneladas, con lo que puedo descender a profundidades considerables. Cuando quiero subir a la superficie, me basta con expulsar el agua y vaciar completamente los depósitos, si deseo que el *Nautilus* emerja un décimo de su capacidad total.

No tenía nada que objetar a estos razonamientos sustentados en cifras.

—Acepto sus cálculos, capitán —respondí—, y sería absurdo discutirlos cuando la experiencia le da la razón cada día. Pero aquí veo una dificultad real.

—¿Cuál?

—Cuando se halla a mil metros de profundidad, las paredes del *Nautilus* soportan una presión de cien atmósferas. Así, si en ese momento decide vaciar los depósitos suplementarios para aligerar su barco y subir a la superficie, las bombas tendrán que vencer esa presión de cien kilos por centímetro cuadrado. Eso requiere una potencia...

—Que sólo la electricidad puede darme —se apresuró a decir el capitán Nemo—. Se lo repito, el poder dinámico de mis máquinas es prácticamente infinito. Las bombas del *Nautilus* tienen una fuerza prodigiosa y usted mismo lo vio cuando sus columnas de agua se precipitaron como un torrente sobre el *Abraham Lincoln*. Además, sólo utilizo los depósitos suplementarios para alcanzar profundidades medias de mil quinientos a dos mil metros y así no forzar mis aparatos. Cuando me da por visitar las profundidades a dos o tres leguas de la superficie, empleo maniobras más largas pero igualmente infalibles.

—¿Cuáles, capitán?

—Esto me lleva lógicamente a decirle cómo se manobra el *Nautilus*.

—Estoy impaciente por saberlo.

—Para gobernar este barco a babor o a estribor, en una palabra, para evolucionar en un plano horizontal, utilizo un timón común con un gran azafrán sujeto a la trasera del codaste y accionado por una rueda y palancas. Pero también puedo hacer que el *Nautilus* se mueva de abajo arriba y de arriba abajo en un plano vertical, por medio de dos planos inclinados, sujetos a sus costados sobre su centro de flotación. Se trata de planos móviles, capaces de adoptar todas las posiciones y que se accionan desde el interior por medio de potentes palancas. Cuando estos planos se mantienen paralelos al barco, este se mueve horizontalmente. Si se inclinan, el *Nautilus*, según el ángulo y bajo el impulso de la hélice, o bien se sumerge siguiendo una diagonal tan larga como me convenga, o bien asciende siguiendo esa diagonal. Y si quiero subir más rápidamente a la superficie, embrago la hélice y la presión del agua hace subir verticalmente al *Nautilus* como un balón hinchado de hidrógeno que se eleva rápidamente en el aire.

—¡Bravo, capitán! Pero ¿cómo puede el timonel seguir el rumbo que usted le marca en medio del agua?

—El timonel está en una cabina de cristal protegida por cristales lenticulares que sobresale en la parte superior del casco del *Nautilus*.

—¿Cristales capaces de resistir presiones semejantes?

—En efecto. El cristal, frágil a los choques, ofrece no obstante una resistencia considerable. En experimentos de pesca con luz eléctrica realizados en 1864 en los mares del norte, se vio que placas de este material, de tan sólo siete milímetros de espesor, resistían una presión de dieciséis atmósferas, al dejar pasar potentes rayos caloríferos que repartían el calor de forma desigual sobre su superficie. Pues bien, los cristales que utilizo no tienen menos de veintiún centímetros en su centro, es decir, treinta veces ese espesor.

—Conforme, capitán, pero, al final, para poder ver, la luz tiene que disipar las tinieblas, y me pregunto cómo en la oscuridad de las aguas...

—Detrás de la cabina del timonel hay un potente reflector eléctrico cuyos rayos iluminan el mar a media milla de distancia.

—¡Bravo! ¡Tres veces bravo, capitán! Ahora me explico la fosforescencia del supuesto narval que tanto intrigaba a los expertos. A propósito, ¿puedo preguntarle si la colisión del *Nautilus* y el *Scotia*, que tanta repercusión tuvo, fue el resultado de un choque fortuito?

—Completamente fortuito. Yo navegaba dos metros por debajo de la superficie cuando se produjo el choque que, por lo que pude ver, no tuvo mayores consecuencias.

—Así es. ¿Y su encuentro con el *Abraham Lincoln*?

—Profesor, lo siento por uno de los mejores barcos de la valerosa marina estadounidense, pero me atacaron y tuve que defenderme. Me limité, no obstante, a poner la fragata fuera de combate. No le será difícil reparar sus averías en el puerto más cercano.

—¡Ah, comandante! —exclamé, convencido—, su *Nautilus* es realmente extraordinario.

—Sí, profesor —respondió emocionado el capitán Nemo—. Lo quiero como si fuera carne de mi carne. Si todo son peligros en sus barcos, sometidos a los azares del océano, si en el mar la primera sensación es de vértigo, como bien dijo el holandés Jansen, por debajo y a bordo del *Nautilus*, sin embargo, el hombre no tiene de qué asustarse. Ninguna deformación que temer, pues el doble casco de este barco tiene la rigidez del hierro; ningún aparejo desgastado por el vaivén o el balanceo; ninguna vela que se lleve el viento; ninguna caldera que estalle por efecto del vapor; ningún riesgo de incendio, puesto que el barco está hecho de metal y no de madera; ningún miedo de que se agote el carbón, pues su agente

motor es la electricidad; ningún choque que temer, pues es el único que navega en aguas profundas; ninguna tempestad a la que enfrentarse, porque a algunos metros bajo la superficie encuentra la más absoluta calma. Este, señor, es el barco por excelencia. Y si es verdad que el ingeniero tiene más confianza en el barco que el constructor, y el constructor más que el propio capitán, comprenderá la fe ciega que tengo en mi *Nautilus*, porque yo soy a la vez su capitán, constructor e ingeniero.

El capitán Nemo hablaba con encendida elocuencia. El fuego de su mirada y la pasión de sus gestos lo transfiguraban. Sí, amaba a su barco como un padre ama a su hijo.

Pero una pregunta, tal vez indiscreta, me rondaba, y no pude resistirme a plantársela:

—¿Conque es usted ingeniero, capitán Nemo?

—Sí, profesor. Estudié en Londres, París y Nueva York cuando habitaba en los continentes terrestres.

—¿Y cómo pudo construir en secreto este barco admirable?

—Cada una de sus piezas, señor Aronnax, me llegó de un punto diferente del planeta y a una dirección falsa. Su quilla se forjó en Creusot, el árbol de su hélice en Pen y C.º, de Londres, las placas metálicas del casco en Leard, Liverpool, su hélice en Scott, Glasgow. Sus depósitos se fabricaron en Cail y Cía., su maquinaria en Krupp, Prusia, su espolón, en los talleres de Motala, Suecia, sus instrumentos de precisión los hicieron los hermanos Hart en Nueva York, etc., y cada uno de esos fabricantes recibió mis planos bajo nombres diferentes.

—Pero esas piezas hubo que montarlas y ajustarlas.

—Profesor, construí mis talleres en un islote desierto en mitad del océano. Allí, mis obreros, es decir, los buenos compañeros que he instruido y formado, y yo mismo, pusimos a punto el *Nautilus*. Una vez terminada la operación, el fuego destruyó todo rastro de nuestro paso por ese islote, que yo habría hecho saltar por los aires si hubiera podido.

—Me figuro, pues, que el coste de este barco será elevadísimo.

—Señor Aronnax, un barco de hierro cuesta mil ciento veinticinco francos por tonelada. Pues bien, el *Nautilus* pesa mil quinientas toneladas. Por lo tanto, su coste asciende a un millón seiscientos ochenta y siete mil quinientos francos, a dos millones si incluimos el mobiliario, y a cuatro o cinco millones si contamos las obras de arte y las colecciones que contiene.

—Una última pregunta, capitán.



—Adelante, profesor.

—Entonces, será usted rico.

—Inmensamente rico, profesor. Podría pagar sin dificultad los diez millones que debe Francia.

Miré fijamente al extraño personaje que me hablaba así. ¿Abusaba de mi credulidad? El futuro me lo diría.

XIV

EL RÍO NEGRO

La porción del globo terrestre ocupada por el mar se estima en tres millones ochocientos treinta y dos mil quinientos cincuenta y ocho miriámetros cuadrados, es decir, treinta y ocho millones de hectáreas. Esta masa líquida contiene dos mil doscientos cincuenta millones de millas cúbicas y formaría una esfera de un diámetro de sesenta leguas y un peso de tres quintillones de toneladas. Para hacerse una idea de lo que supone este número, hay que decir que el quintillón es a un millar lo que éste es a la unidad, es decir, que hay tantos millares en un quintillón como unidades en un millar. Pues bien, esta masa líquida es aproximadamente la cantidad de agua vertida por todos los ríos de la Tierra durante cuarenta mil años.

Durante las épocas geológicas, el periodo del agua sucedió al periodo de fuego. Al principio el océano cubrió la faz de la tierra. Después, en las eras silúricas, poco a poco fueron apareciendo los picos de las montañas, emergieron las islas, que desaparecieron bajo diluvios parciales, volvieron a aparecer, se ensamblaron, formaron continentes y, finalmente, las tierras quedaron fijadas geográficamente tal como las vemos ahora. Lo sólido había ganado a lo líquido treinta y siete millones seiscientos cincuenta y siete millas cuadradas, es decir, doce mil novecientos dieciséis millones de hectáreas.

La configuración de los continentes permite dividir las aguas en cinco grandes partes: el océano Glacial Ártico, el océano Glacial Antártico, el océano Índico, el océano Atlántico y el océano Pacífico.

El océano Pacífico se extiende de norte al sur entre los dos círculos polares, y de oeste a este entre Asia y América del Sur sobre una superficie de ciento cuarenta y cinco grados de longitud. Es el más tranquilo de los mares. Sus corrientes son largas y lentas, sus mares medianos y sus lluvias abundantes. Ese era el océano que el destino me llamaba a recorrer en primer lugar en las más extrañas circunstancias.

—Profesor —dijo el capitán Nemo—, acompáñeme, si le parece, a fijar exactamente nuestra posición y el punto de partida de nuestro viaje. Son las doce menos cuarto. Voy a subir a la superficie.

El capitán pulsó tres veces un timbre eléctrico. Las bombas comenzaron a expulsar agua de los depósitos, la aguja del manómetro marcó por las diferentes presiones el movimiento ascensional del *Nautilus* y luego se detuvo.

—Hemos llegado —dijo el capitán.

Fui a la escalera central que daba a la plataforma. Subí los peldaños de metal y por las escotillas abiertas llegué a la parte superior del *Nautilus*.

La plataforma sobresalía únicamente ochenta centímetros por encima de la superficie. La proa y la popa del *Nautilus* presentaban esa disposición fusiforme que lo asemejaba a un largo cigarro. Observé que sus placas metálicas, ligeramente imbricadas, recordaban a las escamas que cubren el cuerpo de los grandes reptiles terrestres. Eso explicaba que, aun con los mejores catalejos, el barco siempre se confundiese con un animal marino.

Hacia el centro de la plataforma, el bote, medio encajado en el casco de la nave, formaba un pequeño saliente. Delante y detrás se elevaban dos cabinas de escasa altura, con paredes inclinadas y cerradas parcialmente por gruesos cristales lenticulares; una, destinada al timonel que gobernaba el *Nautilus*, y otra en la brillaba el potente fanal eléctrico que iluminaba su rumbo.

El mar estaba en calma y el cielo despejado. El largo vehículo apenas acusaba las fuertes ondulaciones del océano. Una ligera brisa del este rizaba la superficie del mar. El horizonte, libre de brumas, se prestaba a las mejores observaciones.

Nada a la vista. Ni un escollo, ni un islote. Ni rastro del *Abraham Lincoln*. Sólo la inmensidad desierta.

El capitán Nemo, sextante en mano, midió la altura del sol para determinar la latitud. Esperó unos minutos a que el astro alcanzara la línea del horizonte. Mientras observaba, no le temblaba ni un solo músculo, y el instrumento no habría estado más inmóvil en una mano de mármol.

—Mediodía —dijo—. Profesor, cuando quiera.

Lancé una última mirada al mar un poco amarillento de los muelles japoneses y bajé al gran salón. Allí el capitán fijó la posición y calculó cronométricamente la longitud, que controló por observaciones anteriores de ángulos horarios. Luego me dijo:

—Señor Aronnax, nos hallamos a ciento treinta y siete grados y minutos de longitud al oeste.

—¿De qué meridiano? —pregunté rápidamente, esperando que la respuesta del capitán tal vez me revelase su nacionalidad.

—Tengo varios cronómetros ajustados a los meridianos de París, Greenwich y Washington, pero en su honor utilizaré el de París.

Su respuesta no me dio ninguna pista. Me incliné cortésmente y el comandante prosiguió:



—Treinta y siete grados y quince minutos de longitud al oeste del meridiano de París y treinta grados y ocho minutos de latitud norte, es decir, a unas trescientas

millas de las costas del Japón. Hoy, 8 de noviembre, a mediodía, comienza nuestro viaje de exploración submarina.

—Dios nos guarde —respondí.

—Y ahora, profesor —añadió el capitán—, le dejo con sus estudios. He ordenado poner rumbo al nordeste a cincuenta metros de profundidad. En estos mapas a gran escala podrá seguir nuestra ruta. Tiene el salón a su disposición, y ahora, con su permiso, voy a retirarme.

El capitán Nemo se despidió y me dejó a solas con mis pensamientos, que giraban en torno al comandante del *Nautilus*. ¿Sabría algún día a qué nación pertenecía aquel hombre singular que se jactaba de no pertenecer a ninguna? ¿Quién había provocado el odio que profesaba a la humanidad, ese odio que tal vez planeaba terribles venganzas? ¿Era aquel hombre uno de esos sabios desconocidos, uno de esos genios «menospreciados», según la expresión de Conseil, un Galileo moderno, o bien uno de esos científicos como el americano Maury, cuya carrera quedó truncada por revoluciones políticas? Aún no podía decirlo. El azar acababa de arrojarme a su barco, mi vida estaba en sus manos, y él me acogía fría pero hospitalariamente. Pero aún no había estrechado la mano que yo le tendía, ni él me había tendido la suya.

Pasé una hora sumido en estas reflexiones, intentando desentrañar el misterio que tanto me interesaba. Luego me fijé en el gran planisferio desplegado sobre la mesa y señalé con el dedo el punto donde se cruzaban la longitud y latitud observadas.

El mar tiene sus ríos, como los continentes. Son corrientes especiales, reconocibles por su temperatura y color. La más llamativa se conoce con el nombre de *Gulf Stream*. La ciencia ha determinado la dirección de cinco corrientes principales en el planeta: una en el Atlántico norte, la segunda en el Atlántico sur, la tercera en el Pacífico norte, la cuarta en el Pacífico sur y la quinta al sur del océano Índico. Incluso es probable que en otro tiempo existiera una sexta corriente al norte del océano Índico, cuando los mares Caspio y Aral, unidos a los grandes lagos de Asia, formaban una sola extensión de agua.

Pues bien, en el punto indicado en el planisferio se desplegaba una de estas corrientes, el Kuro-Scivo de los japoneses, el Río Negro, que, partiendo del golfo de Bengala, donde es calentado por los rayos perpendiculares del sol de los trópicos, atraviesa el estrecho de Malaca, bordea la costa de Asia y se desvía en el Pacífico norte hacia las islas Aleutianas, arrastrando troncos de alcanforeros y otros productos indígenas y resaltando por el puro añil de sus aguas calientes sobre las olas. Esta es la corriente que iba a recorrer el *Nautilus*. Yo la seguía con la mirada, la veía perderse en la inmensidad del Pacífico y me sentía arrastrado con ella.

En ese momento aparecieron Ned Land y Conseil en la puerta del salón. Mis dos compañeros se quedaron de piedra ante las maravillas acumuladas ante sus ojos.

—¿Dónde estamos? —preguntó el canadiense—. ¿En el museo de Quebec?

—Si el señor me lo permite, sería más bien el hotel de Sommerard —replicó Conseil.

—Amigos míos —respondí, indicándoles que entraran—, no estáis ni en Canadá ni en Francia, sino a bordo del *Nautilus* y a cincuenta metros bajo el nivel del mar.

—Si el señor lo dice, habrá que creerle —replicó Conseil—, pero, francamente, este salón está hecho para sorprender hasta a un flamenco como yo.

—Sorpréndete, amigo mío, y observa, pues aquí hay material para un clasificador como tú.

No hacía falta que se lo dijera. El buen muchacho, inclinado sobre las vitrinas, murmuraba ya unas palabras en la jerga de los naturalistas: clase de los gasterópodos, familia de los bucínidos, género de las porcelanas, especie de las *cyproea madagascariensis*, etc.

Entretanto, Ned Land, poco aficionado a la conquiliología, me preguntaba por mi entrevista con el capitán Nemo. ¿Había descubierto quién era, adónde se dirigía, a qué profundidades nos arrastraba? Mil preguntas, en fin, que no tenía tiempo de contestar.

Le dije lo que sabía o, mejor dicho, lo que no sabía, y le pregunté lo que él había visto u oído por su parte.

—No he visto ni oído nada —respondió el canadiense—. Ni siquiera he visto a la tripulación del barco. ¿Será que también es eléctrica?

—¿Eléctrica?

—A fe que lo parece. Pero, señor Aronmax —preguntó Ned Land, fijo en su idea—, ¿no puede decirme cuántos hombres hay a bordo? ¿Diez, veinte, cincuenta, cien?

—No sabría decirle, Ned. Pero hágame caso y abandone de momento la idea de hacerse con el *Nautilus* o fugarse. Este barco es una obra maestra de la industria moderna y lamentaría no haberlo visto. Mucha gente aceptaría la situación en la que nos encontramos, aunque sólo fuese para pasearse entre estas maravillas. Así que mantenga la calma y tratemos de ver lo que pasa a nuestro alrededor.

—¡Ver! —exclamó el arponero—. ¡Si no se ve nada! ¡No veremos nada en esta prisión de acero! ¡Navegamos a ciegas!

Ned Land decía esto último cuando súbitamente se hizo la oscuridad, una oscuridad absoluta. El techo luminoso se apagó tan rápidamente que mis ojos experimentaron una sensación dolorosa, análoga a la que produce pasar de las

tinieblas profundas a la luz más brillante.

Nos habíamos quedado mudos e inmóviles, sin saber qué sorpresa agradable o desagradable nos esperaba. Parecía que se maniobraban las escotillas a los costados del *Nautilus*.

—¡Es el fin! —dijo Ned Land.

—Orden de las hidromedusas —murmuró Conseil.

De repente se hizo la luz a cada lado del salón a través de dos aberturas oblongas. Las aguas aparecieron vívidamente iluminadas por las irradiaciones eléctricas. Dos mamparas de cristal nos separaban del mar. Me estremecí al pensar que aquella frágil pared pudiera romperse, pero fuertes armazones de cobre la reforzaban y le daban una resistencia casi infinita.

El mar era perfectamente visible en un radio de una milla alrededor del *Nautilus*. ¡Qué espectáculo! ¿Qué pluma podría describirlo? ¿Quién sabría detallar los efectos de la luz a través de las aguas transparentes y la levedad de sus sucesivas gradaciones hasta las capas inferiores y superiores del océano?

Es conocida la diafanidad del mar. Se sabe que su limpidez supera la del agua de roca. Las sustancias minerales y orgánicas que mantiene en suspensión acrecientan aún más su transparencia. En ciertas partes del océano, en las Antillas, ciento cuarenta y cinco metros de agua dejan ver el lecho arenoso con una nitidez sorprendente y los rayos solares sólo parecen detenerse a trescientos metros de profundidad. Pero en el fluido que recorría el *Nautilus*, el resplandor eléctrico se producía en las propias ondas. Ya no era agua luminosa, sino luz líquida.

Si se admite la hipótesis de Erhemberg, que cree en una iluminación fosforescente de los fondos submarinos, la naturaleza ciertamente ha reservado a los habitantes del mar uno de sus espectáculos más prodigiosos, del que podía hacerme una idea por los mil juegos de luz. A cada lado tenía una ventana abierta sobre aquellos abismos inexplorados. La oscuridad del salón realzaba la claridad exterior, y mirábamos como si el puro cristal fuera la mampara de un inmenso acuario.

El *Nautilus* no parecía moverse. Ello se debía a que nos faltaban puntos de referencia. A veces, sin embargo, las líneas de agua divididas por su espolón huían ante nuestros ojos a gran velocidad.

Maravillados, acodados delante de las vitrinas, ninguno de nosotros había roto aún este silencio cuando Conseil dijo:

—Quería verlo, amigo Ned. Pues ya lo ve.

—¡Curioso, en verdad! —dijo el canadiense que, olvidando su cólera y sus planes de huida, sentía una atracción irresistible—. Vendría de más lejos aún para admirar este espectáculo.

—¡Ah! —exclamé—. Ahora comprendo la vida de este hombre. Se ha hecho un

mundo aparte que le reserva sus más asombrosas maravillas.

—¿Y los peces? —observó el canadiense—. No los veo.

—¿Qué puede importarle, Ned, si no los conoce? —respondió Conseil.

—¿Cómo? ¡Yo, un pescador! —exclamó Ned Land.



Se suscitó una discusión al respecto entre los dos amigos, pues ambos sabían

mucho de peces, pero cada uno de forma diferente.

Todo el mundo sabe que los peces forman la cuarta y quinta clase de la rama de los vertebrados. Se les ha definido acertadamente como «vertebrados de circulación doble y sangre fría, que respiran por las branquias y viven en el agua». Componen dos series diferenciadas: la de los peces óseos y las de los cartilagosos, es decir, aquellos cuya espina dorsal está hecha de vértebras cartilaginosas.

El canadiense tal vez conociera esta distinción, pero Conseil sabía mucho más, y ahora que les unía una gran amistad no podía admitir que fuese menos instruido que él. Así que le dijo:

—Ned, usted es un cazador de peces, un pescador muy hábil. Ha capturado un gran número de estos interesantes animales, pero apostaría a que no sabe clasificarlos.

—Sí —respondió muy serio el arponero—. Se clasifican en peces que se comen y peces que no.

—Ésa es una distinción gastronómica. Pero, dígame, ¿conoce la diferencia entre los peces óseos y los cartilaginosos?

—Creo que sí, Conseil.

—¿Y la subdivisión de estas dos grandes clases?

—Me temo que no.

—Pues bien, amigo mío, escuche y retenga. Los peces óseos se subdividen en seis órdenes: primero, los acantopterigios, cuya mandíbula superior es completa y móvil y que tienen branquias en forma de peine. Este orden comprende quince familias, o lo que es lo mismo, las tres cuartas partes de los peces conocidos. Ejemplo: la perca.

—Bastante sabrosa —respondió Ned Land.

—En segundo lugar —prosiguió Conseil—, los abdominales, cuyas ventrales cuelgan debajo del abdomen y detrás de las pectorales sin estar sujetas a las vértebras dorsales. Este orden se divide en cinco familias y comprende la mayor parte de los peces de agua dulce. Ejemplos: la carpa y el lucio.

—¡Bah! —exclamó el canadiense, con tono despectivo—. ¡Peces de agua dulce!

—En tercer lugar —dijo Conseil—, los subbranquianos, cuyas ventrales están situadas bajo las pectorales y cuelgan directamente de las vértebras dorsales. Este orden comprende cuatro familias. Ejemplos: las platijas, los gallos, los rodaballos, los lenguados, etc.

—¡Excelentes! —exclamó el arponero, que insistía en considerar a los peces sólo desde el punto de vista gastronómico.

—En cuarto lugar —prosiguió Conseil, sin desanimarse—, los ápodos, de

cuerpo alargado, carentes de aletas ventrales y revestidos de una piel espesa y a menudo viscosa. Este orden comprende sólo una familia. Ejemplos: la anguila y el gimnoto.

—¡Mediocres! —respondió Ned Land.

—En quinto lugar, los lofobranquios, que tienen las mandíbulas completas y libres, pero cuyas branquias están formadas por pequeñas borlas dispuestas por parejas a lo largo de los arcos branquiales. Este orden cuenta con una sola familia. Ejemplos: los hipocampos y los pegasos dragones.

—¡Malos! —replicó el arponero.

—En sexto y último lugar, los plectognatos, cuyo hueso maxilar está sujeto a la parte del intermaxilar que forma la mandíbula y cuyo arco palatal se engrana por sutura con el cráneo, lo que lo hace inmóvil. Este orden carece de verdaderas ventrales y se compone de dos familias. Ejemplos: los tetrodones y los peces luna.

—Deshonrarían hasta a una caldera —exclamó el canadiense.

—¿Ha comprendido, Ned? —preguntó el sabio Conseil.

—Nada en absoluto, amigo Conseil. Pero siga de todos modos, porque lo que dice es muy interesante.

—En cuanto a los peces cartilagosos —prosiguió, imperturbable, Conseil—, sólo comprenden tres órdenes.

—Tanto mejor.

—Primero, los ciclóstomos, de mandíbulas soldadas en un anillo móvil y branquias que se abren por muchos agujeros. Este orden comprende una sola familia. Ejemplo: la lamprea.

—Me gustan —respondió Ned Land.

—En segundo lugar, los selacios, con branquias parecidas a la de los ciclóstomos, pero cuya mandíbula inferior es móvil. Este orden, el más importante de su clase, comprende dos familias. Ejemplos: la raya y los escualos.

—¿Cómo? —exclamó Ned Land—. ¿Las rayas y los tiburones en el mismo orden? Pues bien, amigo Conseil, por el bien de las rayas le aconsejo que no los junte en el mismo bocal.

—En tercer lugar, los esturionianos, cuyas branquias están abiertas por una sola hendidura cubierta de un opérculo. Este orden comprende cuatro géneros. Ejemplo: el esturión.

—¡Ah, amigo Conseil! Ha dejado usted lo mejor para el final, al menos en mi opinión. ¿Eso es todo?

—Sí, Ned, y piense que saber esto es como no saber nada, porque las familias se subdividen en géneros, subgéneros, especies, variedades...

—Pues bien, amigo Conseil —dijo el arponero, inclinándose sobre el cristal—, mire esas variedades que pasan.

—¡Sí, son peces! —exclamó Conseil—. Se diría que estamos en un acuario.

—No —respondí—, porque el acuario no es más que una jaula y esos peces son libres como un pájaro.

—Adelante, Conseil, dígame cómo se llaman —dijo Ned.

—No sabría hacerlo. Eso le corresponde al señor.

En efecto, el buen muchacho, clasificador empedernido, no era un naturalista, y no sé si habría distinguido un atún de un bonito. En una palabra, lo contrario del canadiense, que podía nombrar todos esos peces sin vacilar.

—Un pejepuerco —dije.

—Y es un pejepuerco chino —respondió Ned Land.

—Género de los balistas, familia de los esclerodermos, orden de los plectognatos —murmuró Conseil.

Decididamente, Ned y Conseil habrían hecho entre los dos un brillante naturalista.

El canadiense no se había equivocado. Una manada de pejepuercos, de cuerpo comprimido y piel granulada y armados con un aguijón en su espina dorsal, jugueteaba alrededor del *Nautilus*, agitando las cuatro hileras de erizadas púas que tienen a ambos lados de la cola. Nada más admirable que su piel, gris por arriba y blanca por debajo, cuyas manchas doradas brillaban en los oscuros remolinos del agua. Entre ellos ondulaban las rayas, como banderas agitándose al viento, y entre ellas vi, para regocijo mío, la raya china, amarilla en su parte superior, rosácea en la parte del vientre y provista de tres aguijones detrás de los ojos; especie rara, de cuya existencia se dudaba incluso en tiempos de Lacédèpe, que nunca pudo verla más que en un álbum de estampas japonesas.

Durante dos horas, todo un ejército acuático escoltó al *Nautilus*. En medio de sus juegos y piruetas, y mientras rivalizaban en belleza, brillo y velocidad, distinguí el labro verde; el salmonete barberino, surcado por una doble raya negra; el gobio eleotris, de cola redondeada, blanco y con manchas violetas en el dorso; el escómbrido japonés, admirable caballa de esos mares, de cuerpo azul y cabeza plateada; brillantes azurores, cuyo nombre lo dice todo; esparos rayados, de aletas azules y amarillas; sargos con una banda negra en la aleta caudal; esparos zonéforos, elegantemente encorsetados por sus seis cinturones; aulostomas, verdaderas bocas de flauta o becasas de mar, algunas de las cuales alcanzaban una longitud de un metro; salamandras del Japón; morenas equídneas; serpientes de seis pies, de ojos vivos y pequeños y una gran boca plagada de afilados dientes, etc...

Nuestra admiración no decrecía, ni se agotaban nuestras exclamaciones de asombro. Ned nombraba los peces, Conseil los clasificaba y yo me extasiaba ante la vivacidad de sus movimientos y la belleza de sus formas. Nunca antes había tenido la oportunidad de ver a estos animales vivos y en su elemento natural.

No citaré todas las variedades, toda esa colección de los mares del Japón y de la China que pasó ante nuestros ojos deslumbrados. Más numerosos que una bandada de pájaros, los peces acudían atraídos sin duda por el brillante foco de luz eléctrica.

De pronto se iluminó el salón. Se cerraron los paneles de acero y la encantadora visión desapareció. Durante un buen rato seguí embelesado, hasta que me fijé en los instrumentos colgados de las paredes. La brújula marcaba rumbo norte-nordeste, el manómetro indicaba una presión de cinco atmósferas, correspondiente a una profundidad de cincuenta metros, y la corredera eléctrica señalaba una velocidad de quince millas por hora.

Esperaba al capitán Nemo, pero no apareció. El reloj marcaba las cinco.

Ned Land y Conseil volvieron a su camarote y yo a mi habitación. Encontré la cena servida, compuesta de sopa de tortuga, hecha con los más delicados careys, un salmonete de carne blanca ligeramente laminado y cuyo hígado, cocinado aparte, era un manjar delicioso, y filetes de emperador, cuyo sabor me pareció superior al del salmón.

Pasé la tarde leyendo, escribiendo y pensando. Luego, vencido por el sueño, me tumbé en la cama de zosterá y quedé profundamente dormido, mientras el *Nautilus* se deslizaba por la rápida corriente del Río Negro.

UNA INVITACIÓN POR CARTA

Me desperté al día siguiente, 9 de noviembre, tras un largo sueño de doce horas. Según su costumbre, Conseil vino a saber «cómo había pasado la noche el señor» y a ofrecerme sus servicios. Había dejado a su amigo el canadiense durmiendo como quien no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Le dejé hablar a su antojo, sin apenas responderle. Me preocupaba la ausencia del capitán Nemo durante la víspera, y esperaba verle de nuevo aquel día.

Me puse el traje de biso, cuya naturaleza suscitó más de una vez las elucubraciones de Conseil. Le expliqué que estaba hecho con los filamentos brillantes y sedosos con que los nácares, especie de bivalvos que abundan en las costas del Mediterráneo, se mantienen unidos a las rocas. Antiguamente se hacían con ellos ricas telas, guantes y medias, pues eran a la vez muy suaves y cálidos. Así que la tripulación del *Nautilus* podía vestirse por poco dinero, sin tener que recurrir a los algodoneros, las ovejas ni a los gusanos de seda.

Una vez vestido, me dirigí al gran salón. No había nadie, así que me puse a estudiar los tesoros conquiliológicos contenidos en las vitrinas. Husmeé también en los grandes herbarios, llenos de las plantas marinas más raras, que, aunque disecadas, conservaban sus admirables colores. Entre los preciosos hidrófitos vi los cladostefos verticilados; las padinas pavonias; las caulerpas de hoja de viña; los *callithamnion* graníferos; las delicadas ceramias de tintes escarlatas; las agáreas con forma de abanico; las acetabularias, semejantes a cabezas de champiñón muy alicaídas y que durante mucho tiempo fueron clasificadas entre los zoófitos, y, por último, toda una serie de fucos.

El día transcurrió sin que el capitán Nemo me honrara con su visita. Los paneles del salón no volvieron a abrirse. Tal vez no quería que nos cansáramos de tales maravillas.

La dirección del *Nautilus* se mantuvo este-nordeste, su velocidad a doce millas y su profundidad a cincuenta o sesenta metros.

Al día siguiente, 10 de noviembre, el mismo abandono, la misma soledad. No vi a ningún tripulante. Ned y Conseil pasaron casi todo el día conmigo, desconcertados por la inexplicable ausencia del capitán. ¿Estaría enfermo aquel hombre singular? ¿O tal vez quería cambiar sus planes respecto a nosotros?

Después de todo, como señaló Conseil, gozábamos de absoluta libertad y estábamos alimentados fina y abundantemente. Nuestro anfitrión estaba cumpliendo

su parte del trato. No podíamos quejarnos y, además, la singularidad de nuestro destino nos reservaba compensaciones tan hermosas que aún no teníamos derecho a reprocharle nada.

Ese día comencé el diario de estas aventuras, lo que me ha permitido contarlas con la más escrupulosa exactitud. Como detalle curioso, diré que lo escribí en un papel fabricado con *zostera marina*.

La madrugada del 11 de noviembre, el aire fresco repartido en el interior del *Nautilus* me indicó que habíamos vuelto a subir a la superficie para renovar las provisiones de oxígeno. Fui a la escalera central y subí a la plataforma.

Eran las seis de la mañana. El cielo estaba cubierto y el mar gris, pero en calma. Apenas había marejada. Esperaba encontrar allí al capitán Nemo. ¿Vendría al fin? Sólo vi al timonel, encerrado en su cabina de cristal. Sentado en el saledizo que formaba el casco del bote, aspiré con deleite los efluvios marinos.

Poco a poco se fue disipando la bruma por efecto de los rayos solares. El astro radiante asomaba por Oriente y el mar se encendió bajo su mirada como un reguero de pólvora. Las nubes, esparcidas por el cielo, se coloreaban con tonos vivos de admirables matices y numerosas «lenguas de gato» anunciaban viento para toda la jornada.

¡Pero qué podía el viento frente al *Nautilus*, que no temía a las tempestades!

Contemplaba, pues, aquel hermoso amanecer, tan alegre y vivificante, cuando oí que alguien subía a la plataforma.

Me disponía a saludar al capitán Nemo, pero quien apareció fue su segundo (al que ya había visto durante la primera visita del capitán). Avanzó sobre la plataforma y no pareció reparar en mi presencia. Con su potente antejo, oteó el horizonte con extremada atención. Terminado el examen, se acercó a la escotilla y dijo una frase que reproduzco en sus términos exactos. La recuerdo porque cada mañana se repetía en condiciones idénticas: «*Nautron respoc lorni virch*».

No sabría decir qué significa.

Pronunciadas estas palabras, el segundo descendió a bordo. Pensé que el *Nautilus* reanudaría su navegación submarina, así que fui a la escotilla y, atravesando las crujías, regresé a mi camarote.

Así transcurrieron cinco días sin que la situación se modificara. Cada mañana yo subía a la plataforma y la misma frase era pronunciada por el mismo individuo. El capitán Nemo seguía sin aparecer.

Me había hecho a la idea de no verle más cuando, el 16 de noviembre, al volver a mi camarote con Ned y Conseil, encontré sobre la mesa una carta con mi nombre. La abrí impaciente. Estaba escrita con una letra clara y rotunda, pero un poco gótica, similar a las tipografías alemanas, y decía así:



Profesor Aronnax, a bordo del *Nautilus*.
16 de noviembre, 1867.

El capitán Nemo invita al profesor Aronnax a una partida de caza que se celebrará mañana por la mañana en sus bosques de la isla Crespo. Espera que nada impida asistir al profesor y le complacerá que sus amigos le acompañen.

—¡Una cacería! —exclamó Ned.

—¡Y en sus bosques de la isla Crespo! —añadió Conseil.

—Entonces, ¿este hombre va a tierra? —dijo Ned Land.

—Me parece que lo dice claramente —dije, releyendo la carta.

—Pues bien, habrá que aceptar —replicó el canadiense—. Una vez en tierra firme, buscaremos la manera de escapar. Además, no me disgustará comer un poco de carne fresca.

Sin tratar de resolver la contradicción que había entre el horror manifiesto del capitán Nemo por los continentes y las islas y su invitación a cazar en un bosque, me limité a decir:

—Primero veamos qué es esa isla Crespo.

Consulté el planisferio y, a 32° 40' de latitud norte y 167° 50' de longitud oeste, encontré un islote descubierto en 1801 por el capitán Crespo y al que los antiguos mapas españoles llamaban Roca de la Plata. Estábamos, pues, a unas mil ochocientas millas de nuestro punto de partida, y el ligero cambio de rumbo del *Nautilus* nos conducía al sudeste.

Mostré a mis compañeros la pequeña roca perdida en medio del Pacífico norte.

—Si el capitán Nemo va algunas veces a tierra —dije—, al menos elige islas absolutamente desiertas.

Ned Land asintió con la cabeza y al poco salió con Conseil. Después de la cena, que me fue servida por el criado mudo e impasible, me dormí no sin cierta preocupación.

Al despertar al día siguiente, 17 de noviembre, me pareció que el *Nautilus* estaba completamente inmóvil. Me vestí rápidamente y entré en el gran salón.

Allí me esperaba el capitán Nemo, que se levantó, me saludó y me preguntó si estaba dispuesto a acompañarle.

Como no hizo ninguna alusión a su ausencia durante los últimos ocho días, me abstuve de preguntarle nada y me limité a responder que mis compañeros y yo estábamos listos para seguirle.

—Tan sólo me permitiré hacerle una pregunta —añadí.

—Adelante, señor Aronnax, si puedo responder, responderé.

—Pues bien, capitán, ¿cómo es que usted, que ha roto toda relación con la tierra, posee bosques en la isla Crespo?

—Profesor, los bosques que yo poseo no necesitan la luz ni el calor del sol. No los frecuentan leones ni tigres ni panteras ni cuadrúpedo alguno. Sólo yo los conozco y sólo para mí crecen. No son bosques terrestres, sino submarinos.

—¿Bosques submarinos?

—Sí, profesor.

—¿Y usted se ofrece a enseñármelos?

—En efecto.

—¿A pie?

—Y sin mojarse.

—¿Cazando?

—Cazando.

—¿Escopeta en mano?

—Sí.

Miré al comandante del *Nautilus* con expresión poco halagadora. «Decididamente, está mal de la cabeza —pensé—. En estos ocho días debe de haber sufrido un ataque que todavía le dura. ¡Lástima! Lo prefería extravagante a loco».

Este pensamiento se leía claramente en mi rostro, pero el capitán Nemo simplemente me invitó a seguirle y así lo hice, resignado a lo que pudiera venir.

Llegamos al comedor, donde ya estaba servido el almuerzo.

—Señor Aronnax —me dijo el capitán—, le ruego que comparta conmigo este almuerzo sin formalismos. Hablaremos mientras comemos. Le he prometido un paseo por el bosque, pero no me he comprometido a encontrarle allí un restaurante. Coma, pues, como alguien que probablemente no cenará hasta muy tarde.

Hice honor a la comida, compuesta de diversos pescados y rodajas de holoturia, excelentes zoófitos acompañados de algas muy apetitosas, como la *porphyria lacinata* y la *laurentia primaefetida*. La bebida consistía en un agua muy límpida a la que, siguiendo el ejemplo del capitán, añadí algunas gotas de un licor fermentado, extraído, a la manera kamchatkiana, del alga conocida con el nombre de «rodomenia palmeada».

El capitán Nemo empezó a comer en silencio. Luego, dijo:

—Profesor, cuando le propuse venir a cazar en mis bosques de Crespo, creyó que yo incurría en una contradicción. Cuando le expliqué que se trata de bosques submarinos, me creyó loco. Profesor, nunca hay que juzgar a los hombres a la ligera.

—Pero, capitán, créame que...

—Le ruego que me escuche, y entonces verá si debe acusarme de locura o contradicción.

—Le escucho.

—Profesor, usted sabe tan bien como yo que el hombre puede vivir bajo el agua siempre que lleve consigo una provisión de aire respirable. En las obras de ingeniería submarina, el operario, enfundado en un traje impermeable y con la cabeza metida en una cápsula de metal, recibe el aire del exterior por medio de bombas compresoras y reguladores de salida.

—Es el aparejo de las escafandras —dije.

—En efecto. Pero en esas condiciones el hombre no es libre. Está atado a la bomba que le suministra aire por un tubo de goma, verdadera cadena que lo fija a la tierra. Si tuviéramos que amarrarnos así al *Nautilus* no podríamos ir muy lejos.

—Y la manera de ser libre...

—Es emplear el aparato Rouquayrol-Denayrouze, inventado por dos compatriotas suyos, pero que yo he perfeccionado para mi uso particular y que le permitirá aventurarse en esas nuevas condiciones fisiológicas sin que sus órganos se resientan lo más mínimo. Se compone de un depósito de gruesas paredes metálicas donde almaceno el aire a una presión de cincuenta atmósferas. Este depósito va sujeto a la espalda por medio de unos tirantes, como la mochila de un soldado. Su parte superior forma una caja en la que el aire, mantenido por un mecanismo de fuelle, sólo puede escapar a su tensión normal. En el aparato Rouquayrol, tal como se emplea, dos tubos de goma salen de la caja para acabar en una especie de pabellón que ciñe la nariz y la boca del operario. Uno sirve para que entre el aire inspirado y el otro para que salga el expirado. La lengua cierra uno u otro según las necesidades de la respiración. Pero yo, que me enfrento a presiones considerables en el fondo del mar, he tenido que meter la cabeza en una esfera de cobre, parecida a la de las escafandras, y a esa esfera es adonde llegan los dos tubos de inspiración y expiración.

—De acuerdo, capitán Nemo. Pero el aire que lleva se gastará rápidamente, y cuando no contenga más que un quince por ciento de oxígeno se tornará irrespirable.

—Cierto, pero ya le he dicho, señor Aronnax, que las bombas del *Nautilus* me permiten almacenarlo a una presión considerable, y en esas condiciones el depósito del aparato puede suministrar aire respirable durante nueve o diez horas.

—No tengo más objeciones que hacer —respondí—. Permítame tan sólo preguntarle cómo hace para iluminar su ruta en el fondo del océano.

—Con el aparato Ruhmkorff. Si el primero se lleva a la espalda, el segundo se ata a la cintura. Se compone de una pila de Bunzen que activo, no con bicromato de potasa, sino con sodio. Una bobina de inducción recoge la electricidad producida y la dirige hacia una linterna con unas características particulares. Esta linterna lleva una serpentina de vidrio que contiene únicamente un residuo de gas carbónico. Cuando el aparato funciona, el gas se vuelve luminoso, arrojando una luz blanquecina y continua. Equipado así, respiro y veo.

—Capitán, ha respondido a todas mis objeciones con argumentos tan irrefutables que no puedo cuestionarlos. No obstante, aunque me veo obligado a aceptar los aparatos Rouquayrol y Ruhmkorff, debo confesarle mis reservas sobre el fusil con el que quiere armarme.

—Obviamente, no es un fusil de pólvora.

—¿De aire, entonces?

—En efecto. ¿Cómo quiere que fabrique pólvora a bordo, sin nitrato, azufre ni carbón?

—Además —dije—, para disparar bajo el agua, en un medio que es ochocientas cincuenta y cinco veces más denso que el aire, habrá que vencer una resistencia considerable.

—Eso no sería un problema. Hay algunos cañones, perfeccionados después de Fulton por los ingleses Philippe Coles y Burley, por el francés Furcy y por el italiano Landi, que están provistos de un sistema de cierre particular y que pueden disparar en esas condiciones. Pero le repito que, al no tener pólvora, la he reemplazado por aire comprimido, que la bombas del *Nautilus* me suministran en abundancia.

—Pero ese aire se gastará rápidamente.

—¿Y qué? ¿No tengo mi depósito Rouquayrol, que puede proveerme de aire cuando sea necesario? Para ello basta con una válvula *ad hoc*. Además, señor Aronnax, comprobará por sí mismo que en estas cacerías submarinas no se hace un gasto excesivo de aire ni de balas.

—No obstante, me parece que en esa semioscuridad y en esas aguas, muy densas en relación con la atmósfera, los disparos no pueden llegar muy lejos y difícilmente serán mortales.

—Al contrario, con este fusil los disparos son mortales, y todo animal tocado, aunque sea ligeramente, cae fulminado.

—¿Por qué?

—Porque este rifle no dispara balas normales, sino pequeñas cápsulas de vidrio —inventadas por el químico austriaco Leniebroek—, de las que tengo una provisión considerable. Estas cápsulas de vidrio, recubiertas de acero y cargadas con un casquillo de plomo, son verdaderas botellitas de Leyde en las que la electricidad se fuerza a una tensión muy elevada. Al menor impacto se descargan, y el animal, por poderoso que sea, cae muerto. Añadiré que estas cápsulas tienen un grosor del cuatro, y que el cargador de un rifle común podría contener una decena.

—No discutiré más —respondí, levantándome de la mesa—, y sólo me queda coger mi fusil. Además, adonde usted vaya, iré yo.

El capitán Nemo me condujo hacia la popa del *Nautilus* y, al pasar frente al camarote de Ned y Conseil, llamé a mis dos compañeros, que nos siguieron al instante.

Llegamos a una cabina situada a babor, cerca de la sala de máquinas, para enfundarnos nuestros trajes de paseo.

XVI

UN PASEO POR LA LLANURA

Aquella cabina era, para hablar con propiedad, el arsenal y el vestuario del *Nautilus*. Colgadas de las paredes, una docena de escafandras aguardaban a los paseantes.

Al verlas, Ned Land manifestó un rechazo evidente a embutirse en una de ellas.

—Pero, Ned —le dije—, los bosques de la isla Crespo son submarinos.

—¡Vaya! —dijo el arponero, decepcionado al ver desvanecerse sus sueños de carne fresca—. Y usted, señor Aronnax, ¿va a meterse en ese traje?

—No hay más remedio, Ned.

—Allá usted —respondió el arponero, alzando los hombros—. Pero yo nunca me enfundaré uno de esos trajes a no ser que me obliguen.

—Nadie va a obligarle, Ned —dijo el capitán Nemo.

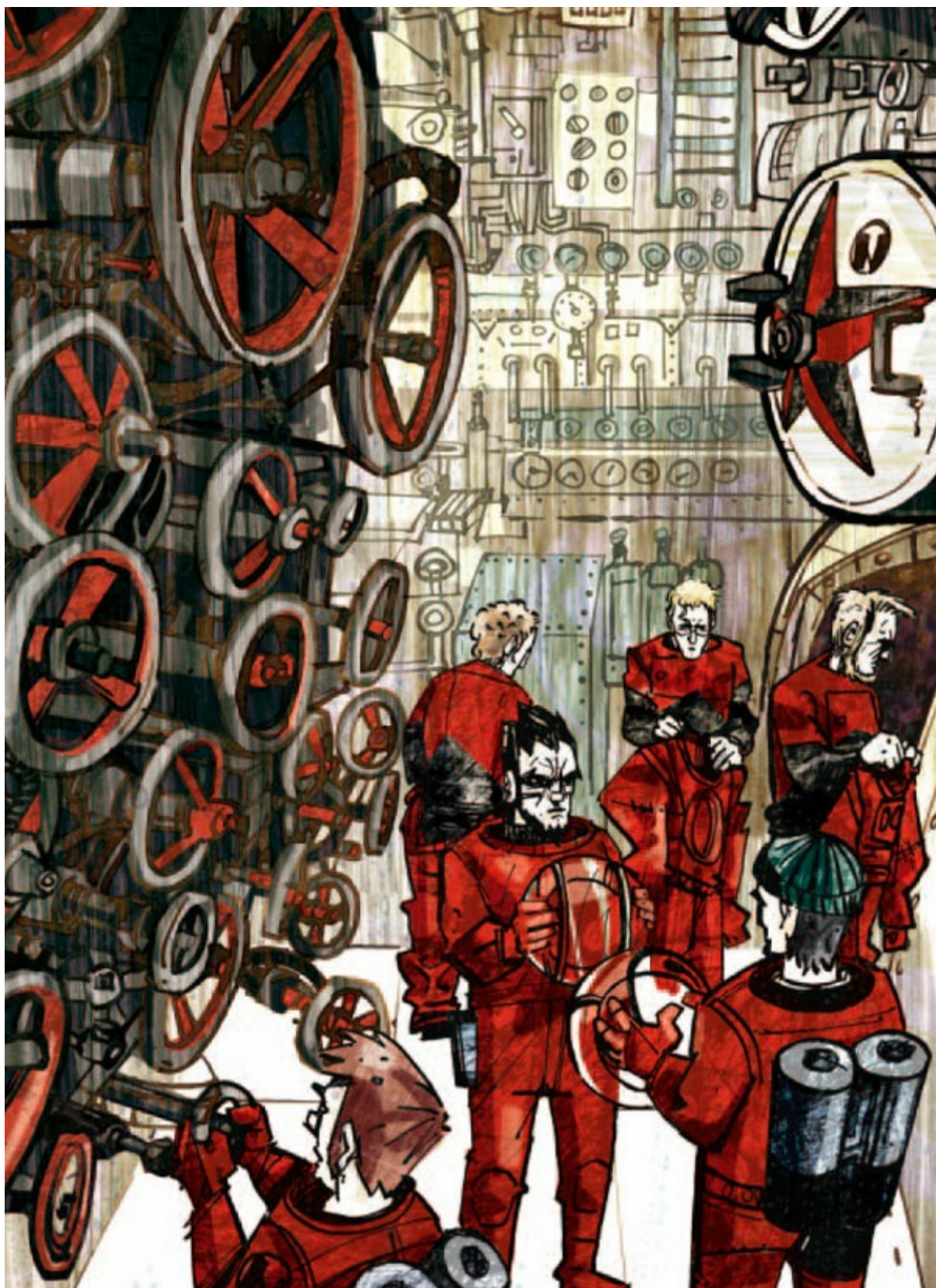
—¿Y Conseil se va a atrever?

—Yo seguiré al señor adonde vaya —respondió Conseil.

A una llamada del capitán, acudieron dos miembros de la tripulación para ayudarnos a ponernos los pesados trajes impermeables, hechos de goma, sin costuras y confeccionados para soportar altas presiones. Parecían armaduras flexibles a la vez que resistentes. Los trajes constaban de chaqueta y pantalón, terminado este en unas gruesas botas con pesadas suelas de plomo. El tejido de la chaqueta estaba reforzado con láminas de cobre que blindaban el pecho, protegiéndolo del empuje del mar y dejando funcionar libremente los pulmones, y las mangas terminaban en unos guantes elásticos que no estorbaban los movimientos de las manos.

Como se ve, estas escafandras perfeccionadas distaban mucho de los trajes informes, como las corazas de corcho, las sobrevestas, los trajes marinos, los cofres, etc., que fueron inventados y ensalzados en el siglo XVIII.

El capitán Nemo, uno de sus compañeros —una especie de Hércules que debía de poseer una fuerza prodigiosa—, Conseil y yo no tardamos en calarnos las escafandras. Sólo quedaba enfundarnos el casco metálico. Pero, antes de proceder a esta operación, pedí permiso al capitán para examinar los fusiles que nos estaban destinados.



Uno de los tripulantes del *Nautilus* me mostró un fusil común con una culata de acero, hueca por dentro y de un tamaño considerable. La culata servía de depósito al aire comprimido que una válvula accionada por un gatillo dejaba pasar al tubo de metal. Un cargador situado en el hueco de la gruesa culata contenía veinte balas eléctricas, que por medio de un resorte se colocaban automáticamente en el cañón del fusil. Efectuado un disparo, otro estaba listo para partir.

—Capitán, es un arma perfecta y fácil de manejar. Estoy deseando probarla. Pero, dígame, ¿cómo llegaremos al fondo del mar?

—Profesor, en estos momentos el *Nautilus* está varado a diez metros de profundidad y no tenemos más que partir.

—Pero ¿cómo saldremos?

—Ya lo verá.

El capitán Nemo se puso el casco y Conseil y yo hicimos lo propio, no sin antes oír al canadiense desearnos irónicamente una «buena caza». La parte superior de nuestro traje terminaba en un collarín de cobre perforado al que se atornillaba el casco metálico. Tres agujeros protegidos por gruesos cristales permitían ver en todas direcciones con sólo girar la cabeza dentro del casco. Ajustado este, los aparatos Rouquayrol colocados a nuestra espalda comenzaron a funcionar y noté que respiraba con facilidad.

Con la lámpara Ruhmkorff colgada a la cintura y fusil en mano, estaba listo para partir. Pero, para ser sincero, aprisionado en esas pesadas ropas y clavado a la cubierta por las suelas de plomo, me habría sido imposible dar un paso.

Pero ese caso estaba previsto, pues sentí que me empujaban a una pequeña cabina contigua al vestuario. Mis compañeros, arrastrados de igual modo, me siguieron. Oí que una puerta provista de obturadores se cerraba tras nosotros y una profunda oscuridad nos envolvió.

Pasados unos minutos, oí un silbido agudo. Sentí que el frío me subía de los pies a la cabeza. Evidentemente, desde el interior del barco y mediante una válvula, se había dejado entrar agua del exterior que nos invadía y que pronto llenó el camarote. Entonces se abrió una segunda puerta situada en el costado del *Nautilus*. Nos iluminó una leve claridad y, un instante después, nuestros pies pisaban el fondo del mar.

¿Cómo describir las impresiones que me dejó aquel paseo bajo las aguas? Las palabras no alcanzan a contar tales maravillas. Cuando incluso el pincel es incapaz de reflejar los efectos particulares del agua, ¿cómo reproducirlos con la pluma?

El capitán marchaba por delante y su compañero nos seguía unos pasos por detrás. Conseil y yo nos manteníamos uno junto al otro, como si nos hubiese sido posible intercambiar algunas palabras a través de nuestros caparazones metálicos. Yo no sentía el peso del traje, de las botas, de mi depósito de aire ni el del grueso casco, en el que mi cabeza se balanceaba como una nuez en su cáscara. Sumergidos en el agua, todos esos objetos perdían una parte de su peso igual al del líquido desplazado, y me alegré de que se cumpliese esta ley física descubierta por Aristóteles. Ya no era una masa inerte, y tenía una libertad de movimientos relativamente grande.

La luz, que iluminaba el fondo hasta una profundidad de treinta pies, me

sorprendió por su potencia. Los rayos solares atravesaban fácilmente la masa acuosa y disipaban su coloración. Yo distinguía claramente los objetos a cien metros de distancia. Más allá, los fondos se matizaban con finas gradaciones de azul ultramar, azuleaban a lo lejos y se difuminaban en medio de una vaga oscuridad. Verdaderamente, el agua que me rodeaba no era más que una especie de aire, más denso que la atmósfera terrestre pero casi igual de diáfano. Por encima de mí, veía la tranquila superficie del mar.

Caminábamos sobre una arena fina, lisa, no arrugada como la de las playas, que conserva el rastro de la marea. Aquella alfombra deslumbrante, verdadero reflector, devolvía los rayos del sol con una intensidad sorprendente. De ahí la inmensa reverberación que penetraba todas las moléculas líquidas. ¿Se me creará si digo que a esa profundidad de treinta pies yo veía como si estuviera en pleno día?

Durante un cuarto de hora pisé esa arena ardiente, cubierta de una impalpable polvareda de conchas. El casco del *Nautilus*, perfilado como un largo escollo, iba desapareciendo poco a poco, pero su fanal, cuando la noche cubriera las aguas, facilitaría nuestro regreso a bordo, proyectando sus rayos con una claridad perfecta. Efecto difícil de comprender para quien sólo ha visto en tierra esas capas blanquecinas que resaltan tan vivamente. Allí, el polvo que satura el aire les da una apariencia de neblina luminosa. Pero sobre el mar, como bajo su superficie, esos rasgos eléctricos se transmiten con incomparable pureza.

Seguimos avanzando por aquella vasta llanura que parecía no tener límites. Yo apartaba con la mano las cortinas líquidas que se cerraban tras de mí, y la huella de mis pasos se borraba inmediatamente por la presión del agua.

Pronto algunos objetos, apenas difuminados en la lejanía, se perfilaron ante mis ojos. Reconocí magníficos primeros planos de rocas tapizadas de los más bellos zoófitos, y ante todo me impresionó un efecto propio de aquel lugar.

Eran las diez de la mañana. Los rayos del sol caían sobre la superficie del mar en un ángulo bastante oblicuo y, al contacto de su luz descompuesta por la refracción, como a través de un prisma, las flores, rocas, plantas, conchas y pólipos se teñían en sus bordes de los siete colores del espectro solar. La mezcla de tonos y colores era maravillosa, una fiesta para los sentidos, un verdadero caleidoscopio de verde, amarillo, naranja, violeta, añil, azul..., en fin, toda la paleta de un colorista empedernido. ¡Lástima no poder comunicarle a Conseil las intensas sensaciones que me embargaban y competir con él en expresiones de admiración! ¡Y no saber, como el capitán Nemo y su compañero, expresar mis pensamientos mediante señales convenidas! Por eso, a falta de algo mejor, hablaba conmigo mismo y lanzaba exclamaciones de admiración en la caja de cobre que cubría mi cabeza, gastando en vanas palabras más aire del conveniente.



Conseil se había detenido como yo frente a aquel grandioso espectáculo. Evidentemente, ante aquellos zóofitos y moluscos, el muchacho clasificaba y clasificaba. En el suelo abundaban los pólipos y equinodermos; los isinos variados; las cornularias, que viven en zonas retiradas; racimos de oculinas vírgenes, antiguamente denominadas «coral blanco»; las fungias erizadas con forma de hongos; las anémonas que, adheridas por su disco muscular, parecían un parterre

de flores esmaltado de porpitos ataviados con su collar de tentáculos azulados; de estrellas de mar que constelaban la arena; de asterofitos verrugosos, finos encajes bordados por las náyades, cuyos festones se balanceaban al ritmo de las finas ondulaciones provocadas a nuestro paso. Sentía auténtico dolor al tener que aplastar bajo mis pies los brillantes especímenes de moluscos que cubrían el suelo por millares; los peines concéntricos; los martillos; las donáceas, verdaderas conchas saltarinas; los trocos; los cascos rojos; los estrombos ala de ángel; la afisias y tantas otras criaturas del inagotable océano.

Pero había que avanzar, y así lo hicimos, mientras sobre nuestras cabezas bogaban manadas de fisalias que dejaban flotar sus tentáculos azules; medusas cuyas sombrillas opalinas o rosáceas, festoneadas con una banda azul, nos resguardaban de los rayos solares, y pelagias panopiras que, en la oscuridad, habrían sembrado nuestro camino de resplandores fosforescentes.

Entreví todas esas maravillas a lo largo de un cuarto de milla, sin apenas detenerme y siguiendo al capitán Nemo, que me indicaba el camino. Pronto cambió la naturaleza del suelo. La llanura de arena fue reemplazada por una capa de limo viscoso que los americanos llaman oaze, compuesta únicamente por conchas silíceas o calcáreas. Luego recorrimos una pradera de algas, plantas pelágicas que las aguas no habían arrancado todavía y cuya vegetación era muy frondosa. Aquel césped espeso y mullido habría podido rivalizar con las más suaves alfombras tejidas por la mano del hombre. Pero si la vegetación se extendía a nuestros pies, también lo hacía sobre nuestras cabezas. Una esponjosa bóveda de plantas marinas, pertenecientes a la exuberante familia de las algas, de las que se conocen más de dos mil especies, se cruzaba en la superficie de las aguas. Veía flotar largas cintas de fucos, globulosos unos, tubulares otros; laurencias; cladósteos de hojas sueltas; rodimenas palmeadas, semejantes a abanicos de cactus. Observé que las plantas verdes se mantenían más próximas a la superficie, mientras que las rojas se situaban a una profundidad media, dejando a los hidrófitos negros u oscuros la tarea de formar los jardines y parterres de las capas más profundas del océano.

Estas algas son un verdadero prodigio de la creación y una de las maravillas de la flora universal. Esta familia produce a la vez los vegetales más pequeños y más grandes del planeta, pues igual que se han contabilizado cuarenta mil de estas minúsculas plantas en un espacio de cinco milímetros cuadrados, también se han encontrado fucos cuya longitud superaba los quinientos metros.

Hacía aproximadamente hora y media que habíamos salido del *Nautilus*. Era casi mediodía, como deduje por la perpendicularidad de los rayos solares, que ya no se reflectaban. La magia de los colores fue poco a poco desapareciendo y los tonos de esmeralda y zafiro se borraron de nuestro firmamento. Caminábamos a un paso regular que resonaba en el suelo con sorprendente intensidad. El menor ruido

se transmitía con una rapidez a la que el oído no está habituado en tierra. En efecto, el agua transmite mejor el sonido que el aire y lo propaga con una rapidez cuatro veces mayor.

En ese momento, el suelo se inclinó en una pendiente prolongada y la luz cobró una tonalidad uniforme. Alcanzamos una profundidad de cien metros, lo que equivalía a sufrir una presión de diez atmósferas. Pero mi escafandra estaba tan bien diseñada que no acusé la presión. Tan sólo sentí una ligera molestia en las articulaciones de los dedos, y aun ese dolor pronto desapareció. En cuanto al cansancio que debía de producir un paseo de dos horas embutido en un traje al que no estaba acostumbrado, era prácticamente nulo, pues mis movimientos, ayudados por el agua, se ejecutaban con una facilidad sorprendente.

Llegados a una profundidad de trescientos pies, aún podíamos ver los rayos del sol, aunque débilmente. Su intenso resplandor fue seguido de un crepúsculo rojizo, a medio camino entre el día y la noche. Sin embargo, veíamos lo suficiente para guiarnos y no hizo falta utilizar los aparatos Ruhmkorff.

Entonces el capitán Nemo se detuvo, esperó a que yo lo alcanzara y me indicó con el dedo unas masas oscuras que se perfilaban en la sombra a poca distancia de nosotros.

«Es el bosque de la isla Crespo», pensé. Y no me equivocaba.

XVII

UN BOSQUE SUBMARINO

Por fin habíamos llegado al lindero de aquel bosque, sin duda uno de los más bellos de los inmensos dominios del capitán Nemo. Él lo consideraba suyo y se atribuía sobre él los mismos derechos que tenían los primeros pobladores de la Tierra. Además, ¿quién iba a disputarle la posesión de esa propiedad submarina? ¿Había otro pionero más audaz que, hacha en mano, pudiera ir a desbrozar aquellas umbrosas espesuras?

El bosque se componía de grandes plantas arborescentes y, cuando hubimos atravesado sus grandes arcos, lo primero que me sorprendió fue la singular disposición de sus ramajes, que yo no había observado hasta entonces en lugar alguno.

Ninguna de las hierbas que tapizaban el suelo, ninguna de las ramas que cubrían los arbustos, se curvaba ni se extendía en un plano horizontal, sino que todas subían hacia la superficie. No había ni un filamento ni una cinta, por finos que fuesen, que no se mantuvieran rectos como varillas de hierro. Los fucos y las lianas se desplegaban siguiendo una línea rígida y perpendicular, dictada por la densidad del elemento que los había producido. Inmóviles cuando las apartaba con la mano, retomaban enseguida su posición original. Aquel era el reino de la verticalidad.

No tardé en acostumbrarme a esa extraña disposición, así como a la relativa oscuridad que nos envolvía. El suelo del bosque estaba cubierto de afilados bloques difíciles de evitar. La flora submarina me pareció bastante completa, más rica incluso que en las zonas árticas o tropicales, donde estos productos son menos abundantes. Pero durante algunos minutos confundí involuntariamente los reinos naturales entre sí, los zoófitos con los hidrófitos, los animales con las plantas. ¿Quién no lo habría hecho? La fauna y la flora se tocan tan de cerca en el mundo submarino...

Observé que todas aquellas criaturas del reino vegetal se fijaban al suelo mediante una base muy superficial. Carentes de raíces, indiferentes al cuerpo sólido, arena, concha, caparazón o piedra que las soporta, no le piden más que un punto de apoyo, y no la vitalidad. Estas plantas sólo proceden de sí mismas y el principio de su existencia está en el agua que las nutre y sustenta. En vez de hojas, la mayoría de ellas formaban láminas de formas caprichosas, circunscritas a una gama limitada de colores que únicamente incluía el rosa, el carmín, el verde, el

verde oliva, el *beige* y el marrón. Vi allí, pero no disecadas como los ejemplares del *Nautilus*, las padinas o pavonias, desplegadas en abanicos que parecían pedir la brisa; ceramias escarlatas; laminarias que alargaban sus brotes comestibles; nereocístneas filiformes y sinuosas que se expandían hasta una altura de quince metros; ramos de acetabularias, cuyos tallos se extienden por el vértice, y muchas otras plantas pelágicas, todas carentes de flores. «Curiosa anomalía, extraño elemento —dijo un ingenioso naturalista—, donde florece el reino vegetal y no el animal».

Entre los diversos arbustos, grandes como los árboles de las zonas templadas, y bajo su húmeda sombra, se acumulaban auténticos matorrales con flores vivas; setos de zoófitos sobre los que se desplegaban las meandrinas, rayadas por surcos tortuosos; cariofileas amarillas de tentáculos transparentes; haces de zoantarios y, para completar la ilusión, los peces mosca volaban de rama en rama cual enjambre de colibrís, mientras dactilóperos, monocentros y lapisacantos amarillos, de mandíbulas dentadas y escamas puntiagudas, se elevaban a nuestro paso como una bandada de becacinas.

Hacia la una el capitán Nemo ordenó parar (de lo cual me alegré) y nos tumbamos sobre un lecho de alarias, cuyos largos y finos filamentos se erguían como flechas.

Aquel instante de reposo me pareció delicioso. Sólo nos faltaba el placer de la conversación, pero era imposible hablar o responder. Acerqué mi grueso casco de cobre al de Conseil. Vi cómo sus ojos brillaban de contento y, en señal de satisfacción, se agitó en su caparazón del modo más cómico.

Tras cuatro horas de paseo me sorprendía no sentir un hambre feroz. No sabría decir a qué se debía esa reacción de mi estómago, pero, en cambio, sentía una invencible necesidad de dormir, como ocurre a todos los buceadores. Pronto se me cerraron los ojos tras los gruesos cristales y caí en un profundo sueño que sólo el movimiento de la marcha había podido combatir hasta entonces. El capitán Nemo y su recio compañero, tendidos en aquel lecho cristalino, nos dieron ejemplo y ya dormían.

¿Cuánto tiempo estuve sumido en aquel sopor? No sabría decirlo, pero cuando desperté me pareció que el sol bajaba por el horizonte. El capitán Nemo ya se había levantado y yo estaba empezando a desperezarme cuando una aparición inesperada me hizo ponerme en pie de un salto.

A apenas unos pasos, una monstruosa araña de mar de un metro de altura me miraba con sus ojos bizcos, presta a lanzarse sobre mí. Aunque mi traje era lo bastante grueso para defenderme de las mordeduras de aquel animal, no pude reprimir un gesto de terror. En ese momento se despertaron Conseil y el marinero del *Nautilus*. El capitán Nemo señaló a su compañero el espantoso crustáceo, que

fue rápidamente abatido de un culatazo, y vi las horribles patas del monstruo retorcerse entre terribles convulsiones.



Ese encuentro me hizo pensar que otros animales más terribles debían de habitar aquellas oscuras profundidades y que la escafandra no me protegería de sus ataques. No había pensado en eso hasta entonces y decidí mantenerme en guardia. Suponía, por otra parte, que aquel alto marcaba el término de nuestra expedición,

pero me equivocaba. En vez de regresar al *Nautilus*, el capitán Nemo continuó su audaz excursión.

El sol seguía descendiendo, y su declive, cada vez más acusado, nos llevó a mayores profundidades. Serían las tres cuando llegamos a un estrecho valle encajado entre dos altas paredes escarpadas y situado a ciento cincuenta metros de profundidad. Gracias a la perfección de nuestros aparatos, superábamos en noventa metros el límite que la naturaleza parecía haber impuesto hasta entonces a las excursiones submarinas del hombre.

He dicho ciento cincuenta metros, aunque ningún instrumento me permitió calcular la distancia. Pero yo sabía que, aun en los mares más límpidos, los rayos solares no podían penetrar más abajo. Pues bien, en ese punto la oscuridad se hizo muy densa. No se veía nada a diez pasos. Andaba, pues, a tientas cuando de pronto vi brillar una luz blanca muy intensa. El capitán Nemo acababa de encender su aparato eléctrico. Su compañero lo imitó, y Conseil y yo seguimos su ejemplo. Girando un tornillo, establecí la comunicación entre la bobina y la serpentina de cristal, y el mar, alumbrado por nuestras cuatro linternas, se iluminó en un radio de veinticinco metros.

El capitán Nemo continuó sumergiéndose en las oscuras profundidades del bosque, cuyos arbustos iban raleando. Observé que la vida vegetal desaparecía con más rapidez que la vida animal. Las plantas pelágicas desertaban de un suelo que se había vuelto árido, mientras que un número prodigioso de animales, zoófitos, articulados, moluscos y peces seguía pululando por él.

Mientras caminaba, pensaba que la luz de nuestros aparatos Ruhmkorff atraería necesariamente a algunos habitantes de aquellas sombrías regiones. Pero, si se acercaban a nosotros, se mantenían a una distancia poco apta para los cazadores. En varias ocasiones vi al capitán Nemo detenerse y apuntar con su fusil para, tras unos segundos de observación, deponer el arma y reanudar la marcha.

La maravillosa excursión terminó hacia las cuatro. Una pared de soberbias rocas de un tamaño imponente se elevaba ante nosotros, amontonadas en bloques gigantescos, como una enorme catarata de granito llena de oscuras grutas, pero que no ofrecía ninguna rampa practicable. Eran los acantilados de la isla Crespo. Era la tierra.

El capitán se detuvo en seco. Con un gesto nos dio el alto y, por deseoso que estuviera de franquear aquella muralla, tuve que detenerme. Allí terminaban los dominios del capitán Nemo, que no quería rebasarlos. Más allá estaba la parte del planeta que nunca más volvería a pisar.

Emprendimos el camino de vuelta. El capitán Nemo se había puesto al frente de su pequeña tropa y marchaba sin vacilar. Me pareció que no seguíamos el mismo camino de regreso al *Nautilus*. La nueva ruta, muy escarpada y por lo tanto más

fatigosa, nos acercó rápidamente a la superficie. Sin embargo, el retorno a las capas superiores no fue tan rápido como para provocar una descompresión demasiado brusca, lo que hubiera podido causar graves trastornos en nuestro organismo y esas lesiones internas que son tan fatales para los buceadores. Pronto reapareció y aumentó la luz y, al estar ya el sol muy bajo en el horizonte, la refracción rodeó nuevamente los objetos de un anillo espectral.

Caminábamos a diez metros de profundidad entre un enjambre de pececillos de toda especie, más numerosos que los pájaros que vuelan por el aire y también más ágiles, pero aún no habíamos visto ninguna presa acuática que mereciera un disparo de fusil.

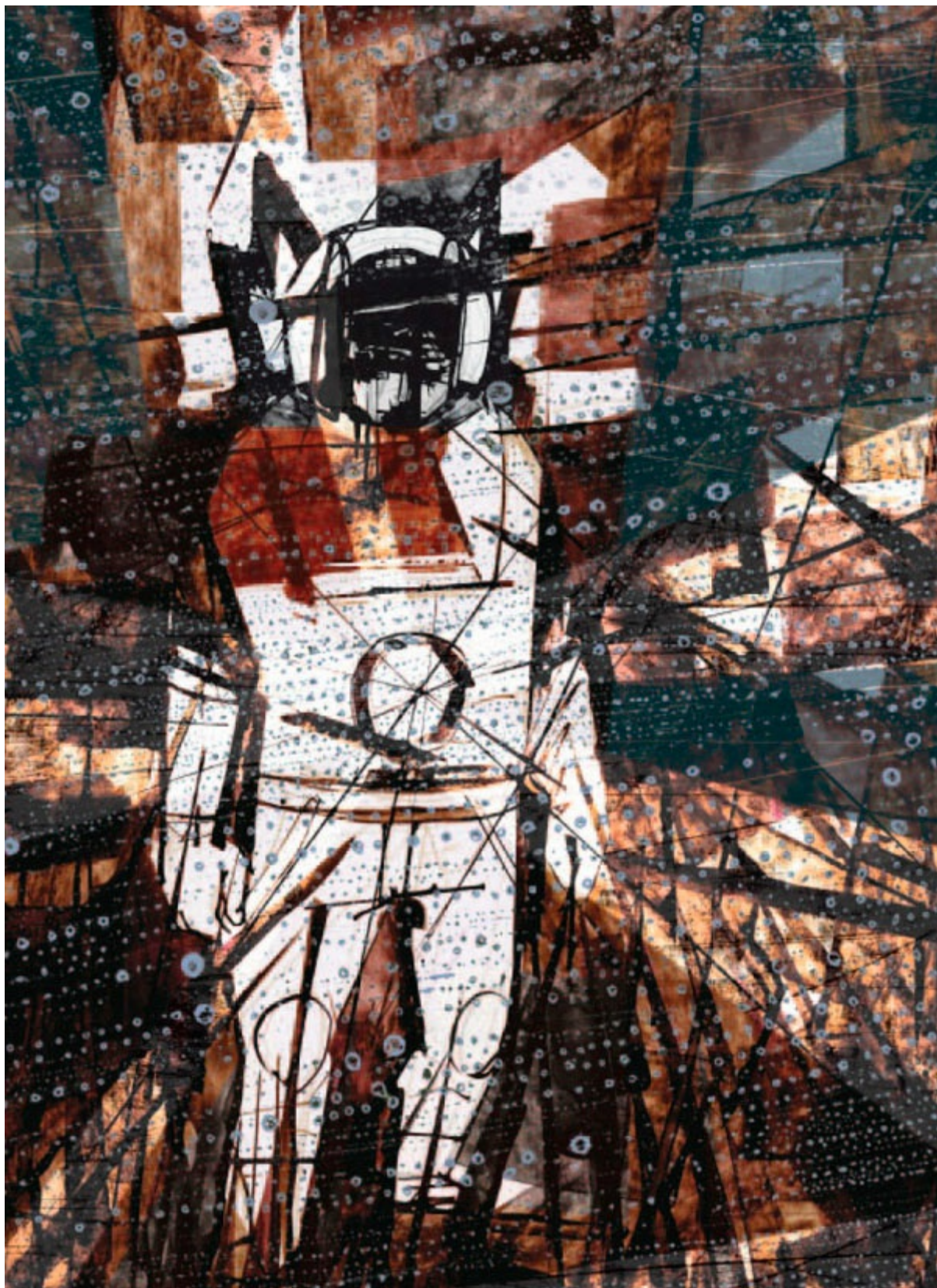
En ese momento vi al capitán montar rápidamente su arma y apuntar a algo que se movía entre la vegetación. Sonó un disparo, oí un débil silbido y un animal cayó fulminado a pocos pasos de nosotros.

Era un enidro, una magnífica nutria de mar, el único cuadrúpedo exclusivamente marino. Aquella nutria, que mediría un metro y medio de largo, debía de tener un precio muy alto. Su piel, marrón oscura en el dorso y plateada en el vientre, es de las más codiciadas en los mercados rusos y chinos. La finura y el brillo de su pelo le aseguran un valor mínimo de dos mil francos. Contemplé admirado el curioso mamífero de cabeza redondeada y orejas cortas, ojos redondos, bigotes blancos y parecidos a los de un gato, pies palmeados y unguiculados y cola peluda. Aquel precioso carnívoro, cazado y perseguido por los pescadores, escasea cada vez más y se ha refugiado principalmente en las regiones boreales del Pacífico, donde probablemente su especie no tardará en extinguirse.

El compañero del capitán Nemo fue a recoger la presa, se la echó al hombro y nos pusimos de nuevo en marcha.

Durante una hora se extendió ante nosotros una llanura de arena que a menudo ascendía a menos de dos metros de la superficie. Entonces veía nuestra imagen, nítidamente reflejada y dibujada en sentido inverso, y por encima de nosotros aparecía un grupo idéntico que reproducía nuestros gestos y movimientos con total exactitud, salvo que marchaba cabeza abajo y con los pies en el aire.

Otro efecto reseñable fue el paso de gruesas nubes que se formaban y se desvanecían rápidamente. Reflexionando, comprendí que las supuestas nubes sólo se debían al espesor variable de las largas capas del fondo, e incluso vi las olas espumosas que su cresta rota multiplicaba sobre las aguas. Distinguí hasta la sombra de las aves que pasaban sobre nuestras cabezas, rozando la superficie del mar.



En aquella ocasión fui testigo de uno de los mejores disparos que nunca haya estremecido las fibras de un cazador. Un pájaro enorme, de gran envergadura y perfectamente visible, se acercaba planeando. El compañero del capitán Nemo le apuntó y disparó cuando pasó a escasos metros de las olas. El animal cayó fulminado cerca de donde se hallaba el hábil cazador, que así pudo cobrar su presa. Era un espléndido albatros, admirable ejemplar de estas aves pelágicas.

Nuestra marcha no se vio interrumpida por este lance. Durante dos horas avanzamos ya por llanuras arenosas, ya por praderas de sargazos difíciles de atravesar. Francamente, yo no podía más cuando percibí un vago resplandor que a media milla rompía la oscuridad de las aguas. Era el fanal del *Nautilus*. En menos de veinte minutos estaríamos a bordo y allí podría respirar a gusto, pues notaba que mi depósito me suministraba un aire muy pobre en oxígeno. Pero no contaba con un encuentro que retrasó un tanto nuestra llegada.

Me había quedado rezagado unos veinte pasos cuando vi al capitán Nemo venir rápidamente hacia mí. Con su mano vigorosa me tiró al suelo, mientras su compañero hacía lo propio con Conseil. Al principio no supe qué pensar de aquel repentino ataque, pero me calmé al observar que el capitán se tumbaba junto a mí y permanecía inmóvil.

Me hallaba, pues, tendido en el suelo, concretamente al abrigo de un matojo de sargazos, cuando levanté la cabeza y vi unas masas enormes pasar ruidosamente, lanzando destellos fosforescentes.

¡La sangre se me heló en las venas! Había reconocido a los formidables escualos que nos amenazaban. Era un pareja de tintoreras, terribles tiburones de cola enorme y mirada fría y vidriosa que destilan una sustancia fosforescente por unas aberturas que tienen en el hocico. ¡Monstruosas luciérnagas, capaces de triturar a un hombre con sus mandíbulas de acero! No sé si Conseil se ocupaba de clasificarlos, pero yo observaba su vientre plateado y su boca formidable, llena de dientes afilados, desde un punto de vista poco científico, más como víctima que como naturalista.

Por suerte estos voraces animales ven muy mal. Pasaron sin reparar en nosotros, rozándonos con sus aletas parduscas, y así escapamos de milagro a un peligro sin duda mayor que el de encontrarse con un tigre en plena selva.

Media hora después, guiados por el resplandor eléctrico, llegamos al *Nautilus*. La puerta exterior había permanecido abierta y el capitán Nemo la cerró en cuanto hubimos entrado en la primera cabina. Luego apretó un botón. Oí las bombas maniobrar dentro del barco, sentí el agua bajar a mi alrededor y en unos instantes la cabina se vació por completo. Entonces se abrió la puerta interior y pasamos al vestuario.

Allí, no sin esfuerzo, nos quitamos las escafandras, y, agotado, muerto de hambre y de sueño, volví a mi camarote, maravillado de la sorprendente excursión al fondo del mar.

XVIII

CUATRO MIL LEGUAS BAJO EL PACÍFICO

La mañana del día siguiente, 18 de noviembre, yo me hallaba completamente repuesto del cansancio de la víspera y subí a la plataforma en el momento en que el segundo del *Nautilus* pronunciaba su frase habitual. Se me ocurrió entonces que debía de referirse al estado de la mar, o que quizá significara: «Nada a la vista».

En efecto, el océano estaba despejado. No se veía ni una vela en el horizonte. Las alturas de la isla Crespo habían desaparecido durante la noche. El mar, al absorber los colores del prisma, a excepción de los rayos azules, los reflejaba en todas direcciones, cobrando un admirable tono añil. Un manto tornasolado dibujaba grandes rayas armoniosas sobre las olas.

Yo admiraba aquel magnífico espectáculo cuando apareció el capitán Nemo, que, aparentemente sin percatarse de mi presencia, comenzó a efectuar una serie de observaciones astronómicas. Una vez terminada su operación, fue a acodarse en la cabina del fanal para contemplar la superficie del océano.

Entretanto, una veintena de marineros del *Nautilus*, todos ellos de compleción robusta y vigorosa, habían subido a la plataforma. Acababan de retirar las redes que habían dejado puestas a la rastra durante la noche. Saltaba a la vista que los marineros pertenecían a naciones diferentes, aunque en todos se apreciaba el tipo europeo. Reconocí, sin temor a equivocarme, a irlandeses, franceses, algunos eslavos y a un griego o cretense. Por lo demás, eran hombres de pocas palabras y entre sí solo hablaban en aquella lengua extraña cuyo origen no podía siquiera sospechar. Por eso tuve que renunciar a preguntarles.

Se izaron las redes a bordo. Eran redes barrederas, parecidas a las que se ven en las costas normandas, grandes bolsas que una verga flotante y una cadena amarrada a las mallas inferiores mantienen entreabiertas. Esas redes, arrastradas así en sus guantes de hierro, barrían el fondo del océano y recogían todos sus productos a su paso. Ese día trajeron curiosos ejemplares de aquellos parajes ricos en peces: los peces sapo, cuyos cómicos movimientos les han valido el calificativo de histriones; los ranisapos de Commerson, provistos de antenas; peces ballesta ondulados, ribeteados de franjas rojas; tetrodones, cuyo veneno es extremadamente sutil; algunas lampreas aceitunadas; macrorrincos, cubiertos de escamas plateadas; peces sable, cuya potencia eléctrica es igual a la del gimnoto y a la del pez torpedo; notópteros escamosos con oscuras bandas transversales; gádidos verduzcos, diversas variedades de gobios, etc.; y, finalmente, algunos peces de

mayor tamaño; un jurel de cabeza prominente y un metro de largo; hermosos escómbridos, como unos bonitos adornados con colores azules y plateados, y tres magníficos atunes cuya velocidad no había podido salvarlos de la red.

Calculé que allí habría más de cuatrocientos kilos de peces. Era una buena pesca, pero nada sorprendente, porque las redes permanecen varias horas a la rastra y encierran en su prisión de malla todo un mundo acuático. Así pues, no nos faltarían víveres de excelente calidad, que la rapidez del *Nautilus* y la atracción de su luz eléctrica podían renovar constantemente.

Los diversos productos del mar fueron inmediatamente izados por la escotilla hacia los paños; unos destinados a consumirse frescos y otros a guardarse en conserva.

Una vez acabada la pesca y renovada la provisión de aire, yo creía que el *Nautilus* iba a reanudar su excursión submarina y me disponía a volver a mi camarote cuando el capitán Nemo, volviéndose hacia mí, dijo sin más preámbulos:

—Mire el océano, profesor. ¿No está dotado de vida real? ¿No tiene sus arrebatos de cólera y de ternura? Ayer durmió como nosotros y helo aquí despertándose tras una noche apacible.

Ni buenos días ni buenas tardes. Se diría que aquel extraño personaje retomaba conmigo una conversación ya iniciada.

—¡Mire cómo se despierta bajo las caricias del sol! ¡Va a revivir en su existencia diurna! —prosiguió—. Es un estudio interesante seguir el ritmo de su organismo: tiene pulso, arterias y espasmos, y le doy la razón al sabio Maury, que ha descubierto en él una circulación tan real como la circulación sanguínea de los animales.

Estaba claro que el capitán Nemo no esperaba de mí respuesta alguna y me pareció inútil prodigarle los «evidentemente», «sin duda» y «tiene razón». Hablaba para sí, con largos intervalos entre frase y frase. Era una meditación en voz alta.

—Sí —dijo—, el océano posee una auténtica circulación y, para provocarla, al Creador de todas las cosas le ha bastado con multiplicar en él lo calórico, la sal y los organismos microscópicos. Lo calórico, en efecto, crea densidades diferentes que causan las corrientes y contracorrientes. La evaporación, nula en las regiones hiperbóreas y muy activa en las ecuatoriales, produce un intercambio permanente entre las aguas tropicales y las polares. Además, he sorprendido esas corrientes de arriba abajo y de abajo arriba que constituyen la verdadera respiración del océano. He visto la molécula de mar, caliente en la superficie, descender hacia las profundidades y alcanzar su máxima densidad a dos grados bajo cero para, al enfriarse de nuevo, tornarse más ligera y volver a subir. En los polos podrá apreciar las consecuencias de este fenómeno y comprenderá por qué, en virtud de esta ley de la previsoramente naturaleza, la congelación sólo puede producirse en la

superficie del mar.

Mientras el capitán terminaba su frase, yo me decía: «¡El Polo! ¿Acaso este intrépido personaje pretende llevarnos hasta allí?».

Pero el capitán se había callado y contemplaba el elemento que había estudiado tan exhaustiva e incesantemente. Luego prosiguió:

—Las sales, profesor, existen en el mar en cantidades considerables, y si reuniera usted todas las que contiene en disolución, obtendría una masa de cuatro millones y medio de leguas cúbicas que, extendida por el planeta, formaría una capa de más de diez metros de altura. Y no crea que la presencia de estas sales se debe a un mero capricho de la naturaleza. No, señor. Las sales hacen que el agua del mar sea menos evaporable e impiden que los vientos les sustraigan una cantidad excesiva de vapores que, al condensarse, sumergirían las zonas templadas. ¡Función crucial la suya, función de ponderador en la economía general del planeta!

El capitán Nemo se detuvo, se levantó, dio unos pasos sobre la plataforma y volvió hacia mí:

—En cuanto a los infusorios —prosiguió—, esos millares de organismos microscópicos que existen por millones en una sola gota de agua y de los que se precisan ochocientos mil para alcanzar el peso de un gramo, su función no es menos importante. Absorben las sales marinas, asimilan los elementos sólidos del agua y, verdaderos creadores de continentes calcáreos, fabrican corales y madréporas. Entonces la gota de agua, privada de su alimento mineral, se aligera, sube a la superficie, donde absorbe las sales liberadas en la evaporación, se torna más pesada, vuelve a bajar y lleva a los organismos microscópicos nuevos elementos que absorber. De ahí, una doble corriente ascendente y descendente, ¡el movimiento continuo, el flujo de la vida! La vida, más intensa que en los continentes, más exuberante e infinita, extendiéndose por todas partes en el océano, elemento mortal para el hombre, como se ha dicho, y elemento vital para infinidad de animales... y para mí.

Cuando el capitán Nemo hablaba así, se transfiguraba y provocaba en mí una extraordinaria emoción.

—Por eso —añadió—, aquí está la verdadera existencia. Yo concebiría la fundación de ciudades náuticas y de aglomeraciones de casas submarinas que, como el *Nautilus*, subirían a respirar cada mañana a la superficie. Ciudades libres donde las hubiera, ciudades independientes. Y aun así, quién sabe si algún déspota...

El capitán Nemo terminó su frase con un gesto violento. Luego, dirigiéndose directamente a mí, como para ahuyentar un pensamiento funesto, dijo:

—Señor Aronnax, ¿sabe usted cuál es la profundidad del océano?

—Sé, al menos, lo que nos han dicho los principales sondeos.

—¿Podría usted citarlos para que yo los controle si es necesario?

—Aquí van algunos que me vienen a la memoria. Si no me equivoco, se ha encontrado una profundidad media de ocho mil doscientos metros en el Atlántico norte y de dos mil quinientos metros en el Mediterráneo. Los sondeos más destacables, realizados en el Atlántico sur, cerca de los treinta y cinco grados, han arrojado un resultado de doce mil metros, catorce mil noventa y un metros y quince mil ciento cuarenta y nueve metros. En resumen, se calcula que si el fondo de mar estuviera nivelado, su profundidad media sería de unos siete kilómetros.

—Bien, profesor —respondió el capitán Nemo—, espero poder mostrarle algo mejor. Por lo que respecta a la profundidad media de esta parte del Pacífico, le diré que sólo es de cuatro mil metros.

Dicho esto, el capitán Nemo se dirigió a la escotilla y desapareció por la escalera. Le seguí y llegué al gran salón. La hélice se puso rápidamente en movimiento y la corredera marcó una velocidad de veinte millas por hora.

Durante los días y semanas siguientes, el capitán Nemo fue parco en visitas y sólo le vi de tanto en tanto. Su segundo fijaba regularmente la posición que yo encontraba señalada en la carta, lo que me permitía seguir exactamente la ruta del *Nautilus*.

Conseil y Land pasaban muchas horas conmigo. Conseil le había contado a su amigo las maravillas de nuestra excursión, y el canadiense lamentaba no habernos acompañado. Pero yo esperaba que se presentase una nueva ocasión de visitar los bosques oceánicos.

Casi todos los días y durante unas horas se abrían los paneles del salón, y nuestros ojos no se cansaban de penetrar los misterios del mundo submarino.

El *Nautilus* seguía un rumbo general al sureste y se mantenía a una profundidad de cien o ciento cincuenta metros. Un día, sin embargo, no sé por qué capricho, arrastrado diagonalmente por medio de sus planos inclinados, alcanzó capas situadas a dos mil metros. El termómetro indicaba una temperatura de 4,25° centígrados que, a esa profundidad, parecía común a todas las latitudes.

El 26 de noviembre, a las tres de la mañana, el *Nautilus* atravesó el trópico de Cáncer a 172° de latitud. El 27 pasó frente a las islas Sandwich, donde el ilustre capitán Cook encontró la muerte el 14 de febrero de 1779. Por entonces llevábamos recorridas cuatro mil ochocientas sesenta leguas desde nuestro punto de partida. Cuando por la mañana llegué a la plataforma, divisé, a dos mil millas a sotavento, las costas de Hawai, la mayor de las siete islas que forman aquel archipiélago. Distinguía claramente las lindes de sus cultivos, las diversas cordilleras que corrían paralelas a la costa y sus volcanes dominados por el Mauna-Kea, que se eleva hasta los cinco mil metros sobre el nivel del mar. Entre

otros ejemplares, las redes capturaron en esos parajes unas flabelarias pavonias, pólipos comprimidos con forma graciosa, típicos de esta parte del océano.

El *Nautilus* mantuvo rumbo al sureste. Atravesó el ecuador el 1 de diciembre a 142° de longitud y, el 4 del mismo mes, tras una rápida travesía sin incidentes reseñables, avistamos las islas Marquesas. A 8° 57' de latitud sur y 139° 32' de longitud oeste, avisté el cabo Martín de Nouka-Hiva, la principal isla de este archipiélago perteneciente a Francia. Ví únicamente las montañas boscosas que se dibujaban en el horizonte, porque al capitán Nemo no le gustaba bordear la costa. Allí las redes capturaron hermosos especímenes de peces; corífenas de aletas azuladas y cola dorada, cuya carne no tiene rival; hologimnosos sin apenas escamas pero de un sabor exquisito; ostorrincos de mandíbula ósea; melvas tan buenas como un bonito; todos ellos dignos de servirse a la mesa del *Nautilus*.

Tras abandonar esas encantadoras islas protegidas bajo pabellón francés, del 4 al 11 de diciembre el *Nautilus* recorrió unas dos mil millas, navegación que estuvo marcada por el encuentro con un inmenso banco de calamares, curiosos moluscos muy parecidos a la sepia. Los pescadores franceses los llaman *encornets* y pertenecen a la clase de los cefalópodos y a la familia de los dibranquios, que comprende también a las sepias y a los argonautas. Estos animales fueron particularmente estudiados por los naturalistas de la Antigüedad y proporcionaron numerosas metáforas a los oradores del ágora, así como un plato excelente para la mesa de los ciudadanos ricos, por lo que dice Ateneo, médico griego anterior a Galeno.

El *Nautilus* se encontró con aquel ejército de moluscos, particularmente nocturnos, durante la noche del 9 al 10 de diciembre. Podían contarse por millones. Emigraban de las zonas templadas a otras más cálidas, siguiendo el itinerario de los arenques y las sardinas. A través de los gruesos cristales los veíamos nadar a reculones con gran rapidez, moviéndose por medio de su tubo locomotor, persiguiendo a peces y moluscos, engullendo a los pequeños y siendo engullidos por los grandes, y agitando en una confusión indescriptible los diez pies que la naturaleza les ha implantado en la cabeza, cual cabellera de serpientes neumáticas. Pese a su velocidad, el *Nautilus* navegó varias horas entre aquel enjambre de animales y sus redes pescaron infinidad de ellos, entre los que reconocí las nueve especies que D'Orbigny clasificó para el océano Pacífico.

Como se ve, durante la travesía el mar prodigaba incesantemente sus espectáculos más maravillosos, variándolos hasta el infinito y cambiando el decorado y la puesta en escena para deleite de nuestros ojos. Estábamos llamados a contemplar no sólo las obras del Creador en medio del agua, sino también a penetrar los más terribles misterios del océano.

El 11 de diciembre, estaba yo leyendo en el gran salón. Ned Land y Conseil

observaban las aguas luminosas a través de los paneles entreabiertos. El *Nautilus* estaba inmóvil. Con los depósitos llenos, se mantenía a una profundidad de mil metros, región poco habitada de los océanos en la que sólo los grandes peces aparecían esporádicamente.

En ese momento me hallaba leyendo un delicioso libro de Jean Macé, *Los servidores del estómago*, y saboreando sus ingeniosas lecciones, cuando Conseil interrumpió mi lectura:

—¿Puede el señor venir un instante? —me dijo con tono extraño.

—¿Qué ocurre, Conseil?

—Mire el señor.

Me levanté, me situé frente al cristal y miré.

Iluminada de lleno por la luz eléctrica, una enorme masa negruzca e inmóvil permanecía suspendida en el agua. La observé atentamente, intentando reconocer la naturaleza de aquel gigantesco cetáceo. Un pensamiento me asaltó me repente.

—¡Un navío! —exclamé.

—Sí —respondió el canadiense—. Un barco naufragado.

Ned Land no se equivocaba. Estábamos ante un navío cuyos cortados obenques aún colgaban de sus cadenas. Su casco parecía hallarse en buen estado, por lo que su naufragio debía de datar de apenas unas horas. Tres trozos de mástiles, cortados a dos pies sobre el puente, indicaban que el barco debía de haber sacrificado su arboladura. Pero, inclinado sobre uno de sus costados, se había inundado y aún daba la banda a babor. Triste espectáculo el de esa carcasa desaparecida bajo las aguas, pero más triste aún la visión de su puente, en el que yacían algunos cadáveres, amarrados con cuerdas. Conté cuatro —cuatro hombres, uno de los cuales se mantenía de pie junto al timón—, y también una mujer, con medio cuerpo fuera de la toldilla y un niño entre sus brazos. Era una mujer joven. Iluminados por las luces del *Nautilus*, pude ver sus rasgos aún no descompuestos por el agua. En un último esfuerzo había levantado a su hijo sobre su cabeza, pobre criatura cuyos brazos se aferraban al cuello de su madre. La postura de los cuatro marineros me pareció aterradora, retorcidos como estaban en movimientos convulsos y haciendo un último esfuerzo por arrancarse las cuerdas que los ataban al navío. Solo, más sereno, el rostro serio y despejado, los cabellos grises pegados a la frente y la mano crispada sobre la rueda del timón, el timonel parecía conducir su barco naufragado por las profundidades del océano.

¡Qué escena! Estábamos mudos y con el corazón palpitante ante aquel naufragio captado de improviso y, por así decirlo, fotografiado en su minuto final. Ya se veía avanzar a enormes tiburones que, con fuego en los ojos, acudían atraídos por el cebo de carne humana.

El *Nautilus* dio una vuelta alrededor del barco sumergido y pude leer

fugazmente en su tablero de popa:

Florida, Sunderland.



XIX

VANIKORO

Aquel terrible espectáculo inauguraba la serie de catástrofes marítimas que el *Nautilus* iba a encontrar en su camino. Desde que navegaba por mares más frecuentados, veíamos a menudo barcos naufragados que terminaban de pudrirse entre dos aguas y, a más profundidad, cañones, balas, anclas, cadenas y otros mil objetos de hierro carcomidos por el óxido.

El 11 de diciembre, el *Nautilus*, en el que vivíamos aislados, nos llevó hasta el archipiélago de Pomotú, el antiguo «grupo peligroso» de Bougainville, que se extiende en un espacio de quinientas leguas de este-sudeste a oeste-noroeste, entre los 13° 30' y 23° 50' de latitud sur y los 125° 30' y 151° 30' de longitud oeste, desde la isla Ducia a la isla Lazareff. Este archipiélago cubre una superficie de trescientas setenta leguas cuadradas y se compone de sesenta grupos de islas, entre los que destaca el de Gambier, al que Francia ha impuesto su protectorado. Son islas coralígenas. Un levantamiento lento pero continuo, provocado por la acción de los pólipos, las unirá algún día. Esa nueva isla se ensamblará más tarde a los archipiélagos vecinos y un quinto continente se extenderá desde Nueva Zelanda y Nueva Caledonia hasta las islas Marquesas.

El día en que expuse esta teoría ante el capitán Nemo, él me respondió fríamente:

—El mundo no precisa de nuevos continentes, sino de hombres nuevos.

Los azares de su navegación habían conducido al *Nautilus* a la isla Clermont-Tonnerre, una de las más curiosas del grupo y que fue descubierta en 1822 por Bell, capitán de *La Minerve*. Pude estudiar entonces el sistema madreporico al que deben su existencia las islas de aquel océano.

Las madreporas, que no hay que confundir con los corales, tienen un tejido revestido de una costra calcárea, y los cambios de su estructura han llevado a mi ilustre maestro, Milne-Edwards, a clasificarlas en cinco secciones. Los pequeños animalculos que segrega este pólipo viven por millares en el fondo de sus celdas. Sus depósitos calcáreos se convierten en rocas, arrecifes, islotes e islas. En algunos lugares forman un anillo circular alrededor de una laguna o pequeño lago interior, que comunica con el mar a través de brechas. En otros, crean barreras de arrecifes, como las que existen en las costas de Nueva Caledonia y en diversas islas de las Potomú. Y, finalmente, en lugares como Reunión e islas Mauricio erigen arrecifes recortados, murallas altas y estrechas, en cuyas proximidades la

profundidad del océano es considerable.

Bordeando a escasos cables los acantilados de la isla Clermont-Tonnerre, pude admirar la monumental obra realizada por esos trabajadores microscópicos. Aquellas murallas se debían especialmente a madréporas conocidas con el nombre de miliporas, poritas, astreas y meandrinas. Estos pólipos se desarrollan principalmente en las agitadas aguas de la superficie y, por consiguiente, comienzan esas estructuras por la parte superior, que poco a poco van hundiéndose con los restos de las secreciones que las sustentan. Ésa es al menos la teoría de Darwin, que explica así la formación de los atolones, teoría más convincente, en mi opinión, que la que da como base de las construcciones madreporicas a los picos de montañas y volcanes sumergidos varios pies por debajo del nivel del mar.

Pude observar de cerca esas curiosas murallas, pues, en vertical, la sonda marcaba más de trescientos metros de profundidad y nuestros focos eléctricos hacían reverberar la brillante caliza.

En respuesta a una pregunta que me hizo Conseil sobre el ritmo de crecimiento de aquellas barreras colosales, le sorprendí diciéndole que los sabios estimaban ese crecimiento en un octavo de pulgada por siglo.

—Entonces —dijo—, para levantar esas murallas han hecho falta...

—Ciento noventa y dos mil años, mi buen Conseil, lo que alarga singularmente los días de la Creación. Además, la formación de la hulla, es decir, la mineralización de los bosques sumergidos por los diluvios, requirió un lapso de tiempo mucho mayor. Pero debo añadir que los días bíblicos son épocas y no el tiempo que transcurre de sol a sol, pues según la propia Biblia el sol no existía el primer día de la Creación. Cuando el *Nautilus* subió a la superficie pude observar en todo su desarrollo la isla de Clermont-Tonnerre, baja y boscosa. Sus rocas madreporicas fueron evidentemente fertilizadas por los diluvios y las tempestades. Un día, alguna semilla arrancada por el huracán a las tierras vecinas cayó sobre las capas calcáreas, mezcladas con los detritus descompuestos de los peces y las plantas marinas que formaron el humus vegetal. Una nuez de coco empujada por la olas llegó a la nueva costa. El germen arraigó. El árbol, al crecer, retuvo el vapor del agua. Nació un arroyo y la vegetación se fue extendiendo poco a poco. Algunos animalculos, gusanos e insectos llegaron en troncos que el viento había arrancado a las islas. Las tortugas vinieron a desovar. Los pájaros anidaron en los jóvenes árboles. De ese modo se desarrolló la vida animal y, atraído por la vegetación y la fertilidad, apareció el hombre. Así se formaron esas islas, obras inmensas de animales microscópicos.

Al anochecer, Clermont-Tonnerre se perdió en la lejanía y el *Nautilus* cambió sensiblemente de rumbo. Tras tocar el trópico de Capricornio por el meridiano ciento treinta y cinco, avanzó en dirección oeste-noroeste, remontando la zona

intertropical. Aunque el sol del verano nos prodigó sus rayos, no sufríamos en absoluto el calor, pues a treinta o cuarenta metros de profundidad la temperatura no subía más allá de los diez o doce grados.

El 15 de diciembre dejamos al este el seductor archipiélago de la Sociedad y la deliciosa Tahití, la reina del Pacífico. Por la mañana, a algunas millas de sotavento, vi los picos elevados de esta isla. Sus aguas proveyeron al *Nautilus* de excelente pescado: caballas, bonitos, albacoras y una variedad de serpiente de mar llamada *munerophis*.



El *Nautilus* llevaba recorridas ocho mil cien millas. La corredera marcaba nueve mil setecientos veinte millas cuando pasó entre el archipiélago de Tongatapu, donde perecieron las tripulaciones del *Argo*, del *Port-au-Prince* y del *Duke of Portland*, y el archipiélago de los Navegantes, donde fue asesinado el capitán De Langle, amigo de La Pérouse. Luego bordeó el archipiélago Viti, donde los salvajes asesinaron a los marineros del *Union* y al capitán Bureau, de Nantes, comandante de la *Aimable Joséphine*.

Este archipiélago, que se prolonga sobre una extensión de cien leguas de norte

a sur y de noventa leguas de este a oeste, está situado entre los 6° y los 2° de latitud sur y los 174° y 179° de longitud oeste. Se compone de una serie de islas, islotes y atolones, entre los que destacan las islas de Viti Levu, Vanua Levu y Kandubon.

Fue Tasman quien descubrió este grupo de islas en 1643, el mismo año en que Torricelli inventaba el barómetro y Luis XIV subía al trono. Dejo a la consideración del lector cuál de estos hechos fue más útil para la humanidad. Después llegaron Cook en 1714, D'Entrecasteaux en 1793 y, finalmente, en 1827, Dumont d'Urville desembrolló el caos geográfico de este archipiélago. El *Nautilus* se acercó a la bahía de Wailea, escenario de las terribles aventuras del capitán Dillon, que fue el primero en esclarecer el misterio del naufragio de La Pérouse.

Esta bahía, dragada en varias ocasiones, suministra en abundancia unas ostras excelentes que comimos sin moderación, tras haberlas abierto en la mesa, siguiendo el consejo de Séneca. Estos moluscos pertenecen a la especie conocida con el nombre de ostrea lamellosa, muy común en Córcega. El banco de Wailea debía de ser considerable y, ciertamente, de no ser por las múltiples causas de destrucción, esas aglomeraciones terminarían saturando las bahías, pues se cuentan hasta dos millones de huevos en un solo individuo.

Si Ned Land no tuvo que arrepentirse de su glotonería es porque la ostra es el único alimento que no produce indigestión. En efecto, se precisan al menos seis docenas de estos moluscos acéfalos para proporcionar los trescientos quince gramos de sustancia nitrogenada necesarios para la alimentación habitual de un solo hombre.

El 25 de diciembre, el *Nautilus* navegaba por el archipiélago de las Nuevas Hébridas, descubiertas por Quirós en 1606, exploradas por Bougainville en 1768 y a las que Cook dio su nombre actual en 1773. Este grupo se compone principalmente de nueve grandes islas y forma una franja de ciento veinte leguas de norte-noroeste a sur-sureste, comprendida entre los 15° y 2° de latitud sur y los 164° y 168° de longitud. Pasamos junto a la isla de Aurou, que, observada al mediodía, me pareció una masa de bosques verdes dominada por un pico muy alto.

Aquel día era Navidad, y me pareció que Ned Land echaba mucho en falta la celebración del *Christmas*, verdadera fiesta familiar de la que los protestantes son devotos.

Llevaba ya ocho días sin ver al capitán Nemo cuando, el 27 por la mañana, entró en el gran salón como quien acabara de dejarte hace cinco minutos. Yo estaba tratando de identificar la ruta del *Nautilus* en el planisferio. El capitán se acercó, posó un dedo en un punto de la carta y pronunció una sola palabra: «Vanikoro».

Era un nombre mágico. Así se llamaban los islotes donde naufragaron los barcos de La Pérouse. Me levanté de un salto y le pregunté:

—¿El *Nautilus* nos lleva a Vanikoro?

—Sí, profesor.

—¿Y podré visitar estas célebres islas donde se estrellaron la *Boussole* y el *Astrolabe*?

—Sí, si así lo quiere.

—¿Cuándo llegaremos a Vanikoro?

—Ya hemos llegado.

Seguido del capitán Nemo, subí a la plataforma y desde allí escruté ávidamente el horizonte.

Al noreste emergían dos islas volcánicas de tamaño desigual, rodeadas de un arrecife de coral de cuarenta millas de perímetro. Estábamos frente a la isla de Vanikoro propiamente dicha, a la que Dumont d'Urville bautizó con el nombre de isla de la Recherche, y, más concretamente, ante el pequeño puerto de Vanu, situado a 16° 4' de latitud sur y 164° 32' de longitud este. La tierra parecía cubierta de vegetación desde la playa a los picos del interior, dominado por el monte Kapogo, de novecientos veinte metros de altura.

Tras haber franqueado el cinturón exterior de rocas por un paso estrecho, el *Nautilus* se vio entre los rompientes, donde el mar tenía una profundidad de treinta o cuarenta brazas. Bajo la verde sombra de los manglares vi algunos salvajes que mostraban su estupefacción ante la cercanía del *Nautilus*. ¿No verían en ese alargado cuerpo negruzco que avanzaba por la superficie un cetáceo formidable del que debían desconfiar?

En ese momento, el capitán Nemo me preguntó qué sabía del naufragio de La Pérouse.

—Lo que todo el mundo, capitán.

—¿Y podría decirme lo que sabe todo el mundo? —me preguntó con cierta ironía.

—Por supuesto.

Le conté lo que habían revelado los últimos trabajos de Dumont d'Urville. Lo que sigue es un resumen muy sucinto de tales trabajos.

La Pérouse y su segundo, el capitán De Langle, fueron enviados por Luis XVI en 1785 a completar un viaje de circunnavegación a bordo de las corbetas la *Boussole* y el *Astrolabe*, que nunca más regresaron.

En 1791 el gobierno francés, lógicamente preocupado por la suerte de las dos corbetas, armó dos grandes barcos «flauta», la *Recherche* y la *Espérance*, que zarparon de Brest el 28 de septiembre bajo el mando de Bruni d'Entrecasteaux. Dos meses después se supo por el testimonio de un tal Bowen, comandante del *Albermale*, que se habían visto restos de los barcos naufragados en las costas de la Nueva Georgia. Pero D'Entrecasteaux, ignorando esa advertencia —bastante incierta, por otra parte—, se dirigió a las islas del Almirantazgo, designadas en un

informe del capitán Hunter como el lugar del naufragio de La Pérouse.

Su búsqueda fue infructuosa. La *Espérance* y la *Recherche* pasaron delante incluso de Vanikoro sin detenerse y finalmente el viaje resultó muy infortunado, pues costó la vida a D'Entrecasteaux, a dos de sus segundos y a varios marinos de su tripulación.

El primero en encontrar rastros indiscutibles de los náufragos fue un viejo navegante del Pacífico, el capitán Dillon. El 15 de mayo de 1824, su barco, el *Saint Patrick*, pasó junto a la isla de Tikopia, una de las Nuevas Hébridas. Allí, un muchacho que se había acercado en piragua le vendió la empuñadura de plata de una espada con unos caracteres grabados con buril. Además, aquel muchacho afirmaba que seis años atrás, durante una estancia en Vanikoro, había visto a dos europeos que pertenecían a la tripulación de los barcos encallados hacía años en los arrecifes de la isla.

Dillon adivinó que se trataba de los barcos de La Pérouse, cuya desaparición había conmovido al mundo entero. Quiso ir a Vanikoro, donde, según el muchacho, había numerosos restos del naufragio, pero los vientos y las corrientes se lo impidieron.

Dillon regresó a Calcuta, donde logró que la Sociedad Asiática y la Compañía de Indias se interesaran por su descubrimiento. Pusieron un navío a su disposición, que fue bautizado como la *Recherche* y en el que zarpó el 23 de enero de 1827, acompañado por un agente francés.

La *Recherche*, tras haber hecho escala en varios puntos del Pacífico, ancló frente a Vanikoro el 7 de julio de 1827, en la misma bahía de Vanu en la que el *Nautilus* flotaba en ese momento. Allí recogió numerosos despojos del naufragio, utensilios de hierro, anclas, estrobos, poleas, cañones, una bala del dieciocho, restos de instrumentos de astronomía, un trozo del coronamiento y una campana de bronce con la siguiente inscripción: «Hecho por Bazin», marca de la fundición del arsenal de Brest hacia 1785. Ya no había ninguna duda.

Dillon permaneció en el lugar del siniestro hasta octubre para completar sus investigaciones. Luego abandonó Vanikoro, se dirigió a Nueva Zelanda, atracó en Calcuta el 7 de abril de 1828 y regresó a Francia, donde fue calurosamente acogido por Carlos X.

Pero, en ese momento, Dumont d'Urville, sin haber tenido conocimiento de los trabajos de Dillon, ya había partido para buscar en otra parte el escenario del naufragio. En efecto, se había sabido por los informes de un ballenero que se habían encontrado unas medallas y una cruz de San Luis en manos de los salvajes de la Luisiada y de la Nueva Caledonia.

Así pues, Dumont d'Urville, comandante del *Astrolabe*, se había echado a la mar y, dos meses después de que Dillon zarpara de Vanikoro, fondeó frente a

Hobart Town. Allí supo de los descubrimientos de Dillon y se enteró, además, de que un tal James Hobbs, segundo del *Union* de Calcuta, tras desembarcar en una isla situada a 8° 18' de latitud sur y 156° 30' de longitud este, había reparado en unas barras de hierro y unas telas rojas que utilizaban los indígenas de aquellos parajes.

Bastante perplejo, y no sabiendo si creer los relatos publicados en periódicos poco fiables, Dumont d'Urville decidió no obstante seguir los pasos de Dillon.

El 10 de febrero de 1828, el *Astrolabe* se presentó frente a Tikopia, tomó como guía e intérprete a un desertor afincado en aquella isla, puso rumbo a Vanikoro, la avistó el 12 de febrero, bordeó sus arrecifes hasta el 14 y sólo el 20 pudo fondear más allá de la barrera, en la bahía de Vanu. El 23, varios de sus oficiales exploraron la isla e informaron de algunos restos poco importantes. Los indígenas adoptaron una táctica de negaciones y evasivas para no llevarles al lugar del siniestro. Esa conducta tan sospechosa daba a entender que habían maltratado a los naufragos y, en efecto, parecían temer que Dumont d'Urville hubiera llegado para vengar a La Pérouse y a sus desventurados compañeros.

Sin embargo el 26, persuadidos por algunos regalos y comprendiendo que no debían temer ninguna represalia, llevaron a Jacquinet, el segundo de D'Urville, al lugar del naufragio. Allí, a tres o cuatro brazadas de agua, yacían anclas, lastres de hierro y de plomo, incrustados en las concreciones calcáreas. La chalupa y la ballenera del *Astrolabe* se dirigieron a aquel lugar y, no sin gran esfuerzo, sus tripulaciones lograron retirar un ancla de mil ochocientas libras de peso, un cañón del ocho de hierro colado, un lastre de plomo y dos cañones de cobre.

Preguntando a los indígenas, Dumont d'Urville se enteró de que La Pérouse, tras haber estrellado sus dos navíos en los arrecifes de la isla, había construido uno más pequeño, que también zozobró. ¿Dónde? Nadie lo sabía.

El comandante del *Astrolabe* hizo erigir bajo un espeso manglar un cenotafio en memoria del célebre navegante y de sus compañeros. Era una simple pirámide cuadrangular, asentada sobre una base de corales y en la que no se incluyó ningún objeto metálico que pudiera excitar la codicia de los indígenas. Dumont d'Urville quiso partir de inmediato, pero su tripulación se hallaba minada por las fiebres de aquellas costas malsanas y él mismo estaba muy enfermo, así que no pudo aparejar el barco hasta el 17 de marzo.

El gobierno francés, temiendo que Dumont d'Urville no estuviese al corriente de los trabajos de Dillon, había enviado la corbeta la *Bayonnaise* a Vanikoro, comandada por Legoarrant de Tromelin, que estaba de armadilla en la costa oeste de América. La *Bayonnaise* fondeó frente a Vanikoro unos meses después de zarpar el *Astrolabe* y no encontró nada nuevo, aunque comprobó que los salvajes habían respetado el mausoleo de La Pérouse.

Ese es, en resumen, el relato que hice el capitán Nemo.

—Así que aún no se sabe dónde se hundió el tercer barco construido por los náufragos en la isla de Vanikoro, ¿no?

—En efecto.

El capitán Nemo no respondió y me indicó que le siguiera al gran salón. El *Nautilus* se sumergió unos metros bajo el agua y se abrieron los paneles. Fui corriendo al cristal y, sobre la acumulación de corales, revestidos de fungias, sifoneas, alcionarios y cariofileas, y a través de un sinfín de peces deslumbrantes, girelas, glifisidontos, ponféridos, diácopodos y holocentros, reconocí algunos restos que las dragas no habían podido arrancar: un estribo de hierro, anclas, cañones, balas, un aparejo del cabestrante y un estrave, todos ellos procedentes de barcos naufragados y ahora cubiertos de flores vivas.

Mientras contemplaba esos restos desolados, el capitán Nemo me dijo con voz grave:

—El comandante La Pérouse zarpó el 7 de diciembre con sus barcos la *Boussole* y el *Astrolabe*. Primero fondeó en Botany-Bay, visitó el archipiélago de la Amistad y la Nueva Caledonia, se dirigió a Santa Cruz e hizo escala en Namouka, una de las islas Hapai. Luego sus barcos llegaron a los arrecifes desconocidos de Vanikoro. La *Boussole*, que iba delante, embarrancó en la costa meridional. El *Astrolabe* acudió en su ayuda y también zozobró. El primer barco se destruyó casi inmediatamente. El segundo, encallado a sotavento, resistió algunos días. Los indígenas dieron un buen recibimiento a los náufragos, que se instalaron en la isla y construyeron un barco más pequeño con los restos de los dos grandes. Algunos marineros decidieron quedarse en Vanikoro. Los demás, debilitados y enfermos, marcharon con La Pérouse a las islas Salomón, donde murieron en la costa occidental de la principal isla del archipiélago... entre los cabos Decepción y Satisfacción.

—¿Y usted cómo lo sabe? —pregunté.

—Encontré esto en el lugar mismo del último naufragio.

El capitán Nemo me enseñó una caja de hojalata estampillada con las armas de Francia y roída por el agua marina. La abrió, y vi un fajo de papeles amarillentos pero aún legibles. Eran las instrucciones del ministro de Marina al comandante La Pérouse, ¡con anotaciones al margen del propio Luis XVI!

—¡Qué hermosa muerte para un marino —dijo el capitán Nemo—, y qué tumba tan tranquila esta tumba de coral! Quiera el Cielo que mis compañeros y yo no tengamos otra.

EL ESTRECHO DE TORRES

Durante la noche del 27 al 28 de diciembre, el *Nautilus* abandonó los parajes de Vanikoro a toda máquina. Puso rumbo al sudeste y en tres días cubrió las setecientas cincuenta leguas que separan el archipiélago de La Pérouse de la punta sudeste de la Papuasía.

El 1 de enero de 1868, a primera hora de la mañana, Conseil se reunió conmigo en la plataforma.

—Me permitirá el señor que le desee un buen año.

—¡Cómo no, Conseil! Exactamente como si estuviera en París, en mi despacho del Jardín de las Plantas. Acepto y agradezco tus buenos deseos. Sólo quiero preguntarte qué entiendes por «un buen año» en las circunstancias actuales. ¿El año que pondrá fin a nuestro encierro o el año en que continuará este extraño viaje?

—A fe mía, que no sé qué decir al señor. Cierto que estamos viendo cosas bien curiosas y que desde hace dos meses no hemos tenido tiempo de aburrirnos. La última maravilla siempre es la más sorprendente, y si esta progresión se mantiene no sé en qué parará todo esto. Creo que no volveremos a encontrar una ocasión semejante.

—Nunca, Conseil.

—Además, el capitán Nemo, que hace honor a su nombre latino, no es más molesto que si no existiera.

—Dices bien.

—Conque, con permiso del señor, creo que un buen año sería aquel que nos permitiera verlo todo.

—¿Verlo todo? Eso quizá sería muy largo. ¿Qué piensa Ned Land?

—Ned Land piensa exactamente lo contrario que yo —respondió Conseil—. Es un espíritu práctico, con un estómago apremiante. Mirar peces y comer siempre pescado no le basta. La falta de vino, de pan y de carne se aviene mal con un sajón familiarizado con los bistecs y al que no asustan el *brandy* ni la ginebra, tomados con moderación.

—A mí eso no me atormenta, Conseil, y me adapto muy bien al régimen de este barco.

—Igual que yo —respondió Conseil—. Por eso tengo tanta intención de quedarme como Ned Land de fugarse. Así que si el año que comienza no es bueno para mí, lo será para él, y viceversa. De este modo uno de los dos quedará

satisfecho. En fin, y para concluir, deseo al señor lo que más feliz le haga.

—Gracias, Conseil. Sólo te pediré que dejemos para más tarde la cuestión de los regalos y los sustituyamos de momento por un buen apretón de manos. Es lo único que tengo por ahora.

—El señor nunca ha sido tan generoso —respondió Conseil.

Después de lo cual, el buen muchacho se fue.

El 2 de enero llevábamos recorridas once mil trescientas cuarenta millas, es decir, cinco mil doscientas cincuenta leguas, desde nuestro punto de partida en los mares del Japón. Ante el espolón del *Nautilus* se extendían los peligrosos parajes del mar de coral, en la costa noreste de Australia. Nuestro barco bordeaba a algunas millas de distancia el temible banco donde naufragaron los navíos de Cook el 10 de junio de 1770. El barco en el que iba Cook chocó con una roca y si no se hundió fue porque el trozo de coral arrancado por el choque se incrustó en el casco entreabierto.

Me habría encantado visitar el arrecife de trescientas sesenta leguas de longitud contra el que el mar, siempre agitado, se estrellaba con fuerza formidable, comparable a las descargas del trueno. Pero los planos inclinados del *Nautilus* nos sumergieron a gran profundidad y no pude ver nada de esas altas murallas coralígenas. Tuve que contentarme con los diversos ejemplares de peces que cayeron en nuestras redes. Vi, entre otros, germones, especie de caballas grandes como atunes, de lomo azulado y rayas transversales que desaparecen al morir el animal. Estos pescados nos acompañaban en tropel y suministraron a nuestra mesa una carne exquisita. Capturamos también una gran cantidad de pangas de medio decímetro de longitud y un sabor parecido al de la dorada, y peces voladores, auténticas golondrinas marinas que en las noches oscuras jaspean alternativamente el aire y las aguas con sus brillos fosforescentes. Entre los moluscos y zoófitos encontré en las mallas de la tráina diversas especies de alcionarias, de erizos de mar, de martillos, espolones, ceritios y hiálidos. La flora estaba representada por hermosas algas flotantes, laminarias y macrocístas, impregnadas del mucílago que rezuman a través de sus poros, y entre las cuales reconocí una admirable *Nemastona geliniaroides* que fue clasificada entre las curiosidades naturales del museo.

El 4 de enero, dos días después de haber atravesado el mar de coral, avistamos la costa de la Papuasía. En esta ocasión el capitán Nemo me dijo que su intención era llegar al océano Índico por el estrecho de Torres, sin añadir nada más. Ned reparó complacido en que aquella ruta le acercaba a los mares europeos.

El estrecho de Torres se considera menos peligroso por los escollos que infestan sus aguas que por los salvajes que frecuentan sus costas. Separa la Nueva Holanda de la gran isla de la Papuasía, también llamada Nueva Guinea.

La Papuasias mide cuatrocientas lenguas de largo por ciento treinta de ancho y tiene una superficie de cuarenta mil leguas geográficas. Está situada entre los 0° 19' y los 10° 2' sur de latitud, y los 128° 23' y los 146° 15' de longitud. A mediodía, mientras el segundo medía la altura del sol, divisé las cumbres de los montes Arfalxs, elevados en grandes planos y terminados en picos puntiagudos.

Esa tierra, descubierta en 1511 por el portugués Francisco Serrano, fue visitada sucesivamente por don José de Meneses en 1526, por Grijalva en 1527, por el general español Alvar de Saavedra en 1528, por Juigo Ortez en 1545, por el holandés Shouten en 1616, por Nicolas Sruick en 1753, por Tasman, Dampier, Fumel, Carteret, Edwards, Bougainville, Cook, Forrest, Marc Cluer, por D'Entrecasteaux en 1792, por Duperrey en 1823 y por Dumont d'Urville en 1827. «Es el foco de los negros que pueblan toda la Malasia», dijo M. de Rienzi, y no podía figurarme que los azares de aquella navegación iban a ponerme en presencia de los temibles andaménos.

El *Nautilus* llegó, pues, a la entrada del estrecho más peligroso del mundo, el que los más intrépidos navegantes evitan franquear, el estrecho al que Luis Paz de Torres se enfrentó a su regreso de los mares del sur, en la Melanesia, y en el que, en 1840, las corbetas encalladas de Dumont d'Urville a punto estuvieron de perderse por completo. El propio *Nautilus*, superando todos los peligros del mar, iba no obstante a acercarse a los arrecifes coralinos.

El estrecho de Torres tiene una longitud de unas treinta y cuatro leguas, pero está plagado de innumerables islas, islotes, rompientes y rocas que hacen su navegación casi impracticable. Por lo tanto, el capitán Nemo tomó todas las precauciones posibles para atravesarlo. El *Nautilus*, flotando en la superficie, avanzaba a velocidad moderada. Su hélice batía lentamente las aguas, como la cola de un cetáceo.

Aprovechando la situación, mis dos compañeros y yo nos instalamos en la plataforma desierta. Frente a nosotros estaba la cabina del timonel y, o mucho me equivoco, o el capitán Nemo debía de estar en ella, pilotando él mismo el *Nautilus*.

Tenía ante mí las excelentes cartas del estrecho trazadas y delineadas por el ingeniero hidrógrafo Vincendon Dumoulin y por el teniente de navío Coupvent-Desbois —ahora almirante— que formaban parte del estado mayor de Dumont d'Urville durante su última vuelta al mundo. Son, con las del capitán King, las mejores cartas para desenmarañar el embrollo de ese estrecho pasaje, y las consulté con escrupulosa atención.

El mar se agitaba furioso alrededor del *Nautilus*. La corriente de las olas, que empujaba de sureste a noroeste a una velocidad de dos millas y media, se estrellaba en los corales, cuyas crestas sobresalían aquí y allá.

—¡Mala mar es esta! —dijo Ned Land.

—Detestable, en efecto —respondí—, y poco conveniente para un barco como el *Nautilus*.

—Muy seguro tiene que estar este maldito capitán de su ruta —añadió el canadiense—. Por allí veo manchas de corales que podrían romper su casco en mil pedazos con sólo rozarlo.

La situación era peligrosa, en efecto, pero el *Nautilus* parecía deslizarse como por encanto entre aquellos temibles escollos. No siguió exactamente la ruta del *Astrolabe* y del *Zelée*, que tan funesta resultó para Dumont d'Urville, sino que se dirigió más al norte, bordeó la isla Murray y puso nuevamente rumbo al sudoeste, hacia el paso de Cumberland. Cuando me parecía que iba a estrellarse contra sus rocas, el *Nautilus*, subiendo al noroeste, se dirigió hacia la isla Tound y al canal de Mauvais, atravesando un gran número de islas e islotes poco conocidos.

Empezaba a preguntarme si el capitán Nemo, imprudente hasta la locura, quería estrellar su nave en el paso donde habían encallado las dos corbetas de Dumont d'Urville cuando, cambiando por segunda vez de rumbo y virando al oeste, se dirigió a la isla de Gueboroar.

Eran las tres de la tarde. Las olas rompían contra el barco, pues la marea estaba casi en pleamar. El *Nautilus* se acercó a la isla. Todavía me parece estar viéndola, con sus admirables hileras de pandanáceas.

Navegábamos a menos de dos millas de su costa cuando, súbitamente, un choque me tiró al suelo. El *Nautilus* acababa de dar contra un escollo, y quedó inmóvil tras inclinarse ligeramente a babor.

Al incorporarme, vi en la plataforma al capitán Nemo y a su segundo, que examinaban la situación del barco e intercambiaban algunas palabras en su incomprensible idioma.

La situación era la siguiente. A dos millas a estribor se divisaba la isla Gueboroar, cuya costa se curvaba de norte a oeste como un inmenso brazo. Por el sur y por el este la bajamar dejaba ver algunas crestas de corales. Habíamos encallado de pleno, y en uno de los mares donde las mareas son más débiles, circunstancia enojosa para el reflotamiento del *Nautilus*. Sin embargo, el barco no había sufrido ningún desperfecto, gracias a la solidez de su casco. Pero aunque no podía inundarse ni abrirse, no obstante corría el riesgo de quedar encallado para siempre en esos escollos y ahí se habría acabado el aparato submarino del capitán Nemo.

Tales eran mis pensamientos cuando se me acercó el capitán, frío, sereno, dueño de sí en todo momento y sin aparentar la más mínima turbación o contrariedad.

—¿Un accidente? —pregunté.

—No, un incidente —me respondió.

—Un incidente que puede obligarle a habitar esas tierras que tanto rehúye —repliqué.

El capitán Nemo me miró de forma extraña e hizo un gesto negativo, con el que me indicaba claramente que nada le forzaría a poner de nuevo los pies en tierra. Luego dijo:

—Además, señor Aronnax, el *Nautilus* no ha naufragado y le transportará otra vez en medio de las maravillas del océano. Nuestro viaje no ha hecho más que empezar, y no quiero privarme tan pronto del honor de su compañía.

—Sin embargo, capitán —proseguí, fingiendo no captar la ironía de sus palabras—, el *Nautilus* ha encallado justo en el momento de la pleamar. Pero las mareas no son demasiado fuertes en el Pacífico y, si no puede quitar lastre al *Nautilus* —lo que me parece imposible—, no veo cómo va a reflotarlo.

—Tiene razón, profesor, las mareas no son fuertes en el Pacífico, pero en el estrecho de Torres hay una diferencia de metro y medio entre las mareas altas y bajas. Hoy es 4 de enero y dentro de cinco días habrá luna llena. Pues bien, me sorprendería mucho que nuestro complaciente satélite no elevara suficientemente esas masas de agua, con lo que me haría un servicio que sólo a él quiero deber.

Dicho esto, el capitán Nemo, seguido de su segundo, se metió de nuevo en el *Nautilus*, que permanecía completamente inmóvil, como si los pólipos coralinos lo hubiesen empastado en su indestructible cemento.

—¿Y bien? —preguntó Ned Land, que se había acercado a mí tras irse el capitán.

—Y bien, amigo Ned, esperaremos tranquilamente la marea del 9, pues parece que la luna tendrá la gentileza de sacarnos de nuevo a flote.

—¿Eso es todo?

—Eso es todo.

—¿Es que el capitán no va a echar el ancla mar adentro, encadenar su máquina y hacer todo lo posible por remolcarla?

—Con la marea bastará —se limitó a responder Conseil.

El canadiense lo miró y se encogió de hombros. Era el marino quien hablaba por su boca.

—Señor —replicó—, puede creerme cuando le digo que este armatoste no volverá a navegar por encima ni por debajo del mar. Ya sólo es bueno para venderlo al peso. Creo, pues, llegado el momento de dejar plantado al capitán Nemo.

—Amigo Ned, yo no doy por perdido como usted al *Nautilus* y en cuatro días sabremos a qué atenernos respecto a las mareas del Pacífico. Además, la idea de huir quizá sería oportuna si estuviésemos frente a las costas de Inglaterra o de la

Provenza, pero en la región de Papuasias la cosa cambia, y siempre habrá tiempo de llegar a ese extremo si el *Nautilus* no logra salir a flote, lo que me parecería realmente grave.

—¿Pero no podríamos al menos tantear el terreno? —dijo Ned Land—. Allí hay una isla. En esa isla hay árboles. Y bajo esos árboles hay animales terrestres con sus chuletas y sus filetes, a los que de buena gana hincaría el diente.

—Ahí lleva razón, amigo Ned —dijo Conseil—, y suscribo lo que dice. ¿No podría el señor convencer al capitán Nemo de que nos llevara a tierra, aunque sólo fuera por no perder la costumbre de pisar las partes sólidas de nuestro planeta?

—Puedo pedírselo, pero me dirá que no.

—Arriésguese el señor —dijo Conseil—, y sabremos a qué atenernos respecto a la amabilidad del capitán.

Cuál no fue mi sorpresa cuando el capitán Nemo me dio el permiso que le pedí, y lo hizo con gran facilidad y prontitud, sin tan siquiera hacerme prometer que regresaríamos a bordo. Pero una fuga por las tierras de Nueva Guinea habría sido muy peligrosa, y no se la habría aconsejado a Ned Land. Más valía seguir prisionero a bordo del *Nautilus* que caer en manos de los indígenas de la Papuasias.

Se puso el bote a nuestra disposición para la mañana siguiente. No traté de averiguar si el capitán Nemo nos acompañaría. Pensé incluso que no nos cedería a ningún miembro de su tripulación y que Ned Land se encargaría él sólo de dirigir la embarcación. La tierra, por otra parte, se hallaba a dos millas a lo sumo y, para el canadiense, conducir un bote ligero entre esas líneas de arrecifes tan letales para los grandes navíos era un juego de niños.

Al día siguiente, 5 de enero, se bajó el bote de su alvéolo y se lanzó al mar desde lo alto de la plataforma. Dos hombres bastaron para aquella operación. Los remos ya estaban en la embarcación, y sólo debíamos acomodarnos en ella.

A las ocho, armados con fusiles y hachas, abandonamos el *Nautilus*. El mar estaba en calma y desde la isla llegaba una ligera brisa. Conseil y yo remábamos con fuerza y Ned manejaba el timón por los estrechos pasos que dejaban entre sí los rompientes. El bote respondía bien al timón y avanzaba rápidamente.

Ned Land no podía contener su alegría. Era un preso escapado de su cárcel y no parecía acordarse de que debía regresar.

—¡Carne! —repetía—. ¡Por fin vamos a comer carne, y de la buena! ¡Caza auténtica y no pan, por ejemplo! No digo que el pescado no sea bueno, pero no hay que abusar de él, y un buen trozo de carne fresca a la brasa variará agradablemente nuestra dieta.

—¡Será glotón! Por su culpa se me ha hecho la boca agua —respondió Conseil.

—Nos queda por saber si en estos bosques abunda la caza, y si las piezas son de un tamaño tal que pueden cazar al cazador —dije.

—Bueno, señor Aronnax —respondió el canadiense, cuyos dientes parecían afilados como un cuchillo—, si no hay otro cuadrúpedo en esta isla, comeré solomillo de tigre.

—El amigo Ned me inquieta —dijo Conseil.



—Sea como sea —prosiguió Ned Land—, saludaré a cualquier animal de

cuatro patas sin plumas o de dos patas con plumas con el primer disparo de mi fusil.

—¡Vaya! Aquí empieza otra vez Ned Land con sus imprudencias.

—No tema, señor Aronnax —respondió el canadiense—, y reme con fuerza. Sólo pido veinticinco minutos para ofrecerle un plato hecho a mi manera.

A las ocho y media, el bote del *Nautilus* encalló suavemente en una playa tras haber franqueado con éxito el anillo de coral que rodeaba la isla de Gueboroar.

XXI

UNOS DÍAS EN TIERRA

Me hizo bastante impresión tocar tierra. Ned Land tanteó el suelo con el pie, como para tomar posesión de él. Sin embargo, sólo hacía dos meses que éramos, según la expresión del capitán Nemo, «pasajeros del *Nautilus*», es decir, en realidad, los prisioneros de su comandante.

En pocos minutos tuvimos la costa a tiro. El suelo era casi enteramente madreporico, pero algunos lechos de torrentes desecados, sembrados de restos graníticos, demostraban que la isla se debía a una formación primordial. El horizonte quedaba oculto tras una cortina de magníficos bosques. Árboles enormes de hasta sesenta metros estaban unidos entre sí por guirnaldas de lianas, verdaderas hamacas naturales mecidas por una ligera brisa. Eran mimosas, ficus, casuarinas, tecas, hibiscos, pandanáceas y palmeras, profusamente mezcladas, y al abrigo de su bóveda frondosa, a los pies de su gigantesco tallo, crecían orquídeas, leguminosas y helechos.

Sin reparar en esos bellos ejemplares de la flora papuasiana, el canadiense cambió lo agradable por lo útil. Vio un cocotero, abatió algunos de sus frutos, los partió y bebimos su leche y comimos su pulpa con una satisfacción que protestaba contra la dieta del *Nautilus*.

—¡Excelente! —dijo Ned Land.

—¡Exquisito! —respondió Conseil.

—Espero que su capitán Nemo no se oponga a que llevemos un cargamento de cocos a su barco —dijo el canadiense.

—No creo, pero no querrá probarlos.

—Peor para él —dijo Conseil.

—Y mejor para nosotros, así tocaremos a más —añadió Ned Land.

—Sólo una cosa, Ned —dije al arponero, que se disponía a vaciar otro cocotero—. El coco está bien, pero antes de llenar el bote me parece que deberíamos explorar la isla para ver si produce alguna sustancia no menos útil. Unas verduras frescas serían bien recibidas en la despensa del *Nautilus*.

—El señor tiene razón —respondió Conseil—. Propongo reservar tres plazas en nuestra embarcación: una para las frutas, otra para las verduras y la tercera para la caza, de la que todavía no he visto ni rastro.

—No hay que desesperar, Conseil —respondió el canadiense.

—Continuemos, pues, nuestra expedición —dije—, pero mantengamos los ojos

bien abiertos. Aunque la isla parece deshabitada, bien podría albergar algunos individuos menos escrupulosos que nosotros respecto a la naturaleza de sus presas.

—¡Eh! —dijo Ned Land, con un movimiento de mandíbulas muy significativo.

—¡Pero, Ned! —exclamó Conseil.

—A fe mía —añadió el canadiense—, que empiezo a entender los encantos de la antropofagia.

—¡Pero qué dice, Ned! —replicó Conseil—. ¿Usted, antropófago? Ya no me sentiré seguro a su lado, siendo como soy su compañero de camarote. ¿Me despertaré un día medio devorado?

—Amigo Conseil, le quiero mucho, pero no tanto como para comérmelo sin necesidad.

—No me fio —respondió Conseil—. ¡A cazar, pues! Hay que abatir una pieza como sea para satisfacer a este caníbal o uno de estos días el señor no encontrará más que unos trozos de criado para servirle.

Mientras intercambiaban estas bromas, nos adentramos bajo las umbrosas bóvedas del bosque y durante dos horas lo recorrimos en todas direcciones.

El azar se mostró propicio en nuestra búsqueda de vegetales comestibles, y uno de los productos más útiles de las zonas tropicales nos suministró un preciado alimento que faltaba a bordo. Me refiero al árbol del pan, muy abundante en la isla de Gueboroar. Vi principalmente la variedad sin semillas que en malayo se conoce como «rima». Este árbol se distingue de los otros por su tronco recto, de unos cuarenta metros de altura. Su copa, graciosamente redondeada y formada por grandes hojas multilobuladas, revelaba a la mirada del naturalista ese artocarpó que se ha aclimatado con éxito en las islas Mascareñas. Entre su masa frondosa sobresalían grandes frutos globulosos de un decímetro de ancho y provistos en su parte exterior de rugosidades que adoptan una disposición hexagonal. Útil vegetal con el que la naturaleza ha bendecido a las regiones carentes de trigo y que, sin exigir cultivo alguno, da frutos ocho meses al año.

Ned Land conocía bien esos frutos. Los había comido durante sus numerosos viajes y sabía preparar su sustancia comestible. Al verlos, pues, se excitó su apetito, incapaz de contenerse por más tiempo.

—Señor, si no pruebo un poco de la pasta de ese árbol me muero.

—Adelante, Ned, coma a su antojo. Estamos aquí para hacer experimentos, así que hagámoslos.

—No tardaré mucho —respondió el canadiense.

Y provisto de una lupa, encendió un fuego con ramas secas que chisporroteó alegremente. Entretanto, Conseil y yo escogimos los mejores frutos del artocarpó. Algunos todavía no estaban suficientemente maduros y su espesa piel recubría una pulpa blanca pero poco fibrosa. Otros muchos, amarillentos y gelatinosos, sólo

esperaban el momento de ser recolectados.

Los frutos no tenían hueso. Conseil llevó una docena a Ned Land, que los puso a la brasa después de cortarlos en gruesas rodajas. Mientras lo hacía, no paraba de repetir:

—Verá qué pan más bueno.

—Sobre todo cuando llevamos tanto tiempo sin probarlo —dijo Conseil.

—Es más que pan —añadió el canadiense—. Es repostería fina. ¿No la ha comido nunca?

—No, Ned.

—Entonces prepárese a probar algo succulento. Si no se lo parece, dejaré de ser el rey de los arponeros.

Al cabo de unos minutos la parte de los frutos expuesta al fuego quedó completamente carbonizada. Por dentro apareció una pasta blanca, una especie de miga cuyo sabor recordaba al de la alcachofa. Hay que reconocer que el pan era excelente, y lo comí con gran placer.

—Por desgracia, esta pasta no se puede guardar fresca —dije—, y me parece inútil llevar una provisión a bordo.

—¡Cómo que no! —exclamó Ned Land—. Usted habla como naturalista, pero yo oficiaré de panadero. Conseil, haga una recolección de estos frutos y la cogeremos a la vuelta.

—¿Y cómo piensa prepararlos? —pregunté al canadiense.

—Fabricando con su pulpa una pasta fermentada que se conserva indefinidamente sin corromperse. Cuando quiera utilizarla, la coceré en la cocina del barco y, a pesar de su sabor un poco ácido, ya verá qué bien le sabe.

—Entonces, Ned, veo que a este pan no le falta de nada.

—Sí, profesor —respondió el canadiense—, le faltan algunas frutas, o al menos algo de verdura.

—Pues vamos a buscarlas.

Terminada nuestra recolección, nos pusimos en marcha para completar aquel almuerzo «terrestre».

Nuestra búsqueda no fue infructuosa y hacia mediodía ya habíamos reunido una buena provisión de plátanos. Estos deliciosos productos de las zonas tórridas maduran durante todo el año, y los malayos, que los llaman «pisang», los comen crudos. Además de los plátanos cogimos yacas enormes y de un sabor muy fuerte, sabrosos mangos y piñas de un tamaño increíble. La cosecha absorbió gran parte de nuestro tiempo, cosa que, por otra parte, no lamentamos.

Conseil observaba todo el tiempo a Ned. El arponero iba delante, y a su paso por el bosque iba recogiendo con mano segura excelentes frutas que completarían su provisión.

—Bueno, amigo Ned, ¿le falta algo más? —preguntó Conseil.

—¡Hum! —exclamó el canadiense.

—¡Cómo! ¿Se queja usted?

—Todos estos vegetales no constituyen una comida —respondió Ned—. Son el último plato, el postre. Pero ¿y el potaje?, ¿y el asado?

—Es cierto —dije—. Ned nos había prometido unas chuletas que me parecen muy difíciles de conseguir.

—Señor, la caza no sólo no ha terminado, sino que ni siquiera ha empezado. Paciencia. Terminaremos encontrando algún animal de pelo o pluma, si no aquí, en otro lugar.

—Y si no es hoy, mañana, pues no hay que alejarse demasiado —añadió Conseil—. Es más, propongo que volvamos al bote.

—¿Cómo? ¿Ya? —exclamó Ned.

—Debemos estar de vuelta antes de que anochezca —dije.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó el canadiense.

—Las dos, por lo menos —respondió Conseil.

—¡Cómo pasa el tiempo en tierra firme! —exclamó Ned Land, con un suspiro.

—¡En marcha! —dijo Conseil.

Volvimos a través del bosque y completamos nuestra cosecha con palmiches que había que coger de la cima de los árboles, pequeñas habichuelas que reconocí por ser los «abrou» de los malayos, y batatas de calidad superior.

Íbamos cargados hasta los topes cuando llegamos al bote, pero Ned Land seguía encontrando su provisión insuficiente. El destino, no obstante, le favoreció, pues en el momento de embarcarse vio unos árboles de veinte o treinta pies de altura, pertenecientes a la especie de las palmeras. Estos árboles, tan valiosos como el artocarp, se cuentan con todo merecimiento entre los productos más útiles de Malasia. Eran sagús, vegetales que crecen sin necesidad de cultivo y se reproducen por sus retoños y semillas, como las moreras.

Ned Land sabía cómo utilizar esos árboles. Cogió el hacha y, manejándola con brío, no tardó en derribar dos o tres sagús, cuya madurez se reconocía por el polvillo blanco que recubría sus palmas.

Yo le observaba más con los ojos de un naturalista que con los de un hombre hambriento. Empezó arrancando a cada tronco una capa de corteza de una pulgada de espesor que recubría una red de fibras alargadas formada por nudos inextricables, apelmazados por una especie de harina gomosa. Esa harina era el sagú, sustancia comestible que se utiliza sobre todo en la alimentación de los pueblos melanesios.



Ned Land se limitó por el momento a cortar los troncos en trozos, como si fuera a hacer leña, dejando para más tarde la tarea de extraer la harina, tamizarla para quitarle los ligamentos fibrosos, ponerla al sol para evaporar su humedad y colocarla en moldes para que se endureciera.

Finalmente, a las cinco de la tarde, cargados con todas nuestras riquezas, abandonamos la orilla de la isla y media hora después llegábamos al *Nautilus*.

Nadie salió a recibirnos. El enorme cilindro de acero parecía desierto. Una vez embarcadas las provisiones, bajé a mi camarote, donde encontré la cena servida. Di buena cuenta de ella y después me dormí.

Al día siguiente, 6 de enero, sin novedad a bordo. Ni un ruido dentro del barco, ni un signo de vida. El bote seguía en el mismo lugar donde lo habíamos dejado. Decidimos volver a la isla de Gueroboar. Ned Land esperaba tener más suerte como cazador que en la víspera y deseaba explorar otra parte del bosque.

Al amanecer ya estábamos en marcha. La embarcación, empujada por la corriente que llevaba a tierra, llegó en poco tiempo a la isla. Desembarcamos y, pensando que más valía fiarse del instinto del canadiense, seguimos a Ned Land, cuyas grandes zancadas amenazaban con distanciarnos.

Ned Land remontó la costa hacia el oeste y, vadeando algunos torrentes, llegó a una meseta rodeada de magníficos bosques. Algunos martines pescadores merodeaban por los riachuelos, pero no nos dejaban acercarnos. Su precaución me indicó que esas aves sabían a qué atenerse respecto a los bípedos de nuestra especie, y concluí que si la isla no estaba habitada, al menos la frecuentaban seres humanos.

Tras atravesar una pradera bastante tupida, llegamos al lindero de un bosquecillo animado por el canto y el vuelo de un gran número de pájaros.

—Sólo son pájaros —dijo Conseil.

—Pero hay algunos que se comen —respondió el arponero.

—No, Ned, pues no veo más que loros.

—Conseil —respondió, muy serio, Ned—, el loro es el faisán de los que no tienen otra cosa que comer.

—Y añadiré —dije— que este pájaro, convenientemente aderezado, es un buen bocado.

En efecto, bajo el espeso follaje del bosque, un sinfín de loros revoloteaba de rama en rama, a los que sólo faltaba una educación más esmerada para hablar el lenguaje humano. De momento parloteaban en compañía de cotorras de todos los colores y de graves cacatúas que parecían meditar algún problema filosófico, mientras loritos de un rojo deslumbrante pasaban como un trozo de estambre llevado por la brisa entre el ruidoso vuelo de los cálaos, de papúas pintadas de los más finos matices de azul y de toda una variedad de aves hermosísimas, pero en general poco comestibles.

En esa colección faltaba, sin embargo, un pájaro típico de aquellas tierras y que nunca ha rebasado el límite de las islas Aru y de las Papúa. Pero el destino me reservaba la oportunidad de admirarlo poco después. Tras atravesar un monte bajo no demasiado espeso, encontramos una llanura de tupidos arbustos. Allí vi levantar el vuelo a magníficos pájaros a los que la disposición de sus largas plumas

obligaba a ir contra el viento. Su vuelo ondulado, la gracia de sus curvas aéreas y sus colores tornasolados atraían y embelesaban la mirada. No me costó reconocerlos.

—¡Aves del paraíso! —exclamé.

—Orden de los paseriformes, sección de los clistómoros —respondió Conseil.

—¿Familia de las perdices? —preguntó Ned Land.

—No lo creo, Ned, pero confío en su habilidad para atrapar uno de estos admirables productos de la naturaleza tropical.

—Se intentará, profesor, aunque estoy más acostumbrado a manejar el arpón que el fusil.

Los malayos, que mantienen un gran comercio de estos pájaros con los chinos, utilizan para cazarlos diversos medios que nosotros no podíamos emplear. Colocan lazos en la copa de los elevados árboles donde estas aves suelen anidar, o bien los capturan con una liga pegajosa que paraliza sus movimientos. Llegan incluso a envenenar las fuentes donde acostumbran a beber. Pero nosotros nos veíamos limitados a disparar al vuelo, lo que nos dejaba pocas posibilidades de alcanzarlos. Y en efecto, gastamos en vano buena parte de nuestras municiones.

Hacia las once de la mañana ya habíamos superado el primer plano de montañas que forman el centro de la isla sin haber cobrado ninguna presa. El hambre nos agujoneaba. Los cazadores habían confiado en el éxito de su caza y se habían equivocado. Por suerte, Conseil, para su sorpresa, mató dos pájaros de un tiro y aseguró el almuerzo. Abatió una paloma blanca y una torcaz que, rápidamente desplumadas y ensartadas en una brocheta, fueron asadas en un fuego de ramas secas. Mientras se doraban estos interesantes animales, Ned preparó unos frutos de artocarpus. Hecho lo cual, devoramos la paloma y la torcaz hasta los huesos, y nos parecieron excelentes. La nuez moscada de la que suelen alimentarse perfuma su carne y las convierte en un manjar delicioso.

—Es como si las pulardas se alimentasen de trufas —dijo Conseil.

—Y ahora, Ned, ¿qué le falta? —pregunté al canadiense.

—Una pieza de cuatro patas, señor Aronnax —respondió—. Estas palomas no son más que entremeses y aperitivos para distraer el hambre. No estaré contento hasta que no haya cazado un animal con chuletas.

—Ni yo, Ned, hasta que no atrape un ave del paraíso.

—Continuemos, pues, la cacería, pero de regreso al mar —dijo Conseil—. Hemos llegado a las primeras pendientes montañosas, y creo que es mejor volver a la zona de los bosques.

Era un consejo muy sensato, y lo seguimos. Tras una hora de marcha llegamos a un gran bosque de sagú. Algunas serpientes inofensivas huían a nuestro paso. Las aves del paraíso se escondían al acercarnos, y yo había perdido toda esperanza de

capturarlas cuando Conseil, que iba delante, se agachó súbitamente, lanzó un grito de triunfo y vino hacia mí con un magnífico ejemplar.

—¡Bravo, Conseil!

—El señor es muy amable —respondió Conseil.

—¡Cómo, muchacho! Has hecho una jugada maestra. ¡Capturar uno de esos pájaros vivos! ¡Y con las manos!

—Si el señor quiere examinarlo de cerca, verá que no he tenido gran mérito.

—¿Por qué?

—Porque este pájaro está ebrio como una cuba.

—¿Ebrio?

—Sí, señor, por las nueces moscadas que comía bajo el árbol donde lo atrapé. Vea, amigo Ned, vea los terribles efectos de la intemperancia.

—¡Por todos los diablos! —replicó el canadiense—. Si es por la ginebra que he bebido durante estos dos últimos meses, no merezco tal reproche.

Examiné al curioso pájaro y vi que Conseil no se equivocaba. El ave, embriagada por el jugo espirituoso, había quedado reducida a la impotencia. No podía volar y andaba con dificultad. Pero eso no me preocupaba, y le dejé dormir la mona.

Aquella ave pertenecía a la más bella de las ocho especies que se conocen en Papuasias y en las islas vecinas, denominada la «gran esmeralda», una de las especies más raras. Medía tres decímetros de largo y tenía la cabeza relativamente pequeña, al igual que los ojos, situados cerca de la abertura del pico. Mostraba una admirable variedad de matices: amarillo en el pico, marrón en las patas y garras, *beige* en las alas, que se volvía púrpura en sus extremos, amarillo pálido en la cabeza y detrás del cuello, esmeralda en la garganta y marrón oscuro en el vientre y el pecho. Dos filamentos córneos y sedosos se elevaban en la parte superior de la cola, que, junto con sus largas y ligeras plumas, completaba el conjunto de esta maravillosa ave a la que los indígenas han dado el poético nombre de «pájaro del sol».

Deseaba vivamente poder llevar a París ese soberbio ejemplar de ave del paraíso para donarlo al Jardín de las Plantas, que no posee ninguno vivo.

—Entonces, ¿es muy raro? —preguntó el canadiense, con el tono del cazador que valora poco la presa desde el punto de vista artístico.

—Mucho, amigo mío, y sobre todo muy difícil de capturar vivo. Incluso muertos, estos pájaros son objeto de un tráfico importante. Por eso los nativos se las han ingeniado para falsificarlos como se falsifican las perlas o los diamantes.

—¡Cómo! —exclamó Conseil—. ¿Se falsifican aves del paraíso?

—Sí, Conseil.

—¿Y conoce el señor las técnicas de los indígenas?

—Perfectamente. Durante el monzón del este, las aves del paraíso pierden las magníficas plumas que rodean su cola y que los naturalistas llaman subalares. Los falsificadores de aves recogen esas plumas y las adaptan hábilmente a alguna pobre cotorra previamente mutilada. Luego tiñen la sutura, barnizan el pájaro y venden los singulares productos de su industria a los museos y a los aficionados de Europa.

—Bueno —dijo Ned Land—. Aunque no es el ave original, siguen siendo sus plumas, y mientras el objeto no se destine a la mesa no me parece mal.

Pero si mis deseos se vieron satisfechos con la captura de aquella ave, no así los del cazador canadiense. Por suerte, hacia las dos, Ned Land abatió un magnífico cerdo salvaje, que los nativos llaman «bari-outang». El animal venía que ni pintado para procurarnos auténtica carne de cuadrúpedo y fue bien recibido. Ned Land se mostró muy orgulloso de su disparo. El cerdo, alcanzado por la bala eléctrica, había caído fulminado.

El canadiense lo desolló y evisceró debidamente, después de haber cortado media docena de chuletas destinadas a proporcionarnos una buena parrillada para la cena. Luego continuamos la caza, en la que Ned y Conseil habían de repetir sus proezas. Los dos amigos, batiendo los matorrales, hicieron salir a una manada de canguros, que escapó saltando con sus elásticas patas. Pero los animales no huyeron con suficiente rapidez para que la cápsula eléctrica no pudiera detenerlos en su carrera.

—¡Ah, profesor! —exclamó Ned Land, presa de la exaltación del cazador—, ¡qué carne tan excelente, sobre todo estofada! ¡Qué provisión para el *Nautilus*! ¡Dos, tres, cinco abatidos...! ¡Cuando pienso que nos comeremos toda esta carne y que los imbéciles de a bordo no probaran ni una miaja!

Creo que, en su entusiasmo, el canadiense habría acabado con toda la manada de no haber hablado tanto. Pero se conformó con una docena de estos interesantes marsupiales que forman el primer orden de los mamíferos aplacentarios, como apuntó Conseil. Eran animales de pequeño tamaño, una especie de esos «canguros-conejo» que habitan generalmente en los troncos huecos de los árboles y que alcanzan una velocidad asombrosa. Aunque su grosor es mediano, al menos proporcionan una carne muy estimable.

Estábamos satisfechos con el resultado de nuestra cacería. El eufórico Ned Land se proponía volver al día siguiente a esa isla encantada que él quería despoblar de todos sus cuadrúpedos comestibles. Pero no contaba con lo que iba a suceder.

A las seis de la tarde estábamos de regreso en la playa. El bote se hallaba varado en su lugar habitual y el *Nautilus*, semejante a un escollo alargado, emergía a dos millas de la costa.

Sin más dilación, Ned Land se ocupó de la importante cuestión de la cena. Preparaba admirablemente ese tipo de platos. Las chuletas de «bari-outang», asadas a la brasa, pronto esparcieron un delicioso aroma que perfumó el aire.

Pero veo que sigo los pasos del canadiense. ¡Heme aquí extasiado ante una parrillada de cerdo! Espero que se me perdone, como yo perdoné al buen Ned Land, y por los mismos motivos.

La cena resultó excelente. Dos palomas completaron aquel extraordinario menú. La pasta de sagú, el pan de artocarpó, unos mangos, media docena de piñas y el licor fermentado de unas nueces de coco nos animaron, y creo incluso que las ideas de mis compañeros no tenían toda la claridad que sería deseable.

—¿Y si no volviéramos esta noche al *Nautilus*? —dijo Conseil.

—¿Y si no volviéramos nunca? —añadió Ned Land.

En ese momento la propuesta del arponero se vio interrumpida por una piedra que cayó a nuestros pies.

EL RAYO DEL CAPITÁN NEMO

Miramos hacia el bosque, sin levantarnos, con mi mano detenida antes de llegar a la boca y la de Ned Land completando el gesto.

—Las piedras no caen del cielo, a menos que se trate de un aerolito —dijo Conseil.

Una segunda piedra, cuidadosamente redondeada y que arrancó de la mano de Conseil un sabroso muslo de paloma, dio más peso aún a su observación.

Puestos los tres en pie y con el fusil al hombro, estábamos listos para responder a cualquier ataque.

—¿Son monos? —preguntó Ned Land.

—Casi —respondió Conseil—. Son salvajes.

—¡Deprisa, al bote! —dije, corriendo hacia el mar.

Había que batirse en retirada, pues una veintena de indígenas, armados con arcos y hondas, apareció en el lindero de un bosquecillo que ocultaba el horizonte, apenas a cien pasos a nuestra derecha.

El bote se hallaba varado a diez toesas de nosotros.

Los salvajes se iban acercando, sin correr pero prodigándonos los gestos más hostiles y lanzándonos una lluvia de flechas y piedras.

Ned Land no había querido abandonar sus provisiones y, pese al peligro inminente, salió huyendo con su cerdo cargado en un hombro y sus canguros en el otro.

En dos minutos estábamos en la playa. En un santiamén cargamos el bote con las provisiones y las armas, lo empujamos al mar y colocamos los dos remos. No habíamos avanzado ni dos cables cuando cien salvajes, aullando y gesticulando, se metieron en el agua hasta la cintura. Miré al *Nautilus* para ver si aquella aparición atraía a algunos hombres a la plataforma. Pero no. El enorme artefacto, tumbado a lo largo, permanecía absolutamente desierto.

Veinte minutos después subíamos a bordo. Las escotillas estaban abiertas y, tras amarrar el bote, entramos en el *Nautilus*.

Bajé al salón, del que se escapaban algunos acordes. Allí estaba el capitán Nemo, inclinado sobre su órgano y sumido en un éxtasis musical.

—¡Capitán! —exclamé.

No me oyó.

—¡Capitán! —repetí, tocándole el hombro.

Se estremeció y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Ah, es usted, profesor. Y bien, ¿qué tal la cacería? ¿Ha herborizado con éxito?

—Sí, capitán, pero por desgracia hemos atraído a una tropa de bípedos cuya proximidad me parece inquietante.

—¿Bípedos? ¿Cuáles?

—Salvajes.

—¡Salvajes! —respondió, irónico, el capitán Nemo—. ¿Y se extraña, profesor, de encontrar salvajes si pone el pie en tierra? ¿Dónde no los hay? Y los que usted llama salvajes, ¿son acaso peores que los otros?

—Pero, capitán...

—Yo los he encontrado en todas partes.

—Pues si no quiere recibirlos a bordo, haría bien en tomar algunas precauciones.

—Calma, profesor, no hay de qué preocuparse.

—Pero esos indígenas son muy numerosos.

—¿Cuántos ha contado?

—Cien, por lo menos.

—Señor Aronnax —respondió el capitán Nemo, posando nuevamente los dedos en las teclas del órgano—, aunque todos los indígenas de Papuasía se reunieran en esa playa, el *Nautilus* no tendría nada que temer de sus ataques.

Los dedos del capitán se deslizaron entonces por el teclado del instrumento y me fijé en que sólo pulsaba las teclas negras, lo que daba a sus melodías un aire típicamente escocés. Pronto olvidó mi presencia y se sumió en una ensoñación que no intenté disipar.

Subí de nuevo a la plataforma. Ya había anochecido, pues en esas latitudes tan bajas el sol se pone rápidamente y no existe el crepúsculo. Sólo difusamente pude ver la isla de Gueboroar, pero las numerosas fogatas encendidas en la playa indicaban que los indígenas no tenían intención de abandonarla.

Permanecí así varias horas, pensando en los indígenas —aunque sin temerlos, convencido gracias a la imperturbable confianza del capitán—, o bien olvidándolos para admirar el esplendor de la noche tropical. Mi mente voló a Francia, siguiendo las estrellas zodiacales que la iluminarían al cabo de unas horas. La luna resplandecía entre las constelaciones del cénit. Pensé entonces que el fiel y complaciente satélite volvería dos días después al mismo lugar para elevar las aguas y arrancar al *Nautilus* de su lecho de coral. Alrededor de medianoche, viendo que todo estaba en calma, así en las aguas oscuras como en la costa, volví a mi camarote y me dormí apaciblemente.

La noche transcurrió sin incidentes. Los papús se espantaron sin duda ante la

simple visión del monstruo varado en la bahía, pues las escotillas, que habían permanecido abiertas, les habrían permitido pasar fácilmente al interior del *Nautilus*.

A las seis de la mañana —8 de enero—, subí de nuevo a la plataforma. Las sombras de la mañana iban desapareciendo y pronto las brumas, al disiparse, dejaron ver la isla, primero sus playas y luego sus cumbres.

Los indígenas seguían allí, más numerosos que la víspera, quinientos o seiscientos tal vez. Algunos, aprovechando la marea baja, habían avanzado sobre las crestas de los corales hasta situarse a menos de dos cables del *Nautilus*. Los distinguí fácilmente. Eran verdaderos papús, de complexión atlética, hombres de bella raza, frente ancha y alta, nariz gruesa pero no achatada y dientes blancos. Su cabellera lanuda, teñida de rojo, contrastaba con sus cuerpos negros y relucientes como los de los nubios. Del lóbulo de sus orejas, cortado y dilatado, colgaban sartas de huesos. Los salvajes iban en su mayoría desnudos. Entre ellos vi algunas mujeres vestidas de las caderas a la rodillas con una verdadera crinolina de hierbas, sujeta por un cinturón vegetal. Algunos de sus jefes se adornaban el cuello con una medialuna y con collares de bisuterías rojas y blancas. Casi todos, armados con arcos, flechas y escudos, llevaban al hombro una especie de red con piedras redondeadas que lanzaban hábilmente con sus hondas.

Uno de esos jefes se había acercado bastante al *Nautilus* y lo examinaba atentamente. Debía de ser un «mado» de alto rango, pues iba envuelto en un manto de hojas de banano, dentado en los bordes y de colores llamativos.

Me habría sido fácil abatir al indígena, pues se hallaba a poca distancia, pero pensé que era mejor esperar verdaderas muestras de hostilidad por su parte. Entre europeos y salvajes, conviene que los primeros respondan y no ataquen.

Mientras la marea estuvo baja, los indígenas rondaron en torno al *Nautilus*, pero sin hacer demasiado ruido. Les oí repetir frecuentemente la palabra «assai», y por sus gestos comprendí que me invitaban a ir a tierra, invitación que creí conveniente declinar.

Ese día no salió el bote, para disgusto de Ned Land, que no pudo completar sus provisiones. El hábil canadiense empleó su tiempo en preparar las carnes y harinas que había traído de la isla Gueboroar. Los salvajes, por su parte, volvieron a tierra firme hacia las once de la mañana, en cuanto las crestas de coral empezaron a desaparecer bajo el flujo de la marea ascendente. Vi, no obstante, que su número había aumentado considerablemente en la playa. Probablemente venían de las islas vecinas o de la Papuasía propiamente dicha. Y sin embargo, yo no había visto ni una sola piragua indígena.



Sin nada mejor que hacer, se me ocurrió dragar aquellas aguas preciosas y límpidas que dejaban ver una profusión de conchas, zoófitos y plantas pelagianas. Era, además, el último día que el *Nautilus* pasaría en aquellos parajes si la pleamar lo sacaba a flote, tal como había prometido el capitán Nemo.

Pedí a Conseil que me trajera una draga pequeña y ligera, parecida a las que se utilizan para pescar ostras.

—¿Y los salvajes? —me preguntó Conseil—. Diga lo que diga el señor, no parecen mala gente.

—Pues son antropófagos, muchacho.

—Se puede ser antropófago y buena persona, como se puede ser glotón y honrado. Una cosa no quita la otra —respondió Conseil.

—Bien, Conseil, te concedo que son antropófagos honrados, y que devoran honradamente a sus prisioneros. Pero como yo no quiero que me devoren, ni siquiera honradamente, me mantendré en guardia, ya que el comandante del *Nautilus* no parece tomar ninguna precaución. Y ahora, manos a la obra.

Pasamos dos horas pescando, sin cobrar ninguna pieza singular. La draga se llenaba de orejas de mar, de arpas, de melanias y especialmente de los más hermosos peces martillo que yo había visto hasta entonces. Pescamos también algunas holoturias, ostras perlíferas y una docena de pequeñas tortugas que reservamos para la despensa de a bordo.

Pero cuando menos lo esperaba, puse la mano sobre una maravilla, o mejor dicho, sobre una deformidad natural muy difícil de encontrar. Conseil acababa de dragar y de subir su aparejo, cargado de diversas conchas bastante comunes, cuando me vio hundir rápidamente el brazo en la red, sacar una concha y lanzar un grito de conquiliólogo, es decir, el grito más estridente que puede brotar de garganta humana.

—Pero... ¿qué le ocurre al señor? ¿Le ha mordido algo? —preguntó Conseil, muy sorprendido.

—No, muchacho, aunque con gusto habría dado un dedo por mi descubrimiento.

—¿Cuál?

—Esta concha —dije, mostrando el objeto de mi entusiasmo.

—¡Pero si no es más que una oliva porfiria, género de las olivas, orden de los pernitibrancios, clase de los gasterópodos, rama de los moluscos...!

—Sí, Conseil, pero en vez de estar enrollada de derecha a izquierda, lo está de izquierda a derecha.

—¡No es posible! —exclamó Conseil.

—Sí, muchacho, es una concha siniestra.

—¡Una concha siniestra! —repitió Conseil, con el corazón palpitante.

—Mira su espira.

—¡Ah! ¡Créame el señor si le digo que nunca he sentido una emoción igual! —dijo Conseil, cogiendo la preciada concha con mano temblorosa.

Y era para estar emocionado. Se sabe, en efecto, como señalan los naturalistas, que el dextrismo es una ley de la naturaleza. Los astros y sus satélites, en su movimiento de traslación y rotación, se mueven de derecha a izquierda. El hombre se vale más a menudo de la mano derecha que de la izquierda y, por consiguiente,

sus instrumentos y aparatos, escaleras, cerraduras, resortes de reloj, etc., están concebidos para utilizarse de derecha a izquierda. Pues bien, la naturaleza generalmente ha seguido esta ley en la espiral de sus conchas. Todas son diestras, salvo raras excepciones, y cuando por azar su espira gira a la izquierda, los aficionados las pagan a precio de oro.

Conseil y yo estábamos embebidos en la contemplación de nuestro tesoro, con el que esperaba enriquecer el museo, cuando una inoportuna piedra lanzada por un indígena rompió el valioso objeto en la mano de Conseil.

Lancé un grito de desesperación. Conseil se abalanzó sobre su fusil y apuntó a un salvaje que agitaba su honda a diez metros de nosotros. Quise detenerlo, pero no pude, y su disparo destrozó el brazalete de amuletos que colgaba del brazo del indígena.

—¡Conseil! —exclamé.

—¿Qué? ¿El señor no ha visto que ese caníbal ha empezado el ataque?

—¡Una concha no vale una vida humana!

—¡Ah, el muy canalla! —exclamó Conseil—. ¡Habría preferido que me hubiera roto el hombro!

Conseil lo decía en serio, pero yo no pensaba igual. La situación había cambiado desde hacía unos instantes sin que nos diésemos cuenta, y una veintena de piraguas rodeaban al *Nautilus*. Las piraguas, construidas con troncos de árbol, largas, estrechas y bien diseñadas, se equilibraban por medio de un doble balancín de bambú que flotaba en la superficie. Las maniobraban hábiles remeros medio desnudos, y yo las veía avanzar no sin inquietud.

Era evidente que esos papús ya habían tenido relación con los europeos y que conocían sus navíos. Pero ¿qué pensarían de aquel largo cilindro de hierro varado en la bahía, sin mástiles ni chimenea? Nada bueno, sin duda, pues al principio se habían mantenido a respetuosa distancia. Sin embargo, al ver que no se movía, iban cogiendo poco a poco confianza y trataban de familiarizarse con él. Pues bien, era precisamente esa familiaridad lo que había que evitar. Nuestras armas, al no detonar, no podían producir un gran efecto sobre los indígenas, que sólo sienten respeto por los artefactos ruidosos. El rayo, sin el estrépito del trueno, asustaría poco a los hombres, aunque el peligro esté en el relámpago y no en el ruido.

Las piraguas se acercaron más al *Nautilus* y una nube de flechas cayó sobre él.

—¡Por todos los diablos! ¡Está granizando! —dijo Conseil—. ¡Y quizá sea un granizo envenenado!

—Hay que avisar al capitán Nemo —dije, introduciéndome por la escotilla.

Bajé al salón, pero no encontré a nadie. Me atreví a llamar a la puerta que daba al camarote del capitán. Alguien me respondió con un «Entre». Así lo hice, y hallé al capitán Nemo abstraído en un cálculo donde no faltaban las x y otros signos

algebraicos.

—¿Le molesto? —dijo por cortesía.

—Sí, señor Aronnax, pero supongo que tendrá serias razones para verme —respondió el capitán.

—Muy serias. Las piraguas de los indígenas nos rodean y en unos minutos nos asaltarán varios cientos de salvajes.

—¡Ah! —dijo tranquilamente el capitán Nemo—. ¿Han venido en sus piraguas?

—Sí, señor.

—Entonces, basta con cerrar las escotillas.

—Justamente, y venía a decirle...

—Nada más fácil —dijo el capitán Nemo.

Y pulsando un botón eléctrico, transmitió una orden al puesto de mando.

—Ya está —dijo, instantes después—. El bote está en su sitio y las escotillas cerradas. Imagino que no temerá usted que esos caballeros destrocen unas murallas que las balas de su fragata no han podido atravesar.

—No, capitán, pero sigue habiendo un peligro.

—¿Cuál?

—Que mañana, a la misma hora, habrá que volver a abrir las escotillas para renovar el aire del *Nautilus*.

—Sin duda, puesto que nuestro barco respira como los cetáceos.

—Pues bien, si en ese momento los papús ocupan la plataforma, no veo cómo podemos impedirles la entrada.

—Así que supone usted que subirán a bordo.

—Estoy seguro.

—Pues bien, que suban. No veo ninguna razón para impedirselo. En el fondo no son más que unos pobres diablos y no quiero que mi visita a la isla Gueboroar cueste la vida a uno solo de esos infelices.

Después de aquello iba a retirarme, pero el capitán Nemo me retuvo y me invitó a sentarme a su lado. Me preguntó con interés por nuestras excursiones y nuestras cacerías en tierra, y no pareció comprender la necesidad de carne que sentía el canadiense. Luego la conversación tocó diversos temas y, sin ser más comunicativo, el capitán Nemo se mostró más amable.

Entre otras cosas hablamos de la situación del *Nautilus*, encallado en el mismo estrecho donde Dumont d'Urville a punto estuvo de naufragar. Sobre esto me dijo el capitán:

—Él fue uno de sus más grandes marinos y uno de sus más inteligentes navegantes. Es el capitán Cook de ustedes, los franceses. ¡Qué mala suerte la de este sabio! Desafiar a los bancos de hielo del Polo Sur, a los arrecifes de Oceanía y a los caníbales del Pacífico para acabar muriendo miserablemente en un tren...

Si ese paladín pudo reflexionar en los últimos segundos de su vida, ¿se figura usted cuáles debieron de ser sus últimos pensamientos?

Al decir esto, el capitán Nemo parecía emocionado, emoción que yo puse en su haber.

Luego, mapa en mano, repasamos los trabajos del navegante francés, sus viajes de circunnavegación, sus dos tentativas de llegar al Polo Sur, que propiciaron el descubrimiento de las tierras de Adelia y de Luis Felipe, y, finalmente, sus mapas hidrográficos de las principales islas de Oceanía.

—Lo que su D'Urville hizo en la superficie del mar, lo he hecho yo en el seno del océano, y más plena y fácilmente que él —dijo el capitán Nemo—. El *Astrolabe* y la *Zelée*, continuamente sacudidos por los huracanes, no podían equipararse al *Nautilus*, tranquilo gabinete de trabajo, verdaderamente sedentario en mitad de las aguas.

—Sin embargo, capitán, hay un punto de semejanza entre las corbetas de Dumont d'Urville y el *Nautilus*.

—¿Cuál?

—Que el *Nautilus* ha encallado como ellas.

—El *Nautilus* no ha encallado —me respondió fríamente el capitán Nemo—. Está hecho para reposar en el lecho de los mares, y yo no emprenderé los penosos esfuerzos y maniobras que tuvo que hacer D'Urville para refloatar sus corbetas. El *Astrolabe* y la *Zelée* a punto estuvieron de naufragar, pero mi *Nautilus* no corre ningún peligro. Mañana, en el día y a la hora previstos, la marea lo elevará suavemente y reanudará su navegación por los mares.

—Capitán, no dudo...

—Mañana —dijo el capitán, levantándose—, mañana, a las dos y cuarenta de la tarde, el *Nautilus* flotará y abandonará sin avería alguna el estrecho de Torres.

Pronunciadas estas palabras con tono cortante, se despidió con una ligera inclinación, y yo regresé a mi camarote. Allí encontré a Conseil, deseoso de saber el resultado de mi entrevista con el capitán.

—Muchacho, cuando le dije que creía que su *Nautilus* estaba amenazado por los indígenas de la Papuasía, el capitán me respondió muy irónicamente. Así que sólo te digo una cosa: confía en él y acuéstate tranquilo.

—¿El señor no precisará de mis servicios?

—No, amigo mío. ¿Qué hace Ned Land?

—El señor me disculpará, pero el amigo Ned está elaborando un paté de canguro que será una maravilla.

Una vez solo, me acosté, pero dormí bastante mal. Oía el ruido de los salvajes, que pisoteaban la plataforma mientras lanzaban gritos ensordecedores. La noche transcurrió así, sin que la tripulación saliera de su inercia habitual. No se

inquietaba por la presencia de los caníbales más de lo que los soldados de un fuerte se preocupan por las hormigas que corren por sus empalizadas.

Me levanté a las seis de la mañana. Aún no se habían abierto las escotillas. Por lo tanto, no se había renovado el aire en el interior, pero los depósitos, cargados para cualquier imprevisto, cumplieron su función y lanzaron algunos metros cúbicos de oxígeno a la enrarecida atmósfera del *Nautilus*.

Trabajé en mi camarote hasta mediodía, sin haber visto en ningún momento al capitán Nemo. No parecía que se hiciera a bordo ningún preparativo para zarpar.

Esperé un poco más y luego fui al salón. El reloj marcaba las dos y media. En diez minutos la marea debería haber alcanzado su punto álgido, y si el capitán Nemo no había hecho una promesa temeraria, el *Nautilus* se liberaría rápidamente. En caso contrario, pasarían meses hasta que pudiera abandonar su lecho de coral. Pronto se dejaron sentir algunos zarandeos premonitorios en el casco de la nave, y oí las asperezas calcáreas del arrecife rechinando contra la borda.

A las dos y treinta y cinco el capitán Nemo apareció en el salón.

—Vamos a zarpar —dijo.

—¡Ah!

—He dado orden de abrir las escotillas.

—¿Y los papús?

—¿Los papús? —respondió el capitán Nemo, encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿No van a entrar en el *Nautilus*?

—¿Y cómo van a hacerlo?

—Metiéndose por las escotillas que usted va a mandar abrir.

—Señor Aronnax —respondió tranquilamente el capitán Nemo—, así no se entra por las escotillas del *Nautilus*, ni aun cuando estén abiertas.

Me quedé mirándole.

—¿No lo comprende?

—No.

—Entonces, venga y lo verá usted mismo.

Me dirigí a la escalera central, donde Ned Land y Conseil, muy intrigados, observaban cómo algunos miembros de la tripulación abrían las escotillas, mientras del exterior llegaban gritos de rabia y un espantoso vocerío.

Se abrieron las troneras y aparecieron veinte horribles figuras. Pero el primero de los indígenas que agarró el pasamanos de la escalera fue expulsado hacia atrás por no sé qué fuerza invisible y huyó dando terribles alaridos y brincos exorbitantes.

Diez de los suyos le siguieron, y los diez corrieron igual suerte.

Conseil estaba extasiado. Ned Land, llevado por sus instintos violentos, se

lanzó a la escalera, pero en cuanto tocó el pasamanos también cayó derribado.

—¿Pero qué diablos...? —bramó—. ¡He caído fulminado!

Esa palabra me lo explicó todo. No era un pasamanos, sino un cable metálico cargado de la electricidad del barco que llegaba hasta la plataforma. El que lo tocaba sufría una tremenda sacudida, que habría sido mortal si el capitán Nemo hubiera lanzado a ese conductor toda la corriente de sus aparatos. Puede decirse que entre sus asaltantes y él había tendido una red eléctrica que no se podía franquear impunemente.

Los papús se habían batido en retirada, enloquecidos de terror, mientras nosotros, medio riendo, consolábamos y fricciónábamos al pobre Ned Land, que juraba como un poseso.

En ese momento el *Nautilus*, elevado por las últimas ondas de la marea, abandonó su lecho de coral en el minuto exacto previsto por el capitán. Su hélice batió las aguas con lentitud majestuosa. Su velocidad fue aumentando poco a poco y, navegando por la superficie, abandonó sano y salvo los peligrosos pasos del estrecho de Torres.

XXIII

AEGRI SOMNIA

Al día siguiente, 10 de enero, el *Nautilus* reanudó su marcha entre dos aguas, pero a una velocidad considerable que no pude estimar en menos de treinta y cinco millas por hora. La rapidez de su hélice era tal que no era posible seguir ni contar sus giros.

Al pensar que aquel maravilloso agente eléctrico, tras haber dado movimiento, calor y luz al *Nautilus*, lo protegía también de ataques exteriores y lo transformaba en un arca sagrada que ningún profanador podía tocar sin caer fulminado, mi admiración ya no tenía límites, y del aparato se extendió al ingeniero que lo había creado.

Marchábamos directamente al oeste, y el 11 de enero doblamos el cabo Wessel, situado a 135° de longitud y a 10° de latitud norte, que forma la punta oriental del golfo de Carpentaria. Los arrecifes seguían siendo numerosos, pero más dispersos, y estaban señalados en el mapa con extrema precisión. El *Nautilus* sorteó fácilmente los rompientes de Money a babor y los arrecifes Victoria a estribor, situados a 130° de longitud sobre el paralelo 10 que seguíamos rigurosamente.

El 13 de enero el capitán Nemo, llegados al mar de Timor, avistó la isla del mismo nombre a 122° de longitud. Esta isla, cuya superficie es de mil seiscientos veinticinco leguas cuadradas, está gobernada por rajás. Estos príncipes dicen ser hijos de cocodrilos, es decir, nacidos del origen más elevado al que puede aspirar un ser humano. Por eso sus escamosos antepasados abundan en los ríos de la isla y son objeto de una veneración especial. Se les protege, se les mimas, se les adula, se les da de comer, se les ofrendan jóvenes muchachas, ¡y ay del extranjero que ponga las manos sobre esos lagartos sagrados!

Pero el *Nautilus* no tuvo que mezclarse con esos feos animales. Timor no fue visible más que un instante a mediodía, mientras el segundo fijaba la posición. Asimismo, sólo pude entrever la pequeña isla Rotti, que forma parte de ese grupo y cuyas mujeres son muy reputadas por su belleza en los mercados malayos.

A partir de ese punto, el *Nautilus* desvió su dirección en latitud hacia el sudoeste y puso rumbo al océano Índico. ¿Adónde nos llevaría la fantasía del capitán Nemo? ¿Subiría hacia las costas de Asia? ¿Se acercaría a las costas de Europa? Decisiones poco probables en un hombre que rehuía los continentes habitados. ¿Descendería, pues, hacia el sur? ¿Doblaría acaso el cabo de Buena Esperanza y luego el cabo de Hornos para dirigirse al Polo Antártico? ¿O

regresaría hacia los mares del Pacífico, donde su *Nautilus* encontraba una navegación fácil e independiente? El tiempo nos lo diría.

Tras haber bordeado los escollos de Cartier, Hibernia, Seringapatam y Scott, últimos esfuerzos del elemento sólido contra el elemento líquido, el 14 de enero nos hallábamos más allá de todas las tierras. El *Nautilus* redujo considerablemente su velocidad y, navegando caprichosamente, tan pronto nadaba bajo el agua como flotaba en la superficie.

Durante este tramo del viaje, el capitán Nemo hizo algunos experimentos interesantes sobre las diferentes temperaturas a distintas profundidades. En condiciones normales, estos datos se obtienen por medio de instrumentos bastante complejos cuyos resultados son al menos dudosos, ya se trate de sondas termométricas, cuyos cristales a menudo se rompen por la presión del agua, o de aparatos basados en la variación de resistencia de los metales a las corrientes eléctricas. Los resultados así obtenidos no pueden controlarse suficientemente. El capitán Nemo, por el contrario, iba a buscar en persona la temperatura a las profundidades del mar, y su termómetro, puesto en comunicación con las diversas capas líquidas, le daba con toda inmediatez y exactitud los grados buscados.

De ese modo, ya sobrecargando sus depósitos, ya descendiendo oblicuamente por medio de sus planos inclinados, el *Nautilus* alcanzó sucesivamente profundidades de tres, cuatro, cinco, siete, nueve y diez mil metros. El resultado definitivo de tales experimentos fue que el mar presentaba una temperatura constante de cuatro grados y medio a una profundidad de mil metros y en todas las latitudes.

Seguí aquellos experimentos con el mayor interés. El capitán Nemo ponía en ellos auténtica pasión. A menudo me pregunté con qué objetivo hacía tales observaciones. ¿Por el bien de sus semejantes? No era probable, pues un día u otro sus investigaciones terminarían desapareciendo con él en algún mar desconocido. A no ser que me destinara a mí el resultado de sus experimentos. Pero eso era como admitir que mi extraño viaje tenía un término, y ese término yo no lo vislumbraba.

Fuera como fuese, el capitán Nemo también me reveló unas cifras obtenidas por él y que daban cuenta de las densidades del agua en los principales mares del planeta. De esa comunicación extraje una enseñanza personal que nada tenía de científica.

Fue a primera hora del 15 de enero. El capitán y yo estábamos paseando por la plataforma cuando él me preguntó si conocía las diferentes densidades que presentan las aguas del mar. Yo le respondí que no y añadí que la ciencia carecía de investigaciones rigurosas al respecto.

—Yo he hecho esas investigaciones —me dijo—, y puedo afirmar su exactitud.

—Bien, pero el *Nautilus* es un mundo aparte y los secretos de sus sabios no llegan a la tierra.

—Tiene razón, profesor —dijo, tras unos instantes de silencio—. Es un mundo aparte. Es tan ajeno a la tierra como los planetas que acompañan al planeta alrededor del sol, y nunca conoceremos los trabajos de los sabios de Saturno o de Júpiter. Pero, puesto que el azar ha unido nuestras vidas, voy a comunicarle el resultado de mis investigaciones.

—Le escucho, capitán.

—Como sabe, profesor, el agua del mar es más densa que el agua dulce, pero esta densidad no es uniforme. Si establezco en uno la densidad del agua dulce, obtendría uno con veintiocho milésimas en las aguas del Atlántico, uno con veintiséis milésimas en las del Pacífico, uno con treinta milésimas en las del Mediterráneo...

«Ah», pensé, «se va a aventurar por el Mediterráneo».

—... uno con dieciocho milésimas en las aguas del mar Jónico y uno con veintinueve milésimas en las del Adriático.

Decididamente, el *Nautilus* no rehuía los mares más frecuentados de Europa, y concluí que nos llevaría —muy pronto, tal vez— hacia continentes más civilizados. Pensé que Ned Land recibiría esta noticia con gran satisfacción.

Pasamos varios días efectuando experimentos de todo tipo, bien sobre los grados de salinidad del agua a distintas profundidades, bien sobre su electrización, o bien sobre su coloración o transparencia, y en todos los casos el capitán Nemo desplegó tanto ingenio como amabilidad hacia mí. Luego pasaron algunos días sin que volviera a verle, y otra vez me quedé como aislado a bordo.

El 16 de enero, el *Nautilus* parecía dormir a unos metros solamente bajo la superficie. Sus aparatos eléctricos no estaban encendidos y su hélice, inmóvil, lo dejaba vagar a la deriva. Supuse que la tripulación estaba ocupada en reparaciones internas, exigidas por la violencia de los movimientos mecánicos de la máquina.

Mis compañeros y yo presenciábamos entonces un curioso espectáculo. Los paneles del salón estaban abiertos y, como el fanal del *Nautilus* no estaba encendido, una vaga oscuridad reinaba en medio de las aguas. El cielo, tormentoso y cubierto de espesos nubarrones, daba una claridad insuficiente a las capas superficiales del océano.

Yo observaba el estado del mar en esas condiciones, y los peces más grandes no me parecían más que sombras apenas figuradas, cuando el *Nautilus* se vio súbitamente transportado a plena luz. Primero creí que el fanal se había encendido y proyectaba su resplandor eléctrico en la masa líquida. Pero me equivocaba, y tras una rápida observación reconocí mi error.

El *Nautilus* flotaba en medio de una capa fosforescente, que en esa oscuridad

se tornaba deslumbrante. Estaba producida por un sinfín de animálculos luminosos cuyo brillo aumentaba al deslizarse sobre el casco metálico del barco. Percibí destellos en medio de esas aguas luminosas, como ríos de plomo fundido en un horno o masas metálicas incandescentes, de suerte que, por contraste, algunas zonas luminosas se hallaban en sombra en ese medio ígneo del que la oscuridad parecía desterrada. No, no era la irradiación serena de nuestra iluminación habitual. Había en ella un vigor y un movimiento insólitos. ¡Se diría una luz viva!

Y en efecto, era una aglomeración infinita de infusorios pelagianos, de noctilucas miliares, verdaderos glóbulos de gelatina diáfana provistos de un tentáculo filiforme y de los que se han contado hasta veinticinco mil en treinta centímetros cúbicos de agua. Además, su luminosidad se redoblaban por los resplandores típicos de las medusas, las asterias, las aurelias, las barrenas y otros zoófitos fosforescentes, impregnados de la espuma de las materias orgánicas descompuestas por el mar, y tal vez de la mucosidad secretada por los peces.

Durante varias horas, el *Nautilus* flotó en esas ondas brillantes, y nuestra admiración aumentó al ver a los grandes animales marinos solazarse en ellas como salamandras. Ví allí, en medio de ese fuego que no quemaba, marsopas veloces y elegantes, infatigables payasos de los mares e istióforos de tres metros de largo, considerados precursores de los huracanes y cuya formidable espada golpeaba a veces el cristal del salón. Luego aparecieron peces más pequeños, variados pejepercos, escómbridos saltadores, nasones unicornio y mil más que salpicaban en su carrera la luminosa atmósfera.

¡Qué espectáculo tan maravilloso y deslumbrante! Quizá alguna condición atmosférica aumentara la intensidad de ese fenómeno. Tal vez se estuviera desencadenando una tormenta en la superficie del océano, pero a unos metros de profundidad el *Nautilus* no sentía su furia y se mecía apaciblemente en las aguas tranquilas.

Avanzábamos así, continuamente extasiados por alguna nueva maravilla. Conseil observaba y clasificaba sus zoófitos, sus articulados, sus moluscos y sus peces. Los días se iban rápidamente y yo ya nos los contaba. Ned, fiel a su costumbre, trataba de variar el menú de a bordo. Como auténticos caracoles nos habíamos acostumbrado a nuestro caparazón, y puedo afirmar que es fácil convertirse en un verdadero caracol. Así, esa vida nos parecía fácil y natural, y no imaginábamos que existiese una vida diferente en la superficie terrestre. Pero se produjo un acontecimiento que nos recordó lo extraño de nuestra situación.

El 18 de enero, el *Nautilus* se hallaba a 105° de longitud y a 15° de latitud meridional. El tiempo amenazaba tormenta y el mar estaba encrespado. Soplaban un fuerte viento del este y el barómetro, que había bajado desde hacía algunos días, anunciaba una tempestad inminente.

Yo había subido a la plataforma mientras el segundo efectuaba sus mediciones de los ángulos horarios. Esperaba, como de costumbre, que se repitiera la frase habitual, pero ese día fue sustituida por otra no menos incomprensible. Casi inmediatamente vi aparecer al capitán Nemo, que, provisto de un catalejo, escrutó el horizonte. El capitán permaneció inmóvil algunos minutos, sin apartar la mirada de su objetivo. Luego bajó el catalejo e intercambió una docena de palabras con su segundo. Éste parecía sobrecogido por una emoción que trataba de contener en vano. El capitán Nemo, más dueño de sí, se mantenía sereno. Pareció, no obstante, hacer algunas objeciones a las que el segundo respondió con un par de afirmaciones categóricas, o al menos así lo entendí, a juzgar por la diferencia en su tono y en sus gestos.

Yo había mirado atentamente en la misma dirección que el capitán Nemo, sin percibir nada extraño. El cielo y el agua se confundían en una línea del horizonte perfectamente definida.

Sin embargo, el capitán Nemo se paseaba de un extremo al otro de la plataforma, sin mirarme... y tal vez sin verme. Su paso era firme, pero menos regular que de costumbre. A veces se detenía y, con los brazos cruzados, observaba el mar. ¿Qué podía buscar en ese espacio inmenso? El *Nautilus* se hallaba a varios cientos de millas de la costa más cercana.

El segundo había cogido de nuevo el catalejo y escrutaba obstinadamente el horizonte. Iba de un lado al otro y daba patadas al suelo, contrastando con su jefe por su agitación nerviosa.

El misterio debía esclarecerse necesariamente, y en breve, pues a una orden del capitán Nemo la máquina, aumentando su potencia, imprimió a la hélice una rotación más rápida.

En ese momento el segundo llamó nuevamente la atención del capitán. Éste suspendió su paseo, apuntó el catalejo hacia el lugar señalado y estuvo un buen rato observando.

Sumamente intrigado, bajé al salón y volví con un excelente catalejo que solía utilizar. Luego, apoyado en la cabina del fanal que sobresalía a proa, me dispuse a observar la línea del horizonte. Pero antes de que pudiese aplicar los ojos al ocular, alguien me arrancó violentamente el instrumento de las manos. Me giré y vi al capitán Nemo delante de mí, pero no lo reconocí. Su rostro se había transfigurado. Sus ojos brillaban con un fulgor sombrío bajo su ceño fruncido, su boca dejaba entrever los dientes apretados, sus puños crispados y su cabeza hundida entre los hombros revelaban el odio violento que rezumaba todo su ser. No se movía. El catalejo que me había arrancado fue rodando hasta sus pies.

¿Era yo el causante involuntario de esa cólera? ¿Se pensaba ese incomprensible personaje que yo había descubierto algún secreto prohibido a los huéspedes del

Nautilus?

No, no era yo el objeto de ese odio, pues no me miraba, sino que seguía con la atención fija en el impenetrable punto del horizonte.

Finalmente, el capitán Nemo recuperó el dominio de sí mismo. Su fisonomía, tan profundamente alterada, recobró su serenidad habitual. Tras dirigir a su segundo algunas palabras en aquel idioma extraño, se volvió hacia mí y, en tono bastante imperioso, dijo:

—Señor Aronnax, voy a pedirle que respete uno de los compromisos que le ligan a mí.

—¿De qué se trata, capitán?

—Usted y sus compañeros deben dejar que los encierre hasta que estime conveniente devolverles la libertad.

—Usted es quien manda —le respondí, mirándole fijamente—. ¿Pero puedo hacerle una pregunta?

—No, señor.

Ante esa respuesta, no había nada que discutir y sólo me quedaba obedecer, pues hubiera sido inútil resistirse.

Regresé al camarote que ocupaban Ned Land y Conseil y les comuniqué la decisión del capitán. No hará falta describir cómo recibió la noticia el canadiense. Además, no había tiempo para explicaciones. Cuatro miembros de la tripulación esperaban en la puerta y nos condujeron a la celda donde habíamos pasado nuestra primera noche a bordo del *Nautilus*. Ned Land quiso protestar, pero la puerta se cerró tras él por toda respuesta.

—¿El señor puede explicarme qué significa todo esto? —preguntó Conseil.

Conté a mis compañeros lo sucedido. Se quedaron tan sorprendidos y desconcertados como yo.

Sumido en un abismo de reflexiones, no se me iba de la cabeza la extraña expresión del capitán Nemo. Incapaz de ligar dos ideas coherentes, barajaba las hipótesis más absurdas cuando Ned Land me sacó de mi ensimismamiento con las siguientes palabras:

—El almuerzo está servido.

En efecto, la mesa estaba puesta. Era evidente que el capitán Nemo lo había ordenado mientras aceleraba la marcha del *Nautilus*.

—¿El señor me permitirá que le haga una recomendación? —preguntó Conseil.

—Por supuesto, muchacho.

—Pues bien, coma el señor. Es lo más prudente, pues no sabemos lo que puede pasar.

—Tienes razón, Conseil.

—Por desgracia sólo nos han dado el menú de a bordo —dijo Ned Land.

—Amigo mío, ¿qué diría si nos hubieran dejado sin comer? —replicó Conseil.

Este razonamiento cortó en seco las recriminaciones del arponero.

Nos sentamos a la mesa y comimos en silencio. Yo comí poco, Conseil «se obligó» a hacerlo, siempre por prudencia, y Ned Land, dijera lo que dijera, no perdió bocado. Una vez terminado el almuerzo, cada uno se acomodó en su rincón.

Entonces el globo luminoso que iluminaba la celda se apagó, dejándonos en una oscuridad profunda. Ned Land no tardó en dormirse y, lo que me extrañó, Conseil se sumió en un profundo letargo. Me preguntaba qué había podido provocarle esa imperiosa necesidad de dormir cuando sentí que me invadía un fuerte sopor. Mis ojos, que trataba de mantener abiertos, se cerraban contra mi voluntad. Era víctima de una extraña alucinación. Evidentemente, habían mezclado sustancias somníferas en los alimentos que acabábamos de comer. ¡No bastaba, pues, la prisión para ocultarnos los planes del capitán Nemo, también tenía que dormirnos!

Oí el ruido de las escotillas al cerrarse. Cesaron las ondulaciones del mar, que provocaban un ligero balanceo. ¿El *Nautilus* había abandonado la superficie del mar? ¿Había vuelto a las capas inmóviles de las profundidades?

Intenté resistirme al sueño, pero fue imposible. Mi respiración se fue debilitando. Sentía que un frío mortal congelaba mis miembros, pesados y paralizados. Mis párpados, auténticos mantos de plomo, cayeron sobre mis ojos y ya no pude levantarlos. Un sueño mórbido y alucinatorio se apoderó de mí. Luego las visiones desaparecieron y me dejaron sumido en un completo desconcierto.



XXIV

EL REINO DE CORAL

Al día siguiente me desperté con la mente especialmente despejada y vi con sorpresa que estaba en mi camarote. Mis compañeros también debían de haber sido devueltos al suyo sin darse cuenta. Ignoraban lo sucedido aquella noche, como lo ignoraba yo, y para desvelar ese misterio sólo contaba con los azares del porvenir.

Pensé en salir de mi camarote. ¿Era, una vez más, libre o prisionero? Enteramente libre. Abrí la puerta, avancé por las crujías y subí la escalera central. Las escotillas, cerradas la víspera, estaban abiertas. Llegué a la plataforma. Ned Land y Conseil me estaban esperando. Les pregunté, pero no sabían nada. Sumidos en un sueño profundo que no les había dejado ningún recuerdo, se sorprendieron al verse de nuevo en su camarote.

En cuanto al *Nautilus*, nos pareció tan tranquilo y misterioso como siempre. Flotaba sobre la superficie del mar a velocidad moderada. Nada parecía haber cambiado a bordo.

Ned Land escrutaba el mar con sus penetrantes ojos. No había nada a la vista, y el canadiense no advirtió nada nuevo en el horizonte, ni barcos ni tierra. Soplaban una sonora brisa del oeste y las largas olas, encrespadas por el viento, imprimían al aparato un sensible balanceo.

Tras haber renovado sus reservas de aire, el *Nautilus* se mantenía a una profundidad media de quince metros para poder volver rápidamente a la superficie, operación que, contrariamente a lo que era habitual, fue practicada varias veces aquel 19 de enero. Entonces el segundo subía a la plataforma y la frase habitual resonaba en el interior de la nave.

El capitán Nemo no apareció. De la tripulación sólo vi al impassible criado, que me servía con su exactitud y mutismo habituales.

Hacia las dos me hallaba en el salón clasificando mis notas, cuando el capitán abrió la puerta. Lo saludé, y él me devolvió un saludo mudo y casi imperceptible. Volví a mi trabajo, esperando que tal vez me diera alguna explicación por los acontecimientos de la noche anterior, pero no dijo nada. Lo miré. El sueño no había refrescado sus ojos enrojecidos. Su rostro expresaba una profunda tristeza, una congoja real. Iba de un lado a otro, se sentaba y se levantaba, cogía un libro al azar y lo soltaba enseguida, consultaba sus instrumentos sin tomar sus notas habituales y parecía incapaz de permanecer un momento quieto.

Finalmente, vino hacia mí y dijo:

—¿Es usted médico, señor Aronmax?

Me esperaba tan poco esa pregunta que me quedé mirándolo sin decir nada.

—¿Es usted médico? —repitió—. Varios de sus colegas han hecho estudios de medicina, como Gratiolet, Moquin-Tandon y otros.

—En efecto —dije—, soy doctor y he sido médico interno en hospitales. Practiqué durante varios años antes de entrar en el museo.

—Bien.

Mi respuesta satisfizo evidentemente al capitán, pero, sin saber adónde quería ir a parar, esperé que me hiciera más preguntas, reservándome la opción de responder según las circunstancias.

—¿Accedería a atender a uno de mis hombres?

—¿Tiene a un enfermo?

—Sí.

—Estoy listo para seguirle.

—Venga conmigo.

Confieso que el corazón me latía con fuerza. No sé por qué veía cierta conexión entre la enfermedad de un tripulante y los acontecimientos de la víspera, y ese misterio me preocupaba al menos tanto como el enfermo.

El capitán Nemo me condujo a la popa del *Nautilus* y me hizo entrar en una cabina situada junto al puesto de la tripulación. Allí, en una cama, yacía un hombre de unos cuarenta años y figura enérgica, verdadero tipo del anglosajón.

Me incliné sobre él y vi que no era un simple enfermo, sino un herido. Su cabeza, vendada con paños sanguinolentos, reposaba en una doble almohada. Le quité los vendajes y el herido, mirándome fijamente con sus grandes ojos, me dejó hacer sin emitir ni una sola queja.

La herida era horrible. El cráneo, golpeado por un instrumento contundente, dejaba el cerebro al descubierto. La sustancia cerebral había sufrido un profundo deterioro y se habían formado coágulos de sangre en la masa difluente, que presentaban un color burdeos. Se había producido a la vez contusión y conmoción cerebrales. La respiración del enfermo era lenta y algunos movimientos espasmódicos de los músculos agitaban su rostro. La flegmasía cerebral era completa y entrañaba la parálisis sensitiva y motriz.

Le tomé el pulso. Era intermitente. Sus extremidades comenzaban a enfriarse y comprendí que la muerte se acercaba sin que me pareciera posible evitarla. Tras vendar a aquel infeliz, me volví hacia el capitán Nemo:

—¿Cómo se ha hecho esta herida?

—¡Qué importa! —respondió evasivamente el capitán—. Un choque del *Nautilus* ha roto una de las palancas de la máquina, que ha golpeado a este hombre. Pero, dígame, ¿cómo está?

Al verme vacilar, el capitán dijo:

—Puede hablar con libertad. Este hombre no entiende el francés.

Miré por segunda vez al herido y respondí:

—Este hombre morirá en un par de horas.

—¿No hay nada que hacer?

—No.

Vi cómo las manos del capitán se crispaban y unas lágrimas caían de sus ojos, que yo no creía hechos para el llanto.

Durante unos instantes seguí observando al moribundo al que la vida se le iba escapando poco a poco. Su palidez aumentaba bajo la luz eléctrica que bañaba su lecho de muerte. Observé su rostro inteligente, surcado de prematuras arrugas que la desdicha y tal vez la miseria habían grabado tiempo atrás en su cara, mientras trataba de sorprender el secreto de la vida en las últimas palabras escapadas de sus labios.

—Puede retirarse, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo.

Dejé al capitán en la cabina del moribundo, y volví a mi camarote, muy impresionado por aquella escena. Durante todo el día me agitaron siniestros pensamientos. Por la noche dormí mal y, entre mis sueños frecuentemente interrumpidos, me pareció oír suspiros lejanos y una especie de salmodia fúnebre. ¿Era la oración por los difuntos, murmurada en esa lengua que yo no podía comprender?

Al día siguiente, por la mañana, subí al puente. El capitán Nemo me había precedido, y nada más verme vino hacia mí.

—Profesor, ¿qué le parecería hacer hoy una excursión submarina?

—¿Con mis compañeros?

—Sí, si quieren.

—Estamos a sus órdenes, capitán.

—Entonces, vayan a ponerse las escafandras.

Ni una palabra sobre el moribundo o el muerto. Fui a buscar a Ned Land y a Conseil y les comuniqué la propuesta del capitán Nemo. Conseil aceptó enseguida y esta vez el canadiense se mostró muy dispuesto a seguirnos.

Eran las ocho de la mañana, y a las ocho y media ya estábamos vestidos para el nuevo paseo, provistos de dos aparatos para alumbrarnos y respirar. Se abrió la doble puerta y, acompañados del capitán Nemo, al que seguían doce de sus hombres, pusimos el pie a una profundidad de diez mil metros en el suelo firme donde reposaba el *Nautilus*.

Una ligera pendiente desembocaba en un fondo accidentado, a unas quince brazas de profundidad. El fondo difería completamente del que había visitado en mi primera excursión bajo las aguas del océano Pacífico. Ni arena fina ni praderas

submarinas ni bosques pelagianos. Reconocí inmediatamente la maravillosa región que ese día iba a mostrarnos el capitán Nemo. Era el reino de coral.

En la rama de los zoófitos, clase de los alcionios, figura el orden de los gorgonarios, que comprende tres grupos: los gorgonios, los isidianos y los coralinos. A este último pertenece el coral, curiosa sustancia que ha sido clasificada alternativamente en los reinos mineral, vegetal y animal. Remedio para los antiguos, joya para los modernos, no fue hasta 1694 cuando el marsellés Peyssonnel lo incluyó definitivamente en el reino animal.

El coral es un conjunto de animálculos reunidos en un polípero de naturaleza quebradiza y pedregosa. Estos políperos tienen un generador único que los produjo por brotes y poseen una existencia propia, al tiempo que participan de la vida común. Se trata, pues, de una especie de socialismo natural. Yo conocía los últimos trabajos sobre este extraño zoófito que se mineraliza arborizándose, según la acertada observación de los naturalistas, y nada podía interesarme más que visitar uno de los bosques petrificados que la naturaleza ha plantado en el fondo del mar.

Encendimos los aparatos Ruhmkorff y seguimos un banco de coral en vías de formación que, con el tiempo, cerrará un día esta parte del océano Índico. El camino estaba bordeado por una inextricable espesura de arbustos enmarañados y cubiertos de florecillas estrelladas con rayas blancas. Pero, a diferencia de las plantas terrestres, esas arborizaciones, fijadas a las rocas del suelo, se extendían de arriba abajo.

La luz producía mil efectos deslumbrantes entre aquellos ramajes tan vivamente coloreados. Me parecía que los tubos membranosos y cilíndricos temblaban bajo la ondulación de las aguas. Tuve la tentación de coger sus frescas corolas, adornadas con delicados tentáculos, unas recién desplegadas y otras apenas nacientes, mientras gráciles peces las rozaban al pasar como bandadas de pájaros. Pero en cuanto acercaba la mano a esas flores vivas, a esas criaturas extremadamente sensibles, la colonia entera se ponía en alerta. Las corolas blancas se replegaban en sus estuches rojos, las flores se desvanecían ante mis ojos y el arbusto se convertía en un bloque de pétreos mamelones.

El azar me había puesto ante los más preciados ejemplares de este zoófito. Aquel coral era tan valioso como el que se pesca en el Mediterráneo, en las costas de Francia, Italia y del norte de África, y justificaba por sus tonos vivos los poéticos nombres de flor y espuma de sangre que el comercio da a sus más bellos productos. El coral se vende hasta a quinientos francos el kilo y, en ese lugar, las capas líquidas contenían la fortuna de todo un mundo de coraleros. Esta materia preciosa, a menudo mezclada con otros políperos, formaba los conjuntos compactos e inextricables llamados «macciota», entre los que vi soberbios ejemplares de coral rosa.

Pero pronto los arbustos se espesaron y crecieron las arborizaciones. Ante nosotros se abrieron auténticos bosquecillos petrificados y largos corredores de una arquitectura fantástica. El capitán Nemo entró en una oscura galería cuya suave pendiente nos llevó a una profundidad de cien metros. La luz de nuestros serpentines a veces producía efectos mágicos, al reflejarse en las rugosas asperezas de esas galerías naturales y en las pechinas dispuestas como arañas de cristal, a las que arrancaba destellos de fuego. Entre los arbustos coralinos vi otros pólipos no menos curiosos; melitas; iris con ramificaciones articuladas; matojos de coralinas, unas verdes y otras rojas, verdaderas algas encostradas en sus sales calcáreas que los naturalistas, tras largas discusiones, han clasificado definitivamente en el reino vegetal. Pero, como dijo un pensador: «Quizá sea allí donde la vida se sacude oscuramente su sueño de piedra, sin desprenderse aún de ese tosco punto de partida».

Tras dos horas de marcha habíamos alcanzado una profundidad de trescientos metros, es decir, justo el límite donde empieza a formarse el coral. Pero allí ya no había arbustos aislados, ni la modesta espesura del monte bajo. Era el bosque inmenso, las grandes vegetaciones minerales, los enormes árboles petrificados, unidos por guirnalda de elegantes plumarias, esas lianas del mar llenas de matices y reflejos. Pasamos fácilmente bajo sus altos ramajes perdidos en la oscuridad de las aguas, mientras, a nuestros pies, las tubíperas, las meandrinas, las astreas, las fungias y las cariófilas formaban una alfombra de flores, sembrada de gemas deslumbrantes.

¡Qué indescriptible espectáculo! ¡Y no poder comunicar nuestras sensaciones! ¿Por qué estábamos encerrados bajo esa máscara de vidrio y metal? ¿Por qué nos estaba prohibido hablar entre nosotros? ¡Ah, no poder vivir al menos la vida de los peces que pueblan el líquido elemento o, mejor aún, la de los anfibios que, durante horas, pueden recorrer a su antojo el doble dominio de la tierra y el agua!

El capitán Nemo se había detenido. Mis compañeros y yo suspendimos la marcha y, al girarme, vi que sus hombres formaban un semicírculo alrededor de su jefe. Entonces me fijé en que cuatro de ellos llevaban sobre sus hombros un objeto oblongo.

Ocupábamos allí el centro de un amplio claro, rodeado por las altas arborizaciones del bosque submarino. Nuestras linternas proyectaban sobre ese espacio una especie de claridad crepuscular que alargaba desmesuradamente las sombras del suelo. En las lindes del claro la oscuridad se tornaba profunda, recorrida únicamente por pequeños destellos reflejados en las vivas crestas del coral.

Ned Land y Conseil estaban a mi lado, mirando. Presentí que iba a asistir a una extraña escena. Observando el suelo, vi que en algunos puntos presentaba ligeras

elevaciones encostradas de depósitos calcáreos y dispuestas con una regularidad que delataba la mano del hombre.



En mitad del claro, sobre un pedestal de rocas toscamente amontonadas, se alzaba una cruz de coral, cuyos largos brazos parecían de sangre petrificada.

A una señal del capitán Nemo, uno de sus hombres avanzó y, a unos pasos de la cruz, empezó a cavar un hoyo con una pala que llevaba atada al cinturón.

Entonces lo comprendí todo. El claro era un cementerio, el hoyo una tumba y el objeto oblongo, el cuerpo del hombre que había muerto por la noche. El capitán Nemo y los suyos venían a enterrar a su compañero en esa morada común, en el fondo del inaccesible océano.

¡No! ¡Nunca mi espíritu se vio sobreexcitado hasta ese punto! ¡Nunca ideas tan impresionantes invadieron mi cerebro! No podía creer lo que veían mis ojos.

La tumba se iba haciendo cada vez más profunda. Los peces huían aquí y allá, sobresaltados. Oía resonar bajo el suelo calcáreo el pico metálico, que brillaba al golpear algún sílex perdido en el fondo del mar. El hoyo se iba alargando y ensanchando y pronto fue lo bastante profundo para albergar el cuerpo.

Los porteadores se acercaron. El cuerpo, envuelto en una mortaja de biso blanco, descendió a su húmeda tumba. El capitán Nemo, con los brazos cruzados sobre el pecho, y todos los demás, se arrodillaron para rezar. Mis dos compañeros y yo nos inclinamos respetuosamente.

La tumba se cubrió con restos arrancados del suelo, que formaron un ligero montículo.

Hecho esto, el capitán y sus hombres se incorporaron y, acercándose nuevamente a la tumba, se arrodillaron y extendieron la mano en un último adiós. Luego la comitiva emprendió el camino de regreso al *Nautilus*, pasando de nuevo bajo los arcos del bosque, entre los matorrales y a lo largo de los arbustos de coral, en un ascenso continuo.

Finalmente aparecieron las luces del barco. Su estela luminosa nos guio hasta el *Nautilus*, y a la una estábamos de vuelta.

Tras cambiarme de ropa subí a la plataforma y, víctima de un terrible torbellino de ideas, fui a sentarme cerca del fanal.

El capitán Nemo se unió a mí. Me levanté y le dije:

—Así pues, según mis previsiones, ese hombre murió por la noche, ¿verdad?

—Sí, señor Aronnax.

—Y ahora reposa junto a sus compañeros, en ese cementerio de coral.

—Sí, olvidado de todos, pero no de nosotros. Nosotros cavamos la tumba y los pólipos se encargan de sellarla para toda la eternidad.

Escondiendo con un gesto brusco el rostro entre sus manos crispadas, el capitán trató inútilmente de reprimir un sollozo. Luego añadió:

—Es nuestro apacible cementerio, a unos cientos de pies bajo la superficie del mar.

—Al menos sus muertos duermen tranquilos en él, fuera del alcance de los tiburones.

—Sí, señor —respondió gravemente el capitán Nemo—. De los tiburones y de los hombres.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE



I

EL OCÉANO ÍNDICO

Aquí comienza la segunda parte de este viaje submarino. La primera terminó con la emocionante escena del cementerio de coral que tan profunda impresión dejó en mi espíritu. Así pues, la vida entera del capitán Nemo transcurría en el inmenso mar, hasta el punto de preparar su tumba en el más impenetrable de sus abismos. Allí ningún monstruo del océano perturbaría el sueño eterno de los huéspedes del *Nautilus*, de esos amigos unidos entre sí tanto en la vida como en la muerte. «Ni ningún hombre», había añadido el capitán.

Siempre la misma desconfianza, arisca e implacable, hacia las sociedades humanas.

A mí no me convencían las hipótesis que satisfacían a Conseil, que persistía en considerar al comandante del *Nautilus* uno de esos sabios ignorados que devuelven a la humanidad desprecio por indiferencia. Le seguía pareciendo un genio incomprendido que, harto de las decepciones terrestres, se había visto forzado a refugiarse en el medio inaccesible donde sus instintos se ejercitaban libremente. Pero, en mi opinión, tal hipótesis sólo explicaba una de las caras del capitán Nemo.

El misterio de la última noche en que habíamos sido encerrados y drogados, la violenta precaución del capitán de arrancarme el catalejo cuando me disponía a escrutar el horizonte, la herida mortal de aquel hombre debida a un choque inexplicable del *Nautilus*, todo me llevaba en la misma dirección. No, el capitán Nemo no se contentaba con huir de los hombres. Su formidable máquina no sólo estaba al servicio de sus instintos de libertad, sino también, tal vez, de misteriosas y terribles represalias.

En este momento nada me resulta evidente. Aún no entreveo más que destellos en estas tinieblas, y debo limitarme a escribir, por así decirlo, al dictado de los acontecimientos.

Nada nos liga al capitán Nemo, por otra parte. Él sabe que es imposible escapar del *Nautilus*. Ni siquiera somos prisioneros bajo palabra y ningún juramento de honor nos encadena a él. Sólo somos cautivos, prisioneros encubiertos bajo el nombre de huéspedes por una apariencia de cortesía. Peo Ned Land no ha renunciado a la esperanza de recobrar su libertad. Está convencido de que aprovechará la primera ocasión que se le presente. Sin duda, yo haré como él. Y sin embargo, no sin cierto pesar me llevaré lo que la generosidad del capitán nos

habrá dejado penetrar de los misterios del *Nautilus*. Pues, a fin de cuentas, ¿hay que odiar o admirar a este hombre? ¿Es una víctima o un verdugo? Además, para ser sincero, antes de abandonarlo para siempre me gustaría haber completado esta vuelta al mundo submarina cuyos comienzos han sido tan espléndidos. Desearía haber contemplado la serie de maravillas acumuladas bajo los mares del planeta. Me gustaría haber visto lo que ningún hombre ha visto aún, aunque tuviera que pagar con mi vida esta insaciable necesidad de saber. ¿Qué he descubierto hasta ahora? Nada o casi nada, pues aún no hemos recorrido más que seis mil millas a través del Pacífico.

Sin embargo, sé que el *Nautilus* se aproxima a tierras habitadas y que, si se nos presenta alguna ocasión de salvarnos, sería cruel sacrificar a mis compañeros por mi pasión por lo desconocido. Habrá que seguirles, tal vez guiarlos. Pero esa ocasión, ¿se presentará alguna vez? El hombre privado por la fuerza de su libre albedrío la desea, pero el sabio, el curioso, la teme.

A mediodía de aquel día, 21 de enero de 1868, el segundo fue a medir la altura del sol. Subí a la plataforma, encendí un cigarro y observé la operación. Me pareció evidente que aquel hombre no entendía el francés, pues hice varias reflexiones en voz alta que, de haberlas comprendido, le habrían arrancado algún gesto involuntario de atención. Pero permaneció impasible y mudo.

Mientras él hacía sus observaciones por medio del sextante, uno de los marineros del *Nautilus* —el hombre robusto que nos había acompañado en nuestra primera excursión submarina en la isla Crespo— se acercó a limpiar los cristales del fanal. Examiné entonces la instalación de ese aparato, cuya potencia era centuplicada por anillos lenticulares dispuestos como los de los faros y que mantenían su luz en el plano adecuado. La lámpara eléctrica estaba concebida para dar todo su poder lumínico. Su luz se producía en el vacío, lo que aseguraba a la vez su regularidad e intensidad. Ese vacío reducía también el desgaste de las puntas de grafito entre las que se desarrolla el arco luminoso, ahorro importante para el capitán Nemo, que no habría podido renovarlas fácilmente. Pero en esas condiciones su desgaste era casi imperceptible.

Cuando el *Nautilus* se dispuso a reanudar su marcha submarina, regresé al salón. Se cerraron las escotillas y se puso rumbo al oeste.

Surcábamos entonces las aguas del océano Índico, vasta llanura líquida de quinientos cincuenta millones de hectáreas y aguas tan transparentes que producen vértigo a quien se asoma a su superficie. Durante algunos días, el *Nautilus* navegó a cien o doscientos metros de profundidad. A cualquier otro, las horas le habrían parecido largas y monótonas, pero en mi caso, poseído como estoy de un inmenso amor por el mar, los paseos cotidianos por la plataforma, en los que me empapaba del aire vivificante del mar, el espectáculo de esas aguas exuberantes a través de

los cristales del salón, la lectura de los libros de la biblioteca y la redacción de mis memorias ocupaban todo mi tiempo y no me dejaban ni un momento de lasitud ni aburrimiento.

La salud de todos se mantenía en buen estado. La dieta de a bordo satisfacía todas nuestras necesidades y hubiéramos podido prescindir perfectamente de las variaciones que Ned Land introducía en señal de protesta. Además, en aquella temperatura constante no había que temer ni un resfriado. Por otra parte, la madrepora dendrofilia, conocida en Provenza como «hinojo de mar» y de la que había una buena provisión a bordo, habría suministrado, con la carne tierna de sus pólipos, una pasta excelente contra la tos.

Durante algunos días vimos una gran cantidad de aves acuáticas, palmípedas, albatros o gaviotas, que, hábilmente cazadas y convenientemente aderezadas, nos proporcionaron platos de caza marina muy aceptables. Entre las grandes voladoras, llegadas de tierras lejanas y que descansaban en el agua de sus fatigosos vuelos, distinguí magníficos albatros, pertenecientes a la familia de los longipenos, cuyos gritos discordantes recuerdan a los rebuznos de un asno. La familia de los totipalmos estaba representada por veloces fragatas que pescaban con presteza los peces de la superficie, y por numerosos faetones o golondrinas de mar; entre otros, el de mechones rojos, grueso como una paloma y cuyo plumaje blanco está matizado por tonos rosas que resaltan el color negro de las alas.

Las redes del *Nautilus* nos suministraron varias especies de tortugas marinas del género carey, de dorso abombado y cuya concha es muy estimada. Estos reptiles se sumergen con facilidad y pueden mantenerse mucho tiempo bajo la superficie cerrando la válvula carnosa que tienen en el orificio externo de su conducto nasal. En el momento de su captura, algunos de los careys dormían bajo su caparazón, a salvo de los depredadores marinos. La carne de esas tortugas era generalmente mediocre, pero sus huevos constituían un manjar excelente.

Los peces seguían suscitando nuestra admiración cuando sorprendíamos a través de los paneles abiertos los secretos de la vida acuática. Reconocí varias especies que no había tenido oportunidad de observar hasta entonces. Citaré sobre todo a los ostraciones, típicos del mar Rojo, del Índico y de la parte del océano que baña las costas de la América equinoccial. Estos peces, como las tortugas, los armadillos, los erizos de mar y los crustáceos, están protegidos por una coraza que no es ni cretácea ni pétreo, sino auténticamente ósea. Unas veces adopta una forma triangular y otras cuadrangular. Entre las triangulares vi algunas de medio decímetro de largo, de una carne excelente y saludable, con la cola marrón y las aletas amarillas y cuya aclimatación recomiendo incluso en agua dulce, a las que, por parte, se acostumbra fácilmente cierto número de peces marinos. Citaré también los ostraciones cuadrangulares, de cuyo dorso sobresalen cuatro grandes

tubérculos; ostraciones con motas blancas en el vientre, que se domestican igual que los pájaros; pastinacas, provistas de aguijones formados por la prolongación de su corteza ósea y cuyo singular gruñido les ha valido el sobrenombre de «cerdos marinos»; y, por último, los dromedarios, con grandes jorobas en forma de cono y carne dura y correosa.

De las notas escritas diariamente por Conseil señalo también algunos peces del género de los tetrodones, típicos de estos mares, espenglerianos de dorso rojo y pecho blanco que se distinguen por tres hileras longitudinales de filamentos, y eléctricos, adornados de los más llamativos colores. También, como muestras de otros géneros, ovoides, semejantes a un huevo de color marrón oscuro, surcados de franjas blancas y desprovistos de cola; diodones, verdaderos puercoespines de mar, provistos de aguijones y que pueden hincharse hasta formar una pelota llena de púas; hipocampos comunes a todos los océanos; pegasos voladores, de hocico alargado y cuyas aletas pectorales, muy extendidas y dispuestas en forma de alas, les permiten si no volar, sí al menos lanzarse por el aire; palomas espatuladas, cuya cola está cubierta de numerosos anillos escamosos; macrognatos de grandes mandíbulas, magníficos peces de veinticinco centímetros de largo y brillantes y agradables colores; lívidos caliomoros de cabeza rugosa; infinidad de blenios saltadores, con rayas negras y largas aletas pectorales, que se deslizan hasta la superficie con una rapidez prodigiosa; delicados peces velero, que pueden levantar sus aletas como si fueran velas desplegadas al viento; espléndidos kurtos, en los que la naturaleza ha prodigado el amarillo, el azul celeste, el plata y el oro; tricópteros, de alas formadas por filamentos; cotos, siempre salpicados de limo y que emiten un ligero zumbido; triglas, cuyo hígado se considera venenoso; bodianos, que llevan anteojeras móviles en los ojos; y, por último, peces fuele de morro alargado y tubular, verdaderos papamoscas del océano, armados con un fusil que no previeron ni los Chassepot ni los Remington y que matan los insectos golpeándolos con una simple gota de agua.

Dentro del octogésimo noveno género de peces clasificados por Lacépède, pertenecientes a la clase de los óseos y caracterizados por un opérculo y una membrana branquial, distinguí a la escorpena, cuya cabeza está provista de aguijones y que sólo tiene una aleta dorsal. Estos animales están revestidos o privados de pequeñas escamas, según el subgénero al que pertenezcan. El segundo subgénero nos ofreció muestras de didáctilos de tres o cuatro decímetros de largo y rayas amarillas, pero cuya cabeza tiene un aire fantástico. En cuanto al primer género, nos proporcionó varios especímenes de ese extraño pez llamado con toda justicia «sapo de mar», de cabeza grande, unas veces surcada por profundas cavidades y otras hinchada de protuberancias; lleno de aguijones y sembrado de tubérculos, tiene unos cuernos irregulares y espantosos. Su cuerpo y su cola están

provistos de callosidades, sus picaduras provocan heridas peligrosas y es un pez repugnante y horrible.

Del 21 al 23 de enero, el *Nautilus* navegó a razón de doscientas cincuenta leguas diarias, es decir, a quinientas cuarenta millas, o a veintidós millas por hora. Si reconocíamos a nuestro paso las diversas variedades de peces era porque, atraídos por el resplandor eléctrico, trataban de acompañarnos. La mayor parte, distanciada por la velocidad del barco, pronto quedaba atrás. Algunos, sin embargo, lograban mantenerse algún tiempo junto a él.

El 24 por la mañana, a 12° 5' de latitud sur y a 94° 33' de longitud, avistamos la isla Keeling, elevación madreporica plantada de magníficos cocos y que fue explorada por Darwin y el capitán Fitz-Roy. El *Nautilus* navegó a poca distancia de aquella isla desierta. Sus dragas capturaron numerosos ejemplares de pólipos y equinodermos, y muestras curiosas de la rama de los moluscos. Algunos valiosos productos de la especie de las delfinulas aumentaron los tesoros del capitán Nemo, a los que añadí una astrea puntífera, especie de polipero parásito que a menudo se fija sobre una concha.

La isla Keeling desapareció pronto en el horizonte y se puso rumbo al noroeste, hacia la punta de la península Índica.

—Tierras civilizadas —me dijo aquel día Ned Land—. Nos irá mejor que en las islas de Papuasias, donde hay más salvajes que corzos. En esas tierras indias hay caminos, ferrocarriles, ciudades inglesas, francesas e hindús. No recorreremos cinco mil millas sin encontrar a un compatriota. ¿No cree que ha llegado el momento de decir adiós al capitán Nemo?

—No, Ned —respondí con tono decidido—. Dejémoslo correr, como dicen ustedes los marinos. El *Nautilus* se acerca a continentes habitados. Vuelve a Europa. Pues bien, deje que nos lleve allí. Ya en nuestros mares, veremos qué nos dicta la prudencia. Además, no creo que el capitán Nemo nos permita ir a cazar a las costas de Malabar o de Coromandel, como en los bosques de Nueva Guinea.

—¿Y no podemos hacerlo sin su permiso?

No respondí al canadiense. No quería discutir. En el fondo, deseaba con todas mis fuerzas apurar los azares de un destino que me había arrojado a bordo del *Nautilus*.

A partir de la isla Keeling nuestra marcha se tornó más lenta y caprichosa y a menudo nos llevó a grandes profundidades. Hicimos uso en varias ocasiones de los planos inclinados, que unas palancas interiores colocaban oblicuamente a la línea de flotación. Descendimos así dos o tres kilómetros, pero sin llegar nunca al fondo del mar Índico, que ni las sondas de trece mil metros han podido alcanzar. En cuanto a la temperatura de las capas más profundas, el termómetro marcaba invariablemente cuatro grados sobre cero. Observé únicamente que, en las capas

superiores, el agua estaba siempre más fría en los bajíos que en alta mar.

El 25 de enero, el océano se hallaba completamente desierto. El *Nautilus* pasó el día en la superficie, batiendo las olas con su poderosa hélice y haciéndolas saltar a gran altura. En tales condiciones, ¿cómo no confundirlo con un gigantesco cetáceo? Pasé tres cuartas partes del día en la plataforma, mirando el mar. Nada en el horizonte, a excepción, hacia las cuatro de la tarde, de un vapor que navegaba al oeste, a sotavento. Su arboladura fue visible por un instante, pero sus tripulantes no podían ver al *Nautilus*, situado a ras de agua. Pensé que el vapor debía de pertenecer a la línea Peninsular y Oriental, que hace el recorrido de Ceilán a Sidney, con escalas en la punta de Roy-George y en Melbourne.

A las cinco de la tarde, antes del breve crepúsculo que une el día y la noche en las zonas tropicales, Conseil y yo quedamos maravillados ante un curioso espectáculo. Se trata de un encantador animal cuyo encuentro, según los antiguos, presagiaba buena suerte. Aristóteles, Ateneo, Plinio y Opiano estudiaron sus costumbres y agotaron en ellos toda la poesía de los sabios de Grecia e Italia. Lo llamaron *nautilus* y *pompylius*. Pero la ciencia moderna no ha ratificado su denominación, y este molusco se conoce actualmente con el nombre de «argonauta».

Quien hubiera consultado a Conseil se habría enterado de que la rama de los moluscos se divide en cinco clases; la primera clase, la de los cefalópodos, divididos en desnudos y testáceos, comprende dos familias: las de los dibranquios y los tetrabranquios, que se distinguen por el número de branquias; la familia de los dibranquios incluye tres géneros: el argonauta, el calamar y la sepia, mientras que la de los tetrabranquios sólo comprende uno, el nautilo. Si, tras esta nomenclatura, una mente rebelde confundiera al argonauta, que es acetabulífero, es decir, portador de ventosas, con el nautilo, que es tentaculífero, es decir, portador de tentáculos, no tendría excusa.

Así, era un tropel de argonautas el que viajaba en ese momento a la superficie. Pudimos contar varios centenares, pertenecientes a la especie de los argonautas tuberculados, típica de los mares de la India.

Estos graciosos moluscos se movían a reculones por medio de su tubo locomotor, a través del cual expulsaban el agua que habían aspirado. De sus ocho tentáculos, seis, finos y alargados, flotaban en el agua, mientras los dos restantes, redondeados, se desplegaban al viento como una vela ligera. Distinguía perfectamente su concha espiraliforme y ondulada que Cuvier compara acertadamente con una elegante chalupa. Se trata, en efecto, de un verdadero barco que transporta al animal que lo ha secretado, sin que este se adhiera a él.

—El argonauta es libre de salir de su concha, pero no lo hace nunca —dije a Conseil.

—Igual que el capitán Nemo —repuso juiciosamente Conseil—. Por eso debería haber llamado a su barco el *Argonauta*.



Durante cerca de una hora, el *Nautilus* navegó entre el tropel de moluscos. Luego no sé qué miedo se apoderó súbitamente de ellos. Como a una señal, arriaron sus velas, replegaron los brazos, contrajeron el cuerpo, invirtieron sus

conchas para cambiar su centro de gravedad y toda aquella flota desapareció bajo las aguas. Fue instantáneo, y nunca los navíos de una escuadra han maniobrado con tanta coordinación.

La noche llegó de repente y las olas, apenas levantadas por la brisa, iban a dar suavemente contra las cintas del *Nautilus*.

El día siguiente, 26 de enero, atravesamos el ecuador por el meridiano 90, y entramos de nuevo en el hemisferio boreal.

Nos escoltó durante aquel día una formidable manada de escualos, terribles animales que pululan por aquellos mares y los hacen más peligrosos. Eran escualos filipos, de dorso marrón y vientre blancuzco, armados con once hileras de dientes; escualos ocelados, con el cuello marcado con una gran mancha negra rodeada de blanco que parece un ojo; isabelos de hocico redondeado y motas oscuras. A menudo estos poderosos animales se precipitaban contra el cristal del salón con una violencia poco tranquilizadora. Ned Land no podía contenerse por más tiempo. Quería subir a la superficie y arponear a esos monstruos, sobre todo a ciertas emisolas, cuya lengua está empedrada de dientes dispuestos como un mosaico, y a los grandes tiburones tigre, de cinco metros de largo, que le provocaban con especial insistencia. Pero el *Nautilus*, aumentando su velocidad, pronto dejó atrás a los más veloces de esos tiburones.

El 27 de enero, en la embocadura del golfo de Bengala, nos encontramos varias veces con el siniestro espectáculo de cadáveres flotantes. Eran los muertos de las ciudades de la India, arrastrados por el Ganges hasta alta mar y que los buitres, únicos enterradores del país, no habían terminado de devorar. Pero no faltaban escualos para ayudarlos en su fúnebre tarea.

Hacia las siete de la tarde, el *Nautilus* navegaba semisumergido en medio de un mar blanquecino. Hasta donde alcanzaba la vista, el océano parecía lácteo. ¿Era el efecto de los rayos lunares? No, pues la luna, al ser luna nueva, seguía perdida bajo el horizonte entre los rayos del sol. El cielo, aunque iluminado por la radiación sideral, parecía negro en contraste con la blancura de las aguas.

Conseil no podía creer lo que veían sus ojos, y me preguntó sobre las causas de tan singular fenómeno. Afortunadamente tenía los medios para responderle.

—Es lo que se llama un mar de leche —le expliqué—, una vasta extensión de olas blancas que se ve frecuentemente en las costas de Amboine y en estos parajes.

—Pero ¿puede explicarme el señor qué produce semejante efecto? Porque imagino que estas aguas no se han convertido en leche.

—No, muchacho. Esta blancura que tanto te sorprende se debe únicamente a la presencia de miríadas de infusorios, especie de pequeños gusanos luminosos de aspecto gelatinoso e incoloro, del grosor de un cabello y cuya longitud no supera la quinta parte de un milímetro. Algunos de estos organismos se adhieren entre sí a

lo largo de varias leguas.

—¡Varias leguas!

—Sí, muchacho, y no intentes calcular el número de estos infusorios. No lo conseguirías, pues, si no me equivoco, algunos marinos han navegado más de cuarenta millas por estos mares de leche.

No sé si Conseil tuvo en cuenta mis recomendaciones, pero pareció sumirse en profundas reflexiones, tratando seguramente de calcular cuántas quintas partes de milímetro están contenidas en cuarenta mil millas cuadradas, mientras yo seguía contemplando el fenómeno. Durante varias horas el *Nautilus* hendió con su espolón las olas blancas, y sentí que se deslizaba silenciosamente sobre esas aguas jabonosas, como si flotara en los remolinos de espuma que las corrientes y contracorrientes de las bahías dejaban algunas veces entre sí.

Alrededor de medianoche, el mar recobró súbitamente su tono habitual, pero detrás de nosotros y hasta los confines del horizonte, el cielo, al reflejar la blancura de las olas, pareció largo tiempo impregnado de los vagos destellos de una aurora boreal.

II

UNA NUEVA PROPUESTA DEL CAPITÁN NEMO

El 28 de febrero, cuando el *Nautilus* emergió nuevamente a mediodía, a 9° 4' de latitud norte, encontró tierra a la vista, a unas ocho millas al oeste. Lo primero que vi fue una aglomeración de montañas de unos dos mil pies de altitud y que adoptaban formas caprichosas. Fijada la posición, regresé al salón y, una vez señalada nuestra posición en el mapa, comprendí que estábamos frente a la isla de Ceilán, esa perla que cuelga del lóbulo inferior de la península Índica.

Fui a la biblioteca a buscar algún libro sobre esa isla, una de las más fértiles del planeta. Encontré un volumen de Sirr H. C., Esq., titulado *Ceylan and the Cingalese*. De vuelta al salón, anoté en primer lugar las coordenadas de Ceilán, que la Antigüedad había bautizado con nombres tan diversos. Está situada entre los 5° 55' y los 9° 49' de latitud norte y los 79° 42' y los 82° 4' de longitud al este del meridiano de Greenwich. Su longitud es de doscientas setenta y cinco millas y su anchura máxima de ciento cincuenta millas; su circunferencia, de novecientas millas, y su superficie de veinticuatro mil cuatrocientas ochenta millas, es decir, algo inferior a la de Irlanda.

El capitán Nemo y su segundo llegaron en ese momento. El capitán echó un vistazo a la carta y, volviéndose hacia mí, dijo:

—La isla de Ceilán, una tierra célebre por sus pesquerías de perlas. ¿Le gustaría visitar una, señor Aronnax?

—Naturalmente, capitán.

—Bien, nada más fácil. Sólo que veremos las pesquerías pero no a los pescadores. Todavía no ha empezado la explotación de este año. No importa, voy a dar orden de acercarnos al golfo de Manaar, al que llegaremos por la noche.

El capitán dijo algo a su segundo, que salió enseguida. Pronto el *Nautilus* volvió a sumergirse y el manómetro indicó que se mantenía a una profundidad de treinta pies.

Busqué en la carta el golfo de Manaar. Lo encontré en el paralelo nueve, en la costa noroeste de Ceilán. Estaba formado por una línea alargada de la pequeña isla de Manaar. Para llegar a él había que remontar toda la costa occidental de Ceilán.

—Profesor —me dijo el capitán Nemo—, se pescan perlas en el golfo de Bengala, en el mar de las Indias, en los mares de la China y el Japón, en los de Sudamérica, en el golfo de Panamá y en el de California, pero es en Ceilán donde esta pesca obtiene los mejores resultados. Llegamos un poco pronto, ciertamente.

Los pescadores sólo se reúnen en el golfo de Manaar en el mes de marzo, y allí, durante treinta días, sus trescientos barcos se dedican a esa lucrativa explotación de los tesoros marinos. Cada barco lleva diez remeros y diez pescadores. Éstos, divididos en dos grupos, bucean por turnos hasta una profundidad de doce metros ayudándose de una pesada piedra que sujetan con los pies y que va atada al barco por una cuerda.

—¿Se sigue usando ese método primitivo?

—Sí —respondió el capitán Nemo—, pese a que estas pesquerías pertenecen a los ingleses, el pueblo más industrializado del mundo, a quienes les fueron cedidas por el Tratado de Amiens en 1802.

—Me parece que la escafandra, tal como usted la usa, sería muy útil en una operación así.

—Sí, puesto que los pobres pescadores no pueden aguantar mucho tiempo bajo el agua. El inglés Perceval, en su viaje a Ceilán, habla de un cafre^[2] que aguantaba cinco minutos sin subir a la superficie, pero me parece poco probable. Sé de algunos buceadores que aguantan hasta cincuenta y siete segundos, y los más hábiles pueden aguantar incluso hasta ochenta y siete segundos, pero son casos excepcionales y, una vez a bordo, esos desdichados sangran por la nariz y por los oídos. Creo que los pescadores aguantan una media de treinta segundos, durante los cuales se apresuran a meter en una pequeña red todas las ostras perlíferas que pueden arrancar. Pero generalmente estos pescadores no llegan a viejos; su vista se debilita, les salen úlceras en los ojos y llagas en el cuerpo, e incluso a menudo sufren ataques de apoplejía en el fondo del mar.

—Sí, es un oficio bien triste, que sirve únicamente para satisfacer ciertos caprichos. Pero, dígame, capitán, ¿cuántas ostras puede pescar un barco al día?

—Entre cuarenta y cincuenta mil, aproximadamente. Se dice incluso que en 1814, cuando el gobierno inglés empezó a pescar por su cuenta, sus buceadores cogieron setenta y siete millones de ostras en veinte días de trabajo.

—Al menos los pescadores estarán bien pagados, ¿no?

—No crea, profesor. En Panamá sólo ganan un dólar a la semana. Las más de las veces ganan un sol por cada ostra que contenga una perla, ¡y cuántas de las que cogen están vacías!

—¡Un sol para esas pobres gentes que enriquecen a sus patronos! Es odioso.

—Así pues, profesor, usted y sus compañeros visitarán el banco de Manaar, y si por casualidad encontramos algún pescador temprano lo veremos en acción.

—Trato hecho, capitán.

—A propósito, señor Aronnax, espero que no le den miedo los tiburones.

—¿Tiburones?

La pregunta me pareció cuando menos ociosa.

—¿Y bien?

—Le confieso que no estoy muy familiarizado con ese tipo de peces.

—Los demás sí lo estamos —replicó el capitán Nemo—, y con el tiempo usted también lo estará. Además, iremos armados y podremos cazar algún escualo por el camino. Es una caza interesante. Así pues, hasta mañana temprano, profesor.

Tras decir esto con tono despreocupado, el capitán Nemo salió del salón.

Si lo invitaran a uno a cazar osos en las montañas suizas, diría: «Muy bien, mañana iremos a cazar osos». Si lo invitaran a cazar leones en las llanuras del Atlas o tigres en las junglas de la India, diría: «Ah, parece que vamos a cazar tigres o leones». Pero si lo invitaran a uno a cazar tiburones en su elemento natural, quizá pediría que le dejaran pensárselo antes de aceptar la invitación.

En mi caso, tuve que pasarme la mano por la frente, perlada de algunas gotas de sudor frío.

«Reflexionemos», me dije, «y tomémonos nuestro tiempo. Cazar nutrias en los bosques submarinos como hemos hecho en la isla Crespo, pase. Pero caminar por el fondo del mar cuando con casi toda certeza nos vamos a encontrar escualos, eso es muy distinto. Ya sé que en algunas regiones, sobre todo en las islas Andamenas, los negros no vacilan en atacar a los tiburones, pero también sé que muchos de los que se enfrentan a esos poderosos animales no vuelven con vida. Además, yo no soy negro y, aunque lo fuera, creo que una ligera duda no estaría fuera de lugar».

Y heme ahí soñando con tiburones, pensando en esas grandes fauces armadas con múltiples hileras de dientes capaces de cortar a un hombre en dos. Sentía ya un extraño dolor en los riñones. Además, no podía digerir la despreocupación con que el capitán Nemo había hecho esa deplorable invitación. Parecía que se trataba de ir a cazar algún zorro inofensivo en el bosque.

«Bueno», pensé, «seguro que Conseil no querrá venir, y eso me dispensará de acompañar al capitán».

En cuanto a Ned Land, confieso que yo no estaba tan seguro de su cordura. Un peligro, por grande que fuera, siempre tenía algún atractivo para su carácter batallador.

Volví al libro de Sirr, pero sólo para hojearlo maquinalmente. Veía entre las líneas unas fauces espantosamente abiertas.

En ese momento entraron Conseil y el canadiense con aire tranquilo e incluso alegre. No sabían lo que les esperaba.

—Caramba, profesor —dijo Ned Land—, su capitán Nemo (¡que el diablo le lleve!) acaba de hacernos una amable propuesta.

—¡Ah!, entonces ya sabéis...

—Si el señor no tiene inconveniente —respondió Conseil—, el comandante del *Nautilus* nos ha invitado a visitar mañana en compañía del señor las magníficas

pesquerías de Ceilán. Lo ha hecho con gran gentileza y se ha comportado como un auténtico caballero.

—¿No os ha dicho nada más?

—No —respondió el canadiense—, salvo que había hablado con usted de este pequeño paseo.

—Así es. ¿Y no os ha dado ningún detalle sobre...?

—Ninguno, señor naturalista. Vendrá con nosotros, ¿no?

—Yo..., por supuesto. Veo que le va cogiendo el gusto, amigo Land.

—Sí, es curioso, muy curioso.

—Y peligroso, tal vez —insinué.

—¿Peligroso? ¿Una simple excursión por un banco de ostras?

Decididamente, el capitán Nemo había creído inútil sugestionar a mis compañeros con la idea de los tiburones. Yo los miraba inquieto, como si ya les faltase algún miembro. ¿Debía avisarles? Sí, sin duda, pero no sabía cómo hacerlo.

—¿Nos dará el señor algunos detalles sobre la pesca de perlas? —preguntó Conseil.

—Sobre la pesca misma o sobre los incidentes que...

—Sobre la pesca —respondió el canadiense—. Conviene conocer el terreno antes de adentrarse en él.

—Pues bien, sentaos, amigos míos, y os enseñaré todo lo que el inglés Sirr acaba de enseñarme a mí.

Ned y Conseil se sentaron en un diván y, antes de nada, el canadiense me preguntó:

—Señor, ¿qué es una perla?

—Amigo Ned, para el poeta, la perla es una lágrima del mar; para los orientales, una gota de rocío solidificada; para las mujeres, una joya de forma oblonga, brillo hialino y materia nacarada que llevan en el dedo, el cuello o en las orejas; para el químico es una mezcla de fosfato y carbonato cálcico con un poco de gelatina y, por último, para el naturalista, es una simple secreción enfermiza del órgano que produce el nácar en ciertos bivalvos.

—Rama de los moluscos, clase de los acéfalos, orden de los testáceos —dijo Conseil.

—Exacto, sabio Conseil. Pues bien, entre los testáceos, la oreja de mar iris, los rodaballos, las tridacnas, las pinnas, en una palabra, todos los que segregan nácar, es decir, esa sustancia azul, violeta o blanca que tapiza el interior de sus valvas, son susceptibles de producir perlas.

—¿Los mejillones también? —preguntó el canadiense.

—Sí. Los mejillones de algunos ríos de Escocia, del País de Gales, de Irlanda, Sajonia, Bohemia y de Francia.

—¡Caramba! Habrá que estar atentos a partir de ahora.

—Pero el molusco por excelencia que destila la perla es la ostra perlífera, la *meleagrina margaritifera*, la valiosa madreperla. La perla no es más que una concreción nacarada que adopta una forma globular y, o bien se adhiere a la concha de la ostra, o bien se incrusta entre los pliegues del animal. En las valvas la perla es adherente y en la carne se mueve libremente. Pero siempre tiene por núcleo un pequeño cuerpo duro, ya sea un óvulo estéril o bien un grano de arena, alrededor del cual la materia nacarada se va depositando durante varios años, sucesivamente y por capas finas y concéntricas.

—¿Puede haber varias perlas en una misma ostra? —preguntó Conseil.

—Sí, muchacho. Hay madreperlas que son verdaderos joyeros. Incluso se ha hablado, aunque me permito dudarle, de una ostra que contenía al menos ciento cincuenta tiburones.

—¿Tiburones? —exclamó Ned Land.

—¿He dicho tiburones? —repliqué al instante—. Quería decir ciento cincuenta perlas. Tiburones... no tendría ningún sentido.

—En efecto —dijo Conseil—. ¿Y el señor nos explicará ahora cómo se extraen las perlas?

—Se hace de diversas maneras. A menudo, incluso, cuando las perlas se adhieren a las valvas, los pescadores las arrancan con pinzas. Pero lo más frecuente es que se extiendan las madreperlas sobre unas esterillas que cubren la orilla. Así mueren al aire libre y al cabo de diez días se hallan en un estado conveniente de putrefacción. Entonces se las sumerge en grandes depósitos de agua marina, y luego se abren y se lavan. Es ahí cuando comienza el doble trabajo de los *rogueurs*. Primero separan las placas de nácar conocidas en el comercio con los nombres de franca plateada, bastarda blanca y bastarda negra, que se entregan en cajas de entre ciento veinticinco y ciento cincuenta kilos. Luego quitan el parénquima de la ostra, lo ponen a hervir y lo tamizan para extraer de él hasta las perlas más pequeñas.

—¿El precio de las perlas depende de su grosor? —preguntó Conseil.

—No solo. También de su forma, de su agua, es decir, de su color, y de su oriente, es decir, de ese brillo tornasolado que las hace tan hermosas a la vista. Las perlas más hermosas reciben el nombre de perlas vírgenes o parangones. Se forman aisladamente en el tejido del molusco. Son blancas, a menudo opacas, pero a veces de una transparencia opalina, y por lo general esféricas o piriformes. Se utilizan como colgantes y, al ser las más valiosas, se venden por piezas. Las otras se adhieren a la concha de la ostra y, al ser más irregulares, se venden al peso. Por último, en un orden inferior, se clasifican las perlas pequeñas conocidas como aljófares. Se venden por medidas y sirven sobre todo para hacer bordados en los

ornamentos eclesiásticos.

—Pero el trabajo de separar las perlas según su grosor ha de ser largo y difícil —dijo el canadiense.

—No, amigo mío. Esa labor se hace por medio de once tamices o cedazos con un número variable de agujeros. Las perlas que se quedan en los tamices de veinte a veinticuatro agujeros son de primera categoría. Las que no se cuelan por los cedazos de cien a ochocientos agujeros son de segunda categoría. Por último, las perlas para las que se emplean los tamices de novecientos a mil agujeros constituyen el aljófar.

—Qué ingenioso —dijo Conseil—, y veo que la división y clasificación de las perlas se efectúa mecánicamente. ¿Podría decirnos el señor lo que reporta la explotación de los bancos de madreperlas?

—Si nos atenemos al libro de Sirr, las pesquerías de Ceilán se arriendan anualmente por tres millones de escualos.

—De francos —dijo Conseil.

—Sí... de francos. Tres millones de francos —proseguí—. Pero creo que estas pesquerías no producen tanto como antes, y lo mismo ocurre con las pesquerías americanas, que en tiempos de Carlos V producían cuatro millones de francos, reducidos actualmente a dos tercios. Resumiendo, se puede estimar en nueve millones de francos el rendimiento general de la explotación de perlas.

—Pero se habla de algunas perlas célebres que han alcanzado un precio muy alto —dijo Conseil.

—Sí. Se dice que César ofreció a Servilia una perla estimada en ciento veinte mil de nuestros francos.

—Incluso he oído contar que cierta dama de la Antigüedad bebía perlas con vinagre —dijo el canadiense.

—Cleopatra —repuso Conseil.

—Eso debía de saber fatal —añadió Ned Land.

—A rayos —respondió Conseil—. Pero quince mil francos por un vasito de vinagre no está mal.

—Siento no haberme casado con esa señora —dijo el canadiense, moviendo el brazo con aire poco tranquilizador.

—¡Ned Land, marido de Cleopatra! —exclamó Conseil.

—A punto estuve de casarme, Conseil —respondió muy serio el canadiense—, y no es culpa mía si la cosa no salió bien. Incluso había comprado un collar de perlas a Kat Tender, mi prometida, que después se casó con otro. Pues bien, ese collar no me había costado más de un dólar y medio, y sin embargo —créame, profesor— las perlas que lo componían no habrían pasado por el tamiz de veinticuatro agujeros.

—Mi buen Ned —respondí, riendo—, eran perlas artificiales, simples glóbulos de vidrio enlucidos por dentro con esencia de Oriente.

—Pero esa esencia de Oriente debe de costar cara —dijo el canadiense.

—No cuesta nada. No es más que la sustancia plateada de las escamas del albur, extraída en el agua y conservada en amoniaco. No tiene ningún valor.

—Quizá por eso Kat Tender se casó con otro —repuso filosóficamente Ned Land.

—Volviendo a las perlas de gran valor —dije—, no creo que ningún soberano haya tenido nunca una superior a la del capitán Nemo.

—Esta —dijo Conseil, mostrando la magnífica joya encerrada en la vitrina.

—Estoy seguro de no equivocarme al asignarle un valor de dos millones de...

—¡Francos! —dijo rápidamente Conseil.

—Sí, dos millones de francos, y seguro que al capitán no le ha costado más que el esfuerzo de cogerla.

—¿Y quién dice que mañana, durante nuestro paseo, no encontraremos una parecida? —dijo Ned Land.

—¡Bah! —replicó Conseil.

—¿Por qué no?

—¿De qué nos servirían esos millones a bordo del *Nautilus*?

—A bordo, no —dijo Ned Land—, pero en otra parte...

—¡Ah, en otra parte! —exclamó Conseil, sacudiendo la cabeza.

—Ned Land tiene razón —dije—, y si alguna vez volvemos a Europa o a América con una perla de varios millones, eso al menos dará credibilidad y un alto precio al relato de nuestras aventuras.

—Ya lo creo —dijo el canadiense.

—¿La pesca de perlas es peligrosa? —dijo Conseil, volviendo siempre al lado instructivo de las cosas.

—No, sobre todo si se toman ciertas precauciones.

—¿Qué riesgos tiene ese oficio? —dijo Ned Land—. ¿Tragar un poco de agua salada?

—Usted lo ha dicho, Ned. A propósito —dije, imitando el tono despreocupado del capitán Nemo—, ¿le dan miedo los tiburones?

—¿A mí, un arponero profesional? Mi oficio consiste en burlarme de ellos.

—No se trata de pescarlos con un esmerejón, izarlos al puente del barco, cortarles la cola a hachazos, abrirles el vientre, arrancarles el corazón y arrojarlos al mar.

—Entonces, ¿se trata...?

—Sí, justamente.

—¿En el agua?

—En el agua.

—¡Bien, con un buen arpón! Ya sabe que los tiburones están mal hechos. Tienen que ponerse boca arriba para clavarle los dientes, y entretanto...

Ned Land tenía una manera de decir lo de «clavarle los dientes» que daba escalofríos.

—Y tú, Conseil, ¿qué opinas de esos escualos?

—Seré franco con el señor.

«Ya era hora», pensé.

—Si el señor se enfrenta con los tiburones, no veo por qué su fiel criado no habría de acompañarle.



III

UNA PERLA DE DIEZ MILLONES

Llegó la noche. Me acosté, pero dormí bastante mal. Los escualos poblaban mis sueños y me pareció muy justa e injusta a la vez la etimología según la cual *requin*^[3] viene de réquiem.

A las cuatro de la mañana del día siguiente me despertó el criado que el capitán Nemo había puesto especialmente a mi servicio. Me levanté rápidamente, me vestí y pasé al salón, donde me esperaba el capitán Nemo.

—¿Listo para partir, señor Aronnax?

—Sí, capitán.

—Sígame, por favor.

—¿Y mis compañeros?

—Les han avisado y nos están esperando.

—¿No vamos a ponernos las escafandras?

—Todavía no. No he dejado que el *Nautilus* se acerque demasiado a la costa y estamos bastante lejos del banco de Manaar, pero he mandado aparejar el bote que nos conducirá al punto exacto de desembarco y nos ahorrará un trayecto bastante largo. En él van nuestros aparatos de buceo, que nos pondremos cuando comience la excursión submarina.

El capitán Nemo me condujo a la escalera central, cuyos escalones daban a la plataforma. Ned y Conseil ya estaban allí, encantados con la «excursión de placer» que se avecinaba. Cinco marineros del *Nautilus* nos esperaban con los remos armados en el bote, que había sido amarrado a la borda.

Aún era de noche. Placas de nubes cubrían el cielo y apenas dejaban ver alguna estrella. Miré a la costa, pero sólo vi una línea borrosa que cerraba los tres cuartos del horizonte de sudeste a nordeste. El *Nautilus*, tras haber remontado por la noche la costa occidental de Ceilán, se hallaba al oeste de la bahía o, mejor dicho, del golfo formado por esas tierras y la isla de Manaar. Allí, bajo las oscuras aguas, se extendía el banco de madreperlas sobre una longitud de más de veinte millas.

El capitán Nemo, Conseil, Ned Land y yo nos sentamos a popa. El patrón de la embarcación se puso al timón, sus cuatro compañeros cogieron los remos, se largó la boza y bajamos el bote.

Avanzamos en dirección sur. Los remeros no se apresuraban. Observé que sus remos golpeaban vigorosamente el agua cada diez segundos, según el método empleado habitualmente en las marinas de guerra. Mientras la embarcación seguía

su rumbo, las gotas líquidas chisporroteaban al golpear el fondo oscuro de las olas, como esquiras de plomo fundido. Un marejadilla venida de lejos imprimía al bote un ligero balanceo, y las crestas de algunas olas chapoteaban en su proa.

Permanecíamos en silencio. ¿En qué pensaba el capitán Nemo? Tal vez en la tierra a la que se aproximaba y que consideraba demasiado cercana, al contrario que el canadiense, a quien le parecía todavía demasiado alejada. En cuanto a Conseil, estaba allí por pura curiosidad.

Hacia las cinco y media los primeros tintes del horizonte acentuaron la línea superior de la costa. Bastante llana hacia el este, se elevaba ligeramente hacia el sur. Cinco millas nos separaban aún de ella, y su orilla se confundía con las aguas brumosas. Entre ella y nosotros, el mar desierto. Ni un barco, ni un buceador a la vista. Soledad profunda en ese lugar donde se dan cita los pescadores de perlas. Tal como me había advertido el capitán Nemo, llegábamos a esos parajes con un mes de antelación.

A las seis se hizo súbitamente de día, con la rapidez típica de las regiones tropicales, que no conocen ni la aurora ni el crepúsculo. Los rayos solares penetraban la cortina de nubes acumuladas al este del horizonte y el astro radiante se elevó rápidamente.

Distinguí con toda claridad la tierra y algunos árboles dispersos por aquí y por allá.

El bote avanzó hacia la isla de Manaar, que se redondeaba por el sur. El capitán Nemo se había levantado del banco y observaba el mar.

A una señal suya se echó el ancla. Apenas corrió la cadena, pues el fondo no estaba a más de un metro de profundidad y formaba en aquel lugar uno de los puntos más altos del banco de madreperlas. El bote giró enseguida por la fuerza de la bajamar, que empujaba lejos de la costa.

—Ya hemos llegado, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo—. ¿Ve esta bahía tan cerrada? Dentro de un mes se reunirán aquí todos los barcos de los pescadores de perlas y los intrépidos buceadores se sumergirán en estas aguas para rastrearlas. La bahía es ideal para ese tipo de pesca. Está a salvo de fuertes vientos y nunca hay demasiado oleaje, lo que facilita el trabajo de los buceadores. Ahora pongámonos las escafandras y empecemos nuestra excursión.

No respondí nada y, ayudado por los marineros, empecé a embutirme el pesado traje marino mientras miraba aquellas aguas sospechosas. El capitán Nemo y mis dos compañeros hicieron lo propio. Ninguno de los tripulantes del *Nautilus* iba a acompañarnos en esta nueva excursión.

Pronto quedamos aprisionados hasta el cuello en los trajes de caucho, y unos tirantes fijaron a nuestra espalda los aparatos para respirar. No se habló de los aparatos Ruhmkorff. Antes de meter la cabeza en el casco de cobre, se lo comenté

al capitán.

—Esos aparatos serían inútiles —me respondió—. No bajaremos a gran profundidad, y los rayos del sol nos iluminarán suficientemente. Además, no es prudente llevar una linterna eléctrica en estas aguas. Su resplandor podría atraer inesperadamente a algún peligroso habitante de estos parajes.

Al decir esto el capitán Nemo, me giré hacia Conseil y Ned Land, pero mis dos amigos ya habían embutido sus cabezas en los cascos metálicos y no podían oír ni responder.

Me quedaba hacerle una última pregunta al capitán Nemo:

—¿Y nuestras armas? ¿Los fusiles?

—¿Fusiles? ¿Para qué? ¿Los montañeses no atacan al oso con un puñal en la mano? ¿Acaso el acero no es más fiable que el plomo? Aquí tiene un recio cuchillo. Póngaselo al cinturón y en marcha.

Miré a mis compañeros. Iban armados como nosotros y, además, Ned Land blandía un enorme arpón que había cargado en el bote antes de abandonar el *Nautilus*.

Siguiendo el ejemplo del capitán, me calé la pesada esfera de cobre y nuestros depósitos de aire se pusieron inmediatamente en funcionamiento.

Instantes después, los marineros nos desembarcaron uno tras otro e hicimos pie en una arena compacta a una profundidad de metro y medio. El capitán Nemo nos indicó con la mano que le siguiéramos, y por una suave pendiente desaparecimos bajo el agua.

Allí se disiparon las ideas que atormentaban mi mente y recobré sorprendentemente la calma. La facilidad de mis movimientos aumentó mi confianza y lo singular del espectáculo cautivó mi imaginación.

El sol enviaba una claridad suficiente para ver hasta los objetos más pequeños. Tras diez minutos de marcha, nos hallábamos a cinco metros de profundidad y el terreno se iba allanando.

A nuestro paso, como bandadas de agachadizas en un pantano, echaban a volar trolepes de curiosos peces del género de los monópteros, cuya única aleta es la cola. Reconocí al javanés, verdadera serpiente de ocho decímetros de largo y vientre claro que se confundiría fácilmente con el congrio si no fuera por las líneas doradas en sus lomos. Dentro del género de los estromateos, de cuerpo comprimido y ovalado, vi paros de colores llamativos y cuya aleta dorsal parece una hoz. Son peces comestibles que, una vez desecados y marinados, constituyen un plato excelente denominado karawade; tranquebares, pertenecientes al género de los apsiforoides y cuyo cuerpo está recubierto de una coraza escamosa con doce faldones longitudinales.

La progresiva elevación del sol iluminaba cada vez más el agua. El sol iba

cambiando poco a poco. La arena fina dio paso a una auténtica calzada de rocas redondeadas, tapizadas de moluscos y zoófitos. Entre los ejemplares de estas dos ramas, vi plácenos de valvas finas y desiguales, especie de ostráceos típicos del mar Rojo y del océano Índico; lucinas anaranjadas de concha orbicular; tarazas subuladas; algunas de esas púrpuras pérsicas que suministraban un tinte admirable al *Nautilus*; múrices de quince centímetros de largo que se erguían bajo el agua como manos prestas a agarrarte; turbinellas corníferas, plagadas de espinas; língulas; anatinas, bivalvos comestibles que surten los mercados del Indostán; pelagias panópiras, ligeramente luminosas; y, por último, admirables oculinas flabeliformes, magníficos abanicos que forman una de las más ricas arborizaciones de los mares.

Entre estas plantas vivas y bajo los nidos de hidrófitos corrían torpes legiones de articulados; sobre todo raninas dentadas, cuyo caparazón tiene la forma de un triángulo ligeramente redondeado; birgos típicos de esos parajes; horribles parténopes de aspecto repugnante. Otro animal no menos espantoso que encontré en varias ocasiones fue ese enorme cangrejo descrito por Darwin y al que la naturaleza dio el instinto y la fuerza necesarios para alimentarse de nueces de coco. Trepa a los árboles de la orilla, hace caer los cocos, que se rompen contra el suelo, y los abre con sus poderosas pinzas. Allí, bajo esas aguas cristalinas, el cangrejo corría con una agilidad sin par, mientras las quelonias francas que abundan en las costas de Malabar se desplazaban lentamente entre las rocas.

Hacia las siete llegamos por fin al banco de madreperlas, donde las ostras perlíferas se reproducen por millones. Esos valiosos moluscos se adherían fuertemente a las rocas por ese bisco de color oscuro que no les deja desplazarse. En esto las ostras son inferiores a los mejillones, a los que la naturaleza no ha privado por completo de capacidad motriz.

La meleagrina, la madreperla, cuyas valvas son prácticamente iguales, presenta una concha redondeada y de paredes gruesas y muy rugosas por fuera. Algunas de esas conchas estaban laminadas y surcadas de franjas verdes que partían de su cúspide. Eran ostras jóvenes. Las otras, de superficie áspera y negra, tenían diez años o más y medían hasta quince centímetros de largo.

El capitán Nemo me señaló con la mano esa prodigiosa acumulación de madreperlas, y comprendí que aquella mina era verdaderamente inagotable, pues la fuerza creadora de la naturaleza supera al instinto destructivo del hombre. Ned Land, fiel a ese instinto, se apresuraba a llenar una red con los moluscos más impresionantes.



Pero no podíamos detenernos. Había que seguir al capitán, que parecía avanzar por senderos que sólo él conocía. El suelo ascendía sensiblemente y de vez en cuando me entretenía en sacar el brazo por encima de la superficie. Luego, el nivel del banco bajó de nuevo caprichosamente. A menudo rodeábamos elevadas rocas, afiladas como pirámides. En sus oscuras cavidades, grandes crustáceos, erguidos sobre sus altas patas cual máquinas de guerra, nos miraban fijamente y a nuestros

pies reptaban mirianos, glicéridos, aricios y anélidos que alargaban desmesuradamente sus antenas y sus cirros tentaculares.

Entonces se abrió ante nosotros una enorme gruta, excavada en una pintoresca aglomeración de rocas tapizadas con los hilos de la flora submarina. Al principio la gruta me pareció profundamente oscura. Los rayos del sol parecían apagarse en ella por gradaciones sucesivas. Su vaga transparencia no era más que luz ahogada.

El capitán Nemo entró en la gruta y nosotros le seguimos. Mis ojos se acostumbraron pronto a esas relativas tinieblas. Distinguí los arranques caprichosamente contorneados de la bóveda, sostenida por pilares naturales asentados sobre su base granítica, como las pesadas columnas de la arquitectura toscana. ¿Por qué nuestro incomprensible guía nos llevaba al fondo de aquella cripta submarina? Pronto lo sabría.

Tras bajar una pendiente bastante pronunciada nuestros pies tocaron el fondo de una especie de pozo circular. El capitán Nemo se detuvo, y con la mano nos señaló un objeto.

Era una ostra de dimensiones extraordinarias, una tridacna gigantesca, una pila capaz de contener un lago de agua bendita, una artesa de más de dos metros de ancho y, por lo tanto, mayor que la que adornaba el salón del *Nautilus*.

Me acerqué al formidable molusco. Estaba adherido por su biso a una piedra de granito y allí se desarrollaba aislado en las aguas tranquilas de la gruta. Calculé que aquella tridacna pesaría unos trescientos kilos. Una ostra semejante contiene quince kilos de carne y haría falta el estómago de un Gargantúa para engullir unas cuantas docenas.

Evidentemente, el capitán Nemo conocía la existencia del bivalvo. No era la primera vez que lo visitaba. Pensé que, llevándonos a aquel lugar, sólo quería mostrarnos una curiosidad natural, pero me equivocaba. El capitán Nemo tenía un interés particular en comprobar el estado de la tridacna.

Las dos valvas del molusco estaban entreabiertas. El capitán se acercó e introdujo su puñal entre las conchas para impedir que se cerraran. Luego, con la mano, levantó la túnica membranosa con franjas en los bordes que formaba el manto del animal.

Allí, entre los pliegues foliáceos, vi una perla suelta del tamaño de un coco. Su forma globulosa, su claridad perfecta y su oriente admirable hacían de ella una joya de valor inestimable. Llevado por la curiosidad, extendí la mano para cogerla, pesarla y palparla. Pero el capitán me detuvo, hizo un signo negativo y, retirando su puñal con un movimiento rápido, dejó que las dos valvas se cerraran súbitamente.

Comprendí entonces el propósito del capitán Nemo. Al dejar la perla cubierta bajo el manto de la tridacna, le permitía crecer poco a poco. Cada año la secreción del molusco añadía nuevas capas concéntricas. Sólo el capitán conocía la gruta

donde «maduraba» aquel admirable fruto de la naturaleza. Sólo él lo criaba, por así decirlo, para llevarlo algún día a su precioso museo. Tal vez, incluso, siguiendo el ejemplo de los chinos y los indios, había determinado la producción de la perla introduciendo bajo los pliegues del molusco algún trozo de vidrio y de metal, que se había recubierto poco a poco de la materia nacarada. En cualquier caso, comparando aquella perla con las que ya conocía y con las que brillaban en la colección del capitán, estimé que valdría por lo menos diez millones de francos. Soberbia curiosidad natural y no joya de lujo, pues no sé qué orejas femeninas soportarían su peso.

La visita a la opulenta tridacna había terminado. El capitán Nemo salió de la gruta y regresamos al banco de madreperlas, en medio de esas aguas claras no perturbadas aún por el trabajo de los buceadores.

Avanzábamos por separado, como verdaderos paseantes, y cada uno se detenía o se alejaba a su antojo. Ya no me inquietaban los peligros que mi imaginación había exagerado tan ridículamente. El bajío se acercaba sensiblemente a la superficie y pronto saqué la cabeza un metro por encima del agua. Conseil se unió a mí y, pegando su grueso casco al mío, me saludó amistosamente con los ojos. Pero ese tramo elevado sólo medía unas cuantas toesas y no tardamos en volver a nuestro elemento, pues ahora me creo con derecho a llamarlo así.

Pasados diez minutos, el capitán Nemo se detuvo bruscamente. Creí que lo hacía para volver sobre nuestros pasos, pero me equivocaba. Con un gesto nos ordenó que nos arrimáramos a él en el fondo de una amplia cavidad. Nos señaló un punto en la masa líquida. Miré atentamente. A cinco metros de mí apareció una sombra que bajó hasta el suelo. La inquietante idea de los tiburones atravesó mi mente. Pero me equivocaba, y tampoco esta vez nos las veríamos con esos monstruos del océano.

Era un hombre, un hombre vivo, un indio, un negro, un pescador, un pobre diablo sin duda, que venía a rascar algo antes de la cosecha. Ví el fondo de su canoa anclada algunos pies por encima de su cabeza. El hombre se sumergía y ascendía sucesivamente. Una piedra que llevaba entre los pies, mientras una cuerda lo mantenía amarrado a su bote, le servía para bajar rápidamente al fondo del mar. Ése era todo su instrumental. Cuando llegaba al suelo, a unos cinco metros de profundidad, se arrodillaba y llenaba su bolsa de madreperlas cogidas al azar. Luego volvía a subir, vaciaba la bolsa, sacaba otra vez la piedra y repetía su operación, que sólo duraba treinta segundos.

El buceador no nos veía. La oscuridad de la roca nos ocultaba. Y además, ¿cómo habría podido suponer ese pobre indio que allí, bajo el agua, hubiese hombres, seres semejantes a él, espionando sus movimientos, sin perder detalle de su pesca?

Subió y se sumergió varias veces. No recogía más de una docena de madreperlas en cada zambullida, pues tenía que arrancarlas del banco al que se adherían por medio de su fuerte biso. ¡Y cuántas de esas ostras no contenían ninguna de las perlas por las que él arriesgaba la vida!

Yo lo observaba con profunda atención. Ejecutaba sus maniobras de forma regular y durante media hora no pareció amenazarle ningún peligro. Empezaba a familiarizarme con el espectáculo de esa interesante pesca cuando, de repente, en un momento en que el indio estaba arrodillado en el suelo, le vi hacer un gesto de terror, levantarse y coger impulso para subir a la superficie.

Comprendí su espanto. Una sombra gigantesca se cernió sobre el desdichado buceador. Era un tiburón de gran tamaño que avanzaba en diagonal, con la mirada encendida y las mandíbulas abiertas.

Me quedé mudo de horror, incapaz de hacer un solo movimiento.

El voraz animal dio un poderoso aletazo y se lanzó hacia el indio, que se echó a un lado y evitó la mordedura del tiburón, pero no el impacto de su cola, que le golpeó en el pecho y lo dejó tendido en el suelo.

La escena había durado apenas unos segundos. El tiburón regresó y, poniéndose boca arriba, se disponía a cortar en dos al indio cuando sentí al capitán Nemo levantarse a mi lado y, puñal en mano, avanzar directamente hacia el monstruo, dispuesto a luchar cuerpo a cuerpo con él.

Cuando estaba a punto de desgarrar al infortunado pescador, el escualo reparó en su nuevo adversario y, poniéndose de nuevo boca arriba, se dirigió rápidamente hacia él.

Todavía me parece estar viendo la postura del capitán Nemo. Replegado sobre sí mismo, esperaba con admirable sangre fría al formidable escualo, y cuando este se precipitó contra él, el capitán, echándose a un lado con una rapidez prodigiosa, evitó el choque y le hundió el puñal en el vientre. Pero no estaba todo dicho, y comenzó un terrible combate.

El tiburón había rugido, por así decirlo. La sangre salía a borbotones de su herida. El mar se tiñó de rojo y ese líquido opaco no me dejó ver nada más, hasta que, en un claro, vi al intrépido capitán agarrado a una de las aletas del animal, luchando cuerpo a cuerpo con el monstruo, asestando puñaladas al vientre de su enemigo, pero sin poder darle el golpe de gracia, es decir, alcanzarle en pleno corazón. El escualo se debatía y agitaba las aguas con furia, y los torbellinos que producía amenazaban con derribarme.

Hubiera querido socorrer al capitán, pero, paralizado por el miedo, me quedé clavado, incapaz de moverme. Miraba despavorido las diversas fases de la lucha. El capitán cayó al suelo, derribado por el peso de aquella enorme masa. Las mandíbulas del tiburón se abrieron desmesuradamente, cual tijeras, y el capitán no

habría podido hacer nada si, raudo como el pensamiento y arpón en mano, Ned Land no se hubiera lanzado contra el tiburón para clavarle su terrible arma.

Las aguas se impregnaron de sangre, agitadas por los movimientos del escualo, que las batía con indescriptible furor. Ned Land había dado en el blanco. Eran los estertores del monstruo. Acertado en pleno corazón, se debatía en terribles espasmos cuya fuerza expansiva derribó a Conseil.

Ned Land había salvado al capitán, que se incorporó ileso, fue derecho hacia el indio, cortó rápidamente la cuerda que lo ataba a su piedra, lo cogió en brazos y con un vigoroso golpe de talón subió a la superficie, seguido por nosotros tres. En unos instantes, salvados milagrosamente, alcanzamos la barca del pescador.

La primera preocupación del capitán Nemo fue reanimar al pobre infeliz. Yo no sabía si lo lograría, aunque sí lo esperaba, pues la inmersión de ese pobre diablo no había sido larga. Pero el coletazo del tiburón podía haberle herido de muerte.

Afortunadamente, gracias a las vigorosas fricciones de Conseil y del capitán, vi cómo el ahogado iba recobrando poco a poco el conocimiento. Abrió los ojos. ¡Cuál debió de ser su sorpresa, e incluso espanto, al ver las cuatro grandes cabezas de cobre inclinadas sobre él! Y sobre todo, ¿qué debió de pensar cuando el capitán Nemo extrajo un saquito de perlas de un bolsillo de su traje y se lo puso en la mano? El pobre indio de Ceilán aceptó con mano temblorosa la magnífica limosna del hombre de las aguas. Sus ojos atónitos indicaban que no sabía a qué seres sobrehumanos debía a la vez la fortuna y la vida.

A una señal del capitán, volvimos al banco de madreperlas y, siguiendo el camino recorrido, al cabo de media hora encontramos nuevamente el ancla que amarraba al suelo el bote del *Nautilus*.

Una vez embarcados, nos desembarazamos de nuestros pesados caparazones de cobre con ayuda de los marineros.

Las primeras palabras del capitán Nemo fueron para el canadiense:

—Gracias, señor Land.

—Es una revancha, capitán. Se la debía.

Una pálida sonrisa se dibujó en los labios del capitán, y eso fue todo.

—Al *Nautilus* —dijo.



La barca voló sobre las olas. Unos minutos más tarde, vimos el cadáver del tiburón flotando en la superficie. Por el color negro reconocible en el extremo de sus aletas identifiqué al terrible melanóptero del mar de las Indias, de la especie de los tiburones propiamente dichos. Su longitud superaba los veinticinco pies y su enorme boca ocupaba un tercio de su cuerpo. Era un adulto, como se veía por las seis hileras de dientes dispuestas en forma de triángulos isósceles sobre la

mandíbula superior.

Conseil lo miraba con un interés estrictamente científico, y estoy seguro de que lo clasificaba, no sin razón, en la clase de los cartilaginosos, orden de los condroptergios de branquias fijas, familia de los selacios, género de los escualos.

Mientras yo observaba aquella masa inerte, una docena de voraces melanópteros apareció de improvviso alrededor de la barca. Pero sin preocuparse por nosotros, se arrojaron sobre el cadáver para disputarse los restos.

A las ocho y media estábamos de nuevo a bordo del *Nautilus*.

Allí me puse a reflexionar sobre los incidentes de nuestra excursión al banco de Manaar. Dos conclusiones se desprendían inevitablemente de aquello: la primera, la audacia sin par del capitán Nemo; y la segunda, su abnegación por un ser humano, uno de los representantes de esa raza que él rehuía bajo los mares. Dijera lo que dijese, a aquel hombre extraño aún le quedaba algo de corazón.

Cuando le hice esta observación, él me respondió, ligeramente emocionado:

—Ese indio, profesor, es un habitante del país de los oprimidos, y yo soy aún, y lo seré hasta que muera, de ese país.

IV

EL MAR ROJO

Durante la jornada del 29 de enero, la isla de Ceilán desapareció en el horizonte y el *Nautilus* se deslizó a veinte millas por hora por el laberinto de canales que separa las Maldivas de las Laquedivas. Bordeó incluso la isla de Kittan, tierra de origen madreporico descubierta por Vasco de Gama en 1499 y una de las diecinueve islas principales del archipiélago de las Laquedivas, situado entre los 10° y los 14° 30' de latitud norte, y los 69° y los 50° 72' de longitud este.

Por entonces llevábamos recorridas dieciséis mil doscientas veinte millas, o siete mil quinientas leguas, desde nuestro punto de partida en los mares del Japón.

Al día siguiente —30 de enero—, cuando el *Nautilus* subió a la superficie, no había tierra a la vista. Navegábamos hacia el norte-noroeste, en dirección al mar de Omán, situado entre Arabia y la península Índica y que sirve de desembocadura al golfo Pérsico.

Se trataba evidentemente de un callejón sin salida. ¿Adónde nos llevaba el capitán Nemo? Lo ignoraba, lo que no satisfizo al canadiense, que aquel día me preguntó adónde nos dirigíamos.

—Vamos adonde al capitán se le antoje llevarnos.

—Ese antojo no puede llevarnos lejos —respondió el canadiense—. El golfo Pérsico no tiene salida y, si nos adentramos en él, no tardaremos en volver sobre nuestros pasos.

—Bien, entonces volveremos, amigo Ned, y si después del golfo Pérsico el *Nautilus* quiere visitar el mar Rojo, el estrecho de Bab el Mandeb siempre está ahí para darle paso.

—No le descubriré nada si le digo que el mar Rojo no es menos cerrado que el golfo, pues el istmo de Suez aún no está excavado y, aunque así fuera, un barco misterioso como el nuestro no se aventuraría por sus canales cortados por esclusas. Por lo tanto, el mar Rojo no es el camino que nos devolverá a Europa.

—Yo no he dicho que volvamos a Europa.

—Entonces, ¿qué supone usted?

—Supongo que después de haber visitado estos curiosos parajes de Arabia y Egipto, el *Nautilus* descenderá de nuevo por el océano Índico, quizá por el canal de Mozambique o tal vez bordeando las Mascareñas, para llegar al cabo de Buena Esperanza.

—¿Y una vez allí? —preguntó el canadiense con particular insistencia.

—Entonces penetraremos en ese Atlántico que no conocemos aún. ¡Ah, amigo Ned!, ¿ya se ha cansado de este viaje subacuático? ¿Le aburre el espectáculo siempre cambiante de las maravillas submarinas? Por mi parte, he de decir que me dará mucha pena terminar un viaje que tan pocos hombres tendrán la oportunidad de hacer.

—¿Sabe, señor Aronnax, que pronto hará tres meses que estamos prisioneros a bordo del *Nautilus*?

—No, Ned, no lo sé, no lo quiero saber y no cuento los días ni las horas.

—¿Y cuándo acabará esto?

—A su debido tiempo. Además, no podemos hacer nada y discutimos en vano. Si usted me dijera: «Se nos presenta una oportunidad de escaparnos», yo la discutiría con usted. Pero no es el caso y, para serle sincero, no creo que el capitán Nemo se aventure nunca por los mares europeos.

Por este breve diálogo se verá que yo, fanático del *Nautilus*, me había encarnado en la piel de su comandante. Ned Land terminó la conversación en forma de monólogo, diciendo:

—Todo eso está muy bien, pero, en mi opinión, donde hay enojo no hay placer.

Durante cuatro días, hasta el 3 de febrero, el *Nautilus* recorrió el mar de Omán a distintas velocidades y diversas profundidades. Parecía marchar al azar, como si dudara de qué rumbo seguir, pero nunca superó el trópico de Cáncer.

Al abandonar este mar, vimos por un instante Mascate, la ciudad más importante del país de Omán. Contemplé admirado su aspecto extraño, en medio de las rocas negras que la rodean y sobre las que resalta el blanco de sus casas y sus fuertes. Vi las cúpulas redondeadas de sus mezquitas, la elegante punta de sus minaretes, sus frescas y verdes terrazas. Pero apenas fue un atisbo, y el *Nautilus* no tardó en sumergirse en las oscuras aguas de aquellos parajes.

Luego bordeó a una distancia de seis millas las costas arábigas de Mahrah y Hadramaut y su línea ondulada de montañas, cubiertas de algunas ruinas antiguas. El 5 de febrero entramos por fin en el golfo de Aden, verdadero embudo introducido en ese cuello de botella de Bab el Mandeb que emboca las aguas del Índico en el mar Rojo.

El 6 de febrero el *Nautilus* navegaba con Aden a la vista, elevada sobre un promontorio que un estrecho istmo une al continente, como una especie de Gibraltar inaccesible cuyas fortificaciones fueron reconstruidas por los ingleses después de conquistarla en 1839. Entreví los minaretes octogonales de esta ciudad que, según el historiador Edrisi, fue en otro tiempo el enclave más rico y comercial de la costa.

Yo creía que el capitán Nemo, llegados a ese punto, daría marcha atrás, pero me equivocaba y, para mi sorpresa, no lo hizo.

Al día siguiente, 7 de febrero, embocamos el estrecho de Bab el Mandeb, que en árabe significa «la puerta de las lágrimas». Con una anchura de veinte millas y una longitud de tan sólo cincuenta y dos kilómetros, para el *Nautilus*, lanzado a toda velocidad, atravesarlo fue cuestión de apenas una hora. Pero no pude ver nada, ni siquiera la isla de Perim, donde el gobierno británico ha fortificado la posición de Aden. Demasiados vapores ingleses o franceses de las líneas de Suez a Bombay, a Calcuta, a Melbourne, a Bourbon y a Mauricio surcaban ese estrecho pasaje para que el *Nautilus* se dejara ver por allí. Así que se mantuvo prudentemente entre dos aguas.

A mediodía surcábamos por fin las aguas del mar Rojo.

El mar Rojo, el célebre lago de las tradiciones bíblicas que apenas refrescan las lluvias, que ningún río importante riega, que sufre una incesante evaporación y que pierde cada año una capa líquida de un metro y medio. Golfo singular que, cerrado y con las condiciones de un lago, quedaría tal vez completamente desecado. Inferior en esto a sus vecinos, el mar Caspio y el mar Muerto, cuyo nivel sólo ha bajado hasta el punto en que su evaporación ha igualado exactamente el caudal de agua que recibe en su seno.

El mar Rojo tiene dos mil seiscientos kilómetros de longitud por doscientos cuarenta de anchura media. En tiempos de Ptolomeo y de los emperadores romanos fue la gran arteria comercial del mundo, y la construcción del istmo le devolverá la antigua importancia que los ferrocarriles de Suez ya han restituido en parte.

Ni siquiera traté de comprender el capricho que podía haber inducido al capitán Nemo a llevarnos al golfo, pero aprobé sin reservas que el *Nautilus* se adentrara en él. El barco adoptó una velocidad media, ya manteniéndose en la superficie, ya sumergiéndose para evitar algún barco, y así pude observar las dos caras de ese mar tan curioso.

Desde primera hora de la mañana del 8 de febrero divisamos Moka, ciudad actualmente en ruinas, cuyas murallas caen al mero ruido del cañón y que protegen aquí y allá algunas verdes palmeras. Ciudad en otro tiempo importante, que contenía seis mercados públicos, veintiséis mezquitas y cuyos muros, defendidos por catorce fortines, formaban un cinturón de tres kilómetros.

Luego el *Nautilus* se acercó a las costas africanas, donde la profundidad del mar es mayor. Allí, entre dos aguas límpidas como el cristal, por los paneles abiertos pudimos contemplar admirables florestas de relucientes corales y vastas paredes de roca revestidas de un espléndido manto verde de algas y fucos. ¡Qué indescriptible espectáculo! ¡Qué variedad de escenarios y paisajes en la lisura de los escollos e islotes volcánicos que lindan con la costa libia! Pero donde aquellas arborizaciones se mostraron en todo su esplendor fue cerca de las orillas orientales que el *Nautilus* no tardó en bordear, en las costas de Tehama. Allí el muestrario de

zoófitos no sólo florecía bajo el nivel del mar, sino que formaba entrelazamientos pintorescos, que se desplegaban a diez brazas por encima de la superficie. Éstos eran más caprichosos pero no menos coloristas que aquellos, cuyo frescor se mantenía por la húmeda vitalidad de las aguas.



¡Cuántas horas gozosas pasé así ante el cristal del salón! ¡Cuántos nuevos

ejemplares de la flora y la fauna submarinas admiré bajo el resplandor de nuestro fanal eléctrico! Fungias agariciformes; actinias de color pizarroso, como la *thalassianthus aster*; tubíporas en forma de flauta que sólo esperaban a ser tocadas por el dios Pan, conchas típicas de esos mares que se instalan en las excavaciones madreporicas y cuya base se contornea en una corta espiral; y, por último, mil especímenes de un polipero que aún no había observado, la vulgar esponja.

La clase de los espongiarios, primera del grupo de los pólipos, ha sido creada precisamente por ese curioso producto cuya utilidad es incuestionable. La esponja no es un vegetal, como aún consideran algunos naturalistas, sino un animal del último orden, un polipero inferior al del coral. Su condición animal no es dudosa, y ni siquiera podemos suscribir la opinión de los antiguos, que la consideraban un ser intermedio entre la planta y el animal. No obstante, debo decir que los naturalistas no se ponen de acuerdo sobre el modo de organización de la esponja. Para unos es un polipero y para otros, como Milne-Edwards, un espécimen aislado y único.

La clase de los espongiarios contiene cerca de trescientas especies que se encuentran en un gran número de mares y hasta en algunos ríos, donde han recibido el nombre de fluviátiles. Pero sus aguas predilectas son las del Mediterráneo, el archipiélago griego, la costa de Siria y la del mar Rojo. Allí se reproducen y se desarrollan estas esponjas finas y suaves cuyo valor llega a alcanzar los cincuenta francos: la esponja rubia de Siria, la dura de Barbería, etc. Pero como no podía esperar estudiar estos zoófitos en las escalas de Levante, de las que nos separaba el infranqueable istmo de Suez, me conformé con observarlas en las aguas del mar Rojo.

Llamé a Conseil a mi lado, mientras el *Nautilus* pasaba rozando lentamente las hermosas rocas de la costa oriental a una profundidad media de ocho o nueve metros.

Allí crecían esponjas de todas las formas: pediculadas, foliáceas, globulosas, digitadas. Justificaban con bastante exactitud los nombres de canastillas, cálices, rucas, astas de ciervo, pata de león, cola de pavo real o guante de Neptuno que les han atribuido los pescadores, más poetas que los sabios. De su tejido fibroso, recubierto de una sustancia gelatinosa semifluida, se escapaban incesantemente hilillos de agua que, tras haber llevado la vida a cada célula, eran expulsados por un movimiento contráctil. Esta sustancia desaparece tras la muerte del pólipo y se pudre liberando amoníaco. Entonces sólo quedan esas fibras córneas o gelatinosas de las que se compone la esponja doméstica, que adopta un tinte rosáceo y que se emplea para diversos usos según su grado de elasticidad, permeabilidad o resistencia a la maceración.

Esos poliperos se adherían a las rocas, a las conchas de los moluscos e incluso

a los tallos de los hidrófitos. Cubrían las cavidades más pequeñas, unas a lo ancho y otras a lo alto o colgando como excrescencias coralígenas. Le expliqué a Conseil que las esponjas se pescaban de dos maneras, a la draga o a mano. Este último método, que requiere de buceadores, es preferible al primero, pues al respetar el tejido del polípero lo mantiene con un valor muy superior.

Los otros zoófitos que pululaban junto a los espongiarios consistían principalmente en medusas de una especie muy elegante. Los moluscos estaban representados por variedades de calamares que, según D'Orbigny, son particulares del mar Rojo, y los reptiles por tortugas virgata pertenecientes al género de los quelonios, que proporcionaron a nuestra mesa un plato fino y saludable.

En cuanto a los peces, eran numerosos y a menudo notables. Estos son los que las redes del *Nautilus* capturaban más frecuentemente: rayas, entre ellas las limas, de forma ovalada, color arcilloso y cuerpo sembrado de manchas azules irregulares, reconocibles por su doble agujón dentado; arnacks de lomo plateado, pastinacas de cola puntiagudas y bockats, grandes mantas de dos metros de largo que ondulaban entre las aguas; aodontes completamente desprovistos de dientes, especie de cartilaginosos que se parecen a los escualos; ostracios dromedarios, cuya joroba termina en un agujón curvo de un pie y medio de largo; ofidios, verdaderas morenas de cola plateada, lomo azulado y aletas pectorales negras ribeteadas de gris; pámpanos, especie de rodaballos con estrías doradas y adornados con los tres colores de Francia; blemios garamitos de cuatro centímetros de largo; soberbios carángidos, decorados con siete bandas transversales de un hermoso negro, aletas azules y amarillas y escamas de oro y plata; centrópodos; salmonetes oriflamos de cabeza amarilla; sargos, lábridos, pejepuercos, gobios, etc., y otros mil peces comunes en los océanos que ya habíamos atravesado.

El 9 de febrero el *Nautilus* navegaba por la parte más ancha del mar Rojo, comprendida entre Suakin, en la costa occidental, y Quonfodah, en la oriental, sobre un diámetro de ciento noventa millas. A mediodía, tras haber fijado la posición, el capitán Nemo subió a la plataforma, donde yo estaba. Me prometí no dejarle bajar sin haberle sondeado al menos acerca de sus planes futuros. Se acercó a mí en cuanto me vio, me ofreció amablemente un cigarro y dijo:

—Y bien, profesor, ¿le gusta el mar Rojo? ¿Ha podido observar las maravillas que contiene, sus peces y zoófitos, sus jardines de esponjas y sus bosques de coral? ¿Ha vislumbrado las ciudades construidas en sus riberas?

—Sí, capitán Nemo, y el *Nautilus* se ha prestado maravillosamente a ese estudio. ¡Qué barco tan inteligente!

—Sí, señor, inteligente, audaz e invulnerable. No teme ni a las terribles tempestades del mar Rojo ni a sus corrientes ni a sus escollos.

—En efecto, este mar se cita entre los más peligrosos y, si no me equivoco, en

la Antigüedad su reputación era terrible.

—Cierto, señor Aronnax. Los historiadores griegos y latinos no hablan bien de él, y Estrabón dice que es especialmente duro cuando soplan los vientos etesios y durante la estación de lluvias. El árabe Edrisi, que lo describió bajo el nombre de golfo de Colzum, cuenta que muchos barcos naufragaban en sus bancos de arena y que nadie se atrevía a navegarlo de noche. Es, dice, un mar sujeto a espantosos huracanes, sembrado de islas inhóspitas y «que no ofrece nada bueno» ni en sus profundidades ni en la superficie. Y la misma opinión puede encontrarse en Arriano, Agatárquides y Artemidoro.

—Se nota que esos historiadores no han navegado a bordo del *Nautilus*.

—Sí —respondió sonriendo el capitán Nemo—, y en este punto los modernos no están más adelantados que los antiguos. Han hecho falta siglos para descubrir la potencia mecánica del vapor. Quién sabe si dentro de cien años veremos un segundo *Nautilus*. Los progresos son lentos, señor Aronnax.

—Es cierto, su barco se adelanta en un siglo, y puede que en varios, a su tiempo. ¡Qué lástima que un secreto así deba morir con su inventor!

El capitán Nemo no me respondió. Tras unos minutos de silencio, dijo:

—Me hablaba usted de lo que dicen los historiadores antiguos sobre los peligros que ofrece la navegación del mar Rojo...

—Es cierto —respondí—, pero ¿sus temores no eran exagerados?

—Sí y no, señor Aronnax —respondió el capitán Nemo, que parecía conocer a fondo «su mar Rojo»—. Lo que no es peligroso para un barco moderno, bien aparejado, sólidamente construido y dueño de su rumbo gracias al obediente vapor, ofrece toda suerte de peligros para las embarcaciones de los antiguos. Hay que imaginarse a los primeros navegantes que se aventuraban en barcos hechos de planchas cosidas con cuerdas de palmera, calafateados con resina machacada y embadurnados con grasa de cazón. Ni siquiera tenían instrumentos para determinar su rumbo y navegaban por intuición en medio de corrientes que apenas conocían. En tales condiciones los naufragios eran y habían de ser numerosos. Pero en nuestros días los vapores que hacen el servicio entre Suez y los mares del sur ya no tienen que temer la cólera de este golfo, a pesar de los monzones contrarios. Sus capitanes y pasajeros no se preparan antes de partir con sacrificios propiciatorios y a su regreso ya no van a dar gracias a los dioses al templo, adornados con guirnaldas y cintas doradas.

—Estoy de acuerdo, y el vapor parece haber borrado el agradecimiento del corazón de los marinos. Pero, capitán, puesto que parece haber estudiado a fondo este mar, ¿puede decirme de dónde le viene el nombre?

—Hay numerosas explicaciones al respecto, señor Aronnax. ¿Quiere saber la opinión de un cronista del siglo XIV?

—Con mucho gusto.

—Este fantasioso pretende que recibió su nombre tras el paso de los israelitas, cuando el faraón murió en las aguas que volvieron a cerrarse al grito de Moisés:

Como signo de este prodigio
el mar se tornó rojizo,
y no se les ocurrió otra cosa
que llamarle mar roja.

—Explicación de poeta, capitán, pero no me satisface, así que le pediré su opinión personal.

—Pues ahí va. En mi opinión, señor Aronnax, hay que ver en ese nombre de mar Rojo una traducción de la palabra hebrea «edrom», y si los antiguos le dieron ese nombre fue por la coloración particular de sus aguas.

—Sin embargo, hasta ahora sólo he visto aguas límpidas y sin ningún tinte particular.

—Sin duda, pero al avanzar hacia el fondo del golfo percibirá usted ese efecto singular. Recuerdo haber visto la bahía de Tor completamente roja, como un lago de sangre.

—Y ese color, ¿lo atribuye usted a la presencia de algún alga microscópica?

—Sí. Es una materia mucilaginosa de color púrpura producida por las plántulas raquílicas denominadas *trichodesmies*, de las que se precisan cuarenta mil para ocupar el espacio de un milímetro cuadrado. Quizá las encuentre cuando lleguemos a Tor.

—De modo, capitán, que esta no es la primera vez que recorre el mar Rojo a bordo del *Nautilus*.

—Así es.

—Entonces, puesto que antes habló del paso de los israelitas y de la catástrofe de los egipcios, le preguntaré si ha reconocido bajo las aguas restos de ese gran acontecimiento histórico.

—No, y por una excelente razón.

—¿Cuál?

—Que el lugar que atravesó Moisés con todo su pueblo está hoy tan lleno de arena que los camellos apenas pueden bañarse las patas. Comprenderá usted que mi *Nautilus* no tendría agua suficiente.

—¿Y ese lugar...?

—Ese lugar está situado un poco más arriba de Suez, en el brazo que antaño formaba un profundo estuario, mientras que el mar Rojo se extendía hasta los lagos Amargos. Ahora, sea o no milagroso ese paso, lo cierto es que los israelitas lo

atravesaron para llegar a la Tierra Prometida y que el ejército del faraón sucumbió en ese lugar. Creo, pues, que unas excavaciones en esos arenales pondrían al descubierto una gran cantidad de armas e instrumentos de origen egipcio.

—Es evidente —respondí—, y hay que esperar que los arqueólogos hagan esas excavaciones tarde o temprano, cuando se erijan nuevas ciudades en ese istmo tras la construcción del canal de Suez, un canal bien inútil para un barco como el *Nautilus*.

—Sí, pero útil para el mundo entero —dijo el capitán Nemo—. Los antiguos habían comprendido bien la utilidad para sus prácticas comerciales de establecer una comunicación entre el mar Rojo y el Mediterráneo, pero no soñaron con abrir un canal directo y tomaron el Nilo como intermediario. Muy probablemente, el canal que unía el Nilo con el mar Rojo se comenzó bajo el reinado de Sesostris, a juzgar por lo que dice la tradición. Lo que es seguro es que, seiscientos quince años antes de Jesucristo, Necos emprendió la construcción de un canal alimentado por las aguas del Nilo, a través de la llanura de Egipto que mira a Arabia. Este canal se remontaba en cuatro días y su anchura era tal que dejaba pasar dos trirremes^[4] de frente. Fue continuado por Darío, hijo de Hystaspo, y probablemente culminado por Ptolomeo II. Estrabón dice que lo utilizaban para la navegación, pero la escasa pendiente entre su punto de partida, cerca de Bubastis, y el mar Rojo no lo hacía navegable más que algunos meses al año. El canal sirvió para el comercio hasta el siglo de los Antonios. Abandonado, enarenado, posteriormente restablecido por orden del califa Omar, fue cegado definitivamente en el año 761 o 762 por el califa Almanzor para impedir que llegaran víveres a Mohamed ben Abdallah, que se había sublevado contra él. Durante su expedición a Egipto, el general Napoleón encontró los restos de estas construcciones en el desierto de Suez y, sorprendido por la marea, a punto estuvo de morir pocas horas antes de llegar a Hadjaroth, el mismo lugar donde Moisés había acampado tres mil años antes que él.

—Pues bien, capitán, lo que los antiguos no osaron emprender, la unión entre los dos mares que acortará en nueve mil kilómetros la ruta de Cádiz a la India, lo ha hecho Lesseps, quien dentro de poco habrá convertido África en una inmensa isla.

—Así es, señor Aronnax, y tiene derecho a sentirse orgulloso de su compatriota. Es un hombre que honra una nación más que los más ilustres capitanes. Como tantos otros, comenzó sufriendo trabas y negativas, pero ha triunfado gracias a su increíble voluntad. Es triste pensar que esta obra, que hubiera debido ser internacional y bastado para dar fama a un reino, sólo se culminará por la energía de un solo hombre. ¡Gloria, pues, a Lesseps!

—Sí, gloria a este insigne ciudadano —respondí, sorprendido por el tono que

acababa de emplear el capitán Nemo.

—Desgraciadamente —prosiguió—, no puedo llevarle por el canal de Suez, pero podrá ver los grandes muelles de Port Said pasado mañana, cuando estemos en el Mediterráneo.

—¿En el Mediterráneo!

—Sí, profesor. ¿Le sorprende?

—Lo que me sorprende es pensar que estaremos allí pasado mañana.

—¿De veras?

—Sí, capitán, aunque debería estar acostumbrado a no sorprenderme de nada desde que estoy en su barco.

—¿Por qué esa sorpresa?

—Por la increíble velocidad que tendrá que imprimir al *Nautilus* si quiere estar pasado mañana en pleno Mediterráneo, tras haber dado la vuelta a África y doblado el cabo de Buena Esperanza.

—¿Quién ha dicho que vamos a dar la vuelta a África? ¿Quién ha hablado del cabo de Buena Esperanza?

—Pero, a menos que el *Nautilus* navegue en tierra firme y pase por encima del istmo...

—O por debajo, señor Aronmax.

—¿Por debajo?

—Sí —respondió tranquilamente el capitán Nemo—. Hace mucho tiempo que la naturaleza consigue bajo esa lengua de tierra lo que los hombres hacen hoy en su superficie.

—¿Cómo! ¿Hay un paso?

—Sí, un paso subterráneo al que he llamado «Arabian Tunnel». Arranca un poco más abajo de Suez y acaba en el golfo de Pelusa.

—Pero ¿ese istmo no está compuesto únicamente de arenas movedizas?

—Hasta cierta profundidad, sí, pero a cincuenta metros sólo hay una sólida base de roca.

—¿Y ha descubierto ese paso por azar? —pregunté cada vez más sorprendido.

—Por azar y razonando, profesor, e incluso más razonando que por azar.

—Le escucho, capitán, pero me resisto a creer lo que oigo.

—Ah, amigo mío. *Aures habent et non audient*, siempre ha sido así. No sólo existe un pasaje, sino que lo he utilizado varias veces. Si no, no me habría aventurado hoy en este callejón sin salida.

—¿Sería una indiscreción preguntarle cómo ha descubierto ese túnel?

—Amigo mío —me respondió el capitán—, no puede haber secretos entre personas que nunca han de separarse.

Pasé por alto su insinuación y me dispuse a escuchar el relato del capitán

Nemo:

—Profesor, es un simple razonamiento de naturalista lo que me llevó a descubrir este paso que sólo yo conozco. Había observado que en el mar Rojo y en el Mediterráneo hay un cierto número de peces de especies absolutamente idénticas: ofidios, palometas, julias, percas, pejerreyes, voladores. Convencido de este fenómeno, me pregunté si no existiría una comunicación entre los dos mares. De ser así, la corriente subterránea forzosamente debía ir del mar Rojo al Mediterráneo por el simple efecto de la diferencia de niveles. Así que pesqué una gran cantidad de peces en las cercanías de Suez, les puse un anillo de cobre en la cola y los devolví al mar. Unos meses más tarde, en las costas de Siria, volví a capturar algunos de estos peces adornados con su anillo distintivo. La comunicación entre ambos mares me quedó así demostrada. La busqué con mi *Nautilus*, la descubrí y me aventuré por ella. Dentro de poco, profesor, usted también habrá franqueado mi túnel arábigo.



«ARABIAN TUNNEL»

Esé mismo día relaté a Conseil y a Ned Land la parte de aquella conversación que podía interesarles directamente. Cuando les dije que en dos días estaríamos en aguas del Mediterráneo, Conseil dio palmas de alegría, pero el canadiense se encogió de hombros.

—¡Un túnel submarino! —exclamó—. Una comunicación entre los dos mares. ¿Quién ha oído hablar nunca de eso?

—Amigo Ned —replicó Conseil—, ¿había oído hablar alguna vez del *Nautilus*? No, ¿verdad? Y sin embargo existe. Conque no se encoja de hombros tan a la ligera ni descarte las cosas con el pretexto de no haber oído hablar nunca de ellas.

—Ya veremos —respondió Ned Land, sacudiendo la cabeza—. Después de todo, nadie desea convencerse más que yo de que existe ese paso, y quiera el Cielo que en verdad nos conduzca al Mediterráneo.

Esa misma tarde, a 21° 30' de latitud norte, el *Nautilus*, navegando en la superficie, se acercó a la costa árabe. Divisé Yidda, importante enclave comercial de Egipto, Siria, Turquía y las Indias. Distinguí con bastante claridad el conjunto de sus construcciones, los barcos amarrados a sus muelles y aquellos cuyo calado obligaba a fondear en la bahía. El sol, bastante bajo en el horizonte, daba de lleno en las casas de la ciudad, resaltando su blancura. En las afueras, algunas cabañas de madera o de caña indicaban el barrio habitado por los beduinos.

Yidda no tardó en esfumarse entre las sombras del crepúsculo y el *Nautilus* volvió a sumergirse en las aguas ligeramente fosforescentes.

Al día siguiente, 10 de febrero, aparecieron varios barcos que avanzaban en dirección contraria a nosotros. El *Nautilus* retomó su navegación submarina, pero a mediodía, con el mar desierto, emergió hasta su línea de flotación.

Acompañado de Ned y de Conseil fui a sentarme a la plataforma. Al este, la costa parecía una masa difusa en la húmeda bruma.

Apoyados en los costados de la canoa, charlábamos de esto y de aquello cuando Ned Land, señalando un punto del mar, dijo:

—¿Ve algo allí, profesor?

—No, Ned, pero yo no tengo su vista, ya lo sabe.

—Mire bien, allí delante, a estribor, casi a la altura del fanal. ¿No ve una masa que parece moverse?

—En efecto —dije, tras observar atentamente—. Parece un largo cuerpo negruzco en la superficie del agua.

—¿Otro *Nautilus*? —dijo Conseil.

—No —respondió el canadiense—, pero, o mucho me equivoco, o es un animal marino.

—¿Hay ballenas en el mar Rojo? —preguntó Conseil.

—Sí, muchacho —respondí—, se ven a veces.

—No es una ballena —prosiguió Ned Land, que no apartaba la vista del objeto señalado—. Las ballenas y yo somos viejos conocidos y las reconozco nada más verlas.

—Esperemos un poco —dijo Conseil—. El *Nautilus* se dirige hacia allí y en breve sabremos de qué se trata.

En efecto, el objeto negruzco pronto estuvo a una milla de nosotros. Parecía un gran escollo en medio del mar. ¿Qué era? Aún no podía pronunciarme.

—¡Ah, se mueve, se está sumergiendo! —exclamó Ned Land—. Por todos los diablos, ¿qué animal puede ser? No tiene la cola bifurcada como las ballenas o los cachalotes, y sus aletas parecen miembros mutilados.

—Pero, entonces... —dije.

—¡Miren —prosiguió el canadiense—, se voltea y enseña las mamas!

—¡Es una sirena! —exclamó Conseil—. ¡Una verdadera sirena, si el señor me lo permite!

El nombre de sirena me puso sobre la pista, y comprendí que aquel animal pertenecía al orden de seres marinos en el que se han inspirado las fábulas para crear a las sirenas, mitad mujeres, mitad peces.

—No, no es una sirena, sino una curiosa criatura de la que apenas quedan algunos ejemplares en el mar Rojo. Es un dugón.

—Orden de los sirenios, grupo de los pisciformes, subclase de los monodelfos, clase de los mamíferos, rama de los vertebrados —replicó Conseil.

Cuando Conseil hablaba así, no había más que decir.

Pero Ned Land seguía mirando. Sus ojos brillaban de codicia a la vista de aquel animal y su mano parecía presta a arponear. Se hubiera dicho que esperaba el momento de lanzarse al mar para atacarle en su elemento.

—¡Ah —exclamó con voz temblorosa por la emoción—, nunca he matado uno de esos!

Todo el arponero estaba condensado en esas palabras.

En ese momento apareció el capitán Nemo sobre la plataforma. Vio al dugón, comprendió la actitud del canadiense y, dirigiéndose a él, dijo:

—Si tuviera un arpón, señor Land, ¿no le quemaría en la mano?

—Usted lo ha dicho.

—Y no le disgustaría retomar por un día su oficio de arponero y añadir este cetáceo a la lista de los que ya ha cazado, ¿verdad?

—No me disgustaría nada.

—Pues bien, puede intentarlo.

—Gracias —respondió Ned Land con la mirada encendida.

—Sólo le recomiendo que no falle el tiro, y se lo digo en su propio interés.

—¿El dugón es peligroso de cazar? —pregunté, a pesar del encogimiento de hombros del canadiense.

—Sí, a veces —respondió el capitán—. Este animal se revuelve contra sus atacantes y hunde sus embarcaciones. Pero en el caso del señor Land no hay que temer tal cosa. Tiene un ojo de lince y el brazo firme. Si le recomiendo que no falle es porque el dugón se considera con toda justicia una presa selecta, y sé que el señor Land no hace ascos a los buenos bocados.

—¡Ah! —exclamó el canadiense—. ¿Conque esa bestia también se permite el lujo de ser buena para comer?

—Sí. Su carne, pues es carne de verdad, goza de gran estimación y en toda Malasia es un plato reservado a los príncipes. Por eso este animal ha sido objeto de una caza tan encarnizada que, al igual que su congénere el manatí, ha hecho que escasee cada vez más.

—Entonces, capitán —dijo gravemente Conseil—, si por un casual este fuera el último de su raza, ¿no convendría dejarlo con vida en interés de la ciencia?

—Tal vez —replicó el canadiense—, pero en interés de la cocina más vale cazarlo.

—Adelante, pues, señor Land —respondió el capitán Nemo.

Siete hombres de la tripulación, mudos e impassibles como siempre, subieron a la plataforma. Uno llevaba un arpón y una cuerda semejante a las que utilizan los pescadores de ballenas. Se bajó la canoa del puente, se la soltó de su alvéolo y se la botó al mar. Seis remeros se colocaron en sus bancos y el patrón se puso al timón. Ned, Conseil y yo nos sentamos a popa.

—¿No viene, capitán? —pregunté.

—No, pero les deseo buena caza.

La canoa se echó a la mar e impulsada por seis remeros se dirigió rápidamente hacia el dugón, que para entonces flotaba a dos millas del *Nautilus*. Cuando llegó a algunos cables del cetáceo, ralentizó su marcha y los remos se sumergieron silenciosamente en las tranquilas aguas. Ned Land, arpón en mano, fue a situarse de pie en la proa del bote. El arpón con el que se caza a las ballenas suele estar sujeto a una cuerda muy larga que se desenrolla rápidamente cuando el animal herido la arrastra consigo. Pero en este caso la cuerda no medía más de diez brazas, y su extremo estaba simplemente fijado a un pequeño barril que, al flotar, debía indicar

la marcha del dugón bajo el agua.

Yo me había levantado y podía observar con toda claridad al rival del canadiense. El dugón, también llamado vaca marina, se parecía mucho al manatí. Su cuerpo oblongo terminaba en una aleta caudal muy alargada, y sus aletas laterales en auténticos dedos. La diferencia con el manatí consistía en que su mandíbula superior estaba armada con dos dientes largos y puntiagudos que formaban defensas divergentes a cada lado. El dugón que Ned Land se disponía a atacar tenía dimensiones colosales y una longitud de al menos siete metros. No se movía y parecía dormir en la superficie del agua, lo que facilitaba su captura.

La canoa se acercó prudentemente a tres brazas del animal. Los remos quedaron suspendidos en sus soportes. Me incorporé ligeramente. Ned Land, con el cuerpo un poco echado hacia atrás, blandía su arpón con mano experta.

De pronto se oyó un silbido y el dugón desapareció. El arpón, lanzado con fuerza, había debido de impactar en el agua.

—¡Por todos los diablos! —exclamó Ned Land, furioso—. ¡He fallado!

—No —le dije—, el animal está herido, mire su sangre, pero el arma se ha desprendido del cuerpo.

—¡Mi arpón! ¡Mi arpón! —gritó Ned Land.

Los marineros se pusieron de nuevo a remar y el patrón dirigió la embarcación hacia el barril flotante. Una vez recuperado el arpón, la canoa se lanzó en persecución del animal. Éste subía de vez en cuando a la superficie para respirar. Su herida no lo había debilitado, pues se movía con rapidez asombrosa. La embarcación, maniobrada por brazos vigorosos, volaba siguiendo su rastro. Varias veces logró acercarse a unas cuantas brazas, y el canadiense se dispuso a lanzar el arpón, pero el dugón se escondía con una rápida zambullida y era imposible alcanzarlo.

Imagínese la cólera que embargaba al impaciente Ned Land, que lanzaba al desventurado animal los peores juramentos de la lengua inglesa. Por mi parte, sólo sentía decepción al ver cómo el dugón desbarataba todas nuestras mañas.

Lo perseguimos sin descanso durante una hora y yo empezaba a creer que sería muy difícil cazarlo cuando al animal le entró un inoportuno deseo de venganza del que habría de arrepentirse, y se volvió hacia la canoa para atacarla.

Esta maniobra no se le escapó al canadiense.

—¡Cuidado! —dijo.

El patrón dijo algo en su extraña lengua, advirtiendo sin duda a sus hombres que se mantuvieran en guardia.

Cuando el dugón llegó a veinte pies de la canoa, se detuvo y aspiró bruscamente con sus grandes narices situadas no en el extremo, sino en la parte superior de su hocico. Luego tomó impulso y arremetió contra nosotros. La canoa

no pudo evitar el choque. Medio volcada, le entraron dos o tres mil litros de agua que hubo que achicar, pero, golpeada en diagonal y no de lleno gracias a la habilidad del patrón, no se hundió. Ned Land, agarrado a proa, acribillaba a arponazos al gigantesco animal, que, con los dientes incrustados en la falca, levantaba la embarcación por encima del agua como un león hace con un cervatillo. Caímos los unos sobre los otros y no sé cómo habría terminado aquella aventura si el canadiense, que seguía su lucha infatigable contra la bestia, no la hubiera alcanzado finalmente en el corazón.

Oí un rechinar de dientes en la chapa, y el dugón desapareció con el arpón clavado en su cuerpo. Pero el barril no tardó en subir de nuevo a la superficie, e instantes después apareció el cuerpo del animal, con el vientre hacia arriba. La canoa se acercó hasta él y lo remolcó hasta el *Nautilus*.

Hubo que emplear aparejos muy potentes para izar al dugón a la plataforma, pues pesaba cinco mil kilos. Fue despedazado ante la atenta mirada del canadiense, que quiso seguir todos los detalles de la operación. Ese mismo día el criado me sirvió en la cena unas rodajas de aquella carne, magníficamente aderezada por el cocinero. La encontré excelente, superior incluso a la de ternera y hasta a la de buey.

Al día siguiente, 11 de febrero, la despensa del *Nautilus* se enriqueció con otra pieza exquisita. Una bandada de golondrinas de mar se abatió sobre el barco. Era de la especie *sterna nilotica*, típica de Egipto, con el pico negro, la cabeza gris y moteada, los ojos rodeados de puntos blancos, el dorso, las alas y la cola grisáceas, el vientre y el cuello blancos y las patas rojas. Cazamos también varias docenas de patos del Nilo, aves salvajes de sabor excelente, con el cuello y la coronilla blancos y moteados de negro.

El *Nautilus* había moderado su velocidad y navegaba como si de un paseo se tratara. Observé que el agua del mar iba haciéndose menos salada a medida que nos acercábamos a Suez.

Hacia las cinco de la tarde avistamos al norte el cabo de Ras Mohammed, que forma el extremo de la Arabia Petrea, comprendida entre el golfo de Suez y el de Aqaba.

El *Nautilus* penetró en el estrecho de Jubal, que lleva al golfo de Suez. Distinguí claramente una montaña muy alta que domina entre los dos golfos el Ras Mohammed. Era el monte Horeb, el Sinaí en cuya cima Moisés vio a Dios cara a cara y que la imaginación se representa constantemente coronado de relámpagos.

A las seis, el *Nautilus*, ya flotando, ya sumergido, pasaba frente a Tor, asentada al fondo de una bahía cuyas aguas parecían teñidas de rojo, como ya observara el capitán Nemo. Anocheció en medio de un silencio espeso, roto a veces por los gritos de los pelícanos y de otras aves nocturnas, por el ruido de la resaca al

chocar contra las rocas o por el lejano gemido de algún vapor batiendo las aguas del golfo con sus ruidosas palas.

Entre las ocho y las nueve el *Nautilus* permaneció a algunos metros bajo el agua. Según mis cálculos debíamos de estar muy cerca de Suez. A través de los paneles del salón podía ver fondos de rocas vivamente iluminados por nuestra luz eléctrica. Me parecía que el estrecho se iba cerrando cada vez más.

A las nueve y cuarto, con el barco de nuevo en la superficie, subí a la plataforma. Impaciente por franquear el túnel del capitán Nemo, no podía estarme quieto y subí a respirar el aire fresco de la noche.

Pronto distinguí en la oscuridad un pálido fuego, difuminado por la bruma, que brillaba a una milla de nosotros.

—Un faro flotante —dijo alguien a mi lado.

Me volví y reconocí al capitán.

—Es el fuego flotante de Suez —prosiguió—. No tardaremos en llegar al túnel.

—Imagino que la entrada no será fácil.

—No. Por eso suelo quedarme en la cabina del piloto para dirigir en persona la maniobra. Y ahora le ruego que baje, señor Aronnax, pues el *Nautilus* va a sumergirse y no emergerá hasta haber cruzado el «Arabian Tunnel».

Seguí al capitán Nemo. Se cerró la escotilla, se llenaron los depósitos de agua y la nave se sumergió unos diez metros.

Cuando me disponía a volver a mi camarote el capitán me detuvo:

—Profesor, ¿le gustaría acompañarme en la cabina del piloto?

—No me atrevía a pedírselo —respondí.

—Venga conmigo, pues. Así verá todo lo que se puede ver de esta navegación a la vez subterránea y submarina.

El capitán Nemo me condujo a la escalera central. A mitad de la rampa abrió una puerta, atravesó las crujías superiores y llegó a la cabina del piloto, que, como se sabe, se elevaba al final de la plataforma. La cabina medía seis pies a cada lado y era muy similar a la que ocupan los timoneles de los *steamboats* del Misisipi o el Hudson. En el centro estaba la rueda, colocada verticalmente y engranada en los guardines del timón que llegaban hasta la popa del *Nautilus*. Cuatro portillas de cristales lenticulares, abiertas en las paredes de la cabina, permitían al timonel mirar en todas direcciones.

La cabina estaba en penumbra, pero mis ojos se acostumbraron pronto a la oscuridad y vi al piloto, un hombre vigoroso con las manos apoyadas en las yantas de la rueda. Fuera, el mar parecía vivamente iluminado por el fanal que brillaba detrás de la cabina, al otro extremo de la plataforma.

—Ahora —dijo el capitán Nemo—, busquemos nuestro paso.

Unos hilos eléctricos unían la cabina del timonel con la sala de máquinas, y

desde allí el capitán podía comunicar simultáneamente la dirección y el movimiento a su *Nautilus*. Apretó un botón metálico y al instante disminuyó notablemente la velocidad de la hélice.

Yo miraba en silencio la alta y escarpada muralla que bordeábamos, inquebrantable base del macizo arenoso de la costa. La rodeamos así durante una hora, a apenas unos metros de distancia. El capitán Nemo no perdía de vista la brújula colgada en la cabina por sus dos círculos concéntricos. A un simple gesto suyo, el timonel modificaba a cada momento la dirección del *Nautilus*.

Yo me había colocado delante de la portilla de babor y veía magníficas aglomeraciones de corales, zoófitos, algas y crustáceos que agitaban sus enormes patas entre los huecos de las rocas.

A las diez y cuarto, el capitán Nemo se puso al timón. Ante nosotros se abría una inmensa galería, negra y profunda, y el *Nautilus* se adentró audazmente en ella. Se oyó un murmullo inusual en sus costados. Eran las aguas del mar Rojo, que la pendiente del túnel precipitaba hacia el Mediterráneo. El *Nautilus* seguía el torrente, rápido como una flecha, pese a los esfuerzos de su máquina, que, para resistir, batía las aguas a contrahélice.

En las estrechas paredes del paso ya no se veía más que rayos deslumbrantes, líneas rectas, surcos de fuego trazados por la velocidad bajo el resplandor de la electricidad. El corazón me palpitaba, y lo contuve con la mano.

A las diez y treinta y cinco el capitán Nemo dejó la rueda del timón y, volviéndose hacia mí, dijo:

—El Mediterráneo.

En menos de veinte minutos el *Nautilus*, llevado por el torrente, franqueó por fin el istmo de Suez.



VI

EL ARCHIPIÉLAGO GRIEGO

La madrugada del día siguiente, 12 de febrero, el *Nautilus* volvió a emerger a la superficie. Corrí a la plataforma. A tres millas al este se dibujaba la vaga silueta de Pelusa. Un torrente nos había llevado de un mar al otro, pero ese túnel, fácil de descender, debía de ser muy difícil de remontar.

Hacia las siete se me unieron Ned y Conseil. Los dos inseparables compañeros habían dormido tranquilamente, sin preocuparse de las proezas del *Nautilus*.

—Y bien, señor naturalista —preguntó el canadiense con tono ligeramente burlón—, ¿y ese Mediterráneo?

—Estamos flotando en su superficie, amigo Ned.

—¡Cómo! —exclamó Conseil—. ¿Esta misma noche...?

—Sí, esta misma noche, en apenas unos minutos, hemos franqueado ese istmo infranqueable.

—No me lo creo —respondió el canadiense.

—Pues se equivoca, Ned —proseguí—. Esa costa baja que se curva hacia el sur es la costa egipcia.

—A otro con ese cuento, señor —replicó el obstinado canadiense.

—Si el señor lo afirma, habrá que creerle —le dijo Conseil.

—Además, Ned, el capitán Nemo ha tenido la gentileza de mostrarme su túnel, y yo estaba a su lado en la cabina del timonel mientras él mismo dirigía el *Nautilus* por ese estrecho pasaje.

—¿Lo oye, Ned? —dijo Conseil.

—Ned, usted que tiene tan buena vista puede ver los muelles de Port Said extenderse mar adentro.

El canadiense miró atentamente.

—En efecto, tiene razón, profesor, y su capitán es un hombre extraordinario. Estamos en el Mediterráneo. Bien. Hablemos entonces, si les parece, de nuestros asuntos, pero sin que nadie nos oiga.

Ví adónde quería ir a parar el canadiense. En cualquier caso, pensé que más valía hablar si así lo deseaba, y los tres fuimos a sentarnos cerca del fanal, donde estábamos menos expuestos a recibir la húmeda rociada de las olas.

—Adelante, Ned, le escuchamos. ¿Qué tiene que decirnos?

—Algo muy sencillo. Estamos en Europa, y antes de que los caprichos del capitán Nemo nos lleven al fondo de los mares polares o de vuelta a Oceanía,

propongo abandonar el *Nautilus*.

He de confesar que aquella discusión con el canadiense me seguía incomodando. De ningún modo quería coartar la libertad de mis compañeros y, sin embargo, no sentía ningún deseo de abandonar al capitán Nemo. Gracias a él, gracias a su nave, yo iba completando cada día mis estudios oceanográficos y rehaciendo mi libro sobre los fondos submarinos en el seno mismo de su elemento. ¿Volvería a encontrar una ocasión semejante de observar las maravillas del océano? Estaba claro que no. Por lo tanto, no podía hacerme a la idea de abandonar el *Nautilus* antes de haber completado nuestra serie de investigaciones.

—Ned —dije—, respóndame con franqueza. ¿Se aburre a bordo? ¿Lamenta que el destino lo haya arrojado en manos del capitán Nemo?

El canadiense se quedó unos instantes en silencio. Luego, cruzándose de brazos, dijo:

—Francamente, no lamento este viaje submarino. Me alegraré de haberlo hecho, pero para ello es preciso que termine. Esto es lo que siento.

—Terminará, Ned.

—¿Dónde y cuándo?

—¿Dónde? No lo sé. ¿Cuándo? No sabría decirlo. Supongo que se acabará cuando los mares no tengan más que enseñarnos. En este mundo, todo lo que empieza acaba.

—Opino como el señor —dijo Conseil—, y es muy posible que, después de haber recorrido todos los mares del globo, el capitán Nemo nos deje emprender el vuelo a los tres.

—¿El vuelo? El volteo, querrá usted decir.

—No exageremos, Ned —proseguí—. No tenemos nada que temer del capitán, aunque tampoco comparto la opinión de Conseil. Nosotros conocemos los secretos del *Nautilus* y no espero que su comandante se resigne a verlos circular por el mundo con nosotros.

—Entonces, ¿qué espera usted? —preguntó el canadiense.

—Que se presenten circunstancias de las que podremos y habremos de aprovecharnos, ya sea ahora o dentro de seis meses.

—¡Claro! —exclamó Ned Land—. ¿Y dígame, dónde estaremos dentro de seis meses, señor naturalista?

—Puede que aquí, puede que en China. Usted sabe lo rápido que es el *Nautilus*. Atraviesa los océanos como una gaviota los aires o un expreso los continentes. No teme los mares frecuentados. ¿Quién dice que no bordeará las costas de Francia, Inglaterra o América, donde podríamos intentar fugarnos con tantas posibilidades de éxito como aquí?

—Señor Aronmax —respondió el canadiense—, sus argumentos fallan por su

misma base. Habla usted en futuro: «Estaremos aquí... estaremos allá...», pero yo hablo en presente: «Estamos aquí y hay que aprovecharlo».

Yo estaba acorralado por la lógica de Ned Land y me sentía vencido en ese terreno. Ya no sabía qué argumentos esgrimir en mi favor.

—Supongamos —prosiguió Ned—, por imposible que sea, que el capitán Nemo le ofrece hoy mismo la libertad. ¿Aceptaría?

—No lo sé.

—Y si él añadiera que esa oferta que hoy le hace no la renovará más tarde, ¿acceptaría?

No respondí.

—¿Qué piensa de todo esto el amigo Conseil? —preguntó Ned Land.

—El amigo Conseil no tiene nada que decir, pues no tiene ningún interés en la cuestión —respondió tranquilamente el buen muchacho—. Al igual que el señor y que su camarada Ned, está soltero. En su país no lo esperan ni mujer ni padres ni hijos. Está al servicio del señor, piensa como el señor, habla como el señor y, sintiéndolo mucho, no deben contar con él para hacer mayoría. En este asunto sólo cuentan dos personas: el señor, por un lado, y Ned Land, por el otro. Dicho esto, el amigo Conseil escucha y está dispuesto a apuntar los tantos.

No pude evitar sonreír al ver a Conseil aniquilar tan completamente su personalidad. En el fondo, el canadiense debía de estar encantado de no tenerlo en su contra.

—Entonces —dijo Ned Land—, puesto que Conseil no existe, discutámoslo entre nosotros. Ya ha oído lo que he dicho. ¿Qué me responde?

Era evidente que había que zanjar la cuestión, y me repugnaban las evasivas.

—Ned, esta es mi respuesta. Tiene usted razón, y mis argumentos no resisten a los suyos. No hay que contar con la buena voluntad del capitán Nemo. La más elemental prudencia le impide ponernos en libertad. Por el contrario, la prudencia exige que aprovechemos la primera ocasión para abandonar el *Nautilus*.

—Bien, señor Aronnax, eso es hablar con sensatez.

—Permítame una observación —dije—, una sola. La ocasión ha de ser propicia. Debemos culminar con éxito nuestro primer intento de fuga, pues si fracasa no tendremos una segunda oportunidad y el capitán Nemo no nos perdonará.

—Tiene razón en lo que dice —respondió el canadiense—, pero su observación puede aplicarse a cualquier intento de fuga, ya sea dentro de dos años o de diez días. La cuestión, pues, sigue siendo la siguiente: si se presenta una ocasión favorable hay que aprovecharla.

—De acuerdo. Y ahora, Ned, ¿puede decirme qué entiende por ocasión favorable?

—La que en una noche oscura llevaría al *Nautilus* a poca distancia de una costa europea.

—¿Y usted intentaría escapar a nado?

—Sí, si estuviéramos lo bastante cerca de la orilla y la nave flotara en la superficie, y no, si estuviéramos alejados y la nave navegara bajo el agua.

—¿Y en ese caso?

—En ese caso intentaría hacerme con la canoa. Sé cómo manejarla. Nos meteríamos en ella y, una vez soltados los pernos, subiríamos a la superficie sin que ni siquiera el timonel de proa se percatara de nuestra fuga.

—Bien, Ned. Esté atento por si la ocasión se presenta, pero no olvide que un fracaso sería nuestra perdición.

—No lo olvidaré.

—Y ahora, Ned, ¿quiere saber lo que pienso realmente de su plan?

—Con mucho gusto, señor Aronnax.

—Pues bien, pienso (no digo espero) que esa ocasión favorable no se presentará.

—¿Por qué?

—Porque al capitán Nemo no se le escapa que no hemos renunciado a la esperanza de recobrar nuestra libertad y se mantendrá en guardia, sobre todo en los mares y a la vista de las costas europeas.

—Opino como el señor —dijo Conseil.

—Ya veremos —respondió Ned Land, sacudiendo la cabeza con aire decidido.

—Y ahora, Ned, dejémoslo así. Ni una palabra más sobre todo esto. El día en que usted esté preparado, avísenos y nosotros le seguiremos. Me encomiendo completamente a usted.

Así terminó aquella conversación que más tarde habría de tener tan graves consecuencias. Debo decir ahora que los hechos parecieron confirmar mis previsiones, para desesperación del canadiense. ¿El capitán Nemo desconfiaba de nosotros en aquellos mares frecuentados o sólo quería esconderse de los numerosos barcos de todas las naciones que surcaban el Mediterráneo? Lo ignoro, pero se mantuvo casi todo el tiempo entre dos aguas y lejos de la costa. O bien el *Nautilus* emergía, no dejando asomar más que la cabina del timonel, o bien se sumergía a gran profundidad, pues entre el archipiélago griego y el Asia Menor no hallábamos fondo a dos mil metros.

Así, sólo tuve noticia de la isla de Cárpatos, una de las Espórades, por el verso de Virgilio que me citó el capitán Nemo mientras posaba un dedo sobre un punto del planisferio:

Est in Carpathio Neptuni gurgite vates

Era, en efecto, la antigua morada de Proteo, el viejo pastor de los rebaños de Neptuno, y actual isla de Escarpanto, situada entre Rodas y Creta. Tan sólo pude ver su base granítica por los cristales del salón.

Al día siguiente, 14 de febrero, decidí emplear algunas horas en estudiar los peces del archipiélago, pero por algún motivo los paneles permanecieron herméticamente cerrados. Al comprobar la dirección del *Nautilus* me percaté de que marchaba hacia Candía, la antigua isla de Creta. Nada más embarcarme en el *Abraham Lincoln* esta isla acababa de rebelarse contra el despotismo turco. Pero ignoraba completamente qué suerte había corrido esa insurrección y sólo habría podido decírmelo el capitán Nemo, privado de toda comunicación con tierra firme. Así pues, no hice ninguna alusión a aquel acontecimiento cuando, por la tarde, me encontré a solas con él en el salón. Además, lo encontré taciturno y preocupado. Luego, contrariamente a sus costumbres, mandó abrir los dos paneles del salón y, yendo de uno a otro, observó atentamente las aguas. ¿Con qué propósito? No podía adivinarlo, y mientras tanto me dediqué a estudiar los peces que pasaban ante mis ojos.

Entre otros vi esos gobios citados por Aristóteles y vulgarmente conocidos como «lochas de mar», que se encuentran sobre todo en las aguas saladas próximas al delta del Nilo. Junto a ellos nadaban pargos semifosforescentes, especie de sargos que los egipcios incluían entre los animales sagrados y cuya llegada a las aguas del río presagiaba su fecundo desbordamiento y era festejada con ceremonias religiosas. Observé también napoleones de tres decímetros de largo, peces óseos de escamas transparentes y un color lívido mezclado de manchas rojas. Son grandes consumidores de vegetales marinos, lo que les da un gusto exquisito. Por eso los napoleones eran tan codiciados por los gastrónomos de la antigua Roma, y sus entrañas, aderezadas con lechas de morena, sesos de pavo real y lenguas de fenicópteros, constituían el plato divino que extasiaba a Vitelio.

Otro habitante de aquellos mares atrajo mi atención y evocó en mi mente los recuerdos de la Antigüedad. Era la rémora, que viaja adherida al vientre de los tiburones. A decir de los antiguos, este pequeño pez, enganchado a la quilla de un navío, podía detener su marcha, y uno de ellos, reteniendo así el barco de Antonio durante la batalla de Actium, facilitó la victoria de Augusto. ¡De qué cosas depende el destino de las naciones! Vi también admirables anthias, pertenecientes al orden de los pargos, peces sagrados para los griegos, que les atribuían el poder de ahuyentar a los monstruos marinos de las aguas que frecuentaban. Su nombre significa «flor», y lo justificaban por sus colores deslumbrantes, sus matices rojos, desde la palidez del rosa al esplendor del rubí, y los fugitivos reflejos que

brillaban en su aleta dorsal. No podía dejar de mirar esas maravillas del mar, cuando me sorprendió una aparición inesperada.

En medio de las aguas surgió un hombre, un buceador con un morral de cuero a la cintura. No era un cuerpo abandonado al mar, sino un hombre vivo que nadaba con brazada vigorosa, desaparecía a veces para ir a respirar a la superficie y regresaba poco después.

Me volví hacia el capitán Nemo y, emocionado, exclamé:

—¡Un hombre! ¡Un náufrago! ¡Hay que salvarlo como sea!

El capitán no me respondió y fue a apoyarse en el cristal.

El hombre también se había acercado y, con la cara pegada al panel, nos miraba.

Cuál no fue mi sorpresa al ver que el capitán Nemo le hacía una señal. El buceador le respondió con la mano, subió inmediatamente a la superficie y no volvió a aparecer.

—No se inquiete —me dijo el capitán—. Es Nicolás, del cabo Matapán, apodado «El Pez». Es un intrépido buceador, muy conocido en todas las Cícladas. El agua es su elemento y vive más en ella que en la tierra. Va continuamente de una isla a otra, y hasta Creta.

—¿Lo conoce usted, capitán?

—¿Por qué no, señor Aronnax?

Dicho esto, el capitán Nemo se dirigió hacia un mueble próximo al panel izquierdo del salón. Junto al mueble vi un cofre de hierro cuya tapa portaba en una placa de cobre la figura del *Nautilus* y su divisa: *Mobilis in mobili*.

El capitán, sin preocuparse de mi presencia, abrió el mueble, una especie de caja fuerte que guardaba un gran número de lingotes.

Eran lingotes de oro. ¿De dónde provenía aquel metal precioso que representaba una suma enorme? ¿Dónde había obtenido el capitán ese oro y qué iba a hacer con él?

No dije nada y me limité a mirar. El capitán Nemo cogió uno a uno los lingotes y los colocó metódicamente en el cofre hasta llenarlo por completo. Calculé que contendría más de mil kilos de oro, es decir, unos cinco millones de francos.

Cuando hubo cerrado bien el cofre, el capitán escribió en la tapa una dirección en caracteres que debían de corresponder al griego moderno. Hecho lo cual, el capitán Nemo pulsó un botón que comunicaba con la cabina de la tripulación. Aparecieron cuatro hombres, que no sin esfuerzo se llevaron el cofre del salón. Luego oí cómo lo izaban por medio de palancas por la escalera de hierro.



El capitán Nemo se volvió hacia mí:

—¿Qué me decía, profesor?

—No decía nada, capitán.

—Entonces permítame desearle buenas noches.

Y diciendo esto, el capitán Nemo salió del salón.

Volví a mi camarote muy intrigado, como es de imaginar. Intenté dormir, pero

fue en vano. Buscaba la relación entre la aparición del buceador y aquel cofre lleno de oro. Pronto sentí, por ciertos movimientos de balanceo y cabeceo, que el *Nautilus* abandonaba las profundidades para volver a la superficie. Luego oí un ruido de pasos en la plataforma. Comprendí que estaban bajando la canoa y botándola al mar. Ésta chocó un instante con el costado del *Nautilus* y ya no se oyó ningún ruido.

Dos horas después se repitieron los mismos ruidos, las mismas idas y venidas. La embarcación, izada a bordo, fue de nuevo fijada a su alvéolo y el *Nautilus* volvió a sumergirse.

Así pues, esos millones habían sido llevados a su destino. ¿A qué lugar del continente? ¿Quién era el destinatario del capitán Nemo?

Al día siguiente relaté a Conseil y al canadiense los sucesos de aquella noche, que habían excitado mi curiosidad hasta tal extremo. Mis compañeros se sorprendieron tanto como yo.

—Pero ¿dónde consigue esos millones? —preguntó Ned Land.

No era posible responder a esa pregunta. Fui al salón después de desayunar y me puse a trabajar. Hasta las cinco de la tarde estuve redactando mis notas. Entonces sentí un calor extremo (que atribuí a una disposición personal) y tuve que quitarme mis ropas de biso. Efecto incomprensible, pues no estábamos en latitudes altas y, además, el *Nautilus*, sumergido, no podía estar sufriendo ninguna elevación de temperatura. Miré al manómetro y vi que marcaba una profundidad de sesenta pies, inalcanzable para el calor atmosférico.

Seguí con mi trabajo, pero la temperatura aumentó hasta hacerse insoportable.

«¿Habrá fuego a bordo?», me pregunté. Iba a salir del salón cuando entró el capitán Nemo. Se acercó al termómetro, lo consultó y, volviéndose hacia mí, dijo:

—Cuarenta y dos grados.

—Ya lo noto, capitán, y por poco que este calor aumente no podremos soportarlo.

—Oh, profesor, el calor aumentará sólo si nosotros queremos.

—¿Puede moderarlo a su antojo?

—No, pero puedo alejarme del foco que lo produce.

—Entonces, ¿es exterior?

—Sí. Navegamos en una corriente de agua hirviendo.

—¿Es posible?

—Mire.

Se abrieron los paneles y vi el mar completamente blanco alrededor del *Nautilus*. Una vaharada de vapores sulfurosos se desplegabá entre las aguas, que hervían como una caldera. Apoyé la mano en uno de los ventanales, pero estaba tan caliente que tuve que quitarla.

—¿Dónde estamos? —pregunté.

—Cerca de la isla Santorin, profesor, y es justamente este canal el que separa Nea Kamenni de Palea Kamenni. Quería que viera el curioso espectáculo de una erupción submarina.

—Yo creía que la formación de estas nuevas islas había terminado —dije.

—Nada está terminado en los parajes volcánicos, y en ellos los fuegos subterráneos operan constantemente sobre el planeta. Según Casiodoro y Plinio, ya en el año 19 de nuestra era apareció una nueva isla, la divina Theia, en el mismo lugar donde se formaron recientemente estos islotes. Después se hundió bajo las aguas para volver a emerger en el año 69 y hundirse una vez más. Desde entonces hasta nuestros días se interrumpió el trabajo plutoniano. Pero el 3 de febrero de 1866, un nuevo islote al que llamaron George emergió entre vapores sulfurosos cerca de Nea Kamenni, y se unió a ella el 6 del mismo mes. Siete días después, el 13 de febrero, apareció el islote Afroesa, dejando entre él y Nea Kamenni un canal de diez metros. Yo estaba en esos mares cuando se produjo el fenómeno y pude observar todas sus fases. El islote Afroesa tenía forma redondeada y medía trescientos pies de diámetro por treinta de alto. Estaba compuesto por lavas negras y vítreas, mezcladas con fragmentos feldespáticos. Finalmente, el 10 de marzo, un islote más pequeño llamado Reka apareció cerca de Nea Kamenni y desde entonces estos tres islotes, unidos entre sí, forman una sola isla.

—¿Y el canal en el que estamos ahora?

—Es este —respondió el capitán Nemo, mostrándome un mapa del archipiélago—. Ya ve que he incluido los nuevos islotes.

—Pero este canal se llenará algún día, ¿no?

—Es probable, señor Aronnax, ya que desde 1866 han surgido ocho pequeños islotes de lava frente al puerto San Nicolás de Palea Kamenni. Es evidente, pues, que Nea y Palea se unirán en un futuro cercano. Si en mitad del Pacífico son los infusorios los que forman estos continentes, aquí son los fenómenos eruptivos los encargados de hacerlo. Mire el trabajo que se realiza bajo el mar.

Me acerqué nuevamente al cristal. El *Nautilus* se había detenido. El calor era insoportable. El mar había pasado de blanco a rojo, coloración debida a la presencia de una sal ferrosa. A pesar de que el salón estaba herméticamente cerrado, se liberó un olor sulfuroso insoportable y vi llamas escarlatas cuya vivacidad ahogaba el resplandor de la electricidad.

Estaba sudando a mares, me ahogaba, a punto de cocerme. Sí, me sentía como si me estuviera cociendo.

—No podemos permanecer por mucho tiempo en estas aguas hirvientes —le dije al capitán.

—No, no sería prudente —respondió el impassible Nemo.

Dio una orden y el *Nautilus* viró de bordo y se alejó de aquel horno al que no se podía desafiar impunemente. Un cuarto de hora más tarde respirábamos en la superficie del mar. Pensé entonces que si Ned hubiera elegido esos parajes para emprender nuestra huida, no habríamos salido vivos de aquel mar de fuego.

Al día siguiente, 16 de febrero, abandonamos el mar, que entre Rodas y Alejandría, alcanza profundidades de tres mil metros, y el *Nautilus*, circunnavegando Cerigo, abandonó el archipiélago griego tras doblar el cabo Matapán.

VII

EL MEDITERRÁNEO EN CUARENTA Y OCHO HORAS

El Mediterráneo, el mar azul por excelencia, el «gran mar» de los hebreos, el «mar» de los griegos, el *Mare Nostrum* de los romanos, bordeado de naranjos, aloes, cactus y pinos marítimos, perfumado por el aroma de los mirtos, flanqueado por ásperas montañas, saturado de un aire puro y transparente, pero continuamente sacudido por los fuegos de la tierra, es un verdadero campo de batalla en el que Neptuno y Plutón se siguen disputando el dominio del mundo. Allí, en sus orillas y en sus aguas, dijo Michelet que el hombre se sumerge en uno de los climas más poderosos del planeta.

Pero, por hermoso que fuese, apenas pude echar un rápido vistazo a este mar cuya superficie abarca dos millones de kilómetros cuadrados. Incluso me quedé sin los conocimientos personales del capitán Nemo, pues el enigmático personaje no apareció ni una sola vez durante la veloz travesía. Calculo que el *Nautilus* recorrió unas seiscientas leguas bajo las aguas de ese mar y completó aquel viaje en cuarenta y ocho horas. Tras haber zarpado el 16 de febrero por la mañana de las parajes de Grecia, la madrugada del 18 ya habíamos superado el estrecho de Gibraltar.

Me resultó evidente que el Mediterráneo, encerrado entre las tierras de las que quería huir, disgustaba al capitán Nemo. Sus aguas y sus brisas le traían demasiados recuerdos y tal vez sinsabores. Allí no tenía la libertad para avanzar ni la independencia para maniobrar que le dejaban los océanos, y su *Nautilus* se sentía constreñido entre las costas cercanas de África y Europa.

Por eso nuestra velocidad fue de veinticinco millas por hora, es decir, doce leguas de cuatro kilómetros. No hace falta decir que Ned Land, muy a su pesar, tuvo que renunciar a sus planes de fuga, pues no podía servirse de un bote llevado a razón de doce o trece metros por segundo. Abandonar el *Nautilus* en esas condiciones hubiera sido como saltar de un tren a esa velocidad, maniobra imprudente donde las haya. Además, nuestra nave sólo subía a la superficie por la noche para renovar su provisión de aire, y se gobernaba únicamente según las indicaciones de la brújula y la corredera.

Así, del interior del Mediterráneo no vi más de lo que el pasajero de un expreso capta del paisaje que huye ante sus ojos, es decir, los horizontes lejanos y no los primeros planos que pasan como un relámpago. Sin embargo, Conseil y yo pudimos observar algunos de los peces mediterráneos, cuyas poderosas aletas les

permitían mantenerse algunos instantes en las proximidades del *Nautilus*. Permanecimos atentos ante los cristales del salón, y nuestras notas me permiten resumir en pocas palabras la ictiología de ese mar.

De los diversos peces que lo habitan, vi unos y entreví otros, por no hablar de aquellos que la velocidad del *Nautilus* hurtó a mis ojos. Permítaseme, pues, que los divida según esta clasificación caprichosa, que reflejará mejor mis rápidas observaciones.



Entre las aguas vivamente iluminadas por las capas eléctricas serpenteaban algunas lampreas de un metro de largo, que son comunes a casi todos los climas; oxirrinco, especie de rayas de cinco pies de ancho, vientre blanco y dorso gris ceniza con manchas, se desplegaban como grandes chales llevados por las corrientes. Otras rayas pasaban tan rápido que no pude distinguir si merecían el nombre de águilas que les pusieron los griegos, o las calificaciones de rata, sapo o murciélago que les han dado los pescadores modernos; escualos milandros, de doce pies de largo y particularmente temidos por los buceadores, competían por ver cuál era más rápido; zorros marinos, de ocho pies de largo y dotados de un olfato extremadamente fino, aparecían como grandes sombras azuladas; doradas del género esparo, algunas de hasta trece centímetros, se mostraban en su traje azul y plata ribeteado de franjas que resaltaba sobre el tono oscuro de sus aletas, peces consagrados a Venus, con los ojos engastados en un ceño dorado, especie preciada,

amiga de todas las aguas dulces o saladas, que habita los ríos, los lagos y los océanos, vive en todos los climas, soporta todas las temperaturas y cuya raza, que se remonta a las épocas geológicas de la Tierra, ha conservado toda la belleza de los primeros tiempos; magníficos esturiones de nueve o diez metros de largo, animales veloces que golpeaban con su poderosa cola el cristal de los paneles, mostrando su lomo azulado con manchitas azules; se parecen a los escualos, aunque no los igualen en fuerza, y se encuentran en todos los mares; en primavera les gusta remontar los grandes ríos, luchar contra las corrientes del Volga, el Danubio, el Po, el Rin, el Loira, el Oder... y se alimentan de arenques, lorchas, salmones y fanecas; aunque pertenecen a la clase de los cartilaginosos, son exquisitos; se comen frescos, desecados, marinados o en salazón y antiguamente se servían con todos los honores en la mesa de los Lúculos. Pero de todos los diversos habitantes del Mediterráneo, los que pude observar con más detenimiento cuando el *Nautilus* se acercaba a la superficie pertenecían al sexagésimo tercer género de los peces óseos. Eran atunes de lomo negro-azulado, vientre plateado y cuyos radios dorsales arrojaban destellos dorados. Tienen fama de seguir a los barcos buscando su fresca sombra bajo el fuego del cielo tropical, y no la desmintieron acompañando al *Nautilus* como en otro tiempo hicieron con los navíos de La Pérouse. Durante largas horas compitieron en rapidez con nuestra nave. Yo no me cansaba de admirar esos animales verdaderamente configurados para la carrera, con su pequeña cabeza, su cuerpo liso y fusiforme que en algunos casos superaba los tres metros, sus aletas pectorales dotadas de un extraordinario vigor y sus caudales ahorquilladas. Nadaban en triángulo, como algunas bandadas de pájaros a los que igualan en rapidez, lo que hacía decir a los antiguos que la geometría y la estrategia les eran familiares. Y, sin embargo, no escapan a la persecución de los provenzales, que los estiman tanto como los habitantes de la Propóntide y de Italia, y, a ciegas, como aturdidos, estos preciados animales se arrojan y mueren a millares en las almadrabas marsellesas.

Citaré, sólo por dejar constancia, los peces mediterráneos que Conseil y yo sólo pudimos entrever: gimnotos-holoturios blancuzcos que pasaban como vapores inasibles; murenas-congrios, serpientes de tres a cuatro metros adornadas de verde; fanecas-merluzas de tres pies de largo y cuyo hígado es un bocado delicioso; cepolas-tenias que flotaban como finas algas; triglas, que los poetas llamaban peces-lira y los marinos peces-silbadores, con el morro adornado con dos láminas triangulares y dentadas que parecen el instrumento del viejo Homero; bejeles que nadaban con la rapidez del pájaro del que han tomado su nombre^[5]; holocentros de cabeza roja y aleta dorsal provista de filamentos; sábalos adornados de manchas negras, grises, marrones, azules, amarillas, verdes, sensibles al timbre de las campanillas; espléndidos rodaballos, los faisanes del mar, especie de rombos con

aletas amarillas, moteados de negro y cuya parte superior, la del lado izquierdo, suele estar jaspeada de marrón y amarillo; y, por último, bancos de admirables salmonetes, verdaderas aves del paraíso marinas, por los que los romanos pagaban hasta diez mil sestercios la pieza y a los que dejaban morir en su mesa para seguir cruelmente sus cambios de color, desde el rojo bermellón hasta el blanco pálido de la muerte.

Y si no pude ver rayas especulares ni pejepuercos ni peces-globo ni hipocampos ni *jouans* ni centriscos ni babosas ni salmonetes ni lábridos ni eperlanes ni peces voladores ni anchoas ni brecas ni bogas ni pargos ni los principales representantes del orden de los pleuronectos, las limandas, las platijas, los fletanes, los lenguados, los acerías, comunes a todo el Atlántico y al Mediterráneo, hay que achacarlo a la vertiginosa velocidad que impulsaba al *Nautilus* por aquellas aguas opulentas.

En cuanto a los mamíferos marinos, creí reconocer, al pasar a las aguas abiertas del Adriático, dos o tres cachalotes provistos de una aleta dorsal del género de los fiseteros, algunos delfines del género de los globicéfalos, típicos del Mediterráneo y cuya parte anterior de la cabeza está estriada con pequeñas rayas claras, y también una docena de focas de vientre blanco y pelaje negro conocidas con el nombre de focas monje y que tienen todo el aire de dominicos de tres metros de largo.

Conseil, por su parte, creyó distinguir una tortuga de seis pies de anchura, adornada con tres prominentes crestas orientadas longitudinalmente. Lamenté no haber visto ese reptil, pues, por la descripción que de él me hizo Conseil, creí reconocer a la tortuga laúd, una especie bastante rara. Yo no distinguí más que algunas tortugas bobas de caparazón alargado.

En cuanto a los zoófitos, pude admirar por unos instantes una espléndida galeolaria anaranjada que se adhirió al cristal del panel de babor. Era un largo filamento delicado, que se desplegaba en ramas infinitas y rematadas por el más fino encaje que jamás hayan hilado las rivales de Aracne. Desgraciadamente no pude capturar ese extraordinario ejemplar, y ningún otro zoófito mediterráneo se hubiera ofrecido a mi vista si, la tarde del 16, el *Nautilus* no hubiera ralentizado singularmente su marcha.

La situación era la siguiente. Nos hallábamos entre Sicilia y la costa de Túnez. En ese espacio angosto entre el cabo Bon y el estrecho de Messina el fondo del mar asciende casi de golpe. Allí se ha formado una verdadera cresta que apenas deja diecisiete metros de agua por encima, mientras que a ambos lados la profundidad es de ciento setenta metros. Así pues, el *Nautilus* tuvo que maniobrar prudentemente para no chocar con aquella barrera submarina.

Mostré a Conseil el lugar que ocupaba ese largo arrecife en el mapa del

Mediterráneo.

—Es como un istmo que une Europa a África —dijo Conseil.

—Sí, muchacho, cierra por completo el estrecho de Libia, y las sondas de Smith han demostrado que antaño los continentes estaban unidos entre el cabo Boco y el de Furina.

—Lo creo —dijo Conseil.

—Añadiré que existe una barrera similar entre Gibraltar y Ceuta que, en épocas geológicas, cerraba completamente el Mediterráneo.

—¡Mire que si alguna fuerza volcánica elevara algún día estas dos barreras por encima de las aguas!

—Es muy poco probable, Conseil.

—Permítame el señor que termine mi argumento. De producirse ese fenómeno, sería una fatalidad para Lesseps, que tantos trabajos se toma para excavar su istmo.

—Estoy de acuerdo, pero te lo repito, Conseil, ese fenómeno no se producirá. La violencia de las fuerzas subterráneas va disminuyendo continuamente. Los volcanes, tan numerosos en los albores del mundo, se van apagando poco a poco. El calor interno se debilita, la temperatura de las capas inferiores de la tierra descende en una cantidad apreciable cada siglo, y ello en detrimento de nuestro planeta, pues ese calor es su vida.

—Pero el sol...

—El sol es insuficiente, Conseil. ¿Puede dar calor a un cadáver?

—No, que yo sepa.

—Pues bien, amigo mío, la Tierra será algún día ese frío cadáver. Se tornará inhabitable e inhabitada como la luna, que hace mucho que perdió su calor vital.

—¿Dentro de cuántos siglos? —preguntó Conseil.

—De algunos centenares de millares de años.

—Entonces tenemos tiempo de terminar nuestro viaje, si Ned Land no lo impide.

Y Conseil, tranquilizado, se puso a estudiar el bajío que el *Nautilus* pasaba rozando a velocidad moderada.

Allí, sobre un suelo rocoso y volcánico se desplegaba toda una flora viviente: esponjas; holoturias; cydippes hialinos con cirros rojizos que emitían una ligera fosforescencia; beroes, vulgarmente conocidos como «pepinos de mar» y bañados en los reflejos de un espectro solar; comátulas ambulantes de un metro de largo y cuya púrpura enrojecía las aguas; euryales arborescentes de extraordinaria belleza; pavonarias de largos tallos; un gran número de erizos de mar comestibles de especias variadas y actinias verdes de tronco grisáceo y el disco oscuro, que se perdían en su cabellera aceitunada de tentáculos.

Conseil se había ocupado de observar en particular los moluscos y articulados,

y aunque su nomenclatura sea un poco árida, no quiero ofender al buen muchacho omitiendo sus observaciones personales.

En la rama de los moluscos, cita numerosos petúnculos pectiniformes; espondilos pie de asno amontonados unos sobre otros; donancios triangulares; hialos tridentados con aletas amarillas y conchas transparentes; pleurobranquios anaranjados; óvulas moteadas o cubiertas de puntos verduzcos; aplisias, también denominadas «liebres de mar»; dolabelas; áceres carnosos; umbrelas típicas del Mediterráneo; orejas de mar, cuya concha produce un nácar muy codiciado; petúnculos flamulados; anomias que, según se dice, los languedocianos prefieren a las ostras; almejas luisas, tan apreciadas por los marsellese; mercenarias dobles, blancas y grasas; algunas de esas almejas que abundan en las costas de Norteamérica y que tanto se consumen en Nueva York; peines operculares de colores variados; litodontes escondidos en sus agujeros y cuyo fuerte sabor yo apreciaba mucho; venericardias veteadas, con protuberancias en su concha abombada; cynthies erizadas de tubérculos escarlatas; carnarios de punta curvada, semejantes a góndolas ligeras; feroles coronados; atlantes de concha espiraliforme; thetys grises con manchas blancas y recubiertas por su mantilla festoneada; eólides semejantes a pequeñas babosas; cavolinas que rampaban sobre el dorso; aurículas, como la aurícula myosotis, de concha oval; escalarios leonados; litorinas; janturos; cinerarias; petricolas; lamelarias; cabujones; pandoras, etc.

En cuanto a los articulados, Conseil los dividió muy acertadamente en seis clases, tres de las cuales pertenecen al mundo marino. Son los crustáceos, los cirrópodos y los anélidos.

Los crustáceos se subdividen en nueve órdenes, el primero de los cuales comprende los decápodos, es decir, los animales que generalmente tienen la cabeza unida al tórax, con un aparato bucal compuesto de varios pares de miembros y que poseen cuatro, cinco o seis pares de patas torácicas o ambulatorias. Conseil había seguido el método de nuestro maestro Milne-Edwards, que distingue tres secciones de decápodos: los braquiuros, los macruros y los anomuros. Estos nombres son algo bárbaros, pero resultan justos y precisos. Entre los braquiuros, Conseil cita los amathies, armados en la frente con dos grandes puntas divergentes; el cangrejo araña, que, ignoro por qué razón, simbolizaba la sabiduría para los griegos; lambros massena; lambros espinosos, probablemente perdidos en aquel bajío, pues suelen vivir en aguas muy profundas; xhantes; pilumnos; romboides; calapianas granuladas (muy fáciles de digerir, como observó Conseil); corystes desdentados; ebalias; cimopolios; dorripos lanudos, etc. Entre los macruros, subdivididos en cinco familias, los acorazados, los cavadores, los astácidos, los salicocos y los oquizópodos, cita langostas comunes, de carne tan apreciada en el caso de las hembras; *scyllarus ursus* o cigalas de mar; gebias ribereños y toda suerte de

especies comestibles, pero no dice nada de la subdivisión de los astácidos que comprende a los bogavantes, pues las langostas son los únicos bogavantes del Mediterráneo. Por último, entre los anomuros, vio drocinas comunes, cobijados tras la concha abandonada de la que se apropian, hómolas de frente espinosa, ermitaños, porcelanas, etc.

Ahí se interrumpía el trabajo de Conseil. Le había faltado tiempo para completar la clase de los crustáceos con el examen de los estomatópodos, anfipodos, homópodos, isópodos, trilobites, branquiápodos, ostrácodos y entomostráceos. Y, para terminar el estudio de los articulados marinos, debería haber citado la clase de los cirrópodos, que contiene a los cíclopes y a los árgulos, y la clase de los anélidos, que sin duda hubiera dividido en tubícolas y dorsibranchios. Pero el *Nautilus*, una vez superado el bajío del estrecho de Libia, recuperó su velocidad habitual en las aguas más profundas. De ahí que se acabaran los moluscos, los articulados y los zoófitos. Apenas algunos peces grandes que pasaban como sombras.

La noche del 16 al 17 de febrero habíamos entrado en esa otra cuenca del Mediterráneo cuyas mayores profundidades rondan los tres mil metros. El *Nautilus*, impulsado por su hélice y deslizándose sobre sus planos inclinados, se sumergió hasta las capas más profundas.

Allí, a falta de maravillas naturales, las aguas me ofrecieron un buen número de escenas emocionantes y terribles. En efecto, atravesábamos por entonces esa parte del Mediterráneo tan fecunda en naufragios. De la costa argelina a las orillas de la Provenza, ¡cuántos navíos naufragados, cuántos barcos desaparecidos! El Mediterráneo no es más que un lago, pero un lago caprichoso y de aguas cambiantes, hoy propicio y acariciador para la frágil tartana que parece flotar entre el doble azul del mar y el cielo, y mañana colérico, atormentado y azotado por los vientos, destrozando los más sólidos navíos con las violentas sacudidas de sus olas.

Así, en ese rápido paseo por las capas más profundas, cuántos barcos naufragados vi hundidos en el fondo, unos cubiertos ya de coral, otros sólo revestidos de una capa de orín. Anclas, cañones, balas, accesorios de hierro, paletas de hélice, piezas de máquinas, cilindros rotos, calderas destrozadas, cascos flotando entre dos aguas, unos del derecho y otros del revés.

Entre aquellos barcos hundidos, unos habían naufragado al chocar entre ellos y otros al estrellarse con algún escollo de granito. Vi algunos que se habían ido a pique, con la arboladura recta y el aparejo roído por el agua, que parecían anclados en una inmensa rada extranjera, esperando el momento de zarpar. Cuando el *Nautilus* pasó entre ellos y los envolvió en su resplandor eléctrico, parecía que esos barcos fueran a saludarle con su pabellón y a dar su número de orden. Pero

no, sólo el silencio y la muerte poblaban ese campo de catástrofes.

Observé que los fondos mediterráneos estaban más atestados de esos siniestros despojos a medida que el *Nautilus* se acercaba al estrecho de Gibraltar. Las costas de África y Europa comenzaban a angostarse, y en ese espacio tan estrecho los choques son frecuentes. Allí vi numerosas carenas de hierro, restos fantásticos de vapores, unos tumbados y otros de pie, semejantes a animales formidables. Uno de esos barcos, con los costados abiertos, la chimenea curvada, las ruedas de las que sólo quedaba la montura, el timón separado del codaste y aún sujeto por una cadena de hierro, y su panel de popa corroído por la sal marina, ofrecía un aspecto terrible. ¡Cuántas vidas destrozadas en ese naufragio! ¡Cuántas víctimas arrastradas a las profundidades! ¿Había sobrevivido algún marinero para contar el terrible desastre, o las aguas seguían guardando el secreto del accidente? No sé por qué me vino a la mente que ese barco podía ser el *Atlas*, desaparecido veinte años atrás y del que nunca más se supo. ¡Ah, qué siniestra historia podría escribirse de esos fondos mediterráneos, de ese vasto osario en el que se han perdido tantas riquezas y tantas víctimas han encontrado la muerte!

Pero el *Nautilus*, indiferente y veloz, pasaba a toda máquina entre esas ruinas y, hacia las tres de la mañana del 18 de febrero, se presentaba en la entrada del estrecho de Gibraltar.

Hay allí dos corrientes: una corriente superior, conocida desde hace tiempo, que lleva las aguas del océano a la cuenca del Mediterráneo; y una contracorriente inferior, cuya existencia se ha demostrado por deducción. En efecto, el caudal de las aguas del Mediterráneo, constantemente acrecentado por las del Atlántico y por los ríos que en él desembocan, debería elevar cada año el nivel de ese mar, pues su evaporación no basta para restablecer el equilibrio. Sin embargo, no ocurre así, y ha habido que inferir la existencia de una corriente inferior que por el estrecho de Gibraltar vierte en la cuenca atlántica el excedente del Mediterráneo.

Deducción exacta, en efecto. De esa contrarriente se aprovechó el *Nautilus* para avanzar rápidamente por el estrecho. Pude entrever un instante las admirables ruinas del templo de Hércules, hundido, según Plinio y Avieno, con la isla baja que lo sostenía, y unos minutos más tarde surcábamos ya las aguas del Atlántico.

VIII

LA BAHÍA DE VIGO

¡El Atlántico! Vasta extensión de agua cuya superficie cubre veinticinco millones de millas cuadradas, con una longitud de nueve mil millas y una anchura media de dos mil setecientas millas. Importante mar casi ignorado por los antiguos, a excepción quizá de los cartagineses, los holandeses de la Antigüedad, que en sus peregrinaciones comerciales seguían las costas occidentales de Europa y de África. Océano cuyas orillas de sinuosidades paralelas abarcan un perímetro inmenso, regado por los ríos más grandes del mundo: el San Lorenzo, el Misisipi, el Amazonas, el de la Plata, el Orinoco, el Níger, el Senegal, el Elba, el Loira, el Rin, que le aportan las aguas de los países más civilizados y de las comarcas más salvajes. Llanura magnífica, surcada incesantemente por barcos de todas las naciones, amparada bajo todos los pabellones del mundo y que termina en esas dos puntas terribles, temidas por todos los navegantes, el cabo de Hornos y el de las Tempestades.

El *Nautilus* hendía sus aguas con su afilado espolón, tras haber completado unas diez mil millas en tres meses y medio, recorrido superior a uno de los grandes círculos de la Tierra. ¿Adónde nos dirigíamos ahora y qué nos reservaba el futuro?

Tras salir del estrecho de Gibraltar, el *Nautilus* se había adentrado en alta mar. Emergió de nuevo a la superficie y así volvimos a nuestros paseos diarios por la plataforma.

Subí enseguida, acompañado de Ned Land y de Conseil. A una distancia de doce mil millas se perfilaba vagamente el cabo de San Vicente, que forma la punta sudeste de la Península Ibérica. Soplaban un fuerte viento del sur. La mar estaba gruesa y encrespada y con sus violentas sacudidas imprimía al *Nautilus* un fuerte balanceo. Era casi imposible mantenerse sobre la plataforma, batida a cada instante por enormes olas. Volvimos, pues, a bajar tras haber aspirado algunas bocanadas de aire.

Regresé a mi camarote y Conseil a su cabina, pero el canadiense, con aire preocupado, me siguió. Nuestro rápido paso por el Mediterráneo no le había permitido poner en práctica sus planes, y apenas ocultaba su decepción.

Tras cerrar la puerta de mi camarote, se sentó y me miró en silencio.

—Ned —le dije—, le comprendo, pero no tiene nada que reprocharse. En las condiciones en que navegaba el *Nautilus*, habría sido una locura tratar de escapar.

Ned Land no respondió. Sus labios apretados y su ceño fruncido revelaban la

violenta obsesión de una idea fija.

—Veamos —proseguí—, nada está perdido aún. Estamos remontando la costa de Portugal. No lejos de aquí están Francia e Inglaterra, donde encontraríamos fácilmente refugio. Si el *Nautilus*, al salir del estrecho de Gibraltar, se hubiera dirigido al sur, si nos hubiera llevado hacia esas regiones en las que no hay continentes, compartiría su inquietud. Pero ahora sabemos que el capitán Nemo no rehúye los mares civilizados y dentro de unos días creo que podrá usted actuar con cierta seguridad.

Ned Land me miró más fijamente aún y, despegando al fin los labios, dijo:

—Será esta noche.

Me levanté de un salto. Confieso que no estaba preparado para semejante noticia. Hubiera querido responder al canadiense, pero no me vinieron las palabras.

—Habíamos quedado en esperar una ocasión favorable —prosiguió Ned Land—. Pues bien, aquí está. Esta noche estaremos a pocas millas de la costa española. La noche es oscura y sopla el viento marino. Tengo su palabra, señor Aronnax, y cuento con usted.

Como yo seguía callado, el canadiense se levantó y, acercándose a mí, dijo:

—Esta noche a las nueve. He avisado a Conseil. A esa hora el capitán se habrá encerrado en su habitación y probablemente estará acostado. Ni los mecánicos ni los miembros de la tripulación pueden vernos. Conseil y yo iremos a la escalera central. Usted se quedará en la biblioteca a dos pasos de nosotros, esperando mi señal. Los remos, el mástil y la vela están en la canoa, e incluso he conseguido cargar allí algunas provisiones. Me he procurado una llave inglesa para soltar los pernos que sujetan la canoa al casco del *Nautilus*. Así que todo está listo. Hasta esta noche.

—Hace mala mar —dije.

—Es cierto —respondió el canadiense—, pero hay que arriesgarse. La libertad tiene un precio. Además, la embarcación es sólida y unas millas con el viento a nuestro favor no serán un gran problema. ¿Quién sabe si mañana no estaremos a cien leguas en alta mar? Si las circunstancias nos favorecen, entre las diez y las once estaremos en algún punto de tierra firme o muertos. Así pues, que sea lo que Dios quiera. Hasta la noche.

Dicho lo cual, el canadiense se marchó, dejándome aturdido. Me había figurado que, llegado el caso, yo tendría tiempo de reflexionar y discutir, pero mi obstinado compañero no me lo permitía. ¿Qué le habría dicho, después de todo? Ned Land tenía toda la razón. Se presentaba una ocasión y quería aprovecharla. ¿Podía faltar a mi palabra y asumir la responsabilidad de comprometer la suerte de mis compañeros por un interés puramente personal? ¿Acaso el capitán Nemo no

podía llevarnos al día siguiente muy lejos de toda tierra firme?

En ese momento un fuerte silbido me anunció que se estaban llenando los depósitos, y el *Nautilus* se sumergió en las aguas del Atlántico.

Permanecí en mi camarote. Quería evitar al capitán para esconder a sus ojos la emoción que me embargaba. Triste jornada la que pasé, entre el deseo de recuperar mi libre albedrío y la pena de abandonar el maravilloso *Nautilus* dejando inacabados mis estudios submarinos. ¡Abandonar así ese océano, «mi Atlántico», como me gustaba llamarlo, sin haber observado sus últimas capas, sin haberle robado los secretos que me habían revelado los mares de las Indias y del Pacífico! Mi novela se me caía de las manos desde el primer volumen, mi sueño se interrumpía en el mejor momento. ¡Qué horas tan difíciles pasé así, ya viéndome a salvo en tierra con mis compañeros, ya deseando, contra lo que me dictaba la razón, que algún imprevisto impidiera el cumplimiento de los planes de Ned Land!

Por dos veces fui al salón para consultar el compás. Quería ver si efectivamente el rumbo del *Nautilus* nos acercaba o nos alejaba de la costa. Pero no. El *Nautilus* seguía en aguas portuguesas y apuntaba al norte, bordeando las costas del océano.

Así pues, había que decidirse y prepararse para huir. Mi equipaje no era pesado. Mis notas, y nada más.

Me preguntaba qué pensaría el capitán Nemo de nuestra fuga, qué inquietudes y perjuicios le causaría tal vez y qué haría en el doble caso de que fuera descubierta o fallida. Ciertamente, no podía quejarme de él, muy al contrario. Nunca vi hospitalidad más sincera que la suya, pero al abandonarle no se me podía tachar de ingrato. Ninguna promesa nos ligaba a él, que sólo contaba con la fuerza de las cosas y no con nuestra palabra para mantenernos a su lado. Pero esa pretensión abiertamente reconocida de retenernos eternamente como prisioneros en su barco justificaba todas nuestras tentativas.

No había vuelto a ver al capitán desde nuestra visita a la isla de Santorin. ¿El azar me pondría en su presencia antes de nuestra partida? Lo deseaba y lo temía al mismo tiempo. Me puse a escuchar, intentando descubrir pasos en su camarote, contiguo al mío, pero no oí nada. Debía de estar vacío.

Me pregunté entonces si aquel extraño personaje se hallaría a bordo. La noche en que la canoa había abandonado el *Nautilus* para cumplir una misteriosa misión, mis ideas sobre él se habían modificado ligeramente. Pensé, dijera él lo que dijese, que el capitán Nemo debía de conservar relaciones de algún tipo con la tierra. ¿No abandonaba nunca el *Nautilus*? A menudo habían transcurrido semanas enteras sin que yo le viese. ¿Qué hacía durante ese tiempo? Mientras yo lo creía víctima de ataques de misantropía, ¿no estaría llevando a cabo, lejos de allí, algún acto secreto cuya naturaleza se me escapaba?

Todas estas ideas y otras mil semejantes me asaltaron a la vez. El campo de conjeturas era necesariamente infinito en la extraña situación en que nos encontrábamos. Sentía un malestar insoportable. El día de espera se me hacía eterno. Las horas pasaban demasiado lentas para mi ánimo impaciente.

Como siempre, la cena me fue servida en el camarote. Con tanta preocupación, apenas comí. Me levanté de la mesa a las siete. Ciento veinte minutos (los contaba) me separaban aún del momento en que debía unirme a Ned Land. Mi agitación aumentaba, el pulso me latía con violencia y no me podía estar quieto. Iba de un lado a otro, esperando calmar así mi agitación. La idea de sucumbir en nuestra temeraria empresa era la menor de mis preocupaciones, pero el corazón me palpitaba ante la idea de ver descubierto nuestro plan antes de haber abandonado el *Nautilus* y ser conducidos ante un capitán Nemo irritado o, peor aún, entristecido por mi desertión.

Quise echar un último vistazo al salón. Avancé por las crujías y llegué al museo en el que había pasado tantas horas agradables y provechosas. Miré todas aquellas riquezas y tesoros como un hombre en vísperas de un exilio eterno y que parte para nunca más volver. Iba a abandonar para siempre esas maravillas de la naturaleza, esas obras de arte entre las que había vivido durante tantos días. Hubiera querido sumergir la mirada en las aguas del Atlántico a través del cristal del salón, pero los paneles estaban herméticamente cerrados y un manto de acero me separaba de aquel océano que aún no conocía.

Al recorrer el salón, llegué junto a la puerta situada en la pared que daba al camarote del capitán. Vi con sorpresa que estaba entreabierta. Retrocedí sin querer. Si el capitán Nemo estaba en su camarote podía verme. Pero, al no oír ningún ruido, me acerqué. El camarote estaba vacío. Empujé la puerta y entré. Tenía el aspecto severo y cenobial de siempre.

Me llamaron la atención unos aguafuertes colgados en la pared y en los que no había reparado en mi primera visita. Eran retratos de hombres ilustres que consagraron toda su vida a un ideal: Kosciusko, el héroe caído al grito de «Finis Polonia»; Botzaris, el Leónidas de la Grecia moderna; O'Connell, el defensor de Irlanda; Washington, el fundador de la Unión norteamericana; Manin, el patriota italiano; Lincoln, abatido por la bala de un esclavista y, por último, el mártir de la liberación de la raza negra, John Brown, colgado en la horca, tal como lo dibujara tan terriblemente el lápiz de Victor Hugo.

¿Qué relación había entre esas almas heroicas y la del capitán Nemo? ¿Se podía inferir de esa colección de retratos el misterio de su existencia? ¿Era el paladín de los pueblos oprimidos, el liberador de las razas esclavas? ¿Había participado en las últimas conmociones políticas o sociales de este siglo? ¿Había sido uno de los héroes de la terrible guerra americana, guerra lamentable y por

siempre gloriosa?

De pronto sonaron las ocho en el reloj. El primer golpe sobre el timbre me arrancó de mi ensoñación. Me sobresalté como si un ojo invisible se hubiese sumergido en lo más profundo de mis pensamientos y salí corriendo del camarote.

Miré la brújula. Seguíamos rumbo al norte. La corredera indicaba una velocidad moderada y el manómetro una profundidad de unos sesenta pies. Así pues, las circunstancias favorecían los planes del canadiense.

Volví a mi camarote. Me puse ropa de abrigo: botas de mar, gorro de piel de nutria, casaca de biso forrada con piel de foca. Estaba listo, y esperé. Sólo la vibración de la hélice perturbaba el profundo silencio que reinaba a bordo. Escuchaba, aguzando el oído. Un grito podía revelarme de repente que Ned Land acababa de ser descubierto. Me invadió una inquietud mortal y en vano traté de recobrar la sangre fría.

Cuando faltaban unos minutos para las nueve pegué la oreja a la puerta del capitán. No se oía ningún ruido. Salí de mi camarote y volví al salón, que estaba en semipenumbra pero vacío.

Abrí la puerta que comunicaba con la biblioteca. La misma claridad insuficiente, la misma soledad. Fui a apostarme cerca de la puerta que daba a la escalera central y esperé la señal de Ned Land.

En ese momento la vibración de la hélice disminuyó sensiblemente hasta cesar por completo. ¿Por qué ese cambio en la marcha del *Nautilus*? No habría podido decir si esa parada favorecía o perjudicaba los planes de Ned Land.

El silencio sólo se veía roto por los latidos de mi corazón.

De repente se notó un ligero choque. Comprendí que el *Nautilus* acababa de posarse en el fondo del océano. Mi inquietud se redobló. La señal del canadiense no me llegaba y tenía ganas de reunirme con él para pedirle que aplazara su intento. Sentía que nuestra navegación ya no se hacía en las condiciones habituales.

Se abrió el portón del salón y apareció el capitán Nemo. Me vio y, sin más preámbulos, dijo en tono amable:

—¡Ah, profesor, le estaba buscando! ¿Conoce la historia de España?

Uno podía conocer a fondo la historia de su propio país, que, en las condiciones en las que yo me hallaba, turbado y con la cabeza perdida, no habría podido decir ni una palabra.

—¿Y bien? —dijo el capitán Nemo—. ¿No me ha oído? ¿Conoce la historia de España?

—Muy poco —respondí.

—Vaya con los sabios. Bien, siéntese y le contaré un curioso episodio de esa historia.

El capitán se sentó en un diván y, maquinalmente, me senté a su lado, en la

penumbra.

—Profesor, escúcheme bien. Esta historia le interesará por cierto aspecto y responderá a una pregunta que sin duda no ha podido resolver.

—Le escucho, capitán —dije, sin saber adónde quería ir a parar mi interlocutor y preguntándome si aquel incidente tenía relación con nuestros planes de fuga.

—Profesor, si le parece bien nos remontaremos al año 1702. Como sabe, en esa época su rey Luis XIV, creyendo que bastaría con un gesto de potentado para hacer que los Pirineos se hundieran bajo tierra, había impuesto a su nieto, el duque de Anjou, a los españoles. Este príncipe, que reinó con más pena que gloria con el nombre de Felipe V, tuvo que enfrentarse a un temible enemigo en el exterior. En efecto, el año anterior las casas reales de Holanda, Austria e Inglaterra habían firmado en La Haya un tratado de alianza con el fin de arrebatarse la corona de España a Felipe V y entronizar a un archiduque al que prematuramente dieron el nombre de Carlos III.

»España tuvo que hacer frente a esa coalición, pese a estar casi desprovista de soldados y marinos. Sin embargo, dinero no le faltaba, siempre que sus galeones cargados del oro y la plata de América entrasen en sus puertos. Pues bien, a finales de 1702 estaba esperando un rico convoy que Francia hizo escoltar por una flota de veintitrés barcos comandados por el almirante Château-Renault, pues las armadas aliadas surcaban por entonces el Atlántico. Ese convoy debía llegar a Cádiz, pero el almirante, al enterarse de que la flota inglesa rondaba por esos parajes, decidió atracar en un puerto de Francia.

»Los comandantes españoles del convoy protestaron contra esa decisión. Querían dirigirse a un puerto español y, a falta de Cádiz, propusieron la bahía de Vigo, situada en la costa noroeste de España y que no había sido bloqueada. El almirante Château-Renault tuvo la flaqueza de acatar esa imposición, y los galeones entraron en la bahía de Vigo.

»Desgraciadamente, esta bahía forma una rada abierta que resulta indefendible. Había, pues, que descargar los galeones antes de que llegaran las flotas aliadas, y no habría faltado tiempo para el desembarco si no se hubiera suscitado una miserable cuestión de rivalidades. ¿Va siguiendo el encadenamiento de los hechos?

—Perfectamente —respondí, sin saber aún a qué venía esa lección de historia.

—Continúo, pues. Esto es lo que pasó. Los comerciantes de Cádiz tenían un privilegio por el cual debían recibir todas las mercancías provenientes de las Indias occidentales. Pues bien, desembarcar los lingotes de los galeones en el puerto de Vigo suponía contravenir ese derecho. Así que se quejaron en Madrid y obtuvieron del débil Felipe V que el convoy, con toda su carga, quedara embargado en la rada de Vigo hasta que las flotas enemigas se hubieran alejado.



»Pero mientras se tomaba esa decisión, el 22 de octubre de 1702, los barcos ingleses llegaron a la bahía de Vigo. El almirante Château- Renault, pese a la inferioridad de sus efectivos, combatió valerosamente. Pero cuando vio que los tesoros del convoy iban a caer en manos del enemigo, incendió y hundió los galeones, que se fueron a pique con sus inmensos tesoros.

El capitán Nemo se calló, y confieso que yo todavía no veía en qué podía

interesarme aquella historia.

—¿Y bien? —le pregunté.

—Pues, señor Aronnax, que estamos en la bahía de Vigo, y sólo de usted depende descubrir sus misterios.

El capitán se levantó y me invitó a seguirle. Yo había tenido tiempo de recobrar la compostura, y le obedecí. El salón estaba a oscuras, pero a través de los cristales transparentes brillaban las ondas del mar.

Miré. Alrededor del *Nautilus*, en un radio de media milla, las aguas parecían impregnadas de una luz eléctrica. El fondo arenoso se veía nítido y claro. Dos miembros de la tripulación, vestidos con escafandras, se afanaban revisando toneles medio podridos y cajas reventadas entre los despojos ennegrecidos. De las cajas y barriles se escapaban lingotes de oro y plata, cascadas de monedas y joyas que se esparcían por el suelo. Luego, cargados del valioso botín, regresaban al *Nautilus*, depositaban en él su cargamento y volvían para continuar aquella pesca inagotable de plata y oro.

Entonces lo comprendí. Aquel era el escenario de la batalla del 22 de octubre de 1702. Allí mismo se habían hundido los galeones encargados de ayudar al gobierno español. Allí acudía el capitán Nemo para obtener, según sus necesidades, los millones que colmaban su *Nautilus*. Para él, y sólo para él, América había entregado sus metales preciosos. Él era el heredero único y directo de aquellos tesoros arrancados a los incas y a los vencidos por Hernán Cortés.

—¿Sabía usted que el mar contenía tantas riquezas? —me preguntó, sonriendo.

—Sabía que se calcula en dos millones de toneladas la plata sumergida en sus aguas.

—Así es, pero para extraerla los gastos superarían los beneficios. Aquí, por el contrario, sólo tengo que recoger lo que han perdido los hombres, y no sólo en esta bahía, sino en otros mil escenarios de naufragios que están señalados en mi carta submarina. ¿Comprende ahora que sea inmensamente rico?

—Lo comprendo, capitán. Sin embargo, permítame decirle que explotando justamente esta bahía no ha hecho usted más que anticiparse a los trabajos de una sociedad rival.

—¿Cuál?

—Una sociedad que recibió del gobierno español el privilegio de buscar los galeones hundidos. A los accionistas les atrae el cebo de un enorme beneficio, pues el valor de esas riquezas naufragadas se estima en quinientos millones.

—¡Quinientos millones! Los había, pero ya no.

—En efecto —dije—. Por eso, avisar a esos accionistas sería un acto de caridad, pero no sé si bien recibido. Lo que los jugadores lamentan por encima de todo generalmente no es tanto la pérdida de su dinero como la de sus insensatas

esperanzas. Después de todo, los compadezco menos que a esos miles de infelices a quienes, bien repartidas, hubieran podido aprovechar tantas riquezas, que, sin embargo, ya nunca les servirán de nada.

No había terminado de expresar la pena que sentía cuando noté que había lastimado al capitán Nemo.

—¡De nada! —contestó, reanimándose—. ¿Así que usted cree que esas riquezas están perdidas cuando soy yo quien las recoge? Es por mí, según usted, por quien me tomo el trabajo de recoger estos tesoros, ¿verdad? ¿Quién le dice que no hago buen uso de ellos? ¿Cree usted que ignoro que hay seres que sufren, razas oprimidas en este mundo, infelices que aliviar, víctimas que vengar? ¿No comprende que...?

El capitán Nemo no terminó la frase, lamentando tal vez haber hablado demasiado. Pero yo había adivinado que, fueran cuales fuesen los motivos que lo habían forzado a buscar la independencia bajo los mares, seguía siendo ante todo un hombre. Su corazón aún palpitaba ante los sufrimientos de la humanidad, y su inmensa caridad iba dirigida tanto a las razas sometidas como a los individuos.

Comprendí entonces a quién iban destinados los millones expedidos por el capitán Nemo cuando el *Nautilus* navegaba por las aguas de la Creta insurrecta.

IX

UN CONTINENTE DESAPARECIDO

El día siguiente, 19 de febrero, por la mañana, vi al canadiense entrar en mi camarote. Esperaba su visita. Parecía muy disgustado.

—¿Y bien? —me dijo.

—Pues, Ned, que ayer el azar se puso en nuestra contra.

—¡Y tanto! Ese condenado capitán tuvo que detenerse precisamente cuando íbamos a escapar de su barco.

—Sí, tenía asuntos que tratar con su banquero.

—¿Su banquero?

—O más bien su banco. Con ello me refiero al océano, donde sus riquezas están más seguras que en las cajas fuertes de un Estado.

A continuación relaté al canadiense los incidentes de la víspera, con la secreta esperanza de convencerle de no abandonar al capitán. Pero mi relato no tuvo otro resultado que hacerle lamentar enérgicamente no haber podido dar un paseo por el campo de batalla de Vigo.

—En fin, no está todo perdido —dijo—. Sólo es un tiro errado. Lo lograremos en otra ocasión, esta misma noche si hace falta.

—¿Qué rumbo lleva el *Nautilus*? —pregunté.

—Lo ignoro —respondió Ned.

—Bien, a mediodía veremos nuestra posición.

El canadiense volvió junto a Conseil. Una vez vestido, pasé al salón. El compás no era muy tranquilizador. El rumbo del *Nautilus* era sur-sudoeste. Nos alejábamos de Europa.

Esperé impaciente que se fijara nuestra posición en el mapa. Hacia las once y media los depósitos se vaciaron y el barco subió de nuevo a la superficie. Subí corriendo a la plataforma. Ned Land llegó antes que yo.

No había tierra a la vista. Tan sólo el inmenso mar. Algunas velas en el horizonte, sin duda de esas que van a buscar hasta el cabo de San Roque los vientos favorables para doblar el de Buena Esperanza. El cielo estaba nublado y se anunciaba una vestisca.

Ned, enrabiado, intentaba penetrar con la mirada el horizonte brumoso. Seguía esperando que detrás de la niebla se extendiese la tan deseada tierra.

A mediodía el sol asomó un instante. El segundo de a bordo aprovechó el claro para medir su altitud. Luego, al encrespase el mar, volvimos a entrar y se cerró la

escotilla.

Una hora después, cuando consulté el mapa, vi que la posición del *Nautilus* era de 16° 17' de longitud y 33° 22' de latitud, a ciento cincuenta leguas de la costa más cercana. Era inútil pensar en fugarse, y es fácil imaginar la cólera del canadiense cuando le expliqué nuestra situación.

Yo no me afligí demasiado. Me sentía aliviado del peso que me oprimía y pude retomar con relativa calma mi trabajo habitual.

Por la noche, a eso de las once, recibí la inesperada visita del capitán Nemo, que muy amablemente me preguntó si estaba cansado por haber pasado la noche en vela. Le respondí que no.

—Entonces, señor Aronnax, le propondré una curiosa excursión.

—Adelante, capitán.

—Hasta ahora sólo ha visitado los fondos submarinos de día y a la luz del sol. ¿Le gustaría verlos en una noche oscura?

—Será un placer.

—El paseo será agotador, se lo advierto. Habrá que andar mucho y subir una montaña. Los caminos no están en muy buenas condiciones.

—Lo que me dice, capitán, redobra mi curiosidad. Estoy listo para seguirle.

—Entonces acompáñeme, profesor. Vamos a ponernos las escafandras.

Una vez en el vestuario, vi que ni mis compañeros ni ningún miembro de la tripulación iba a seguirnos en aquella excursión. El capitán Nemo no me había propuesto llevar con nosotros a Ned y a Conseil.

En unos instantes nos pusimos nuestros aparatos, con los depósitos cargados de aire a la espalda. Pero las lámparas eléctricas no estaban preparadas y así se lo hice notar al capitán:

—No nos servirían de nada.

Creí haber oído mal, pero no pude repetir mi observación, pues el capitán ya había metido la cabeza en su envoltura metálica. Terminé de vestirme y noté que me ponían un bastón de hierro en la mano. Unos minutos más tarde, tras la maniobra habitual, hicimos pie en el fondo del Atlántico, a una profundidad de trescientos metros.

Se acercaba la medianoche. Las aguas estaban profundamente oscuras, pero el capitán me señaló un punto rojizo a lo lejos, una especie de gran resplandor que brillaba a unas dos millas del *Nautilus*. No habría sabido decir qué era aquel fuego, qué materias lo alimentaban ni por qué ni cómo se reavivaba en la masa líquida. En cualquier caso, nos iluminaba, vagamente, es cierto, pero enseguida me acostumbré a aquellas tinieblas particulares y comprendí la inutilidad de los aparatos Ruhmkorff en tales circunstancias.

El capitán Nemo y yo caminábamos uno junto al otro, directamente hacia el

fuego señalado. El fondo llano ascendía imperceptiblemente. Dábamos grandes zancadas con ayuda del bastón, pero nuestra marcha era lenta, pues nuestros pies a menudo se hundían en una especie de cieno compuesto de algas y sembrado de piedras lisas.

Mientras avanzaba oí una especie de repiqueteo sobre mi cabeza, un ruido que se redoblaba a veces y producía como un burbujeo continuo. Pronto comprendí la causa. Era la lluvia que caía violentamente, tamborileando sobre la superficie. Instintivamente me vino el pensamiento de que iba a empaparme... ¡de agua, bajo el agua! No pude evitar reír ante tan extravagante idea. Pero hay que decir que bajo el espeso traje y la escafandra no se siente el líquido elemento y uno se cree en medio de una atmósfera un poco más densa que la terrestre, eso es todo.

Tras media hora de marcha el suelo se tornó rocoso. Las medusas, los crustáceos microscópicos y las penatulas lo iluminaban ligeramente con destellos fosforescentes. Vislumbré montones de piedras cubiertas por millones de zoófitos y amasijos de algas. El pie me resbalaba a menudo en ese viscoso tapiz de fucos, y sin mi bastón de hierro me habría caído más de una vez. Cuando me giraba, seguía viendo el fanal blancuzco del *Nautilus*, que empezaba a palidecer a lo lejos.

Esos conglomerados de piedras que acabo de mencionar estaban dispuestos en el fondo oceánico con una regularidad que no podía explicarme. Veía surcos gigantescos que se perdían en la lejana oscuridad y cuya longitud escapaba a cualquier estimación. Había también otras particularidades que no sabía identificar. Me parecía que mis pesadas suelas de plomo aplastaban un lecho de huesos que crujían con un ruido seco. ¿Qué era, pues, esa vasta llanura que recorríamos así? Hubiera querido preguntárselo al capitán, pero su lenguaje de signos, que le permitía comunicarse con sus compañeros cuando le seguían en sus excursiones submarinas, aún me resultaba incomprensible.

La claridad rojiza que nos guiaba aumentaba e inflamaba el horizonte. La presencia de aquel foco submarino me intrigaba sobremanera. ¿Era la manifestación de algún efluvio eléctrico? ¿Me dirigía hacia un fenómeno natural aún desconocido para los sabios de la tierra? ¿O incluso —pues esto se me pasó por la cabeza— ese resplandor podía deberse a la mano del hombre? ¿Era esta la que avivaba el incendio? ¿Me encontraría bajo esas capas profundas a compañeros, amigos del capitán Nemo que vivirían como él una vida extraña y a los que iba a visitar? ¿Encontraría allí una colonia de exiliados que, hartos de las miserias de la tierra, habían buscado y hallado la independencia en lo más profundo del océano? Estas ideas disparatadas e inadmisibles me perseguían y, en ese estado de ánimo, continuamente excitado por la sucesión de maravillas que pasaban ante mis ojos, no me habría sorprendido encontrar allí una de esas ciudades submarinas con las que soñaba el capitán Nemo.

Nuestro camino se iluminaba cada vez más. El blanco resplandor refulgía en la cima de una montaña de unos ochocientos pies de altura. Pero lo que yo veía no era más que una simple reverberación producida por las aguas cristalinas. El foco de esa inexplicable claridad ocupaba la vertiente opuesta de la montaña.

El capitán Nemo avanzaba sin vacilar entre laberintos de piedra que surcaban el fondo del Atlántico. Conocía esa oscura ruta. Era indudable que la había recorrido a menudo y no podía perderse. Yo le seguía con fe ciega. Me parecía ver en él a uno de los genios del mar, y cuando caminaba delante de mí, admiraba su gran estatura, que se recortaba en negro sobre el fondo luminoso del horizonte.

Era la una de la mañana. Habíamos llegado a las primeras rampas de la montaña, pero para abordarlas había que aventurarse por los difíciles senderos de una vasta espesura. Sí, una espesura de árboles muertos, sin hojas ni savia, árboles mineralizados por la acción de las aguas, dominados aquí y allí por pinos gigantescos. Era como una hullera todavía en pie, sujeta por sus raíces al suelo hundido y cuyo ramaje se perfilaba claramente sobre el techo de las aguas, como finos recortes de papel negro. Imagínese un bosque del Harz agarrado a los flancos de una montaña, pero un bosque sumergido. Los senderos estaban cubiertos de algas y fucos, entre los que proliferaba un sinfín de crustáceos. Yo iba escalando las rocas, saltando sobre los troncos caídos, rompiendo las lianas de mar que se balanceaban de un árbol a otro, asustando a los peces que volaban de rama en rama. Excitado, no sentía el cansancio, y seguía a mi infatigable guía.

¡Qué espectáculo! ¿Cómo explicarlo? ¿Cómo describir el aspecto de esos bosques y esas rocas en el medio líquido, sus fondos sombríos y salvajes y sus cimas coloreadas con tonos rojizos bajo la claridad redoblada por el poder reverberante de las aguas? Escalábamos rocas que se derrumbaban al instante en paneles enormes con un sordo rumor de avalancha. A derecha e izquierda se ahondaban tenebrosas galerías por las que se perdía la mirada. Por allí se abrían grandes claros que parecían desbrozados por la mano del hombre, y yo me preguntaba a veces si no aparecería de repente algún habitante de aquellas regiones submarinas.

Pero el capitán Nemo seguía ascendiendo y yo lo seguía intrépidamente, pues no quería quedarme atrás. El bastón me fue de gran ayuda, pues un paso en falso habría sido peligroso en esos estrechos pasos recortados en los flancos de precipicios. Pero yo marchaba con pie firme y sin sentir la embriaguez del vértigo. Tan pronto saltaba una grieta cuya profundidad me habría hecho retroceder en los glaciares de la tierra como me aventuraba sobre el tronco vacilante de los árboles tendidos entre un precipicio y otro, sin mirar abajo, por no tener ojos más que para admirar los escenarios salvajes de aquella región. Algunas rocas monumentales, inclinadas sobre sus bases irregularmente recortadas, parecían desafiar las leyes

del equilibrio. Entre sus rodillas de piedra brotaban árboles como surtidores bajo una presión formidable, que sostenían a los que les sostenían a ellos. Además, torres naturales, grandes paredes de roca talladas a pico, como cortinas, se inclinaban en un ángulo que las leyes de la gravedad no habrían autorizado en la superficie de las regiones terrestres.

Yo mismo no sentía la diferencia debida a la poderosa densidad del agua cuando, pese al traje macizo, al casco de cuero y a las suelas metálicas, me elevaba sobre pendientes de un desnivel impracticable, franqueándolas por así decirlo con la ligereza de un corzo o un rebeco.

Sé bien que mi relato de aquella excursión submarina no podrá ser verosímil. Soy el historiador de cosas aparentemente imposibles y que sin embargo son reales, incontestables. ¡No las he soñado, las he visto y sentido!

A las dos horas de haber abandonado el *Nautilus* ya habíamos franqueado la línea de árboles, y a cien pies sobre nuestras cabezas se alzaba el pico de la montaña, que, al proyectarse, hacía sombra sobre la deslumbrante irradiación de la vertiente opuesta. Algunos arbustos petrificados se esparcían aquí y allá en pronunciados zigzags. Los peces se elevaban en masa a nuestro paso como pájaros sorprendidos en las hierbas altas. La masa rocosa estaba llena de impenetrables cavidades, de grutas profundas, de agujeros insondables en cuyo fondo yo oía removerse cosas formidables. La sangre me reflúa al corazón cuando veía una antena enorme que me cerraba el paso o alguna pinza espantosa se cerraba ruidosamente en la oscuridad de los huecos. Miles de puntos luminosos brillaban en medio de las tinieblas. Eran los ojos de crustáceos gigantes agazapados en su madriguera, bogavantes inmensos que se erguían como alabarderos y cerraban las patas con un chasquido metálico, titánicos cangrejos apuntados como cañones sobre sus cajas y pulpos terroríficos que entrelazaban sus tentáculos como un matojo vivo de serpientes.

¿Qué mundo exorbitante era ese que yo no conocía aún? ¿A qué orden pertenecían los articulados para los que la roca formaba una especie de segundo caparazón? ¿Dónde había hallado la naturaleza el secreto de su existencia vegetativa y cuántos siglos hacía que vivían así en las últimas capas del océano?

Pero no podía detenerme. El capitán Nemo, familiarizado con esos terribles animales, no les prestaba atención. Habíamos llegado a una primera meseta en la que aún nos esperaban más sorpresas. Allí se perfilaban unas ruinas pintorescas que delataban la mano del hombre y no la del Creador. Eran vastas aglomeraciones de piedras en las que se distinguían vagas formas de castillos y templos, cubiertos de un sinfín de zoófitos en flor y a los que, en vez de hiedra, las algas y los fucos dotaban de un espeso manto vegetal.

¿Qué era, pues, esa parte del planeta sumergida por los cataclismos? ¿Qué

había dispuesto aquellas rocas y piedras como dólmenes de los tiempos prehistóricos? ¿Dónde me hallaba, adónde me había llevado la fantasía del capitán Nemo?

Hubiera querido preguntárselo. Al no poder hacerlo, lo detuve agarrándolo del brazo, pero él, sacudiendo la cabeza, me señaló la cima de la montaña, como queriendo decirme: «¡Vamos, no se detenga, continúe!».

Le seguí en un último impulso y en unos minutos acabé de escalar el pico que sobresalía diez metros de la masa rocosa.

Miré la parte que acabábamos de franquear. La montaña sólo se elevaba setecientos u ochocientos pies sobre la llanura, pero por la otra vertiente alcanzaba el doble de altura sobre el fondo de esa región del Atlántico. Miré a lo lejos, al vasto espacio iluminado por un intenso fulgor. En efecto, la montaña era un volcán. Cincuenta pies por debajo del pico, entre una lluvia de piedras y escoria, un enorme cráter vomitaba torrentes de lava que se dispersaban en cascadas de fuego en el seno de la masa líquida. Desde esa posición, el volcán, como una inmensa antorcha, iluminaba la llanura inferior hasta los confines del horizonte.

Dije antes que el cráter submarino escupía lava, pero no llamas. Estas necesitan el oxígeno del aire y no podrían desarrollarse bajo el agua, pero los ríos de lava que tienen en ellas el principio de su incandescencia pueden llegar al rojo vivo, luchar victoriosamente contra el elemento líquido y vaporizarse en contacto con él. Rápidas corrientes arrastraban todos esos gases en difusión, y los torrentes de lava serpenteaban hasta la base de la montaña como las deyecciones del Vesubio sobre otra Torre del Greco.

Allí, ante mis ojos, decrepita y en ruinas aparecía una ciudad destruida, con sus tejados desmoronados, sus templos caídos, sus arcos dislocados y sus columnas tiradas por el suelo, en la que aún se percibían las sólidas proporciones de una especie de arquitectura toscana. Más lejos, algunos restos de un gigantesco acueducto. Aquí, la elevación compacta de una acrópolis con las formas flotantes de un Partenón; allá, vestigios de un muelle, como si algún puerto antiguo hubiera albergado en otro tiempo sobre las orillas de un continente desaparecido los barcos mercantes y los trirremes de guerra. Más lejos aún, largas líneas de murallas derruidas, grandes calles desiertas, toda una Pompeya hundida bajo las aguas que el capitán Nemo resucitaba ante mis ojos.

¿Dónde me hallaba? ¿Dónde estaba? Quería saberlo a toda costa, quería hablar, quería arrancarme la esfera de cobre que aprisionaba mi cabeza.

Pero el capitán Nemo vino hacia mí y me detuvo con un gesto. Luego, cogiendo un trozo de piedra pizarrosa, avanzó hacia una roca de basalto negro y escribió una sola palabra:

ATLÁNTIDA

¡Una idea atravesó mi mente como un relámpago! La Atlántida, la antigua Meropide de Teopompa, la Atlántida de Platón, el continente cuya existencia negaron Orígenes, Porfirio, Jámblico, D'Anville, Malte-Brun y Humboldt, que incluyeron su desaparición en la categoría de relatos legendarios, y fue aceptada por Posidonio, Plinio, Ammien-Marcellin, Tertuliano, Engel, Sherer, Tournefort, Buffon y D'Avezac. La tenía ante mis ojos, dando testimonio irrefutable de su catástrofe. Ésa era, pues, la región sumergida que existía fuera de Europa, de Asia y de Libia, más allá de las columnas de Hércules, donde vivía el poderoso pueblo de los atlantes, contra el que se hicieron las primeras guerras de la antigua Grecia.



El historiador que consignó en sus escritos las gestas de esos tiempos heroicos fue el mismo Platón. Su diálogo de Timeo y Critias se inspiró, por así decirlo, en Solón, poeta y legislador.

Cierto día, Solón estaba conversando con algunos sabios ancianos de Sais, ciudad que ya contaba con ochocientos años de antigüedad, como atestiguaban sus anales grabados en los muros sagrados de sus templos. Uno de los ancianos contó

la historia de otra ciudad de más de mil años de antigüedad. Esa primera ciudad ateniense, fundada novecientos siglos atrás, había sido invadida y parcialmente destruida por los atlantes. Éstos, según se decía, ocupaban un continente inmenso, más grande que África y Asia juntas y que cubría una superficie comprendida entre los doce y los cuarenta grados de latitud norte. Su dominio se extendía hasta Egipto y trataron de imponerlo también en Grecia, pero tuvieron que retirarse ante la resistencia indomable de los helenos. Pasaron los siglos. Se produjo un cataclismo, inundaciones, temblores de tierra. Una noche y un día bastaron para aniquilar la Atlántida, cuyas cumbres más altas, Madeira, las Azores, las Canarias y las islas de Cabo Verde, siguen sobre la superficie del mar.

Tales eran los recuerdos históricos que la inscripción del capitán Nemo despertó en mi mente. De modo que, llevado por el más extraño destino, yo estaba pisando una de las montañas de aquel continente. Tocaba con la mano esas ruinas mil veces seculares y contemporáneas de las épocas geológicas. Caminaba por donde habían caminado los contemporáneos del primer hombre. Aplastaba bajo mis pesadas suelas los esqueletos de animales de épocas fabulosas, a los que aquellos árboles, ahora mineralizados, dieron sombra en otro tiempo.

¡Ah!, ¿por qué disponía de tan poco tiempo? Hubiera querido bajar las pendientes abruptas de la montaña, recorrer por entero ese inmenso continente que sin duda unía África y América, y visitar sus grandes ciudades antediluvianas. Allí se extendían tal vez ante mis ojos Majimos, la guerrera, y Eusebes, la piadosa, cuyos gigantescos habitantes vivían siglos enteros y tenían fuerza suficiente para amontonar los bloques que seguían resistiendo la acción de las aguas. Tal vez algún día un fenómeno eruptivo devolverá esas ruinas sumergidas a la superficie del mar. Se han señalado numerosos volcanes submarinos en esa parte del océano y son muchos los barcos que han sentido formidables sacudidas al pasar sobre esos fondos turbulentos. Unos han oído ruidos sordos que anunciaban la lucha profunda de los elementos; otros han recogido cenizas volcánicas proyectadas fuera del mar. Todo ese suelo, hasta el ecuador, sigue agitado por las fuerzas plutónicas. Y quién sabe si en un futuro lejano, acrecentadas por las deyecciones volcánicas y las capas sucesivas de lava, no aparecerán cumbres de montañas ignívolas en la superficie del Atlántico.

Mientras yo soñaba así, tratando de fijar en mi memoria todos los detalles de aquel grandioso paisaje, el capitán Nemo, acodado sobre una estela musgosa, permanecía inmóvil y como petrificado en un éxtasis mudo. ¿Pensaba acaso en las generaciones desaparecidas y les preguntaba el secreto del destino humano? ¿Era allí donde aquel hombre extraño iba a cobrar fuerzas en los recuerdos históricos y a revivir la historia antigua, él que rechazaba la vida moderna? ¿Qué no hubiera dado por conocer sus pensamientos, por compartirlos, por comprenderlos?

Permanecimos una hora entera en aquel lugar, contemplando la vasta llanura bajo el resplandor de las lavas que adquirirían a veces una intensidad sorprendente. Las ebulliciones interiores hacían que rápidos temblores recorrieran la corteza de la montaña. Ruidos profundos, transmitidos con nitidez por el medio líquido, reverberaban con amplitud majestuosa.

La luna asomó un instante a través de la masa de agua y lanzó algunos pálidos rayos sobre el continente sumergido. No fue más que un tenue destello, pero de un efecto indescriptible. El capitán se incorporó, miró por última vez la inmensa llanura y con la mano me indicó que le siguiera.

Bajamos rápidamente la montaña. Pasado el bosque mineral, vi el fanal del *Nautilus*, que brillaba como una estrella. El capitán marchaba directo hacia él, y ya estábamos de nuevo a bordo cuando los primeros tonos del alba iluminaron la superficie del océano.

X

LAS HULLERAS SUBMARINAS

Al día siguiente, 20 de febrero, me desperté muy tarde. El cansancio de la noche anterior me hizo dormir hasta las once. Me vestí rápidamente, pues tenía prisa por saber qué rumbo llevaba el *Nautilus*. Los instrumentos me indicaron que seguía avanzando hacia el sur a una velocidad de veinte millas por hora y a una profundidad de cien metros.

Llegó Conseil. Le conté nuestra excursión nocturna y, al estar los paneles abiertos, aún pudo entrever una parte del continente sumergido.

El *Nautilus* navegaba a diez metros tan sólo de la llanura de la Atlántida. Avanzaba como un globo llevado por el viento sobre las praderas terrestres, aunque quizá fuera más acertado decir que estábamos en aquel salón como en el vagón de un expreso. Los primeros bloques que pasaban ante nosotros eran rocas recortadas fantásticamente, bosques de árboles que habían pasado del reino vegetal al mineral y cuya silueta inmóvil parecía gesticular bajo las aguas. Había también masas pétreas ocultas bajo un tapiz de ascidias y anémonas y plagadas de largos hidrófitos verticales, y bloques de lava de extraños contornos que atestiguaban el furor de las expansiones plutónicas.

Mientras aquel extraño paraje resplandecía bajo nuestra luz eléctrica, relaté a Conseil la historia de los atlantes que, desde un punto de vista puramente imaginario, inspiraron a Bailly tantas páginas deliciosas. Le hablaba de las guerras de aquellos pueblos heroicos y discutía la cuestión de la Atlántida como quien ya no puede ponerla en duda. Pero Conseil, distraído, apenas me escuchaba y pronto encontré una explicación a su indiferencia ante este tema histórico.

Numerosos peces atraían su mirada y, cuando pasaban peces, Conseil, arrastrado a los abismos de la clasificación, abandonaba el mundo real. En esos casos no me quedaba más remedio que seguirle y retomar con él nuestros estudios ictiológicos.

Por lo demás, los peces del Atlántico no diferían sensiblemente de los que habíamos observado hasta entonces. Había rayas de un tamaño gigantesco, de cinco metros de largo y dotadas de una gran fuerza muscular que les permitía lanzarse por encima de las olas; escualos de especies diversas, entre otros una tintorera de quince pies, dientes triangulares y afilados, tan transparente que casi resultaba invisible en medio del agua; lijos oscuros; cerdos marinos con forma de prisma y una coraza de piel tuberculosa; esturiones parecidos a sus congéneres del

Mediterráneo; peces trompeta de un pie y medio de largo, colores amarillo y marrón, provistos de pequeñas aletas grises, sin dientes ni lengua y que desfilaban como finas y ágiles serpientes.

Entre los peces óseos, Conseil anotó las barracudas negras, de tres metros de longitud y armadas en su mandíbula superior de una punzante espada; peces araña de vivos colores, conocidos en tiempos de Aristóteles con el nombre de dragones marinos y cuya captura resulta muy peligrosa por los aguijones de su aleta dorsal; marlines, de dorso oscuro surcado por pequeñas rayas azules y ribeteado de oro; hermosas doradas; peces luna semejantes a discos con reflejos azulados que, iluminados por los rayos solares, parecían manchas plateadas; y, por último, emperadores de ocho metros de largo que marchaban en grupo, con aletas amarillas talladas en forma de hoz, más herbívoros que piscívoros y que obedecían a la menor señal de sus hembras, como maridos bien enseñados.

Pero mientras observaba los diversos ejemplares de la fauna marina yo no dejaba de examinar las largas llanuras del Atlántico. A veces los caprichosos accidentes de suelo obligaban al *Nautilus* a ralentizar su marcha y entonces se deslizaba con la pericia de un cetáceo por estrechos pasos entre las colinas. Si el laberinto resultaba demasiado intrincado, la nave se elevaba como un aeróstato y, superado el obstáculo, reemprendía su rápida marcha a algunos metros por encima del fondo. Admirable y deliciosa navegación que recordaba las maniobras de un paseo aerostático, con la diferencia de que el *Nautilus* obedecía sumiso a la mano de su timonel.

Hacia las cuatro de la tarde el terreno, compuesto generalmente de un fango espeso y entremezclado de ramas mineralizadas, fue cambiando poco a poco. Se tornó más rocoso y pareció sembrado de conglomerados, de tobas basálticas con restos de lava y de obsidianas sulfurosas. Pensé entonces que la región de las montañas pronto sucedería a las vastas praderas y, en efecto, al maniobrar el *Nautilus* vi que el horizonte meridional estaba obstaculizado por una alta muralla que parecía cerrar cualquier salida. Era evidente que su cima sobresalía por encima de la superficie. Debía de tratarse de un continente, o al menos de una isla, ya fuera una de las Canarias o una de las de Cabo Verde. Al no haberse fijado nuestra posición —acaso deliberadamente—, ignoraba dónde estábamos. En cualquier caso me pareció que una muralla semejante debía de marcar el final de la Atlántida, de la que no habíamos recorrido en definitiva más que una mínima parte.

La noche no interrumpió mis observaciones. Me quedé solo, pues Conseil había regresado a su camarote. El *Nautilus*, ralentizando su marcha, flotaba sobre las masas difusas del suelo, ya rozándolas como si quisiera posarse en ellas, ya emergiendo caprichosamente a la superficie, lo que me permitía entrever algunas vivaces constelaciones a través de las aguas cristalinas, en concreto cinco o seis

de las estrellas zodiacales que se arrastran a la cola de Orión.

Habría permanecido un buen rato junto al cristal, admirando las bellezas del mar y del cielo, cuando se cerraron los paneles. El *Nautilus* había llegado a la alta muralla perpendicular, y yo no me figuraba cómo haría para maniobrar. Volví a mi camarote. El *Nautilus* no se movía. Me dormí con el firme propósito de despertarme tras unas pocas horas de sueño.

Pero eran las ocho del día siguiente cuando regresé al salón. Miré el manómetro, que me indicó que el *Nautilus* flotaba en la superficie. Se oía, además, un ruido de pasos en la plataforma, pero ningún balanceo delataba la ondulación de las aguas superficiales.

Subí a la escotilla. La encontré abierta, pero, en vez de la luz matutina que esperaba, me vi rodeado de una profunda oscuridad. ¿Dónde estábamos? ¿Me había equivocado y aún era de noche? No. No brillaba ni una sola estrella y esas tinieblas absolutas no son propias de la noche.

No sabía qué pensar, cuando una voz me dijo:

—¿Es usted, profesor?

—Ah, capitán Nemo. ¿Dónde estamos?

—Bajo tierra.

—¿Bajo tierra? ¿Y el *Nautilus* sigue flotando?

—Sí.

—¿Pero entonces...? No comprendo.

—Espere unos instantes. Se va a encender el fanal y, si le gustan las cosas claras, quedará satisfecho.

Puse el pie en la plataforma y esperé. La oscuridad era tan completa que ni siquiera veía al capitán Nemo. Sin embargo, al mirar al cénit, situado exactamente sobre mi cabeza, creí distinguir una claridad difusa, una especie de penumbra que llenaba un agujero circular. El fanal se iluminó súbitamente y su vivo resplandor hizo desaparecer la tenue luz.

Miré a mi alrededor, tras cerrar un instante los ojos, deslumbrados por el fulgor eléctrico. El *Nautilus* estaba quieto, flotando junto a una orilla dispuesta como un muelle. El mar que lo sostenía era un lago cercado por un circo de murallas que medía dos millas de diámetro, es decir, seis mil de contorno. Su nivel, por lo que indicaba el manómetro, no podía ser otro que el exterior, pues necesariamente existía una comunicación entre el lago y el mar. Las altas paredes, inclinadas en la base, se redondeaban hasta formar una bóveda que semejaba un inmenso embudo invertido de quinientos o seiscientos metros de altura. En lo alto se abría un orificio circular por el que yo había vislumbrado esa tenue claridad, evidentemente debida a la luz diurna.

Antes de examinar más atentamente la disposición interior de aquella enorme

caverna y de preguntarme si era obra de la naturaleza o del hombre, me dirigí al capitán Nemo.

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—En el centro mismo de un volcán apagado cuyo interior ha sido invadido por el mar tras alguna convulsión del suelo. Mientras usted dormía, el *Nautilus* entró en esta laguna por un canal natural abierto diez metros por debajo de la superficie del océano. Este es su puerto base, un puerto seguro, cómodo, misterioso y resguardado de todos los vientos. Encuéntreme en las costas de sus continentes o de sus islas una rada que ofrezca un refugio tan seguro contra la furia de los huracanes.

—Es cierto —respondí—. Aquí está seguro, capitán. ¿Quién podría alcanzarle en el centro de un volcán? Pero en su cima me parece haber visto una abertura, ¿no?

—Sí, es su cráter, un cráter en otro tiempo lleno de lavas, vapores y llamas y que ahora deja pasar el aire vivificante que respiramos.

—Entonces, ¿qué montaña volcánica es esta?

—Pertenece a uno de los numerosos islotes esparcidos por este mar. Simple escollo para los barcos y, para nosotros, una inmensa caverna. Lo descubrí por azar y en eso el azar me fue muy útil.

—Pero ¿no se podría bajar por el orificio que forma el cráter del volcán?

—Eso es tan imposible como que yo suba hasta él. La base interior de esta montaña es practicable hasta un centenar de metros, pero, por encima, las paredes sobresalen y sus rampas no podrían franquearse.

—Veo, capitán, que la naturaleza le sirve siempre y en todas partes. En este lago está seguro y nadie más que usted puede visitar sus aguas. Pero ¿para qué este refugio? El *Nautilus* no necesita puertos.

—No, profesor, pero necesita electricidad para moverse, elementos para producirla, sodio para alimentar esos elementos, carbón para producir el sodio y hulleras para extraer el carbón. Pues bien, justamente aquí el mar cubre bosques enteros que fueron anegados en los tiempos geológicos. Ahora, mineralizados y transformados en hulla, son para mí una mina inagotable.

—¿Sus hombres ejercen aquí de mineros?

—Así es. Estas minas se extienden bajo las aguas como las hulleras de Newcastle. Aquí es donde, equipados con escafandras, pico y pala en mano, mis hombres van a extraer la hulla que no necesito buscar en las minas terrestres. Cuando quemo ese combustible para la fabricación del sodio, el humo que se escapa por el cráter de la montaña le sigue dando la apariencia de un volcán activo.

—¿Y veremos a sus hombres trabajar?



—Esta vez no, pues tengo prisa por continuar nuestra vuelta al mundo submarina. Por eso me conformaré con utilizar las reservas de sodio que poseo. Estaremos aquí el tiempo que nos lleve embarcarlas, es decir, sólo un día, y reanudaremos nuestro viaje. Así que si quiere recorrer esta caverna y dar la vuelta al lago, hágalo hoy, señor Aronnax.

Di las gracias al capitán y fui a buscar a mis dos compañeros, que aún no

habían salido de su camarote. Les invité a seguirme sin decirles dónde se hallaban. Subieron a la plataforma. Conseil, que no se extrañaba por nada, vio como algo muy natural despertarse en el interior de una montaña tras haber dormido bajo el agua. Pero Ned Land no tuvo otra idea que la de buscar si la caverna ofrecía alguna salida.

Después del desayuno, a eso de las diez, bajamos a la orilla.

—Henos de nuevo en tierra —dijo Conseil.

—Yo no llamo tierra a esto —replicó el canadiense—. Además, no estamos encima, sino debajo.

Entre el pie de las paredes de la montaña y las aguas del lago se desplegaba un ribazo arenoso con una anchura máxima de quinientos pies. Sobre esa arena se podía rodear fácilmente el lago. Pero la base de las altas paredes formaba un suelo irregular sobre el que yacían en pintoresco amontonamiento bloques volcánicos y enormes piedras pómez. Todas esas masas disgregadas y recubiertas de un esmalte pulido por la acción de los fuegos subterráneos resplandecían bajo el fulgor eléctrico del fanal. La polvareda micácea que levantábamos a nuestro paso ascendía como una nube de destellos.

El sol se elevaba sensiblemente, alejándose del sedimento formado por las olas, y pronto llegamos a unas rampas largas y sinuosas, verdaderos repechos que permitían subir poco a poco. Pero había que andar con cuidado entre aquellos conglomerados no ligados por ningún cemento, y el pie resbalaba sobre las traquitas vítreas hechas de cristales de feldespato y de cuarzo.

La naturaleza volcánica de aquella enorme excavación se afirmaba por doquier, y así lo hice notar a mis compañeros.

—¿Os figuráis lo que debía de ser este embudo cuando se llenaba de lavas hirvientes y el nivel del líquido incandescente se elevaba hasta el orificio de la montaña, como el hierro fundido por las paredes de un horno?

—Me lo imagino perfectamente —respondió Conseil—. Pero ¿puede decirme el señor por qué el gran fundidor suspendió su labor y el horno fue sustituido por las tranquilas aguas de un lago?

—Muy probablemente porque alguna convulsión produjo bajo la superficie del océano la abertura que permitió pasar al *Nautilus*. Las aguas del Atlántico se precipitaron entonces al interior de la montaña y se entabló una lucha terrible entre ambos elementos, que terminó con el triunfo de Neptuno. Pero han transcurrido muchos siglos desde entonces y el volcán sumergido se ha transformado en una gruta apacible.

—De acuerdo —replicó Ned Land—, acepto la explicación, pero lamento por nuestro propio interés que la abertura de la que habla el profesor no se produjera sobre el nivel del mar.

—Pero, Ned —dijo Conseil—, si ese paso no hubiera sido submarino, el *Nautilus* no habría podido atravesarlo.

—Y añadiré, Ned, que las aguas no se habrían precipitado bajo la montaña y el volcán hubiera seguido siendo un volcán. Así que su lamento es superfluo.

Continuamos la ascensión. Las rampas se volvían cada vez más estrechas y escarpadas. De vez en cuando había que franquear las profundas excavaciones que las recortaban y rodear las masas rocosas que sobresalían. Avanzábamos de rodillas o reptando. Pero la habilidad de Conseil y la fuerza del canadiense nos ayudaron a superar todos los obstáculos.

A una altura aproximada de treinta metros el terreno se modificó sin volverse más practicable. A los conglomerados y traquitas les sucedieron basaltos negros; unos, extendidos por capas llenas de grumos y burbujas; otros, formando prismas regulares, dispuestos como una columnata que soportaba el arranque de la inmensa bóveda, admirable ejemplo de arquitectura natural. Entre esos basaltos serpenteaban largos ríos de lava, enfriados e incrustados de rayas bituminosas, y aquí y allá se extendían grandes tapices de azufre. Una luz más intensa que entraba por el cráter inundaba de una vaga claridad todos los desechos volcánicos, sepultados para siempre dentro de la montaña apagada.

Pero nuestra marcha ascensional pronto se vio detenida a unos doscientos cincuenta pies de altura por obstáculos infranqueables. El dovelaje interior formaba un voladizo y la ascensión hubo de convertirse en paseo circular. En este último tramo, el reino vegetal comenzaba a luchar con el mineral. Algunos arbustos e incluso árboles salían de los huecos de la pared. Reconocí euroforbios, que rezumaban jugo cáustico; heliotropos, que no hacían honor a su nombre, pues los rayos solares jamás los alcanzaban, inclinaban tristemente sus racimos de flores de colores y perfumes medio marchitos. Aquí y allá brotaban tímidamente algunos crisantemos a los pies de aloes de largas hojas tristes y enfermizas. Pero, entre los ríos de lava, divisé pequeñas violetas, todavía perfumadas de un ligero olor, y confieso que las aspiré con fruición. El perfume es el alma de la flor, y las flores del mar, los espléndidos hidrófitos, no tienen alma.

Habíamos llegado al pie de un ramo de robustos dragos, que apartaban las rocas con el empuje de sus musculosas raíces, cuando Ned Land exclamó:

—¡Mire, un panal!

—¡Un panal! —repetí, haciendo un gesto de absoluta incredulidad.

—Sí —dijo el canadiense—, y abejas zumbando a su alrededor.

Me acerqué y tuve que rendirme a la evidencia. Había allí, en el orificio de un agujero abierto en el tronco de un drago, varios millares de estos ingeniosos insectos, tan comunes en todas las Canarias y cuyos productos son tan apreciados.

Naturalmente, el canadiense quiso hacer su provisión de miel y no habría sido

razonable oponerme. Con la llama de su mechero prendió unas hojas secas mezcladas con azufre, y comenzó a ahumar a las abejas. Los zumbidos fueron cesando poco a poco y la colmena reventada nos proporcionó varias libras de perfumada miel, con la que Ned Land llenó su alforja.

—Cuando mezcle esta miel con la pasta del artocarpó —dijo—, podré ofrecerles un succulento pastel.

—¡Pardiez! —exclamó Conseil—, será un pan de especias.

—Estupendo —dije—, pero reanudemos este interesante paseo.

El lago se mostraba en toda su extensión en algunas desviaciones del sendero por el que caminábamos. El fanal iluminaba enteramente su tranquila superficie, que no conocía cabrilleos ni ondulaciones. El *Nautilus* mantenía una inmovilidad perfecta. En su plataforma y en el terraplén se agitaban los miembros de la tripulación, sombras negras claramente recortadas en la atmósfera luminosa.

Mientras rodeábamos la cresta más elevada de los primeros planos de rocas que sostenían la bóveda, vi que las abejas no eran los únicos representantes del reino animal en el interior del volcán. Las rapaces planeaban y volaban en círculo en la oscuridad, o salían de sus nidos apoyados en salientes rocosos. Eran gavilanes de vientre blanco y cernícalos chillones. En las pendientes corrían también, con toda la rapidez de sus zancas, bellas y gruesas avutardas. No hace falta decir que la visión de esas succulentas presas encendió la codicia del canadiense, que lamentó no tener un fusil en las manos. Trató de reemplazar el plomo por las piedras y, tras varios intentos infructuosos, logró herir a una de aquellas magníficas avutardas. Decir que arriesgó veinte veces la vida por hacerse con ella es decir la pura verdad, pero lo hizo tan bien que el animal acabó en su morral junto a los dulces de miel.

En ese punto tuvimos que descender por la orilla, pues la cresta rocosa se tornaba impracticable. Sobre nosotros, el cráter abierto semejaba el agujero de un enorme pozo. Desde allí se divisaba el cielo con bastante claridad, y vi deslizarse nubes encrespadas por el viento del oeste, que arrastraban hasta la cima de la montaña sus jirones brumosos. Prueba indudable de que esas nubes se mantenían a una altura media, pues el volcán no se elevaba más de ochocientos pies sobre el nivel del océano.

Media hora después de la última hazaña del canadiense ya habíamos alcanzado la orilla interior. Allí la flora estaba representada por grandes tapices de crista marina, pequeña planta umbelífera muy buena para confitar, también conocida como cristadela, saxífraga e hinojo marino. Conseil se llevó algunos manojos. En cuanto a la fauna, se contaban por millares los crustáceos de todo tipo: bogavantes, cangrejos tortuga, camarones, mysis, segadores, galateas y un número prodigioso de conchas, porcelanas, rocas y lapas.

En aquel lugar se abría una magnífica gruta, y mis compañeros y yo disfrutamos tumbándonos en su fina arena. El fuego había pulido sus paredes esmaltadas y relucientes, salpicadas del polvo de la mica. No pude evitar sonreír al ver a Ned Land tantear los muros, como si tratara de medir su grosor. La conversación se centró entonces en sus eternos proyectos de fuga y, sin adelantarme demasiado, creí poder darle la siguiente esperanza: el capitán Nemo había bajado al sur únicamente para renovar su provisión de sodio. Yo esperaba, pues, que bordeara las costas de Europa y América, lo que permitiría al canadiense reanudar con más éxito su tentativa frustrada.

Llevábamos tumbados una hora en aquella encantadora gruta, y la conversación, al principio animada, empezaba a languidecer a medida que una cierta somnolencia se apoderaba de nosotros. Como no veía ninguna razón para resistir al sueño, me abandoné a un profundo sopor. Soñaba —los sueños no se eligen— que mi existencia se reducía a la vida vegetativa de un simple molusco. Me parecía que la gruta formaba la doble valva de mi concha...

De pronto me despertó la voz de Conseil:

—¡Alerta! ¡Peligro! —gritaba el buen muchacho.

—¿Qué pasa? —pregunté, desperezándome.

—¡Nos cubre el agua!

Me levanté. El mar se precipitaba como un torrente a nuestra espalda y, decididamente, puesto que no éramos moluscos, había que salvarse.

En unos instantes estuvimos a salvo en la cima de la gruta.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Conseil—. ¿Algún fenómeno nuevo?

—No, amigos —respondí—. Sólo es la marea, que por poco nos sorprende, como al héroe de Walter Scott. El océano se dilata en el exterior y, por una ley natural de equilibrio, el nivel del lago sube en igual medida. Sólo ha sido un pequeño remojón. Vamos a cambiarnos al *Nautilus*.

Tres cuartos de hora más tarde habíamos terminado nuestro paseo circular y regresábamos a bordo. Los tripulantes acababan de embarcar las provisiones de sodio y el *Nautilus* habría podido zarpar al instante.

Pero el capitán Nemo no dio ninguna orden. ¿Quería esperar a la noche y salir secretamente por su paso submarino? Tal vez.

Fuese como fuese, al día siguiente el *Nautilus*, tras abandonar su puerto base, navegaba en alta mar y varios metros por debajo de las olas del Atlántico.

XI

EL MAR DE LOS SARGAZOS

El *Nautilus* no modificó su rumbo, así que por el momento había que desechar cualquier esperanza de regresar a los mares europeos. El capitán Nemo mantenía rumbo al sur. ¿Adónde nos llevaba? No me atrevía a imaginarlo.

Ese día el *Nautilus* atravesó una parte singular del océano Atlántico. Nadie ignora la existencia de la gran corriente de agua caliente conocida como *Gulf Stream*. Tras salir de los canales de Florida, se dirige al Spitzberg, pero, antes de entrar en el Golfo de México, hacia el grado 44 de latitud norte, esta corriente se divide en dos ramas: la principal se dirige a las costas de Irlanda y Noruega, mientras que la segunda dobla hacia el sur a la altura de las Azores. Luego, rompe contra las costas africanas y describe un óvalo alargado para regresar a las Antillas.

Pues bien, esta segunda rama —en realidad, un collar más que una rama— rodea con sus anillos de agua caliente esa parte del océano fría, apacible e inmóvil denominada mar de los Sargazos. Verdadero lago en pleno Atlántico, las aguas de la gran corriente tardan al menos tres años en darle la vuelta.

El mar de los Sargazos cubre toda la parte sumergida de la Atlántida. Algunos autores han llegado a admitir que las numerosas hierbas que lo cubren han sido arrancadas a las praderas de ese antiguo continente. Sin embargo, es más probable que esos pastos, algas y fucos, procedentes de la costa de Europa y América, sean arrastrados hasta allí por el *Gulf Stream*. Esa fue una de las razones que llevaron a Colón a suponer la existencia del Nuevo Mundo. Cuando los barcos del intrépido explorador llegaron al mar de los Sargazos, navegaron con dificultad entre las hierbas que detenían su marcha, para espanto de la tripulación, y perdieron tres largas semanas en atravesarlas.

Esa era la región que el *Nautilus* recorría en ese momento, una auténtica pradera, una tupida alfombra de algas, fucos y talofitas, tan espesa y compacta que la proa de un barco no la rompería fácilmente. Por eso, el capitán Nemo, no queriendo introducir su hélice en la masa herbácea, se mantuvo a unos metros de profundidad bajo la superficie de las olas.

El nombre de este mar viene de la palabra española «sargazo», que significa alga, pues son estas algas las que forman principalmente este inmenso banco. Esta es la razón por la que, según el sabio Maury, autor de la *Geografía física del globo*, estos hidrófitos se reúnen en esta apacible cuenca del Atlántico:

La explicación que puede darse a este fenómeno resulta, en mi opinión, de una experiencia conocida por todo el mundo. Si se introducen en un jarrón fragmentos de corcho o cuerpos flotantes cualesquiera y se imprime al agua de ese jarrón un movimiento circular, se verá a los fragmentos dispersos agruparse en el centro de la superficie líquida, es decir, en el punto menos agitado. En el fenómeno que nos ocupa, el jarrón es el Atlántico, el *Gulf Stream* la corriente circular y el mar de los Sargazos el punto central donde se concentran los cuerpos flotantes.

Comparto la opinión de Maury, y he podido estudiar el fenómeno en este medio especial en el que los barcos rara vez se adentran. Sobre nosotros flotaban cuerpos de diversa procedencia, amontonados entre las hierbas marrones, troncos de árboles arrancados a los Andes o a las Montañas Rocosas y transportados por el Amazonas o el Misisipi, numerosos desechos, restos de quillas o carenas, tablones hundidos y tan cargados de conchas y percebes que no podían emerger a la superficie. El tiempo dará la razón algún día a esa otra opinión de Maury según la cual estas materias, acumuladas durante siglos, se mineralizarán por la acción de las aguas y formarán hulleras inagotables. Valiosa reserva que la previsora naturaleza prepara para cuando los hombres hayan agotado las minas continentales.

Entre ese inextricable tejido de hierbas y fucos, distinguí hermosos alciones estrellados de color rosa, actinias que arrastraban su larga cabellera tentacular, medusas verdes, rojas, azules y, particularmente, grandes rizostomas cuya sombrilla azul está festoneada de violeta.

El 22 de febrero transcurrió íntegramente en el mar de los Sargazos, donde los peces, amantes de las plantas marinas y de los crustáceos, encuentran abundante alimento. Al día siguiente el océano había recobrado su aspecto habitual.

Desde ese momento, durante diecinueve días, del 23 de febrero al 12 de marzo, el *Nautilus*, manteniéndose en mitad del Atlántico, nos llevó a una velocidad constante de cien leguas diarias. Era evidente que el capitán Nemo quería cumplir su programa submarino y yo no dudaba de que, una vez doblado el cabo de Hornos, pensaba regresar a los mares australes del Pacífico.

Así pues, los temores de Ned Land estaban justificados. En esos vastos mares sin islas era inútil tratar de abandonar el barco, ni había ningún modo de oponerse a la voluntad del capitán Nemo. La única opción era someterse, pero yo quería pensar que lo que no debíamos esperar obtener por la fuerza o la astucia podíamos conquistarlo por la persuasión. Terminado el viaje, ¿no accedería el capitán Nemo a liberarnos si jurábamos no revelar nunca su existencia? Un juramento de honor que habríamos mantenido. Pero había que tratar esta delicada cuestión con el capitán. Ahora, ¿sería yo bien recibido cuando reclamara la libertad? ¿No había dicho él mismo, desde el principio y formalmente, que el secreto de su vida exigía nuestro encierro perpetuo a bordo del *Nautilus*? ¿Mi silencio de cuatro meses no debía de parecerle una aceptación tácita de la situación? ¿Volver sobre este asunto no habría dado como resultado levantar sospechas que podían perjudicar nuestros

planes si más adelante se nos presentaba alguna circunstancia favorable? Sopesaba todas estas razones, les daba mil vueltas y las sometía a Conseil, que estaba tan confundido como yo. En suma, aunque yo no fuese fácil de desanimar, comprendía que las posibilidades de volver a ver a mis semejantes disminuían cada día que pasaba, sobre todo ahora que el capitán Nemo navegaba temerariamente hacia el sur del Atlántico.

Durante los diecinueve días que mencioné anteriormente, nuestro viaje transcurrió sin ningún incidente particular. Ví poco al capitán, que debía de estar trabajando, pues a menudo me encontraba en la biblioteca los libros que él dejaba entreabiertos, sobre todo de historia natural. Mi obra sobre los fondos submarinos, hojeada por él, estaba llena de notas al margen que a veces contradecían mis teorías y sistemas. Pero el capitán se contentaba con expurgar mi trabajo y rara vez discutía conmigo. En ocasiones se oían los sonidos melancólicos de su órgano, que él tocaba con gran sentimiento, pero sólo de noche, en la oscuridad más secreta, cuando el *Nautilus* dormía en los desiertos oceánicos.

Durante esta parte del viaje navegamos días enteros sobre la superficie de las olas. El mar parecía desierto. Apenas algunos veleros, con carga para las Indias, que se dirigían al cabo de Buena Esperanza. Un día nos persiguieron las embarcaciones de un ballenero que nos confundió sin duda con una enorme y preciada ballena. Pero el capitán Nemo no quiso hacer perder tiempo y energías a esas buenas gentes y puso fin a la cacería sumergiéndose en las profundidades. Este incidente pareció interesar vivamente a Ned Land. No creo equivocarme si digo que el canadiense lamentaba que el arpón de esos pescadores no pudiese herir de muerte a nuestro cetáceo de acero.

Los peces que Conseil y yo observamos durante este período se diferenciaban poco de los que ya habíamos estudiado en otras latitudes. Los principales fueron unos ejemplares del terrible género de los cartilaginosos, dividido en tres subgéneros que cuentan al menos con treinta y dos especies: escualos galonados de cinco metros de largo, cabeza hundida y mayor que el cuerpo, aleta caudal redondeada y cuyo lomo exhibe siete bandas negras paralelas y longitudinales; cañabotas de color gris ceniza, con siete aberturas branquiales y una sola aleta dorsal, situada aproximadamente en el centro del cuerpo.



Pasaron también grandes cazones, peces voraces donde los haya. Tenemos derecho a no creer las historias de pescadores, pero he aquí lo que cuentan: se encontró en el vientre de uno de estos animales una cabeza de búfalo y un becerro entero; en otro, dos atunes y un marinero vestido de uniforme; en otro, un soldado con su sable; y en otro, por último, un caballo con su jinete. A decir verdad, todo esto no es artículo de fe, pero lo cierto es que ninguno de esos animales se dejó

atrapar en las redes del *Nautilus* y no pude comprobar su voracidad.

Un ejército de elegantes y juguetones delfines nos acompañó durante días enteros. Iban en manadas de cinco o seis que cazaban en grupo, como los lobos en el campo. Son, por otra parte, tan voraces como los tiburones, si creemos a un profesor de Copenhague, que sacó del estómago de un delfín trece marsopas y quince focas. Ciertamente se trataba de una orca, perteneciente a la mayor especie conocida, cuya longitud supera a veces los veinticuatro pies. La familia de los delfinianos comprende diez géneros, y los que vi parecían del género de los delfinorrincos, caracterizados por un morro excesivamente estrecho y cuatro veces más largo que el cráneo. Su cuerpo, de tres metros de longitud, negro por arriba, por debajo era de un blanco rosáceo salpicado de pequeñas manchas muy singulares.

Citaré también en estos mares unos curiosos ejemplares de peces del orden de los acantopterigios y de la familia de los escienoides. Algunos autores —más poetas que naturalistas— afirman que estos peces cantan melodiosamente y que sus voces, al unirse, forman tal concierto que un coro de voces humanas no podría igualarlo. No digo que no, pero esas corbinas no nos dieron ninguna serenata al pasar, y bien que lo lamento.

Por último, Conseil clasificó un gran número de peces voladores. Nada más curioso que ver a los delfines darles caza con maravillosa precisión. Fuese cual fuese el alcance de su vuelo o la trayectoria que describiera, incluso por encima del *Nautilus*, el desventurado pez siempre encontraba la boca del delfín abierta para engullirlo. Eran, o bien dactilópteros, o bien triglas milano de boca luminosa que, por la noche, tras haber trazado rayas de luz en la atmósfera, se sumergían en las aguas oscuras como estrellas fugaces.

Hasta el 13 de marzo continuamos navegando en esas condiciones. Ese día el *Nautilus* se utilizó para realizar experimentos de sondeo que me interesaron vivamente.

Llevábamos recorridas unas trece mil leguas desde que salimos de los mares septentrionales del Pacífico. Nuestra posición era de 45° 37' de latitud sur y 37° 53' de longitud oeste. En esos mismos parajes, Denham, capitán del *Herald*, soltó catorce mil metros de sonda sin tocar fondo. También allí, el teniente Parcker, de la fragata americana *Congress*, no había podido alcanzar suelo submarino a una profundidad de quince millas y ciento cuarenta metros.

El capitán Nemo decidió enviar su *Nautilus* a profundidad extrema para controlar los diferentes sondeos, mientras yo me disponía a anotar los resultados del experimento. Se abrieron los paneles del salón y comenzaron las maniobras para alcanzar esas capas tan remotas.

Se pensó que no era conveniente sumergirse llenando los depósitos, pues acaso

no hubieran podido incrementar suficientemente el peso específico del *Nautilus*. Además, para volver a subir, habría sido preciso expulsar el exceso de agua y las bombas no habrían sido lo bastante potentes para vencer la presión exterior.

El capitán Nemo decidió ir en busca del fondo oceánico por una diagonal suficientemente alargada, por medio de sus planos laterales, colocados en un ángulo de 45° con las líneas de agua del *Nautilus*. Luego se llevó la hélice al máximo de velocidad y su cuádruple pala batió las olas con una fuerza indescriptible.

Bajo este poderoso empuje, el casco del *Nautilus* vibró como una cuerda sonora y se sumergió progresivamente en las profundidades. El capitán y yo, instalados en el salón, seguíamos la aguja del manómetro, que se desviaba rápidamente. Pronto quedó atrás la zona habitable donde vive la mayor parte de los peces. Aunque algunos de estos animales sólo pueden vivir en la superficie de los mares o de los ríos, otros, menos numerosos, se mantienen a profundidades considerables. Entre estos últimos, reconocí al tiburón cañabota, especie de tiburón con seis aberturas branquiales; el pez telescopio, de ojos enormes; el armado, de aletas torácicas grises y pectorales negras, protegido por su peto de placas óseas de un rojo pálido, y, por último, el granadero, que, al vivir a mil doscientos metros de profundidad, soportaba una presión de ciento veinte atmósferas.

Pregunté al capitán Nemo si había visto peces en aguas más profundas.

—¿Peces? —me respondió—. Raramente. Pero ¿qué se sabe en el estado actual de la ciencia?

—Se lo diré, capitán. Se sabe que, al dirigirnos a las capas más profundas del océano, la vida vegetal desaparece antes que la animal; que allí donde aún encontramos seres animados no vegeta ni un solo hidrófito; que las pelerinas y las ostras viven a dos mil metros bajo la superficie del mar y que MacClintock, el héroe de los mares polares, cogió una estrella viva a dos mil quinientos metros de profundidad; que la tripulación del *Bull Dog*, de la Marina Real, pescó una asteria a dos mil seiscientas veinte brazas, es decir, a más de una legua de profundidad. ¿Me dirá, capitán, que no sabemos nada?

—No, profesor, no sería tan descortés. Pero permítame preguntarle cómo explica que puedan vivir criaturas a tales profundidades.

—Lo explico por dos razones. En primer lugar, porque las corrientes verticales, determinadas por las diferencias de salinidad y densidad de las aguas, producen el movimiento suficiente para mantener la vida rudimentaria de los crinoideos y asterias.

—Cierto —dijo el capitán.

—Y también porque, si el oxígeno es el fundamento de la vida, se sabe que la

cantidad de oxígeno disuelto en el agua marina aumenta con la profundidad en vez de disminuir, y que la presión de las capas inferiores ayuda a comprimirlo.

—Ah, ¿se sabe eso? —respondió el capitán, ligeramente sorprendido—. Pues bien, profesor, es lógico que se sepa, pues es verdad. Añadiré, en efecto, que la vejiga natatoria de los peces contiene más nitrógeno que oxígeno cuando estos animales se pescan en la superficie del mar y, por el contrario, más oxígeno que nitrógeno cuando se extraen de las grandes profundidades, lo que confirma su teoría. Pero continuemos nuestras observaciones.

Miré de nuevo el manómetro. El instrumento indicaba una profundidad de seis mil metros. Nuestra inmersión ya duraba una hora. El *Nautilus*, deslizándose sobre sus planos inclinados, seguía sumergiéndose. Las aguas desiertas eran increíblemente transparentes y de una limpidez indescriptible. Al cabo de una hora, nos hallábamos a trece mil metros —tres millas y cuarto, aproximadamente— y no se vislumbraba el fondo del océano.

No obstante, a catorce mil metros vi picos negruzcos surgiendo entre las aguas, aunque esas cumbres podían pertenecer a montañas tan altas como el Himalaya o el Mont-Blanc, o incluso más, con lo que la profundidad de aquellos abismos seguía siendo imposible de evaluar.

El *Nautilus* descendió aún más, pese a las fuertes presiones que sufría. Sentí cómo vibraban sus placas bajo la ensambladura de sus pernos. Sus barrotes se arqueaban, sus mamparos gemían, los cristales del salón parecían combarse por la presión de las aguas y aquel sólido aparato sin duda habría cedido si, tal como había dicho su capitán, no hubiera sido capaz de resistir como un bloque macizo.

Al rozar las pendientes de las rocas perdidas bajo las aguas, pude ver algunas conchas, sérpulas, spinorbis vivos y varios ejemplares de asterias.

Pero pronto desaparecieron los últimos representantes de la vida animal y, a más de tres leguas de profundidad, el *Nautilus* superó los límites de la vida submarina, como el globo que se eleva en el aire más allá de las zonas respirables. Habíamos alcanzado una profundidad de dieciséis mil metros —cuatro leguas—, y los costados del *Nautilus* soportaban una presión de mil seiscientas atmósferas, es decir, mil seiscientos kilos por cada centímetro cuadrado de su superficie.

—¡Qué situación! —exclamé—. Recorrer las regiones profundas nunca alcanzadas por el hombre. Mire, capitán, mire esas rocas magníficas, esas grutas desiertas, los últimos receptáculos del planeta, donde ya no es posible la vida. ¿Por qué no podemos conservar más que el recuerdo de estos parajes tan desconocidos?

—¿Le gustaría llevarse algo más que un recuerdo? —preguntó el capitán.

—¿Qué quiere decir?

—Que no cuesta nada tomar una imagen fotográfica de esta región submarina.

No había tenido tiempo de expresar mi sorpresa ante esa nueva propuesta cuando, a una orden del capitán Nemo, se trajo un objetivo al salón. Iluminado eléctricamente, el medio líquido se distribuía por los paneles abiertos con una claridad perfecta. Ni una sombra, ni una degradación de nuestra luz artificial. El sol no habría sido más favorable para una operación de esa naturaleza. El *Nautilus*, impulsado por su hélice, controlada por la inclinación de sus planos, permanecía inmóvil. El objetivo apuntó a aquellos parajes del fondo oceánico y en unos segundos habíamos obtenido un negativo de una pureza extrema.

Aquí doy la prueba fehaciente. En ella se ven las rocas primitivas que no han conocido la luz del cielo, los granitos inferiores que forman el poderoso cimiento del planeta, las grutas profundas excavadas en la masa pétreo, los perfiles de una incomparable nitidez y cuyo último trazo se recorta en negro, como salido del pincel de ciertos artistas flamencos. Más allá, un horizonte montañoso, una admirable línea ondulada formada por el fondo del paisaje. No alcanzo a describir el conjunto de rocas lisas, negras, pulidas, sin musgo ni manchas, con formas recortadas caprichosamente y sólidamente asentadas en el lecho arenoso que resplandecía ante los chorros de luz eléctrica.

El capitán Nemo, una vez terminada su operación, me dijo:

—Subamos de nuevo, profesor. No hay que abusar de esta situación ni exponer demasiado tiempo al *Nautilus* a tales presiones.

—Subamos, pues.

—Agárrese.

No había tenido tiempo de comprender por qué el capitán me hacía esa recomendación cuando caí sobre la alfombra.

Con la hélice embragada a una señal del capitán y sus planos alzados verticalmente, el *Nautilus*, transportado como un globo en el aire, se elevaba con rapidez vertiginosa y cortaba la masa líquida con una vibración sonora. Ya no se distinguía ningún detalle. En cuatro minutos había superado las cuatro millas que lo separaban de la superficie del océano y, tras emerger como un pez volador, volvió a sumergirse lanzando las olas a una altura prodigiosa.



XII

CACHALOTES Y BALLENAS

Durante la noche del 13 al 14 de marzo el *Nautilus* retomó su rumbo al sur. Yo creía que a la altura del cabo de Hornos doblaría al oeste para acercarse a los mares del Pacífico y completar su vuelta al mundo, pero no hizo nada de eso y continuó subiendo hacia las regiones australes. ¿Adónde quería ir? ¿Al Polo? Era descabellado. Empecé a creer que las temeridades del capitán justificaban las aprensiones de Ned Land.

El canadiense llevaba tiempo sin hablarme de sus planes de fuga. Se había vuelto menos comunicativo, casi silencioso. Yo veía cuánto le pesaba aquel encierro forzoso y sentía la cólera que iba acumulando. Cuando se encontraba con el capitán, sus ojos se encendían con un fulgor sombrío y continuamente me asaltaba el temor de que su violencia natural le llevara a cometer algún desatino.

Aquel día, 14 de marzo, Conseil y él vinieron a buscarme a mi camarote. Les pregunté la razón de su visita:

—Tenemos una simple pregunta que hacerle —respondió el canadiense.

—Adelante, Ned.

—¿Cuántos hombres cree que habrá a bordo del *Nautilus*?

—No sabría decirle, amigo mío.

—Me parece —prosiguió Ned Land— que para maniobrarlo no se requiere una tripulación numerosa.

—Así es. En las condiciones actuales, una docena de hombres a lo sumo bastaría para maniobrarlo.

—Entonces, ¿por qué debería haber más?

—¿Por qué? —repliqué.

Miré fijamente a Ned Land, cuyas intenciones eran fáciles de adivinar.

—Porque —dije— de ser ciertos mis presentimientos, y si he comprendido bien la existencia del capitán, el *Nautilus* no es un simple barco, sino un lugar de refugio para quienes, como su comandante, han roto toda relación con la tierra.

—Tal vez —dijo Conseil—, pero, en último término, el *Nautilus* sólo puede contener un número determinado de hombres. ¿No podría el señor calcular ese máximo?

—¿Cómo?

—Mediante un simple cálculo. Teniendo en cuenta la capacidad del barco, que el señor conoce y, por consiguiente, la cantidad de aire que contiene. Sabiendo, por

otra parte, lo que gasta cada hombre cuando respira y comparando los resultados con la necesidad que tiene el *Nautilus* de subir a la superficie cada veinticuatro horas...

Conseil no terminó la frase, pero comprendí a dónde quería ir a parar.

—Ya te entiendo —dije—. Pero ese cálculo, por otra parte fácil de hacer, sólo puede dar una cifra muy imprecisa.

—No importa —insistió Ned Land.

—El cálculo es el siguiente —respondí—. Cada hombre gasta en una hora el oxígeno contenido en cien litros de aire, es decir, en veinticuatro horas, el oxígeno contenido en dos mil cuatrocientos litros. Por lo tanto, hay que averiguar cuántas veces puede contener esa cantidad el *Nautilus*.

—Exactamente.

—Pues bien —proseguí—, teniendo en cuenta que la capacidad del *Nautilus* es de mil quinientas toneladas y que una tonelada son mil litros, el *Nautilus* contiene un millón quinientos mil litros de aire, que divididos por dos mil cuatrocientos... —calculé rápidamente con el lápiz—... dan un cociente de seiscientos veinticinco, lo que equivale a decir que el aire contenido en el *Nautilus* bastaría, en rigor, para seiscientos veinticinco hombres durante veinticuatro horas.

—¡Seiscientos veinticinco! —repitió Ned.

—Pero tenga por cierto —añadí— que, entre pasajeros, marinos y oficiales, no llegamos ni a la décima parte de esa cifra.

—Sigue siendo demasiado para tres hombres —murmuró Conseil.

—Así que, mi pobre Ned, sólo puedo aconsejarle que tenga paciencia.

—Y más que paciencia, resignación —respondió Conseil, empleando la palabra justa—. Después de todo, el capitán Nemo no puede dirigirse eternamente hacia el sur. Tendrá que detenerse, aunque sólo sea por los bancos de hielo, y volver a mares más civilizados. Entonces será el momento de retomar los planes de Ned Land.

El canadiense sacudió la cabeza, se pasó la mano por la frente y, sin responder nada, se retiró.

—Permítame el señor que le haga una observación. El pobre Ned piensa en todo lo que no puede tener. Le viene a la mente su vida pasada y añora todo lo que nos está prohibido. Le oprimen los recuerdos y la tristeza. Hay que comprenderlo. ¿Qué puede hacer aquí? Nada. No es un científico como el señor y no podría disfrutar como nosotros de las maravillas del mar. Lo arriesgaría todo por entrar en una taberna de su país.

Es indudable que la monotonía de a bordo debía de parecerle insoportable al canadiense, acostumbrado a una vida libre y activa. Pocos acontecimientos podían apasionarle. Sin embargo, ese día un incidente vino a recordarle sus buenos

tiempos de arponero.

Hacia las once de la mañana, el *Nautilus*, mientras navegaba sobre la superficie, se vio en medio de una manada de ballenas, lo que no me sorprendió, pues sabía que estos animales, cazados a ultranza, se han refugiado en los mares de las latitudes polares.

La importancia de las ballenas en el mundo marino y su influencia en los descubrimientos geográficos han sido considerables. Fueron ellas las que, arrastrando tras de sí a los vascos, primero, y luego a los asturianos, ingleses y holandeses, los animaron a desafiar los peligros del océano y los llevaron de un extremo a otro de la Tierra. Las ballenas frecuentan los mares australes y boreales. Algunas viejas leyendas cuentan incluso que estos cetáceos llevaron a los pescadores a sólo siete leguas del Polo Norte. Si el hecho es falso, será cierto algún día, y probablemente fue cazando la ballena en las regiones árticas o antárticas como los hombres llegaron a ese punto desconocido del globo.

Estábamos sentados en la plataforma, con el mar en calma. Octubre en aquellas latitudes nos regalaba hermosos días de otoño. Fue el canadiense —no podía equivocarse— quien señaló una ballena al este, en el horizonte. Mirando atentamente, se veía su lomo negruzco elevarse y descender alternativamente en el mar, a cinco millas del *Nautilus*.

—¡Ah! —exclamó Ned Land—. Si estuviera a bordo de un ballenero este encuentro me haría feliz. Es un animal de gran tamaño. Miren con cuánta potencia lanza columnas de aire y vapor por sus espiráculos ¡Por todos los diablos! ¿Por qué he de verme encadenado a este trasto metálico?

—¡Cómo, Ned! —dije—. ¿Aún no ha superado sus viejas ideas de pescador?

—¿Acaso un pescador de ballenas puede olvidar su antiguo oficio? ¿Puede uno hartarse de las emociones de una caza semejante?

—¿Nunca ha pescado en estos mares, Ned?

—Nunca. Sólo en los mares boreales, tanto en el estrecho de Bering como en el de Davis.

—Entonces la ballena austral es desconocida para usted. La que ha pescado hasta ahora es la ballena franca, que no se arriesgaría a atravesar las cálidas aguas del ecuador.

—¿Qué me dice, profesor? —replicó el canadiense, bastante incrédulo.

—Le digo lo que es.

—¡Caramba! En el año 65, es decir, hace dos años y medio, este que le habla capturó cerca de Groenlandia una ballena que todavía llevaba en su costado el arpón marcado de un ballenero de Bering. Pues bien, explíqueme cómo ese animal, tras haber sido arponeado al oeste de América, llegó al este para que lo mataran sin haber cruzado el ecuador, ya fuera por el cabo de Hornos o por el de Buena

Esperanza.

—Pienso lo mismo que el amigo Ned —dijo Conseil—, y espero la respuesta del señor.

—El señor os responde, amigos míos, que las ballenas se localizan, según sus especies, en ciertos mares que no abandonan. Si uno de estos animales vino del estrecho de Bering al de Davis, es simplemente porque existe un paso de un mar al otro, bien por las costas de América, bien por las de Asia.

—¿Hay que creerle? —preguntó el canadiense, cerrando un ojo.

—Hay que creer al señor —respondió Conseil.

—De modo que —prosiguió el canadiense—, puesto que nunca he pescado en estos parajes, no conozco las ballenas que los frecuentan, ¿no?

—Es lo que acabo de decirle, Ned.

—Razón de más para conocerlas —dijo Conseil.

—¡Miren! ¡Miren! —exclamó, emocionado, el canadiense—. ¡Se acerca! ¡Viene hacia nosotros! ¡Se está burlando de mí! ¡Sabe que no le puedo hacer nada!

Ned daba taconazos en el suelo y su mano se agitaba blandiendo un arpón imaginario.

—¿Estos cetáceos son tan grandes como los de los mares boreales?

—Más o menos.

—Es que yo he visto ballenas enormes, ballenas que medían hasta cien pies de largo. Incluso he oído decir que la *hullamock* y la *umgallick* de las islas Aleutianas superan a veces los ciento cincuenta pies.

—Eso me parece exagerado —respondí—. Estos animales no son más que balenópteros, provistos de aletas dorsales y, al igual que los cachalotes, generalmente son más pequeños que la ballena franca.

—¡Ah! —exclamó el canadiense, sin apartar la vista del océano—. ¡Se acerca, viene hacia el *Nautilus*!

Luego, retomando su conversación, dijo:

—Habla usted del cachalote como de un animal pequeño, pero se citan cachalotes gigantescos. Son cetáceos inteligentes. Se dice que algunos se cubren de algas y fucos y se les toma por islotes. Se acampa en ellos, se instala uno, se enciende un fuego...

—Se construyen casas —dijo Conseil.

—Usted ríase —respondió Ned Land—. Y un buen día el animal se sumerge y arrastra a todos sus habitantes al fondo del mar.

—Como en los viajes de Simbad el Marino —repliqué, riendo—. Ned, parece que le gustan las historias fantásticas. ¡Qué cachalotes los suyos! Espero que no se lo crea.

—Señor naturalista, de las ballenas hay que creérselo todo —respondió muy

serio el canadiense—. ¡Cómo nada aquella, cómo se sumerge! Se dice que estos animales pueden dar la vuelta al mundo en quince días.

—No digo que no.

—Pero lo que sin duda no sabe, señor Aronnax, es que en los albores del mundo las ballenas nadaban aún más rápido.

—¿De veras, Ned? ¿Y eso por qué?

—Porque entonces tenían la cola de través, como los peces, es decir, que la cola, comprimida verticalmente, batía el agua de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. Pero el Creador, al percatarse de que nadaban demasiado rápido, les torció la cola y desde entonces baten las olas de arriba abajo, lo que les resta velocidad.

—Ya, Ned, ¿y hay que creerle? —dije, retomando una expresión del canadiense.

—No demasiado —respondió—. No más que si le dijera que existen ballenas de trescientos pies de largo y cien mil libras de peso.

—Eso es mucho, en efecto. Sin embargo, hay que reconocer que algunos cetáceos adquieren un desarrollo considerable, puesto que, según se dice, dan hasta ciento veinte toneladas de aceite.

—Eso lo he visto yo —dijo el canadiense.

—Lo creo, Ned, como creo que hay ballenas que igualan en tamaño a cien elefantes. Considere el efecto producido por una masa semejante lanzada a toda velocidad.

—¿Es cierto que pueden hundir barcos? —preguntó Conseil.

—No lo creo —respondí—, pero se cuenta que en 1820, concretamente en los mares del sur, una ballena se lanzó contra el *Essex* y lo hizo recular a una velocidad de cuatro metros por segundo. Las olas entraron por la popa y el *Essex* se hundió casi inmediatamente.

Ned me miró con aire burlón y dijo.

—Yo recibí un coletazo de ballena, en mi bote, claro. Mis compañeros y yo salimos disparados a una altura de seis metros. Pero comparada con la ballena del profesor, la mía no era más que un ballenato.

—¿Estos animales viven muchos años? —preguntó Conseil.

—Mil años —respondió Ned Land sin vacilar.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque eso dicen.

—¿Y por qué lo dicen?

—Porque se sabe.

—No, Ned, no se sabe, se supone, basándose en el siguiente razonamiento: hace cuatrocientos años, cuando los pescadores empezaron a perseguir a las

ballenas, estos animales tenían un tamaño superior al que alcanzan hoy. Así, se supone, con bastante lógica, que la inferioridad de las ballenas actuales se debe a que no han tenido tiempo de completar su desarrollo. Por eso dijo Buffon que estos cetáceos podían e incluso debían vivir mil años. ¿Me está escuchando?

Pero Ned Land ya no oía ni escuchaba. La ballena seguía acercándose y él la devoraba con los ojos.

—¡No es una ballena! —exclamó—. ¡Son diez, veinte, una manada entera! ¡Y no poder hacer nada! ¡Estar atado de pies y manos!

—Ned, ¿por qué no pide al capitán Nemo permiso para cazarlas? —dijo Conseil.

Conseil no había acabado la frase cuando Ned Land se tiró por la escotilla y corrió en busca del capitán. Momentos después, ambos reaparecían en la plataforma.

El capitán Nemo observó la manada de cetáceos, que jugueteaba sobre las olas a una milla del *Nautilus*.

—Son ballenas australes —dijo—. Ahí hay una fortuna para toda una flota de balleneros.

—Y bien, señor —preguntó el canadiense—, ¿no podría darles caza, aunque sólo fuera para no olvidar mi antiguo oficio de arponeador?

—¿Para qué? —respondió el capitán Nemo—. ¿Cazar sólo por destruir? No necesitamos aceite de ballena a bordo.

—Pero en el mar Rojo nos dio permiso para perseguir a un dugón —dijo el canadiense.

—Se trataba de suministrar carne fresca a mi tripulación. Aquí sería matar por matar. Ya sé que es un privilegio reservado al hombre, pero no acepto esos pasatiempos sanguinarios. Destruyendo la ballena austral o la franca, señor Land, sus semejantes cometen un acto censurable. Ya las han exterminado de toda la bahía de Baffin y terminarán por aniquilar una clase de animales útiles. Conque deje en paz a esos pobres cetáceos. Ya tienen bastante con sus enemigos naturales, los cachalotes, los peces espada y los peces sierra, para que usted también se entrometa.

Es fácil imaginar la cara del canadiense ante esta lección de moral. Dar semejantes razones a un cazador era como predicar en el desierto. Ned Land miraba al capitán Nemo y era evidente que no comprendía lo que éste quería decirle. Pero el capitán tenía razón. El encarnizamiento bárbaro e irreflexivo de los pescadores hará desaparecer algún día la última ballena del océano.

Ned Land silbó entre dientes su «Yankee doodle», metió las manos en los bolsillos y nos dio la espalda.

El capitán Nemo observaba la manada de cetáceos y, dirigiéndose a mí, dijo:

—Tenía razón cuando decía que, sin contar al hombre, las ballenas ya tienen bastantes enemigos naturales. Éstas van a enfrentarse en breve a un duro rival. ¿Ve esos puntos negruzcos que se mueven a ocho millas a sotavento?

—Sí, capitán.

—Son cachalotes, animales terribles que he encontrado a veces en manadas de doscientos o trescientos. Esas bestias crueles y perniciosas sí merecen ser exterminadas.

El canadiense se volvió rápidamente al escuchar aquello.

—Pues bien, capitán —dijo—, todavía estamos a tiempo, en interés de las ballenas...

—Es inútil exponerse, profesor. El *Nautilus* bastará para dispersar a esos cachalotes. Está armado de un espolón de acero que, me imagino, vale tanto como el arpón del señor Land.

El canadiense no tuvo reparo en encogerse de hombros. ¡Atacar a los cetáceos a golpes de espolón! ¿Quién había oído algo semejante?

—Espere, señor Aronnax —dijo el capitán Nemo—. Le enseñaremos una caza que aún no conoce. No hay que tener piedad con esos crueles cetáceos. No son más que boca y dientes.

Boca y dientes. No se podía describir mejor al cachalote macrocéfalo, cuyo tamaño supera a veces los veinticinco metros. La enorme cabeza de este cetáceo ocupa casi un tercio de su cuerpo. Mejor armado que la ballena, cuya mandíbula superior está provista únicamente de barbas, cuenta con veinticinco grandes dientes de veinte centímetros, cilíndricos, cónicos en su vértice y que pesan dos libras cada uno. En la parte superior de su enorme cabeza, en grandes agujeros separados por cartílagos, contiene entre trescientos y cuatrocientos kilos de ese preciado aceite denominado «espuma de ballena». El cachalote es un animal poco agraciado, más renacuajo que pez, como dice Frédo. Está mal construido, «malogrado», por así decirlo, en la parte izquierda de su estructura y únicamente ve con el ojo derecho.

La monstruosa manada seguía acercándose. Había visto a las ballenas y se disponía a atacarlas. Se podía predecir la victoria de los cachalotes, no sólo porque están mejor conformados para el ataque que sus inofensivos adversarios, sino también porque pueden permanecer mucho tiempo bajo el agua sin subir a respirar a la superficie.

Era el momento de socorrer a las ballenas. El *Nautilus* se colocó entre dos aguas. Conseil, Ned y yo nos apostamos delante de los cristales del salón. El capitán Nemo se dirigió al timón para maniobrar su aparato como una máquina de destrucción. Pronto sentí que la hélice batía más aceleradamente y aumentaba nuestra velocidad.

Ya había comenzado el combate entre los cachalotes y las ballenas cuando llegó el *Nautilus*, que maniobró con la intención de dividir a la manada de macrocéfalos. Al principio, éstos se mostraron poco impresionados ante el nuevo monstruo que se sumaba a la batalla, pero enseguida tuvieron que protegerse de sus golpes.

¡Qué lucha! Hasta Ned Land acabó aplaudiendo entusiasmado. El *Nautilus* era un arpón formidable en manos de su capitán. Se lanzaba contra las masas carnosas atravesándolas de parte a parte y dejando a su paso las dos palpitantes mitades del animal. No sentía los formidables coletazos que golpeaban sus flancos ni los choques que causaba. Exterminado un cachalote, iba a por otro, virando allí mismo para no fallar la presa, avanzando o reculando, dócil al timón, sumergiéndose cuando el cetáceo se hundía en las capas profundas, subiendo con él cuando volvía a la superficie, golpeándolo de lleno o de lado, cortándolo o desgarrándolo y perforándolo con su terrible espolón en todas las direcciones y a todas las velocidades.

¡Qué carnicería! ¡Qué estruendo en la superficie del mar! ¡Qué agudos silbidos, qué gruñidos los de esos aterrorizados animales! En esas aguas por lo general tan tranquilas, sus coletazos formaban auténticas marejadas.

Una hora duró la homérica masacre, de la que los macrocéfalos no podían escapar. En varias ocasiones, un grupo de diez o doce intentó aplastar al *Nautilus* con sus corpachones. Por el cristal se veían sus ojos formidables y sus enormes bocas tachonadas de dientes. Ned Land, incapaz de controlarse por más tiempo, los amenazaba e insultaba. Sentíamos que se aferraban a nuestro aparato como perros mordiendo a un jabato en la espesura. Pero el *Nautilus*, forzando su hélice, los llevaba, arrastraba o devolvía a la superficie del agua sin preocuparse ni de su enorme peso ni de su poderoso abrazo.

Finalmente, la masa de cachalotes fue clareando. Las aguas recobraron la calma y sentí que emergíamos de nuevo a la superficie. Se abrió la escotilla y nos precipitamos a la plataforma.

El mar se hallaba cubierto de cadáveres mutilados. Una explosión formidable no hubiera dividido, desgarrado o descuartizado con mayor violencia aquellas masas carnosas. Flotábamos entre cuerpos gigantescos, de lomo azulado, vientre blancuzco y abultados con enormes protuberancias. Unos cachalotes espantados huían a lo lejos. Las aguas se hallaban teñidas de rojo en un espacio de varias millas y el *Nautilus* flotaba en un mar de sangre.

El capitán Nemo se unió a nosotros y dijo:

—¿Qué le ha parecido, señor Land?

—Un terrible espectáculo, en efecto —respondió el canadiense, menos entusiasmado que antes—. Pero yo no soy carnicero, sino cazador, y esto no es más

que una carnicería.

—Es una matanza de alimañas —respondió el capitán—, y el *Nautilus* no es un cuchillo de carnicero.

—Prefiero mi arpón —replicó el canadiense.

—A cada cual su arma —dijo el capitán, mirando fijamente a Ned Land.

Temí que éste se dejara arrastrar a un acto violento que hubiera tenido consecuencias deplorables, pero su cólera se distrajo a la vista de una ballena a la que el *Nautilus* se acercaba en ese momento. El animal no había podido librarse de los dientes de los cachalotes. Reconocí a la ballena austral, de cabeza hundida y completamente negra. Anatómicamente se distingue de la ballena blanca y de la Nord Caper por tener siete vértebras cervicales soldadas y dos costillas más que sus congéneres. El infortunado cetáceo, tumbado sobre un costado y con el vientre lleno de mordiscos, estaba muerto. Del extremo de su aleta mutilada colgaba todavía un pequeño ballenato al que no había podido salvar de la masacre. Por su boca abierta corría el agua, que murmuraba como la resaca a través de sus barbas.

El capitán Nemo condujo el *Nautilus* junto al cadáver del animal. Dos de sus hombres subieron al costado de la ballena y, no sin asombro, vi que extraían de sus mamas toda la leche que contenían, dos o tres toneladas, aproximadamente.

El capitán me ofreció una taza de aquella leche todavía caliente y no pude disimular mi repugnancia ante ese brebaje. Él me aseguró que esa leche era excelente y que no se diferenciaba en nada de la de vaca. La probé y tuve que darle la razón.

Para nosotros esa leche era un reserva muy útil, pues, en forma de mantequilla salada o de queso, aportaría una agradable variedad a nuestra dieta.

Desde aquel día, observé con inquietud que la actitud de Ned Land hacia el capitán Nemo era cada vez más negativa, y decidí vigilar de cerca los comportamientos y gestos del canadiense.

XIII

LA BANQUISA

El *Nautilus* había retomado su imperturbable rumbo hacia el sur y seguía el meridiano 50 a una velocidad considerable. ¿Quería llegar al Polo? No lo creía, pues hasta entonces todas las tentativas por alcanzar ese punto del globo habían fracasado. Por otra parte, la estación estaba bastante avanzada, puesto que el 13 de marzo de las tierras árticas corresponde al 13 de septiembre de las regiones boreales, que abre el periodo equinoccial.

El 14 de marzo vi hielos flotantes a 55° de latitud, simples despojos blancuzcos de veinte o veinticinco pies de altura que formaban escollos contra los que rompía el mar. El *Nautilus* se mantenía en la superficie del océano. Tras haber pescado en los mares árticos, Ned Land estaba familiarizado con el espectáculo de los icebergs, pero Conseil y yo lo contemplábamos por primera vez.

A lo lejos, al sur, se extendía en la atmósfera una franja blanca y resplandeciente. Los balleneros la han denominado *ice-blinck*. Ni las nubes más espesas logran oscurecer esta banda luminosa, que anuncia la presencia de un *pack* o banco de hielo.

En efecto, pronto aparecieron bloques más grandes, cuyo resplandor se modificaba a capricho de la bruma. Algunas de esas masas mostraban vetas verdes, como si el sulfato de cobre hubiera trazado sus líneas onduladas, y otras, semejantes a enormes amatistas, se dejaban penetrar por la luz. Éstas hacían reverberar los rayos solares sobre las mil caras de sus cristales, y aquéllas, matizadas con los vivos reflejos de lo calcáreo, habrían bastado para construir una ciudad entera de mármol.

Los islotes flotantes aumentaban en número y tamaño a medida que avanzábamos hacia el sur. Los pájaros polares anidaban en ellos por millares. Eran petreles, damieros o pardelas, que nos ensordecían con sus gritos. Algunos, tomando al *Nautilus* por el cadáver de una ballena, se posaban en él y picoteaban su plancha sonora.

Durante la navegación entre los hielos, el capitán Nemo se mantuvo a menudo en la plataforma, observando atentamente esos parajes desiertos. Yo a veces veía animarse su mirada serena. ¿Se decía a sí mismo que en esos mares polares vedados al hombre él se hallaba en su terreno, señor de aquellos espacios infranqueables? Tal vez. No hablaba ni se movía, y sólo volvía en sí cuando prevalecían sus instintos de piloto. Gobernaba entonces el *Nautilus* con pericia

consumada, evitaba hábilmente chocar con las masas de hielo, algunas de las cuales medían varias millas de largo y entre setenta y ochenta metros de alto. A menudo el horizonte parecía completamente cerrado. A la altura del grado 60 de latitud había desaparecido cualquier paso. Pero el capitán Nemo, buscando con cuidado, no tardaba en encontrar alguna estrecha abertura por la que se deslizaba audazmente, sabiendo, no obstante, que se cerraría tras él.

Así fue como el *Nautilus*, guiado por mano tan hábil, superó todos los hielos, clasificados, según su forma o tamaño, con una precisión que encantaba a Conseil: icebergs o montañas, *ice-fields* o campos unidos e ilimitados, *drift-ice* o hielos flotantes, *packs* o campos fracturados, llamados *palchs* cuando son circulares y *streams* cuando están compuestos por bloques alargados.

La temperatura era bastante baja. El termómetro, expuesto al aire exterior, marcaba de dos a tres grados bajo cero, pero estábamos bien abrigados con pieles costeadas por las focas y los osos marinos. El interior del *Nautilus*, caldeado regularmente por sus aparatos eléctricos, desafiaba los fríos más intensos. Por otra parte, le hubiera bastado con sumergirse unos cuantos metros para encontrar una temperatura soportable.

Dos meses antes habríamos gozado en esas latitudes de un día perpetuo, pero ya la noche caía durante tres o cuatro horas y, más tarde, arrojaría seis meses de oscuridad sobre aquellas regiones circumpolares.

El 15 de marzo superamos la latitud de las islas New Shetland y Orkney del Sur. El capitán me dijo que antaño numerosas colonias de focas habitaban aquellas tierras, pero los balleneros ingleses y americanos, en su furia destructora, al matar a los adultos y a las hembras preñadas habían dejado tras de sí el silencio de la muerte donde antes reinaba la animación de la vida.

El 16 de marzo, hacia las ocho de la mañana, el *Nautilus*, siguiendo el meridiano 55, atravesó el Círculo Polar Antártico. Los hielos nos rodeaban por doquier y cerraban el horizonte, pero el capitán Nemo navegaba de un paso a otro, siempre hacia delante.

—Pero ¿adónde va? —pregunté.

—Hacia adelante —respondió Conseil—. Después de todo, cuando ya no pueda ir más lejos se detendrá.

—No me atrevería a jurarlo —respondí.

Para ser sincero, confesaré que la aventurada excursión no me desagradaba. No sabría expresar hasta qué punto me maravillaba la belleza de esas nuevas regiones. Los hielos adoptaban formas soberbias. Aquí, su conjunto formaba una ciudad oriental, con sus minaretes y sus incontables mezquitas. Allá, una ciudad derruida y como desmoronada por un temblor de tierra. Aspectos constantemente variados por los oblicuos rayos del sol, o perdidos en las brumas grises entre los vendavales de

nieve. Y, por todas partes, detonaciones, avalanchas y grandes desprendimientos de icebergs que cambiaban el decorado como el paisaje de un diorama.

Si el *Nautilus* se hallaba sumergido cuando se rompían tales equilibrios, el ruido se propagaba bajo el agua con espantosa intensidad y el derrumbamiento de las masas creaba terribles remolinos hasta en las capas profundas del océano. Entonces el *Nautilus* se balanceaba y cabeceaba como un barco abandonado a la furia de los elementos.

A menudo, al no ver ninguna salida, yo pensaba que estábamos definitivamente encerrados, pero el capitán Nemo, guiado por su instinto, descubría nuevos pasos al menor indicio. Nunca se equivocaba al observar los finos regueros de agua azulada que surcaban los *ice-fields*. Por eso yo no dudaba de que él ya había aventurado el *Nautilus* por los mares antárticos.

Sin embargo, ese día los campos de hielo nos cerraron completamente el camino. No era aún la banquisa, sino vastos *ice-fields* cimentados por el frío. Ese obstáculo no podía detener al capitán Nemo, que se lanzó contra él con terrible violencia. El *Nautilus* penetraba como un troquel en la masa friable, dividiéndola entre espantosos crujidos. Era el antiguo ariete propulsado por una potencia infinita. Los trozos de hielo, proyectados a gran altura, volvían a caer en forma de granizo a nuestro alrededor. Nuestro aparato abría un canal por su sola fuerza de propulsión. A veces, llevado por su impulso, subía al bloque de hielo y lo aplastaba bajo su peso, o, momentáneamente engullido por la masa helada, la dividía con un simple movimiento de cabeceo que producía grandes desgarraduras.

Fuertes aguaceros nos azotaron aquellos días y, debido a las brumas espesas, no habiéramos podido vernos de un extremo a otro de la plataforma. El viento cambiaba bruscamente de dirección. La nieve se acumulaba en capas tan duras que había que romperla a golpe de pico. Sometido a una temperatura de cinco grados bajo cero, el exterior del *Nautilus* se cubría de hielo. No se habría podido maniobrar un aparejo, pues los extremos de los cabos se hubiesen enganchado en el cuello de las poleas. Sólo un barco sin velas y movido por un motor eléctrico que no necesitara carbón podría afrontar tan altas latitudes.

En esas condiciones, el barómetro se mantuvo generalmente muy bajo y cayó incluso hasta los $73^{\circ} 5'$. Las indicaciones de la brújula no ofrecían ya ninguna garantía y sus agujas, enloquecidas, marcaban direcciones contradictorias al acercarse al polo magnético meridional, que no hay que confundir con el sur del planeta. En efecto, según Hansten, dicho polo está situado a unos 70° de latitud y a 130° de longitud o, de acuerdo con las observaciones de Duperrey, a 135° de longitud y a $70^{\circ} 30'$ de latitud. Así pues, había que realizar numerosas observaciones en los compases situados en diferentes partes del barco y hacer la media. Pero a menudo se determinaba por aproximación la ruta recorrida, método

poco fiable entre aquellos pasajes sinuosos cuyos puntos de referencia cambian sin cesar.

Finalmente, el 18 de marzo, tras veinte asaltos inútiles, el *Nautilus* quedó definitivamente inmovilizado. Ya no eran *streams*, ni *palchs* ni *ice-fields*, sino una interminable e inmóvil barrera formada por montañas unidas entre sí.

—¡La banquisa! —dijo el canadiense.

Comprendí que para Ned Land, como para todos los navegantes que nos habían precedido, aquél era el obstáculo infranqueable. El capitán Nemo, aprovechando que el sol salió un instante a mediodía, pudo determinar con bastante exactitud nuestra posición, que era de 51° 30' de longitud y 67° 39' de latitud meridional, un punto muy avanzado de las regiones antárticas.

Del mar, de su superficie líquida, no quedaba el menor rastro. Bajo el espolón del *Nautilus* se extendía una vasta llanura agitada, abarrotada de bloques confusos, con el desorden caprichoso que caracteriza la superficie de un río poco antes del deshielo, pero en proporciones gigantescas. Aquí y allá, picos agudos, finas agujas que se elevaban a alturas de hasta doscientos metros; más lejos, una serie de acantilados tallados a pico y revestidos de tintes grisáceos, enormes espejos que reflejaban algunos rayos de sol medio ahogados en las brumas. Y en aquella naturaleza desolada, un silencio salvaje, apenas roto por el aleteo de los petreles o las pardelas. Todo, hasta el ruido, estaba congelado.

Así pues, el *Nautilus* tuvo que detener su audaz incursión por los campos de hielo.

—Señor —me dijo aquel día Ned Land—, si su capitán sigue avanzando...

—¿Qué?

—Será un héroe.

—¿Por qué, Ned?

—Porque nadie puede franquear la banquisa. Él es poderoso pero, por todos los diablos, no más que la naturaleza, y donde esta pone límites hay que detenerse, se quiera o no.

—Sí, Ned, y, sin embargo, me habría gustado saber qué hay detrás de la banquisa. No hay nada que me irrite más que un muro.

—El señor tiene razón —dijo Conseil—. Los muros sólo se han inventado para exasperar a los sabios. No debería haber muros en ninguna parte.

—¡Bah! —exclamó el canadiense—. Ya sabemos lo que hay detrás de la banquisa.

—¿Qué hay? —le pregunté.

—Hielo y más hielo.

—Usted está seguro, Ned, pero yo no. Por eso me gustaría ir a verlo.

—Pues bien, profesor —respondió el canadiense—, renuncie a esa idea. Ha

llegado hasta la banquisa, lo que ya es bastante, y no irá más allá, como tampoco su capitán Nemo, ni su *Nautilus*. Lo quiera él o no, regresamos al norte, es decir, a los países de gente civilizada.

Debo reconocer que Ned Land tenía razón y, mientras los barcos no estén hechos para navegar sobre los campos de hielo, tendrán que detenerse ante la banquisa.

En efecto, pese a sus esfuerzos y a los poderosos medios empleados para romper los hielos, el *Nautilus* se vio reducido a la inmovilidad. Normalmente, quien no puede ir más lejos siempre tiene la opción de volver sobre sus pasos. Pero allí retroceder era tan imposible como avanzar, pues los pasos se habían cerrado tras de nosotros y, por poco que nuestro aparato permaneciera parado, no tardaría en quedar bloqueado. Eso fue lo que ocurrió hacia las dos de la tarde, cuando empezaron a formarse los primeros hielos sobre sus costados con sorprendente rapidez. Tuve que admitir que el comportamiento del capitán Nemo era más que imprudente.

En ese momento me hallaba en la plataforma. El capitán, que observaba la situación desde hacía algunos instantes, me dijo:

—¿Qué opina, profesor?

—Creo que estamos atrapados, capitán.

—¡Atrapados! ¿Por qué piensa eso?

—Porque no podemos ir hacia adelante ni hacia atrás ni a ningún lado. Esto, creo yo, es lo que se llama «estar atrapados», al menos en los continentes habitados.

—Entonces, señor Aronnax, usted cree que el *Nautilus* no podrá liberarse.

—Difícilmente, capitán, pues la estación está demasiado avanzada para contar con el deshielo de las placas.

—Ay, profesor, nunca cambiará —respondió, irónico, el capitán Nemo—. Sólo ve trabas y obstáculos. Pues yo le digo que el *Nautilus* no sólo se liberará, sino que irá aún más lejos.

—¿Más al sur? —pregunté, mirando al capitán.

—Sí, señor. Al Polo.

—¡Al Polo! —exclamé, sin poder reprimir un gesto de incredulidad.

—Sí —respondió fríamente el capitán—, al Polo Antártico, a ese punto desconocido donde se cruzan todos los meridianos del globo. Ya sabe que con el *Nautilus* hago lo que quiero.

Sí, lo sabía. Sabía que él era un hombre audaz hasta la temeridad, pero, vencer los obstáculos que infestan el Polo Sur, más inaccesible que ese Polo Norte aún no alcanzado por los más intrépidos navegantes, ¿no era una empresa absolutamente insensata, que sólo la mente de un loco podía concebir?

Se me ocurrió preguntar al capitán Nemo si ya había visto ese Polo nunca pisado por ningún ser humano.

—No, señor —me respondió—. Lo descubriremos juntos. Allí donde otros han fracasado yo no fracasaré. Nunca he llevado mi *Nautilus* tan lejos por los mares australes, pero, se lo repito, irá aún más lejos.

—Quiero creerle, capitán, y le creo —le dije, con tono un tanto irónico—. ¡Adelante! ¡No hay obstáculos que puedan detenernos! ¡Rompe el banco de hielo! Hagámoslo saltar y, si resiste, demos alas al *Nautilus* para que pase por encima.

—¿Por encima, profesor? —respondió tranquilamente el capitán Nemo—. Más bien por debajo.

—¡Por debajo! —exclamé.

La súbita revelación de los planes del capitán Nemo acababa de iluminar mi mente, y comprendí que las maravillosas cualidades del *Nautilus* iban a servirle nuevamente en su sobrehumana empresa.

—Veo que empezamos a entendernos, profesor —dijo el capitán, con una media sonrisa—. Ya vislumbra la posibilidad (yo diría el éxito) de esta tentativa. Lo que es impracticable con un barco común resulta fácil con el *Nautilus*. Si un continente emerge en el Polo, se detendrá ante ese continente, pero si, por el contrario, está bañado por el mar libre, irá hasta el mismo Polo.

—Cierto —dije, siguiendo el razonamiento del capitán—. Si la superficie del mar se halla solidificada por los hielos, sus capas inferiores están libres, por esa razón providencial que ha puesto en un grado superior al de la congelación el máximo de densidad del agua marina. Si no me equivoco, la relación entre la parte sumergida y parte emergida de la banquisa es de cuatro a uno, ¿no?

—Poco más o menos, profesor. Por cada pie que los icebergs sobresalen del mar, hay tres por debajo. Pues bien, puesto que estas montañas de hielo no superan los cien metros de altura, no tienen más de trescientos metros sumergidos. ¿Y qué son trescientos metros para el *Nautilus*?

—Nada.

—Incluso podrá ir a buscar a más profundidad la temperatura uniforme de las aguas marinas, y allí desafiaremos impunemente los treinta o cuarenta grados de frío de la superficie.

—Cierto, muy cierto —respondí, animándome.

—La única dificultad —prosiguió el capitán— será permanecer varios días sumergidos sin renovar nuestra reserva de aire.

—¿Y eso es todo? —repliqué—. El *Nautilus* tiene grandes depósitos. Los llenaremos y nos proporcionarán todo el oxígeno que necesitemos.

—Bien pensado, señor Aronnax —respondió sonriendo el capitán—. Pero,

para que no pueda acusarme de temerario, le planteo de antemano todas mis objeciones.

—¿Tiene alguna más?

—Sólo una. Si hay mar en el Polo Sur, es posible que esté completamente congelado y, por lo tanto, que no podamos subir a su superficie.

—Olvida usted que el *Nautilus* está armado con un temible espolón. ¿Acaso no podríamos lanzarlo diagonalmente contra los campos de hielo, que se abrirían por el impacto?

—Vaya, profesor, veo que hoy no le faltan ideas.

—Además —añadí, con más entusiasmo si cabe—, ¿por qué no habríamos de encontrar mar libre en el Polo Sur, igual que en el Polo Norte? Los polos del frío y los polos terrestres no coinciden ni en el hemisferio austral ni en el boreal y, hasta que se demuestre lo contrario, debemos suponer la existencia de un continente o de un océano libre de hielo en esos dos puntos de la superficie.

—Yo también lo creo, señor Aronnax —respondió el capitán Nemo—. Únicamente le hago notar que, tras haber hecho tantas objeciones a mi plan, ahora me abrumba con argumentos a favor.

El capitán tenía razón. ¡Había llegado a superarle en audacia! Era yo quien lo arrastraba al Polo. Lo adelantaba y le dejaba atrás... Pero no, ¡pobre ingenuo! El capitán Nemo sabía mejor que tú los pros y los contras de aquello y se divertía viéndote arrastrado a las fantasías de lo imposible.

Entre tanto, no había perdido un instante. A una señal suya apareció el segundo. Ambos intercambiaron unas palabras en su incomprensible lengua y, fuera porque el segundo había sido advertido previamente o porque el plan le pareció realizable, no mostró sorpresa alguna. Pero por impasible que fuese, no lo fue tanto como Conseil cuando le anuncié nuestra intención de avanzar hasta el Polo Sur. Recibió la noticia con un «como guste el señor», y eso fue todo. En cuanto a Ned Land, nunca he visto un encogimiento de hombros como el del canadiense.

—Mire, señor, usted y su capitán me dan lástima.

—Pero iremos al Polo, Ned.

—Es posible, pero no regresarán.

Y Ned Land se metió de nuevo en su camarote, «para no hacer una locura», como me dijo al salir.

Los preparativos de la audaz empresa acababan de empezar. Las poderosas bombas del *Nautilus* comprimían el aire en los depósitos y lo almacenaban a una presión muy alta. Hacia las cuatro, el capitán me anunció que iban a cerrarse las escotillas de la plataforma. Eché un último vistazo a la espesa banquisa que íbamos a franquear. El tiempo estaba despejado, la atmósfera bastante pura y hacía mucho frío, doce grados bajo cero, pero, al haber amainado el viento, la

temperatura no resultaba insoportable.

Una decena de hombres subió a los costados del *Nautilus* y, armados con picos, rompieron el hielo acumulado en su carena, que pronto quedó libre. La operación se ejecutó rápidamente, pues la primera capa de hielo aún era fina. Nos metimos en el barco. Los depósitos habituales se llenaron del agua que se había mantenido líquida en la flotación y el *Nautilus* no tardó en sumergirse.

Me situé en el salón junto a Conseil. Contemplábamos a través del cristal las capas inferiores del océano austral. El termómetro iba subiendo y la aguja del manómetro se desviaba sobre el cuadrante.

A unos trescientos metros, tal como había previsto el capitán Nemo, flotábamos ya bajo la superficie ondulada de la banquisa. Pero el *Nautilus* se sumergió aún más, hasta alcanzar una profundidad de ochocientos metros. La temperatura del agua, de doce grados en la superficie, allí no superaba los once. Ya se habían ganado dos grados. No hará falta decir que la temperatura del *Nautilus*, elevada por sus aparatos de calefacción, se mantenía mucho más alta, y todas las maniobras se ejecutaban con extraordinaria precisión.

—Pasaremos —dijo Conseil.

—Cuento con ello —respondí con profunda convicción.

Bajo el mar libre, el *Nautilus* había tomado directamente el camino del Polo, sin apartarse del meridiano 52. De 67° 30' a 90° quedaban veintidós grados y medio por recorrer, es decir, poco más de quinientas leguas. El *Nautilus* adoptó una velocidad media de veintiséis millas por hora, la misma que un tren expreso. De mantenerla, le bastarían cuarenta horas para llegar al Polo.

La novedad de la situación nos mantuvo a Conseil y a mí frente al cristal del salón durante buena parte de la noche. El mar, iluminado por la irradiación eléctrica del fanal, parecía desierto. Los peces no permanecían en esas aguas prisioneras en las que sólo encontraban un paso del océano Antártico al mar libre del Polo. Avanzábamos con rapidez, a juzgar por los temblores del largo casco de acero.

Hacia las dos de la mañana fui a tomarme unas horas de descanso. Conseil hizo lo propio. Al atravesar las crujías no encontré al capitán Nemo y supuse que seguía en la cabina del timonel.

Al día siguiente, 19 de marzo, a las cinco de la mañana, volví a mi puesto en el salón. La corredera eléctrica me indicó que se había reducido la velocidad del *Nautilus*, que en ese momento estaba subiendo a la superficie, pero con prudencia, vaciando lentamente sus depósitos.

El corazón me latía con fuerza. ¿Emergeríamos para encontrar la atmósfera libre del Polo?

No. Un choque me indicó que el *Nautilus* había golpeado la superficie inferior

de la banquisa, todavía muy espesa, a juzgar por el ruido sordo que produjo. En efecto, la habíamos «tocado», por emplear la expresión marina, pero en sentido inverso y a mil pies de profundidad, lo que suponía que había dos mil pies de hielo por encima de nosotros, mil de ellos sobre la superficie del agua. Por lo tanto, la banquisa tenía una altura superior a la que habíamos calculado en sus bordes, circunstancia esta poco tranquilizadora.



Durante aquel día, el *Nautilus* repitió varias veces el mismo experimento, y siempre terminaba por chocar contra la muralla que hacía de techo. En algunos momentos la encontró a novecientos metros, lo que indicaba mil doscientos metros de espesor, doscientos de los cuales se elevaban sobre la superficie del océano, el doble de su altura en el momento en que el *Nautilus* se había sumergido.

Anoté cuidadosamente las diversas profundidades y obtuve así el perfil submarino de la cordillera que se extendía bajo las aguas.

Por la noche no se había producido ningún cambio en nuestra situación. El mismo hielo entre cuatrocientos y quinientos metros de profundidad. La disminución era evidente, pero ¡qué espesor aún entre nosotros y la superficie del océano!

Eran las ocho, y hacía cuatro horas ya que debería haberse renovado el aire en el interior del *Nautilus*, según la rutina diaria a bordo. Sin embargo, yo no sufría demasiado, aunque el capitán Nemo aún no hubiera pedido a sus depósitos un suplemento de oxígeno.

Dormí mal aquella noche. Asaltado alternativamente por el miedo y la esperanza, me levanté varias veces. Los tanteos del *Nautilus* continuaron. Hacia las tres de la mañana, observé que la superficie inferior de la banquisa se hallaba solamente a cincuenta metros de profundidad. Así pues, cincuenta pies nos separaban de la superficie. La banquisa se convertía nuevamente en un *ice-field* y la montaña en una llanura.

Yo no apartaba la vista del manómetro. Continuábamos ascendiendo, siguiendo por una diagonal la superficie resplandeciente que brillaba bajo los rayos eléctricos. La banquisa se rebajaba por arriba y por abajo en rampas alargadas y se iba reduciendo de milla en milla.

Finalmente, a las seis de la mañana de aquel memorable 19 de marzo, se abrió la puerta del salón y apareció el capitán Nemo.

—¡Mar libre! —me dijo.

XIV

EL POLO SUR

Subí corriendo a la plataforma. ¡Sí! Mar libre. Apenas algunos témpanos dispersos e icebergs inmóviles. A lo lejos, el ancho mar. Un sinfín de pájaros en el aire y miríadas de peces bajo las aguas que, según el fondo, variaban del azul intenso al verde oliva. El termómetro marcaba tres grados sobre cero. Era casi como una primavera encerrada tras el banco de hielo, cuyas masas lejanas se perfilaban en el horizonte del norte.

—¿Estamos en el Polo? —pregunté al capitán, con el corazón palpitante.

—Lo ignoro —me respondió—. A mediodía fijaremos la posición.

—Pero ¿el sol asomará a través de las brumas? —dije, mirando el cielo gris.

—Por poco que asome me bastará —respondió el capitán.

A diez millas del *Nautilus*, hacia el sur, un islote solitario se elevaba a una altura de doscientos metros. Hacia él nos dirigíamos, pero con prudencia, pues el mar podía estar sembrado de escollos.

Una hora más tarde habíamos llegado al islote y al cabo de otra hora lo habíamos rodeado. Medía de cuatro a cinco millas de circunferencia. Un estrecho canal lo separaba de una extensión de tierra considerable, tal vez un continente, del que no alcanzábamos a ver los límites. La existencia de aquella masa de tierra parecía confirmar las hipótesis de Maury. El ingenioso americano ha señalado que entre el Polo Sur y el paralelo 60 el mar está cubierto de témpanos de dimensiones enormes que nunca se ven en el Atlántico Norte. Esto le ha llevado a concluir que el círculo antártico contiene grandes masas de tierra, puesto que los icebergs no pueden formarse en alta mar, sino sólo cerca de las costas. Según sus cálculos, la masa de hielo que envuelve al Polo forma un vasto casquete cuya anchura debe de alcanzar los cuatro mil kilómetros.

Sin embargo, el *Nautilus*, por temor a encallar, se había detenido a tres cables de un arenal dominado por un soberbio conglomerado de rocas. Se botó la canoa y en ella embarcamos el capitán, dos de sus hombres, encargados de llevar los instrumentos, Conseil y yo. Eran las diez de la mañana y yo no había visto a Ned Land. Sin duda el canadiense no quería retractarse de sus palabras a la vista del Polo Sur.

Unos cuantos golpes de remo llevaron el bote hasta la orilla, donde encalló. Cuando Conseil se disponía a saltar a tierra, lo retuve y, dirigiéndome al capitán Nemo, dije:

—A usted corresponde el honor de ser el primero en pisar esta tierra.

—Sí, señor —respondió—, y, si no dudo en pisar este suelo, es porque ningún humano ha dejado aquí la huella de sus pasos.

Dicho lo cual, saltó ágilmente sobre la arena. Una intensa emoción hacía que su corazón latiera con más fuerza. Trepó por una roca que sobresalía sobre un pequeño promontorio y allí, con los brazos cruzados, la mirada ardiente, inmóvil, mudo, pareció tomar posesión de aquellas regiones australes y, tras aquel éxtasis que duró cinco minutos, se volvió hacia nosotros.

—Cuando quiera —me gritó.

Desembarqué, seguido de Conseil, dejando a los dos hombres en el bote.

El suelo mostraba una toba rojiza sobre un espacio alargado, como si fuera de terracota. Escorias, ríos de lava y piedras pómez lo cubrían, delatando su origen volcánico. En ciertos lugares, ligeras fumarolas que desprendían un olor sulfuroso indicaban que los fuegos interiores seguían conservando su potencia expansiva. Sin embargo, tras haber escalado un alto repecho, no vi ningún volcán en un radio de varias millas. Se sabe que en estas regiones antárticas James Ross encontró los cráteres del Erebus y del Terror en plena actividad en el meridiano 167 y a 77° 32' de latitud.

La vegetación de aquel continente desolado me pareció muy limitada. Algunos líquenes de la especie *usnea melanoxantha* se extendían sobre las negras rocas. Ciertas plántulas microscópicas, diatomeas rudimentarias, como celdas dispuestas entre dos conchas de cuarzo, largos fucos de colores púrpura y carmesí, sustentados sobre pequeñas vejigas natatorias y arrojados a la costa por la resaca, componían la escasa flora de la región.

La orilla estaba sembrada de moluscos, de pequeños mejillones, de lapas, de berberechos lisos en forma de corazones y particularmente de clíos de cuerpo oblongo y membranoso, cuya cabeza está formada por dos lóbulos redondeados. Ví también infinidad de clíos boreales de tres centímetros de largo, que la ballena engulle por millares en cada bocado. Estos encantadores pterópodos, auténticas mariposas de mar, animaban las aguas libres en el borde de la orilla.

Entre otros zoófitos aparecieron en las aguas superficiales algunas de esas arborescencias coralígenas que, según James Ross, viven en los mares antárticos hasta a mil metros de profundidad; pequeños alciones pertenecientes a la especie *procellaria pelagica*, así como un gran número de asterias típicas de esos climas y estrellas de mar que constelaban el suelo.



Pero era en el aire donde la vida proliferaba. Allí volaban y revoloteaban por millares pájaros de especies variadas que nos ensordecían con sus gritos. Otros, que abarrotaban las rocas, nos miraban pasar sin ningún miedo y nos seguían en manada con total confianza. Eran pingüinos, tan ágiles y flexibles en el agua, donde a veces se les ha confundido con veloces bonitos, como torpes y pesados en tierra. Lanzaban gritos extravagantes y formaban asambleas numerosas, sobrios en gestos

pero pródigos en clamores.

Entre las aves, vi chionis, de la familia de las zancudas, gruesas como palomas, de color blanco, pico corto y cónico y el ojo enmarcado en un círculo rojo. Conseil y yo nos hicimos con una buena provisión de estas aves, pues, convenientemente aderezadas, constituyen un plato agradable. Por el aire pasaban albatros fuliginosos de cuatro metros de envergadura, llamados con toda justicia los buitres del océano; petreles gigantes, entre ellos los quebrantahuesos, de alas arqueadas, que son grandes devoradores de focas; damieros, especie de patos pequeños de lomo negro y blanco; y, por último, toda una serie de petreles, unos azules y típicos de los mares antárticos y otros blancos, de alas ribeteadas de oscuro, «tan aceitosos», le expliqué a Conseil, «que a los habitantes de las islas Feroe les basta con ponerles una mecha antes de encenderlos».

—Un poco más —respondió Conseil— y serían lámparas perfectas. Pero no se puede exigir a la naturaleza que además los dote de una mecha.

Media milla después el suelo pareció acribillado de nidos de pájaros bobo, como madrigueras excavadas para la puesta de los huevos, de las que escapaban numerosos pájaros. El capitán ordenó cazar más tarde algunos cientos, pues su negra carne es comestible. Lanzaban gritos que parecían rebuznos. Estos animales, del tamaño de una oca, cuerpo pizarroso, blancos por abajo y con un ribete amarillo a modo de corbata, se dejaban matar a pedradas sin intentar escapar.

La bruma no se disipaba y a las once el sol aún no había aparecido. Su ausencia no dejaba de inquietarme, pues sin él no había observación posible. ¿Cómo determinar entonces si habíamos llegado al Polo?

Cuando volví junto al capitán Nemo, lo encontré callado, acodado en una roca y mirando al cielo. Parecía impaciente y contrariado. Pero ¿qué se podía hacer? Aquel hombre audaz y poderoso no mandaba sobre el sol como sobre el mar.

Llegó el mediodía sin que el sol asomara ni un instante. Ni siquiera se podía distinguir el lugar que ocupaba tras la cortina de bruma, que pronto se convirtió en nieve.

—Hasta mañana —me dijo simplemente el capitán, y regresamos al *Nautilus* entre los torbellinos de la atmósfera.

Durante nuestra ausencia se habían echado las redes, y observé con interés los peces que acababan de subir a bordo. Los mares atlánticos sirven de refugio a gran cantidad de peces migratorios que huyen de las tempestades de las zonas menos elevadas para terminar, es cierto, en las fauces de las marsopas y las focas. Reconocí algunos cétidos australes de un decímetro de largo, especie de cartilaginosos blancos atravesados por bandas amarillentas y armados de aguijones; quimeras antárticas de tres pies de longitud, cuerpo alargado, piel blanca, plateada y lisa, cabeza redondeada, con el dorso provisto de tres aletas natatorias y el

hocico terminado en una trompa que se curva hacia la boca. Probé su carne, pero la encontré insípida, contra la opinión de Conseil, a quien le satisfizo.

La tempestad de nieve duró hasta el día siguiente y era imposible permanecer en la plataforma. Desde el salón, donde yo anotaba los incidentes de la excursión al continente polar, escuchaba los gritos de los petreles y los albatros, que se burlaban de la tormenta. El *Nautilus* no permaneció inmóvil y, siguiendo la costa, avanzó doce millas más hacia el sur entre la difusa claridad que dejaba el sol al bordear el horizonte.

Al día siguiente, 20 de marzo, había dejado de nevar y el frío era un poco más intenso. El termómetro marcaba dos grados bajo cero. La niebla se levantó y esperé que aquel día pudiera efectuarse nuestra observación.

Puesto que el capitán Nemo aún no había aparecido, el bote nos dejó en tierra a Conseil y a mí. La naturaleza del suelo seguía siendo volcánica. Por todas partes, restos de lava, de escorias y basaltos, sin que yo viese el cráter que los había vomitado. Allí, como en el lugar precedente, un sinfín de pájaros animaba esa parte del continente polar. Pero ese imperio lo compartían con grandes manadas de mamíferos marinos que nos miraban con sus mansos ojos. Eran focas de especies diversas; unas tumbadas en el suelo, otras echadas sobre témpanos a la deriva y varias entrando o saliendo del mar. No huían cuando nos acercábamos, pues nunca habían visto al hombre, y calculé que allí había suficientes para aprovisionar varios centenares de barcos.

—Menos mal que Ned Land no nos ha acompañado —dijo Conseil.

—¿Por qué?

—Porque ese cazador empedernido no hubiera dejado un animal vivo.

—Eso es mucho decir, pero es cierto que no habríamos podido impedir a nuestro amigo canadiense arponear algunos de esos magníficos cetáceos, lo que hubiera disgustado al capitán Nemo, que no vierte inútilmente la sangre de animales inofensivos.

—Y tiene razón.

—Desde luego. Pero, dime, ¿ya has clasificado estos soberbios ejemplares de la fauna marina?

—El señor sabe que la práctica no se me da bien. Cuando el señor me haya dicho el nombre de esos animales...

—Son focas y morsas.

—Dos géneros pertenecientes a la familia de los pinnípedos —se apresuró a decir el sabio Conseil—, orden de los carnívoros, grupo de los unguiculados, subclase de los monodelfos, clase de los mamíferos, rama de los vertebrados.

—Bien, Conseil, pero estos dos géneros, focas y morsas, se dividen en especies y, si no me equivoco, aquí tendremos ocasión de observarlas. En marcha.

Eran las ocho de la mañana. Teníamos cuatro horas hasta que pudiera efectuarse debidamente la observación solar. Dirigí nuestros pasos hacia una gran bahía que se recortaba en el acantilado granítico de la orilla.

Puedo decir que allí, hasta donde se perdía la vista, las tierras y los témpanos estaban saturados de mamíferos marinos, e involuntariamente busqué con la mirada al viejo Proteo, el pastor mitológico que guardaba los inmensos rebaños de Neptuno. Había sobre todo focas, que formaban grupos diferenciados de machos y hembras. El padre vigilaba a la familia y la madre amamantaba a sus crías. Algunos jóvenes, fuertes ya, se emancipaban a algunos pasos. Cuando aquellos mamíferos querían desplazarse lo hacían a saltitos debidos a la contracción de sus cuerpos y se ayudaban torpemente de su imperfecta aleta, que, en la vaca marina, su congénere, forma un verdadero antebrazo. Debo decir que en el agua, su elemento por excelencia, estos animales de espina dorsal móvil, pelvis estrecha, pelo raso y tupido y pies palmeados nadan admirablemente. En reposo y en tierra adoptaban posturas extremadamente graciosas. Por eso los antiguos, al observar su dulce fisonomía, su expresiva mirada, que ni la más bella mirada de mujer podía superar, sus ojos límpidos y aterciopelados, sus encantadoras poses, poetizándolos a su manera, metamorfosearon a los machos en tritones y a las hembras en sirenas.

Señalé a Conseil el desarrollo considerable de los lóbulos cerebrales en estos inteligentes cetáceos. Ningún mamífero, a excepción del hombre, tiene una materia cerebral tan rica. Por eso las focas pueden recibir cierta educación. Se domestican fácilmente y convengo con otros naturalistas en que, convenientemente amaestradas, prestarían grandes servicios como perros de pesca.

La mayor parte de las focas dormían sobre las rocas o en la arena. Entre las focas propiamente dichas, que carecen de orejas externas —lo que las distingue de las otarias, que sí las tienen—, observé algunas variedades de estenorrincos de tres metros de largo, pelo blanco, cabeza de bulldog y armados con diez dientes en cada mandíbula, cuatro incisivos arriba y abajo y dos grandes colmillos recortados en forma de flor de lis. Entre ellas había también elefantes marinos, especie de focas de trompa corta y móvil, los gigantes de la especie, con una longitud de diez metros y una circunferencia de veinte pies. No hicieron ningún movimiento cuando nos acercamos.

—¿No son animales peligrosos? —preguntó Conseil.

—No, a menos que se les ataque. Cuando una foca defiende a su pequeño, su furia es terrible y no es raro que despedaze la embarcación de los pescadores.

—Está en su derecho —replicó Conseil.

—No digo que no.

Dos millas más lejos nos vimos detenidos por el promontorio que protegía la bahía de los vientos del sur. Caía a pico sobre el mar y espumajeaba por la resaca.

Más allá estallaron unos tremendos rugidos, como los que hubiera podido producir una manada de rumiantes.

—¡Diantre! —exclamó Conseil—. ¿Un concierto de toros?

—No, un concierto de morsas.

—¿Se están peleando?

—Se pelean o juegan.

—Habría que verlo.

—Hay que verlo, Conseil.

Y henos ahí franqueando las negras rocas, entre desprendimientos repentinos y piedras que el hielo tornaba resbaladizas. Más de una vez rodé lastimándome los riñones. Conseil, más prudente o estable, apenas resbalaba, y me levantaba, diciendo:

—Si el señor tuviera la bondad de separar las piernas, mantendría mejor el equilibrio.

Llegados a la arista superior del promontorio, divisé una vasta llanura blanca cubierta de morsas que jugaban entre sí, lanzando bramidos de alegría y no de cólera.

Las morsas recuerdan a las focas por la forma de su cuerpo y por la disposición de sus miembros. Pero carecen de colmillos e incisivos en la mandíbula inferior y, en cuanto a los colmillos superiores, son dos defensas de ochenta centímetros de largo y de treinta y tres en la circunferencia de su alvéolo. Estos dientes, de un marfil compacto y sin estrías, más duro que el de los elefantes y menos susceptible de amarillear, son muy codiciados. Por eso las morsas son víctimas de una caza desmedida que no tardará en exterminarlas, pues los cazadores, que matan indiscriminadamente a las hembras preñadas y a los animales jóvenes, sacrifican cada año más de cuatro mil.

Al pasar junto a esos curiosos animales pude examinarlos a placer, pues no parecían molestarse. Su piel era espesa y rugosa, de un tono leonado tirando a rojo, su pelaje corto y poco tupido. Algunos tenían cuatro metros de largo. Más tranquilos y menos temerosos que sus congéneres del norte, no confiaban a centinelas escogidos la vigilancia de las inmediaciones de su campamento.

Tras haber examinado la comunidad de morsas, pensé en volver sobre mis pasos. Eran las once, y si el capitán Nemo hallaba condiciones favorables para sus observaciones, yo quería estar presente durante la operación, aunque no esperaba que ese día saliera el sol. Unas nubes aplastadas sobre el horizonte lo ocultaban a nuestros ojos y parecía que el astro, celoso, no quería revelar a seres humanos el punto inabordable del Polo.

Decidí regresar al *Nautilus*. Seguimos una estrecha pendiente que corría por la cima del acantilado. A las once y media habíamos llegado al punto de desembarco.

El bote varado había dejado al capitán en tierra. Lo vi de pie sobre una roca de basalto, con sus instrumentos junto a él y la mirada fija en el horizonte, donde el sol iba describiendo su curva alargada.

Me situé a su lado y esperé en silencio. Llegó el mediodía e, igual que la víspera, el sol no apareció.

Era una fatalidad. De nuevo nos quedábamos sin observación. De no poder hacerla al día siguiente habría que renunciar definitivamente a fijar nuestra posición. En efecto, estábamos a 20 de marzo. Al día siguiente, 21, día del equinoccio, sin contar la refracción, el sol desaparecería del horizonte durante seis meses y, con su desaparición, comenzaría la larga noche polar. Desde el equinoccio de septiembre había salido por el horizonte septentrional, elevándose en espirales alargadas hasta el 21 de diciembre. En esa fecha, solsticio de verano de las regiones boreales, había empezado a descender y al día siguiente lanzaría sus últimos rayos.

Comuniqué mis observaciones y temores al capitán Nemo, y él me dijo:

—Tiene razón. Si mañana no logro medir la altura del sol, no podré hacerlo hasta dentro de seis meses. Pero, asimismo, precisamente porque los azares de mi navegación me han traído a estos mares el 21 de marzo, nuestra posición será fácil de fijar si el sol asoma a mediodía.

—¿Por qué, capitán?

—Porque cuando el sol describe espirales tan largas, es difícil medir exactamente su altura en el horizonte y los instrumentos están expuestos a cometer graves errores.

—Entonces, ¿cómo lo hará?

—Emplearé únicamente mi cronómetro. Si mañana, 21 de marzo, a mediodía, el disco solar, teniendo en cuenta la refracción, es cortado exactamente por el horizonte del norte, es que estoy en el Polo Sur.

—Sí. Sin embargo, esa afirmación no es matemáticamente rigurosa, porque el equinoccio no se produce necesariamente a mediodía.

—Cierto, pero el error no será ni de cien metros, y con eso nos basta. Hasta mañana, pues.

El capitán Nemo regresó a bordo. Conseil y yo nos quedamos hasta las cinco recorriendo la playa, observando y estudiando. No recogí ningún objeto curioso, a excepción de un huevo de pingüino de un tamaño notable y por el que un aficionado habría pagado más de mil francos. Su color perla y las rayas y caracteres que lo adornaban como jeroglíficos lo convertían en un extraño *bibelot*. Lo dejé en manos de Conseil y el prudente muchacho, con paso firme y sosteniéndolo como una valiosa porcelana china, lo llevó intacto al *Nautilus*, donde lo coloqué en una de las vitrinas del museo.

Cené con apetito una excelente rodaja de hígado de foca, cuyo sabor recordaba al de la carne de cerdo. Luego me acosté, no sin haber invocado, como un hindú, los favores del astro rey.

Al día siguiente, 21 de marzo, subí a la plataforma a las cinco de la mañana, y encontré en ella al capitán Nemo.

—El tiempo se aclara un poco —me dijo—. Eso me da esperanzas. Después de desayunar volveremos a tierra para elegir un puesto de observación.

Convenido este punto, fui a buscar a Ned Land. Me habría gustado llevarlo conmigo, pero el obstinado canadiense se negó y comprendí que su taciturnidad y mal humor aumentaban día a día. Después de todo, no lamenté su obcecación en tales circunstancias, pues verdaderamente había demasiadas focas en tierra y no hacía falta someter al empedernido cazador a esa tentación.

Terminado el desayuno, me dirigí a tierra. El *Nautilus* había avanzado unas cuantas millas durante la noche y se hallaba en alta mar, a más de una milla de la costa dominada por un pico agudo de unos cuatrocientos o quinientos metros. En el bote íbamos el capitán Nemo, dos miembros de la tripulación, los instrumentos, es decir, un cronómetro, un catalejo y un barómetro, y yo.

Durante la travesía vi numerosas ballenas pertenecientes a tres especies propias de los mares australes: la ballena franca o *right-wale*, como la llaman los ingleses, desprovista de aleta dorsal; la *humpback*, balenóptero de vientre arrugado y grandes aletas blancas que, pese a su nombre, no forman alas; y, por último, la *fin-back*, de un marrón amarillento, el más vivaz de los cetáceos. Este poderoso animal se hace oír desde lejos cuando proyecta a gran altura sus columnas de aire y vapor, que parecen torbellinos de humo. Los diferentes mamíferos jugueteaban por grupos en las aguas tranquilas, y comprendí que esa zona del Polo antártico servía de refugio a los cetáceos, implacablemente hostigados por los cazadores.

Ví también largos nudos blancuzcos de salpas, especie de molucos agregados, y medusas de gran tamaño que se balanceaban entre los remolinos de las olas.

A las nueve llegamos a tierra. El cielo se aclaraba, las nubes huían hacia el sur y las brumas abandonaban la fría superficie de las aguas. El capitán Nemo se dirigió hacia el pico que sin duda había elegido como observatorio. Fue una ascensión difícil entre lavas puntiagudas y piedras pómez, en medio de una atmósfera a menudo saturada por las emanaciones sulfurosas de las fumarolas. El capitán, para ser alguien poco habituado a pisar la tierra, escalaba las pendientes más escarpadas con una ligereza y una agilidad que yo no podía igualar y que habría envidiado un cazador de rebecos.

Tardamos dos horas en llegar a la cima del pico, mitad pórfido, mitad basalto. Desde allí se divisaba un vasto mar que, hacia el norte, trazaba claramente su

límite sobre el fondo de cielo. A nuestros pies, campos de una blanca deslumbrante. Sobre nosotros, un pálido azul, libre de brumas. Al norte, el disco solar, como una bola de fuego cortada ya por el filo del horizonte. De las aguas se elevaban en magníficos haces centenares de surtidores líquidos. A lo lejos se veía el *Nautilus*, como un cetáceo dormido. Detrás de nosotros, al sur y al este, una tierra inmensa, una caótica acumulación de rocas y hielos cuyos confines no se divisaban.



Al llegar a la cima del pico, el capitán Nemo midió cuidadosamente su altura por medio del barómetro, pues debía tenerla en cuenta en su observación.

A las doce menos cuarto, el sol, que hasta entonces sólo se veía por refracción, asomó como un disco dorado y esparció sus últimos rayos sobre aquel continente abandonado, en aquellos mares que el hombre nunca había surcado.

El capitán Nemo, provisto de un catalejo con retículas que corregía la refracción por medio de un espejo, observó el astro, que se iba hundiendo poco a poco en el horizonte siguiendo una diagonal muy alargada. Yo sujetaba el cronómetro. El corazón me latía con fuerza. Si la desaparición del semidisco solar coincidía con el mediodía del cronómetro, es que estábamos en el mismo Polo.

—¡Mediodía! —exclamé.

—¡El Polo Sur! —respondió el capitán Nemo con voz grave, dándome el catalejo para que viera el sol cortado en dos mitades por el horizonte.

Contemplé los últimos rayos coronando el pico y las sombras que ascendían poco a poco por las rampas.

En ese momento, el capitán Nemo, apoyando su mano en mi hombro, me dijo:

—En 1600 el holandés Ghéritk, llevado por las corrientes y las tempestades, alcanzó los 64° de latitud sur y descubrió las Nuevas Shetland. El 17 de enero de 1773, el ilustre Cook, siguiendo el meridiano 38, llegó a los 67° 30' de latitud, y, el 30 de enero de 1774, por el meridiano 109, alcanzó los 71° 15' de latitud. En 1819, el ruso Bellinghausen llegó al paralelo 69 y, en 1821, en el paralelo 66, a 111° de longitud oeste. En 1820, el inglés Brunfield tuvo que detenerse en los 65°. Ese mismo año, el americano Morrel, cuyo relato no es muy fiable, subió por el paralelo 42 hasta encontrar mar libre a 70° 14' de latitud. En 1825, el inglés Powell no pudo sobrepasar los 62°. Ese mismo año, un simple pescador de focas, el inglés Weddel, llegó hasta los 72° 14' de latitud por el meridiano 35, y hasta los 74° 15' por el 36. En 1829, el inglés Forster, comandante del *Chanticleer*, tomó posesión del continente antártico a 63° 26' de latitud y a 66° 26' de longitud. El 1 de febrero de 1831, el inglés Biscoe descubrió la tierra de Enderby a 68° 50' de latitud, el 5 de febrero de 1832, la tierra de Adelaida a 67° de latitud, y, el 21 de febrero, la tierra de Graham a 64° 45' de latitud. En 1838, el francés Dumont d'Urville, detenido por la banquisa a 62° 57' de latitud, avistó la tierra de Luis Felipe; dos años más tarde, a 66° 30', bautizaba otro cabo al sur como «tierra de Adelaida», y ocho días después, a 64° 40', la costa Claire. En 1838, el inglés Wilkes avanzó hasta el paralelo 69 por el meridiano 100. En 1839, el inglés Balleny descubría la tierra Sabrina, en el límite del círculo polar. Por último, el 12 de enero de 1842, el inglés James Ross, a bordo del *Erebus* y del *Terror*, encontró la tierra Victoria a 76° 56' de latitud y a 171° 7' de longitud este; el 23 del mismo mes llegó al paralelo 74, el punto más alto alcanzado hasta entonces; el 27 se

hallaba a 76° 8', el 28 a 77 32', el 2 de febrero, a 78° 4', y en 1842 volvió al 71°, que no pudo sobrepasar. Pues bien, yo, el capitán Nemo, hoy, 21 de marzo de 1868, tomo posesión de esta parte del globo, que equivale a un sexto de los continentes reconocidos.

—¿En nombre de quién, capitán?

—En el mío.

Y diciendo esto, el capitán Nemo desplegó una bandera negra que portaba una N de oro cuartelada sobre su estameña. Luego, volviéndose hacia el sol, cuyos últimos rayos lamían el horizonte del mar, exclamó:

—¡Adiós, sol! ¡Desaparece, astro radiante! ¡Duerme bajo este mar libre y deja que una noche de seis meses extienda sus sombras sobre mi nuevo dominio!

¿ACCIDENTE O INCIDENTE?

A las seis de la mañana del día siguiente, 22 de marzo, comenzaron los preparativos para zarpar. Los últimos fulgores del crepúsculo se fundían en la noche, el frío era intenso y las constelaciones resplandecían con sorprendente intensidad. En el cénit brillaba la admirable Cruz del Sur, la estrella polar de las regiones antárticas.

El termómetro marcaba doce grados bajo cero y el viento, al enfriarse, picaba. Los témpanos se multiplicaban en las aguas libres y el mar tendía a congelarse por doquier. Numerosas placas negruzcas, esparcidas sobre su superficie, anunciaban la inminente formación de los primeros hielos. Evidentemente, el mar austral, congelado durante los seis meses de invierno, era completamente inaccesible. ¿Qué hacían las ballenas durante ese período? Sin duda irían bajo la banquisa en busca de mares más accesibles. En cuanto a las focas y morsas, acostumbradas a vivir en climas más duros, permanecerían en esos parajes helados. Estos animales tienen el instinto de cavar agujeros en los *ice-fields* y de mantenerlos siempre abiertos para poder respirar. Cuando los pájaros emigran al Norte huyendo del frío, estos mamíferos marinos quedan como amos y señores del continente polar.

Los depósitos de agua se habían llenado y el *Nautilus* descendía lentamente. Se detuvo a una profundidad de mil pies, su hélice batió las olas y avanzó directo hacia el norte a una velocidad de quince millas por hora. Por la tarde, navegaba ya bajo el inmenso caparazón helado de la banquisa.

Los paneles del salón se habían cerrado por precaución, pues el casco del *Nautilus* podía chocar con algún bloque sumergido. Así pues, pasé el día poniendo mis notas en limpio. Mi mente estaba absorbida por los recuerdos del Polo. Habíamos alcanzado ese punto inaccesible sin esfuerzo, sin peligro, como si nuestro vagón flotante se hubiera deslizado por los raíles del ferrocarril. Ahora comenzaba de verdad el retorno. ¿Me depararía aún sorpresas semejantes? Así lo creía, tan inagotable es la serie de maravillas submarinas. En los cinco meses y medio transcurridos desde que el azar nos arrojara a aquel barco habíamos recorrido catorce mil millas y, en esa travesía más larga que el ecuador terrestre, ¡cuántos incidentes, curiosos o terribles, habían jalonado nuestro viaje! La cacería en los bosques de Crespo, la encalladura en el estrecho de Torres, el cementerio de coral, las pesquerías de Ceilán, el túnel arábigo, los fuegos de Santorin, los millones de la bahía de Vigo, la Atlántida, el Polo Sur... Durante la noche, todos

estos recuerdos, pasando de un sueño a otro, no dejaron reposar ni un instante mi cerebro.

A las tres de la mañana me despertó un choque violento. Me había levantado de la cama y trataba de escuchar en la oscuridad cuando caí súbitamente al suelo. Evidentemente, el *Nautilus* había dado un bandazo considerable tras el choque.

Apoyándome en las paredes, avancé por las crujías hasta el salón alumbrado por el techo luminoso. Los muebles estaban volcados. Afortunadamente, las vitrinas, sólidamente sujetas en su base, habían aguantado. Los cuadros de estribor, por el desplazamiento de la vertical, estaban pegados a los tapices, mientras que los de babor se hallaban separados al menos un pie por su borde inferior. Por lo tanto, el *Nautilus* estaba recostado sobre estribor y, además, había quedado completamente inmóvil.

Dentro se oía un ruido de pasos y voces confusas, pero el capitán no apareció. Cuando me disponía a salir del salón, entraron Ned Land y Conseil.

—¿Qué ocurre? —les pregunté.

—Venía a preguntárselo al señor —respondió Conseil.

—¡Por todos los diablos! —exclamó el canadiense—, yo sí sé lo que pasa. El *Nautilus* ha chocado y, a juzgar por su escora, no creo que salga tan bien librado como la primera vez en el estrecho de Torres.

—Pero ¿al menos ha vuelto a la superficie? —pregunté.

—Lo ignoramos —respondió Conseil.

—Eso es fácil de averiguar —respondí, consultando el manómetro. Sorprendido, vi que indicaba una profundidad de trescientos sesenta metros.

—¿Qué significa esto? —exclamé.

—Hay que preguntar al capitán Nemo —dijo Conseil.

—Pero ¿dónde encontrarlo? —preguntó Ned Land.

—Seguidme —les dije a mis dos compañeros.

Salimos del salón. No había nadie en la biblioteca. En la escalera central y en la cabina de la tripulación, tampoco. Supuse que el capitán Nemo debía de estar en la cabina del timonel. Lo mejor era esperar, y los tres regresamos al salón.

Callaré las recriminaciones del canadiense, que halló una buena ocasión para enfurecerse. Le dejé desahogarse a gusto, sin responderle.

Llevábamos así veinte minutos, intentando sorprender el menor ruido en el interior del *Nautilus*, cuando entró el capitán Nemo. Pareció no vernos. Su fisonomía, habitualmente tan impasible, revelaba cierta inquietud. Observó en silencio la brújula y el manómetro y posó un dedo en un punto del planisferio, en la parte correspondiente a los mares australes.

No quise interrumpirle. Pero, instantes más tarde, cuando se volvió hacia mí, le dije, devolviéndole una expresión que había utilizado en el estrecho de Torres:

—¿Un incidente, capitán?

—No —respondió—, esta vez un accidente.

—¿Grave?

—Tal vez.

—¿Hay peligro inminente?

—No.

—¿El *Nautilus* ha encallado?

—Sí.

—Y esa encalladura se ha producido...

—Por un capricho de la naturaleza, no por la impericia humana. No se ha cometido un solo fallo en nuestras maniobras. Pero no se puede impedir que el equilibrio produzca sus efectos. Se puede desafiar a las leyes humanas, pero no resistir a las leyes naturales.

El capitán Nemo había elegido un momento singular para entregarse a esta reflexión filosófica. En resumen, su respuesta no me aclaró nada.

—¿Puedo saber cuál es la causa del accidente?

—Un enorme bloque de hielo, una montaña entera, ha dado una vuelta completa. Cuando los icebergs son minados en su base por aguas más cálidas o por choques reiterados, su centro de gravedad sube. Entonces vuelcan a lo grande y se voltean. Eso es lo que ha ocurrido. Uno de esos bloques, al girar, ha chocado con el *Nautilus*, que navegaba sumergido. Luego, deslizándose bajo su casco y alzándolo con fuerza irresistible, lo ha llevado a capas menos densas, donde está tumbado sobre un costado.

—Pero ¿no se puede liberar el *Nautilus* vaciando sus depósitos para volver a equilibrarlo?

—Es lo que se está haciendo en estos momentos. Puede oír las bombas funcionando. Mire la aguja del manómetro, indica que el *Nautilus* está subiendo, pero el bloque de hielo sube con él, y hasta que un obstáculo no detenga su ascensión nuestra posición no cambiará.

En efecto, el *Nautilus* seguía dando la misma inclinación a estribor. Seguramente se enderezaría cuando el bloque se detuviera. Pero ¿quién sabía si no chocaríamos en ese momento con la parte superior de la banquisa y quedaríamos espantosamente comprimidos entre las dos superficies heladas?

Yo reflexionaba sobre las consecuencias de aquella situación, mientras el capitán Nemo no apartaba la vista del manómetro. Desde la caída del iceberg, el *Nautilus* había subido unos ciento cincuenta pies, pero seguía formando el mismo ángulo con la perpendicular.

De repente sentimos un ligero movimiento en el casco. Evidentemente, el *Nautilus* se enderezaba un poco. Los objetos colgados en el salón iban recobrando

sensiblemente su posición normal. Las paredes se acercaban a la verticalidad. Ninguno de nosotros hablaba mientras, con el corazón encogido, observábamos y sentíamos cómo se enderezaba el barco y el suelo volvía a ser horizontal bajo nuestros pies. Así transcurrieron diez minutos.

—¡Por fin nos hemos enderezado! —exclamé.

—Sí —dijo el capitán Nemo, dirigiéndose a la puerta del salón.

—Pero ¿podremos flotar?

—Desde luego —respondió—, puesto que los depósitos no se han vaciado todavía y que, una vez vacíos, el *Nautilus* emergerá a la superficie.

El capitán salió y enseguida vi que, por orden suya, se había detenido la ascensión del *Nautilus*, que pronto habría chocado con la parte inferior de la banquisa. Más valía mantenerlo entre dos aguas.

—¡De buena nos hemos librado! —dijo Conseil.

—Sí, podíamos haber quedado aplastados, o al menos encerrados, entre los bloques de hielo. Y entonces, sin poder renovar el aire... Sí, ¡de buena nos hemos librado!

—Si es que esto ha terminado —murmuró Ned Land.

No quise entablar una discusión inútil con el canadiense y no respondí. Además, los paneles se abrieron en ese momento y la luz exterior irrumpió a través del cristal.

Estábamos, como dije antes, en aguas profundas, pero a una distancia de diez metros a ambos lados del *Nautilus* se elevaba una reluciente muralla de hielo. Por encima y por debajo, lo mismo. Por encima, porque la superficie inferior de la banquisa se extendía como un inmenso techo. Por debajo, porque el bloque volcado, al haberse deslizado poco a poco, había encontrado dos puntos de apoyo en las murallas laterales que lo mantenían en esa posición. El *Nautilus* estaba encerrado en un túnel de hielo de unos veinte metros de ancho por el que fluían aguas tranquilas. Así, le era fácil salir navegando hacia adelante o hacia atrás hasta encontrar, algunos centenares de metros más abajo, un paso libre bajo la banquisa.

El techo luminoso se había apagado y, sin embargo, el salón resplandecía con una luz intensa. Eso se debía a que la potente reverberación de las paredes de hielo reflejaba los haces luminosos del fanal. No sabría describir el efecto de los rayos voltaicos sobre los grandes bloques caprichosamente recortados, de los que cada ángulo, cada arista, cada faceta, lanzaba un destello diferente, según la naturaleza de las vetas que surcaban el hielo. Mina deslumbrante de gemas y especialmente de zafiros que aumentaban sus reflejos azules con el fulgor verde de las esmeraldas. Aquí y allá, matices opalinos de una delicadeza infinita corrían entre picos ardientes como diamantes de fuego cuyo resplandor cegaba la mirada. La potencia del fanal se veía centuplicada, como la de una lámpara a través de las hojas

lenticulares de un faro de primer orden.

—¡Qué hermoso! —exclamó Conseil.

—Sí, es un espectáculo admirable, ¿verdad, Ned? —dije.

—¡Pues sí, por todos los diablos! —replicó Ned Land—. Es soberbio. Me da rabia tener que admitirlo. No he visto nada igual. Pero este espectáculo nos puede salir caro y, para decirlo todo, creo que estamos viendo cosas que Dios quiso prohibir al ojo humano.

Ned tenía razón. Era demasiado hermoso.

De pronto, un grito de Conseil me hizo volverme.

—¿Qué ocurre?

—¡Cierre los ojos! ¡No mire! —dijo Conseil, tapándose los ojos.

—Pero ¿qué te pasa, muchacho?

—¡Estoy deslumbrado, ciego!

Miré involuntariamente al cristal, pero no pude soportar el resplandor que lo devoraba.

Comprendí lo que había ocurrido. El *Nautilus* acababa de ponerse en marcha a gran velocidad, haciendo que los suaves centelleos de las murallas de hielo se tornaran rayos fulgurantes y se confundieran los resplandores de esas miríadas de diamantes. El *Nautilus*, impulsado por su hélice, viajaba en un joyero deslumbrante.

Se cerraron los paneles del salón, mientras seguíamos con los ojos tapados, impregnados de esos brillos concéntricos que flotan en la retina cuando los rayos solares la golpean. Tuvo que pasar un rato para que se aliviaran nuestros ojos. Finalmente pudimos retirar las manos.

—Juro que nunca lo habría creído —dijo Conseil.

—Y yo sigo sin creerlo —replicó el canadiense.

—Cuando volvamos a tierra, hastiados de tantas maravillas naturales, ¿qué pensaremos de los miserables continentes y de las insignificantes obras salidas de la mano del hombre? No, el mundo habitado ya no es digno de nosotros.

Tales palabras en boca de un impasible flamenco muestran qué cotas había alcanzado nuestro entusiasmo. Pero el canadiense no dejó de echar sobre él un jarro de agua fría.

—¡El mundo habitado! —dijo, sacudiendo la cabeza—. Esté tranquilo, amigo Conseil, que no volveremos a pisarlo.

Eran las cinco de la mañana, y en ese momento se produjo un choque a proa del *Nautilus*. Comprendí que su espolón acababa de golpear un bloque de hielo. Debía de tratarse de una falsa maniobra, pues el túnel submarino, obstruido por los bloques, no ofrecía una navegación fácil. Pensé, pues, que el capitán Nemo modificaría su rumbo para sortear los obstáculos o bien seguiría las sinuosidades

del túnel. En cualquier caso, el barco no podía dejar de avanzar, pero, contra lo que yo esperaba, el *Nautilus* hizo un movimiento de retroceso muy acusado.

—¿Vamos marcha atrás? —dijo Conseil.

—Sí —respondí—. El túnel no debe de tener salida por ese lado.

—¿Entonces?

—Entonces la solución es muy sencilla. Volveremos sobre nuestros pasos y saldremos por el orificio del sur. Eso es todo.

Al hablar así, mi intención era parecer más tranquilo de lo que realmente me sentía. El *Nautilus* aceleró su movimiento de retroceso y, marchando a contra hélice, nos llevó con gran rapidez.

—Esto va a suponer un retraso —dijo Ned.

—Qué importan unas horas más o menos, con tal de que salgamos.

—Eso es, con tal de que salgamos —repitió Ned Land.

Paseé durante unos instantes del salón a la biblioteca. Mis compañeros, sentados, permanecían en silencio. Pronto me senté en un sofá y hojé un libro sin prestar atención. Al cabo de un cuarto de hora, Conseil se me acercó y dijo:

—¿Es interesante lo que lee el señor?

—Muy interesante —respondí.

—Lo creo. Es el libro del señor.

—¿Mi libro?

En efecto, tenía en la mano *Los grandes fondos submarinos*. Ni siquiera me había dado cuenta. Cerré el libro y reanudé mis paseos. Ned y Conseil se levantaron para retirarse.

—Quedaos, amigos míos —les dije, reteniéndolos—. Permanezcamos juntos hasta que hayamos salido de este atolladero.

—Como guste el señor —respondió Conseil.

Transcurrieron varias horas, durante las que observé a menudo los instrumentos colgados en la pared del salón. El manómetro indicaba que el *Nautilus* se mantenía a una profundidad constante de trescientos metros; la brújula, que se dirigía siempre al sur; la corredera, que marchaba a una velocidad de veinte millas por hora, velocidad excesiva en un espacio tan cerrado. Pero el capitán Nemo sabía que no podía apresurarse demasiado y que, en esos momentos, los minutos valían siglos.

A las ocho y veinticinco se produjo un segundo choque, esta vez a popa. Me quedé pálido. Mis compañeros se habían acercado a mí y agarré la mano de Conseil. Nos interrogamos con la mirada, más directamente que si hubiéramos verbalizado nuestro pensamiento.

En ese momento entró el capitán en el salón y yo fui hacia él.

—¿La ruta está bloqueada al sur? —le pregunté.

- Sí. El iceberg, al volcarse, ha cerrado cualquier salida.
—¿Estamos encerrados?
—Sí.



XVI

FALTA DE AIRE

Así pues, por encima y por debajo, el *Nautilus* se hallaba rodeado de un impenetrable muro de hielo. Estábamos prisioneros de la banquisa. El canadiense había dado un puñetazo a una mesa, Conseil callaba y yo miré al capitán, que había recobrado su habitual impassibilidad y, con los brazos cruzados, reflexionaba. El *Nautilus* no se movía.

El capitán habló de nuevo:

—Señores —dijo, con voz tranquila—, hay dos formas de morir en la situación en que nos hallamos.

Aquel inexplicable personaje parecía un profesor de matemáticas que hiciera una demostración a sus alumnos.

—La primera es morir aplastados. La segunda, morir asfixiados. Excluyo la posibilidad de morir de hambre, porque sin duda las provisiones del *Nautilus* durarán más que nosotros. Preocupémonos, pues, de las posibilidades de aplastamiento y asfixia.

—En cuanto a la asfixia, capitán, no hay que temerla, porque nuestros depósitos están llenos —respondí.

—Cierto, pero sólo nos darán aire durante dos días. Llevamos treinta y seis horas sumergidos y ya la atmósfera enrarecida del *Nautilus* necesita renovarse. Dentro de cuarenta y ocho horas nuestra reserva se habrá agotado.

—Entonces, capitán, tenemos que liberarnos antes de que pasen cuarenta y ocho horas.

—Lo intentaremos al menos perforando la muralla que nos rodea.

—¿Por dónde?

—Eso nos lo dirá la sonda. Voy a encallar el *Nautilus* en el banco inferior y mis hombres, vestidos con sus escafandras, atacarán el iceberg por su pared menos gruesa.

—¿Se pueden abrir los paneles del salón?

—No hay inconveniente, pues estamos parados.

El capitán Nemo salió y al poco unos silbidos me indicaron que el agua entraba en los depósitos. El *Nautilus* descendió lentamente y se posó en el fondo helado a una profundidad de trescientos cincuenta metros.

—Amigos —dije—, la situación es grave, pero cuento con vuestro valor y vuestra energía.

—Señor —dijo el canadiense—, este no es momento para abrumarle con mis recriminaciones. Estoy dispuesto a lo que sea por la salvación común.

—Bien, Ned —dije, tendiéndole la mano.

—Y añadiré —prosiguió— que soy tan diestro manejando el pico como el arpón. Conque, si puedo ser útil al capitán, aquí me tiene.

—No rechazará su ayuda. Venga conmigo, Ned.

Conduje al canadiense al camarote donde los tripulantes del *Nautilus* se estaban poniendo sus escafandras. Comunicué al capitán la propuesta de Ned, que fue inmediatamente aceptada. El canadiense se embutió en su traje marino y enseguida estuvo tan preparado como sus compañeros de faena. Cada uno de ellos llevaba a la espalda el aparato Rouquayrol, con una buena reserva de aire puro procedente de los depósitos. Préstamo considerable pero necesario, tomado de la reserva del *Nautilus*. En cuanto a las lámparas Ruhmkorff, resultaban inútiles en aquellas aguas luminosas y saturadas de rayos eléctricos.

Cuando Ned estuvo vestido, regresé al salón, donde los cristales seguían descubiertos, y, junto a Conseil, examiné las capas circundantes que sostenían al *Nautilus*.

Instantes después vimos a doce miembros de la tripulación poner el pie sobre el banco de hielo, entre ellos a Ned Land, reconocible por su estatura. El capitán Nemo estaba con ellos.

Antes de proceder a la perforación de las murallas, mandó efectuar sondeos para asegurar que el trabajo se realizaba en la dirección adecuada. Se sumergieron largas sondas en las paredes laterales, pero quince metros más allá también se vieron detenidas por la espesa muralla. Era inútil atacar la superficie superior, pues era la banquisa misma, con más de cuatrocientos metros de altura. El capitán mandó sondear entonces la superficie inferior. Allí, una pared de diez metros nos separaba del agua, tal era el espesor del *ice-field*. Por lo tanto, se trataba de cortar un trozo igual en superficie a la línea de flotación del *Nautilus*. Había, pues, que arrancar unos seis mil quinientos centímetros cúbicos para abrir un agujero por el que descender bajo el campo de hielo.

Se empezó a trabajar de inmediato con un tesón infatigable. En vez de perforar alrededor del *Nautilus*, lo que hubiera entrañado dificultades aún mayores, el capitán Nemo mandó cavar la inmensa fosa a ocho metros de su línea de babor. Luego, sus hombres taladraron simultáneamente varios puntos de su circunferencia. Pronto los picos atacaron vigorosamente la materia compacta, arrancando grandes bloques de la masa helada. Por un curioso efecto de peso específico, esos bloques, menos pesados que el agua, salían volando, por así decirlo, hasta la bóveda del túnel, que espesaba por arriba lo que disminuía por abajo. Pero poco importaba con tal de que la pared inferior adelgazase otro tanto.

Tras dos horas de arduo trabajo, Ned Land regresó extenuado. Él y sus compañeros fueron reemplazados por nuevos trabajadores, a los que nos unimos Conseil y yo, bajo la dirección del segundo del *Nautilus*.

El agua me pareció particularmente fría, pero pronto entré en calor manejando el pico. Tenía una gran libertad de movimientos, pese a efectuarlos bajo una presión de treinta atmósferas.

Cuando, tras dos horas de trabajo, volví para comer algo y descansar, encontré una notable diferencia entre el fluido puro que me proporcionaba el aparato de Rouquayrol y la atmósfera del *Nautilus*, cargada ya de ácido carbónico. El aire llevaba cuarenta y ocho horas sin renovarse y sus cualidades vivificantes se habían debilitado considerablemente. Pero, transcurridas doce horas, sólo habíamos arrancado una capa de hielo de un metro de espesor en la superficie delimitada, es decir, unos seiscientos metros cúbicos. Admitiendo que se hiciera el mismo trabajo cada doce horas, todavía harían falta cinco noches y cuatro días para llevar a buen término nuestra empresa.

—¡Cinco noches y cuatro días! Sólo nos queda aire para dos días en los depósitos —dije a mis compañeros.

—Sin contar con que, una vez fuera de esta condenada cárcel, seguiremos aprisionados bajo la banquisa y sin comunicación posible con la atmósfera —replicó Ned.

Reflexión acertada. ¿Quién podía prever el mínimo de tiempo necesario para nuestra liberación? ¿Acaso no nos habríamos asfixiado antes de que el *Nautilus* hubiera podido emerger a la superficie? ¿Estaba destinado a perecer en esa tumba de hielo con todos sus pasajeros? La situación parecía terrible, pero cada uno de nosotros le había plantado cara y estaba decidido a cumplir con su deber hasta el final.

Según mis previsiones, durante la noche se arrancó otra capa de un metro al inmenso alvéolo. Pero cuando por la mañana, vestido con mi escafandra, recorrí la masa líquida a una temperatura de unos seis o siete grados bajo cero, noté que las murallas laterales se iban cerrando poco a poco. Las capas de agua alejadas de la fosa, que no habían sido calentadas por el trabajo de los hombres y de las herramientas, tendían a solidificarse. Ante este nuevo e inminente peligro, ¿qué sería de nuestras posibilidades de salvación y cómo impedir la solidificación del medio líquido, que reventaría las paredes de *Nautilus* como si fueran de cristal?

No dije nada de ese nuevo peligro a mis dos compañeros. ¿Para qué arriesgarse a abatir la energía que empleaban en el penoso trabajo de salvamento? Pero cuando regresé a bordo señalé al capitán esa grave complicación.

—Lo sé —me dijo con ese tono tranquilo que no podían alterar ni las más terribles conjeturas—. Es un peligro más, pero no veo ningún medio de evitarlo. La

única posibilidad de salvarnos es ser más rápidos que la solidificación. Se trata de llegar los primeros. Eso es todo.

¡Llegar los primeros! En fin, debería haberme acostumbrado a su forma de hablar.

Aquel día manejé el pico con tesón durante varias horas. El trabajo me ayudaba a aguantar. Además, trabajar suponía salir del *Nautilus*, respirar directamente el aire puro procedente de los depósitos y suministrado por los aparatos y abandonar una atmósfera enrarecida y viciada.

Por la noche habíamos excavado un metro más de fosa. De regreso a bordo, me sentí asfixiado por el ácido carbónico que saturaba el aire. ¡Y no tener los medios químicos que nos hubieran permitido expulsar ese gas nocivo! Oxígeno no nos faltaba, pues toda esa agua lo contenía en cantidades considerables y, descomponiéndolo con nuestras poderosas pilas, nos habría restituido el fluido vivificante. Yo había pensado en ello, sabiéndolo inútil, pues el ácido carbónico producido por nuestra respiración había invadido todas las partes del barco. Para absorberlo habría hecho falta llenar recipientes de potasa cáustica y agitarlos sin cesar. Pero carecíamos de esa materia a bordo y nada podía reemplazarla.

Aquella tarde el capitán Nemo tuvo que abrir las válvulas de sus depósitos y lanzar algunas columnas de aire puro al interior del *Nautilus*. Sin esa precaución no nos habríamos despertado.

Al día siguiente, 26 de marzo, reanudé mi trabajo de minero perforando el quinto metro. Las paredes laterales y la superficie inferior de la banquisa se espesaban visiblemente. Era evidente que se unirían antes de que el *Nautilus* hubiera logrado liberarse. Por un momento me venció la desesperación y a punto estuve de soltar el pico. Para qué picar si iba a morir ahogado, aplastado por el agua que se volvía piedra, un suplicio que no habrían podido inventar ni los más feroces salvajes. Me parecía estar entre las formidables fauces de un monstruo que se iban cerrando irremisiblemente.

En ese momento el capitán Nemo, que dirigía el trabajo al tiempo que trabajaba, pasó a mi lado. Le toqué con la mano y le señalé las paredes de nuestra prisión. La muralla de estribor había avanzado a menos de cuatro metros del *Nautilus*. El capitán me comprendió y con un gesto me indicó que lo siguiera. Regresamos a bordo. Me quité la escafandra y le acompañé al salón.

—Señor Aronnax, hay que intentar algún medio heroico de salir de aquí o quedaremos sellados en esta agua solidificada como en el cemento.

—Sí, pero ¿qué hacer?

—¡Si mi *Nautilus* fuera lo bastante fuerte para soportar esta presión sin quedar aplastado! —exclamó.

—¿Y bien? —pregunté, sin captar la idea del capitán.

—¿No comprende que la congelación del agua vendría en nuestra ayuda? ¿No ve que por su solidificación reventaría los bloques de hielo que nos aprisionan, igual que, cuando se congela, hace estallar las piedras más duras? ¿No se figura que sería un agente de salvación y no de destrucción?

—Sí, tal vez, capitán. Pero por muy resistente que sea el *Nautilus* no podrá soportar esa terrible presión sin quedar aplastado como una chapa.

—Lo sé. No hay que contar con el socorro de la naturaleza, sino con nosotros mismos. Hay que impedir la solidificación, frenarla como sea. No sólo se estrechan las paredes laterales, sino que apenas quedan diez pies de agua a proa y a popa del *Nautilus*. La congelación nos gana por todas partes.

—¿Cuánto tiempo nos permitirá respirar a bordo el aire de los depósitos?

El capitán me miró a los ojos.

—Pasado mañana los depósitos estarán vacíos.

Me invadió un sudor frío. Sin embargo, ¿por qué me sorprendía su respuesta? El 22 de marzo, el *Nautilus* se había sumergido en el mar libre del Polo. Estábamos a 26. Llevábamos cinco días viviendo de las reservas de a bordo. Y lo que quedaba de aire respirable había que conservarlo para los trabajadores. Mientras escribo esto, mi impresión es aún tan viva que un terror involuntario me embarga y siento que me falta el aire en los pulmones.

Entretanto, el capitán Nemo reflexionaba, silencioso e inmóvil. Era evidente que una idea le cruzaba por la mente, pero parecía descartarla, pues se respondía a sí mismo negativamente, hasta que de sus labios escaparon las siguientes palabras:

—¡Agua hirviendo!

—¿Agua hirviendo?

—Sí. Estamos encerrados en un espacio relativamente pequeño. ¿Acaso unos chorros de agua hirviendo, inyectada constantemente por las bombas del *Nautilus*, no elevarían la temperatura de este medio y retrasarían su congelación?

—Hay que probarlo —dije resueltamente.

—Hagámoslo, profesor.

El termómetro marcaba siete grados bajo cero en el exterior. El capitán Nemo me condujo a las cocinas, donde funcionaban grandes aparatos de destilación que suministraban agua potable por evaporación. Se llenaron de agua y el calor eléctrico de las pilas fue lanzado a través de los serpentines bañados por el líquido. En unos minutos, el agua había alcanzado los cien grados y fue enviada a las bombas al tiempo que un agua nueva la iba reemplazando. El calor producido por las pilas era tal que el agua fría extraída del mar llegaba hirviendo a los cuerpos de las bombas con sólo haber atravesado los aparatos.

A las tres horas de comenzada la operación, el termómetro marcaba seis grados bajo cero en el exterior. Se había ganado un grado y, dos horas después, el

termómetro sólo marcaba cuatro grados.

—¡Lo conseguiremos! —dije al capitán, tras haber seguido y controlado mediante numerosas observaciones los progresos de la operación.

—Eso creo —me respondió—. No quedaremos aplastados. Sólo nos queda temer la asfixia.

Por la noche, la temperatura del agua subió a un grado bajo cero. Las inyecciones no pudieron llevarla más allá, pero como el agua marina se congela únicamente a cuatro grados bajo cero, me tranquilicé definitivamente respecto al peligro de solidificación.

Al día siguiente, 27 de marzo, ya se habían arrancado seis metros de hielo del alvéolo y sólo quedaban cuatro. Eso equivalía a cuarenta y ocho horas más de trabajo. Ya no se podía renovar el aire en el interior del *Nautilus*, por lo que aquella jornada se iba poniendo cada vez peor.

Una pesantez insoportable me abrumaba y a las tres de la tarde esa sensación de angustia llegó a un grado extremo. Los bostezos me dislocaban las mandíbulas, mis pulmones resollaban buscando el fluido comburente indispensable para la respiración y que se iba enrareciendo cada vez más. Tendido, sin fuerzas, casi inconsciente, el embotamiento se apoderó de mí. Mi buen Conseil, aquejado de los mismos síntomas, víctima de los mismos padecimientos, no me abandonaba, me cogía la mano, me animaba y aún le oía murmurar:

—¡Si pudiera no respirar para dejar más aire al señor!

Se me saltaban las lágrimas al oírle hablar así.

Aunque nuestra situación era insoportable en el interior, ¡con cuánta alegría y presteza nos poníamos las escafandras cuando nos llegaba el turno de trabajar! Los picos resonaban en la placa helada, los brazos se extenuaban y las manos se desollaban, pero ¡qué importaban el cansancio y las heridas! ¡El aire vital llegaba a los pulmones! ¡Respirábamos!

Y sin embargo, nadie prolongaba más de lo debido su trabajo submarino. Cumplida su tarea, cada uno entregaba a sus jadeantes compañeros el depósito que debía insuflarle vida. El capitán Nemo daba ejemplo y era el primero en someterse a esa severa disciplina. Llegado el momento, cedía su aparato a otro y regresaba a la atmósfera viciada de a bordo, siempre tranquilo, sin una queja o desfallecimiento.

Aquel día se realizó el trabajo habitual con más vigor aún. Sólo quedaban dos metros por arrancar en toda la superficie. Dos metros nos separaban del mar libre. Pero los depósitos estaban casi vacíos de aire y lo poco que quedaba debía reservarse para los trabajadores. Ni un átomo para el *Nautilus*.

Cuando regresé a bordo sentí que me ahogaba. ¡Qué noche! No sabría representarla, pues tales padecimientos no pueden describirse. Al día siguiente me

costaba respirar. Los dolores de cabeza se mezclaban con terribles mareos que me hacían sentirme ebrio. Mis compañeros experimentaban los mismos síntomas y algunos miembros de la tripulación daban estertores.

Aquel día, el sexto de nuestro encierro, el capitán Nemo, al parecerle demasiado lentos el pico y la pala, decidió aplastar la capa de hielo que aún nos separaba de la franja líquida. Aquel hombre había conservado su sangre fría y su energía, domando los dolores físicos mediante su fuerza moral. Pensaba, calculaba y actuaba.

A una orden suya, el barco fue liberado, es decir, se zafó de la capa helada por un cambio de peso específico y, cuando empezó a flotar, fue halado para llevarlo a la inmensa fosa trazada según su línea de flotación. Luego, llenando sus depósitos de agua, descendió y quedó encajado en el alvéolo.

Toda la tripulación regresó a bordo y se cerró la doble puerta de comunicación. El *Nautilus* reposaba sobre la capa de hielo, que no tenía ni un metro de espesor y que las sondas habían perforado por mil sitios.

Se abrieron al máximo las válvulas de los depósitos y cien metros cúbicos de agua se precipitaron en su interior, aumentando en cien mil kilos el peso del *Nautilus*.

Olvidando nuestros sufrimientos, todavía esperanzados, aguardábamos y escuchábamos. Nos jugábamos nuestra salvación a una última baza.

Pese a los zumbidos que llenaban mi cabeza, pronto oí los temblores bajo el casco del *Nautilus*. Se produjo un desnivel, el hielo crujió con un ruido singular, parecido al del papel al rasgarse, y el *Nautilus* descendió.

—¡Pasamos! —me dijo Conseil al oído.

Incapaz de responderle, cogí su mano y la apreté en una convulsión involuntaria.

De repente el *Nautilus*, llevado por su tremenda sobrecarga, se hundió como una bala en las profundidades, precipitándose como lo hubiera hecho en el vacío.

Toda la fuerza eléctrica se aplicó a las bombas, que enseguida comenzaron a expulsar el agua de los depósitos. Pasados unos minutos, se frenó la caída. Muy pronto el manómetro indicó un movimiento ascensional. La hélice, accionada a toda velocidad, sacudió hasta los pernos del casco de acero y nos impulsó hacia el norte.

Pero ¿cuánto duraría la navegación bajo la banquisa hasta el mar libre? ¿Un día más? Para entonces ya me habría muerto.

Medio tumbado en un diván de la biblioteca, sentía que me ahogaba. Tenía la cara lívida, los labios azules y los sentidos embotados. Ni oía ni veía nada, había perdido la noción del tiempo y no podía contraer los músculos. Así transcurrieron las horas, no sabría decir cuántas, pero tuve conciencia de que comenzaba mi

agonía y comprendí que iba a morir.

Súbitamente volví en mí, al sentir unas bocanadas de aire penetrando en mis pulmones. ¿Habíamos subido a la superficie? ¿Habíamos atravesado la banquisa? ¡No! Eran Ned y Conseil, mis dos grandes amigos, que se sacrificaban para salvarme. Aún quedaban unos átomos de aire en el fondo de un aparato y, en vez de respirarlo, lo habían reservado para mí. Mientras ellos se ahogaban, me insuflaban la vida gota a gota. Intenté rechazar el aparato, pero me sujetaron las manos y durante unos instantes respiré con fruición.

Miré el reloj. Eran las once de la mañana. Debíamos de estar a 28 de marzo. El *Nautilus* volvía a navegar a una formidable velocidad de cuarenta millas por hora, retorciéndose bajo las aguas.

¿Dónde estaba el capitán Nemo? ¿Había sucumbido? ¿Sus compañeros habían muerto con él?

El manómetro indicó que nos hallábamos a tan sólo veinte pies de la superficie. Un simple campo de hielo nos separaba de la atmósfera. ¿No se podía romper? Tal vez. En cualquier caso, el *Nautilus* iba a intentarlo. Sentí, en efecto, que adoptaba una posición oblicua, bajando la popa y levantando el espolón. La introducción de agua había bastado para romper su equilibrio. Luego, impulsado por su poderosa hélice, atacó el *ice-field* por debajo como un formidable ariete. Lo iba reventando poco a poco, se retiraba e impactaba a toda velocidad contra el campo que se resquebrajaba, hasta que, tomando un impulso extremo, se lanzó sobre la superficie helada, aplastándola bajo su peso.

Se abrió, o mejor dicho, se arrancó la escotilla, y el aire puro entró a raudales por todas las secciones del *Nautilus*.

XVII

DEL CABO DE HORNOS AL AMAZONAS

No sabría decir cómo llegué a la plataforma. Puede que el canadiense me hubiese llevado hasta allí, pero el caso es que por fin podía aspirar el aire vivificante del mar. Mis dos compañeros se embriagaban junto a mí con esas frescas moléculas.

Los infelices que llevan largo tiempo privados de comida no pueden lanzarse irreflexivamente al primer alimento que se les presenta. Nosotros, por el contrario, no teníamos por qué moderarnos. Podíamos aspirar a pleno pulmón los átomos de la atmósfera, y era la brisa, la brisa misma, la que nos provocaba esa voluptuosa embriaguez.

—¡Ah, qué bueno es el oxígeno! —exclamó Conseil—. Respire sin miedo el señor, que hay para todos.

En cuanto a Ned Land, no hablaba, pero abría de tal modo las mandíbulas que habría asustado a un tiburón. Y cómo aspiraba. El canadiense «tiraba» como una estufa en plena combustión.

No tardamos en recuperar las fuerzas y, al mirar a mi alrededor, vi que estábamos solos en la plataforma. Ni un tripulante, ni siquiera el capitán Nemo. Los extraños marinos del *Nautilus* se conformaban con el aire que circulaba en el interior y ninguno había venido a deleitarse al aire libre.

Mis primeras palabras fueron de reconocimiento y gratitud para mis dos compañeros. Ned y Conseil me habían mantenido con vida durante las últimas horas de aquella lenta agonía. No había gratitud suficiente para pagar tal sacrificio.

—¡Bah, profesor! No vale la pena hablar de eso —respondió Ned Land—. ¿Qué mérito tiene? Ninguno. No es más que una cuestión de aritmética. Su vida vale más que la nuestra, luego había que conservarla.

—No, Ned, no vale más. Nadie es superior a un hombre bueno y generoso, y usted lo es.

—Está bien, está bien —repetía el canadiense, turbado.

—Y tú, mi buen Conseil, has sufrido mucho.

—Debo decir al señor que no demasiado. Es cierto que me faltaba un poco el aire, pero creo que me habría acostumbrado. Además, veía al señor desmayarse y se me quitaban las ganas de respirar, se me cortaba, como suele decirse, la respir...

Conseil, temiendo haber caído en la banalidad, no terminó la frase.

—Amigos —respondí, emocionado—, estamos ligados unos a otros para

siempre, y tenéis derechos sobre mí...

—De los que yo abusaré —replicó el canadiense.

—¿Cómo? —exclamó Conseil.

—Sí —prosiguió Ned Land—, el derecho a llevarle conmigo cuando abandone este infernal *Nautilus*.

—Por cierto —dijo Conseil—, ¿vamos en la buena dirección?

—Sí, porque seguimos la dirección del sol, y aquí el sol es el norte —respondí.

—Cierto —dijo Ned Land—, pero nos queda saber si bordeamos el Pacífico o el Atlántico, es decir, los mares frecuentados o desiertos.

A esto no podía responderle, y mucho me temía que el capitán Nemo nos llevaba más bien al vasto océano que baña a la vez las costas de Asia y de América. Completaría así su vuelta al mundo submarina y regresaría a los mares donde el *Nautilus* encontraba la independencia más absoluta. Pero si volvíamos al Pacífico, lejos de toda tierra habitada, ¿qué sería de los planes de Ned?

No tardaríamos mucho en saber la respuesta a esta importante cuestión. El *Nautilus* avanzaba rápidamente. Pronto dejó atrás el círculo polar y puso rumbo al cabo de Hornos. A las siete de la tarde del 31 de marzo, nuestra quilla cruzaba la punta americana.

Por entonces habíamos olvidado nuestros sufrimientos pasados y el recuerdo del aprisionamiento entre los hielos se iba borrando de nuestra mente. Sólo pensábamos en el futuro. El capitán Nemo no volvió a aparecer, ni en el salón ni en la plataforma. La posición registrada cada día en el planisferio y fijada por el segundo me permitía constatar la dirección exacta del *Nautilus*. Pues bien, esa misma noche me alegró comprobar que regresábamos al norte por la ruta del Atlántico.

Comuniqué al canadiense y a Conseil el resultado de mis observaciones.

—Buena noticia —respondió el canadiense—, pero ¿adónde va el *Nautilus*?

—No sabría decirlo, Ned.

—¿Su capitán no querrá, después del Polo Sur, enfrentarse al Polo Norte y volver al Pacífico por el famoso paso del noroeste?

—No convendría desafiarle —respondió Conseil.

—Bueno, pues le abandonaremos antes —dijo el canadiense.

—De todas formas, el capitán Nemo es un gran hombre y no lamentaremos haberlo conocido —añadió Conseil.

—Sobre todo cuando le hayamos dejado —repuso Ned Land.

Al día siguiente, primero de abril, cuando el *Nautilus* emergió a la superficie unos minutos antes del mediodía, avistamos una costa al oeste. Era la Tierra de Fuego, que los primeros navegantes bautizaron así al ver las numerosas humaredas

que se elevaban de las hutas indígenas. La Tierra de Fuego forma una vasta aglomeración de islas que se extiende sobre treinta leguas de largo y cuarenta de ancho, entre los 53° y los 56° de latitud austral y los 67° 50' y 77° 15' de longitud oeste.

La costa me pareció baja, pero a lo lejos se alzaban altas montañas. Incluso creí entrever el monte Sarmiento, que se eleva dos mil setenta metros sobre el nivel del mar, un bloque piramidal de esquisto y cima puntiaguda que, según esté velado o despejado de vapores, «anuncia el buen o el mal tiempo», como me dijo Ned Land.

—Un excelente barómetro, amigo mío.

—Sí, señor, un barómetro natural que nunca me ha fallado cuando navegaba por los pasos del estrecho de Magallanes.

En ese momento el pico se mostró ante nosotros nítidamente recortado sobre el fondo del cielo. Era un presagio de buen tiempo, y a fe que se cumplió.

El *Nautilus*, de nuevo sumergido, se acercó a la costa, bordeándola a unas pocas millas. Por los cristales del salón vi largas lianas y fucos gigantes, esos macrocistos de los que el mar libre del Polo contenía varios especímenes. Con sus filamentos viscosos y pulidos, medían hasta tres metros de largo. Verdaderos cables, más gruesos que un pulgar y muy resistentes, a menudo sirven de amarras a los barcos. Otras hierbas, denominadas «velps», con hojas de cuatro pies de largo y empastadas en las concreciones coralígenas, tapizaban los fondos y servían de nido y de alimento a infinidad de crustáceos y moluscos, cangrejos y sepias. Allí las focas y las nutrias se daban espléndidos festines, mezclando la carne de pez y la verdura del mar, como hacen los ingleses.

El *Nautilus* pasaba con extrema rapidez por esos fondos fecundos y exuberantes. Durante la noche se acercó al archipiélago de las Malvinas, cuyas ásperas cumbres divisé al día siguiente. El mar no era muy profundo, por lo que pensé, no sin razón, que las dos islas, rodeadas por un gran número de islotes, debieron de formar parte en otro tiempo de las tierras magallánicas. Las Malvinas fueron probablemente descubiertas por el célebre John Davis, que las bautizó con el nombre de Davis Southern Islands. Más tarde, Richard Hawkins las llamó Maiden Islands, islas de la doncella. Luego, a comienzos del siglo XVIII, unos pescadores de Saint Malo las denominaron Malvinas y, finalmente, los ingleses, a quienes pertenecen actualmente, les dieron el nombre de Falkland.

Nuestras redes capturaron hermosos especímenes de algas en aquellos parajes, y en concreto un fuco cuyas raíces estaban cargadas de mejillones, que son los mejores del mundo. Se abatieron docenas de ocas y patos en la plataforma, que rápidamente ocuparon su lugar en las despensas de a bordo.

Entre los peces, me fijé especialmente en unos óseos pertenecientes al género

de los gobios, sobre todo las lorchas, de dos decímetros de largo y sembradas de manchas blancas y amarillas. Admiré también numerosas medusas, y las más bellas del género, las crisaoras, típicas de los mares de las Malvinas. Unas parecían sombrillas semiesféricas muy lisas, surcadas por líneas de un rojo oscuro y terminadas en doce festones regulares; otras, canastas volcadas de las que escapaban graciosamente anchas hojas y largos ramilletes rojos. Nadaban agitando sus cuatro brazos foliáceos, dejando flotar a la deriva su opulenta cabellera de tentáculos. Me habría gustado conservar algunos ejemplares de esos delicados zoófitos, pero no son más que nubes, sombras, apariencias, que se funden y evaporan fuera de su elemento natural.

Cuando las últimas cumbres de las Malvinas desaparecieron en el horizonte, el *Nautilus* se sumergió unos veinte o veinticinco metros y continuó bordeando la costa americana. El capitán Nemo seguía sin aparecer.

Hasta el 3 de abril no abandonamos los parajes de la Patagonia, ya fuera bajo el agua o en la superficie. El *Nautilus* dejó atrás el ancho estuario formado por la desembocadura del Río de la Plata y el 4 abril se halló frente a Uruguay, pero a cincuenta millas de la costa. Mantenía su rumbo norte, siguiendo las largas sinuosidades de la América meridional. Por entonces llevábamos recorridas dieciséis mil leguas desde que embarcáramos en los mares del Japón.

Hacia las once de la mañana cruzamos el trópico de Capricornio por el meridiano 37 y pasamos frente a las costas del cabo Frío. Por desgracia para Ned Land, el capitán Nemo evitaba acercarse a las costas habitadas del Brasil, pues navegaba a velocidad vertiginosa. Ningún pez, ningún pájaro, por rápidos que fuesen, podían seguirnos, y no pude observar las curiosidades naturales de aquellos mares.

Esa velocidad se mantuvo durante varios días y el 9 de abril avistamos la punta más oriental de América del Sur, formada por el cabo San Roque. Pero el *Nautilus* volvió a alejarse y fue a buscar a más profundidad un valle submarino que se extiende entre ese cabo y Sierra Leona, en la costa africana. Ese valle se bifurca a la altura de las Antillas y termina al norte en una enorme depresión de nueve mil metros. En ese lugar, el corte geológico del océano parece, hasta las pequeñas Antillas, un acantilado de seis kilómetros tallado a pico y, a la altura del Cabo Verde, otra muralla no menos considerable, que encierran de este modo todo el continente sumergido de la Atlántida. El fondo de ese inmenso valle está accidentado por algunas montañas que revisten de aspectos pintorescos los fondos submarinos. Hablo basándome sobre todo en los mapas manuscritos contenidos en la biblioteca del *Nautilus*, salidos evidentemente de la mano del capitán Nemo y trazados a partir de sus observaciones personales.

Durante dos días, visitamos aquellas aguas desiertas y profundas por medio de

planos inclinados. El *Nautilus* podía realizar largas bordadas diagonales que lo llevaban a todas las alturas. Pero el 11 de abril se elevó súbitamente y la tierra apareció de nuevo ante nosotros en la embocadura del río Amazonas, vasto estuario de un caudal tan considerable que desaliniza el mar en un espacio de varias leguas.

Habíamos cruzado el ecuador. A veinte millas al oeste quedaba la Guayana, tierra francesa en la que habríamos encontrado fácil refugio. Pero el viento soplaba con fuerza y un simple bote no hubiera podido enfrentarse a las olas embravecidas. Ned Land lo comprendió sin duda, pues no me dijo nada. Por mi parte, no hice ninguna alusión a sus proyectos de fuga, pues no quería empujarle a una tentativa que habría fracasado irremediabilmente.

Me resarcí fácilmente de aquel retraso con interesantes estudios. Durante los días 11 y 12 de abril, el *Nautilus* no abandonó la superficie del mar y sus redes de arrastre subieron a bordo una pesca prodigiosa de zoófitos, peces y reptiles. Algunos zoófitos habían sido dragados por la barredera. Eran, en su mayor parte, bellas fictalinas, pertenecientes a la familia de los actínidos y, entre otras especies, la *phictalis protexta*, originaria de esa parte del océano, pequeño tronco cilíndrico adornado de líneas verticales, salpicado de puntos rojos y coronado por un maravilloso despliegue de tentáculos. En cuanto a los moluscos, consistían en ejemplares que ya había visto: torrecillas, olivas púrpuras, de líneas entrecruzadas regularmente y cuyas manchas rojas destacaban vivamente sobre un fondo de color carne; fantásticos pteróceros, parecen escorpiones petrificados; hialas traslúcidas; argonautas; sepias, excelentes para comer, y ciertas especies de calamares, que los naturalistas de la Antigüedad clasificaban entre los peces voladores y que sirven principalmente de cebo para la pesca del bacalao.

Anoté diversas especies de peces de aquellos parajes que aún no había tenido ocasión de estudiar. Entre los cartilagosos, los *petromizones pricka*, especie de anguilas de quince pulgadas de largo, cabeza verduzca, aletas violetas, lomo gris azulado, vientre marrón-plateado sembrado de manchas coloridas y con el iris de los ojos enmarcado por un círculo de oro, curiosos animales que la corriente amazónica había debido de arrastrar al mar, pues son de agua dulce; rayas tuberculadas de morro puntiagudo, cola larga y suelta, armadas con un largo aguijón dentado; pequeños escualos de un metro, de piel blanca y gris, cuyos dientes, dispuestos en varias filas, se curvan hacia atrás y que se conocen vulgarmente con el nombre de peces martillo; peces diablo, especie de triángulos isósceles rojizos de medio metro, cuyas aletas pectorales poseen unas prolongaciones carnosas que les dan el aspecto de murciélagos, pero cuyo apéndice córneo, situado cerca de la nariz, les ha valido el apodo de unicornios de mar; y, por último, algunas especies de pejepercos, el curasaviano, con lomos de

un deslumbrante color dorado, y el caprisco, de un violeta claro y matices tornasolados como el cuello de una paloma.

Terminaré esta nomenclatura un tanto seca pero muy exacta con la serie de peces óseos que observé: passanes, pertenecientes al género de los apterónotos, de morro muy achatado y blanco como la nieve, el cuerpo de un bonito color negro y que están provistos de una tira carnosa muy larga y suelta; odontognatos, con sus aguijones; sardinas de tres decímetros de largo, resplandecientes con sus brillos plateados; centronotos negros que se pescan con antorchas, peces de dos metros de largo, carne grasa, blanca y prieta que, frescos, saben como la anguila y, secos, como el salmón ahumado; lábridos semirrojos, revestidos de escamas solamente en la base de las aletas dorsales y anales; crisópteros, en los que el resplandor del oro y la plata se mezcla con el del rubí y el topacio; pargos de cola dorada, de carne extremadamente delicada y a los que sus propiedades fosforescentes delatan en medio de las aguas; esparos pobs, de lengua fina y tonos anaranjados; corbinas de aletas caudales doradas; acanturos negros, anableps de Surinam, etc.

Este «etcétera» no me impedirá citar otro pez del que Conseil se acordará por mucho tiempo, y con razón. Una de nuestras redes había capturado una especie de raya muy plana que, una vez cortada la cola, habría formado o un disco perfecto y que pesaba unos veinte kilos. Era blanca por debajo y rojiza por arriba, con grandes manchas redondas de un azul oscuro enmarcadas en círculos negros, de piel muy lisa y terminada en una aleta bilobulada. Extendida sobre la plataforma, se debatía, trataba de girarse con movimientos convulsos y hacía tantos esfuerzos que un último espasmo a punto estuvo de precipitarla al mar. Pero Conseil, que no quería quedarse sin su pez, se lanzó sobre él y, antes de que yo pudiera impedirselo, lo agarró con las dos manos. Un instante después, de espaldas contra el suelo, con los pies por el aire y la mitad de su cuerpo paralizada, gritó:

—¡Señor! ¡Señor! ¡Ayúdeme!

Era la primera vez que el pobre muchacho no se dirigía a mí en tercera persona.

Entre el canadiense y yo lo levantamos y lo fricciónamos con todas nuestras fuerzas. Cuando recuperó el sentido, el empedernido clasificador murmuró con voz entrecortada: «Clase de los cartilagosos, orden de los condropteringios de branquias fijas, suborden de los selacianos, familia de las rayas, género de los torpedos».

—Sí, amigo mío —respondí—, es un torpedo el que te ha dejado en este estado lamentable.

—Creáme el señor que me vengaré de ese animal.

—¿Cómo?

—Comiéndomelo.

Lo que hizo esa misma noche, pero por pura represalia, pues, francamente, era bastante correoso.

El pobre Conseil se había enfrentado a un torpedo de la especie más peligrosa, la cumana. Este extraño animal, en un medio conductor como el agua, fulmina a los peces a varios metros de distancia, tal es la potencia de su órgano eléctrico, cuyas dos superficies principales no miden menos de veintisiete pies cuadrados.

Al día siguiente el *Nautilus* se acercó a la costa holandesa, hacia la desembocadura del Maroni. Allí vivían en familia varios grupos de vacas marinas. Eran manatíes que, como el dugón y el estelero, pertenecen al orden de los sirenianos. Esos hermosos animales, pacíficos e inofensivos, de seis a siete metros de largo, debían de pesar al menos cuatro mil kilos. Expliqué a Ned Land y a Conseil que la previsora naturaleza había asignado a estos mamíferos una función importante. Son ellos, en efecto, los que, como las focas, pacen en las praderas submarinas, destruyendo así las aglomeraciones de hierbas que obstruyen la desembocadura de los ríos tropicales.

—¿Sabéis lo que ha ocurrido desde que los hombres han exterminado casi por completo estas útiles especies? Pues que las hierbas putrefactas han envenenado el aire y, con el aire empozoñado, la fiebre amarilla ha asolado estas regiones admirables. Las vegetaciones venenosas se han multiplicado en estos mares tórridos y el mal se ha desarrollado irremediablemente desde la desembocadura del Río de la Plata hasta la Florida.

Y, si creemos a Toussenel, esta plaga no es nada comparada con la que azotará a nuestros descendientes cuando en los mares no queden focas ni ballenas. Entonces, atestados de pulpos, medusas y calamares, se convertirán en enormes focos infecciosos, pues ya no contarán con «esos grandes estómagos a los que Dios había encomendado la tarea de limpiar la superficie de los mares».

No obstante, sin despreciar tales teorías, la tripulación del *Nautilus* cazó media docena de manatíes para aprovisionar la despensa de una carne excelente, superior a la del buey y a la ternera. La caza no fue interesante, pues los manatíes se dejaban golpear sin defenderse. Se almacenaron a bordo varios millares de kilos de carne para desecarla.

Ese mismo día, una pesca ejecutada de modo singular aumentó aún más las reservas del *Nautilus*, tan ricos en caza se mostraban aquellos mares. La barredera había capturado entre sus mallas un cierto número de peces cuya cabeza terminaba en una placa oval con rebordes carnosos. Eran equenéis, de la tercera familia de los malacopterigios subbranquiales. Su disco aplastado se compone de láminas cartilaginosas transversales y móviles, entre las que el animal puede hacer el vacío, lo que le permite adherirse a los objetos como una ventosa.

La rémora, que ya había visto en el Mediterráneo, pertenece a otra especie,

pero la que importa aquí es el equenéis osteóquero, típica de ese mar. Nuestros marinos, a medida que las cogían, las iban depositando en cubos de agua.

Terminada la pesca, el *Nautilus* se acercó a la costa. En aquel lugar, un buen número de tortugas marinas dormía en la superficie. Habría sido difícil capturar esos valiosos reptiles, pues se despiertan al menor ruido y tienen un sólido caparazón a prueba de arpón. Pero el equenéis podía hacerlo con una seguridad y precisión extraordinarias. Este animal, en efecto, es un anzuelo viviente que colmaría de felicidad y fortuna al sencillo pescador de caña.

Los tripulantes del *Nautilus* ataron a la cola de estos peces un anillo lo bastante ancho para no entorpecer sus movimientos y al anillo una larga cuerda amarrada a bordo por el otro extremo.

Arrojados al mar, los equenéis comenzaron a cumplir su función rápidamente y fueron a adherirse al peto de las tortugas. Su tenacidad era tal que se habrían desgarrado antes de soltar su presa. Los halamos a bordo, y con ellos a las tortugas a las que iban adheridos. Así capturamos varias tortugas caguanas de un metro de largo y doscientos kilos de peso. Su caparazón, cubierto de placas córneas grandes, finas, transparentes, oscuras y moteadas de blanco o amarillo, las convertía en animales muy valiosos. Además, eran excelentes desde el punto de vista culinario, como las tortugas francas, que tienen un sabor exquisito.

Esa pesca puso fin a nuestra estancia en los parajes del Amazonas y, al caer la noche, el *Nautilus* regresó a alta mar.



XVIII

LOS PULPOS

El *Nautilus* se mantuvo apartado de la costa americana durante algunos días. Era evidente que no quería internarse por las aguas del golfo de México o del mar de las Antillas. Sin embargo, no era por falta de agua bajo su quilla, pues la profundidad media de estos mares es de mil ochocientos metros, sino porque probablemente aquellos parajes, sembrados de islas y surcados por barcos de vapor, no agradaban al capitán Nemo.

El 16 de abril avistamos la Martinica y la Guadalupe a una distancia aproximada de treinta millas y divisé por un instante sus elevados picos.

El canadiense, que contaba con llevar a cabo sus planes en el golfo, ya fuera arribando a tierra firme o bien abordando uno de los muchos barcos que hacen el cabotaje de una isla a otra, quedó muy frustrado. La fuga habría sido factible si Ned Land hubiera logrado hacerse con el bote sin que se enterara el capitán. Pero en pleno océano había que olvidarse de aquello.

El canadiense, Conseil y yo tuvimos una larga conversación al respecto. Hacía seis meses que estábamos prisioneros a bordo del *Nautilus*. Habíamos recorrido diecisiete mil millas y, como decía Ned Land, no había razón para que aquello terminara. Así pues, me hizo una proposición que no me esperaba: preguntar categóricamente al capitán Nemo si pensaba retenernos indefinidamente a bordo.

Me repugnaba la idea de una gestión semejante, en mi opinión condenada al fracaso. No había que esperar nada del comandante del *Nautilus*, sino confiar sólo en nosotros mismos. Además, desde hacía algún tiempo aquel hombre se había vuelto más sombrío, más retirado, menos sociable. Parecía evitarme y rara vez me lo encontraba. Antes se complacía en explicarme las maravillas submarinas, pero ahora me dejaba solo con mis estudios y ya no venía al salón.

¿Qué cambio se había operado en él? ¿Por qué motivo? No tenía nada que reprocharle. ¿Tal vez le pesaba nuestra presencia a bordo? Sea como fuere, no debía esperar que un hombre así nos devolviera la libertad.

Rogué, pues, a Ned que me dejase reflexionar antes de actuar. Si esa gestión no obtenía ningún resultado, podía no obstante reavivar sus sospechas, hacer más penosa nuestra situación y perjudicar los planes del canadiense. Añadiré que en modo alguno podía aducir razones de salud. Si exceptuamos la dura prueba de la banquisa del Polo Sur, Ned, Conseil y yo nunca habíamos estado mejor cuidados. La comida sana, la atmósfera saludable, la regularidad de hábitos y la uniformidad

de temperatura no daban lugar a enfermedades y yo comprendía esa forma de vida para alguien a quien los recuerdos de la tierra no suscitaban ninguna añoranza, para un capitán Nemo que está en su casa, que va adonde quiere y que por vías misteriosas para los demás, pero no para él, avanza hacia su objetivo. Pero nosotros no habíamos roto con la humanidad. Yo no quería enterrar conmigo mis estudios, tan singulares y novedosos. Tenía derecho a escribir el verdadero libro del mar y quería que ese libro pudiera publicarse más pronto que tarde.

Allí mismo, en las aguas de las Antillas, a diez metros de profundidad, ¡cuántas criaturas interesantes pude señalar en mis notas diarias! Entre otros zoófitos, las galeras, denominadas fisalias pelágicas, especie de gruesas vejigas oblongas con reflejos nacarados, que tendían su membrana al viento y dejaban flotar sus tentáculos azules como hilos de seda; preciosas medusas, verdaderas ortigas que destilan un líquido corrosivo cuando se las toca. Entre los articulados, anélidos de un metro y medio de largo, armados de una trompa rosa y provistos de mil setecientos órganos locomotores, que serpentean bajo las aguas y despiden a su paso todos los fulgores del espectro solar. Entre los peces, rayas molubares, enormes cartilaginosos de diez pies de largo y seiscientas libras de peso, con la aleta pectoral triangular, el centro del lomo un poco abombado, los ojos fijados a las extremidades de la parte anterior de la cabeza y que, flotando como el despojo de un naufragio, se adherían a veces como una contraventana opaca sobre nuestro cristal; pejepercos americanos en los que la naturaleza no ha mezclado más que el blanco y el negro; gobios plumeros, alargados y carnosos, de aletas amarillas y mandíbula prominente; caballas de dieciséis decímetros, dientes cortos y afilados, cubiertas de pequeñas escamas, pertenecientes a la especie de las albacoras. Luego aparecieron bandadas de salmonetes, surcados de rayas doradas de la cabeza a la cola, agitando sus resplandecientes aletas; verdaderas obras maestras de la joyería, consagrados antiguamente a Diana, particularmente codiciados por los ricos romanos y de los que el proverbio dice: «No los come quien los coge»; y, por último, pomacantos dorados, decorados con franjas de color esmeralda y vestidos de seda y terciopelo, pasaron ante nuestros ojos como grandes señores de Veronese; sargos espolonados que se ocultaban gracias a su rápida aleta torácica; clupanodones de quince pulgadas, que se envolvían en sus reflejos fosforescentes; mágiles que batían el mar con sus gruesas colas carnosas; corégonos rojos que parecían cortar las aguas con su afilada aleta pectoral, y selenos plateados que, haciendo honor a su nombre, se elevaban sobre el horizonte de las aguas como lunas con reflejos blancos.

¡Cuántos ejemplares nuevos y maravillosos habría podido observar aún si el *Nautilus* no hubiera descendido poco a poco hacia las capas profundas! Sus planos inclinados lo arrastraron hasta fondos de dos mil y tres mil quinientos metros. Allí

la vida animal estaba únicamente representada por encrinas, estrellas de mar, magníficos pentacrinos con cabeza de medusa, cuyos tallos rectos sujetaban un pequeño cáliz, trocos, neritas sangrantes y fisurelas, moluscos litorales de gran tamaño.

El 20 de abril ascendimos hasta mantenernos a una profundidad media de mil quinientos metros. La tierra más próxima era la del archipiélago de las islas Lucayas, diseminadas como un montón de adoquines sobre la superficie del mar. Allí se elevaban altos acantilados submarinos, murallas rectas formadas por bloques erosionados dispuestos en amplias hiladas, entre los que se abrían agujeros negros que nuestros rayos eléctricos no lograban iluminar hasta el fondo. Esas rocas estaban cubiertas por grandes hierbas, laminarias gigantes y fucos enormes, una auténtica espaldera de hidrófitos digna de un mundo de titanes.

Las plantas colosales de las que hablábamos Conseil, Ned y yo nos llevaron lógicamente a citar los animales gigantescos del mar. Aquellas están evidentemente destinadas a alimentar a éstos. Sin embargo, a través de los cristales del *Nautilus*, que estaba prácticamente inmóvil, aún no se veía en esos largos filamentos más que los principales articulados de la división de los braquiuros, lámbridos de largas patas, cangrejos violáceos y clios típicos de los mares de las Antillas.

Eran cerca de las once cuando Ned Land llamó mi atención sobre un formidable hormigueo que recorría las grandes algas.

—Son verdaderas cavernas de pulpos, y no me extrañaría ver a algunos de esos monstruos —dije.

—¡Cómo! —exclamó Conseil—. ¿Calamares, simples calamares de la clase de los cefalópodos?

—No, pulpos de grandes dimensiones. Pero el amigo Land ha debido de equivocarse, porque no veo nada.

—Qué lástima —replicó Conseil—. Me gustaría ver cara a cara a uno de esos pulpos de los que tanto he oído hablar y que pueden arrastrar los barcos hasta el fondo de los abismos. A esas bestias las llaman k...

—Camelos, sí —respondió, irónico, el canadiense.

—Krakens —prosiguió Conseil, ignorando la broma de su compañero.

—Nadie logrará convencerme de que esos animales existen.

—¿Por qué no? —respondió Conseil—. ¿No creímos en el narval del señor?

—Nos equivocamos, Conseil.

—Cierto, pero los demás aún creen en él.

—Es probable, pero, por lo que a mí respecta, sólo admitiré la existencia de esos monstruos cuando los haya disecado con mis propias manos.

—¿Conque el señor no cree en los pulpos gigantescos?

—¡Bah! ¿Quién diablos ha creído alguna vez en ellos? —exclamó el

canadiense.

—Mucha gente, amigo Ned.

—Los pescadores no, desde luego. Los sabios, tal vez.

—Un servidor recuerda perfectamente haber visto una gran embarcación arrastrada al fondo del mar por los brazos de un cefalópodo —dijo Conseil con la mayor seriedad del mundo.

—¿Lo vio usted? —preguntó el canadiense.

—Sí.

—¿Con sus propios ojos?

—Con mis propios ojos.

—Dónde, si puede saberse.

—En Saint Malo —contestó imperturbable Conseil.

—¿En el puerto? —dijo irónicamente Ned Land.

—No, en una iglesia.

—¡En una iglesia!

—Sí, amigo Ned. Era un cuadro que representaba al pulpo en cuestión.

—¡Vaya! —exclamó Ned Land, echándose a reír—. El señor Conseil me toma el pelo.

—De hecho, tiene razón —dije—. He oído hablar de ese cuadro, pero el tema que representa está tomado de una leyenda, y ya sabe lo que hay que pensar de las leyendas en materia de historia natural. Además, cuando se trata de monstruos la imaginación se dispara. No sólo se ha afirmado que esos pulpos podían arrastrar un barco, sino que un tal Olaus Magnus habla incluso de un cefalópodo de una milla de largo y que más parecía una isla que un animal. También se cuenta que el obispo de Nidros elevó un día un altar sobre una inmensa roca. Terminada la misa, la roca empezó a moverse y regresó al mar. La roca era un pulpo.

—¿Eso es todo? —preguntó el canadiense.

—No. Otro obispo, Pontoppidan de Berghem, también habla de un pulpo sobre el que podría maniobrar un regimiento de caballería.

—Pues sí que estaban buenos los obispos de antes —dijo Ned Land.

—Por último, los naturalistas de la Antigüedad hablan de monstruos cuya lengua parecía un golfo y que eran demasiado grandes para pasar por el estrecho de Gibraltar.

—¡Venga ya! —exclamó el canadiense.

—Pero ¿qué hay de cierto en todos esos relatos? —preguntó Conseil.

—Nada, amigos míos, al menos en lo que excede los límites de lo verosímil para convertirse en fábula o leyenda. No obstante, la imaginación de los fabuladores requiere, si no una causa, al menos un pretexto. No se puede negar que existen pulpos y calamares de gran tamaño, aunque inferior al de los cetáceos.

Aristóteles constató las dimensiones de un calamar que medía cinco codales, es decir, tres metros diez. Nuestros pescadores ven a menudo ejemplares de más de un metro ochenta de largo. Los museos de Trieste y Montpellier conservan esqueletos de pulpos de dos metros. Además, según el cálculo de los naturalistas, uno de estos animales, de sólo seis pies de largo, tendría unos tentáculos de veintisiete pies, lo que bastaría para convertirlo en un monstruo formidable.

—¿Se pescan de esos en nuestros días? —preguntó el canadiense.

—Si no se pescan, al menos los marinos los ven. Un amigo mío, el capitán Paul Bos, de *El Havre*, me ha asegurado a menudo que se había encontrado con uno de esos monstruos de tamaño colosal en los mares de la India. Pero el hecho más asombroso, que no deja lugar a dudas sobre la existencia de estos animales gigantescos, ocurrió hace algunos años, en 1861.

—¿Qué pasó? —preguntó Ned Land.

—Lo siguiente. En 1861, al nordeste de Tenerife, poco más o menos en la latitud donde nos hallamos ahora, la tripulación del *Alecton* divisó un monstruoso calamar que nadaba en sus aguas. El comandante Bouguer se acercó al animal y lo arponeó y disparó sin gran éxito, pues las balas y los arpones atravesaban sus carnes blandas como si fueran gelatina inconsistente. Tras varias tentativas infructuosas, la tripulación logró pasar un nudo corredizo alrededor del cuerpo del molusco. El nudo resbaló hasta las aletas caudales y allí se detuvo. Trataron entonces de izarlo a bordo, pero pesaba tanto que se le partió la cola por la tracción de la cuerda y, privado de ese adorno, desapareció bajo el agua.

—Bien, al fin un hecho —dijo Ned Land.

—Un hecho indiscutible, mi buen Ned. Por eso se propuso llamar a ese pulpo «calamar de Bouguer».

—¿Y cuál era su longitud? —preguntó el canadiense.

—¿No medía unos seis metros? —dijo Conseil, que, apostado ante el cristal, examinaba de nuevo los huecos del acantilado.

—Exacto —respondí.

—¿No tenía la cabeza coronada por ocho tentáculos que se agitaban en el agua como un nido de serpientes?

—Exacto.

—¿No tenía unos ojos enormes y saltones?

—Así es.

—¿Y su boca no era un pico de loro, pero más impresionante?

—En efecto.

—Entonces —respondió tranquilamente Conseil—, si no es el calamar de Bouguer, he aquí al menos uno de sus hermanos.

Miré a Conseil, mientras Ned Land corría hacia el cristal.

—¡La bestia espantosa! —exclamó.

Miré yo también, y no pude reprimir un gesto de repulsión. Antes mis ojos se agitaba un monstruo horrible, digno de figurar en las leyendas teratológicas.

Era un calamar de dimensiones colosales, pues medía ocho metros de largo, que marchaba a reculones con extrema rapidez en la dirección del *Nautilus*. Miraba con sus enormes ojos fijos de tonos glaucos. Sus ocho brazos, o, mejor dicho, sus ocho pies implantados en la cabeza, que han valido a estos animales el nombre de cefalópodos, tenían un desarrollo dos veces mayor que el de su cuerpo y se retorcían como la cabellera de las Furias. Se distinguían claramente las doscientas cincuenta ventosas situadas en la cara interna de los tentáculos, en forma de cápsulas semiesféricas. A veces las ventosas se pegaban al cristal del salón, haciendo el vacío. La boca del monstruo —un pico córneo como el de un loro— se abría y se cerraba verticalmente. Su lengua, sustancia igualmente córnea y armada con varias filas de dientes puntiagudos, salía retorciéndose de esa verdadera cizalla. ¡Qué fantasía de la naturaleza, un pico de pájaro en un molusco! Su cuerpo, fusiforme e hinchado en su parte central, formaba una masa carnosa que debía de pesar entre veinte y veinticinco mil kilos. Su color cambiaba con extrema rapidez según la irritación del animal y pasaba sucesivamente del gris pálido al marrón rojizo.

¿Por qué se irritaba aquel molusco? Sin duda por la presencia del *Nautilus*, más formidable que él, sobre el que sus brazos succionadores y sus mandíbulas no tenían ningún poder. Y sin embargo, ¡qué monstruos los pulpos, qué vitalidad les ha dado el Creador, qué vigor en sus movimientos, gracias a sus tres corazones!

El azar nos había puesto en presencia de ese calamar y no quise perder la ocasión de estudiar detenidamente aquel espécimen de cefalópodos. Vencí el horror que me inspiraba su aspecto, cogí un lápiz y empecé a dibujarlo.

—Quizá sea el mismo que el del *Alecton* —dijo Conseil.

—No —respondió el canadiense—, porque este está entero y el otro perdió la cola.

—Esa no sería una razón —respondí—. Los brazos y la cola de estos animales vuelven a crecer y durante siete años la cola del calamar de Bouguer sin duda ha tenido tiempo de desarrollarse otra vez.

—Bueno, si no es este, quizá sea uno de esos —repuso Ned.

En efecto, aparecieron más pulpos a estribor. Conté siete. Cortejaban al *Nautilus*, y podía oír sus picotazos sobre el casco de acero. Estábamos servidos.

Continué mi trabajo. Los monstruos se mantenían cerca del barco con tal precisión que parecían inmóviles, y yo habría podido calcarlos en escorzo sobre el cristal. Navegábamos, además, a velocidad moderada.



De pronto el *Nautilus* se detuvo y un choque sacudió todo su armazón.
—¿Hemos chocado? —pregunté.

—En cualquier caso nos hemos soltado, porque estamos flotando.

El *Nautilus* flotaba, pero sin avanzar. Las palas de la hélice no batían las olas. Un minuto después, el capitán Nemo, seguido de su segundo, entró en el salón.

Llevaba tiempo sin verle y me pareció preocupado. Sin hablarnos, tal vez sin vernos, fue al cristal, miró los pulpos y dijo algo a su segundo. Éste salió y al poco

se cerraron los paneles y se iluminó el techo.

Me dirigí al capitán y le dije, con el tono desenfadado que emplearía un aficionado ante el cristal de un acuario:

—Una curiosa colección de pulpos.

—Sí, señor naturalista, y vamos a combatirlos cuerpo a cuerpo.

Miré al capitán, pues creí no haber oído bien.

—¿Cuerpo a cuerpo?

—Sí. La hélice está parada. Creo que las mandíbulas córneas de uno de estos calamares se han enganchado en sus aspas, lo que nos impide avanzar.

—¿Y qué va a hacer?

—Subir a la superficie y acabar con esas alimañas.

—Empresa difícil.

—Sí. Las balas eléctricas nada pueden contra sus carnes blandas, en las que no encuentran suficiente resistencia para estallar. Pero los atacaremos con hachas.

—Y con el arpón, si no rechaza mi ayuda —dijo el canadiense.

—La acepto, señor Land.

—Les acompañaremos —dije, y, siguiendo al capitán Nemo, nos dirigimos a la escalera central.

Allí nos aguardaba una docena de hombres armados con hachas de abordaje y listos para el ataque. Conseil y yo cogimos dos hachas y Ned Land agarró un arpón.

El *Nautilus* había vuelto a la superficie. Uno de los marineros, situado en los últimos peldaños, desenroscaba los pernos de la escotilla, pero apenas se habían soltado las tuercas cuando ésta salió disparada, evidentemente arrastrada por la ventosa del tentáculo de un pulpo. Inmediatamente uno de esos largos tentáculos se deslizó como una serpiente por la abertura y otros veinte se agitaron por arriba. El capitán Nemo cortó de un hachazo el formidable tentáculo, que resbaló retorciéndose por los escalones.

Mientras nos empujábamos los unos a los otros para subir a la plataforma, otros dos brazos, azotando el aire, cayeron sobre el marinero que iba delante del capitán y se lo llevaron con una fuerza irresistible. El capitán Nemo lanzó un grito, se precipitó hacia fuera y todos corrimos tras él.

¡Qué escena! Aquel infeliz, asido por el tentáculo y pegado a sus ventosas, se balanceaba en el aire a capricho de la enorme trompa. Gemía y, ahogado, gritaba: «¡Socorro! ¡Socorro!». Esas palabras, pronunciadas en francés, me causaron un profundo estupor. Tenía, pues, un compatriota a bordo, varios tal vez. Seguiré oyendo esa desgarradora llamada durante toda mi vida.

Aquel desdichado estaba perdido. ¿Quién podría arrancarle de ese poderoso abrazo? No obstante, el capitán Nemo se lanzó sobre el pulpo y de un hachazo le cortó otro tentáculo. Su segundo luchaba con otros monstruos que trepaban por los

costados del *Nautilus*. La tripulación combatía a hachazos y el canadiense, Conseil y yo hundimos nuestras armas en las masas carnosas. Un fuerte olor a almizcle inundó la atmósfera. Era terrible.

Por un instante creí que el infeliz que había sido enlazado por el pulpo se liberaría de su succión, al haberle cortado siete de sus ocho brazos. Sólo uno se retorció en el aire, blandiendo a su víctima como una pluma. Pero cuando el capitán Nemo y su segundo se abalanzaron sobre él, el animal lanzó una columna de un líquido negruzco, segregado por una bolsa situada en su abdomen, y nos cegó. Cuando se disipó la nube de tinta, el calamar había desaparecido y con él mi infortunado compatriota.

¡Qué rabia nos empujó entonces contra esos monstruos! No podíamos contenernos. Diez o doce pulpos habían invadido la plataforma y los costados del *Nautilus*. Rodábamos entremezclados con esos trozos de serpientes que se agitaban sobre la plataforma en torrentes de sangre y tinta. Parecía que aquellos viscosos tentáculos renacían como las cabezas de la hidra. El arpón de Ned Land se hundía a cada golpe en los ojos glaucos de los calamares, reventándolos. Pero mi intrépido compañero fue súbitamente derribado por los tentáculos de un monstruo al que no había podido esquivar.

¡Ah!, ¿cómo no se me rompió el corazón por la emoción y el horror? El formidable pico del calamar se abrió sobre Ned Land, presto a cortar en dos a aquel desdichado. Corrí en su ayuda, pero el capitán Nemo se había adelantado. Su hacha desapareció entre las dos enormes mandíbulas y, milagrosamente salvado, el canadiense se levantó y hundió completamente su arpón hasta el triple corazón del pulpo.

—Le debía esta revancha —dijo el capitán Nemo al canadiense.

Ned se inclinó sin responderle.

El combate había durado un cuarto de hora. Los monstruos, vencidos, mutilados y heridos de muerte, finalmente nos dejaron el espacio libre y desaparecieron bajo las aguas.

El capitán Nemo, cubierto de sangre, inmóvil junto al fanal, miraba al mar que había engullido a uno de sus compañeros, mientras gruesas lágrimas brotaban de sus ojos.

XIX

EL GULF STREAM

Ninguno de nosotros podrá olvidar jamás aquella terrible escena del 20 de abril. La he escrito embargado por una fuerte emoción. Luego he repasado mi relato y se lo he leído a Conseil y al canadiense, que lo han encontrado fiel en los hechos pero insuficiente en los efectos. Para describir tales escenas haría falta la pluma de nuestro poeta más ilustre, el autor de *Los trabajadores del mar*.

He dicho que el capitán Nemo lloraba al contemplar las aguas. Su dolor era inmenso. Era el segundo compañero que perdía desde nuestra llegada a bordo. ¡Y qué muerte! Aquel amigo, aplastado, ahogado, destrozado por el formidable tentáculo de un pulpo, triturado por sus mandíbulas de hierro, no reposaría con sus compañeros en las tranquilas aguas del cementerio de coral.

El grito desesperado de aquel infeliz me había desgarrado el corazón en el fragor de la lucha. Ese pobre francés, olvidando su lengua concertada, había vuelto a la de su país y su madre para hacer un supremo llamamiento. De modo que tenía un compatriota entre la tripulación del *Nautilus*, aliada en cuerpo y alma con el capitán Nemo y que como él rehuía el contacto de los hombres. ¿Sería el único representante de Francia en esa misteriosa sociedad, compuesta evidentemente por individuos de diversas nacionalidades? Ése era otro de los problemas irresolubles que me planteaba sin cesar.

El capitán regresó a su habitación y no volví a verle durante algún tiempo. ¡Qué triste, desesperado e indeciso debía de hallarse, a juzgar por el navío del que él era el alma y al que transmitía todas sus emociones! El *Nautilus* no seguía un rumbo fijo. Deambulaba, flotando como un cadáver a merced de las olas. Su hélice ya estaba libre, pero apenas la utilizaba. Navegaba al azar, incapaz de abandonar el escenario de su última lucha, el mar que había devorado a uno de los suyos.

Así transcurrieron diez días. Hasta el 1 de mayo el *Nautilus* no puso de nuevo rumbo al norte, tras haber avistado las Lucayas en la embocadura del canal de las Bahamas. Seguimos entonces la corriente del mayor río marino, que tiene sus orillas, sus peces y su temperatura propios. Hablo del *Gulf Stream*.

Es un río que corre libremente por el Atlántico y cuyas aguas no se mezclan con las oceánicas. Es un río salado, más salado que el mar que lo rodea, y tiene una profundidad media de tres mil pies y una anchura media de sesenta millas. En algunos lugares su corriente fluye a una velocidad de cuatro kilómetros por hora. El volumen constante de sus aguas es mayor que el de todos los ríos del planeta.

La verdadera fuente del *Gulf Stream*, descubierta por el comandante Maury, su punto de partida, si se quiere, está situada en el golfo de Gascuña. Allí comienzan a formarse sus aguas, aún débiles de temperatura y color. Desciende al sur, bordea el África ecuatorial, calienta sus aguas bajo los rayos solares de la zona tórrida, cruza el Atlántico, llega al cabo de San Roque en la costa brasileña y se bifurca en dos ramas, una de las cuales va a saturarse nuevamente de las moléculas calientes del mar de las Antillas. Entonces el *Gulf Stream*, encargado de reestablecer el equilibrio entre las temperaturas y de mezclar las aguas de los trópicos con las boreales, comienza a cumplir su función como ponderador. Caldeado al rojo vivo en el golfo de México, sube al norte por las costas americanas, avanza hasta Terranova, se desvía impulsado por la corriente fría del estrecho de Davis, retoma la ruta del océano siguiendo la línea loxodrómica sobre uno de los grandes círculos del planeta, se divide en dos ramas hacia los 45°, una de las cuales, con ayuda del alisio del noreste, vuelve al golfo de Gascuña y a las Azores, y la otra, tras templar las costas de Irlanda y Noruega, llega más allá de las Spitzberg, donde su temperatura desciende hasta los cuatro grados, para formar el mar libre del Polo.

El *Nautilus* navegaba por ese río oceánico. A su salida del canal de las Bahamas, con catorce leguas de anchura y una profundidad de trescientos cincuenta metros, el *Gulf Stream* fluye a ocho kilómetros por hora. Esta rapidez decrece regularmente a medida que avanza hacia el norte, y es de desear que tal regularidad persista, pues si, como se ha creído advertir, se modificaran su velocidad y dirección, los climas europeos quedarían sujetos a perturbaciones de consecuencias impredecibles.

Hacia mediodía yo estaba en la plataforma con Conseil, a quien explicaba las particularidades del *Gulf Stream*. Terminada mi explicación, le invité a mojar las manos en la corriente. Así lo hizo, y se sorprendió de no experimentar ninguna sensación de frío ni calor.

—Eso se debe a que la temperatura del agua del *Gulf Stream* al salir del golfo de México difiere poco de la de la sangre. El *Gulf Stream* es un inmenso calentador que permite a las costas europeas revestirse de un verdor perenne. Y, de creer a Maury, si se utilizara todo el calor de esta corriente se obtendría el suficiente para mantener fundido un río de hierro líquido tan grande como el Amazonas o el Misuri.

En esos momentos la velocidad del *Gulf Stream* era de dos metros veinticinco por segundo. Su corriente se distingue tan claramente del mar circundante que sus aguas comprimidas sobresalen en el océano y se produce un desnivel entre ellas y las aguas frías. Oscuras, por otra parte, y muy ricas en materias salinas, resaltan por su color añil sobre las aguas verdes que las rodean. Tan clara es su línea de

demarcación que el *Nautilus* cortó con su espolón las aguas del *Gulf Stream* a la altura de las Carolinas, mientras su hélice batía aún las del océano.

La corriente arrastraba consigo un sinfín de seres vivos. Los argonautas, tan comunes en el Mediterráneo, viajaban en nutridas manadas. Entre los cartilagosos, los más notables eran las rayas, cuya cola, muy suelta, comprendía casi un tercio de su cuerpo y que parecían grandes rombos de veinticinco pies de largo. Había también pequeños escualos de un metro, cabeza grande, morro corto y redondeado, dientes puntiagudos dispuestos en varias hileras y cuyo cuerpo parecía cubierto de escamas.

Entre los peces óseos, anoté unos sargos grises típicos de esos mares; corvinas cuyo iris brillaba como el fuego; escienas de un metro de largo, con la lengua plagada de pequeños dientes y que dejaban escapar un ligero grito; centronotos negros, de los que ya hablé; corífenos azules, salpicados de oro y plata; escaros, verdaderos arcos iris del océano, que pueden rivalizar en color con las más bellas aves de los trópicos; blemios bosquianos de cabeza triangular; rombos azulados, desprovistos de escamas; batracoides recubiertos de una franja amarilla y transversal que forma una t griega; enjambres de pequeños gobios moteados de manchas marrones; dipterodones de cabeza plateada y cola amarilla; diversos especímenes de salmones; mugilomoros de talle esbelto y brillo suave, que Lacépède consagró como sus amables compañeros de vida, y, por último, un hermoso pez, el caballero americano, que, distinguido con todas las órdenes y condecorado con todos los galardones, frecuenta las orillas de esa gran nación donde éstos se tienen en tan poca estima.

Añadiré que, por la noche, las aguas fosforescentes del *Gulf Stream* rivalizaban con el resplandor eléctrico de nuestro fanal, sobre todo durante las tormentas, que nos amenazaban frecuentemente.

El 8 de mayo nos hallábamos aún frente al cabo Hatteras, a la altura de Carolina del Norte. La anchura del *Gulf Stream* es allí de doscientos diez metros. El *Nautilus* continuaba avanzando sin rumbo fijo. Parecía haberse desterrado cualquier vigilancia a bordo. Debo reconocer que, en tales condiciones, una fuga podía culminarse con éxito. En efecto, las costas habitadas ofrecían fáciles refugios por doquier. Además, el mar estaba continuamente surcado por numerosos barcos de vapor que hacen el servicio entre Nueva York o Boston y el golfo de México, y noche y día lo recorrían las pequeñas goletas encargadas del cabotaje en los diversos puntos de la costa americana. Era de esperar que alguien nos recogiera. Se trataba, pues, de una ocasión favorable, pese a las treinta millas que separaban el *Nautilus* de las costas de la Unión.

Pero una circunstancia adversa complicaba los planes del canadiense. Hacía un tiempo horrible. Nos acercábamos a esos parajes donde las tormentas son

frecuentes, a la patria de las trombas y los ciclones, engendrados precisamente por el *Gulf Stream*. Enfrentarse a un mar a menudo embravecido a bordo de un frágil bote era lanzarse a una muerte segura, y el mismo Ned Land así lo reconocía. Por eso tascaba el freno, poseído por una furiosa nostalgia que sólo la fuga hubiera podido curar.

—Esto ha de terminar —me dijo ese día—. Quiero que quede claro. Su capitán Nemo se aleja de las tierras y sube al norte. Pero le aseguro que ya tuve bastante con el Polo Sur y no le seguiré al Polo Norte.

—¿Y qué podemos hacer, Ned? Una fuga es imposible en estos momentos.

—Vuelvo a mi idea. Hay que hablar con el capitán. Usted no dijo nada mientras estuvimos en los mares de su país, pero yo quiero hablar ahora que estamos en los mares del mío. Cuando pienso que dentro de unos días el *Nautilus* se hallará a la altura de Nueva Escocia y que allí, hacia Terranova, se abre una ancha bahía, que en esa bahía desemboca el San Lorenzo, mi río, el río de Quebec, mi ciudad natal; cuando pienso en eso, la furia me domina y se me erizan los cabellos. Mire, señor, antes me tiraría al mar que quedarme en este barco. Aquí me ahogo.

Evidentemente, el canadiense había llegado al límite de su paciencia. Su vigorosa naturaleza no podía acomodarse a un encierro tan prolongado, su fisonomía se alteraba más cada día y su carácter se iba tornando cada vez más sombrío. Yo comprendía lo que debía de estar sufriendo, pues a mí también me abrumaba la nostalgia. Habían transcurrido casi siete meses sin noticia alguna de la tierra. Además, el aislamiento del capitán Nemo, su cambio de humor, sobre todo desde el combate contra los pulpos, su taciturnidad, me hacían ver las cosas bajo una luz distinta. Ya no sentía el entusiasmo de los primeros días. Había que ser un flamenco como Conseil para aceptar esa situación en un medio reservado a los cetáceos y a otros habitantes del mar. Verdaderamente, si el buen muchacho tuviese branquias en vez de pulmones, creo que habría sido un pez notable.

—¿Y bien? —preguntó Ned Land, viendo que no le respondía.

—Y bien, Ned, ¿quiere que pregunte al capitán Nemo cuáles son sus intenciones hacia nosotros?

—Sí.

—¿Aunque ya las haya expresado?

—Sí. Quiero cerciorarme por última vez. Si quiere, hable por mí y sólo en mi nombre.

—Pero rara vez me lo encuentro. Parece evitarme.

—Razón de más para ir a verle.

—Se lo preguntaré, Ned.

—¿Cuándo? —insistió el canadiense.

—Cuando lo encuentre.

—Señor Aronnax, ¿quiere que vaya a buscarlo yo mismo?

—No, déjelo en mis manos. Mañana...

—Hoy —dijo Ned Land.

—Está bien. Lo veré hoy —respondí al canadiense, que, de actuar en solitario, sin duda lo habría comprometido todo.

Me quedé a solas. Decidida la cuestión, resolví zanjarla inmediatamente. Prefiero lo hecho a lo por hacer. Regresé a mi camarote. Desde allí oí pasos en el del capitán Nemo. No debía dejar pasar la ocasión de encontrarlo. Llamé a su puerta, sin obtener respuesta. Llamé otra vez, giré el picaporte, abrí la puerta y entré. Allí estaba el capitán Nemo. Inclinado sobre su mesa de trabajo, no me había oído. Decidido a no irme sin haberle interrogado, me acerqué a él. Levantó súbitamente la cabeza, frunció el ceño y me dijo con bastante brusquedad:

—¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere?

—Hablar con usted.

—Estoy ocupado trabajando. La libertad que le doy a usted de aislarse, ¿no puedo tenerla para mí?

El recibimiento era poco alentador, pero yo estaba decidido a oír cualquier cosa con tal de poder responder.

—Señor —dije fríamente—, debo hablarle de un asunto que no puedo aplazar por más tiempo.

—¿Cuál? —respondió él, irónicamente—. ¿Ha hecho algún descubrimiento que se me haya escapado? ¿El mar le ha revelado nuevos secretos?

Estábamos lejos del asunto en cuestión. Pero antes de que pudiese responderle, me señaló un manuscrito abierto sobre su mesa y, en tono más grave, dijo:

—Este, señor Aronnax, es un manuscrito escrito en varias lenguas. Contiene el resumen de mis estudios sobre el mar y, si Dios quiere, no desaparecerá conmigo. Este manuscrito, firmado con mi nombre y completado con la historia de mi vida, se guardará en un pequeño aparato insumergible. El último superviviente de todos nosotros lanzará ese aparato al mar, y este irá adonde lo lleven las olas.

¡El nombre de aquel individuo! ¡Su historia escrita por él mismo! ¿Así que algún día su misterio quedaría desvelado? Pero en esos momentos no vi en esa declaración más que una entrada en materia.

—Capitán, no puedo sino aprobar su decisión. El fruto de sus estudios no debe perderse, pero el medio que piensa emplear me parece primitivo. ¿Quién sabe adónde llevarán los vientos ese aparato y en qué manos caerá? ¿No podría idear algo mejor? ¿No podría usted o uno de los suyos...?

—Nunca —dijo, interrumpiéndome, el capitán Nemo.

—Pero mis compañeros y yo estamos dispuestos a custodiar ese manuscrito, y si nos devuelve la libertad...

—¡La libertad! —exclamó el capitán Nemo, incorporándose.

—Sí, de eso quería hablarle. Llevamos siete meses en su barco y hoy le pregunto, en nombre de mis compañeros y en el mío, si tiene intención de retenernos aquí para siempre.

—Señor Aronnax, le respondo hoy lo mismo que hace siete meses. Quien entra en el *Nautilus* nunca podrá abandonarlo.

—Lo que usted nos impone es la esclavitud pura y dura.

—Llámelo como quiera.

—Pero en todas partes el esclavo conserva el derecho de recobrar su libertad y utilizar cualquier medio que se le presente.

—¿Quién le ha negado ese derecho? ¿Acaso le he encadenado bajo algún juramento?

El capitán me miraba con los brazos cruzados.

—Señor —le dije—, ni a usted ni a mí nos agrada volver por segunda vez a este asunto, pero, ya puestos, vayamos hasta el final. Se lo repito, no sólo se trata de mí. Para mí, el estudio es un refugio, una poderosa diversión, un hábito, una pasión que puede hacerme olvidar todo. Como usted, soy un hombre capaz de vivir ignorado, en la sombra, con la frágil esperanza de legar algún día al porvenir el resultado de mis trabajos mediante un aparato hipotético confiado al azar de las olas y los vientos. En una palabra, puedo admirarle y seguirle gustoso en una misión que comprendo en algunos puntos, pero hay otros aspectos de su vida que me la hacen entrever llena de complicaciones y misterios de los que mis compañeros y yo somos aquí los únicos excluidos. Incluso cuando nuestro corazón haya podido latir emocionado por alguno de sus pesares o conmovido por sus actos de genio o coraje, hemos tenido que reprimir hasta la menor muestra de esa simpatía nacida de la visión de lo bueno y noble, ya provenga del amigo o del enemigo. Pues bien, ese sentimiento de ser ajenos a todo lo que le concierne es lo que convierte nuestra situación en algo inaceptable incluso para mí, pero sobre todo para Ned Land. Todo hombre, por el hecho de serlo, merece consideración. ¿Se ha planteado los planes de venganza que el amor a la libertad y el odio a la esclavitud podrían engendrar en un carácter como el del canadiense, lo que podría pensar, intentar, proponerse...?

Dicho lo cual, el capitán Nemo se levantó.

—¿Qué me importa lo que Ned Land piense, intente o se proponga? No soy yo quien ha ido a buscarle, ni lo retengo a bordo por mi gusto. En cuanto a usted, señor Aronnax, es de los que pueden comprenderlo todo, incluso el silencio. No tengo nada más que decirle. Que esta primera vez en que viene a tratar este asunto sea también la última, pues si hay una segunda ni siquiera podré escucharle.

Me retiré. A partir de aquel día nuestra situación se tornó muy tensa. Relaté mi

conversación a mis dos compañeros.

—Ahora sabemos que no hay que esperar nada de este hombre. El *Nautilus* se acerca a Long Island. Huiremos, haga el tiempo que haga.

Pero el tiempo se iba poniendo cada vez más amenazante. Se percibían los síntomas de un huracán. La atmósfera se volvía blanca y lechosa. Los cirros de haces sueltos eran reemplazados en el horizonte por capas de nimbocúmulos. Otras nubes bajas huían rápidamente. La mar se tornaba gruesa y se hinchaba en largas marejadillas. Las aves desaparecían, a excepción de los petreles, amigos de las tempestades. El barómetro descendía notablemente e indicaba una extrema tensión de los vapores en el aire. La mezcla del *stormglass* se descomponía por la acción de la electricidad que saturaba la atmósfera. La lucha de los elementos estaba próxima.

La tempestad estalló el 18 de mayo, mientras el *Nautilus* navegaba a la altura de Long Island, a algunas millas de los pasos de Nueva York. Puedo describir la lucha de los elementos porque, en vez de huir a las profundidades, el capitán Nemo, por algún inexplicable capricho, decidió hacerle frente en la superficie.

Soplaba el viento del sudoeste, primero frescachón, es decir, a una velocidad de quince metros por segundo, que subió a veinticinco metros por segundo hacia las tres de la tarde. Es la cifra de las tempestades.

El capitán Nemo, inquebrantable bajo las ráfagas, se había situado en la plataforma, amarrado a la cintura para resistir las monstruosas olas que azotaban el barco. Yo también subí y me até, con mi admiración dividida entre la tempestad y aquel hombre incomparable que le plantaba cara.

El mar embravecido era barrido por grandes jirones de nubes que se hundían en las olas y dejé de ver las pequeñas olas intermedias que se forman en las grandes simas del agua. Sólo se divisaban largas ondulaciones fuliginosas, tan compactas que sus crestas no reventaban. Su altura aumentaba, como si se incitaran unas a otras. El *Nautilus*, ya inclinado de un costado, ya erguido como un mástil, se balanceaba y cabeceaba espantosamente.

Hacia las cinco cayó una lluvia torrencial que no aplacó ni al viento ni al mar. El huracán se desencadenó a una velocidad de cuarenta y cinco metros por segundo, es decir, unas cuarenta leguas por hora. En esas condiciones derriba las casas, clava las tejas de los techos en las puertas, rompe las verjas de hierro y desplaza cañones del veinticuatro. Y sin embargo, el *Nautilus*, en medio de la tormenta, justificaba las palabras de un sabio ingeniero: «No hay casco bien construido que no pueda desafiar al mar». Así, no era una roca resistente lo que aquellas olas habrían demolido, sino un huso de acero, obediente y móvil, sin aparejos ni arboladura, que retaba impunemente la furia de las aguas.

Examiné atentamente las olas desatadas. Medían hasta quince metros de altura

sobre una longitud de ciento cincuenta a ciento setenta y cinco metros, y su velocidad de propagación era de quince metros por segundo, la mitad de la del viento. Su tamaño y potencia aumentaban con la profundidad del agua. Comprendí entonces la función de esas olas que aprisionan el aire en sus costados y lo llevan al fondo del mar, al que vivifican con ese oxígeno. Se ha calculado que su extrema fuerza de presión puede alcanzar los tres mil kilos por pie cuadrado de la superficie que azotan. Fueron esas olas las que en las Hébridas desplazaron un bloque de ochenta y cuatro mil libras de peso. Fueron ellas las que, en la tempestad del 23 de diciembre de 1864, tras haber derribado una parte de la ciudad japonesa de Edo, avanzaron a setecientos kilómetros por hora para romper ese mismo día en las costas de América.



La intensidad de la tempestad aumentó con la noche. El barómetro cayó hasta los setecientos diez milímetros, como durante el ciclón de 1860 en Reunión. Durante el crepúsculo vi pasar en el horizonte un gran barco que se debatía a duras penas. Capeaba a baja velocidad para mantenerse erguido frente a las olas. Debía de tratarse de uno de esos barcos de vapor de las líneas de Nueva York a Liverpool o a *El Havre*. Pronto desapareció en la oscuridad.

A las diez de la noche el cielo estaba en llamas. Violentos relámpagos surcaban la atmósfera. Yo no podía soportar su fulgor, mientras que el capitán Nemo, mirándolos de frente, parecía aspirar el alma de la tempestad. Un ruido terrible inundó el aire, un ruido complejo, compuesto por los rugidos de las olas reventadas, los aullidos del viento y los estampidos del trueno. El viento saltaba a todos los puntos del horizonte y el ciclón, partiendo del este, daba la vuelta pasando por el norte, el oeste y el sur, en sentido inverso a las tempestades giratorias del hemisferio austral.

¡Ah, el *Gulf Stream*! Hacía honor a su nombre de rey de las tempestades. Es él quien crea estos formidables ciclones por la diferencia de temperatura de las capas de aire superpuestas a sus corrientes.

La lluvia fue seguida de un chaparrón de fuego. Las gotas de agua se convirtieron en descargas fulminantes. Se hubiese dicho que el capitán Nemo, para tener una muerte digna de él, trataba de caer fulminado. En un terrible movimiento de cabeceo, el *Nautilus* elevó en el aire su espolón de acero, como el soporte de un pararrayos, y lo vi brillar con prolongados centelleos.

Roto, desfallecido, me arrastré hacia la escotilla, la abrí y bajé al salón. La tormenta alcanzaba en ese momento su máximo grado de intensidad y era imposible mantenerse en pie dentro del *Nautilus*.

El capitán Nemo bajó hacia medianoche. Oí cómo los depósitos se iban llenando poco a poco y el *Nautilus* se sumergió lentamente bajo las olas.

Por los cristales del salón vi grandes peces asustados que pasaban como fantasmas en las aguas de fuego. Algunos cayeron fulminados delante de mí.

El *Nautilus* seguía descendiendo. Pensé que encontraría la calma a quince metros de profundidad, pero no fue así. Las capas superiores estaban demasiado agitadas. Hubo que ir a buscar el reposo a cincuenta metros en las entrañas del mar, pero, una vez allí, qué tranquilidad, qué silencio, qué paz. ¿Quién hubiese dicho que un terrible huracán se desencadenaba entretanto en la superficie del océano?

XX

A 47° 24' DE LATITUD Y 17° 28' DE LONGITUD

La tempestad nos empujó hacia el este. Se desvanecía toda esperanza de huir en los muelles de Nueva York o de San Lorenzo. El pobre Ned, desesperado, se aisló como el capitán Nemo. Conseil y yo no nos separábamos.

Dije que el *Nautilus* se desvió al este, pero habría sido más exacto decir al nordeste. Durante algunos días, erró tanto por encima como por debajo de la superficie, en medio de esas brumas tan temidas por los navegantes. Éstas se deben principalmente al deshielo de los icebergs, que mantiene una extrema humedad en la atmósfera. ¡Cuántos barcos han zozobrado en estos parajes cuando intentaban reconocer las inciertas luces de la costa! ¡Cuántos accidentes debidos a esas nieblas opacas! ¡Cuántos choques con los escollos cuya resaca es acallada por el ruido del viento! ¡Cuántas colisiones entre los barcos, pese a sus fuegos de posición y a las advertencias de sus sirenas y sus campanas de alarma!

Por eso el fondo de aquellos mares ofrecía el aspecto de un campo de batalla en el que aún yacían todos los vencidos del océano: unos, viejos e hinchados; otros, jóvenes, cuyos herrajes y carenas de cobre resplandecían bajo la luz de nuestro fanal. Entre ellos, ¡cuántos barcos naufragados con sus bienes, sus tripulaciones y su legión de inmigrantes, en los puntos peligrosos señalados en las estadísticas: el cabo Race, la isla San Pablo, el estrecho de Belle Isle, el estuario de San Lorenzo! Y de unos pocos años a esta parte, ¡cuántas víctimas aportadas a estos funestos anales por las líneas de Royal Mail, de Inmann, de Montreal, el *Solway*, el *Isis*, el *Paramatta*, el *Hungarian*, el *Canadian*, el *Anglosaxon*, el *Humboldt*, el *United States*, todos ellos naufragados, el *Artic*, el *Lyonnais*, hundidos tras un abordaje, el *Président*, el *Pacific*, el *City of Glasgow*, desaparecidos por causas desconocidas, restos sombríos entre los que navegaba el *Nautilus*, como si pasara revista a los muertos!

El 15 de mayo nos hallábamos en el extremo meridional del banco de Terranova. Este banco es un producto de los aluviones marinos, un enorme amasijo de los detritus orgánicos arrastrados, bien desde el ecuador por la corriente del *Gulf Stream*, bien desde el polo boreal por la contracorriente de agua fría que bordea la costa americana. Allí también se amontonan los bloques errantes acarreados por el deshielo de los témpanos. En el banco se ha formado un vasto osario de peces, moluscos y zoófitos que mueren en él a millares.

El mar no es muy profundo en el banco de Terranova, a lo sumo de unos

centenares de brazas, pero hacia el sur se abre de repente una depresión profunda, un agujero de tres mil metros. Allí se ensancha el *Gulf Stream*, expandiendo sus aguas. Pierde velocidad y temperatura, pero se convierte en un mar.

Entre los peces que el *Nautilus* rozó a su paso, citaré al ciclóptero, de un metro de largo, dorso negruzco y vientre naranja, que da a sus congéneres un ejemplo poco imitado de fidelidad conyugal; un *unernack* de gran tamaño, especie de morena esmeralda de un sabor excelente; *karraks* de ojos grandes, cuya cabeza guarda cierto parecido con la de un perro; babosas, ovovíparas como las serpientes; lorchas o gobios negros de dos decímetros de largo; macruros de larga cola y brillo plateado, veloces peces que se habían aventurado lejos de los mares hiperbóreos.

Las redes capturaron también un pez intrépido, vigoroso y musculado, armado de púas en la cabeza y de aguijones en las aletas, verdadero escorpión de dos a tres metros, enemigo encarnizado de los blenios, las fanecas y los salmones. Era el coto de los mares septentrionales, de cuerpo tuberculoso, color marrón y aletas rojas. Los pescadores del *Nautilus* tuvieron alguna dificultad en capturar a este animal, que, gracias a la conformación de sus opérculos, preserva sus órganos respiratorios del contacto desecante de la atmósfera y puede vivir durante algún tiempo fuera del agua.

Cito de memoria a los bosquianos, pequeños peces que acompañan a los barcos en los mares boreales; alburnos oxirringos, propios del Atlántico septentrional; rascasios y, por último, las fanecas, principalmente de la especie del bacalao, que sorprendí en sus aguas predilectas, en el inagotable banco de Terranova.

Se puede decir que los bacalao son pescados de montaña, puesto que Terranova no es más que una montaña submarina. Cuando el *Nautilus* se abrió camino a través de sus estrechas falanges, Conseil no pudo reprimir una observación:

—¡Miren, bacalao! Yo creía que eran planos como los gallos o los lenguados.

—¡Ingenuo! —dije—. Los bacalao sólo son planos en la pescadería, donde los muestran abiertos y extendidos, pero en el agua son peces fusiformes como los sargos y perfectamente conformados para la marcha.

—Habrá que creer al señor. ¡Qué nube, qué enjambre!

—Ay, amigo mío, habría muchos más de no ser por sus enemigos, los rascasios y los hombres. ¿Sabes cuántos huevos se han llegado a contar en una sola hembra?

—Seamos generosos. Quinientos mil.

—Once millones.

—Once millones... Eso es algo que nunca admitiré, a menos que los cuente yo mismo.

—Cuéntalos, Conseil, pero tardarás menos si me crees. Además, los franceses, ingleses, americanos, daneses y noruegos pescan el bacalao por millares. Se consume en cantidades prodigiosas y, de no ser por la asombrosa fecundidad de estos peces, pronto desaparecerían de los mares. Así, solamente en Inglaterra y en Estados Unidos, cinco mil barcos con setenta y cinco mil marineros a bordo se dedican a la pesca del bacalao. Cada barco captura un promedio de cuarenta mil, lo que arroja un total de veinticinco millones. Lo mismo ocurre en las costas de Noruega.

—De acuerdo, me fiaré del señor y no los contaré.

—¿Que no contarás qué?

—Los once millones de huevos. Pero le haré una observación.

—¿Cuál?

—Que si naciesen todas las crías, bastarían cuatro bacalaos para alimentar a Inglaterra, América y Noruega.

Mientras pasábamos rozando los fondos del banco de Terranova vi perfectamente las largas líneas armadas con doscientos anzuelos que cada barco tiende por docenas. Cada línea, arrastrada por un extremo mediante un pequeño rezón, quedaba retenida en la superficie por un orinque fijado a una boya de corcho. El *Nautilus* tuvo que maniobrar con destreza en medio de esa red submarina. Por otra parte, no permaneció mucho tiempo en aquellos parajes frecuentados. Subió hasta los 42° de latitud, a la altura de San Juan de Terranova y de Heart's Content, en el extremo del cable transatlántico.

El *Nautilus*, en vez de continuar su marcha hacia el norte, puso rumbo al este, como si quisiera seguir la meseta telegráfica sobre la que reposa el cable y cuyo relieve ha sido revelado con extrema exactitud por los múltiples sondeos realizados.

El 17 de mayo, a unas quinientas millas de Heart's Content y a dos mil ochocientos metros de profundidad, vi el cable agitándose en el suelo. Conseil, al que no había avisado, lo tomó en un primer momento por una gigantesca serpiente de mar y se dispuso a clasificarlo según su método habitual. Pero desengañé al buen muchacho y, para consolarle de su decepción, le expliqué diversas particularidades de la instalación del cable.

El primer cable se instaló durante los años 1857 y 1858, pero dejó de funcionar tras haber transmitido unos cuatrocientos telegramas. En 1863 los ingenieros construyeron un nuevo cable, que medía tres mil cuatrocientos kilómetros y pesaba cuatro mil quinientas toneladas y que fue embarcado en el *Great Eastern*. Esta tentativa también fracasó.

Pues bien, el 25 de mayo, el *Nautilus*, sumergido a tres mil ochocientos treinta metros de profundidad, se hallaba en el mismo lugar donde se produjo la rotura que

arruinó a la empresa, a seiscientas treinta y ocho millas de la costa de Irlanda. A las dos de la tarde se percataron de que acababan de interrumpirse las comunicaciones con Europa. Los electricistas de a bordo decidieron cortar el cable antes de repescarlo y a las once de la noche habían rescatado la parte averiada. Hicieron una junta y un empalme y el cable se sumergió de nuevo. Pero unos días más tarde se rompió sin que pudiera rescatarse de las profundidades del océano.

Los americanos no se dieron por vencidos. El intrépido Cyrus Field, el promotor de la empresa que había arriesgado en él toda su fortuna, abrió una nueva suscripción, que fue inmediatamente cubierta. Se instaló otro cable en mejores condiciones. El haz de hilos conductores, aislados en una envoltura de gutapercha, iba protegido por una almohadilla de materias textiles contenida en una armadura metálica. El *Great Eastern* se hizo de nuevo a la mar el 13 de julio de 1866.

La operación fue bien, pero ocurrió un incidente. En varias ocasiones, al desenrollar el cable, los electricistas observaron que tenía varios clavos clavados recientemente con la intención de deteriorar su alma. El capitán Anderson, sus oficiales y sus ingenieros se reunieron y anunciaron que si se descubría al culpable se le arrojaría al mar sin tan siquiera juzgarlo, después de lo cual no se repitió la tentativa criminal.

El 23 de julio, el *Great Eastern* se hallaba a tan sólo ochocientos kilómetros de Terranova cuando se le telegrafió desde Irlanda la noticia del armisticio firmado entre Prusia y Austria después de Sadowa. El 27 avistó entre las brumas el puerto de Heart's Content. La empresa había culminado felizmente y, en su primer mensaje, la joven América dirigía a la vieja Europa estas sabias palabras tan pocas veces comprendidas: «Gloria a Dios en el cielo y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad».

Yo no esperaba encontrar el cable eléctrico en su estado primitivo, tal como estaba al salir de los talleres de fabricación. La larga serpiente, cubierta de restos de conchas, plagada de foraminíferas, se hallaba incrustada en una masa pétreo que la protegía de los moluscos perforantes. Yacía tranquilamente, resguardada de los movimientos del mar y bajo una presión favorable a la transmisión del chispazo eléctrico que pasa de América a Europa en treinta y dos centésimas de segundo. La duración del cable será sin duda infinita, pues se ha observado que la envoltura de gutapercha mejora en contacto con el agua del mar. Además, en esa meseta tan bien escogida, el cable nunca se sumerge a tanta profundidad como para que pueda romperse.

El *Nautilus* lo siguió hasta su fondo más profundo, situado a cuatro mil cuatrocientos treinta y un metros, y allí reposaba todavía sin ningún esfuerzo de tracción. Luego nos acercamos al lugar donde se produjo el accidente de 1863.

El fondo oceánico formaba un valle de ciento veinte kilómetros de ancho en el que se habría podido plantar el Mont Blanc sin que su cumbre emergiera de la superficie del mar. El valle está cerrado al este por una muralla escarpada de dos mil metros. Llegamos allí el 28 de mayo y el *Nautilus* se hallaba a tan sólo ciento cincuenta kilómetros de Irlanda.

¿Acaso el capitán Nemo iba a subir hasta las Islas Británicas? No. Sorprendentemente, bajó nuevamente al sur y regresó a los mares europeos. Al bordear la isla Esmeralda, vi por un instante el cabo Clear y el faro de Fastenet, que ilumina a los miles de barcos que salen de Glasgow o de Liverpool.

Una importante cuestión se me planteaba. ¿El *Nautilus* osaría adentrarse en el canal de la Mancha? Ned Land, que había vuelto a aparecer desde que bordeábamos la costa, no cesaba de preguntarme. ¿Qué podía responderle? El capitán Nemo seguía sin dejarse ver. Tras haber dejado entrever al canadiense las orillas de América, ¿me iba a mostrar las costas de Francia?

El *Nautilus* seguía bajando hacia el sur. El 30 de mayo pasaba frente a Land's End, situado entre la última punta de Inglaterra y las Sorlingas, y la dejó a estribor.

Si el capitán quería entrar en el canal de la Mancha tendría que poner rumbo al este, pero no lo hizo.

Durante toda la jornada del 31 de mayo el *Nautilus* describió una serie de círculos en el mar que me intrigaron vivamente. Parecía buscar un lugar que le estaba costando encontrar. A mediodía el capitán Nemo vino a fijar él mismo la posición. No me dirigió la palabra y me pareció más sombrío que nunca. ¿Qué podía entristecerle así? ¿La cercanía de las costas europeas? ¿Algún recuerdo de su país? ¿Qué sentía? ¿Remordimientos o pesares? Estos pensamientos ocuparon mi mente durante un buen rato y tuve como un presentimiento de que el azar desvelaría en breve los planes del capitán.

Al día siguiente, 1 de junio, el *Nautilus* mantuvo el mismo rumbo. Era evidente que trataba de reconocer un punto preciso del océano. El capitán Nemo vino a tomar la altura del sol, tal como hiciera la víspera. El mar estaba espléndido y el cielo azul. A ocho millas al este, un gran buque se perfilaba en la línea del horizonte. No llevaba ninguna bandera en su cangreja y no pude reconocer su nacionalidad.

Minutos antes de que el sol pasara por el meridiano, el capitán Nemo cogió el sextante y se puso a observar con una precisión extrema. La calma absoluta de las aguas facilitaba su operación. El *Nautilus*, inmóvil, no se balanceaba ni cabeceaba.

En ese momento yo estaba en la plataforma. Terminada su medición, el capitán Nemo pronunció estas únicas palabras: «¡Es aquí!», y a continuación bajó por la escotilla. ¿Había visto el barco que modificaba su rumbo y parecía acercarse a

nosotros? No podría asegurarlo.

Regresé al salón. Se cerró la escotilla y oí el borboteo del agua en los depósitos. El *Nautilus* comenzó a hundirse en vertical, pues su hélice trabada ya no le comunicaba ningún movimiento. Al cabo de unos minutos se detuvo a una profundidad de ochocientos treinta metros y se posó en el fondo. Entonces se apagó el techo luminoso del salón, se abrieron los paneles y a través de los cristales vi el mar intensamente iluminado por los rayos del fanal en un radio de media milla. Miré a babor y sólo vi la inmensidad de las aguas tranquilas. Al fondo, a estribor, se divisaba un pronunciado montículo que atrajo mi atención. Parecían ruinas sepultadas bajo una aglomeración de conchas blancuzcas como un manto de nieve. Al examinar atentamente aquella masa creí reconocer las formas hinchadas de un navío sin mástiles que debía de haberse hundido por la proa. El accidente databa sin duda de una época remota. Para haberse incrustado así en las calizas, esos restos debían de llevar muchos años en el fondo del océano.

¿Qué barco era ese? ¿Por qué el *Nautilus* iba a visitar su tumba? ¿Acaso no era un naufragio lo que lo había arrastrado al fondo del mar?

Me planteaba estas preguntas cuando, cerca de mí, oí que el capitán decía lentamente:

—En otro tiempo ese barco se llamó el *Marsellés*. Llevaba setenta y cuatro cañones y fue botado en 1762. El 13 de agosto de 1778, comandado por La Poype-Vertrieux, combatió valerosamente contra el *Preston*. El 4 de julio de 1779 participó con la escuadra del almirante D'Estaing en la toma de Granada. El 5 de septiembre intervino en el combate del conde de Grasse, en la bahía de Chesapeake. En 1794 la República francesa le cambió el nombre. El 16 de abril de ese mismo año, se unió en Brest a la escuadra de Villaret-Joyeuse, encargada de escoltar un convoy de trigo que venía de América bajo el mando del almirante Van Stabel. El 11 y el 12 de pradiel, año II, la escuadra se encontró con los barcos ingleses. Señor Aronnax, hoy es 11 de pradiel, 1 de junio de 1868. Hace setenta y cuatro años, tal día como hoy, en este mismo lugar, a 47° 24' de latitud y 17° 28' de longitud, ese barco, tras un combate heroico, rotos sus tres mástiles, con las bodegas inundadas y un tercio de su tripulación fuera de combate, prefirió hundirse con sus trescientos cincuenta y seis marineros antes que rendirse y, fijando su pabellón a la popa, desapareció bajo las aguas al grito de «¡Viva la República!».

—¡El *Vengador*! —exclamé.

—Sí, señor, el *Vengador*. Hermoso nombre —murmuró el capitán Nemo, cruzando los brazos.

UNA HECATOMBE

Su forma de hablar, lo imprevisto de la escena, la historia del heroico navío, en primer lugar, y también la emoción con que el extraño personaje había pronunciado sus últimas palabras, el nombre de *Vengador*, cuya significación no se me escapaba, todo ello se combinaba para impresionar profundamente mi alma. No apartaba los ojos del capitán, que, con las manos extendidas hacia el mar, contemplaba con fervor los restos gloriosos. Quizá yo nunca llegara a saber quién era ese hombre, de dónde venía o adónde iba, pero veía cada vez más al hombre liberarse del sabio. No era una misantropía común lo que había recluido en el *Nautilus* al capitán Nemo y a sus compañeros, sino un odio monstruoso o sublime que el tiempo no podía debilitar.

¿Ese odio aún buscaba venganza? El futuro pronto me daría la respuesta.

El *Nautilus* empezaba a subir lentamente a la superficie y poco a poco vi desaparecer las formas difusas del *Vengador*. Pronto un ligero balanceo me indicó que flotábamos al aire libre.

En ese momento se oyó una detonación sorda. Miré al capitán, que permanecía inmóvil.

—¡Capitán!

No respondió.

Lo dejé y subí a la plataforma. Conseil y el canadiense se me habían adelantado.

—¿De dónde viene esa detonación? —pregunté.

—Un cañonazo —respondió Ned Land.

Miré en dirección al barco que había visto anteriormente. Se había acercado al *Nautilus* y se veía que forzaba las máquinas. Seis millas lo separaban de nosotros.

—¿Qué barco es ese, Ned?

—Por su aparejo y por la altura de sus mástiles, juraría que es un buque de guerra. ¡Ojalá pueda acercarse y hundir si es necesario a este condenado *Nautilus*!

—Ned, ¿qué daño puede hacerle al *Nautilus*? —respondió Conseil—. ¿Acaso va a atacarlo bajo el agua o cañonearlo en el fondo del mar?

—Dígame, Ned —le pregunté—, ¿puede reconocer la nacionalidad de ese barco?

El canadiense frunció las cejas, bajó los párpados, entornó los ojos y los fijó durante unos instantes en el navío con toda la potencia de su mirada.

—No, señor. No sabría decir a qué nación pertenece. No lleva izada la bandera. Pero puedo afirmar que es un buque de guerra, porque en lo alto de su palo mayor ondea un largo gallardete.

Durante un cuarto de hora seguimos observando el barco, que se dirigía hacia nosotros. Sin embargo, yo no podía admitir que hubiera reconocido al *Nautilus* a tanta distancia, y menos aún que supiera lo que era este ingenio submarino.

El canadiense no tardó en anunciarme que se trataba de un acorazado con espolón y dos puentes. Una espesa humareda negra se escapaba de sus dos chimeneas. Sus velas plegadas se confundían con la línea de las vergas, su cangreja no portaba ninguna bandera y la distancia todavía no permitía distinguir los colores de su gallardete, que flotaba como una delgada cinta. Avanzaba rápidamente. Si el capitán Nemo le dejaba acercarse, tendríamos una oportunidad de salvarnos.

—Señor —me dijo Ned Land—, como pase a una milla de nosotros me tiro al mar, y le animo a que haga como yo.

No respondí a la propuesta del canadiense y seguí mirando al navío, que aumentaba de tamaño conforme se acercaba. Ya fuera inglés, francés, americano o ruso, no había duda de que nos acogería si pudiéramos alcanzarlo.

—El señor hará bien en recordar que tenemos alguna experiencia en la natación —dijo Conseil—. Puede confiar en mí para que le remolque hasta ese barco si decide seguir al amigo Ned.

Iba a responderle cuando un vapor blanco salió de la proa del buque de guerra y, segundos más tarde, las aguas, agitadas por la caída de un cuerpo pesado, salpicaron la popa del *Nautilus*. Poco después, una detonación retumbó en mis oídos.

—¡Nos disparan! —exclamé.

—¡Buena gente! —murmuró el canadiense.

—Así que no nos toman por náufragos agarrados a una tabla...

—Con permiso... ¡Diantre! —dijo Conseil, sacudiéndose el agua con que una nueva bala le había salpicado—. Con permiso del señor, han reconocido al narval y lo están cañoneando.

—Pero deben de comprender que se enfrentan a hombres —exclamé.

—Quizá sea por eso —respondió Ned Land, mirándome.

Una súbita revelación iluminó mi mente. Probablemente por entonces ya se sabía a qué atenerse sobre la existencia del supuesto monstruo. Probablemente, en su choque con el *Abraham Lincoln*, cuando el canadiense lo golpeó con su arpón, el comandante Farragut había visto que el narval era un barco submarino más peligroso que un cetáceo sobrenatural. Sí, eso debía de ser, y probablemente en todos los mares se andaba persiguiendo a esa terrible máquina de destrucción. Terrible, en efecto, si, como cabía suponer, el capitán Nemo utilizaba el *Nautilus*

en un acto de venganza. ¿No habría atacado a algún barco aquella noche cuando nos encerró en la celda, en medio del océano Pacífico? Aquel hombre enterrado en el cementerio de coral, ¿no habría sido víctima del choque provocado por el *Nautilus*? Sí, eso debía de ser. Se desvelaba una parte de la misteriosa vida del capitán Nemo. Y aunque no se conociera su identidad, al menos las naciones aliadas contra él ya no perseguían una criatura quimérica, sino a un hombre que les profesaba un odio implacable. Este pasado formidable apareció ante mis ojos. En vez de encontrar amigos en el barco que se aproximaba, sólo hallaríamos enemigos despiadados.

Las balas se multiplicaban a nuestro alrededor. Algunas, al impactar sobre la superficie líquida, rebotaban hasta perderse a distancia considerable, pero ninguna alcanzó al *Nautilus*.

El acorazado no estaba a más de tres millas. Pese al violento cañoneo, el capitán Nemo no apareció en la plataforma. Y sin embargo, una de esas bolas cónicas habría sido letal para el *Nautilus* de haber impactado en su casco.

Entonces el canadiense me dijo:

—Debemos intentar lo que sea para salir de este apuro. Hagámosles señales. ¡Por todos los diablos, tal vez comprendan que somos hombres de bien!

Ned Land cogió su pañuelo para agitarlo en el aire, pero apenas lo había desplegado cuando, abatido por una mano de hierro, cayó sobre el puente.

—¡Miserable! —exclamó el capitán—. ¿Quieres que te clave al espolón del *Nautilus* antes de que se lance contra ese barco?

Era terrible oír al capitán Nemo, pero más terrible aún era verlo. Su rostro estaba más pálido por los espasmos de su corazón, que había debido de dejar de latir por un instante. Sus pupilas se habían contraído espantosamente. Ya no hablaba, rugía. Con el cuerpo inclinado hacia delante, sus manos retorcían los hombros del canadiense.

Luego, soltándolo y volviéndose hacia el barco de guerra cuyas balas llovían a su alrededor, exclamó con voz poderosa:

—¡Ah, sabes quién soy, barco de una nación maldita! No me hacen falta tus colores para reconocerte. ¡Mira! ¡Voy a mostrarte los míos!

El capitán Nemo desplegó en la proa de la plataforma una bandera negra, parecida a la que había plantado en el Polo Sur.

En ese momento una bala impactó oblicuamente en el casco del *Nautilus*, sin resquebrajarlo, y pasó rebotando cerca del capitán hasta perderse en el mar.

El capitán Nemo se encogió de hombros y me dijo con tono brusco:

—Baje con sus compañeros.

—Señor, ¿va a atacar a ese barco?

—Voy a hundirlo.

—¡No lo hará!

—Sí lo haré —respondió fríamente el capitán Nemo—. No se atreva a juzgarme. La fatalidad le muestra lo que no debía ver. Me han atacado, y la respuesta será terrible. Vuelva dentro.

—¿Qué barco es ese?

—¿No lo sabe? Mejor así. Al menos su nacionalidad seguirá siendo un secreto para usted. Y ahora, bajen.

El canadiense, Conseil y yo no tuvimos más remedio que obedecer. Quince marineros del *Nautilus* rodeaban al capitán y miraban con odio implacable al barco que avanzaba hacia ellos. Se notaba que el mismo espíritu de venganza animaba a todas aquellas almas.

Bajé justo cuando otro proyectil volvía a rozar el casco del *Nautilus* y oí gritar al capitán:

—¡Dispara, barco insensato! ¡Malgasta tus inútiles balas! ¡No escaparás al espolón del *Nautilus*! Pero no es aquí donde has de naufragar. No quiero que tus restos se confundan con los del Vengador.

Regresé a mi camarote. El capitán y su segundo se habían quedado en la plataforma. La hélice se puso en movimiento y el *Nautilus* se alejó velozmente hasta ponerse fuera del alcance de las balas. Pero la persecución continuó y el capitán Nemo se limitó a mantener la distancia.

Hacia las cuatro de la tarde, incapaz de contener la impaciencia y la inquietud que me consumían, volví a la escalera central. La escotilla estaba abierta y subí a la plataforma. El capitán seguía paseándose agitadamente por ella. Miraba el barco que tenía a cinco o seis millas a sotavento, lo rodeaba como una fiera y, atrayéndolo hacia el este, se dejaba perseguir, pero sin atacar. ¿Quizá aún dudaba?

Traté de intervenir por última vez, pero apenas había interpelado al capitán Nemo cuando éste me mandó callar:

—¡Yo soy el derecho, yo soy la justicia! —me dijo—. ¡Yo soy el oprimido y él el opresor! ¡Él es la causa por la que he visto morir todo cuanto quise, amé y veneré: patria, mujer, hijos, padre y madre! ¡Todo lo que odio está allí, así que cállese!

Lancé una última mirada al buque de guerra, que forzaba las máquinas, y a continuación me reuní con Ned y Conseil.

—¡Huiremos! —exclamé.

—Bien —dijo Ned—. ¿Qué barco es ese?

—Lo ignoro, pero, sea cual sea, lo hundirán antes de que anochezca. En cualquier caso, más vale morir con él que convertirse en los cómplices de represalias cuya justicia no se puede medir.

—Eso creo yo —respondió fríamente Ned Land—. Esperemos a la noche.

Y llegó la noche. Un profundo silencio reinaba a bordo. La brújula indicaba que el *Nautilus* no había modificado su rumbo y se oía el batir de su hélice, que golpeaba las olas con rápida regularidad. Se mantenía en la superficie y un ligero balanceo lo inclinaba sobre un costado u otro.

Mis compañeros y yo habíamos decidido huir cuando el barco estuviera lo bastante cerca para hacernos ver u oír al resplandor de la luna, pues faltaban tres días para el plenilunio. Una vez a bordo del barco, si no podíamos evitar el golpe que lo amenazaba, al menos intentaríamos todo lo que nos dejaran las circunstancias. Varias veces creí que el *Nautilus* se disponía a atacar, pero se contentaba con dejar acercarse a su adversario para a continuación huir rápidamente.

Buena parte de la noche transcurrió sin incidentes. Buscábamos la ocasión de actuar, sin hablar apenas, dominados por la excitación. Ned Land quería tirarse al mar, pero le obligué a esperar. Creí que el *Nautilus* atacaría al acorazado en la superficie y entonces no sólo sería posible sino fácil escapar.

A las tres de la mañana, inquieto, subí a la plataforma. El capitán Nemo no la había abandonado. Estaba de pie, a proa, junto a su bandera, que una ligera brisa hacía ondear sobre su cabeza. No apartaba la vista del barco. Su mirada, de una extraordinaria intensidad, parecía atraerlo, fascinarlo, arrastrarlo con más seguridad que si lo remolcara.

La luna pasaba por el meridiano y Júpiter se elevaba al este. En medio de esa apacible naturaleza, el cielo y el océano rivalizaban en tranquilidad y el mar ofrecía al astro nocturno el espejo más hermoso que nunca hubiera reflejado su imagen.

Cuando pensaba en la calma profunda de los elementos, comparada con las furias que se preparaban en los costados del imperceptible *Nautilus*, sentía estremecerse todo mi ser.

El barco se mantenía a dos millas de nosotros. Se había acercado, sin dejar de avanzar hacia el resplandor fosforescente que señalaba la presencia del *Nautilus*. Vi sus luces de posición, verde y roja, y su fanal blanco suspendido en el estay de mesana. Una vaga reverberación iluminaba su aparejo e indicaba que las calderas funcionaban al límite de su capacidad. Haces de chispas y escorias de carbón inflamadas escapaban de sus chimeneas y constelaban la atmósfera.

Permanecí así hasta las seis de la mañana, sin que el capitán Nemo pareciera reparar en mí. El barco se hallaba a una milla y media, y con los primeros fulgores del alba reanudó su cañoneo. No podía estar lejos el momento en que, cuando el *Nautilus* atacara a su adversario, mis compañeros y yo dejáramos para siempre a aquel hombre al que no me atrevía a juzgar.

Me disponía a bajar para avisarles cuando el segundo subió a la plataforma,

acompañado de varios marineros. El capitán Nemo no los vio o no quiso verlos. Se tomaron ciertas disposiciones que podrían llamarse el «zafarrancho de combate» del *Nautilus*. Eran muy sencillas: se bajó la hilada que hacía de barandilla alrededor de la plataforma y se encajaron las cabinas del fanal y del timonel en el casco para que apenas sobresalieran. La superficie del largo cigarro metálico no ofrecía ya ningún saliente que pudiera estorbar sus maniobras.

Regresé al salón. El *Nautilus* seguía en la superficie. Los resplandores del alba se infiltraban en el agua y, con ciertas ondulaciones de las olas, los cristales se animaban con los tonos rojizos del sol de levante. Amanecía aquel terrible 2 de junio.

A las cinco la corredera me indicó que el *Nautilus* había moderado su velocidad. Comprendí que dejaba acercarse al barco, cuyas detonaciones, por otra parte, se oían cada vez con más fuerza. Las balas acribillaban el agua circundante y se hundían en ella con un silbido singular.

—Amigos —dije—, ha llegado el momento. Démonos la mano, y que Dios nos proteja.

Ned Land estaba decidido, Conseil tranquilo y yo nervioso e incapaz de contenerme.

Pasamos a la biblioteca y, cuando empujaba la puerta que daba al hueco de la escalera central, oí el ruido de la escotilla superior al cerrarse bruscamente. El canadiense se lanzó hacia los peldaños, pero lo detuve. Un silbido familiar me indicó que el agua penetraba en los depósitos de a bordo. En efecto, en apenas unos instantes el *Nautilus* se sumergió a algunos metros de la superficie.

Comprendí su maniobra. Era demasiado tarde para actuar. El *Nautilus* no pensaba golpear al barco en su impenetrable coraza, sino bajo su línea de flotación, donde el caparazón metálico ya no protege al armazón.

De nuevo estábamos presos, testigos forzosos del siniestro drama que se avecinaba. Apenas tuvimos tiempo de reflexionar. Refugiados en mi camarote, nos mirábamos sin hablar. Un profundo estupor se había apoderado de mi mente y me impedía pensar. Me hallaba en ese penoso estado que precede a la espera de una espantosa detonación. Esperaba, escuchaba, con todos los sentidos puestos en mis oídos.

La velocidad del *Nautilus* aumentó sensiblemente. Era ese impulso lo que lo sacudía y hacía vibrar su casco.

De pronto se me escapó un grito. Se produjo un choque que, aunque relativamente débil, me hizo sentir la fuerza penetrante del espolón de acero. Oí arañazos y chirridos. El *Nautilus*, llevado por la potencia de su propulsión, atravesó la masa del barco igual que una aguja atraviesa la tela.

No pude contenerme. Frenético, enloquecido, salí corriendo del camarote y me

precipité al salón. Allí estaba el capitán Nemo. Mudo, sombrío e implacable, miraba por el panel de babor.

Una masa enorme se hundía bajo las aguas y, para no perderse un ápice de su agonía, el *Nautilus* descendía con ella al abismo. A diez metros de mí vi el casco entreabierto, por donde el agua se colaba estruendosamente, la doble línea de cañones y las bordas. El puente estaba lleno de sombras negras que se agitaban.

El agua subía y los desdichados se lanzaban a los obenques, se agarraban a los mástiles y se retorcían bajo el agua. Era un hormiguero humano sorprendido por la invasión del mar.

Paralizado, atenazado por la angustia, con los pelos de punta, los ojos abiertos desmesuradamente, la respiración entrecortada, sin aliento ni voz, yo también miraba. Una atracción irresistible me mantenía pegado al cristal.

El enorme buque se hundía lentamente, mientras el *Nautilus* lo seguía, espiando todos sus movimientos. De pronto se produjo una explosión. El aire comprimido hizo volar los puentes del barco como si el fuego hubiera prendido en las bodegas y el empuje del agua fue tal que desvió al *Nautilus*.

El infortunado barco se hundió con más rapidez. Primero aparecieron sus cofas, cargadas de víctimas, a continuación sus barras, dobladas por el peso de racimos de hombres, y, por último, la punta de su palo mayor. Luego la masa oscura desapareció, y con ella su tripulación de cadáveres arrastrados por un formidable remolino.

Me volví hacia el capitán Nemo. Aquel terrible justiciero, auténtico arcángel del odio, seguía mirando. Cuando todo hubo terminado, se dirigió a la puerta de su camarote, la abrió y entró, mientras yo le seguía con la mirada. En el panel del fondo, bajo los retratos de sus héroes, vi el de una mujer todavía joven con dos niños pequeños. El capitán Nemo los miró durante unos instantes, tendió los brazos hacia ellos y, arrodillándose, se echó a llorar.

LAS ÚLTIMAS PALABRAS DEL CAPITÁN NEMO

Durante esa espantosa visión se habían cerrado los paneles, pero no se había iluminado el salón. En el interior del *Nautilus* reinaban las tinieblas y el silencio, mientras éste abandonaba aquel lugar de desolación a cien pies de profundidad y con una rapidez prodigiosa. ¿Adónde iba? ¿Al norte o al sur? ¿Adónde huía aquel hombre tras su horrible venganza?

Volví a mi camarote, donde Ned y Conseil permanecían en silencio. Sentí un horror invencible por el capitán Nemo. Por mucho que hubiera sufrido a causa de los hombres no tenía derecho a un castigo así. Me había hecho, si no complice, al menos testigo de su venganza. Era demasiado.

A las once volvió la luz eléctrica. Pasé al salón, que estaba vacío. Consulté los diversos instrumentos y vi que el *Nautilus* huía hacia el norte a una velocidad de veinticinco millas por hora, unas veces en la superficie y otras a treinta pies de profundidad. Una vez señalada nuestra posición en la carta, vi que pasábamos por el canal de la Mancha y que nuestro rumbo nos llevaba hacia los mares boreales a una velocidad insuperable.

Apenas pude reconocer a su paso unos escualos de nariz alargada, los tiburones martillo; lijas que frecuentan esas aguas; grandes águilas de mar; nubes de hipocampos, semejantes a los caballos del juego del ajedrez; anguilas que se agitaban como las culebrinas de los fuegos artificiales; ejércitos de cangrejos que huían oblicuamente cruzando sus pinzas sobre su caparazón; y, por último, manadas de marsopas que competían en rapidez con el *Nautilus*. Pero ya no era cuestión de observar, estudiar o clasificar.

Por la tarde habíamos recorrido doscientas leguas del Atlántico. Se hizo de noche y las tinieblas invadieron el mar hasta que salió la luna.

Regresé a mi camarote. Me asaltaron pesadillas que no me dejaron dormir. La horrible escena de destrucción se repetía en mi mente.

Desde ese día, ¿quién podía decir hasta dónde nos llevaría el *Nautilus* por las aguas del Atlántico Norte? Siempre a una velocidad vertiginosa en medio de las brumas hiperbóreas. ¿Bordeó las puntas del Spitzberg y los acantilados de Nueva Zembla? ¿Recorrió mares ignotos, el mar Blanco, el de Kara, el golfo de Obi, el archipiélago de Liarrov y las orillas desconocidas de la costa asiática? No sabría decirlo, ni podría calcular el tiempo transcurrido. Los relojes de a bordo se habían detenido. Se diría que la noche y el día, como en las regiones polares, no seguían

su curso regular. Me sentía arrastrado a ese ámbito de lo extraño donde la imaginación sobreexcitada de Edgar Allan Poe se movía a sus anchas. A cada instante esperaba ver, como el fabuloso Gordon Pym, «esa figura humana velada, de proporciones mucho mayores que las de ningún habitante de la tierra, atravesado en la catarata que defiende las inmediaciones del Polo».

Calculo —pero puede que me equivoque— que el audaz avance del *Nautilus* se prolongó durante quince o veinte días, y no sé lo que habría durado si una catástrofe no hubiera puesto fin a nuestro viaje. El capitán Nemo no dio señales de vida, su segundo tampoco y ningún miembro de la tripulación se dejó ver ni un instante. El *Nautilus* navegaba casi siempre sumergido. No se registraba la posición en el planisferio y yo no sabía dónde estábamos.

He de decir que el canadiense, al límite de sus fuerzas y de su paciencia, tampoco se dejaba ver. Conseil no logró sacarle ni una palabra al respecto y temía que se matara en un arrebato causado por su terrible nostalgia. Lo vigilaba, pues, abnegadamente y en todo momento.

Se comprende que en tales condiciones la situación ya no fuese sostenible.

Una mañana —no sabría precisar la fecha— me adormecí en las primeras horas del alba, adormecimiento penoso y enfermizo. Cuando desperté, vi a Ned Land agachándose sobre mí y diciéndome en voz baja:

—Vamos a fugarnos.

Me levanté.

—¿Cuándo?

—Esta noche. Parece haber desaparecido toda vigilancia del *Nautilus*. Se diría que reina el estupor a bordo. ¿Estará listo?

—Sí. ¿Dónde estamos?

—Frente a unas tierras que acabo de divisar esta mañana entre las brumas, a veinte millas al este.

—¿Qué tierras son esas?

—Lo desconozco, pero, sean cuales sean, nos refugiaremos en ellas.

—¡Sí, Ned! Huiremos esta noche, aunque el mar nos engulla.

—Hace mala mar y hay mucho viento, pero no me asusta hacer veinte millas en el bote del *Nautilus*. Puedo cargar en él algunos víveres y unas botellas de agua sin que se entere la tripulación.

—Le seguiré.

—Además, si me descubren, me defenderé hasta la muerte.



—Moriremos juntos, amigo Ned —añadí, decidido a todo.

El canadiense se marchó y yo volví a la plataforma, donde a duras penas podía mantenerme por el choque de las olas. El cielo era amenazador, pero, puesto que entre esas espesas brumas se hallaba la tierra, había que huir. No había ni un día ni una hora que perder.

Regresé al salón, temiendo y deseando al mismo tiempo encontrar al capitán

Nemo, queriendo y no queriendo verle. ¿Qué le habría dicho? ¿Podía ocultarle el involuntario horror que me inspiraba? ¡No! Mejor no encontrarme cara a cara con él. Mejor olvidarlo. Y sin embargo...

¡Qué largo fue aquel día, el último que pasaría a bordo del *Nautilus*! Estaba solo. Ned y Conseil evitaban hablarme por miedo a delatarse.

Cené a las seis. No tenía hambre, pero vencí mi repugnancia y me obligué a comer para no debilitarme.

A las seis y media Ned Land entró en mi camarote y dijo:

—No volveremos a vernos antes de nuestra fuga. A las diez aún no habrá salido la luna. Aprovecharemos la oscuridad. Vaya al bote. Conseil y yo le esperaremos allí.

Y el canadiense salió sin darme tiempo de responder.

Volví al salón para comprobar la dirección del *Nautilus*. Marchábamos rumbo al norte-noroeste, a una velocidad vertiginosa y a cincuenta metros de profundidad.

Lancé una última mirada a todas esas maravillas de la naturaleza, a los tesoros acumulados en aquel museo, a esa colección sin igual destinada a desaparecer algún día en el fondo del mar junto a quien la formó. Intenté fijarla en mi mente por última vez. Permanecí una hora así, bañándome en los efluvios del techo iluminado y pasando revista a aquellos tesoros que resplandecían en sus vitrinas. Luego volví a mi camarote.

Allí me puse las sólidas vestimentas marinas. Reuní mis notas y las guardé cuidadosamente. El corazón me latía con fuerza y me era imposible controlar sus pulsaciones. Mi azoramiento y turbación me habrían traicionado sin duda en presencia del capitán Nemo.

¿Qué hacía él en esos momentos? Me puse a escuchar junto a la puerta de su habitación. Oí ruido de pasos. El capitán estaba allí. Todavía no se había acostado. A cada movimiento me parecía que iba a presentarse y a preguntarme por qué quería huir. Sentía una alarma incesante, agrandada por mi imaginación. Esa sensación se hizo tan punzante que me pregunté si no sería mejor entrar en el camarote del capitán, mirarle cara a cara y desafiarle con el gesto y la mirada.

Era el impulso de un loco. Afortunadamente me contuve y me eché en la cama para aplacar mi agitación. Mis nervios se calmaron un poco, pero mi cerebro sobreexcitado hizo que por mi mente pasara toda mi existencia a bordo del *Nautilus*, los incidentes felices o desgraciados que la habían jalonado desde que desaparecí del *Abraham Lincoln*, las cacerías submarinas, el estrecho de Torres, los salvajes de la Papuasía, la encalladura, el cementerio de coral, el canal de Suez, la isla de Santorin, el buceador cretense, la bahía de Vigo, la Atlántida, la banquisa, el Polo Sur, el aprisionamiento en los hielos, el combate contra los pulpos, la tempestad del *Gulf Stream*, el *Vengador* y la terrible escena del barco

hundido con su tripulación... Todos estos acontecimientos desfilaron ante mis ojos, como el telón de fondo que cae sobre un escenario. La figura del capitán Nemo crecía desmesuradamente en ese medio extraño. Su figura se acentuaba y tomaba proporciones sobrehumanas. No era ya mi semejante, sino el hombre de las aguas, el genio de los mares.

Eran las nueve y media y me apreté la cabeza con las manos para impedir que estallara. No quería pensar más. ¡Aún faltaba media hora! Media hora de una pesadilla que podía enloquecerme.

Entonces oí los vagos acordes del órgano, una triste armonía acompañada de un canto indefinible, verdaderos lamentos de un alma que quiere romper sus lazos terrestres. Escuché con todos mis sentidos, sin apenas respirar, sumido como el capitán Nemo en esos éxtasis musicales que lo llevaban fuera de los límites de este mundo.

Luego una súbita idea me aterrorizó: el capitán Nemo había salido de su camarote y estaba en el salón que yo debía atravesar para huir. Allí lo encontraría por última vez. Me vería, tal vez me hablaría. Un gesto suyo podía aniquilarme, una sola palabra encadenarme a su barco.

Iban a dar las diez. Había llegado el momento de dejar mi camarote y reunirme con mis compañeros.

No había lugar para vacilaciones, aunque el capitán Nemo se me plantara delante. Abrí la puerta con cuidado y, sin embargo, me pareció que al girar sobre sus goznes hacía un ruido espantoso. Puede que ese ruido sólo existiese en mi imaginación.

Avancé reptando por las oscuras crujías del *Nautilus*, deteniéndome a cada paso para contener los latidos de mi corazón. Llegué a la puerta angular del salón y la abrí lentamente. El salón se hallaba sumido en una profunda oscuridad. Los acordes del órgano resonaban débilmente. El capitán Nemo estaba allí, pero no me veía. Incluso creo que a plena luz no me habría reconocido, tal era el éxtasis que lo absorbía.

Me arrastré por la alfombra, evitando el menor choque, que hubiera podido delatar mi presencia. Necesité cinco minutos para llegar a la puerta del fondo que daba a la biblioteca. Iba a abrirla cuando un suspiro del capitán Nemo me dejó clavado en el sitio. Comprendí que se levantaba, e incluso lo entreví, pues algunos rayos de la biblioteca iluminada se filtraban hasta el salón. Vino hacia mí con los brazos cruzados, silencioso, deslizándose más que caminando, como un espectro. Los sollozos hinchaban su pecho oprimido y le oí murmurar estas palabras, las últimas que restallaron en mis oídos:

—¡Dios Todopoderoso! ¡Basta! ¡Basta!

¿Era la confesión de un remordimiento lo que se escapaba de la conciencia de

aquel hombre?

Enloquecido, corrí a la biblioteca, subí la escalera central y siguiendo la crujía superior llegué al bote, en el que me introduje por la abertura por la que ya habían entrado mis dos compañeros.

—¡Vámonos! —grité.

—¡Al instante! —respondió el canadiense.

El orificio abierto en la placa del *Nautilus* fue previamente cerrado y empernado con una llave inglesa que Ned Land se había agenciado. Se cerró también la abertura del bote y el canadiense comenzó a desenroscar las tuercas que aún nos retenían al barco submarino.

De pronto se oyó un ruido en el interior. Nos llegaron voces que se respondían aceleradamente. ¿Qué ocurría? ¿Habían descubierto nuestra fuga? Noté que Ned Land me deslizaba un puñal en la mano.

—Sí —murmuré—, sabremos morir.

El canadiense se había detenido en su labor. Una palabra veinte veces repetida, una palabra terrible, me reveló la causa de la agitación que se propagaba a bordo del *Nautilus*. No era a nosotros a quien se refería su tripulación:

—¡El Maelström! ¡El Maelström!

¡El Maelström! ¿Podía resonar en nuestros oídos un nombre más espantoso en una situación tan terrible? ¿Nos hallábamos, pues, en los peligrosos parajes de la costa noruega? ¿El *Nautilus* se veía arrastrado a ese abismo justo cuando íbamos a soltar el bote?

Es sabido que en el momento del flujo las aguas comprimidas entre las islas Feroe y Loffoden se precipitan con fuerza irresistible hasta formar un torbellino del que ningún barco ha podido escapar jamás. De todos los puntos del horizonte llegan olas monstruosas que forman el abismo llamado con toda justicia «el ombligo del océano», cuyo poder de atracción se extiende hasta una distancia de quince kilómetros. Allí son aspirados no sólo los barcos, sino también las ballenas y los osos blancos de las regiones boreales.

Era allí donde el capitán —involuntaria o voluntariamente, quién sabe— había llevado su *Nautilus*, que describía una espiral cuyo radio iba disminuyendo cada vez más. Como él, el bote, amarrado aún a su costado, era arrastrado a velocidad vertiginosa. Yo lo sentía, sentía ese mareo que sigue a un giro demasiado prolongado. Estábamos en una situación aterradora, en el horror llevado al extremo, con la sangre congelada, los nervios aniquilados y atravesados por sudores fríos como los de la agonía. ¡Y qué estrépito alrededor de nuestra frágil canoa! ¡Qué aullidos, que el viento repetía a varias millas de distancia! ¡Qué estruendo el de las olas rompiendo contra las afiladas rocas del fondo, donde se parten los cuerpos más duros, donde los troncos de los árboles se destrozan y se

hacen «un abrigo de pelo», como dicen en Noruega!

¡Qué situación aquélla! Nos veíamos espantosamente sacudidos. El *Nautilus* se defendía como un ser humano. Sus músculos de acero crujían. A veces se levantaba, y nosotros con él.

—¡Hay que aguantar y apretar las tuercas! Si nos mantenemos amarrados al *Nautilus*, aún podemos salvarnos...

No había acabado la frase cuando se produjo un chasquido. Se soltaron las tuercas, y el bote, arrancado de su alvéolo, salió lanzado como la piedra de una honda en medio del torbellino.

Me golpeé la cabeza con una cuaderna de hierro y de resultas del fuerte choque perdí el conocimiento.



XXIII

CONCLUSIÓN

Así concluyó este viaje submarino. No sabría decir qué pasó aquella noche, cómo escapó el bote del formidable remolino del Maelström, ni cómo Ned Land, Conseil y yo salimos de aquel pozo sin fondo. Cuando recobré el conocimiento, me vi tumbado en la cabaña de un pescador de las islas Loffoden. Mis dos compañeros, sanos y salvos, estaban a mi lado y me apretaban las manos. Nos abrazamos efusivamente.

En este momento no podemos pensar en regresar a Francia. Los medios de comunicación entre la Noruega septentrional y el sur son escasos, así que me veo forzado a esperar el barco de vapor que hace el servicio bimensual del cabo del norte.

Es aquí, pues, entre estas buenas gentes que nos han recogido, donde reviso el relato de estas aventuras. No se ha omitido ni un solo hecho ni se ha exagerado detalle alguno. Es la fiel narración de esta expedición inverosímil bajo un elemento inaccesible para el hombre y cuyas rutas el progreso dejará libres algún día.

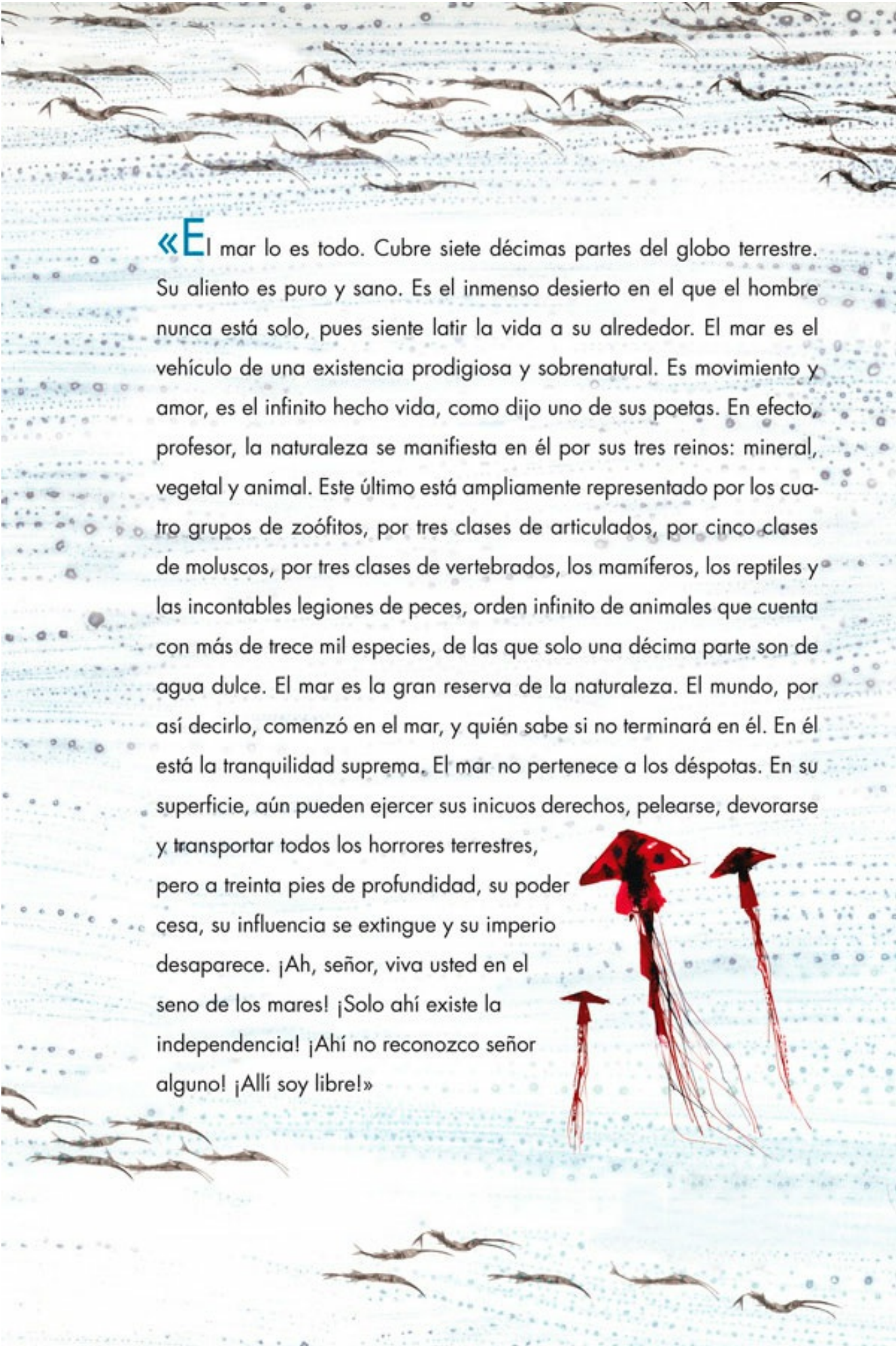
¿Me creerá alguien? No lo sé. Poco importa, después de todo. Lo que puedo afirmar ahora es mi derecho a hablar de los mares en los que, en menos de diez meses, he recorrido veinte mil leguas, de esta vuelta al mundo submarina que me ha revelado tantas maravillas a través del Pacífico, el océano Índico, el mar Rojo, el Mediterráneo, el Atlántico, los mares australes y boreales.

¿Qué habrá sido del *Nautilus*? ¿Resistió el abrazo del Maelström? ¿Sigue vivo el capitán Nemo? ¿Continuará bajo el océano sus terribles venganzas o se habrá detenido ante esta última hecatombe? ¿Traerán algún día las olas el manuscrito que contiene la historia de su vida? ¿Sabré al fin su nombre? ¿La nacionalidad del barco desaparecido nos revelará la del capitán Nemo?

Eso espero. Espero también que su poderoso aparato haya vencido al mar en su abismo más terrible y que el *Nautilus* haya sobrevivido allí donde tantos barcos han naufragado. Si es así, si el capitán Nemo sigue habitando el océano, su patria adoptiva, que el odio se aplaque en su fiero corazón. Que la contemplación de tantas maravillas apague en él el espíritu de venganza. Que desaparezca el justiciero y el sabio continúe la apacible exploración de los mares. Si su destino es extraño, también es sublime. ¿No lo comprobé en persona? ¿No he vivido diez meses de esa vida excepcional? Por eso, a la pregunta formulada hace seis mil años por el Eclesiastés: «¿Quién ha podido sondear jamás las profundidades del

abismo?», sólo dos entre todos los hombres tienen derecho a responder ahora. El capitán Nemo y yo.

FIN



«El mar lo es todo. Cubre siete décimas partes del globo terrestre. Su aliento es puro y sano. Es el inmenso desierto en el que el hombre nunca está solo, pues siente latir la vida a su alrededor. El mar es el vehículo de una existencia prodigiosa y sobrenatural. Es movimiento y amor, es el infinito hecho vida, como dijo uno de sus poetas. En efecto, profesor, la naturaleza se manifiesta en él por sus tres reinos: mineral, vegetal y animal. Este último está ampliamente representado por los cuatro grupos de zoófitos, por tres clases de articulados, por cinco clases de moluscos, por tres clases de vertebrados, los mamíferos, los reptiles y las incontables legiones de peces, orden infinito de animales que cuenta con más de trece mil especies, de las que solo una décima parte son de agua dulce. El mar es la gran reserva de la naturaleza. El mundo, por así decirlo, comenzó en el mar, y quién sabe si no terminará en él. En él está la tranquilidad suprema. El mar no pertenece a los déspotas. En su superficie, aún pueden ejercer sus inicuos derechos, pelearse, devorarse y transportar todos los horrores terrestres, pero a treinta pies de profundidad, su poder cesa, su influencia se extingue y su imperio desaparece. ¡Ah, señor, viva usted en el seno de los mares! ¡Solo ahí existe la independencia! ¡Ahí no reconozco señor alguno! ¡Allí soy libre!»



JULES GABRIEL VERNE, conocido en los países hispanohablantes como Julio Verne (Nantes, Reino de Francia, 8 de febrero de 1828-Amiens, Tercera República Francesa, 24 de marzo de 1905), fue un escritor, poeta y dramaturgo francés célebre por sus novelas de aventuras y por su profunda influencia en el género literario de la ciencia ficción.

Nacido en el seno de una familia burguesa en la ciudad portuaria de Nantes, Verne estudió para continuar los pasos de su padre como abogado, pero muy joven decidió abandonar ese camino para dedicarse a escribir. Su colaboración con el editor Pierre-Jules Hetzel dio como fruto la creación de *Viajes extraordinarios*, una popular serie de novelas de aventuras escrupulosamente documentadas y visionarias entre las que se incluían las famosas *Viaje al centro de la Tierra*, *Veinte mil leguas de viaje submarino* y *La vuelta al mundo en ochenta días*.

Julio Verne es uno de los escritores más importantes de Francia y de toda Europa gracias a la evidente influencia de sus libros en la literatura vanguardista y el surrealismo, y desde 1979 es el segundo autor más traducido en el mundo, después de Agatha Christie. Es considerado, junto con H. G. Wells, el «padre de la ciencia ficción». Fue condecorado con la Legión de Honor por sus aportes a la educación y a la ciencia.



AGUSTÍN COMOTTO (Buenos Aires, 1968). Aprendió a dibujar cómics de la mano de Alberto Breccia y Leopoldo Durañona, publicando para diversos medios en Argentina y en Estados Unidos. Desde los 90 se dedica exclusivamente al campo de la ilustración como ilustrador y autor. Tiene libros publicados en México, Venezuela, Argentina, España, Corea e Italia. En el 2000 recibe el premio «A la orilla del Viento» de la editorial Fondo de Cultura Económica y en el 2001 la mención White Raven por el álbum Siete millones de Escarabajos del cual es autor e ilustrador. Desde el año 1999 vive en Corbera de Llobregat, pueblo cerca de Barcelona.

Notas

[1] Según la RAE, un cable es la «décima parte de una milla, equivalente a unos 185 metros». (*N. del T.*) <<

[2] Según la RAE: «Habitante de la antigua colonia inglesa de Cafrería, en Sudáfrica». (*N. del T.*) <<

[3] *Requin* significa «tiburón» en francés. (N. del T.) <<

[4] Según la RAE: «Embarcación de tres órdenes de remos, que usaron los antiguos». (*N. del T.*). <<

[5] En francés, *trigles-hirondelles*, literalmente «triglas-golondrina». (N. del T.) <<